



11-4832

BIBLIOTECA ESCUELA DE ENFERMERIA

"CARLOS VAN BUREN"

ESTE LIBRO PERTENECE A LA MATERIA

patología - fisiología

REGISTRADO EN EL INVENTARIO BAJO LA

LETRA *d* Y N. *11* -



EL TRIUNFO SOBRE EL DOLOR

CIENCIA Y VIDA

COLECCIÓN DIRIGIDA
POR EL DOCTOR

FELIPE JIMÉNEZ DE ASÚA

- R. RIVOIRE: LA CIENCIA DE LAS HORMONAS. (3ª edición, con un apéndice del Dr. Juan Cuatrecasas.)
- LOUIS DE BROGLIE: LA FÍSICA NUEVA Y LOS CUANTOS. (3ª edición.)
- ALBERT EINSTEIN Y LEOPOLD INFELD: LA FÍSICA, AVENTURA DEL PENSAMIENTO. (3ª edición.)
- JEAN LHERMITE: LOS MECANISMOS DEL CEREBRO. (2ª edición.)
- R. FÜLÖP-MILLER: EL TRIUNFO SOBRE EL DOLOR (HISTORIA DE LA ANESTESIA). (3ª edición.)
- S. METALNICOV: LA LUCHA CONTRA LA MUERTE (3ª ed.)
- PAUL DE KRUIF: LOS VENCEDORES DEL HAMBRE. (2ª ed.)
- JULIAN HUXLEY: LA HERENCIA Y OTROS ENSAYOS DE CIENCIA POPULAR. (2ª edición.)
- A. I. OPARIN: EL ORIGEN DE LA VIDA. (2ª edición.)
- J. C. CROWTHER: ESQUEMA DEL UNIVERSO. (2ª edición.)
- MAX PLANCK: ¿ADÓNDE VA LA CIENCIA? (2ª edición.)
- THOMAS HUNT MORGAN: EMBRIOLOGÍA Y GENÉTICA. (2ª edición.)
- EUGEN STEINACH: SEXO Y VIDA. (2ª edición.)
- WALTER SHEPHERD: LA CIENCIA AVANZA. (2ª edición.)
- JONATHAN NORTON LEONARD: LOS CRUZADOS DE LA QUÍMICA. (2ª edición.)
- IAGO GALDSTON: HASTA LLEGAR A LAS SULFAMIDAS.
- ADA SILVIA COLLA: CÓMO VIVEN LAS PLANTAS.
- J. P. LOCKART-MUMMERY: EL ORIGEN DEL CÁNCER.
- JULIAN HUXLEY: LA EVOLUCIÓN.
- H. S. JENNINGS y otros: ASPECTOS CIENTÍFICOS DEL PROBLEMA RACIAL.

615. F4737 1940
c.1
616.089.5(091)
1943
1947
E.A.

RENÉ FÜLÖP-MILLER

EL TRIUNFO SOBRE EL DOLOR

(HISTORIA DE LA ANESTESIA)

(Tercera edición)

126el

CENTRAL DE
PUBLICACIONES
MONJITAS 691
- SANTIAGO -



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Traducción del inglés por

Felipe Jiménez de Asúa

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Adquiridos los derechos exclusivos para
todos los países de lengua castellana

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1947

MARC 47419
N.º 6.64755
B.



R. O. S. M.

PRINTED IN ARGENTINE

Acabóse de imprimir este libro el día 9 de Mayo de 1947
en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Ameghino 838,
Avellaneda - Buenos Aires.

CAPÍTULO I

LA ESPINA EN LA CARNE

En el siglo XIX fué descubierto un sexto continente. Los arqueólogos salieron a la cabeza de expediciones equipadas con picos y palas, para descubrir civilizaciones perdidas, enterradas durante largas centurias.

Merced a su esfuerzo resurgieron aquéllas, que brotaron de las entrañas de la tierra para retornar a la alegre luz del día. Los expedicionarios encontraron ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, de los cuales, a través de escritos y leyendas, se tenía conocimiento desde la antigüedad: Asiria, Babilonia y Nínive, ciudades muertas y desoladas de los faraones; Micenas y Troya; las de los escitas y de los etruscos, con sus palacios, tumbas y bibliotecas. Monumentos de piedra, placas de arcilla y rollos de papiros, escritos con misteriosos caracteres, fueron hallados entre las ruinas.

Jean François Champollion, egiptólogo y director del Louvre, obtuvo la clave que le permitió descifrar los jeroglíficos. Grotefend, rector del Instituto de Francfort y subjefe del liceo de Hannover, y Sir Henry Rawlinson, famoso soldado y orientalista — el alemán y el inglés igualmente movidos por el soplo del genio — progresaron en la lectura de las inscripciones cuneiformes. Lenguas olvidadas empezaron a revelar sus secretos, desde las ruinas enterradas de los monumentos, desde las lápidas de arcilla, palimpsestos y papiros. Las leyes de los faraones egipcios y de los legendarios gobernadores de Ur

25-7-1942 Ingen desconocido E. 50-

y Babilonia pudieron ser conocidas por los modernos ávidos de esos estudios; más tarde los médicos estudiaron las prescripciones de sus antiguos colegas, brujos más que hombres de ciencia; los jueces, los informes; los sacerdotes, las oraciones; los príncipes, los oráculos, mientras los cronistas de la corte recordaban a los monarcas cuyos hechos permanecieron muchos siglos desconocidos y mezclados con el polvo.

En escritura euneiforme, sobre una placa de arcilla en Nippur, está la súplica de la hija de un rey de Babilonia. Transcurridos cientos de años, la angustiada llamada de esta mujer, el primer escrito que se recuerda a este respecto, llegaba a nuestro conocimiento: "El dolor se ha asido a mi cuerpo. Dios solamente puede arrancarlo".

Un investigador helenista descubrió los altares de Esculapio en Cos y Epidauro. En ellos se exhibía una conmovedora mezcla de símbolos de enfermedades: reproducciones en piedra y metal, de cabezas heridas; de cuerpos, brazos y órganos internos lesionados; de tablas votivas y ofrendas con inscripciones dóricas, que recordaban los prolongados y terribles sufrimientos de los piadosos fanáticos hasta que por la compasión de Esculapio habían sido libertados del dolor.

Los autores clásicos nos relatan las vidas de los héroes, los cronistas medievales nos cuentan las leyendas de los santos, y leyenda y narraciones nos hablan del dolor. Con el amanecer de la época moderna los héroes semidioses y los santos dejan su puesto preeminente a los inventores, artistas y filósofos, que desde entonces fueron los más respetados y venerados. Aunque no eran héroes ni santos, sus "vidas profanas" fueron recordadas por la posteridad, que se ha interesado por saber cómo vivieron y sufrieron, porque vida y sufrimiento son siempre inseparables.

En la historia de los grandes hombres un capítulo se titula invariablemente "Dolor".

Todos los hombres: Colón o Magallanes, descubrido-

res de ignoradas partes del mundo; Jesús o Mahoma, creadores de nuevos dogmas; Spinoza o Schopenhauer, escudriñadores del sistema filosófico; científicos famosos, pintores, escultores, han sufrido y sufren corroidos por enfermedades, torturados por el dolor, y yo, que escribo, y usted, lector, somos presa de las enfermedades y de los dolores. Magallanes fué herido durante la campaña marroquí en el año 1513 y quedó cojo para el resto de su vida; Colón había sido atacado de gota en alta mar, Erasmo de Rotterdam, príncipe de los humanistas, escribía a Paracelso, lamentándose de estar continuamente atacado del mal de piedra. Lutero era igualmente gotoso, y cuando estaba luchando en Warburg y en Smalkald por la libertad de conciencia, su labor fué interrumpida por cólicos, dolor de cabeza y de oídos. "Estoy atormentado por dolores fatigantes, quebrantado por el mal de piedra, por la enfermedad alemana", escribe Lutero, después de un fuerte ataque de cólico renal. Calvino sufría jaquecas paroxísticas tan violentas, que cuando sobrevenía el ataque apenas podía hablar; y durante sus accesos de gota, "para los cuales parecía no haber remedio", arrastrábase penosamente desde la cama hasta la mesa de escribir. Los últimos días de Swift fueron una larga agonía enloquecedora, que hoy, después de casi dos siglos, es inenarrable. Michelet, el célebre historiador francés, describe el reinado de *Le roi Soleil* Luis XIV, dividido en dos períodos: "Antes y después de la fistula". Las crisis gástricas de Napoleón tuvieron gran culpa en el desastre de la Grand'Armée en Borodino y en la derrota final del emperador en Waterloo. En el destierro de Santa Elena, durante los últimos meses, Napoleón gemía a menudo: "El dolor corta como un cuchillo. *Oh, mon pylore! Oh, mon pylore!*" Dureró envió a su doctor un esquema en el cual el artista mostraba claramente su estado, señalando en la parte izquierda de la región lumbar el lugar dilatado del bazo, al cual consideraba como la causa de su enfermedad. Debajo, escrito con su letra, están las siguientes palabras: "Donde veréis la

mancha amarilla, hacia la cual señala el dedo, está el daño". Tiziano murió muy viejo de peste, en Venecia. La gota hacía caer los pinceles de las manos de Rubens. Beethoven sufrió horriblemente de cólicos hepáticos. Rousseau murió sentado en el bacín después de un horrible dolor en el vientre. Montaigne, d'Alembert, La Rochefoucauld y Leibniz eran grandes dolientes. Molière fué atacado de intensos dolores cuando representaba su *Malade Imaginaire*. Con una forzada sonrisa hizo todo lo posible para disimular su tormento, pero una vez terminada la representación fué conducido a su casa, donde entró en la agonía muriendo pocas horas más tarde.

El hijo de Charles Darwin nos cuenta que el gran naturalista "gozó muy pocos días de buena salud durante cuarenta años, siendo su vida una larga lucha contra el dolor". Nietzsche dice de sí mismo: "A través de mi vida, el dolor apenas me ha concedido una tregua; y de cada año, doscientos días son de sufrimiento".

Voltaire y Sir Walter Scott recurrieron a los narcóticos para aliviarse. Enrique Heine, postrado en la cama durante más de diez años, debido a una enfermedad medular, tenía que gastar seiscientos francos al año en opiáceos: "Los calambres me atacan noche y día, y solamente puedo descansar embotando mis sentidos con morfina". Maupassant aspiraba éter durante sus ataques de jaqueca. En *Sur l'eau* escribe: "Jaqueca, tormento atroz, uno de los peores del mundo, aniquila los nervios, impulsa a la locura, esporea los pensamientos al viento y debilita la memoria. Tan terribles son estos dolores, que no puedo hacer otra cosa que tenderme en la cama y tratar de adormecer el dolor aspirando éter".

El dolor visita también a los hombres vulgares, a millones de criaturas que no son héroes ni santos y que no tienen títulos de grandeza, porque el hombre ha nacido para sufrir, como las chispas para volar al viento. Nadie habla de esto ni nadie lo recuerda. El dolor amarga la vida de millones de seres que mueren en el silencio sin honores y sin cantos.

Como la descripción no es suficiente, higienistas y estadistas tratan de hacer conocer los males mediante carteles y figuras representativas. He aquí el dolor: la peste bubónica, la lepra, el carbunco, el cólera, la sífilis, la viruela, el tifus, la tifoidea, intestinos eventrados, sangre, piel y miembros enteramente destruídos; he aquí las epidemias que se han extendido desde Persia al Rin. De vez en cuando una tercera parte de los habitantes perecen víctimas de un azote, inaugurando nuevas épocas, siglos llenos de lamentos. Treinta millones perecieron así en Grecia. Atenas fué devastada en sus principios. Bizancio sufrió la peste de Justiniano en los días en que su gloria era mayor. Las orgullosas ciudades de la Edad Media se transformaron en lugares de luto.

La medicina descriptiva era casi desconocida antes del siglo XVIII. Pinel la comenzó en la Salpêtrière. Desde entonces los síntomas fueron cuidadosamente anotados en los hospitales y se guardaron las historias clínicas. Éste fué el origen de los archivos. Archivos del dolor.

El cuerpo, cualquiera que sea la época, igual que se trate de seres de renombre inmortal o de seres anónimos, es un perpetuo manantial de dolor. La sangre hereda o adquiere el veneno de todas las enfermedades, los huesos están expuestos a reblandecerse o a quebrarse y los nervios pueden estremecerse por el dolor. Con pocas excepciones, ningún órgano puede sustraerse al dolor; éste es el compañero inseparable de la enfermedad, y está presente en el acto sagrado del nacimiento y lo mismo en el instante de nuestra muerte. "Ésta es la noble verdad del sufrimiento" anuncia Sakya Muni en uno de sus sermones de Benarés. "El nacimiento es un sufrimiento, la muerte es un sufrimiento y estando enfermo se sufre." También François Villon, el errante bardo, exclamaba: "Aquel que muere descansa, pero debe morir con dolor".

Por fin, los dolores que espontáneamente surgen del cuerpo y los que le invaden desde el exterior, poniendo en inminente peligro la vida, son superados por aquellos

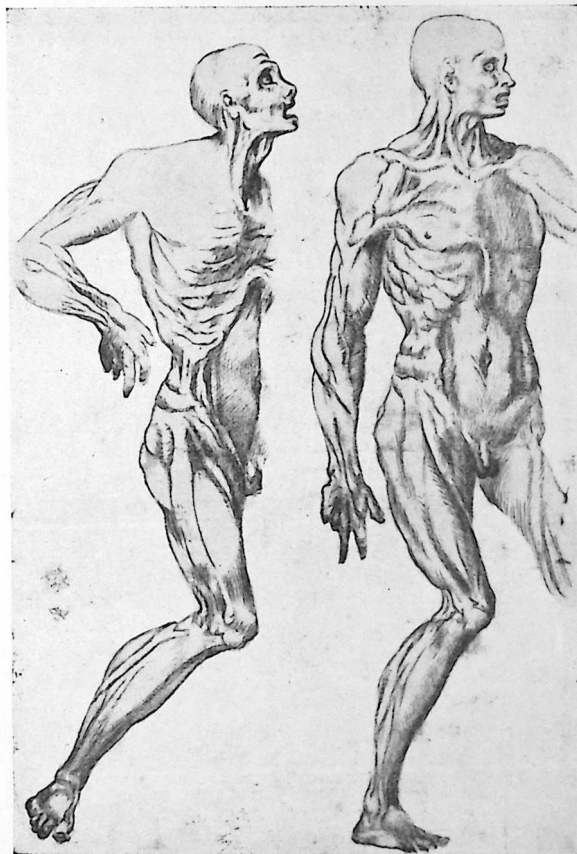
nacidos en el intento de oponerse a las fuerzas de destrucción: por el dolor del cuchillo del cirujano.

Homero nos cuenta que el arte de la cirugía era un don de Quirón, el mago de los centauros, hijo de Cronos y Philira. Hammurabi, primer rey de Babilonia, manejaba el bisturí del cirujano con igual maestría que el cetro, y operaba cataratas y abría abscesos del hígado. En las paredes de los palacios asirios existen numerosos relieves representando el triunfo del bisturí. Para los hindúes del tiempo del *Mahabarata*, la cirugía tenía tanta importancia que Susruta calificaba al médico que no podía operar como "pájaro con una sola ala" ;mientras que el legendario primer cirujano de China fué al mismo tiempo, dios, emperador y cirujano.

Pero con la cirugía comenzó una nueva tortura: la terrible tortura del cuchillo. "Resuelto a curar a los pacientes sometidos a su cuidado, el cirujano debe ser sordo a los gritos y llantos y actuar sin hacer caso de los lamentos." Tales eran las palabras con las que Celso, médico del emperador, describía la despiadada tarea de los cirujanos.

Existen relatos de las operaciones efectuadas, en los tiempos clásicos, por los barberos cirujanos de la Edad Media, y en los archivos de los hospitales de los primeros años del siglo XIX se recogen escenas de horror. El paciente, aullando de espanto, era arrastrado hasta la mesa de operaciones por media docena de hombres robustos que le ataban pies y manos. Entonces el cirujano podía comenzar su cruel tarea; quemaba con un hierro al rojo y cortaba en la carne palpitante. El paciente, con plena conciencia, observaba los instrumentos en las manos del torturador, oía las instrucciones que el cirujano daba a sus ayudantes, y cada orden significaba un nuevo e intolerable sufrimiento. Si el pobre infeliz no podía soportar su martirio, y trataba de desasirse, los ayudantes revisaban la seguridad de las bisagras, ajustándolas con sus forzudas manos.

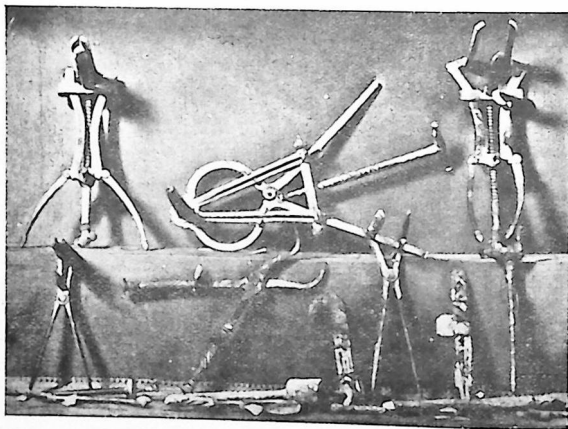
Incluso "la cirugía menor", como la extracción de



Estudios de anatomía.
(Dibujos de Miguel Ángel)



Un dentista y su enfermo.
(Vaso griego del siglo IV a. de C.)



Instrumentos de cirugía encontrados en Pompeya.

El triunfo sobre el dolor

dientes, era tan atrocemente dolorosa, que la historia refiere que los dientes eran, muchas veces, extraídos deliberadamente como una forma de tortura y de castigo. En Alejandría, durante la persecución de Decio, Santa Apolonia y Blas el Bendito, atados a columnas, sufrieron la extracción de sus dientes con el intento de hacerles abjurar del Cristianismo. Cientos de años más tarde, el Rey Juan de Inglaterra se valía de la extracción de los dientes como un medio de extorsión. Necesitando obtener mil ducados de un rico ciudadano de Bristol, el tirano hizo conducir al pobre hombre a palacio, y con sus reales manos extrajo un diente cada día, durante una semana, hasta que puso término a la resistencia ofrecida.

Durante siglos, las operaciones causaron más espanto que el Infierno o el Purgatorio, y diríase que el implacable espíritu humano, no satisfecho con el dolor tan libremente distribuído por la generosa naturaleza, había decidido enriquecerlo con las agonías artificiales de la cirugía.

Dice el cirujano francés Daetignes: "Si nos imaginásemos suspendidos en el éter, y hasta nuestros oídos se alzasen los sonidos de la gigante Tierra, únicamente escucharíamos un rugido de dolor, proferido, como una sola voz, por la humanidad doliente".

¿Pero dónde, en qué época, en qué lugar comenzó el dolor? ¿Qué criatura fué la primera que tuvo conciencia de él? La mitología nos cuenta que el dolor empezó en el mundo sin tiempo de los dioses. Su constante obra de destrucción actuó sobre ellos antes que sobre nosotros, seres perecederos. El dios del sol sufrió de las enfermedades de la vejez; Isis tuvo una inflamación en los senos; Horus fué picado por un escorpión y también fué atacado de oftalmía; Dionisio y Esculapio no pudieron nacer por vía natural, y tuvieron que ser extraídos de los divinos cuerpos vivientes de sus madres. También los dioses, señores de la raza humana, fueron esclavos del dolor.

Hace algunos años Sir Jagadis Chandra Bose, médi-

co y biólogo hindú, estudió las reacciones de las plantas a las excitaciones y obtuvo hermosos gráficos gracias a delicados aparatos registradores. Dicho autor llega a la conclusión de que "una planta siente dolor, justamente como el hombre y los animales más inferiores", y demuestra también que, del mismo modo que otros seres vivientes, las plantas podrían volverse insensibles al dolor mediante el cloroformo. Mientras los mitos han referido el origen del dolor a las mansiones ultraterrenas de los dioses, Bose cree encontrar su iniciación en las plantas.

La botánica, la zoología y la psicología comparada han considerado como un progreso de la evolución, desde las plantas a los animales y al hombre, el acrecentamiento de las sensaciones dolorosas. El privilegio del conocimiento está equilibrado por la dudosa ventaja de la aparición paulatina del dolor. Como si se conservaran y pasaran cuidadosamente de padres a hijos, de generaciones en generaciones, las posibilidades del dolor se renuevan constantemente. El dolor es, en fin, inmortal.

En el *Génesis* leemos que el dolor apareció en la primera pareja, después del pecado.

Sin embargo, los hombres del siglo XIX, libres de prejuicios, se dedicaron a los estudios científicos del origen humano. En Gibraltar; en Lieja, en Bélgica; en las ruinas de Neanderthal, entre Elberfeld y Düsseldorf; en China, Java y en tantos otros lugares, han sido encontrados esqueletos humanos prehistóricos: *Homo neanderthalensis*, *Pithecanthropus erectus*, el hombre de las cavernas, etc. La historia del hombre sólo se refiere a unos cuantos cientos de revoluciones de la Tierra alrededor del sol, pero hay que agregar una fase prehistórica, tan larga, que sobrepasa a un millón de años. Al mismo tiempo, nuestro conocimiento del dolor también penetra en las épocas ignotas, porque todos los viejos huesos llevan estampada la marea indeleble del sufrimiento.

En los laboratorios modernos, médicos y antropólogos, químicos y físicos, han observado cráneos y otros

huesos, así como instrumentos, que se remontan a las Edades del Hielo, de la Piedra, del Bronce o del Hierro.

Patólogos expertos, ayudados por los más recientes recursos de la microquímica y de la anatomía comparada, estudiaron las enfermedades de que eran testimonio aquellos huesos pertenecientes a hombres que vivieron hace cientos de miles de años.

Esas investigaciones demostraron que nuestros primitivos antepasados sufrieron de gota y de otras formas de artritis; de enfermedades intracranéicas, que probablemente causaban convulsiones; de caries de las mandíbulas y de los dientes; de fracturas y de tumores en los huesos. Y es indudable que fueron presa de los más variados e intensos dolores. En muchos lugares se encontraron cráneos con agujeros redondos, producidos por trépanos, y, entre ellos, puntas de flechas, así como cuchillos, sierras y lancetas, demostración de que nuestros antepasados conocieron también las agonías de la "cura quirúrgica".

El grito emocionante de aquella antigua princesa de Babilonia fué el eco de los testimonios mudos, reveladores del dolor que afligió a nuestros más lejanos antepasados. Los fragmentos de esqueletos de hombres y mujeres que vivieron en el amanecer de la Historia, confirman nuestra creencia de que el hombre se inició muy temprano en la vía del dolor físico.

CAPÍTULO II

HECHICEROS, SANTOS Y ALQUIMISTAS

Al cambiar los tiempos y los países, cambiaron también la concepción que se tenía del dolor y los medios de que se disponía para combatirlo. En las épocas más antiguas se pensaba que el dolor era obra de los demonios, y como tal era considerado por los pacientes. El hombre se creía nacido en un medio hostil y se daba cuenta, por sus propios sentidos, que los animales y los elementos de la naturaleza podían ocasionarle daños; eran enemigos y contra ellos tenía que luchar. Pero el primer dolor ocasionado por una causa invisible y desconocida trastornaba su concepción del mundo visible. ¿Cómo era posible que un poder desconocido, más fuerte que el hombre mismo, fuese capaz de llenar de males y dolores a quien hasta entonces era sano, vigoroso y pujante?

El primitivo pensamiento era pintoresco. Todas las cosas en la naturaleza están animadas, tienen una esencia, gozan de una personificación; y, en consecuencia, los poderes invisibles se convierten en seres vivientes, cada uno de los cuales tiene facultades que le son privativas. La imaginación transforma las causas provocadoras del dolor en obra de demonios, hijos híbridos de entes visibles e invisibles con la figura y el sello del tormento corporal que crean.

Por esta razón el demonio del dolor de oídos tiene orejas enormes; el de la gota es una voluminosa y repugnante araña; el malicioso demonio del dolor de dientes

El triunfo sobre el dolor

posee la forma de un roedor gusano; en fin, un "pájaro maligno", con un agudo pico, está hurgando sin cesar los lugares donde existe un daño; la cabeza, la garganta, las entrañas, las piernas. Algunos de estos demonios tienen aspecto humano, otros poseen figura de animal y ciertos de ellos pueden cambiar su forma a voluntad. Habitan en los árboles, o entre las ramas, corren de un lado a otro arrastrados por el viento, se hunden en la tierra cuando cae la lluvia, se arrastran en la noche en insospechadas guaridas o durante el día se lanzan por la espalda contra las gentes para arrojarlas dentro de las mansiones del dolor.

Poseedor, capturador, vigilante, opresor, subyugador, tales son los nombres con que se designan los demonios que originan el dolor. El dolor ataca al hombre, se apodera de él, le aprisiona, le debilita, destruye su vitalidad, se adueña de él y le quita la vida, o después de vencerlo le abandona. Todas las expresiones con las cuales el hombre describe su aflicción, cuando el dolor le ataca, llevan impresa la garra del demonio.

Han pasado millares de años; el aspecto del mundo ha cambiado; bosques y praderas se han transformado en ciudades, las cavernas se han trocado en palacios, pero los demonios a que el hombre dió forma continúan dominándole. Fué un demonio quien envió el dolor al Rey de Ur y le quitó la vida, y mucho, mucho más tarde, en el medieval Wurzburg, trescientos noventa y nueve demonios dícese que se posesionaron del cuerpo de una muchacha asactada por el dolor.

Autoridades en la mitología, en la psicología de los pueblos, y en la religión, como Tylor, Frazer, Levy-Brühl, Daques, Preiss, Vierkandt y King Irving, han tratado de explicar por qué en la "Edad de Piedra de la mente humana", lo invisible asume la forma de demonio. Pero el origen de este mundo creado por la imaginación del hombre no es más misterioso que la creación del cosmos material. Sencillos, cuanto ineficaces, eran los medios primeramente usados por la humanidad para ven-

cer el dolor y librarse de los demonios malignos, pues creía poder expulsarlos espantando pájaros u otros animales.

Colocaban cabezas de arcilla de los espíritus tutelares en torno a las regiones afectadas; encendían fogatas de beleño y otras yerbas semejantes alrededor de las camas de las parturientas, para evitar los dolores del alumbramiento; usaban anillos en las orejas y en la nariz; tatuajes con exorcismos; en fin, ciertos animales o parte de ellos, plantas y piedras, garras de tigre, talismanes o amuletos, eran utilizados con el intento de ahuyentar los espíritus malignos.

Suponíanse especialmente eficaces las palabras cabalísticas, los conjuros y hechizos realizados por individuos a los que se consideraba como magos, capaces de dominar los elementos y de dispersar los demonios perversos.

Los animales inferiores, los espíritus elementales y malignos, podían ser dominados por el maravilloso poder del lenguaje humano. Mediante ciertas palabras el hombre podía convertirse en su dueño, obligándoles a obedecer y a desalojar el lugar que ocupasen. "Vete, dolor de cabeza." "Vete, dolor de dientes". "Vete, dolor de corazón." Tales eran las frases con las que el hombre pretendía rechazar a los espíritus del mal.

Siempre que se suponía que un dolor era debido a la posesión demoníaca había que acudir a los oficios de los exorcistas. En los primitivos períodos de la civilización, estas tareas, como muchas otras, estaban reservadas a la mujer. La cabeza de la familia primitiva era la Gran Madre, a la vez sacerdotisa, hechicera y fundadora del arte de curar.

Desde las entrañas de la madre surge la nueva vida. Éste es el primer milagro que el hombre conoce. Las primeras fuerzas creadoras de la naturaleza se manifestaron en el cuerpo de la mujer, engendrador de vida. Este fenómeno, al parecer de hechicería, diríase que la capacidad para poder ahuyentar el dolor. Su fertilidad es una victoria contra las fuerzas de la destrucción. El instinto

maternal debe hacer de la mujer la mejor conocedora de todos los hechizos y conjuros necesarios para proteger la vida que ha engendrado y que los demonios tratan de extinguir.

En épocas posteriores de la civilización, aun cuando la mujer quedó subordinada al hombre, continuó predominando en su oficio de eurandera.

La rubia Agamedes de los griegos, la Meganda del antiguo Edda, las "esposas salvajes" de Gudrun, las sibilas, las pitonisas de los antiguos, poseían el poder del conjuro contra los demonios del mal, y vencían al dolor. Entre los habitantes de aquellos tiempos, eran las mujeres las que sabían de los ritos contra el dolor, las que conocían hechizos y administraban pociones, pronunciando palabras secretas ininteligibles para el hombre. Los eslavos llamaban a estas magas benéficas "hadas de la salud". Estas hadas eran semejantes a las "hechiceras blancas" que habitaban partes remotas de la Inglaterra rural. El cristianismo y la civilización moderna han alejado las "hadas de la salud" a los pequeños pueblos de la montaña y de los bosques, donde aún practican sus tradicionales artes. Pero, en general, la hechicera de otros tiempos ha venido a quedar reducida a una simple parte-
ra. No obstante, las gentes sencillas confían todavía en ella. ¿No son, al fin y al cabo, las que rigen los dolores del parto? ¿No son las que escuchan, antes que nadie, el primer grito del recién nacido? ¿No son las que conocen los secretos de ese órgano misterioso llamado placenta? Debe reconocerse que todavía conservan algunos de los mágicos resplandores que irradiaban de la matriarca de los viejos tiempos.

Poco más tarde, además de la madre sanadora, y en gran parte reemplazándola, aparece el curandero, el mago, el brujo. Envuelto en túnica de brillantes colores, coronada su larga melena por una guirnalda de resonantes latas, adornado con lazos y haces de ramas, el brujo llegaba a la choza del paciente. Se acurrucaba al lado del fuego y empezaba a entonar las palabras rituales

golpeando su mágico tambor, e inclinando su cuerpo convulsivamente de un lado a otro hasta terminar en una danza salvaje y desenfadada, como los derviches o sautones. Todos los habitantes del pueblo se sentaban alrededor, formando círculo, marcando el compás del movimiento del mago con un rítmico balanceo del cuerpo y con ruidoso batir de manos, hasta que llegaba el estado de trance, durante el cual suponíase que la voz del demonio (que nadie podía oír) se hacía audible y comprensible para el brujo que también adquiría la capacidad de verle y, por tanto, de observar sus movimientos. Luego colocaba su cabeza muy cerca del tambor, donde terminaban los dominios del espíritu maligno.

En formas variadas, según el poder del enemigo, el brujo trata de adularlo y de inducirlo a abandonar su presa mediante ruidosos cantos y danzas sensuales; implora la ayuda de los espíritus de los antepasados del paciente y de los ídolos protectores de los enfermos, al par que agita su bolsa de medicinas hacia el adversario invisible. Cuando estos medios resultan ineficaces, el brujo comienza a injuriar y a disputar con el enemigo, llegando a luchar contra él. El mago se agita, profiere gritos entrecortados y golpea con sus puños y hasta apalea al enemigo, aunque en realidad quien recibe los golpes es el infortunado paciente. Luego, todos los circunstantes se añaden a la pelea, golpeando con gran fervor al pobre poseso. Mientras tanto, se supone que los antepasados, y los dioses invisibles, invocados por el brujo, pelean también contra el obstinado demonio.

Cuando el demonio ha robado el alma del enfermo para esconderla en el hueco de un árbol o en las grietas de una roca, siendo esta ausencia del alma la causa del dolor, el brujo procede de modo diferente.

Entonces el éxtasis del hechicero se prolonga hasta que su propia alma se divoreía de su cuerpo y puede perseguir al demonio hasta su guarida. Precipitadamente, el alma del brujo se lanza a través de los bosques, de árbol en árbol, de roca en roca, hasta encontrar el escondite.

Conseguido esto, el alma del hechicero volvía a su cuerpo, trayendo triunfalmente el espíritu robado al enfermo. Hecho el pase mágico y pronunciado el conjuro, el espíritu volvía a su puesto y el dolor se aliviaba.

Cuando los demonios, abandonando los huecos de los árboles y las grietas de las rocas, ascendían al cielo transformándose en dioses, la idea del hombre sobre la causa del dolor sufrió un cambio. Lo que se había considerado como una diversión sin objeto de los espíritus malignos, era realmente un castigo infligido por los dioses justamente ofendidos.

Entonces, el brujo "dueño y señor de la cuadrilla de los alados y rampantes demonios", era reemplazado por el sacerdote, fiel servidor de los dioses. El arte de curar pasaba a las manos de los sacerdotes en los templos de los cultos paganos. Revestidos con amplias túnicas adoraban a las deidades y dirigían los ritos y sacrificios ofrecidos para aliviar los dolores. Esta primera religión todavía continuaba entremezclada con sortilegios. En un éxtasis sagrado, el sacerdote y las sacerdotisas de Baal y de Ashtoreth imploraban al dios o a la diosa para que iluminasen a los pecadores, que por serlo eran castigados con enfermedades dolorosas. Hechizos y conjuros eran usados como sacrificios que agradaban a los inmortales. Poco a poco la magia fué reemplazada por la oración, como rendido ruego, para que pudieran juzgar los altos poderes.

El cristianismo enseña que Dios envió a su hijo al mundo como Redentor, mediando así entre Dios y el hombre. Gracias a su divino origen podía curar a las criaturas humanas que sufrían, aliviando a los afligidos por el dolor. Después de la muerte de Jesús crucificado, de su entierro, y de su resurrección y ascensión al cielo, sus divinas facultades de curar pasaron a la Iglesia, que es su representante en la tierra. Mediante oraciones, por la invocación del nombre de Jesús, y en virtud del poder derivado del milagro de la transubstanciación, la Iglesia podía curar las enfermedades y aliviar el dolor.

Formando parte de esta institución eclesiástica, santos y sacerdotes, monjes y religiosos, hombres y mujeres piadosos siguieron las huellas del Creador, imitando a Cristo y epilogando su Pasión en su propia fantasía. Después de la resurrección y antes de la ascensión al cielo, Él concedió expresamente sus facultades de sanar a los apóstoles y a todos los fieles. En el último capítulo del Evangelio, según San Marcos, y en el versículo dieciocho leemos: "Sobre los enfermos pondrán sus manos y los sanarán". Así lo hicieron los apóstoles y otros primitivos cristianos y así lo repitieron más tarde los santos y los mártires.

Pero hacia el año 900, la facultad de sanar aplicando las manos sobre el enfermo quedó reservada a la realeza. El rey recibía este privilegio cuando era coronado por el Papa, representante de Dios en la tierra, de igual modo que muchos años antes, en el templo de Serapis, en Menfis, Vespasiano, favorito de los dioses, era ungido de la facultad de curar por el "tacto". Ese poder fué, pues, restablecido por los monarcas cristianos en su triple función de rey, santo y sanador.

San Olaf de Noruega, introductor del cristianismo en su país; Eduardo el confesor, Felipe I de Francia, Ana de Inglaterra, pretendieron que el simple contacto de sus manos aliviaba las enfermedades y el dolor. En la época de la reina Ana, no obstante, el escepticismo se había abierto paso en Inglaterra, y el "contacto" quedó reservado a una sola enfermedad, la escrófula, específicamente llamada, "mal del Rey". Este remedio contra la escrófula alcanzó su máximo acatamiento de los días de la Restauración, llegando a ser "tocadas" 92.107 personas. En el año 1714, cuando Jorge I, fundador de la dinastía de los Hannover, llegó al trono, hizo cesar estas prácticas; y en 1719 los oficios para la ceremonia fueron borrados de la liturgia. Pero en el año 1745, Carlos Eduardo, el Joven Pretendiente, "tocó" a un niño atacado de "mal del Rey" en Holyrood. El método no se practicó en Francia hasta que, en el año 1775, Luis XVI



Las intervenciones quirúrgicas en el siglo XVI.
(Viñetas de Strohmayr)



Martirio de San Erasmo.
El éxtasis religioso como anestésico.

“tocó” 2.400 personas afectadas del “mal del Rey”. Doseientos años antes, cuando Enrique de Navarra hizo su triunfal entrada en París, la fe estaba más arraigada. Enfermos atacados de gota, de escrófula y de otras enfermedades dolorosas se alineaban en las calles que conducían al palacio. Bajando de su carruaje, Enrique iba de uno a otro paciente, movía el pulgar y el índice dos veces sobre el lugar enfermo y haciendo así la señal de la cruz, decía: “El Rey te toca”, añadiendo luego: “Dios te sana”.

Pero los reyes piadosos, así como los santos y mártires, eran perecederos, y la muerte dejaba rígidas sus benéficas manos. Los desvalidos que esperaban el milagro no podían resignarse, en la angustia de su dolor, a que la virtud de sanar terminase al concluirse la vida del santo, y su fe les llevaba a creer que esa virtud se transfería a todo lo que hubiera estado a su alrededor.

El enfermo aspiraba a lograr su curación pronunciando el nombre sagrado, visitando los lugares donde se habían producido los milagros o las tumbas donde yacían los restos, tocando sus reliquias, sus ropas o utensilios o algún fragmento de sus huesos.

La fe, en su poder infinito, era pródiga en sus dones; pero los pacientes eran insaciables en sus demandas, y, para consolarse, agregaban supersticiones a sus creencias. Las mujeres del pueblo marchaban a los bosques y ataban las partes sufrientes a los árboles, para que el dolor pudiese ser absorbido por las poderosas ramas. Otros introducían una estaca de madera en las regiones afectadas y después la enterraban, creyendo así enterrar el dolor, en lugares escondidos y profundos donde no pudiera penetrar la luz del sol, ni la de la luna. Otros, en fin, pretendían transmitir el dolor a sus ganados, y luego los quemaban, los sumergían en el agua, los calcinaban en un horno o los ocultaban en lugares insospechados.

Pero en cuanto se piensa, libre de los prejuicios de la fe y de las falsedades de la superstición, surge el intento



El rey San Luis cura a los escrofulosos tocándoles.
(Cuadro de Luis Testelin)

de vencer al dolor con la fuerza de la razón. Así los estoicos consideraban que era posible el "repudio racional" del dolor. Estando Posidonio, un notable estoico, bajo la acción de un violento ataque de gota, fué visitado en Rodas por Pompeyo, y la conversación amena de su distinguido huésped fué bastante para hacerle fuerte e indiferente al dolor. En tiempos más recientes, Descartes y Spinoza afirman que el dolor puede ser vencido al ser "penetrado" de parte a parte por la razón. Cuando Pascal se sentía enfermo olvidaba el dolor enfrascándose en problemas filosóficos y matemáticos.

Kant, el filósofo de Königsberg, que dedicó su vida a las profundas meditaciones y que creó el más grande sistema intelectual conocido, tuvo también el poder de aliviar sus dolores. Cuando los achaques y las molestias de su avanzada edad se acrecentaban, Kant recurría al "poder curativo de la intención". En su última obra titulada *Von der Macht des Gemütes durch den blossen Vorsatz seiner krankhaften Gefühle Meister zu sein (Del poder de la mente para dominar las sensaciones morbosas por la simple intención)*, Kant escribía: "Hace un año sufro molestias y sensaciones dolorosas, que por la descripción que otros hacen supongo son de gota; por ello he tenido que visitar a un médico. Una noche, sin embargo, impaciente porque el dolor no me dejaba conciliar el sueño, recurrí al medio estoico de la concentración del pensamiento sobre algún objeto indiferente, y pensé en el nombre "Cicerón" con sus múltiples asociaciones. De este modo logré hacer derivar mi atención y conseguí desvanecer el dolor. Siempre que los ataques se repiten, alterándome el sueño, encuentro muy eficaz este remedio".

Uno de los misterios de la vida es que cuando en estado de vigilia el espíritu no puede alcanzar su máxima tensión, el hombre cae en la hipnosis.

Cuando la conciencia queda sumergida en el sueño artificial y el cuerpo permanece en la inactividad, el poder del dolor se quebranta. Al suspenderse el conoci-

miento, cuando el cuerpo cae en el letargo de la hipnosis, el dolor se desvanece.

Pero los mismos efectos pueden obtenerse con el empleo de drogas. El "gran laboratorio químico de la naturaleza" prepara en el interior de las raíces, en las cortezas, en las hojas y en las flores, medicinas de gran poder; y el hombre puede encontrar en ellas el más maravilloso de todos los medios para aliviar el dolor: el sueño artificial. En la esencia de las flores, encerrada en las semillas, en el jugo que brota de las incisiones hechas en ciertas plantas, en las adormideras, en la mandrágora, en el cáñamo indiano y en los otros "jarabes suporíferos" puede hallarse el gran veneno del sueño artificial.

La diosa Afrodita en el Monte Ida, y los legendarios príncipes egipcios en los valles del Nilo, hallaban alivio a sus dolores durmiendo sobre lechos de rojas amapolas. Ra, el dios del Sol de los egipcios, fué el primero que administró la mandrágora como soporífero.

Dícese que la egipcia Polydamma, esposa de Thon, y también Elena de Troya, aprendieron a preparar remedios vegetales con los que podían "borrar de la memoria todas las penas". Cuando vino al mundo el héroe Rustam, hijo de Zal y Rudabah, un águila volando sobre el lecho de la parturienta lanzó un remedio que hizo posible que el niño se desprendiese del cuerpo de la madre sin provocar dolor.

El *Rig-Veda* nos cuenta que "tales hierbas eran conocidas desde los más remotos tiempos, tres eras antes de que nacieran los dioses". De un mago, cuyo nombre no se recuerda, aprendieron su empleo. Mediante un procedimiento conocido únicamente por él, logró extraer de ciertas hierbas jugos que contenían, en extraña mezcla, venenos y remedios, en mucha mayor cantidad los primeros que los últimos. Sólo muy pocos elegidos aprendieron de él a separar unos de otros, y a obtener el remedio en cantidad suficiente para producir el sueño artificial.

A través del tiempo, el cáñamo indiano se extendió de país en país. En China, durante la dinastía Wri, un famoso médico, Hoa Tho, logró preparar el sedante "marior", con el cual podía sumir a los enfermos en un sueño tan profundo que era "como si estuviera embriagado o incluso muerto". En Cileicia, Dioscórides preparaba un vino con mandrágora tan activo, que con un solo trago se podía evitar que el paciente sintiese el dolor punzante del cuchillo. En la corte del rey hindú Bhoja, los médicos pudieron practicar la trepanación del cráneo a su jefe adormeciéndole previamente con los humos de Sammojini. Durante la Edad Media ciertos monjes preparaban "esponjas para dormir" o almohadas y velas impregnadas con mandrágora, con las que aliviaban los sufrimientos de algunos encumbrados pacientes. San Benito nos cuenta que, debiéndose amputar una pierna al emperador Enrique II, se le hizo dormir sobre una almohada con mandrágora y la operación pudo ser realizada sin producir dolor.

Pero si tales remedios, así como la salvia china Hindu Pundit, fueron usados sucesivamente por los médicos griegos o por los santos medievales, tratóse de casos aislados y su uso no se generalizó.

Estas drogas, de efectos incalculables, formaron parte de los equipos médicos ordinarios, pero los cirujanos barberos y los médicos del ejército y de los hospitales nunca conocieron exactamente el modo de emplearlas. En sus rudas manos lo que debía ser una gracia fué un desastre, pues era frecuente que el sueño se transformase en muerte. Los pacientes, y no menos los médicos, desconfiaron de tales medicamentos y prefirieron el dolor, por terrible que fuese, antes de arriesgar de tal modo la vida.

Cuando en el siglo xvii, Bailly, un barbero cirujano de Troyes, produjo en uno de los pacientes el sueño artificial, mediante un jarabe de hierbas, antes de la operación, su atrevido proceder despertó una general repulsa, Guy Patin, un renombrado médico y hombre de letras,

agregado a la Universidad de París, alzó su voz de condenación contra el audaz barbero y dirigió una protesta a la Facultad de Medicina de Troyes diciendo: "Si Bailly ha usado realmente plantas narcóticas con ese objeto, vosotros deberéis impedirle firmemente que lo haga. Tales venenos han actuado dañosamente en manos más hábiles que las suyas. Por tanto, estas prácticas no están permitidas, y el causante no debe quedar sin castigo. Que el insolente barbero no pueda jactarse de haber hecho tales cosas impunemente". El caso llegó a los tribunales. Bailly fué condenado a pagar una fuerte multa y prohibióse el empleo de remedios estupefacientes, antes de las operaciones, bajo la amenaza de incurrir en graves penas.

Los alquimistas fueron los primeros en reconocer que las medicinas naturales se hallaban en imperfecto estado y que en ellas era necesario separar lo esencial de lo accidental, así como lo seguro de lo incalculable. El "arte real" de los alquimistas fué quizás el primer intento para introducir un orden en el tesoro magnífico, pero descuidado de las sustancias orgánicas e inorgánicas.

Pero la alquimia todavía se hallaba entremezclada con la magia, magia influida por las constelaciones y dirigida hacia un fin místico, cuyo principio activo sería un éter fugaz, un *ánima* de un hermético poder sometido al influjo de ciertos astros. En sus incursiones en el campo de la medicina, los alquimistas eran guiados por su única obsesión: el oro, "el metal de luz", en el cual creían ver la panacea, el remedio para todas las enfermedades y para todos los dolores.

Encontraron, sin duda, muchas sustancias de valor, numerosos compuestos químicos útiles. Pero deslumbrados por el resplandor del oro prestaban poca atención y dejaban a un lado todo lo que les desviase de su senda. Bautizaban con nombres sonoros los casuales descubrimientos, pero los flúidos y los polvos descubiertos quedaban olvidados y sin uso en el seno de las redomas y en el fondo de los platillos.

En el siglo xiii Raimundo Lulio, el *doctor illuminatus*

tus, alrededor del cual se tejieron tantas leyendas, descubrió, en su laboratorio de alquimia, un "fluido blanco" que denominó "vitriolo dulce". Pero transeurrieron dos siglos antes de que fueran conocidas las propiedades analgésicas o calmantes del dolor de este "vitriolo dulce".

Después de estos dos siglos, la Edad Media, paralizada por una fieción de fe, dió lugar a la fogosa y fructífera vida del Renacimiento. Los viejos alquimistas que agotaban sus energías en la fútil tarea de la transmutación de los metales, fueron sustituidos por hombres con espíritu mucho más cereano al que anima a los científicos modernos. Surgiendo de estos laboratorios de alquimia, los hombres nuevos estudiaron el dolor, colocaron sus manos en las carnes laceradas y se pusieron en contacto con la vida. Theophrastus Bombastus Paracelsus de Hohenheim, médico errante que pasó sus días recorriendo país tras país, contemplando con sus propios ojos los dolores del prójimo, "aprendió el arte de curar del mejor maestro, la experiencia", aprendió de los hombres del campo, de los marineros y de las ancianas las maneras de friccionar, frotar y dar masajes en las partes del cuerpo afectadas por el dolor; cruzó montañas, traspuso valles, interrogando siempre a la naturaleza para que le revelase los secretos de sus hierbas analgésicas. No pudieron escapar de su constante atención los productos naturales capaces de aliviar el dolor, pues exploró "los tres reinos de la naturaleza", es decir, los mundos animal, vegetal y mineral. Observó con sus propios ojos y comprendió a la luz de su propia inteligencia la variedad infinita de los males y de los dolores, y también se dió cuenta de que eran escasos los remedios que podían utilizarse en forma natural y sin modificaciones. En consecuencia, volvió a su laboratorio de alquimia para perfeccionar, valiéndose del "arte real" de la destilación, purificación y extracción, lo que la naturaleza le brindaba imperfecto.

Un día, habiendo mezclado ácido sulfúrico con alcohol,

calentado la mezcla y condensado los vapores, redescubrió el "fluido blanco" que hacía largo tiempo había descubierto Raimundo Lulio. Pero Paracelso, al aplicar su fluido a los pollos, hizo una observación que casi le valió ser considerado como el fundador de la anestesia.

"Con respecto a este particular vitriolo debemos tener en cuenta ciertas circunstancias", escribe Paracelso al describir su experimento. "De todos los extractos de vitriolo, éste (refiérese al fluido blanco), por ser estable, es uno de los más importantes. Además, tiene un sabor agradable, hasta el punto de que incluso los pollos lo ingieren fácilmente, después de lo cual caen en un profundo y prolongado sueño, despertándose sin presentar daño alguno. En vista de esto, pienso que podría recomendarse especialmente en las enfermedades que produzcan dolores, para mitigar esta desagradable complicación." Este "vitriolo dulce", con el cual Paracelso pudo adormecer a los pollos, no es otra cosa que lo que hoy se conoce con el nombre de éter sulfúrico.

Un muchacho llamado Valerius Cordus, trabajaba, por aquellos tiempos, como aprendiz de su tío, el boticario viajero Joaquín Ralla. Cordus anotaba cuidadosamente todos los datos referentes a las nuevas drogas que hallaba en su camino, y su manía se plasmó en un completo archivo y colección de los medicamentos existentes.

En el curso de sus viajes, Cordus encontró otro viajero, Theophrastus Bombastus Paracelsus. Cordus fué inmediatamente subyugado por el hechizo de este gran médico. Durante meses siguió los pasos de su maestro, escarbando en la tierra para encontrar nuevas raíces medicamentosas y acompañándole en sus visitas a los enfermos, para escuchar sus explicaciones, que anotaba cuidadosamente.

Muchos datos que han llegado hasta nosotros, referentes a los medicamentos usados por Paracelso, entre ellos la descripción del éter, los debemos a la laboriosidad de ese aprendiz de boticario ataeado de la fiebre de tomar apuntes.

En el año 1542, un año después de haber muerto Paracelso, Cordus, visitando la ciudad de Nüremberg, mostró orgullosamente a los médicos allí congregados una larga lista de los medicamentos entonces conocidos. Aquellos ilustres médicos quedaron gratamente sorprendidos, pues ninguno de ellos había visto ni oído la mitad de los medicamentos mostrados.

Cordus propuso al Senado de Nüremberg que, para el bienestar de la humanidad y para mayor gloria de la ciudad, fuese adquirida su colección de notas. Una comisión visitó a nuestro hombre en su hostería, ofreciéndole el pago de la cuenta más la gratificación de cien ducados de oro por la adquisición de sus apuntes. Cordus aceptó la oferta y entregó sus manuscritos a la docta comisión de médicos de Nüremberg. Así fué cómo el "vitriolo dulce", descubierta doscientos años antes por Raimundo Lulio, volvió a sumergirse en las aguas del olvido. Paracelso conoció sus propiedades analgésicas y Cordus describió sus preparación y sus efectos. La lectura de estas descripciones estaba al alcance de todos, pero hasta transcurridos nueve siglos nadie se ocupó de ello. "*Habent sua fata libelli.*" Cada libro, cada descubrimiento, cada sustancia, tiene su propia ley y su destino. El conocimiento del "vitriolo dulce" fué letra muerta en la polvorienta farmacopea de Nüremberg.

Más de cien años después, Sir Isaac Newton y los químicos Godfrey y Boyle pretendieron recordar los conocimientos sobre el "vitriolo dulce", pero sin provecho; poco después volvían a caer en el olvido. En el año 1792 el boticario alemán Frobenius volvió a exhumar el olvidado cuerpo, y como recuerdo de su origen, en la alquimia, le designó con el pomposo nombre de *éter*. Poco a poco este medicamento fué encontrando aplicación para el tratamiento del asma y de otras enfermedades respiratorias. Pero hubo de transcurrir otro medio siglo hasta que los médicos volvieron a ensayar sus propiedades analgésicas o anestésicas, descubiertas tres siglos antes por Paracelso.

CAPÍTULO III

EL ÚLTIMO DE LOS MAGOS

La fe, a la que acudían nuestros antepasados para aliviar el dolor, fué sustituida por el progreso, representado para este fin por los narcóticos.

Un nuevo espíritu despertó, y los hombres selectos se dedicaron al estudio de las leyes de la materia. La química y la medicina, con sus técnicas auxiliares, nacieron de este nuevo espíritu, prometiendo a los pacientes que en el arte y en la ciencia podrían encontrar más seguro alivio a sus males que en la alquimia y en las hierbas mágicas.

Pero el dolor continuó sin tregua, y todos los dolientes reclamaron el prometido alivio. ¿De qué servía el nuevo espíritu, la nueva ciencia, que había desacreditado los antiguos remedios y que sólo se sostenía con la esperanza de lograr otros nuevos?

Los pretendidos sanadores, cuyos oídos percibían los gemidos de los dolientes y cuyos ojos contemplaban el horror de los rostros demudados, fueron los primeros en desertar, formando la vanguardia de la nueva fe en los milagros.

En el siglo XVIII no era ya factible volver a la sencilla fe en la magia o en la religión. En los salones y tertulias discutíase acerca de los avances de la ciencia, más que por su posible poder, por continuar el problema de moda. Si los milagros volvieron a producirse, deberían requerir los favores de la ciencia y ponerse de acuerdo con ella; tal era el lenguaje de los científicos de la época.

La nueva doctrina del vitalismo curativo, al reconocer la intensa vitalidad del dolor, venía a constituir una combinación de ciencia y milagro. Desde este punto de vista el cosmos era considerado como una compenetración de fuerzas vitales, de la que el hombre mismo formaba parte. El flúido magnético, retenido en su movimiento por el cosmos, actuaría sobre el hombre. Quien se proponga curar deberá concentrar en sí mismo el flúido magnético y luego trasmitirlo a los pacientes. Para los apóstoles de estas doctrinas, el poder milagroso de la nueva medicina radicaría en la fuerza vital magnética de que el ser humano estaría animado.

Pero era necesario hallar el hombre que reuniese todas estas ideas en un sistema, y tuviera bastante audacia para decir: "Yo soy capaz de conceder eficacia al flúido curativo universal. Esas energías cósmicas que pueden curar todas las enfermedades y mitigar todos los dolores, irradian de mis manos y fluyen de mis palabras .

Este hombre, que reclamaba para sí el poder de realizar milagros con su "energía vital", fué Antonio Mesmer, en otro tiempo estudiante de teología y de leyes, y después estudiante de medicina en Viena, donde fué graduado en el año 1766. Mesmer era un adepto de la "ciencia de los astros". Bajo y grueso, con doble papada, tenía amables modales, gustaba de la música y ejecutaba en la armónica con maestría suficiente para hacerse estimar de Mozart, Glück y Haydn.

En cuanto anunció su nueva revelación, casi todos los que le oyeron estuvieron prestos para creerle. De todas partes y en enorme número vinieron los pacientes hacia él en busca del "flúido vital" que habría de aliviar sus dolores.

Esto ocurría en París, poco antes de la revolución, que, en nombre del progreso, había de proclamar la razón como religión del Estado.

Como los empíricos, que utilizaban hierbas variadas para vencer el dolor mediante el sueño artificial, este apóstol del "magnetismo" se creía capaz de aliviar el

sufrimiento sumergiendo a sus pacientes en el sueño. Pero antes de que esta doctrina magnética pudiera llegar a su completo desarrollo, las teorías de Mesmer tuvieron que sufrir muchas transformaciones.

El imán, usado por Mesmer en sus primeros experimentos, había ocupado un buen lugar, desde tiempo antes, entre los pertrechos de los magos. Desde que Paracelso administró por primera vez como remedio el hierro magnético, no fueron pocos los que intentaron hacer uso de su extraña fuerza de atracción para combatir las enfermedades. Poco antes que Mesmer, el padre jesuita y astrónomo Hell prescribió el hierro magnético; pero Mesmer fué el primero que hizo de este cuerpo un símbolo de la teoría del flúido curativo. En el imán, dice Mesmer, manifiéstase, con toda evidencia, esa misteriosa energía cósmica que llena y mantiene la armonía del universo, y basta colocar dos piedras magnéticas en contacto con el cuerpo de las personas afectadas. Entonces el flúido curativo que se irradia penetra en el cuerpo alterado y restablece su armonía con el universo. En una época en que comenzaba a cundir la desconfianza, dada la ineficacia de los métodos racionalistas de curar, estaba asegurada la aceptación de este nuevo misticismo médico. Tan pronto como Mesmer aplicaba sus imanes, el paciente experimentaba una mejoría, sintiendo su cuerpo atravesado por la corriente curativa, que terminaba por expulsar el dolor. No fué sólo un paciente, sino cientos y cientos los que experimentaron iguales efectos; y el aflujo de dolientes, de lisiados y mutilados fué tan grande, que Mesmer comprendió la imposibilidad de tratarlos individualmente. Como observase que al examinar un grupo de enfermos éstos sanaron, vino a su mente una provechosa idea. Transmitió, mediante los pases adecuados, sus propias energías a una varita de madera, que al ser dirigida hacia los pacientes podía transmitir a distancia su fuerza magnética y curar de treinta a cien enfermos simultáneamente.

Imagínese el lector la figura de Mesmer envuelto en

un largo manto de seda de color violeta, teniendo en sus manos el bastión magnetizante.

Pero lo esencial no es la varita ni el bastón; el primer requisito de un mago es "despertar la predisposición a creer". Y los enfermos de Mesmer estaban absolutamente convencidos de que el contacto de la varita mágica alejaba el dolor de sus cuerpos.

En el cenit de sus éxitos, nuevos secretos fueron revelados por Mesmer. Descubrió que la fuerza vital era algo más de lo que se hallaba encerrado en la materia muerta de la varita magnética; es decir, que no era de los objetos que tenía en sus manos, sino de sus propias manos de donde emanaba el flúido curativo.

Simplemente tocando al paciente o haciendo los pases magnéticos dos o tres veces a lo largo de su espalda y de sus brazos, y palpando luego el lugar del mal, el dolor y la enfermedad se desvanecían.

El poder de sanar tocando, ejercido en la antigüedad por Vespasiano y por los monarcas de otro tiempo, fué resucitado por el mesmerismo, si bien con un nombre derivado de la terminología de la nueva doctrina del vitalismo. Como la fuerza difundida por las manos de Mesmer podía compararse al magnetismo de los metales, denominósele "magnetismo animal".

Más tarde observó también que el contacto era superfluo. Bastaba tener la voluntad de curar para que el flúido ejerciera su acción sobre el enfermo. Así, en esta tercera fase del magnetismo, volvieron a imperar las mágicas palabras de los magos: "Sésamo, ábrete". En efecto, era suficiente decir: "¡fuera el dolor!" y el dolor, desaparecía.

Desde lugares próximos y remotos llegaban los afligidos por el dolor a la casa de Mesmer, en la rue Montmartre. Temprano o tarde, esperaban su turno; y cuando al fin Mesmer aparecía en la calle, los pacientes corrían hacia él para tocar sus vestiduras, y mediante este contacto recibir las emanaciones curativas.

La Corte de París transformó en ídolo al milagroso

médico. María Antonieta, el Duque de Borbón, el Príncipe de Condé y Lafayette le distinguieron con su íntima amistad. Otras muchas personas, cuyos nombres eran los más famosos de la época, contábanse entre sus pacientes, y las princesas solicitaban ser admitidas a su presencia.

Tan grande era el aflujo de enfermos, que toda la energía de este hombre, capaz de hacer milagros con sus pases magnéticos, su varita mágica y sus palabras enigmáticas, no era suficiente para poder satisfacer a las multitudes. Pero Mesmer descubrió el medio para atender todas las demandas sin mermar la aureola de su personalidad milagrosa.

Declaró que aunque la fuerza magnética estaba presente en todos los individuos, su intensidad no era la misma y sólo en algunos elegidos podía "acumularse" y actuar como flúido curativo. Pero este elegido, esta "personalidad magnética", podía transferir su flúido a todos los objetos, que así adquirirían el poder de curar.

Mediante esta invención, con la que seguía apareciendo a los ojos de los creyentes como la fuente suprema del milagroso flúido curativo, Mesmer pudo multiplicar sus fabulosas virtudes mágicas, transmitiéndolas a miles de objetos que en mil lugares diferentes podían actuar al mismo tiempo en ausencia del mago. Y así pudo atender a todas las necesidades de tan vasta muchedumbre.

El primer objeto usado para realizar milagros sin estar presente el hechicero, fué una gran cuba o artesa de madera, el llamado *baquet*, en la casa de Mesmer. Este *baquet* contenía una doble serie de frascos, que él cargaba de magnetismo animal. Los frascos convergían hacia una barra de acero, de la cual partían los conductores que llevaban el flúido a las regiones dolorosas del cuerpo de los pacientes.

Tocándose con la punta de los dedos, los enfermos se sentaban reverentemente silenciosos alrededor del *baquet*, como si fuera un altar. Ningún ruido rompía el silencio de la habitación, y durante una hora el cuerpo del paciente cargábase de energía magnética. Entonces comen-

zaba la "crisis" (durante la cual dolor y enfermedad se desvanecían), acompañada de movimientos convulsivos. Tan pronto terminaban las convulsiones los pacientes caían en éxtasis, del que despertaban libres de todas sus molestias.

Estas curas del *baquet* de Mesmer eran tan populares, que los parisienses se hacían reservar con varios días de antelación un lugar para obtener su dosis de flúido curativo. Los ricos y los nobles invitaban a sus amigos a las sesiones de Mesmer, como en otro tiempo podían invitarlos a su palco de la *Comedie Française*.

Una vez más las peticiones excedieron a las posibilidades, pero Mesmer encontró el recurso de *mesmerizar baquets de bolsillo* para uso particular. Su capacidad inventiva no hallaba trabas para preparar objetos que sirvieran a sus propósitos. Magnetizó palanganas, en las cuales cientos de enfermos se curaban al lavarse: magnetizó espejos, que tenían el poder de devolver la salud a quien se contemplaba en ellos, y los enfermos esperaban turno formando cola.

Otro método para curar multitudes fué la magnetización de instrumentos musicales, de clavicordios y de armónicas. En cuanto sonaban las primeras notas, desaparecía el dolor que afligía a los oyentes.

Desde entonces, antes que la capacidad de cualquier casa fuese pequeña para acomodar tantos pacientes, Mesmer pensó en transferir su poder a lugares abiertos. Magnetizó jardines, parques, arbustos, matorrales, todo un bosque. El enfermo, anudando sus ropas a los árboles, se cargaba de flúido. En la rue Bondi, días tras día, se congregaban cientos de personas alrededor de un roble magnetizado por Mesmer, esperando allí el alivio de los sufrimientos. De esta manera las curas de Mesmer adquirieron un colorido que jamás fué alcanzado por mago alguno de los últimos tiempos.

Francia, creyendo que Mesmer era la fuerza vital más poderosa que existía, preocupóse hondamente por saber lo que podría ocurrir cuando este hombre desapareciera



Una operación quirúrgica antes del descubrimiento de la anestesia.

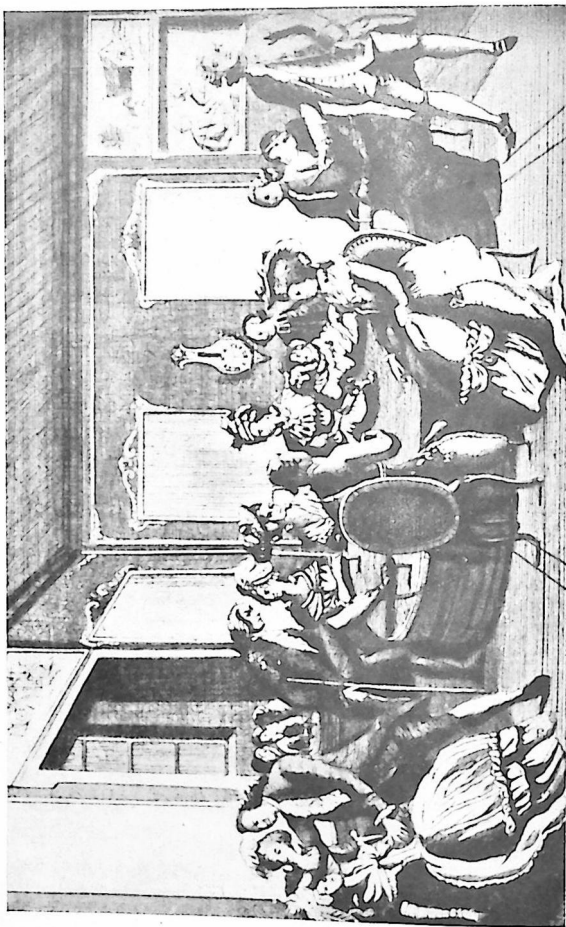
(Cuadro de Brouwer)

del mundo de los vivos. Los *baquets*, los instrumentos portátiles análogos, los espejos, los clavicordios, los árboles tenían que ser cargados de tiempo en tiempo con nuevas energías magnéticas, pues su poder se evaporaba paulatinamente. ¿Qué sucedería cuando Mesmer muriese? Grandes y justificadas eran las demandas para que el maravilloso poder se transmitiera a sus discípulos, conservándose así, a través de las edades y para bien de la humanidad, la fuerza curativa del magnetismo.

El Estado deseaba monopolizar ese poder, por lo cual el gobierno ofreció a Mesmer una pensión de cuatrocientas libras y la instalación de un Instituto donde pudiera vivir consagrado a transferir su fuerza curativa a determinadas personas nombradas por el Estado. Mesmer aceptó, pero con una condición: el gobierno debería conseguir lo que Mesmer no había podido lograr, esto es, el reconocimiento científico oficial de su descubrimiento.

Pero aunque buen número de doctores, entre ellos d'Es-lon, médico del Conde de Artois, varios científicos, como Constantino de Gebelin, presidente del museo de París, eran cálidos partidarios de Mesmer, la mayoría de los médicos tuvieron las palabras más despectivas para esas curaciones. El gobierno se dirigió a la Academia de las Ciencias, pero estos hombres estudiosos, que habían demostrado su fervor por la ciencia positiva, se negaron a abandonar su posición en favor de los actos milagrosos de Mesmer. Nada lograba convencer a éste para que renunciase a su petición. Por el contrario, Mesmer declaró: "No puedo aceptar pensión alguna de Francia hasta que la Academia haya reconocido mi descubrimiento". Y en otra ocasión: "El honor y la gloria que me ha conferido la humanidad, convencida de mi poder curativo, vale mucho más para mí que todos los rangos y que todo el dinero".

Más adelante, el rey Luis XVI intervino y persuadió a la Sociedad Médica para que realizase una investigación acerca de los efectos del magnetismo animal. La comisión de eminentes médicos y científicos nombrados



El célebre "baquet" de Mesmer, lugar de reunión de la aristocracia francesa.

por Su Majestad para el estudio de este problema, estaba constituida por los más famosos hombres de aquel tiempo: el Dr. Guillotin, quien más tarde había de ser un verdugo al inventar la guillotina; Benjamín Franklin, descubridor del pararrayos; Lavoisier, uno de los fundadores de la química moderna, y Jussieux, botánico.

Los miembros de esta comisión se dedicaron seriamente a su obra. Algunos de ellos consintieron en dejarse magnetizar para tener una experiencia personal acerca de los efectos del mesmerismo. En la última sesión efectuada, la comisión dietaminó que, aunque las actividades de Mesmer encerraban, en efecto, alguna cosa inexplicada y por el momento inexplicable, no desprovista de valor, la Ciencia no podía aprobar nada que no fuese posible interpretar.

Mortificado por esta decisión, Mesmer resolvió abandonar París. La reina estaba desesperada y solicitó del ministro de Estado, Maurepas, que intercediese cerca de Mesmer. Maurepas, cumpliendo los deseos de María Antonieta, concedió todos los honores posibles y una gran suma de dinero, como una compensación por el veredicto "increíblemente necio" de la comisión. Pero Mesmer continuó obstinado diciendo que había decidido saeudir de sus pies el polvo de la metrópoli.

Todavía imploraron sus adeptos, transmitiéndole privadamente sus ruegos. Algunos de ellos habían fundado una institución llamada "La Sociedad Armónica". Sus miembros visitaron a Mesmer y le declararon que estaban preparados para reunir la suma de dinero necesaria para fundar una Academia propia, frente a la Academia oficial de Ciencias. Por su parte, Mesmer debería entregar a la Sociedad un cierto número de aparatos mesmerizados, e instruir a los miembros sobre sus métodos magnéticos, con la seguridad de que el secreto sería fielmente guardado por los discípulos. Para financiar el proyecto de la Sociedad Armónica se distribuirían cuotas de cien luises cada una, y hasta que todas ellas quedasen cubiertas no se fundaría la Sociedad.

Entre las personas anotadas para estas cuotas figuraba Madame Dubarry, la amante del último rey, poseedora de un aparato de Mesmer, al cual acudía siempre que padecía de algún mal. En sus memorias, Madame Dubarry expresa la indignación que le había producido que fuese exigida una suma tan elevada por comunicar el maravilloso secreto. "El pago exigido por este Doctor para explicar el uso de sus aparatos magnéticos era nada menos que cien luises, sorprendiéndome y quebrantando mi fe el hecho de que solicitase tal suma el hombre que declaró que su solo objeto era servir a la humanidad." De sus escritos se deduce, pues, que la favorita comenzó a participar de la creciente desilusión de los parisienses. "Sus conferencias estaban extraordinariamente concurridas; pero mientras muchos oyentes quedaban convencidos de que quien podía hacer tales milagros tenía que estar dotado de un poder sobrehumano, otros sostuvieron que esos poderes tenían que emanar directamente de Lucifer."

La controversia sobre Mesmer, la lucha entre la credulidad mística y el escepticismo científico, entre la excesiva admiración y la reserva suspicaz, iba intensificándose, gradualmente, cuando el estallido de la Revolución puso fin a la disputa.

La mayoría de los distinguidos pacientes de Mesmer murieron en la guillotina; y él mismo, por haber sido favorito de la Corte y de la nobleza, se hizo sospechoso y tuvo que escapar rápidamente de la ciudad de sus triunfos, abandonando aparatos, manuscritos y bienes.

Dirigióse a Viena, pero como las autoridades de allí le consideraron como un jacobino enmascarado, como un agente secreto de la Revolución Francesa venido a la capital de Austria para preparar un complot contra la monarquía, fué arrestado y mantenido dos meses en la cárcel. Recobrada, al fin, la libertad, Mesmer volvió la espalda a un mundo que sólo se ocupaba de la política y se retiró a su ciudad natal, Meersburg, en el Lago Constanza.

En Europa, durante esos últimos años se produjeron nuevos acontecimientos históricos. Napoleón, salido de la Revolución Francesa, emprendió la conquista del mundo. Prusia rebelóse al fin, contra el dominio de Austria; la reconquista comenzó en España; Andreas Hofer fué la cabeza de la insurrección tirolesa y campeón de una guerra de independencia; Europa sufrió las angustias de la reconstrucción.

Durante los veinte años transeurridos entre su retiro y su muerte, en el año 1815, Mesmer, el milagroso, vivió en el completo olvido. Ante la fascinación ejercida por la marcha de la historia en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, cualquier figura, aun siendo tan notable como la de Antonio Mesmer, tenía que palidecer.

Era natural que aquellos hombres enteramente dedicados a graves problemas olvidaran pronto su nombre, pero el dolor, eternamente asociado al cuerpo, continuará recordando con cariño la "mano acariciadora" que sabía procurar pronto alivio. Mientras los "dedos magnéticos" del solitario del Lago Constanza perdían su encanto, algunos de sus discípulos lo conservaron para las futuras edades, a despecho de las convulsiones del mundo y de los sucesos que en él iban desarrollándose.

Uno de esos discípulos, que había pagado al maestro cuatrocientos luises para ser instruído en el magnetismo, fué Maxime de Puysegur. De igual modo que había hecho en otros casos semejantes, Mesmer magnetizó, en el parque de dicho noble, un tilo, al cual acudían en peregrinación los campesinos cuando se hallaban enfermos, con la esperanza de ser curados por el aristoerático propietario. Cierta día, un joven pastor de 28 años llamado Víctor fué atado al árbol y el Conde realizó los pases magnéticos sobre su cuerpo para aumentar la influencia curativa. Cuando, de acuerdo al curso normal del tratamiento, debía producirse la crisis, el pastor cayó en profundo sueño. El conde le ordenó levantarse y desasirse del árbol. El joven desató ágil y fácilmente las ligaduras,

y con los ojos cerrados comenzó a caminar a través del parque. Hablaba como si estuviera soñando, pero obedecía las órdenes dadas por el Conde.

Algo incomprensible había sucedido. Mediante el "magnetismo animal", un mesmerista podía producir un éxtasis artificial, pero el sueño profundo sólo había sido atribuído hasta entonces a las virtudes de las hierbas narcóticas.

El mismo Puysegur quedó sorprendido, al principio, por el inesperado suceso, y no se aventuró a hacer público su descubrimiento. Sólo más tarde, después de haber repetido los experimentos durante algún tiempo en numerosos casos, y siempre con igual resultado, se decidió a establecer la nueva doctrina del sonambulismo.

Los éxitos de Puysegur se difundieron rápidamente por toda Francia y también en Alemania, donde despertaron gran expectación. Algunos de los más notables exponentes del romanticismo germano, como Heinrich von Kleist, E. T. H. Hoffman, Clemens von Brentano, Ludwig, Tieck, Schelling y Fichte, se contaban entre los más celosos defensores y difundidores de la nueva doctrina. El mismo Hufeland, médico de la Corte y presidente de la Academia prusiana de Ciencias, que había calificado a Mesmer como un "visionario", votó por la aceptación del sonambulismo de Puysegur como uno de los métodos de cura oficialmente reconocidos.

Pronto otros doctores emplearon y recomendaron el sueño artificial producido por el "magnetismo animal", como un medio para aliviar el dolor. Era imposible que los cirujanos permanecieran ciegos ante este método. Uno de los primeros en adoptarlo fué Barón de Potel, quien influído por Puysegur pensó que podría emplear el sonambulismo para realizar operaciones sin dolor. Su ejemplo fué seguido en Francia por Récamier, una autoridad en los problemas del cáncer, y por Jules Cloquet, profesor de cirugía.

Pero fué Edimburgo la acrópolis de la cirugía con sonambulismo. En esta ciudad trabajaron los dos após-

toles más famosos del método del sueño artificial de Puységur: John Elliotson y James Esdaile.

El Dr. Elliotson, un amigo del novelista Tackeray, declaró que Dios, en su infinita merced, había concedido al cuerpo humano el poder curativo del magnetismo animal. El sonambulismo sería el método más sencillo y mejor para aliviar los sufrimientos, y su eficacia mucho mayor que la de los narcóticos hasta entonces empleados.

Elliotson propuso un método propio para hacer dormir a los pacientes. Hacía descansar a sus enfermos en una habitación oscura, con los ojos cerrados, y luego realizaba los pases magnéticos tocando el cuerpo del paciente y soplando sobre la cabeza. Al cabo de una hora conseguíase un profundo sueño y la operación podía comenzar. Elliotson estaba tan firmemente convencido de que sus modificaciones al mesmerismo eran el procedimiento infalible para realizar las operaciones sin dolor, que, temeroso del desprecio y de la persecución de sus colegas, renunció a su puesto en el Hospital Colegio de la Universidad para consagrarse por entero a aplicar a las intervenciones quirúrgicas el sueño producido por el magnetismo animal.

El otro profesor de Edimburgo, James Esdaile, marchó a la India para continuar sus experimentos sobre el sonambulismo, lejos de la perturbadora influencia del escepticismo de sus compañeros. La India parecía ser un lugar favorable para tal obra. Ciertas castas y familias habían conocido un antiguo método, denominado "Yar-Phoonk", semejante al sonambulismo, y por ello estaban especialmente preparadas para aceptar la doctrina fisiológica hasta entonces nueva en Europa.

Debido al peligro de la operación, la mayoría de los cirujanos no se atrevían a intervenir en los casos de tumores del escroto, tan frecuentes entre los nativos. Ayudado por su fe en el mesmerismo, Esdaile se aventuró a tratar quirúrgicamente tales casos, y los operados declararon unánimemente que no habían sentido el menor dolor. Desde entonces Esdaile empleó para las clases inferiores de la población hindú el método hasta entonces

reservado a las castas superiores, siendo considerado por aquéllas como un santo. Los pacientes acudieron en gran número, siendo operados durante el sueño que el milagroso médico inglés sabía producir.

Esdaile llegó a convencer a las autoridades para que le prestasen apoyo. Fué puesto a su disposición un hospital, y en los archivos de esta institución de Calcuta pueden encontrarse referencias, no sólo de tumores escrotales sino de amputaciones de brazos y piernas y de otras operaciones de importancia realizadas sin dolor en el estado de sonambulismo.

Aun en su nueva concepción, el mesmerismo fué considerado por la medicina oficial con hostilidad y suspicacia. Pocos médicos habían querido seguir, hasta entonces, el ejemplo de Récamier, Potel y Cloquet. Cuando se conocieron estos extraordinarios informes de las operaciones realizadas en Calcuta, la Facultad creyó, al fin, necesario ensayar el nuevo método. El resultado fué que los milagros ocurridos en la India no podían reproducirse en Europa. El sonambulismo careció de eficacia durante las operaciones practicadas en Viena por Strohmeyer, en Francia por Auguste Nelaton y en el Massachusetts General Hospital de Boston por el profesor John Collins Warren. El veredicto de la ciencia occidental fué desfavorable. El método era insuficiente para evitar los dolores del paciente durante la intervención.

Antes de que llegase a su fin la prolongada disputa entre los que apoyaban el mesmerismo y los representantes de la medicina oficial, tenía que desarrollarse una dramática lucha entre la credulidad y el escepticismo.

Bajo la presión de la Facultad oficial, el Gobierno británico de la India retiró el apoyo que venía prestando al hospital de Esdaile en Calcuta, habiendo dado órdenes para que fuese clausurado. Pero entonces los hindúes que habían sido tratados por Esdaile prepararon una revuelta, y trescientos nativos se levantaron contra los dogmáticos de la ciencia. Una vez que el Gobierno, ignorante de esta petición, cerró el hospital del "redentor".

los hindúes se reunieron en asamblea para conseguir los fondos necesarios a fin de proporcionar a Esdaile un hospital propio.

Hacía ya tiempo que las revistas médicas habían calificado a Esdaile como un “estafador”, un “lunático” o un “charlatán”. Cuando las masas populares, difundiendo los éxitos de su salvador, pusieron en peligro la supremacía de la ciencia oficial, ésta, a su vez, también se armó dirigiendo su ataque contra los pacientes de Esdaile. También éstos fueron calificados de lunáticos y estafadores, diciéndose que habían sido intoxicados con haschich y otros narcóticos para provocar su insensibilidad al dolor y poder así valerse de ellos para combatir a la verdadera ciencia.

Cuando Lafayette llegó a América, en los días de los éxitos de Mesmer en París, comunicó a Washington que, aparte de las municiones, también traía a los Estados Unidos un dón todavía más importante, el mesmerismo, “un arma maravillosa contra las enfermedades y los dolores”. Pero entonces, cuando la ciencia médica creyó que ya estaba completamente “desenmascarada” la cirugía con sonambulismo, juzgó oportuno el momento de lanzar por la borda todo el mesmerismo y sus aparatos. La revista de Wakley, *The Lancet*, que era uno de los semanarios médicos de mayor influencia en el mundo, declaró que el mesmerismo y sus variedades eran un absurdo engaño que nadie podía tomar en serio, solicitando, además, que todos los representantes del mesmerismo fuesen expulsados de la profesión por ser charlatanes y estafadores.

Desde que las medicinas sagradas, la mandrágora, los brebajes de los alquimistas, el signo de la cruz, el empirismo, habían fracasado en su empeño de vencer el dolor, el hombre consideraba el descubrimiento del flúido vital de Mesmer y Esdaile como la panacea tan largamente buscada. Pero esta esperanza también fué perdida.

Antes de la Revolución Francesa, cuando Mesmer realizó sus descubrimientos del “magnetismo animal”, la

ciencia estaba aún en su niñez. Los trabajos de investigación eran escasos, y los estudios médico-científicos, muy pueriles, se reducían a las palabras relumbrantes de civilización y cultura, y a las confusas teorías yatroquímica y yatrofísica. Mientras los médicos se movían buscando en la oscuridad, tenían que ser fácilmente derrotados por la fe, no científica, en los milagros de Mesmer.

Pero en el transecurso del siglo, estudios de la más alta importancia hicieron progresar la verdadera ciencia. Los experimentos se sucedían unos a otros, y cada uno de ellos constituía un nuevo triunfo para la causa de la ciencia. Cuando el mundo médico arremetió contra el sonambulismo de Esdaile, ya había sobrepasado las fases de la meditación pura y de la crítica, y, fundándose sobre los principios de la química farmacéutica, su victoria tenía que ser fácil. Así, la humanidad pudo encontrar en la verdadera ciencia medios indiscutidos para prevenir el dolor, cuya eficacia ha sido demostrada por los maestros en el arte de curar.

CAPÍTULO IV

DIOS HABLA DESDE EL MOSTO

Ni las hierbas, ni las sustancias muertas, ni las energías naturales de cualquier flúido animal eran capaces de producir un sueño artificial tan profundo, como para garantizar que el sujeto sería insensible al dolor del bisturí. Esta acción estaba oculta en un mundo que el ingenio y la inventiva humana llegarían a descubrir, en el mundo de la química sintética.

La primera acción segura contra el dolor fué encontrada en el mundo invisible de los gases.

Fué Joseph Priestley, hijo de un pastor disidente de la iglesia anglicana, nacido cerca de Leeds en el año 1733, y durante su juventud maestro de escuela y teólogo, quien, marchando a la cabeza de los que se ocupaban del estudio de los gases, descubrió el oxígeno y otras sustancias análogas, entre las que se hallaba el óxido nítrico, que había de emplearse más tarde como anestésico.

Los domingos leía fervorosamente los preceptos y pronunciaba sermones. Algunas veces oficiaba en las bodas, en los bautizos y en los funerales, enseñaba el catecismo y cumplía concienzudamente los deberes de su ministerio

Cerca de su domicilio se encontraba la cervecería de Jaks y Nell. Cuando Joseph Priestley tenía algunas horas desocupadas acudía a esta cervecería y contemplaba las pequeñas burbujas de gas que ascendían a la superficie de la cerveza en fermentación. Este proceso era familiar a todos los cerveceros, que nunca se detuvieron

El triunfo sobre el dolor

a pensar en la causa. Sabían que se presentaba durante la fermentación que lleva aparejada la formación de la cerveza.

Querer saber por qué este religioso no se conformaba con admitir los hechos tal como se le ofrecían, por qué buscaba en los libros de química alguna explicación sobre estas inútiles burbujas (no aceptando la opinión emitida por el Dr. Blanck, químico contemporáneo, quien las consideraba simplemente como "aire fijado") y por qué continuó insistiendo sobre el problema, hasta que aclaró el proceso de la fermentación, sería tanto como pretender descubrir el misterio eterno de por qué Dios hizo la mente de los inventores y descubridores tan inquieta e inquisitiva como digna de ser imitada.

Priestley, llevado por el insaciable deseo de saber que impulsa a todos los descubridores, no pudo descansar hasta responder a las preguntas que él mismo se había formulado. Sin duda, fueron motivos religiosos los que le indujeron a realizar las primeras investigaciones. Todos los fenómenos naturales son una revelación de la gloria de Dios. Quien llegase a comprenderlos o explicarlos era porque aprendía a leer los caracteres secretos con los que Dios había escrito su nombre en la naturaleza. Para Priestley, un joven del siglo XVIII, el estudio de la naturaleza significaba servir a Dios. La cervecería de Jaks y Nell era un lugar sagrado, porque Dios se comunicaba con él a través de la espumosa cerveza.

El simple dictamen de la fe no era suficiente para comprender las leyes y revelaciones que surgían del líquido fermentante. Por mandato de la providencia, en el siglo XVIII, el hombre tuvo la misión de poder dar lugar a una nueva, a una segunda creación, en el mundo de las sustancias químicas artificialmente producidas, penetrando así por vías hasta entonces no holladas. Las nuevas generaciones aportaron nuevos problemas a quienes deseaban fervorosamente servir a Dios.

Joseph Priestley estaba convencido de ser uno de estos pocos elegidos. No era bastante el cumplimiento de sus

deberes como ministro de la religión: Dios le había designado a él, a Joseph Priestley, para guiar a la humanidad por inexploradas sendas, principalmente por las de la química.

Cuando el Todopoderoso puso estos pensamientos en su mente, también hubo de sugerirle que necesitaría aparatos especiales. Priestley encontró los que necesitaba entre los utensilios más usuales de la cervecería, y su ingenio de inventor le hizo bien pronto comprender cómo debería usar de ellos y modificarlos hasta conseguir su propósito. Mediante esos instrumentos, sabiamente modificados, pudo recoger una buena cantidad de burbujas, estudiar su composición y conducir sus investigaciones sobre las "diferentes clases de aire", logrando así revelar y explicar muchos de sus misterios.

Cada vez más dedicado a sus estudios, pronto fué capaz de perfeccionar los aparatos y de aislar, en estado puro, varios gases.

Joseph Priestley gastaba más de lo que ganaba en aparatos de química; pero no había pasado mucho tiempo cuando logró aislar el ácido carbónico.

Entonces cambió la situación. Lord Shelburn, secretario de Estado (posteriormente Marqués de Lansdowne) le eligió como compañero literario. Es dudoso que el noble Lord lo hiciese por otro motivo más digno que el de la vanidad. Habiendo oído hablar de los extraños aparatos de Priestley y de sus notables experimentos, deseó presentar, como una curiosidad, a sus huéspedes de Calne (su casa de campo cerca de Bath), al flamante científico y las diversas clases de aire que él había aislado.

Conociendo Priestley la importancia de sus experimentos para el adelanto de la ciencia, armaba su alma de paciencia al ir mostrando sus resultados para diversión de los ociosos huéspedes de Lord Shelburn. Dios le recompensó largamente. Como Shelburn estaba ocupado la mayor parte del tiempo en sus tareas de secretario de Estado, su compañero quedaba libre y podía dedicarse a su propia obra. En Calne no se escatimaban los fondos,

y Priestley pudo adquirir los aparatos más costosos y continuar sus estudios en las condiciones más favorables.

Así logró descubrir sucesivamente el oxígeno (que denominó *aire deflogisticado*), el anhídrido sulfuroso, el amoníaco y el flúor. Un día, tratando en caliente limaduras de hierro con ácido nítrico, consiguió el óxido nitroso que más adelante vendría a constituir el primer anestésico gaseoso.

Acompañando a Lord Shelburn visitó Holanda, Alemania y Francia, siendo reconocido en esos países como el más notable químico del día.

Los descubrimientos de Priestley en la cervecería y los que durante los siete años siguientes realizó con la ayuda económica de su noble protector, han sido la base de nuestros modernos conocimientos de la química de los gases. En suma, los trabajos de Priestley, en Calne, han constituido durante mucho tiempo los fundamentos para el avance de los estudios en el terreno de la química.

También fué el iniciador de la Fisiología. En su libro *Experimentos y observaciones concernientes a las diferentes clases de aire* nos refiere cómo fué llevado a pensar acerca de los efectos del oxígeno sobre el organismo humano.

"De la mayor amplitud y vivacidad de la llama de una vela en este aire puro, podía conjeturarse que debería ser particularmente saludable a los pulmones en ciertos casos morbosos. Tenía gran deseo de observar sus efectos sobre mí mismo, e inhalé una considerable cantidad a través de un tubo. Esto me produjo una marcada sensación de libertad y de ligereza en el pecho. ¿Quién iba a decirme que con el tiempo este aire puro vendría a ser un motivo de lujo y molicie? Hasta entonces sólo dos ratones y yo habíamos tenido el privilegio de respirarlo".

Estas primeras experiencias de inhalación de oxígeno llegaron a adquirir gran importancia para el arte de la medicina. Antes de los estudios de Priestley los médi-

cos sólo habían administrado medicamentos sólidos o líquidos, valiéndose de la vía gástrica. Los efectos de tales remedios se producían lentamente, y los médicos desconocían el modo de influir sobre el proceso de absorción, una vez que habían sido ingeridos.

Disponíase de varios remedios, que a pequeñas dosis producían efectos beneficiosos, pero que originaban síntomas de intoxicación y graves daños cuando se empleaban en mayor cantidad. Mientras la única vía para llegar al interior del organismo era la boca y el estómago, los médicos apenas si podían determinar la actividad, duración y efectos de sus medicamentos; y así llegó a suceder, en algunos casos, que dosis excesivamente concentradas o tóxicas pudieran penetrar en la sangre.

Pero los experimentos de Priestley, hechos en sí mismo, no sólo dotaron a la ciencia de un nuevo remedio sino que también revelaron una nueva vía para administrar los medicamentos. Los pulmones, cuyos alvéolos ofrecen una superficie extensísima, constituyen un camino extraordinariamente fácil para que ciertas sustancias penetren en el torrente circulatorio.

En cuanto se supo que tales sustancias eran absorbidas y eliminadas por la respiración, su dosificación pudo ser fácilmente lograda. De este modo los médicos llegaron a conocer la eficacia y tiempo de acción de las sustancias volátiles administradas por vía pulmonar.

Después de estos experimentos con el oxígeno, Priestley emprendió otros con los diferentes gases que había descubierto; y hallábase participando sus primeros ensayos con el óxido nitroso, sobre algunos animales, cuando Dios le llamó al púlpito para que desde él pudiera luchar por la causa de la verdadera fe.

El principio de la nueva era comenzaba a revelarse también en otros terrenos diferentes al de la ciencia. La industria estaba en marcha, y precisamente Adam Smith había publicado por entonces, en Edimburgo, su *Wealth of Nation* verdadera biblia del libre cambio. En el campo de la política las oposiciones iban ganando fuerza y esta-

ban luchando por los Derechos del hombre. El Parlamento estaba discutiendo los proyectos de reforma del joven Pitt, y en los duelos oratorios de Fox y Burke las opiniones liberales y conservadoras se disputaban la supremacía; también al otro lado del canal de la Mancha, en Francia, la gran revolución continuaba desarrollándose.

Esta notable revolución, que transformaba la vida política y social, no podía dejar estancado al cristianismo en su rigidez ortodoxa. El espíritu del liberalismo penetró en las mansiones del clero, especialmente en la de los disidentes de la iglesia anglicana, y separó a los teólogos en dos campos: los encerrados en la fe tradicional, y los unitarios, que consideraban las ideas liberales y los Derechos del hombre como una nueva revelación. Joseph Priestley, el renovador de la química, hallábase totalmente al lado de los unitarios. Sentía en el fondo de su alma el *Zeitgeist* que animaba las nuevas creaciones, y creía que Dios le había comisionado para modificar las nociones existentes sobre el universo.

¿Podía creerse que la Iglesia, la primera morada de Dios, mantuviese todavía las anticuadas formas que conservara a través de todas las edades? Un nuevo día estaba amaneciendo. Era imposible que la Iglesia permaneciera en la muda contemplación, y, al recibir el soplo del espíritu del liberalismo, tenía que tomar parte en la revolución de la nueva vida.

Joseph Priestley hallábase trabajando en su laboratorio cuando la disputa entre los ortodoxos y los unitarios amenazaba desintegrar la Iglesia. Abandonó sus investigaciones porque el Señor le requirió para que tomase parte en la lucha y aportara sus nuevas revelaciones. Era el apóstol del progreso. Desde entonces las contiendas religiosas dominaron la vida de Priestley y determinaron su destino.

Priestley renunció a su puesto cerca de Lord Shelburn y aceptó el nombramiento para ocupar un púlpito disidente en Birmingham. Un buen número de hombres notables

habíase congregado en esta ciudad del interior, y Priestley se unió a este círculo. Fué nombrado miembro de la Sociedad Lunar, siendo amigo de Erasmus Darwin, poeta y científico, abuelo del famoso Charles Darwin; de James Watt, el fabricante de máquinas de vapor; de William Murdock, el descubridor del gas de alumbrado, y de Richard L. Edgeworth, quien estaba trabajando en el telégrafo óptico.

La íntima asociación con estos hombres eminentes hizo muy agradable la vida de Priestley en Birmingham. Lo único que turbaba la armonía de su existencia era que cada vez se hallaba más profundamente enfrascado en los disputas religiosas, y sus simpatías con los revolucionarios franceses le produjeron gran cantidad de enemistades.

Después de la toma de la Bastilla comenzó una reacción contra las ideas de la Revolución Francesa. La política de Burke se sobrepuso a la de Fox y en las iglesias los ortodoxos obtuvieron la victoria. Para éstos, el ministro unitario Joseph Priestley, infectado por las ideas liberales, era un hijo de Belial, de quien todos debían apartarse si querían salvar sus almas. Priestley subía con regularidad las escaleras de su púlpito, pero los bancos estaban solitarios. Muchos de sus compañeros de congregación habían contraído matrimonio y tenido hijos; otros habían muerto, pero nadie quería saber nada de aquel despreciable ministro. Cuando al cruzarse en la calle con algún conocido, decía: "Buenos días", el saludado le volvía la espalda; y los pilletes le seguían gritando: "Priestley será condenado, condenado, condenado, para siempre, para siempre".

No pudo prolongar más tiempo su labor. Los adeptos se negaron a seguir obediendo al hereje, no haciendo caso de sus tretas. Sus vecinos rehusaron el contacto con el hijo de Satanás, mudándose a otras casas, a "lugares no infectados".

Tan obstinado como ellos, Priestley permaneció solo, en su domicilio, huyendo de todos. Como ya no pudiera

actuar como ministro del Señor, volvió a los experimentos que había emprendido en Calne y a los informes que escribió cuando trabajaba con Lord Shelburn. ¿Cómo era posible que la voluntad inescrutable de Dios le hubiese envuelto en tales disputas, cuando estaba entregado al estudio del óxido nitroso y haciendo experimentos sobre él, para convencer a los refractarios del progreso, presentándoles irrefutables fórmulas químicas?

Priestley tenía alguno de los animales que utilizara en el laboratorio, y se hallaba preparando óxido nitroso con la intención de administrarlo por inhalación, cuando golpearon a su puerta. Un amigo, el único que todavía tenía valor de visitar al desacreditado pastor, llegó para informar a Priestley que el populacho se aproximaba para prender fuego a la casa, y que la única manera de escapar de la muerte era huir con la mayor rapidez posible. Hubiera deseado poder salvar los aparatos con tanta paciencia construídos, los libros, llenos de notas, que recordaban muchos años de trabajo, pero ya era demasiado tarde. El furioso populacho rodeaba la manzana, y la multitud se aprestaba para saltar la casa. El investigador apenas tuvo tiempo de escapar por una puerta de los fondos, antes de que el lugar fuese envuelto en llamas. Los libros de notas quedaron reducidos a cenizas, y el laboratorio (el primer laboratorio químico, equipado con aparatos modernos) acabó convertido en ruinas.

El fugitivo Priestley intentó organizar otro laboratorio en Hacknay, entonces en los suburbios de Londres, y pretendió comenzar allí una nueva vida. Pero el plan fracasó; todos se habían confabulado contra él, y en varias localidades quemaron su efigie, como la de un revolucionario. Un día se repartieron panfletos en las calles, denunciándole como enemigo del Rey y del Estado. Mientras tanto, Francia le ofreció la construcción de un laboratorio en París, saludando en él al "campeón del progreso" y nombrándole *citoyen de la République*. Cuando estas noticias llegaron a Inglaterra, todos protestaron contra los

experimentos de Priestley y pidieron su ejecución por traidor.

No podía hacer otra cosa que huir como una bestia perseguida. Se decidió a cruzar el Atlántico, y allá lejos encontró reposo en el suelo americano. Los Estados Unidos, liberales, prestaron una buena acogida a este hombre de ciencia. Una delegación le visitó en Nueva York, y Filadelfia le ofreció un puesto de profesor; pero Priestley, exhausto, declinó el honor.

Durante cierto tiempo, el investigador continuó su trabajo. Su último descubrimiento fué el óxido de carbono, y escribió también algunos escasos opúsculos de teología. Pero entonces, el celoso teólogo y el protagonista de la ciencia moderna era ya un hombre vencido y gastado. Vivió diez años más y murió en 1804 a la edad de 71 años.

En sus últimos días se había retirado a una granja, en la confluencia de las ramas noroeste y oeste del Susquehanna, en Northumberland, Pensilvania.

.....

A fines del siglo XVIII fueron varios los hombres eminentes encargados de guiar los pasos de la ciencia hacia nuevos horizontes. En el campo de la química, Cavendish, Black y Lavoisier, y entre ellos, y en primer término, Priestley, tomaron parte en esta transformación. Como en todas las épocas de transición, los sonidos de las viejas melodías se mezclaban aún con los nuevos. Los pensamientos de Priestley, sus actividades y su vida fueron una mezcla de lo antiguo y de lo nuevo; y era inevitable que los conceptos de este gran innovador estuvieran influidos por los errores del pasado y tuviesen los defectos de las teorías que se inician.

Los químicos del siglo XVIII saboreaban todavía la teoría del *flogisto*, que, aunque databa de los tiempos de Platón, había sido renovada por Stahl. De acuerdo con esta teoría, en todos los objetos en combustión, metálicos o no, la materia se mezclaba con el fuego, y el cuerpo

quemado producía una hipotética sustancia, a la que Stahl dió el nombre de *flogisto*.

Los descubrimientos de Priestley sobre el oxígeno y otros gases eran la campana de muerte para esta teoría, pero él nunca llegó a profundizar en esos fenómenos, y el día de su fallecimiento continuaba adherido obstinadamente a la concepción del *flogisto*. Con el mayor entusiasmo intentaba adaptar todo el complejo de sus descubrimientos revolucionarios a la anticuada trama de la química del *flogisto*. Según su opinión, el oxígeno sería "aire deflogisticado". Aunque otros químicos demostraron el error de la mencionada teoría, él continuó defendiéndola con el mayor apasionamiento y entusiasmo hasta sus últimos días. Durante su permanencia en América, durante los años 1796-1800, siguió polemizando en defensa del *flogisto*. Priestley había creado algo nuevo, pero a pesar de ello fué incapaz de obtener atinadas conclusiones, y así, él, que había sido uno de los más notables fundadores de la química moderna, no pudo comprender la exacta significación de sus propios descubrimientos.

En todos los escritos de este fanático teólogo, que empleó la mayor parte de su vida en luchar por lo que consideraba la verdadera fe, se aprecian los destellos de los primeros atisbos de la química moderna. Y aunque estaba sujeto por los errores de la teoría del *flogisto*, sus investigaciones eran guiadas por las normas precisas de los estudios experimentales; normas y métodos que, en su mayor parte, están en vigor en nuestros días.

Aunque Priestley, el disidente ministro de la religión, consideraba a la química y a la ciencia como "revelación de Dios", sus métodos de investigación estaban completamente libres de prejuicios no científicos. Su inteligencia, completamente opuesta a lo que fuera simple teoría, no tenía otra preocupación que investigar, guiado por consideraciones y reflexiones razonadas. Su único fin fué el estudio desapasionado de la naturaleza; su único método la observación, y consideraba que el experimento era la piedra de toque de todas las teorías.

Aunque en todo momento sus descubrimientos habían sido interpretados más correctamente por otros que por él, no hay duda de que Priestley fué uno de los principales fundadores de las investigaciones químicas modernas. Sus experimentos fueron la base de todos los que le siguieron, y el edificio de la química actual ha sido construído sobre esos cimientos.

Con Priestley apareció un nuevo tipo de redentor en la historia de la lucha contra el sufrimiento.

Cuando examinamos la larga serie de los que han batallado contra el dolor, cuando les conjuramos para que abandonen sus tumbas, aparecen, ante nosotros, magos envueltos en pieles; curanderos bailando, saltando, aullando; dioses de la salud; semidioses y santos; sacerdotes revestidos con las túnicas de las antiguas religiones, saerficiando víctimas en holocausto a sus divinidades; reyes adornados de armiños; alquimistas, mezclando sus tinturas que ponderaban con una verbosidad escolástica; monjes medievales; médicos dominados por la fe; comadronas, charlatanes, hechiceros y a su vez hechizados. El último eslabón de esta cadena de magos fué el hombre que, durante la misma época en que Priestley realizaba sus experimentos de inhalación, embrujó al mundo con la fascinación del magnetismo: Franz Anton Mesmer, el revelador del "flúido animal".

Con la muerte de Mesmer, el último de los grandes hechiceros, la senda se allana para una nueva generación que comienza con Priestley.

Aunque era un teólogo, los métodos y procedimientos de Priestley fueron completamente diferentes de los que antes y después de él se utilizaron como remedios para vencer el dolor. Joseph Priestley fué el hombre que en su laboratorio comenzó investigando sobre sí mismo, que guiado por un penetrante y agudo sentido de la responsabilidad desconfiaba de todo lo que no podía ofrecerse realmente ante su vista, y que repetía sus experimentos hasta estar seguro de los resultados. Con él comenzó la

serie de investigadores químicos, farmacéuticos y médicos, que tomaron parte en la cruzada contra el dolor.

Él fué el primero que desempeñó un verdadero papel en el titánico drama de vencer al sufrimiento, titánico tanto en su grandeza como en su desconsoladora tragedia.

Ciencia que la razón humana ha forjado, imitando la capacidad creadora de Dios, encargada de dirigir la tarea de vencer al dolor, enfrentándose así con la más poderosa de las fuerzas: la maldición original, que condenó al hombre, después del pecado, a sufrir eternamente.

CAPÍTULO V

RIENDO SE VA EL DOLOR

Cuando Priestley comenzó sus experimentos sobre la inhalación del oxígeno e hizo conocer sus primeras observaciones sobre el uso terapéutico de los gases, la química era una rama del conocimiento que los médicos miraban despectivamente, considerando el tratamiento con gases como una innovación extraordinariamente audaz, que despertaba desconfianza y recelo. No obstante, algunos médicos más avisados, siguiendo a Priestley, comenzaron a ensayar sobre sus pacientes los efectos de los gases, y así, la "medicina neumática" constituyó rápidamente una parte importante del arte de curar.

Los gases fueron empleados al principio en el tratamiento de las enfermedades del aparato respiratorio, y las inhalaciones se utilizaron para combatir el asma, el catarro, los trastornos respiratorios y aun contra la tisis. Posteriormente los "neumatólogos" extendieron su método al tratamiento de la parálisis, del escorbuto, del histerismo y del cáncer. Por el tiempo en que Priestley se encontraba en América, el uso de los gases se hizo tan general que Jan Ingenhousz, médico holandés de la casa imperial de Austria, se creyó en el deber de prevenir a la clase médica contra los peligros referentes a los gases considerados como un nuevo "elixir de vida".

El descubrimiento del oxígeno debido a Priestley fué pronto seguido por el descubrimiento del hidrógeno y del

El triunfo sobre el dolor

nitrógeno, y muchos de estos gases fueron ensayados por los neumatólogos.

Pero ningún médico fué suficientemente audaz para hacer respirar a sus pacientes una de esas "diferentes clases de aire" encontradas por Priestley, el óxido nitroso, como había hecho el teólogo durante las experiencias realizadas en Calne. Este gas lo había considerado peligroso el médico y químico americano Dr. Lantham Mitchell, quien habiéndolo administrado a los animales casi les produjo la muerte, por lo que llegó a la conclusión de que se trataba de un veneno muy poderoso. Pensó también que podría dar lugar al *contagio* favoreciendo la difusión de las enfermedades epidémicas.

Lantham Mitchell era considerado como una autoridad en el terreno de la química médica. Nadie osaba discutir su opinión, y sus advertencias eran equivalentes a una prohibición. Ni los químicos, ni los médicos, tuvieron la audacia de ensayar el óxido nitroso sobre sí mismos.

Pero en 1795, un año después de que Priestley marchase a América, Humphry Davy, que a la sazón tenía diecisiete años y era practicante del eminente cirujano de Penzance, John Bingham Borlase, se arriesgó a inhalarlo.

El tratamiento mediante los gases recientemente descubiertos era tema frecuente de conversación entre Borlase y sus amigos, colegas y agentes de comercio que acudían a Penzance. Discutían el empleo de tales gases en diversas enfermedades, aunque algunos de ellos eran peligrosos. "Por ejemplo, el óxido nitroso de Mr. Priestley — dijo Borlase —, que puede fácilmente causar la muerte."

El joven Humphry escuchaba atentamente la conversación de estos hombres maduros. Su imaginación daba vueltas a estas ideas, y principalmente le preocupaba el "peligroso gas" de Priestley, que ni químicos ni médicos se animaban a administrar. ¿Y si, a pesar de todo, el Dr. Mitchell estuviera en un error? Por muy competente que sea un hombre, no todo lo que afirme tiene que

ser siempre verdadero. Humphry Davy contaba solamente diecisiete años, y en consecuencia no respetaba excesivamente a las autoridades científicas. El Dr. Mitchell podía estar equivocado; creía en su opinión por lo que se refiere a los problemas de cirugía, pero sobre esto de los gases, él, Davy, iba a averiguar si también tenía razón. Toda clase de misterios anidaban en estos gases considerados como peligrosos. He aquí una oportunidad para realizar sus sueños de muchacho, hacer un gran trabajo científico y ser no menos famoso que Mr. Priestley, a quien el mundo admiraba como descubridor del reino invisible de los gases.

Davy ardía en deseos de revelar el enigma del "peligroso gas", cuya inhalación, según el Dr. Mitchell, podía producir la muerte. Quizá fuese así, ¿pero no merecía la ciencia correr tal riesgo?

Día tras día, Humphry Davy seguía enfraseado en sus estudios, componía medicinas, mezclaba unguentos, y se distinguía por su modestia y por su habilidad. Cuando llegaba la noche, estando su pensamiento fijo en las "diferentes clases de aire", se dedicaba a consultar los tratados de química más famosos en aquella época, como eran el *Dictionary of Chemistry* de Nicholson, el *Traité élémentaire de la Chimie* de Lavoisier, y sobre todos los *Experiments and Observations* de Priestley, que le habían impresionado hondamente.

En el libro de Priestley aprendió cómo se preparaba el "peligroso gas". Una noche, mientras allá arriba dormía pacíficamente Mr. Borlase, Humphry, en el consultorio, preparó óxido nitroso; y con la impaciencia propia de un muchacho, lo inhaló rápidamente. Pensando que había llegado su última hora realizó profundas inspiraciones; aguardó; respiró nuevamente, una vez más todavía. ¡Maravilloso! No sólo no se había producido la muerte inmediata, profetizada por el Dr. Mitchell, sino que sucedió algo extraordinario. Mientras el joven Humphry, cada vez con mayor osadía, inhalaba el "óxido nitroso", una

notable y extraña impresión de ligereza invadía su cuerpo; sus músculos se relajaban y su pecho y sus miembros eran recorridos por una agradable sensación. Observó también que su poder auditivo tenía una agudeza desusada, y este acrecentamiento agradable de la sensación le produjo una alegría inexplicable. Quería reír, necesitaba reír y rió, a pesar suyo, hasta que el frasco quedó vacío.

"¡Magnífica la famosa teoría del doctor americano!", pensó Humphry Davy, "fué una gran idea la de no prestar atención a su advertencia." Poniendo en peligro su vida se había arriesgado a averiguar si el "óxido nitroso" de Priestley podía producir realmente el "contagio" de las enfermedades epidémicas. En cambio, había aprendido lo que nadie hasta entonces sospechara: que el gas causaba gran alegría y provocaba la risa. Tal vez con el tiempo llegaría a ser aclamado universalmente como el hombre que había dotado al mundo de un manantial de placer y regocijo artificiales.

Humphry Davy, hijo de un tallista, había venido a practicar con el Dr. Bingham Borlase, con la esperanza de labrarse un porvenir como médico. Pero también, como otros famosos investigadores científicos, tenía alma de poeta, y, desde su más temprana edad, había garabateado versos en la orilla del mar; en la costa de Cornwall pasaba horas y horas declamando poesías en rudo desafío al aullido del viento y al rugir de las olas.

La memorable noche en que descubrió la agradable virtud del nuevo cuerpo, no esperó más, se sentó ante la mesa del laboratorio, tomó pluma y papel y compuso los siguientes versos:

*Ni siquiera en los sueños del salvaje deseo
He aspirado a esa forma de delirio consciente.
Mi corazón ha ardido en un fuego sagrado;
Aún está mi mejilla enrojecida por el calor,
Aún están mis ojos chispeantes de anhelo,
Aún está mi boca llena de murmullos y sonidos;*

*Aún están mis miembros recorridos de sensaciones
extrañas
y me siento invadido por poderes desconocidos.*

Pero como el joven Davy era más investigador que va-
te, no se contentó con esa explosión de entusiasmo poé-
tico. A la noche siguiente repitió el experimento, y otro
tanto ocurrió en las noches sucesivas, con idénticos re-
sultados.

Pronto el deseo de provocarse este deleite se acrecen-
tó tanto, que también durante el día buseaba el momento
de lograrlo, y, en ocasiones, abandonaba el trabajo para
gozar del placer de la inhalación.

Adquirió así una extraña experiencia, que relatare-
mos reproduciendo sus palabras:

“He tenido la oportunidad de convencerme de los
efectos inmediatos de este gas para hacer desapa-
recer el intenso dolor físico... Al brotarme las
llamadas muelas del juicio he sufrido una intensa
inflamación en las encías acompañada de gran
dolor... Durante el día, cuando la inflamación
era más penosa, inhalaba tres amplias dosis de
óxido nítrico. El dolor disminuía siempre después
de las tres o cuatro primeras inspiraciones y podía
masticar como de ordinario.”

Pero si el gas calmaba el dolor producido por la in-
flamación de los alvéolos dentarios, ¿por qué no podía
aliviar también otros dolores? Davy se impuso la obli-
gación de seguir investigando; y cuando conociera to-
dos los efectos del gas, se enfrentaría con el mundo
científico y especialmente con el Dr. Mitchell.

Por tanto, continuó sus estudios con sumo secreto;
pero fué prematuramente traicionado por un gracioso
suceso: Una noche, un paciente que sufría intenso có-
lico fué llevado por su hijo a la casa del Dr. Borlase. El
sonido de lo campanilla despertó al doctor de su pro-
fundo sueño, y apresuradamente tuvo que bajar de sus

habitaciones para atender al enfermo. Entonces llamó a
su ayudante, cuyo dormitorio se encontraba detrás del
laboratorio. Humphry salió disimulando su risa. Bor-
lase, ardiendo en cólera, miró al joven severamente; pero
Davy, incapaz de poder contenerse, continuó lanzando
carcajada tras carcajada en contraste con los angustiosos
gritos del paciente. “Este muchacho es un monstruo”,
lamentábase el enfermo. “Como si no fuera suficiente
con los dolores que padezco, este grosero joven todavía
se ríe de mí.” Entonces el iracundo cliente tomó de
un brazo a su hijo y, negándose a ingerir medicina algu-
na, salió cerrando violentamente la puerta.

Borlase, lleno de admiración, estaba en el deber de
reprender a su ayudante, de ordinario tan correcto.
Acosándole a reproches le preguntó cuál era la causa de
su alegría y, al fin, agriamente, le envió a dormir.

Pocos días más tarde repitióse el suceso. En este caso,
como en el anterior, el paciente se enojó profundamen-
te, y el doctor reprendió a su ayudante que continuó
riéndose.

Un viernes, día de mercado, había gran afluencia de
enfermos. Borlase no podía atender a todos y precisaba
que el practicante le ayudase. Como Humphry no com-
pareció a la llamada, su jefe fué a busearle. Cuando
Borlase abrió la puerta del laboratorio encontró al mu-
chacho haciendo muecas como un idiota. Borlase pensó
que su ayudante se había vuelto loco, pero no quiso
decirle nada hasta que el ataque terminase. Volvió al
consultorio cerrando violentamente la puerta. Pero su
paciencia se agotó y resolvió despedir al burlón.

Cuando Borlase le comunicó su decisión le encontró
tan alegre como siempre. Davy continuaba riendo bon-
achonamente, rodeado de botellas vacías y tubos en des-
orden.

—¿Qué diablos te ocurre? — preguntó Borlase furioso.

Humphry empujó con el pie hacia su jefe uno de las
botellas y Borlase inhaló, involuntariamente, su conte-
nido. Entonces sucedió algo sorprendente. Su expre-

sión de enojo se transformó en una alegre mueca y sus gritos de furor se trocaron en desenfadada carcajada. La campana del consultorio sonó dos veces insistentemente. Nuevos enfermos llegaban llamando con urgencia para ser atendidos. Borlase y Davy volvieron al consultorio riendo, sin prestar la ayuda que los pacientes reclamaban. Éstos, que no estaban habituados a ser tratados de ese modo, se encolerizaron y abandonaron a Borlase y a su burlón ayudante.

Cuando pasó el efecto del gas, el cirujano, repuesto de la intoxicación, fué tranquilizándose poco a poco y exigió a su ayudante una explicación. Entonces Humphry le contó que, habiendo desdiseñado las advertencias del Dr. Mitchell, se había sometido a la acción del óxido nítrico. Continuó explicando las extrañas sensaciones experimentadas al respirar el gas, y habló del alivio que le había producido su empleo cuando sufrió la inflamación dolorosa de las encías.

Borlase escuchó con el más vivo interés lo que el joven le contaba. Supo así que aquel gas, que el Dr. Mitchell consideraba mortal, era capaz de calmar el dolor, y, por tanto, podría ser muy útil en la práctica médica. Conviniere en trabajar juntos, con la esperanza de poder demostrar totalmente la eficacia del gas.

Pero antes de que estos planes pudieran ser llevados a la práctica comenzaron a correr rumores en la ciudad provinciana acerca de las cosas extrañas que ocurrían en el consultorio de Borlase. Se decía que el distinguido e ilustre Borlase estaba tramando algo sospechoso con un "endiablado gas" y, en consecuencia, los planes fracasaron. Borlase, temeroso de ser acusado de charlatanería, abandonó su idea de utilizar el óxido nítrico y así se lo comunicó a su ayudante.

No obstante, Humphry estaba absolutamente convencido de que, mediante los experimentos con este notable gas, podría abrir un nuevo y amplio camino en la química médica. Por eso no prestó atención a las admoniciones del Dr. Borlase y, aunque permaneció todavía algún

tiempo a su lado, se dirigió al Dr. Tonkin, su tutor desde la muerte del anciano Davy, rogándole le cediera una habitación en su casa.

Tonkin no se opuso y Davy continuó secretamente sus experimentos en la casa de su tutor.

Los instrumentos de que disponía el joven en su nuevo laboratorio eran mucho más primitivos e inadecuados que los que existían en el consultorio de Borlase. Todo su material consistía en pucheros, cazuelas, vasos y tazas, el clisterizador de la señora Tonkin, unas viejas pipas y, finalmente, unos anticuados instrumentos de cirugía que dejara abandonados allí un médico francés. Pero las dotes del joven para el laboratorio eran tales, que transformó todas estas baratijas en aparatos de química. Así equipado, Humphry Davy, en las altas horas de la noche, continuaba inhalando gas y anotando cuidadosamente los resultados. Siempre experimentaba la misma sensación de alegría y, después de cada inhalación, sentía un deseo irresistible de reír. Por esto dió al nuevo gas el nombre con el que desde entonces se le conoce en la química y en la medicina: gas hilarante.

A la larga, estos experimentos nocturnos en la casa de Tonkin tuvieron fin desastroso. Una tranquila noche la familia fué despertada por el estampido de una explosión que parecía provenir de la habitación de Humphry. Tonkin corrió hacia allí, abrió la puerta y encontró a su ahijado compungido, rodeado de toda clase de extraños aparatos; una botella de gas había explotado.

"Este incorregible muchacho nos hará volar en átomos, con sus ensayos", exclamó Tonkin; y, en consecuencia, prohibió a su protegido hacer más experimentos.

Pareció haber llegado el fin de los planes y esperanzas de Davy, pero la suerte vino en ayuda del inventor. El Dr. Giddy, que más tarde fué presidente de la Royal Society, en una visita a Penzance oyó las charlas de la ciudad sobre el endiablado gas del consultorio de Borlase, escuchó en la casa del Dr. Tonkin los lamentos acerca de Humphry y pensó entonces que podría ser útil

ponerse al habla con el "incoregible jovencito". No era muy atrayente el muchacho, con su baja estatura, su delgadez, sus hombros caídos y su voz aguda con tonada provinciana, pero Gidly reconoció en seguida que el practicante tenía algunas ideas interesantes, y prometió proporcionarle los medios para continuar sus investigaciones. Inmediatamente después de la entrevista escribió a su amigo el Dr. Beddoes, director de un Instituto neumático en Clifton, cerca de Bristol, para comunicarle que en Penzance había encontrado "un tesoro" en la persona de un joven llamado Humphry Davy, quien seguramente podría ser muy útil a Beddoes. Después de un breve cambio de cartas, Beddoes escribió al muchacho ofreciéndole el puesto de ayudante en el Instituto, lo que colmó de felicidad a Humphry.

El fin del aprendizaje con Borlase no había terminado todavía, pero el cirujano, aunque estaba decidido a no tener más relaciones con los gases, extendió de "mala gana" un certificado diciendo que "el joven estaba en camino de lograr fama y fortuna". Por su parte, el Dr. Tonkin, que tutelaba a Humphry y cuyo único deseo era hacer de él un médico, estaba más disgustado que Borlase, y, cuando en el año 1799 Humphry Davy siguió el llamado de Clifton, Tonkin no quiso saber nada más de su ahijado y le desheredó.

Para Humphry Davy, Clifton era el paraíso. Allí poseía todo lo necesario para llevar a cabo sus sueños. En Penzance se había visto obligado a trabajar con instrumentos primitivos e inadecuados que él tuvo que adaptar para conocer las propiedades del óxido nitroso. Ahora, por arte de magia, disponía de un espacioso laboratorio en el instituto neumático del Dr. Beddoes, donde existían los más costosos y recientes aparatos.

Los miembros de su nuevo ambiente participaban de su interés y estaban animados del mismo entusiasmo. El Dr. Beddoes había sido uno de los primeros partidarios de aplicar a la medicina los diversos gases descubiertos por Priestley y sus sucesores. En colaboración

con James Watt, uno de los amigos íntimos de Priestley, Beddoes escribió un libro titulado: *Considerations concerning the Medical Use of Gases and Their Production in Large Quantities*, refiriendo el resultado de varios experimentos hechos sobre animales.

Para poner en práctica sus concepciones, el Dr. Beddoes había fundado un instituto neumático en Rodney Place, Clifton Hotwells. Este instituto estaba destinado al "tratamiento de las enfermedades mediante inhalaciones". Algunos de los hombres más conocidos de Inglaterra consideraban a Beddoes como el impulsor de la nueva ciencia, y le prestaron su activa ayuda para la realización de sus planes. Thomas Wedgewood, el poeta, puso la suma de 1.000 libras esterlinas a la disposición de Beddoes, y James Watt le suministró gratuitamente los aparatos necesarios para las investigaciones.

Al laboratorio químico del Dr. Beddoes fué agregado un hospital con diez camas, y un departamento para tratamiento ambulatorio donde podían ser asistidas ochenta personas. Allí Beddoes aplicaba la neumatología como tratamiento de toda clase de afecciones corporales y mentales. Como era extraordinariamente obeso, tuvo la idea de aplicar sobre sí mismo la inhalación de gases, para poder librarse de su molesto defecto. Pero lo que constituía su ilusión más querida era la construcción de habitaciones herméticamente cerradas, donde los pacientes pudieran pasar muchas horas en una atmósfera artificialmente modificada, pues creía que esto tendría una influencia extraordinariamente beneficiosa sobre muchas enfermedades.

Los gases que estaba usando Beddoes para el tratamiento eran el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y algunos de los compuestos de carbono e hidrógeno recientemente descubiertos. Cuando Humphry propuso el empleo del óxido nitroso, Beddoes lo aceptó con entusiasmo.

El joven investigador no podía haber soñado mejor lugar para trabajar que el instituto neumático. Allí existía un laboratorio bien instalado y se disponía de

buena cantidad de pacientes. También en otro aspecto el instituto era insuperable. Beddoes había inspirado admiración y confianza a su discípulo, pues no sólo era gran químico sino que también poseía conocimientos filosóficos, tenía aguda imaginación poética y estaba profundamente interesado por todos los problemas concernientes al progreso de la humanidad.

Beddoes había estudiado en París, Londres y Edimburgo; era un buen lingüista; estuvo en contacto con Lavoisier; tenía gran renombre en Oxford por sus conferencias de química; sustentaba interesantes teorías psicológicas sobre los sueños y las impresiones de la primera infancia, por lo cual puede considerársele como el precursor de Sigmund Freud. Todas estas cualidades se sumaban a su entusiasta e infatigable labor sobre el tratamiento de las enfermedades mediante inhalaciones. Tal era el hombre con quien Humphry Davy podía conversar gozosamente sobre asuntos que tanto interesaban a su espíritu científico y poético.

En una carta a su madre, Davy describe a su jefe como un hombre maduro (el profesor era tan sólo 18 años mayor que el alumno), ancho de espaldas y bajo de estatura, dotado de una mentalidad extraordinariamente original. Era bueno, capaz y generoso. Su activa y brillante imaginación contrastaba mucho con su aparente frialdad en las discusiones; tenía un espíritu poético como el de Erasmo Darwin. Su talento hubiera podido hacerle uno de los más grandes filósofos de su tiempo, y sentía gran aprecio por las ideas de Davy.

La casa del Dr. Beddoes era también el punto de reunión de los representantes más brillantes del mundo literario. Los poetas del movimiento romántico inglés, los de la Lake School, como Coleridge, Wordsworth y Southey, su amigo Amos Simon Cottle, librero, editor y poeta, y Erasmo Darwin, tales eran los más conspicuos miembros del círculo de Beddoes. Como era natural, Davy, poeta y experimentador, encontró este ambiente agradable y estimulante.

La hermosa y joven señora de Beddoes presidía siempre estas animadas reuniones. Humphry Davy sentía gran respeto y estima por ella, quien por su parte era para él una verdadera madre. "Es la mujer más encantadora que he conocido", escribía Humphry a sus parientes de Penzance.

Unía a su admirable sencillez una fina inteligencia, y poseía un gran corazón. "Nosotros somos ya muy buenos amigos."

Humphry sentía, en verdad, gran entusiasmo por todas las cosas de Clifton. "Éste es el lugar más hermoso del mundo; mi habitación es grande, muy bien decorada y comfortable; pero, sobre todo, tengo un espléndido laboratorio."

Antes de ensayar su "gas hilarante" en el tratamiento de los pacientes del instituto neumático, Humphry necesitaba repetir y confirmar los experimentos que había hecho en Penzance. Una y otra vez ensayó sobre sí mismo varias dosis. Sus primeras tentativas fueron peligrosas, porque inhalaba demasiado gas, y dos veces estuvo a las puertas de la muerte. En una de estas ocasiones perdió completamente el conocimiento, pero antes que esto sucediese tuvo la energía suficiente para apartar la cánula de su boca. Al día siguiente, aunque con cierto temor, hizo audazmente un nuevo ensayo.

Finalmente preparó un tanque para recoger y almacenar el gas, y el 11 de abril de 1799 pudo producir óxido nítrico químicamente puro. Entonces llegó a su meta, porque en esta forma la inhalación estaba totalmente exenta de peligro. Al día siguiente demostró sus efectos al Dr. Beddoes y al Dr. Klingake, joven ayudante del instituto, inhalando grandes dosis.

Había construído un saco de seda casi impermeable e inspiró su contenido: primero tres litros, y luego cuatro, sin experimentar trastornos posteriores. Su gran triunfo fué plenamente reconocido.

Las primeras personas, suficientemente valientes, que siguiendo su ejemplo se sometieron a la acción del óxido

nitroso, fueron sus amigos. En consecuencia, las primeras referencias que se tienen sobre el gas hilarante no están constituidas por el sobrio relato de la observación científica, sino por las inspiradas palabras de los poetas.

Samuel Taylor Coleridge, después de una primera inhalación escribió: "Experimenté las más voluptuosas sensaciones. El mundo exterior comenzó a desvanecerse y tuve los más extraños sueños. Durante tres minutos y medio viví en un mundo completamente nuevo." Wordsworth se expresó del mismo modo, diciendo que se encontró "asaltado por amables ideas". Las notas de Davy, referentes a esa sesión, tenían el mismo tono vehemente y apasionado:

"Experimenté inmediatamente un estremecimiento que se extendió desde el tronco hacia las extremidades, y sentí una sensación de laxitud altamente agradable en ambas piernas; mis impresiones visuales eran deslumbrantes y exaltadas; percibía distintamente todos los ruidos y me daba perfecta cuenta de mi situación. Por momentos, el placer de las sensaciones se acrecentaba y perdí toda relación con el exterior; una serie de imágenes visibles pasaba rápidamente a través de mi mente, acompañada de palabras adecuadas, de tal manera que tenía la impresión de una novela. Me encontraba en un mundo de nuevas relaciones e ideas alteradas, hasta entonces completamente desconocido. Cuando el doctor Klingake apartó de mi boca la bolsa de gas y salí de mi éxtasis, casi delirante, las primeras sensaciones experimentadas fueron las de indignación y de antipatía contra las personas que me rodeaban.

"Sentía un gran entusiasmo, y durante minuto y medio me paseé por la habitación indiferente a todo lo que de mí se decía. Cuando recobré el estado normal deseé contar las impresiones recibidas durante el experimento, y por ello me esforcé en reunir

mis ideas; pero éstas eran débiles, confusas y múltiples. Entonces, profundamente convencido y en tono profético comuniqué al Dr. Klingake: *¡No existe otra cosa que los pensamientos! El Universo está compuesto de impresiones, ideas, placeres y dolores.*"

Más tarde, Davy ensayó el gas sobre algunas mujeres y muchachas de su amistad. Dos mujeres, que recibieron cada una tres litros de óxido nitroso, narraron que habían oído ruidos y redobles de tambores, que sus percepciones estaban exageradas, y que, además, experimentaron sensación de calor y de pesadez en los miembros. Sus pensamientos fueron extraordinariamente alegres y regocijantes, sintiendo un irrefrenable deseo de reír. Una de las jóvenes dijo entusiasmada: "Me creía ser los sonidos de un arpa"; otra añadió: "El saco de seda de Mr. Davy es la llave del paraíso".

Estas referencias acerca de los efectos del óxido nitroso se extendieron pronto más allá de Clifton, atrayendo enfermos y curiosos de todas partes al instituto del Dr. Beddoes. En particular acudieron asmáticos, en la creencia de que el nuevo método les proporcionaría alivio y que al reír desaparecería la dificultad respiratoria, transformándose su dolencia en un estado agradable.

Los primeros resultados superaron las esperanzas concebidas. Los asmáticos se calmaban en cuanto Davy les acercaba la boquilla del saco de gas. La expresión de sus rostros indicaba intenso alivio y experimentaban una sensación indescriptible de bienestar. La mayoría de los pacientes declaraban que por la acción del gas se "sentían renacer".

El óxido nitroso de Davy fué considerado como un remedio maravilloso, y la fama del instituto creció de día en día. Davy escribía a su hermano: "Mi descubrimiento referente al óxido nitroso y al placer producido por este gas están atrayendo a todo el mundo. Los pro-

fesores de la Universidad de Edimburgo han tomado el asunto con mucho entusiasmo y han repetido mis experimentos. También he recibido cartas de reconocimiento de algunas de las más encumbradas personalidades inglesas. Nuestros enfermos aumentan de día en día y el instituto es considerado con gran respeto por la gran ciudad de Bristol. Pronto podré enviarte pruebas de la eficacia con que hemos tratado, recientemente, una de las enfermedades más rebeldes. En fin, hemos empleado el gas hilarante en gran número de procesos morbosos”.

Entusiasmado por estos resultados Davy se determinó a publicar un artículo criticando ásperamente la teoría del *contagio* del Dr. Mitchell.

En el año 1880 publicó un trabajo titulado *Chemical and Philosophical Researches Mainly Concerning Nitrous Oxide and Its Inhalation*. En esta obra describía los efectos fisiológicos y medicinales del gas, y narraba los experimentos que había realizado sobre sí mismo.

A pesar de sus excelentes éxitos y de su enorme entusiasmo, Davy no olvidó nunca las precauciones tan características de las investigaciones modernas. Decía Davy: “La química neumática, en su aplicación médica, está todavía en su infancia, pero tiene grandes posibilidades de alcanzar gran desarrollo. Para que este desarrollo se produzca es necesario que se realicen nuevos experimentos confirmatorios, dominados siempre por un escepticismo razonable.”

Pronto los experimentos y publicaciones de Davy le hicieron famoso. El conde Runford, que se había casado con la viuda de Lavoisier, constituyó, en un unión con otros hombres de ciencia, una asociación para el estudio de las ciencias naturales llamada “Royal Institution”. Su sede estaba en Albemarle; tenía laboratorios de su propiedad, bien dotados, e invitaba a profesores de renombre para pronunciar conferencias sobre trabajos de investigación en los campos de la física y la química. Davy contaba tan sólo 22 años cuando fué invitado, y su conferencia inaugural versó sobre el gas hilarante. Durante

dicha conferencia dijo: “El gas hilarante al pasar a través de los pulmones produce una intoxicación alegre, como la originada por el alcohol al ser absorbido por el estómago.”

Su exposición despertó tanto interés, que varios de los oyentes expresaron su deseo de inhalar el gas. Las demostraciones hechas, la risa y la alegría de quienes se sometieron a la prueba, deleitó al público. Uno de ellos, Mr. Underwood, estaba tan entusiasmado con las sensaciones experimentadas, que fué la diversión de todos los presentes, y hubo que recurrir a la fuerza para impedir que siguiera inhalando gas.

Las conferencias de Davy se pusieron de moda rápidamente en Londres. “El entusiasmo y la admiración que produjo su primer curso de conferencias en la Royal Institution, difícilmente pueden ser imaginados”, escribía un contemporáneo. “Hombres de prestigio y talento, científicos, teóricos y prácticos, mujeres elegantes, viejos, jóvenes, acudían entusiasmados al salón de las disertaciones. Cumplimientos, invitaciones y regalos fueron ofrecidos al conferenciante; su compañía fué solicitada y rogada, y todos sentían la ambición de contarle entre sus amigos.”

Pero lo que ahora interesaba principalmente a Davy no eran los efectos del gas hilarante sobre algunas enfermedades del aparato respiratorio, sino su capacidad para aliviar el dolor. En este sentido supuso que podrían abrigarse las mejores esperanzas.

Ya en Penzance, había observado que la inhalación del gas hilarante calmaba el dolor producido por el brote de las muelas del juicio. Más tarde consiguió un efecto análogo sobre otra dolencia: “Debido a una indigestión, padecía un fuerte dolor de cabeza, que fué inmediatamente calmado por una abundante dosis de óxido nítrico; y aunque poco después resurgió, era mucho menos violento. En otra ocasión, tratándose de un dolor de cabeza menos intenso, el alivio fué definitivo después de dos dosis de gas.”

Más tarde, en el instituto del Dr. Beddoes, pudo observar, muchas veces, que el dolor podía ser calmado por la inhalación del gas hilarante, y estos experimentos le permitieron suponer que dicho gas encontraría aplicación para mitigar los dolores durante las operaciones quirúrgicas.

Esta idea fué anunciada por primera vez en su libro *Medical Vapours*, cuando escribe: "Como el óxido nítrico, en el máximo de la acción, parece ser capaz de calmar el dolor físico, podría ser usado con ventaja durante las operaciones quirúrgicas en las que no se produzca gran efusión de sangre."

De este modo Davy estuvo muy cerca de poder ser considerado como el descubridor de la anestesia con fines quirúrgicos. No llegó a conocer que el "estado de intoxicación" transitorio y la "agradable sensación de bienestar" no constituían la verdadera anestesia (como más tarde fué llamada), sino, solamente, un primer estado de la anestesia artificial. De haber continuado trabajando en estos asuntos hubiera sido capaz de conseguir la técnica necesaria para determinar la dosis que debía transformar la "intoxicación pasajera" en un "sueño artificial", produciendo así una narcosis duradera. Por razones inexplicables, tejidas por el destino, ello no fué posible.

Después de los experimentos de Paracelso sobre los pollos, obstáculos caprichosos de los hados opusieron una barrera al uso de los remedios químicos contra el dolor.

Por las razones que ya nos son conocidas, Paracelso suspendió sus experimentos con el éter. Cuando Priestley estaba en camino de observar los efectos del óxido nítrico, el populacho destruyó su laboratorio. Ahora, cuando Davy llegó a reconocer que el gas hilarante podía ser empleado para evitar el dolor en las intervenciones quirúrgicas, y estaba cerca de la meta, abandonó sus pesquisas.

Surgieron dificultades infortunadas. Se rumoreaba que los médicos que habían hecho experiencias con el

gas observaron en sus pacientes lentitud del pulso y ataques de vértigo. Esto indujo a muchos médicos a abandonar el empleo del óxido nítrico. El entusiasmo inicial se apagó y fué reemplazado por la duda y, más tarde, por una verdadera oposición. El "tratamiento neumático" no era todavía suficientemente sólido como para resistir los argumentos en contra y los recelos que toda innovación despierta. En los círculos médicos se produjo un cambio de opinión: "Sin duda el estudio de la naturaleza y composición de los gases no ha allanado el camino para lograr importantes descubrimientos científicos — escribiría un comentarista —, pero aunque los servicios aportados por los químicos sean innegables, la fantasía de los médicos ha sido contraproducente. Solamente los charlatanes y farsantes tratan con gases a sus crédulos pacientes."

Poco después los defensores de los "métodos neumáticos de tratamiento" fueron denunciados como charlatanes, y finalmente el uso de las inhalaciones de gas nítrico fué considerado ilegal.

El Dr. Beddoes, que fuera entusiasta partidario de la neumatología, tuvo que transformar su instituto en hospital donde se empleaban los métodos usuales y se vió obligado a suprimir el calificativo de "neumático". En el año 1808, un hombre desengañado, en su lecho de muerte, escribió a Davy las siguientes palabras: "Os saluda el Dr. Beddoes, el que tanto ha querido difundir una planta estéril que no ha producido ramas, ni yemas, ni frutos en el campo del conocimiento."

Después de tantas desilusiones, el mismo Davy fué abandonando sus experimentos sobre el uso médico de los gases, que al fin cayó en el olvido. Es más, también volvió la espalda a los estudios terapéuticos y se consagró a las puras investigaciones de la física y de la química, en cuyo campo realizó numerosos descubrimientos. Interesóse por los problemas de la electricidad, por la pila voltaica, por la química aplicada a la industria, fabricando una nueva clase de pólvora, por los estudios

sobre el cloro, etc. En el transcurso de sus trabajos inventó una lámpara para mineros, llamada más tarde lámpara de Davy, con lo que se hizo posible trabajar en las minas de carbón sin los peligros de que se produjera la explosión de los gases. Comenzó a trabajar sobre este asunto en 1812, y tres años más tarde propuso la lámpara de seguridad. En 1818 se le concedió el título de Baronet, y Napoleón le otorgó altas distinciones. En 1820 fué elegido presidente de la Royal Society, el puesto más codiciado en el mundo científico.

Con estos triunfos Davy olvidó sus experimentos sobre el tratamiento neumatólogo realizados veinte años antes. Así fué como la medicina perdió uno de los más brillantes investigadores que han existido, un hombre que, de haberse encontrado en condiciones favorables, habría anticipado, muy probablemente, en cincuenta años, el descubrimiento de la anestesia.

A medida que Davy se iba concentrando sobre los problemas puramente químicos, su ayudante, Michael Faraday, compuso una memoria que en el momento oportuno constituyó la base de la anestesia por éter, y que, por tanto, adquirió mayor importancia que los estudios de Davy con el gas hilarante.

Las circunstancias por las cuales Faraday se aseguró un lugar en el laboratorio de Davy, donde por sus estudios llegó a ser un químico de gran renombre, constituyen, en unión con las relaciones que existieron entre los dos hombres, uno de los más notables capítulos de la historia de las investigaciones científicas.

Faraday procedía de una clase social todavía inferior a la que pertenecía Davy. Era trece años menor que su jefe, y desde su más temprana edad tenía un deseo ardiente de aprender. Vendedor de diarios, estuvo, pues, en contacto con el mundo de las letras. Obtuvo ocupación en una librería y más tarde se ganó la vida como aprendiz de encuadernador. Todo esto le proporcionó fáciles ocasiones para poder leer. Leía los libros que eran

enviados a encuadernar, y sólo a la casualidad se debe que llegasen a ejercer una influencia en determinada dirección.

La casualidad, como hemos dicho, determinó su destino. Un día fué encargado de encuadernar gran número de libros de química. Aquella noche se acostó tarde, ocupado en leer aquellas obras que le llevaron a un mundo en el que luego había de ser uno de los más grandes maestros. Como tenía gran facilidad para comprender, no se extravió por la nueva terminología y retuvo en su memoria mucho de lo que leyó.

Aquellas obras que debía encuadernar fueron decisivas para el ardiente estudiante. Mr. Dance, miembro de la Royal Institution, que era el propietario de los libros, se impacientó por la demora que creía debida a negligencia, y llamó al encuadernador; pero fué más indulgente cuando supo lo que el muchacho había estado haciendo con sus obras. Realmente quedó atónito al darse cuenta de los conocimientos de química adquiridos por Faraday. Hombre de buen humor, Dance le ofreció regalarle el libro que desease; y entonces, el agradecido joven escogió una obra de Sir Humphry Davy. "Muy bien — dijo Dance —, si usted quiere le llevaré a escuchar una de las conferencias de Davy."

La primera conferencia fué ya suficiente para inspirar a Faraday el deseo de cambiar su oficio de encuadernador por un puesto en el laboratorio de Davy. "Aun cuando era obrero encuadernador — escribe Faraday relatando su vida —, me interesaba profundamente por la química y sentía animadversión hacia el comercio. Por entonces, Mr. Dance, miembro de la Royal Institution, me llevó a escuchar una de las conferencias de Sir Humphry Davy. Mi deseo era salir del comercio, egoísta y estúpido, y entrar al servicio de la ciencia, que me imaginaba amable y generosa. Esto me indujo a escribir a Sir Humphry Davy preguntándole si podría ayudarme a llevar adelante mis proyectos. Me concedió una entrevista, accediendo a mis deseos de trabajar en su la-

laboratorio; pero quiso poner las cosas en su punto advirtiéndome que la ciencia es una vieja regañona, que concede pocos beneficios pecuniarios a quien consagra a ella su vida."

Como Davy se había casado recientemente, y tenía el propósito de hacerse acompañar por su esposa en un largo viaje por el Continente, la petición de Faraday llegó en momento oportuno. Davy, el infatigable investigador, no quería interrumpir sus experiencias durante el viaje, y por ello preparó un laboratorio portátil de química para continuar sus estudios en todos los momentos oportunos. Pensó que el entusiasta encuadernador podría acompañarle en concepto de sirviente de laboratorio, de ayuda de cámara y de secretario; y como el deseo de Faraday era trabajar al lado de Davy, accedió contento. Pero este viaje estaba destinado a provocar situaciones desagradables entre el maestro y el ayudante. Cuando Davy admitió a su servicio al encuadernador no podía sospechar que aquel humilde mozo de laboratorio, a quien juzgaba simplemente como un entusiasta autodidacto sólo propicio para los trabajos manuales, podría progresar rápidamente en sus conocimientos y alcanzar, como experimentador, un puesto superior al de su maestro.

Como repetidas veces, y con perfecta independencia, el sirviente fué capaz de realizar descubrimientos químicos importantes, Davy comprendió con desagrado que estaba educando a un formidable rival. Al principio trató de reprimir sus naturales celos, pero la señora Davy, a quien molestaba ver que el sirviente se hubiese transformado en un hombre de ciencia, incitó a su marido para que colocase a Faraday en el lugar modesto que le correspondía por su cargo.

Cuando en Ginebra el físico de la Rive se interesó por el ayudante de Davy y le invitó a cenar en compañía de Sir Humphry y de Lady Davy, ésta indujo a su esposo a rehusar la invitación, aduciendo que no les parecía correcto sentarse a la mesa con su sirviente.

La señora Davy, que cada día sentía mayor odio por el "advenedizo", se las ingeniaba para molestarle continuamente, encargándole trabajos propios de sirviente cuando estaba ocupado en sus experiencias. Faraday soportaba con paciencia estas humillaciones, pues su único deseo era continuar su educación química a toda costa. "Estaba satisfechísimo al ir aumentando mis conocimientos químicos y científicos — escribía a un amigo —, y por eso continué el viaje; pero tuve que hacer grandes sacrificios para soportar la conducta de la señora Davy, que cada día hacía más difícil que pudiera continuar con ellos."

Al volver a Londres, después de año y medio, el comportamiento del matrimonio Davy respecto a Faraday no cambió; y ciertas circunstancias vinieron todavía a agravar sus relaciones. Davy había llegado a la cima de sus triunfos a la edad de cuarenta y tres años, cuando, a consecuencia del exceso de trabajo, padeció un desequilibrio nervioso de carácter grave. Faraday, en cambio, era joven y fuerte y soportaba el trabajo con el entusiasmo de quien comienza su carrera repleto de ideas nuevas. Davy sentía por su antiguo sirviente cada vez mayor recelo, y su envidia le indujo a tramar toda clase de intrigas. Declaró solemnemente que los estudios de Faraday acerca de la licuación de los gases mediante el frío y la presión le pertenecían a él, y que los primeros estudios importantes sobre las relaciones entre corriente eléctrica y magnetismo, realizados por su sirviente, habían sido robados a otro investigador: a Wollaston.

Estos cargos produjeron gran disgusto a Faraday, pero no debilitaron su amor por la investigación. Continuó trabajando, y pronto su dolor fué recompensado. Se le confió la dirección del laboratorio y fué propuesto como miembro de la Royal Society. Davy, que era el presidente de la Sociedad, intrigó para que el nombramiento no se hiciera efectivo, pero en vano. En la votación sólo hubo una bolilla negra: la de Davy.

Faraday realizó gran parte de su obra mientras fué

ayudante en el laboratorio de Davy, y allí fué donde estableció los fundamentos de sus observaciones electroquímicas. Descubrió varios compuestos de cloro y carbono, licuó varios gases y estudió los hidrocarburos volátiles de la serie del butano.

Y fué durante sus observaciones acerca de las diferencias entre los vapores emanados por diversas sustancias líquidas a la temperatura ordinaria y los gases verdaderos, cuando se dió cuenta de los efectos narcóticos de los vapores del éter, descubrimiento que habría de tener gran importancia en la evolución de la anestesia.

En el año 1730, el químico Frobenius dirigió su atención hacia el éter, y los neumatólogos lo ensayaron. Richard Pearson, Woolcombe y Beddoes administraron inhalaciones de éter a los asmáticos, y Niessen llega a declarar en su *Dictionary of Medicine* que el éter era el más importante de los medicamentos conocidos para las enfermedades respiratorias.

Pero los neumatólogos, en su práctica, sólo estudiaron los efectos calmantes temporales del éter sobre los ataques de asma, y no se dieron cuenta de su acción soporífera y narcótica, y si la observaron no le concedieron la menor importancia.

El descubrimiento hecho por Paracelso, en la primera década del siglo xvi, había sido olvidado. Tan sólo cuando Faraday, provisto de profundos conocimientos sobre la química de los gases, comparó éstos con los vapores y examinó sus efectos, llegó a saberse que el éter hace dormir a las personas sometidas a su acción. En el año 1818 Faraday escribe en el *Quarterly Journal of Science and the Arts*: "Si se mezcla vapores de éter con aire común y se inhala la mezcla, se producen efectos análogos a los ocasionados por el óxido nitroso. Debido a la inhalación imprudente de vapores de éter un hombre se mantuvo en estado letárgico durante treinta horas, con breves interrupciones".

Este hallazgo marcó un importante paso en el des-

cubrimiento de la anestesia. Davy, en sus experimentos con gas hilarante, no había pasado de la producción de "estados tóxicos de embotamiento". Pero estos experimentos con éter demostraban que empleando vapores y gases, era posible transformar esos estados de intoxicación en una completa inconsciencia y en un profundo sueño. Este conocimiento, de tanta importancia en la lucha contra el dolor, no despertó, por algún tiempo, el interés de los médicos.

Faraday, que tenía otros muchos problemas entre manos, tan sólo hizo una alusión casual al fenómeno en el *Quarterly Journal of Science and the Arts*. Los médicos de aquellos días no se enteraron de la cita y, por tanto, no intentaron emplear el éter para la supresión del dolor. Una vez más el importante descubrimiento cayó en el olvido.

CAPÍTULO VI

MORFINA

Por los tiempos en que Davy y Faraday iban estableciendo los fundamentos sobre los que habría de basarse la anestesia por inhalación, la "segunda naturaleza artificial", creada por la química, dotaba a la humanidad de un nuevo y poderoso instrumento para calmar el dolor. En el año 1803, Friedrich Wilhelm Sertürner descubrió la morfina.

Del mismo modo que Davy hizo sus primeros experimentos secretos con gas hilarante, siendo en Penzance ayudante de Borlase, el joven Sertürner era ayudante químico en un pueblo cuando realizó sus primeros estudios con la morfina. El maestro de Sertürner era un farmacéutico llamado Cramer, de Westfalia, ciudad episcopal de Paderborn.

En otros aspectos existió también una similitud de circunstancias entre los dos descubrimientos. Lo mismo que Humphry, el joven Wilhelm no había recibido educación científica, y los instrumentos técnicos existentes en Paderborn eran tan primitivos como los que había en Penzance; por tanto, Sertürner tuvo que fabricarse los aparatos químicos necesarios.

Durante las horas del día cumplía sus deberes en el mostrador o en el laboratorio, pero al llegar la noche, lo mismo que Davy en Cornualles, se dedicaba a la lectura de libros de química o realizaba experimentos en el más profundo secreto. Al cabo de algún tiempo, y

El triunfo sobre el dolor

partiendo del opio crudo, llegó a preparar, en estado de pureza, un alcaloide dotado de notable acción analgésica y soporífera.

¿Cómo lo consiguió? El ayudante pudo enterarse, en la farmacia, que tanto el médico como el químico estaban prácticamente desarmados contra los terribles efectos del dolor. Como se comprende, existían varios narcóticos vegetales. El más importante era el jugo concreto obtenido de las cápsulas de la adormidera blanca, *Papaver somniferum*. Tal jugo se solidifica en forma de panes de color castaño, el opio del comercio, que tiene sabor acre y amargo; pero en la práctica era tan inseguro y peligroso, que los médicos cada vez estaban menos dispuestos a usarlo.

Cramer, el químico, y los médicos de Paderborn tuvieron que reconocer que, desgraciadamente, no disponían de un remedio eficaz contra el dolor. Wilhelm Sertürner, sin embargo, estaba cortado por el mismo patrón que su colega Humphry Davy, y necesitaba saber, por sí mismo, si los maestros estaban en lo cierto.

Su primera preocupación fué investigar por qué era tan variable la acción del opio impuro, pues mientras en unos pacientes carecía de efecto, en otros producía la muerte a la misma dosis. Sertürner descubrió el enigma al darse cuenta de que la inseguridad de la acción se debía a que no era conocido el verdadero principio activo. Su cantidad, y en consecuencia los efectos de la droga, tenían que ser, por tanto, extraordinariamente variables.

Sertürner, que había nacido investigador, no podía contentarse con esta respuesta. Decíase a sí mismo que en la naturaleza el principio activo de la planta debía estar mezclado con otras muchas sustancias. Ahora bien, si se pudiera separar la sustancia calmante del dolor de los otros compuestos, si se lograra obtener el "principio activo" puro, el médico podría regular las dosis y conseguir, con seguridad, el efecto deseado.

¿Cuál podría ser el objeto de la ciencia farmacéutica

si no era obtener en perfecto estado de aislamiento dichos "principios activos"?

Día tras día permaneció en la farmacia de Cramer, preparando y vendiendo ungüentos y polvos, siempre los mismos; pero esta vida no podía satisfacer a un joven como Friedrich Wilhelm Sertürner. La época contribuía al estímulo. En el curso del siglo la ciencia iba obteniendo triunfo tras triunfo, y cada descubrimiento iba seguido y sobrepasado por otro. Friedrich Wilhelm estaba decidido a proyectar también su luz sobre la faz de la tierra, y a dedicar todas sus energías a la victoria de la ciencia. Descaba hacer un hallazgo importante, encontrar algo nuevo que le reportase honor y gloria.

¿Eran sueños vanos de una mente juvenil? No, por cierto, Sertürner se había impuesto a sí mismo una tarea bien definida y concreta: descubrir los misterios de los efectos narcóticos del opio, aislar el "principio activo" y agregarlo a la farmacoepa.

Sin darse cuenta, iba siguiendo el rumbo general de las investigaciones químicas. Por esta época, Davy y Faraday, en Inglaterra, estaban utilizando la electrólisis para disociar en sus elementos los compuestos químicos. Por su parte, Sertürner trató de encontrar el principio activo de las plantas por el uso de disolventes, y la cristalización subsiguiente, método que ha servido para descubrir varios alcaloides.

Semanas y semanas trató opio erudo, primero con agua destilada, luego con alcohol y más tarde con otros disolventes con los cuales esperaba "extraer" el principio que buscaba. Una noche, habiendo tratado el opio con amoníaco líquido, vió aparecer, ante sus atónitos ojos, unos cristales extraños. Los purificó mediante el lavado con ácido sulfúrico y alcohol, hasta que al fin logró un residuo cristalino de color blanco. Había aislado el principal alcaloide del opio, que, al principio, denominó "principio somnífero del opio".

En el sótano de la casa de Cramer había ratas, y Sertürner puso trampas para cazarlas. Los perros vaga-

bundos sin dueño, corrían por los suburbios de Paderborn. Al anochecer los atraía hasta el fondo del patio mostrándoles huesos. En el banquete ofrecido a las ratas y a los perros espolvoreaba los alimentos con la sustancia cristalina hallada, y vigilaba los efectos, aumentando la dosis, hasta que los invitados pagaban con la vida su apetito.

Pronto pudo descubrir la cantidad máxima que podía administrarse a los perros y a las ratas, pero la cuestión era encontrar cuál era la dosis que el organismo humano podía soportar. Igual que Davy, comenzó a experimentar sobre sí mismo, y luego sobre otros tres muchachos amigos que se afrecieron espontáneamente para ese fin.

Llegaron silenciosos a la hora convenida, y Sertürner les condujo al laboratorio. Cada detalle del experimento había sido cuidadosamente pensado. Los cuatro jóvenes se sentaron alrededor de una mesa, y Friedrich Wilhelm distribuyó la dosis, a razón de tres centigramos cada uno. Heroicamente cada muchacho tragó su dosis, y breve tiempo después se dieron cuenta de que se sentían muy alegres. Una sensación de calor se difundió a través de sus cuerpos y extremidades, las mejillas se enrojecieron, una impresión de bienestar general les invadió y comenzaron a conversar. Por espacio de media hora mantuvieron animada charla. Entonces Friedrich Wilhelm se levantó y entregó a sus compañeros otra segunda dosis de tres centigramos. Considerado como jefe del grupo, por sus mayores conocimientos, Sertürner dijo: "Ahora compañeros, vigilaos vosotros mismos y contadme lo que os ocurra, pues esto es lo que tiene mayor importancia en mis experimentos".

Obedientemente los muchachos trataron de observar, pero sus párpados estaban pesados y apenas podían mantener los ojos abiertos. Las piernas se hallaban paralizadas por un cansancio abrumador. Sin embargo, valientemente, continuaron sentados. Sertürner estaba convencido de que aquel experimento no le interesaba únicamente a él, sino que, más adelante, tendría gran

importancia para toda la humanidad. Pensando en ello los muchachos determinaron realizar todos los esfuerzos posibles para mantenerse despiertos. Sus lenguas temblorosas iban acusando los efectos: "Cansancio, peso en las piernas..."

Deseaban ir narrando fielmente todo cuanto experimentaban, describir las imágenes que débilmente se forjaban en su mente, pero sus bocas eran incapaces de articular las palabras y tan sólo se oía un murmullo incomprensible. Sentían los párpados cada vez más pesados y, aunque procuraban mantenerlos abiertos con los dedos, se les cerraban involuntariamente.

Como Wilhelm ya había realizado antes algunos ensayos era más resistente a los efectos del medicamento. Por otra parte, el experimento no estaba terminado todavía. Para conocer el efecto completo debían aún ingerir otra dosis de tres centigramos. Sertürner observó que sus tres compañeros sentados en torno a la mesa, movían sus cabezas vencidas por el sueño. No había tiempo que perder y era necesario hacerles ingerir la tercera dosis antes de que no pudieran tragar. Rechazaron la toma, pero finalmente Sertürner pudo persuadirlos y la ingirieron, mientras él hacía lo propio, forzando algo más la dosis. Trató de continuar sus observaciones y anotar los datos, pero todos los objetos comenzaron a danzar ante sus ojos. Las visiones se burlaban de él, la oscuridad le envolvía, sus pensamientos eran terriblemente confusos, hasta que también cayó dormido.

Después de muchas horas los jóvenes despertaron vomitando abundantemente y sufriendo intensas náuseas y dolor de cabeza. Los tres amigos volvieron a sus casas. Durante este ensayo, los cuatro audaces experimentadores habían ingerido una dosis doble de la que hoy se considera como máxima.

Había sido planeado un segundo experimento para la siguiente noche, pero Sertürner no pudo convencer a sus amigos. Únicamente él tenía valor para seguir jugando con fuego. Con claro juicio, propio de un verda-

dero investigador, se dió cuenta de que había sobrepasado la dosis, que la tercera toma de tres centigramos fué excesiva para ellos, y que los fenómenos sufridos al despertar eran síntomas de intoxicación.

El principal investigador continuó sus ensayos la noche siguiente y la subiguiente, y una y otra vez, durante semanas y meses. Su período de aprendizaje terminó, y de aprendiz pasó a ser ayudante.

Los años pasaron y se estableció como farmacéutico independiente en la ciudad de Einbeck, Hannover, donde continuó sus investigaciones hasta dejar aclaradas todas las propiedades del alcaloide. Ahora ya conocía cuál era la cantidad media de "principio somnífero" que podía extraerse del opio crudo, sabía cuánto duraba la acción del alcaloide y cuál era la intensidad de los efectos, según la dosis administrada.

Catorce años habían durado sus estudios sobre estos problemas.

El notable paralelismo entre los trabajos de Davy y Sertürner se observa hasta en los más mínimos detalles. Lo mismo que Davy, Sertürner obtuvo sus conocimientos más precisos durante un violento dolor de muelas. ¿Qué mejor ocasión para poner a prueba la eficacia del narcótico? En el momento máximo de la crisis dolorosa tomó una dosis, y observó cierta laxitud y mareado bienestar, al mismo tiempo que los dolores desaparecían. A través de su mente pasaban con rapidez impresiones e ideas que no podía referir ni al tiempo ni al espacio, y cuando tomó una segunda dosis cayó en un profundo sueño.

Entonces quedó convencido de que el alcaloide blanco que había descubierto tenía una acción eficaz para combatir el dolor. Debido a los sueños agradables que se producen por la administración de una dosis adecuada, Sertürner denominó a la droga "morphium" (más tarde la palabra se transformó en "morfia" y "morfina"), de Morfeo, hijo de Somnus, que, según la mitología griega, es el dios del Sueño.

Así, Sertürner encontró un remedio verdaderamente eficaz contra el dolor, que puede ser fácilmente absorbido y conducido por la circulación a los centros del sueño, haciendo desaparecer, en pocos minutos, los dolores. Pero su descubrimiento tuvo también interés desde otros puntos de vista. Sertürner demostró que era posible obtener el "principio activo" de las plantas medicinales teniendo en cuenta que un producto, al parecer uniforme, está compuesto de diversas sustancias con diferente grado de solubilidad, de modo que, empleando diferentes disolventes y provocando luego la cristalización, podían ser separadas unas de otras. El método era sencillo. Por otra parte, cada sustancia cristalina forma tipos peculiares de cristales que no pueden confundirse con los de otras sustancias que cristalizan de otro modo. Sertürner abrió así nuevos caminos a la química con el descubrimiento del primer alcaloide, hallazgo que tuvo gran interés porque los alcaloides han adquirido extraordinaria importancia en la terapéutica química.

En la misma época en que Davy pronunciaba en Londres sus notables conferencias sobre el gas hilarante, Sertürner publicó los resultados de su descubrimiento; y en los días en que Faraday dió a conocer sus observaciones sobre los efectos del éter, Sertürner publicó su segunda y definitiva monografía *Ueber das Morphinum als Hauptbestandteil des Opiums*.

Como pago a sus descubrimientos en el campo de la nueva química, el mundo científico le concedió honores. En el mes de marzo de 1817 la Sociedad Mineralógica alemana sesionó en Jena. Johann Wolfgang von Goethe subió a la tribuna, y por su iniciativa Sertürner fué nombrado miembro honorario. El mismo año la Facultad de Filosofía de Jena le confirió el grado de Doctor. Este ejemplo fué seguido por las Universidades de Marburgo, Berlín, San Petersburgo, Batavia, París y Lisboa.

En el año 1821 un poderoso filántropo, llamado Montyon, destinó una elevada cantidad para recompensar a quienes hicieran descubrimientos o invenciones de gran

importancia para el mundo y por los cuales merecieran el título de "Bienhechor de la Humanidad". Así quedó instituido el premio Montyon. En 1831 Sertürner recibió esa distinción, el Instituto de Francia le otorgó dicho premio, concediéndole dos mil francos por el descubrimiento de la morfina.

Pero todavía más poderosas que las felicitaciones y premios fueron la hostilidad y el rencor que le persiguieron ya toda la vida.

La envidia de los técnicos y las habladurías y murmuraciones de las pequeñas ciudades — las dos enormes formas de la maldad humana —, se asociaron para gravitar sobre Friedrich Wilhelm Sertürner con un peso del que ya no fué capaz de libertarse. Repentinamente, en cada universidad del país, surgieron poderosos enemigos. Su descubrimiento fué tachado de "disparate de aficionado" indigno de ser tenido en cuenta por la ciencia, mientras el autor era calificado de charlatán y estafador.

Estos ataques fueron, sin duda, movidos por la envidia de los hombres de ciencia y reforzados por las viles lenguas de Einbeck. Las calumnias se sucedían una a otra, hasta que Sertürner se vió obligado a buscar un nuevo hogar en Hamelin.

En catorce años de incesante labor Sertürner había encontrado el medio de aliviar muchos de los dolores más terribles de la humanidad, pero la humanidad no le demostró su reconocimiento. Amargado por esta ingratitud, el incomprendido bienhechor, igual que Davy, abandonó sus investigaciones médicas.

Su campo de actividad fué bien distinto, pues se dedicó a estudiar las armas de fuego y los proyectiles. ¡Cosa extraordinaria!: cuando los experimentos de Davy sobre el gas hilarante no merecieron la acogida que él esperaba, dicho investigador se dedicó también a descubrir una nueva pólvora...

Pero para Sir Humphry, a quien pronto se le abrieron nuevos horizontes de trabajo, esos estudios sobre la

pólvora fueron un simple episodio. En cambio, Sertürner dedicó toda su capacidad de inventor y toda su ambición a su nueva actividad. Con el mismo celo que había desplegado anteriormente para libertar a la humanidad del dolor, dedicóse ahora a conseguir que los instrumentos de muerte fueran más eficaces, obteniendo una aleación de plomo y antimonio que aumentaba el alcance de las armas de fuego. Más tarde inventó un nuevo y más perfecto fusil.

El gobierno de Hannover, apreciando en lo que valían los trabajos de Sertürner, le concedió distinciones por sus "patrióticas tareas" como inventor de armas de fuego. Ahora no se levantó contra él voz alguna, porque la humanidad premia más fácilmente a quienes la dotan de elementos de destrucción que a aquéllos que son sus verdaderos bienhechores.

Pero sus triunfos de entonces no podían hacer olvidar a Sertürner sus anteriores desilusiones. Su sueño más acariciado fué el haber podido encontrar una sustancia analgésica que fuese universalmente aceptada por la medicina, y este sueño no se había realizado.

Cuando los experimentos con gas hilarante se frustraron, Davy, en vez de descorazonarse, se dirigió con renovada fe a otros campos de actividad y pudo así recorrer hasta el final el camino del triunfo. A Sertürner le faltaba esa indomable energía. El demonio de la desilusión le persiguió toda su vida. Nunca pudo vencer su rencor contra la estúpida incomprensión del mundo, del cual en sus últimos días se apartó. Fué un misántropo; huyó del contacto humano, viviendo en la soledad hasta llegar a transformarse en un verdadero enajenado.

Para rebasar la copa de la amargura, este hombre, cuya primera ocupación fué dedicarse a calmar los dolores de la humanidad, pasó el crepúsculo de su existencia en un tormento.

Durante sus últimos años la gota transformó su vida en un infierno. Como es natural, al experimentar aquellos intolerables dolores, recurrió al remedio que sólo

había usado con fines experimentales y que le ofrecía la única esperanza de alivio. Al principio, la morfina hizo más tolerable su tormento; pero cuando su estómago se fué debilitando, ya no lograba retener el medicamento y tuvo que prescindir de él.

Así, semana tras semana, se prolongó su tormento que nada podía mitigar, hasta que la muerte le reclamó en el año 1841.

CAPÍTULO VII

EL MÉDICO DE LOS POBRES Y DE LOS DESVALIDOS

El gas hilarante, el éter y la morfina, los primeros analgésicos modernos, fueron las mercedes que la química concedió a la humanidad. El celo científico y los intereses materiales habían constituido el estímulo que sirvió para poder realizar tales hallazgos. Priestley, el primero de los descubridores, exploró el mundo de los gases, y el fruto de sus observaciones fué el gas hilarante. El temperamento investigador de Davy le permitió encontrar que este gas era un anestésico. Las experiencias de Faraday acerca de las semejanzas y diferencias entre gases y vapores le informaron de los efectos narcóticos del éter. En fin, fué el entusiasmo por su profesión lo que indujo a Sertürner a aplicar al opio los métodos de extracción y cristalización, con el fin de obtener su principio activo.

Ninguno de esos investigadores fué movido por el deseo de vencer al dolor. Es decir, el objeto de la investigación era limitado y no atrajo la simpatía universal.

Cierto es que las investigaciones citadas dieron por resultado el hallazgo de los medios para evitar el dolor, pero el objetivo era tan sólo realizar un experimento científico, y una vez conseguido dábase por terminada la tarea.

Para el logro de estos deseos, los investigadores eran capaces de exponer, sin darle importancia, su propia vida;

pero en cambio eran incapaces de consagrar su existencia a perfeccionar y dejar bien establecido un descubrimiento. Sus estudios les proporcionaron los medios para vencer el dolor; mas en cuanto alguna dificultad se interponía en el camino renunciaban a la lucha y abandonaban el descubrimiento. Cuando las luces de otros hallazgos iluminaron otras sendas, dejaron de preocuparse de los anestésicos y analgésicos para seguir las nuevas rutas. El principal objeto era descubrir un nuevo compuesto químico, sin importar su aplicación. Por eso Davy y Sertürner, que habían dedicado sus horas al estudio del gas hilarante y de la morfina, respectivamente, se interesaron más tarde por otras investigaciones; y el descubrimiento de una nueva pólvora, hecho por el inglés, fué seguido de la invención de un arma de fuego más poderosa, realizada por el alemán.

En una tarde de primavera de los primeros años del siglo XIX, un muchacho llamado Henry Hill Hickman jugaba con otros jóvenes de su misma edad, cuando oyó gritos de dolor que partían de un lado del camino. Hickman, que era un rapaz muy despierto, se alejó unos pasos de sus compañeros para saber a qué se debían. Un obrero, que había sufrido un accidente, hallábase en el suelo quejándose. Con rapidez fué llamado un doctor, que acudió inmediatamente.

—Hay que enviarle al hospital sin perder momento — dijo el médico —. Tendrá que ser operado lo antes posible.

—No tengo dinero, señor — gimió el herido.

En seguida, trajeron una carreta para poder conducirle cómodamente.

Henry Hill Hickman había escuchado la breve conversación. Los restantes muchachos reiniciaron sus juegos, pero Henry quedó pensativo y se alejó silenciosamente.

Cuando llegó a su casa y sus padres trataron de charlar con él, como de ordinario, no respondió; y cuando le preguntaron qué le ocurría, se limitó a contestar: "Nada".

Al día siguiente continuaba pensativo y triste. Era día de fiesta, y sus amigos y compañeros de colegio le fueron a buscar, como tantas otras veces ocurrido. Pero para Henry todas las cosas habían cambiado desde que vió al pobre herido, y le había oído decir las terribles palabras: "No tengo dinero para pagar una operación". Desde entonces los juegos ya no le divertían, y las palabras cariñosas de sus padres poco significaban para él. ¡De qué servía todo aquello si las gentes tenían que sufrir sin poder ser ayudadas! Mientras tanto, deseaba vivamente saber qué le había ocurrido al pobre obrero.

Aquel símbolo del dolor, de la pobreza y la enfermedad, le había transformado completamente. Recordó a Buda, el hijo del rey, que siendo pecador se volvió santo renunciando a todos los placeres de la vida. Pero el joven Hickman no se contentó con ser un místico, sino que sintió la necesidad de hacer algo práctico.

En su mente se forjó la idea de ser médico, médico de los desvalidos, cirujano, para operar gratuitamente a quien necesitase de su ayuda. Con el fervor de un poseído se consagró al estudio de la medicina.

Cuando tenía veintitrés años asistió a una operación en Edimburgo. Por aquellos días las intervenciones quirúrgicas no eran menos espantosas de lo que habían sido en la Edad Media: "Un espectáculo humillante para la vanidad de la ciencia", decía John Hunter (1728-1793).

Y este mismo anatómico, primera autoridad científica de aquellos días, cuyo hermano William Hunter (1718-1793) era un famoso cirujano, añadía que un cirujano era "un salvaje armado con un cuchillo".

Henry escuchaba los gemidos y gritos de los pacientes, y recordaba que Celso decía que la indiferencia era la primera cualidad que necesitaba un cirujano. Los gritos desgarraban sus tímpanos, y cuando salió de la sala de operaciones sentía la aflicción de su incapacidad para evitar ese tormento.

—Es imposible evitarlo — dijeron sus colegas.

—Pues hay que evitarlo — respondió el joven Hick-

man —. Debemos encontrar alguna cosa. Es bárbaro que todos tengan que sufrir como este enfermo. Muy necios tenéis que ser los médicos para no descubrir un medio para evitar el dolor.

Hickman asistió a otra operación y a muchas más. Cada vez que oía los gritos de angustia experimentaba igual desesperación.

Los narcóticos extraídos de las yerbas no eran dignos de confianza y nadie se atrevía a usarlos. El mesmerismo estaba desacreditado y se consideraba como una estafa.

¿Qué podía hacerse en esta tierra para combatir el dolor?

Después de haber llenado los requisitos necesarios, Hickman comenzó a ejercer su profesión en Ludlow, Shropshire. Ahora se iban a cumplir sus sueños de muchacho. En la puerta del consultorio había colgado un cartel que decía: "Todos los miércoles, desde las diez hasta las cuatro, se atiende gratuitamente a las clases desvalidas y trabajadoras". En la sala de espera se aglomeraban los menesterosos, que no dejaban de llegar. Su bondad inagotable y su pericia inspiraban confianza a la gente, y enorme multitud de lisiados, heridos y enfermos acudían a consultarle o le llamaban a sus lechos de dolor.

Como su campo de actividad era muy extenso debía realizar amputaciones, extraer cálculos, operar hernias estranguladas y efectuar traqueotomías. Trabajaba hábil y rápidamente, como los cirujanos de aquellos días, pero tampoco podía evitar que los pacientes sufriesen los habituales tormentos.

Durante su época de estudiante en Edimburgo se había rebelado siempre contra la idea de que el dolor en las intervenciones quirúrgicas era inevitable. Pero aquí en Ludlow, las angustias del sufrimiento humano le continuaban martirizando cada vez más. En Edimburgo había sido sólo un espectador y no conocía a los pacientes; pero ahora, los que gemían bajo su cuchillo eran sus amigos, los obreros y agricultores de la localidad, sus mujeres y

niños, sus compañeros, con cuyas alegrías y penas estaba estrechamente ligado, y los dolores que él producía los sentía como en carne propia.

Así se lo comunicaba a su amigo T. A. Knight. Cuando estaba próximo el día en que debía realizar una operación, sufría horrorosamente, sabiendo que no disponía de nada con qué poder calmar el dolor de sus enfermos.

Cierto tiempo antes había permanecido algunos días en Shifnal, para buscar lugar dónde radicarse. Esta visita fué para él de gran utilidad, pues en Shifnal había nacido el Dr. Beddoes, el fundador de la neumatología. Ahora la neumatología estaba caída en desercédito y casi en el olvido. Aún vivían en Shifnal personas que recordaban a Beddoes, por haber sido una notabilidad del lugar. Algunos de ellos estaban convencidos de que Beddoes había pisado un camino firme, y sugirieron a Hickman la idea de volver a estudiar los gases terapéuticos.

Al volver a Ludlow, Hickman consagró a ese estudio todo el tiempo de que disponía. Se informó de los trabajos de Priestley, Davy y Faraday, y los enriqueció con experimentos propios. Como tenía un profundo sentido de la responsabilidad comenzó haciendo ensayos sobre ratas, perros y pollos, antes de empezar la aplicación sobre seres humanos. La sala de operaciones era su laboratorio; y cuando el último de los enfermos abandonaba su casa, comenzaba sus trabajos. Al principio utilizó el oxígeno, luego el óxido de carbono y finalmente el óxido nítrico.

El día 20 de mayo de 1824 describe del siguiente modo sus experimentos:

“He colocado un perrito de un mes sobre un trozo de madera rodeado de agua, y lo he cubierto con una campana de vidrio para impedir el acceso de aire atmosférico; a los diez minutos muestra gran intranquilidad; a los quince, la respiración comienza a ser difícil; a los diecisiete cesa casi completamente; a los dieciocho le extirpo una oreja, sin que se produzca hemorragia. La respiración se restablece

y el animal parece no experimentar dolor. A los tres días la herida está totalmente curada”.

Otro experimento:

“Coloqué una rata bajo una campana rodeada de agua, y mediante un tubo pequeño, de un pie de longitud, introduje, lentamente, dentro de la campana, gas carbónico. La respiración se suspendió transcurrido un minuto. Amputé todos sus miembros y la introduje en un baño de agua fría. El animal se restableció inmediatamente... al parecer sin experimentar dolor... Luego sometí a un perro adulto a una atmósfera del mismo gas. En menos de veinte segundos estaba completamente insensible. Permaneció así durante diecisiete minutos. Mientras tanto le amputé una pata, sin que diera muestras de dolor... Al día siguiente llené un globo de vidrio con el gas exhalado por mis propios pulmones, y dentro coloqué un gatito. A los veinte segundos extirpé sus orejas y la cola sin que se produjeran hemorragias y sin que el animal diera muestras de dolor”.

Estos experimentos sobre animales dieron el resultado apetecido. ¿Por qué?

El experimentador había privado a los animales del aire atmosférico, y por ello estaban semiasfisiados. Hickman dedujo que el atontamiento del animal era necesario para suprimir el dolor, y ese atontamiento era debido a la asfixia. Sin embargo, estimó prematuro recomendar que se recurriese a ese estado, vecino de la muerte, para disminuir el dolor. Cierta vez, después de haber semiasfisiado un animal administrándole gas carbónico, le sometió a la acción de gas hilarante puro. De este modo produjo un estado de estupor que parecía exento de los peligros de la asfixia.

Había llegado el momento tanto tiempo deseado, y los experimentos fueron facilitando el camino para llevar su

aplicación a la cirugía. Ahora necesitaba tan sólo la autorización para repetir sus experiencias en seres humanos. En esta ocasión, su amigo T. A. Knight le prestó gran ayuda. Knight, horticultor y botánico, era íntimo amigo de Davy y Faraday, y seguramente podía atraer la atención de estos sabios hacia el problema que le ocupaba.

“Habiendo hecho experimentos en varios animales — escribió Hickman a Knight — estoy absolutamente seguro de que cualquier operación quirúrgica puede ser realizada mucho más fácilmente en un estado de insensibilidad... Creo que los cirujanos podrán actuar más libremente cuando estén convencidos de que no van a producir dolor... Si tuviera necesidad de sufrir una larga y dolorosa operación, no dudaría un momento en someterme a un experimento de esta clase...” Más adelante, Hickman, con su característica modestia y desinterés, continúa escribiendo: “Si por mi trabajo he podido añadir algo a lo que se sabe acerca de los medios para mitigar el dolor, me consideraré ampliamente recompensado”.

Knight respondió a este llamado visitando inmediatamente a Davy y Faraday para mostrarles la carta y discutir con ellos la significación de los experimentos de Hickman, incitándoles a plantear el problema ante una Comisión de la Royal Society. Pero no lo consiguió.

Davy estaba sumido en el estudio de diferentes cuestiones de química industrial y no tenía deseo alguno de recordar las épocas tempestuosas. Ya sabía lo que era aquello. Faraday no quería apartarse de sus problemas de electromagnetismo. Por tanto, ninguno de los dos prestó la menor atención a los experimentos de Hickman. La Comisión de la Royal Society no podía apadrinar esos descubrimientos que no habían despertado en Sir Humphry Davy y en Michael Faraday entusiasmo alguno, y no se había encontrado el momento adecuado para leer públicamente el informe de Hickman.

Mientras tanto, en Ludlow, los enfermos continuaban afluyendo al consultorio de Hickman. Ilegaban para que les extirpase los órganos enfermos y les amputase los

miembros heridos. Y como en todas las épocas, los pacientes gemían y gritaban bajo el tormento del cuchillo. Hickman se resistía a aceptar esto como inevitable. Continuaba creyendo que el secreto para evitar el dolor durante las intervenciones quirúrgicas estaba en la aplicación de los gases.

Pasado algún tiempo tuvo ocasión de leer ante la Sociedad Médica de Londres una relación de sus investigaciones. Con precisión científica refirió los efectos producidos por el gas hilarante en las ratas, perros y gallinas. Eminentes doctores le escucharon con educada atención, pero sin interés, y al terminar la lectura reinó el silencio.

¿Silencio? En su imaginación aquel silencio se rompía por los gritos de dolor lanzados por sus pacientes operados en Ludlow. Ojos fríos, tristes e inmóviles se clavaban sobre su rostro. Pero lo que él veía eran los semblantes descompuestos por el dolor, los ojos agonizantes de sus enfermos en Ludlow. Terminó su exposición hablando, no ya de los perros y de las ratas que había conseguido adormecer, sino de los sufrimientos humanos, contemplados por él en la ciudad donde vivía y ejercía su profesión.

Se produjo una inquietante agitación entre los oyentes. ¿De qué estaba hablando ahora el relatante? Los sufrimientos de las gentes de Ludlow carecían de importancia para los sabios doctores de Londres. “Me parece que el Dr. Hickman es un soñador, por no decir un loco” — dijo uno de ellos. Las palabras eran justas, pues los restantes movieron sus grises cabezas en señal de aprobación. “Soñadores de este tipo constituyen un peligro para la ciencia” declaró otro. “Sí, un peligro para la ciencia” — sonó como un eco por los ámbitos de la sala. Los comentarios, los movimientos y las miradas adquirieron carácter amenazador. “Lo que este aballero nos está contando es sencillamente absurdo” — exclamó otro. Todos rieron, todos se burlaron del pobre médico rural de Ludlow.

Desilusionado una vez más, Henry Hill Hickman volvió a su hogar. Los puros sentimientos de su corazón, diri-

gidos a aliviar el dolor de sus semejantes, eran despreciados con risas por sus colegas. Pero, al fin y al cabo, lo que este médico rural deseaba no era ser admirado por la Sociedad Médica de Londres u otra sociedad científica, sino evitar a los enfermos las torturas del bisturí del cirujano. Un químico, que hubiera pasado su vida entre inanimadas retortas y tubos de ensayo, hubiera podido darse por vencido; pero Henry Hill Hickman, cuya misión era aliviar desinteresadamente el dolor y los sufrimientos de los menesterosos y de los trabajadores, no era hombre que abandonase la lucha.

No le importaba el desprecio de sus colegas londinenses. Sabía que, aquí como allí, los enfermos sufrían horriblemente durante las intervenciones quirúrgicas, y este convencimiento le fortificaba y le animaba a perseguir la verdad.

La ciencia médica inglesa no le comprendía; los doctores de Londres estaban apegados a la tradición. Pero Inglaterra no era todo el mundo. Si Londres, por falta de comprensión, no quería oírle, le oíría París, la metrópoli del mundo. Carlos X, hijo de Luis XV, hermano de Luis XVI y Luis XVIII, ocupaba ahora el trono de Francia. Políticamente era un reaccionario, pero siempre había demostrado gran interés por el progreso científico. En el mes de abril de 1828, Hickman escribió al rey Carlos informando al monarca de sus observaciones y pidiéndole permiso para hacer una demostración en la Facultad de Medicina de París. Personalmente llevó la petición a París, entregándola en propia mano.

“A su más Cristiana Majestad para informarle de un asunto científico de gran importancia para la humanidad. Soy un hombre humilde, pero confío firmemente en el interés, universalmente reconocido, de Vuestra Majestad, por los descubrimientos de valor... Permitidme, Señor, que os diga que soy un médico inglés, miembro del Colegio Real de Ciencias de Londres, y que he venido a París con el

objeto de completar mi descubrimiento, al cual he llegado después de numerosas observaciones y experimentos. Durante muchos años he dedicado mi atención a este asunto. Parece demostrado que las operaciones quirúrgicas más difíciles y delicadas, que hasta ahora producían tormentos inevitables, pueden realizarse en los animales, con perfecta seguridad y sin dolor, provocando una suspensión temporal de la vida...

“París, la gran metrópoli del Continente europeo, es el lugar preferido, donde los profundos estudios de humanidades llévanse a cabo más fácilmente, habiendo llegado a su máxima perfección. Señor: abrigo confianza, cuando, con el debido respeto para la Ciencia de mi país, solicito me sean concedidas facilidades en la Ciudad principal de Vuestra Majestad, que merece el título de Centro de la Ciencia del mundo civilizado... Si mi labor contase con la aprobación de Carlos X, tendría la inmensa satisfacción de suponer que los trabajos a que me he dedicado tendrían feliz fin...”

Hickman solicitó que el Rey le apoyase para hacer sus demostraciones ante la Academia.

Recomendando la petición, el Rey la envió a la Real Academia de Medicina; la Academia llamó a reunión el día 28 de diciembre de 1828. Estuvo muy concurrida, asistiendo los más notables médicos de Francia. Monsieur Guerardin leyó un informe acerca de los propósitos del joven doctor inglés. Pero las principales figuras de la medicina francesa fueron tan opuestas como lo habían sido las inglesas. “¿Operar bajo la acción del gas hilante? ¡Qué locura, qué peligrosa insensatez! Absurdo, criminal. Era realmente un crimen exponer a un ser humano a tan inútiles peligros.”

Entre los médicos presentes tan sólo uno estaba interesado: el Barón Dominique Larrey, que había sido cirujano del ejército del gran Napoleón, que había acom-

pañado al Emperador en numerosas campañas y contemplando los tormentos de la "Grand Armée" en las heladas llanuras de Rusia. Él fué quien comprendió el verdadero sentido de los estudios de Henry Hill Hickman. Ningún otro médico de París estaba tan profundamente impresionado por la tragedia del sufrimiento humano. Al menos podía hacerse un ensayo, antes de rechazar lo que acaso tuviera tanto valor para la humanidad. "Yo mismo — dijo Larrey — me prestaría gustoso para que el Dr. Mr. Hickman me administrase gas hilarante y pudiera observar lo que sucedía." Pero la mayoría de los miembros de la Academia desaprobaron la opinión de Larrey y decidieron no prestar su apoyo al "extravagante proyecto".

Hickman volvió a su país. Había sufrido otro terrible golpe, pero no se desanimó. Llegaría el momento en que la gente comprendería. A pesar de su derrota seguía creyendo que el dolor de las intervenciones quirúrgicas podría ser evitado, y continuó la lucha.

Pero lo que no pudo la indiferencia de sus colegas lo consiguió la muerte, que privó al soñador de sus ilusiones, sometiéndolo al silencio su entusiasmo. Hickman murió prematuramente, a los veintinueve años, el día 8 de abril de 1830.

He aquí el relato de un paciente que tuvo que ser sometido a una operación quirúrgica en los días anteriores a la anestesia.

"Acepté someterme a la operación, pero solicité la demora de una semana, pues deseaba prepararme para la muerte y para el más allá, ahora que mis facultades mentales eran claras y mis sensaciones relativamente inalteradas. Llegó la mañana elegida. La operación era muy difícil y dolorosa, pues significaba una gran mutilación. Había que practicar una terrible incisión a través de partes inflamadas muy sensibles, y no podía terminarse con unos cuantos cortes de escalpelo. Nada diré de las torturas que experimenté. El sufrimiento fué tan grande

que no puede ser expresado con palabras, lo que en medio de todo es una fortuna, pues así no llego a evocarlos. Ahora, he olvidado la angustia particular de cada uno de los momentos, pero no olvidaré el negro torbellino de la emoción, el horror de la gran oscuridad, la desesperación que me invadía, lacerándome el corazón, al sentirme abandonado de Dios y de los hombres. Nunca podré olvidarlo. Sólo el deseo de salvar a otros de estos sufrimientos me obligan a evocar y confesar la angustia y las torturas experimentadas. Durante la operación, y a pesar del dolor, mis sentidos estaban sobreexcitados y observé todo lo que el cirujano realizaba con una fascinante habilidad. Aún recuerdo, con escalofríos, la distribución de los instrumentos, las vueltas del torniquete, la primera incisión, el crujido del hueso al ser serrado, los golpes de la esponja, las ligaduras de los vasos, la sutura de la piel, y la pierna amputada, babeando sangre, olvidada en el suelo. Durante largo tiempo perduraron estos recuerdos que, aunque no me ocasionaban dolor físico, me hacían sufrir moralmente, oponiéndose a mi curación mental y corporal".

Reproducimos también las palabras escritas en aquella misma época por un joven médico al Prof. Simpson, el tocólogo que había sido su maestro en Edimburgo.

"Antes de los días de la anestesia, un paciente preparado para una operación podía compararse a un condenado a muerte preparado para la ejecución. Va contando los días hasta llegar al señalado. Va contando las horas de aquel día hasta que llega el momento elegido. Esume los ruidos del coche del cirujano que anuncian su venida, el sonido de la campanilla de la puerta, sus pasos por la escalera, por la habitación, el chocar de los terribles instrumentos. Oye las pocas y graves palabras, y asiste

a los últimos preparativos que marcan el comienzo del martirio. Entonces ya no puede contenerse, se rebela contra la necesidad, y tiene que ser violentado y constreñido para que se entregue irremediabilmente a la crueldad del afilado cuchillo."

De la misma manera, Dupuytren, el famoso cirujano de París, relata las torturas de sus operados que mueren a consecuencia del dolor. "*La douceur tue comme l'hémorragie*", exclama el Dr. Dupuytren.

Las cartas de los enfermos y de los médicos, las historias clínicas y otros documentos, nos hablan del dolor en las amputaciones, en la reducción de las luxaciones, en el parto, etc., y de los inconcebibles tormentos sufridos por todos los que ocuparon la mesa de operaciones.

Muchos cirujanos se horrorizaban, no menos que sus pacientes, de lo que iban a hacer. El sensible Cheselden no podía conciliar el sueño la noche que precedía a una operación, y, en una ocasión, dijo: "No hay angustia mayor que la que yo sufro en esos momentos". Robert Liston propuso, con gran vehemencia, restringir el dominio de las intervenciones quirúrgicas.

La misma "cirugía menor", como la extracción de una muela, era angustiosa antes y durante la intervención. "¡Qué terrible operación!" escribía Heinrich Heine, que había temido que someterse a un dentista. "Estoy seguro de que nadie tolerará esa operación, o por mejor decir ejecución, a no ser que se trate de dolores de muelas intolerables. Si tuviera que elegir entre un diente enfermo o un remordimiento, yo diría: "Prefiero el remordimiento".

Día tras día continuaron los sufrimientos originados por las operaciones quirúrgicas, a pesar de que Davy había descubierto que el gas hilarante era capaz de mitigarlos, que Faraday había observado la acción del éter, que Sertürner había preparado la morfina y que Hickman había implorado en las Facultades de Medicina de Londres y París que se introdujese el empleo del óxido nitroso

en la cirugía. Refiriéndose a este período, John Bigelow, del Massachusetts General Hospital de Boston, escribió más tarde: "La actitud de las gentes con respecto a los métodos de anestesia haría creer que habían inhalado éter y que habían sido sometidos a la acción de las drogas narcóticas durante décadas".

Tal vez podamos comprender mejor este repudio de los métodos de analgesia, al leer las manifestaciones de uno de los más grandes cirujanos franceses de la primera mitad del siglo XIX, Alfred Armand Louis Marie Velpeau:

"Escapar al dolor en las operaciones quirúrgicas es una quimera con la que no nos es permitido soñar en nuestros días. El instrumento cortante y el dolor en la medicina operatoria son dos ideas que jamás pueden presentarse separadas en la mente del enfermo; y nosotros, los cirujanos, debemos admitir esa asociación".

Análogas son las palabras de Magendie, otra lumbrera médica de la época. Declaraba que era un "ensayo indigno" producir el sueño artificial para transformar el cuerpo en un "cadáver insensible" antes de comenzar una operación quirúrgica. Copland también era enemigo de esa idea. Hablando de los experimentos realizados para lograr la cirugía sin dolor, se expresó con toda claridad: "Aunque fueran ciertos los relatos de las personas que dicen no haber sufrido dolor durante las operaciones, esto no sería digno de ser tenido en cuenta por un médico que se apreciase".

No me gustaría ser médico sin tener morfina a mi disposición" decía un famoso clínico de nuestros días. Pero durante la primera mitad del siglo XIX la medicina oficial se expidió en contra de la morfina. Es cierto que el distinguido físico francés Gay Lussac era partidario de ella, y pidió a Robiquet que repitiese los experimentos de Sertürner. Robiquet lo hizo así e informó que era innegable que la morfina aliviaba notablemente el dolor, su-

giriendo que sus efectos analgésicos se intensifican por la inyección intravenosa. A pesar de ello trascurrieron algunas décadas hasta que su uso se hizo general.

¿Por qué la medicina oficial, las sociedades médicas y los famosos cirujanos se negaban a utilizar los métodos, recientemente descubiertos, para calmar el dolor? ¿Por qué se opusieron a su uso? ¿Por qué parecían ignorarlos dejando que los enfermos continuasen sufriendo?

No puede llegar a comprenderse por qué los hombres, atormentados por los dolores, descuidasen y hasta se burlaran de los medios que podrían aliviar sus males. Ha tenido que pasar largo tiempo hasta que los investigadores que se dedicaron a estos estudios recibieran el homenaje de sus conciudadanos. Muchos años han tenido que transeurrir para que sus tumbas olvidadas se cubrieran de flores y los monumentos erigidos recordasen a la posteridad los nombres de quienes consumieron su vida buscando los medios de evitar o calmar el dolor. Más tarde, demasiado tarde, las puertas del Panteón se abrieron para ellos. La posteridad, a la cual pertenecemos, ha aceptado gozosamente y tomado como guía lo que otras generaciones despreciaron y rechazaron; no pocos descubrimientos de valor han sido combatidos durante largo tiempo, no sólo por incomprensión sino también por envidia y por maldad.

Cuando dirigimos nuestra vista hacia otras épocas, después de haber pasado un siglo, advertimos y nos ponemos en guardia contra la falta de visión y la ceguera que parece afligir a quienes combaten cualquier innovación. En la misma época en que Hickman trataba vanamente de convencer a la ciencia médica inglesa para que prestase atención a sus descubrimientos, George Stephenson, un famélico y desoído inventor, tropezaba con extraordinarias dificultades para convencer a las gentes de que aceptasen su locomotora, primeramente en un ferrocarril que circulaba entre Stockton y Darlington, y luego, veinte años más tarde, entre Liverpool y Manchester. El caballo de hierro iba siendo admitido lenta y difícilmente, y se lo tachaba de ridículo, peligroso y absurdo. Seguramente

hubiera tardado todavía más tiempo en imponerse, de no haber intervenido el espíritu deportivo de la aristocracia británica. Era interesante y divertido asistir a un desafío entre el caballo de hierro y el caballo de sangre, y los elegantes se congregaron en Rainhill para presenciar la prueba. Cuando la locomotora de Stephenson obtuvo fácilmente el triunfo quedó asegurado el porvenir del ferrocarril, aunque durante largo tiempo la innovación fué considerada como una detestable desgracia.

La estrechez mental de los técnicos, la actitud reaccionaria de generaciones enteras, parecen constituir una parte de la maldición original del hombre. Esta maldición nos ciega, impidiéndonos ver a quien nos ofrece la salvación; obstruye nuestros oídos para impedirnos escuchar su palabra, y nos endurece el corazón de tal modo, que aquellos que nos brindan una ayuda mueren sin que sus manos hayan podido realizar el milagro.

CAPÍTULO VIII

LAS "SOIRÉES" DEL ÉTER EN LOS ESTADOS UNIDOS

Muchas décadas, y aun centurias, han tenido que transcurrir hasta que algunos de los nuevos descubrimientos para aliviar el dolor hayan llegado a ser aceptados. ¿Quién podría decir cuántos años hubieran permanecido en el olvido los experimentos con gas hilarante y éter realizados por Davy, Faraday o Hickman, si no hubiese sido por las travesuras de algunos jóvenes distinguidos que se reunían para divertirse?

Aparte de sus efectos analgésicos, el éter y el gas hilarante tienen una acción que podía ser aprovechada para las chanzas y burlas. Podían embriagar a las gentes, dando lugar a maravillosas visiones y a una alegría incontenible. Estos efectos secundarios de la intoxicación con éter y gas hilarante fueron decisivos para el futuro de la humanidad torturada por el dolor.

Desde que se conocieron esos efectos, la gente joven estaba siempre dispuesta a divertirse y bromear con la inhalación del éter y del óxido nítrico, que vino a constituir uno de los entretenimientos de moda entre los que no tenían otra cosa mejor que hacer.

La juventud europea de aquella época era menos dada a la chanza. Los hombres menores de veinte años eran entusiastas admiradores de Byron; en Alemania, los muchachos, con más monedas que sustancia gris, consideraban las tristezas de Werther como la obra más genial

de Goethe y eran devotos del movimiento romántico. En Francia existía la pasión por la libertad; los jóvenes, al igual que Enjolras, Grantaire y Marius de *Les Misérables* de Victor Hugo, se describían a sí mismos como "les amis de l'A, B, C". En la juventud iba brotando lentamente y con esfuerzo la muela del juicio. Entre la razón y el romanticismo, el *Weltschmerz* y el escepticismo, el liberalismo y la reacción, moviase la nueva sociedad europea hasta asumir una posición decisiva. La ciencia se vió lanzada en la lucha, siendo precisamente uno de los fines por el que las gentes peleaban. Entre tantas personas graves la risa se había perdido.

Pero diríase que la providencia había dispuesto que en un mundo que despreciaba la risa, las sustancias calmantes del dolor estuvieran en manos de la juventud, hasta que la ciencia quisiera prestarles atención. Y precisamente porque la delicia de la risa era desconocida en Europa, la providencia se dirigió al Nuevo Mundo.

En los Estados Unidos la instrucción científica no tenía las pesadas tareas que en Europa. Las conferencias eran más bien didácticas, y los estudiantes, ardiendo en entusiasmo, tenían un espíritu lleno de infantil curiosidad. Aprender era un pasatiempo. Especialmente en los campos de la física y de la química, los experimentos eran tan divertidos como instructivos; y la atención era tan intensamente atraída, que el conocimiento de las ciencias vino a constituir un auténtico entretenimiento.

Una de las demostraciones científicas más notables y conocidas era la posibilidad de embriagar a los individuos por la inhalación de vapor de éter o de gas hilarante, y los estudiantes a quienes el profesor administraba dichas sustancias se emborrachaban rápidamente. Perdían el dominio de sus piernas, vacilaban o bailaban sobre la tarima, charlaban de cosas sin sentido y lanzaban ruidosas e injustificadas careajadas, a las cuales se unían los compañeros y el profesor. Cuando pasaba la intoxicación, el sujeto relataba que había tenido una serie de sensaciones agradables y de visiones placenteras.

Estos experimentos, con sus alegres secuelas, vinieron a estar tan en boga entre los jóvenes, que los consideraron como un verdadero entretenimiento y los siguieron practicando fuera de la clase. En las universidades americanas, las experiencias y diversiones con gas hilarante y éter eran tan populares como podían serlo los abusos alcohólicos que por aquellos días tenían lugar en Oxford y Cambridge.

No pasó mucho tiempo sin que algunas personas considerasen que podían obtener un provecho de los notables efectos del gas hilarante y del éter. Desde que la bebida, los juegos de naipes, el circo y aun el teatro, eran repudiados, existía entre los jóvenes de la New England de la reforma puritana un anhelo por encontrar un diversión. Por tanto, los empresarios de espectáculos recorrían ciudad tras ciudad y pueblo tras pueblo dando "conferencias altamente instructivas", ilustradas con el uso de dichas sustancias; conferencias en las que ni siquiera un puritano encontraría motivo de queja.

Estos charlatanes no hablaban de "gas hilarante", sino de "óxido nitroso", y dejaban al público adivinar la graciosa diversión que significaba asistir a estas "conferencias de química". Hacían sus demostraciones en las plazas públicas, en barracas o tiendas de campaña, o hasta en medio del camino, por donde rodaban los laboratorios portátiles, conducidos en carritos de mano. Cuando llegaban a la esquina de una calle conveniente pedían una mesa en la taberna más cercana, extraían los aparatos y convocaban al pueblo dando grandes voces. Tan pronto como se reunían unos cuantos haraganes, se buscaba, estipulando el precio, voluntarios, que al inhalar el gas iban a entretener al público con sus careajadas y contorsiones. Mientras tanto, el conferenciante pasaba su sombrero ante los concurrentes para cobrar la entrada, cuyo precio ascendía a veinticinco centésimos. Cuando el público empezaba a retirarse, el charlatán errante gritaba a través de un megáfono: "Si algún caballero desea inhalar el gas en privado, le ruego me haga saber su nombre y dirección".

De norte a sur, de este a oeste erraban vagabundos, y

donde sentaban sus plantas, los jóvenes comenzaban luego a divertirse por su cuenta inhalando éter o gas hilarante.

Fué así como la moda del "juego con éter", siguiendo su camino, llegó a Athens, en Clarke County, Georgia, la sede de la Universidad de Georgia. Allí los muchachos del colegio y las jóvenes de las fábricas se reunían una vez por semana en la casa de Mr. Ware, fuera de la ciudad, para intoxicarse con éter. El iniciador de tales reuniones fué un estudiante llamado P. H. Wilhite.

Una tarde, cuando la diversión estaba en su apogeo, Wilhite observó que alguien espiaba a través de los cristales de la puerta de la habitación. Era un negrito, que durante algún tiempo había estado contemplando la escena. Los estudiantes, excitados por la intoxicación, se apoderaron del muchacho y, entre ruidosos aplausos, alguien propuso que podría administrarse éter a este espontáneo invitado. La botella del éter fué colocada bajo la chata nariz del negrito, pero éste se resistía y trataba de escapar. Aprisionado fuertemente, Wilhite, entre entusiastas aclamaciones, le tapó la boca y la nariz con un pañuelo empapado con éter. El muchacho, presa de terror, luchó con todas sus fuerzas, pero repentinamente sus ojos se cerraron y cayó inmóvil, con los músculos relajados. Los jóvenes, agrupados a su alrededor, esperaron que comenzara a reír y a charlar sin freno. Poco después, y como continuase inmóvil, Wilhite le pinchó en un brazo, y otro concurrente le golpeó con el pie, pero nadie pudo sacarle de su profundo sueño. Allí quedó, como si hubiese muerto. En el ansioso silencio se oyó la voz de una de las jóvenes: "¡Está muerto! ¡Le hemos matado!" Entonces las muchachas horrorizadas salieron de la habitación.

Los jóvenes se levantaron despavoridos y se miraron unos a otros. El negro yacía inmóvil. "Que llamen a un médico", exclamó alguien. El sirviente de Mr. Ware fué enviado rápidamente a Athens, distante cinco millas.

La ansiedad de los bromistas iba en aumento. ¿Qué podría hacerse? Decidieron no esperar la llegada del mé-

dico y huir antes de que las autoridades fuesen informadas del desastroso resultado de la travesura.

Willite ordenó que se ensillasen caballos para que pudieran escapar hacia la frontera de Georgia quienes temiesen ser perseguidos como homicidas. En esto, el Dr. Reese, que había sido buscado por el sirviente, apareció en la escena. Arrojó un cubo de agua caliente sobre el muchacho, pero sin resultado; se arrodilló y empezó a friccionarle la región del corazón, pero los efectos no fueron mejores. Entonces aplicó al obstinado dormilón dos sonoras bofetadas. El muchacho se despertó y miró estúpidamente al doctor, como quien no sabe lo que ha ocurrido. Los estudiantes se calmaron y prometieron al Dr. Reese que no volverían a utilizar el éter, pidiéndole que diera por olvidada esta desagradable aventura.

En realidad ninguno de los presentes llegó a comprender el profundo significado de este suceso. Todos los circunstancias pudieron apreciar que, en vez del estado de desenfadada alegría, se había producido un profundo sueño, con pérdida completa del conocimiento y absoluta insensibilidad, pero nadie pensó en sacar conclusiones de este fenómeno.

Tres años más tarde, durante el invierno de 1841, tuvo lugar una demostración con gas hilarante en el pueblo de Jefferson, distante ciento cuarenta millas de la estación de ferrocarril más cercana. Tratábase de una enorme plantación de algodón habitada principalmente por los plantadores y sus esclavos negros. La aparición del charlatán ambulante constituyó un acontecimiento en este remoto rincón. Los plantadores de toda la comarca y sus mujeres y niños acudieron llenos de interés.

El único vecino notable que faltaba aquella tarde era el médico, un joven de veinte años. Aquella mañana, muy temprano, había sido llamado para atender a un enfermo en una plantación a muchas millas de distancia. Todos los jóvenes del pueblo echaron muy de menos a su médico, porque el Dr. Crawford Williamson Long acudía

a todas las diversiones, y las mujeres siempre gustaban de la compañía de este buen mozo, de ojos azules, que vestía a la última moda.

Cuando la conferencia y la demostración terminaron, remiéronse a la puerta de la casa del Dr. Long sus inseparables amigos, esperando su regreso. Estaban muy excitados, recordando las extrañas cosas que habían visto y oído. Tal vez el Dr. Long, que estaba graduado en la Universidad de Pensilvania, podría explicarles la razón de los efectos producidos por la inhalación del vapor.

Mientras ellos esperaban, el Dr. Long volvía a su hogar a través de los caminos helados. Soplaba un viento penetrante que no llegaba a disipar la niebla que retrasaba su regreso. Long estaba habituado a estas penosas marchas en la noche. Su práctica en el remoto municipio sueño le había acostumbrado a la fatiga y al trabajo. Muchas veces debía recorrer a caballo largas distancias para visitar a sus clientes. ¡Poco significaban la fatiga y la pérdida de sueño ante el deber de un hombre!

Ya era noche avanzada cuando llegó a Jefferson. Sus amigos se acercaron tumultuosamente, dándole apenas tiempo a desmontar y a extraer de su cartera el botiquín. Con él penetraron en la casa y de inmediato le informaron de lo ocurrido, solicitando una explicación de las extrañas experiencias que habían presenciado aquella tarde.

El joven médico escuchó cuanto quisieron decirle, así como la exposición de los métodos utilizados por el charlatán y contestó que le era necesario consultar algunos de sus libros antes de poder dar una explicación. "Un poco de paciencia, amigos míos", siguió diciendo, al par que penetraba en el consultorio. Transcurridos algunos momentos presentóse llevando en sus manos un frasco y un pañuelo. Empapó con éter el pañuelo y lo colocó bajo la nariz del más cercano, luego hizo lo mismo con un segundo y más tarde con un tercero. Casi antes de que los amigos de Long se dieran cuenta de lo que estaba

sucediendo, las víctimas, elegidas al azar, comenzaron a decir palabras vanas, a reírse, bailar y discutir.

Long, que durante su época de estudiante se había familiarizado con los efectos del éter, les contempló con una sonrisa. Cuando terminó la fugaz intoxicación, el médico, despidiéndose de sus amigos, les dijo: "Vean ustedes cómo aquí, en Jefferson, el doctor que tienen puede hacer lo mismo que haya hecho un extranjero".

Los concurrentes admiraron a Long por el experimento que había realizado ante ellos, y al día siguiente, y muchos días después, acudieron a su casa solicitando lo repitiera.

Ya antes, y durante las largas noches del invierno, la casa del doctor se había convertido en lugar de reunión, donde los habitantes del pueblo se congregaban para saber lo que pasaba en el mundo, para jugar al ajedrez o a los naipes, o simplemente para tomar whisky y pasar una agradable velada. Pero ahora todos aquellos entretenimientos habían dejado paso a los "juegos con éter".

En las plantaciones de algodón que circundaban el pueblo se habló mucho de las reuniones en las que se aspiraba éter. Las jóvenes sintieron el deseo, no menor que el de sus hermanos, de presenciar esos fenómenos y pidieron al doctor que les permitiera ser de la partida. Un buen día, algunas de ellas visitaron a Long para exponerle su pedido, y una comisión de lindas damitas tomó por asalto la casa del médico.

Al frente de aquéllas estaba Carolina Swain, una joven de dieciséis años considerada como la reina de belleza en la localidad. Long, que la conocía desde que era muchachuela de catorce años, había determinado pedir su mano y casarse con ella en cuanto fuese algo mayor. Cuando Carolina le miró lánguidamente y le dijo lo que tanto ella como sus amigas deseaban, Long no se resistió y prometió que el día de Navidad sería dedicado a una reunión de muchachas.

La provisión de éter de que disponía Long había disminuído, y por ello escribió inmediatamente a su amigo

Robert H. Goodman, para que le proporeionase una nueva cantidad, comprándola en una droguería de Athens.

"Querido Bob:

Me veo obligado a solicitar de usted un pequeño favor. No dispongo de éter y necesitaría cierta cantidad para mañana a la noche, si es que hay tiempo para enviarla. Aquí, en Jefferson, algunas muchachas están deseosas de someterse a su acción. No sabe usted el placer que me causaría complacerlas, tomándolo en su presencia, y recibir, en premio, unos dulces besos (i)" ¹.

Cuando llegó la tarde deseada, Long había hecho cuidadosamente sus preparativos. Siendo, como ya se ha dicho, un verdadero *dandy*, dedicó largo tiempo a su *toilette*, asegurándose de que su corbata estaba anudada con todas las reglas del arte.

La reunión tuvo un gran éxito. Tan pronto como estuvieron en el consultorio las bellas visitantes, Long sacó solemnemente de su bolsillo el frasco de éter, explicando que acababa de recibir esta nueva cantidad, pero que no se atrevía a inhalarlo porque no era capaz de responder de lo que podría ejecutar bajo su influencia. Sus palabras obtuvieron el efecto deseado. Las muchachitas aseguraron unánimemente que todas las extravagancias que pudiera realizar habría que atribuir las al éter y tan sólo al éter. Carolina Swain era la que estaba más animada y, finalmente, Long fué persuadido: "Muy bien — dijo — inhalaré éter si todas ustedes prometen no hacerme responsable de nada de lo que haga".

El doctor vivía con dos hermanas ya de alguna edad, cuáqueras, que detestaban todas las diversiones. Por tanto, Long tuvo buen cuidado de cerrar herméticamente la puerta que comunicaba el consultorio con el resto de la

¹ James Thomas Flexner, Doctor on Horseback Viking Press, New York, 1937, pág. 311.

casa, antes de comenzar la inhalación. En cuanto aspiró unas cuantas bocanadas comenzó a vagar por la habitación y besar, por turno, a todas las muchachas.

Las jóvenes se divertieron mucho, y cuando se disipó la intoxicación — real o fingida — del doctor, Carolina Swain solicitó aspirar la endiablada sustancia. Así lo hicieron también otras de sus amigas, experimentando la misma alegre intoxicación. Algunas de ellas volvieron en los días siguientes, y el “juego con éter” se puso de moda en Jefferson.

Lo que para otros era sencillo entretenimiento, para Long fué una fuente de cuidadosas observaciones. “Muchas veces inhalé éter por sus propiedades hilarantes — escribía — y poco tiempo después pude descubrir en mi cuerpo manchas o contusiones dolorosas, cuyas causas me era imposible recordar, siendo posible que las hubiera recibido bajo la influencia del éter. Me di cuenta, además, de que mis amigos, cuando estaban eterizados, se golpeaban y caían al suelo, en forma tal que seguramente hubiera producido gran dolor a las personas que no hubiesen estado bajo la acción del vapor. Sin embargo cuando se les interrogaba sobre el particular contestaban, unánimemente, que no habían experimentado la menor molestia por estos accidentes.”

Long comenzó a sorprenderse y a pensar si esta pérdida de la sensibilidad al dolor podría ser aprovechada desde el punto de vista médico. Después de realizar buen número de investigaciones llegó a la conclusión de que los efectos del éter, durante las intervenciones quirúrgicas, podrían ser los mismos que los que se producían cuando se aspiraba la sustancia sin más móvil que la chanza. Quizá, pensó Long, podría encontrarse en los efectos tóxicos del éter la manera de luchar contra el dolor, que durante tanto tiempo había buscado vanamente la ciencia médica.

Necesitaba una demostración práctica para transformar la suposición en certeza. Long tenía un joven amigo, un estudiante llamado James W. Venable, que desde hacía

algún tiempo padecía dos pequeños tumores sobre la nuca. El doctor le propuso inhalar una abundante cantidad de éter y, mientras se hallase bajo los efectos del tóxico, extirparle los tumores sin producir dolor. Al principio Venable se opuso, pero cuando Long le recordó que durante los “juegos con éter” se producían, algunas veces, traumatismos que no originaban dolor, Venable aceptó.

Una tarde llegó al consultorio, donde ya se habían reunido unos cuantos amigos para entregarse a su diversión preferida. Se tendió sobre la camilla, mientras los circunstantes le observaban con curiosidad. Venable aspiró los vapores de éter de un pañuelo bien empapado, y cuando, en opinión de todos, dormía profundamente, Long le clavó una aguja en el brazo. El paciente no se movió ni hizo la menor exclamación. Sin duda estaba completamente insensible al dolor. Long tomó resueltamente un bisturí y enucleó uno de los tumores. Suturó la incisión, vendó la herida y separó de la boca del enfermo el pañuelo impregnado; al poco rato Venable recobró el conocimiento.

El médico rural de Jefferson había sido el primero que practicó en un ser humano una operación quirúrgica sin dolor, bajo la acción del éter. Y sin embargo a Long se le hacía difícil admitir que lo que había ocurrido ante sus propios ojos, la completa insensibilidad durante la operación, hubiese sido obra exclusiva del éter. Le parecía más probable que hubiera intervenido la acción del mesmerismo. Sería probable que el éter hubiese intensificado el sueño del paciente mesmerizado. Pero Long no llegaba a creer que la insensibilidad fuese debida exclusivamente al éter.

Los amigos que habían presenciado la operación eran de igual parecer, y suponían que el profundo sueño de Venable, debíase, probablemente, a los poderes del mesmerismo.

Pero Long tenía enemigos, personas a quienes su popularidad había despertado la envidia, y ellos se apresuraron a esparcir el rumor de que el joven médico poseía los medios de hacer perder el conocimiento a las gentes

y que se trataba de un veneno extraordinariamente peligroso que privaba de la razón a los individuos que se sometían a sus efectos. Sería un bien para todos evitar caer en las garras de este médico.

Para precaverse contra estos rumores, que tanto le perjudicaban, Long pensó hacer nuevos ensayos con su medicamento. Pero, ¿con quién? La historia acerca del "peligroso veneno" había producido gran alarma y todos negábanse ahora a dejarse administrar el medicamento.

Sin embargo, un día llegó la oportunidad tanto tiempo deseada. Lo mismo que en Athens, también aquí, en Jefferson, llegaron a demostrarse los efectos anestésicos del éter sobre un muchacho negro. El hijo de un esclavo, un niño de ocho años, se había quemado dos dedos de un modo tan profundo que era necesario practicar su amputación. Sin ofrecer dificultad se avino a tomar lo que el doctor le diese para no sufrir dolor durante la operación. He aquí una espléndida ocasión para ensayar la acción del éter.

Long hizo sus experimentos con frialdad, con el desapasionamiento propio de un investigador científico. Amputó un dedo durante el sueño etéreo. El muchacho permaneció tranquilo y aparentemente no experimentó dolor alguno. El otro dedo fué amputado cuando los efectos del éter se habían disipado. El pobre muchacho gritó hasta la afonía, y Long tuvo que atarlo antes de terminar la operación.

El experimentador había encontrado, por tanto, la demostración evidente de lo que estaba buscando; y ahora podía afirmar que el éter era la única causa productora de la insensibilidad. Desde entonces podría realizar sus operaciones bajo la acción del éter, orgulloso de su nuevo método, que le haría el iniciador de un importante descubrimiento, la anestesia, de la cual, por entonces, no se conocía ni el nombre.

Había hecho decisivas observaciones y obtenido de ellas las conclusiones adecuadas. Su idea original era la verdadera. Necesitaba tener absoluta fe. La duda es pusi-

lanimidad; no aceptar el valor de una observación es socavar su conocimiento y desacreditar su demostración. La duda es inquietud, merma del convencimiento; es una barrera contra los peligros de la innovación, y sólo puede ser vencida por un coraje que no vacile ante los obstáculos.

Aunque el experimento realizado sobre el negrito había demostrado a Long que el éter ejercía un efecto analgésico, surgía la duda de si sus vapores serían eficaces para poder practicar intervenciones de cirugía mayor. "En esta operación — escribe Long — la inhalación de los vapores se suspendió antes de realizar la primera incisión. Desde aquel día he estado esperando pacientes con quienes poder continuar la administración del éter durante toda la operación."

Los libros, los artículos, las monografías que exponen la naturaleza y efecto del éter y su dosificación, los datos recogidos en los diferentes institutos neumáticos, deberían haber sido suficientes para disipar las dudas de Long, Las discusiones con los médicos bien informados y el estudio detallado de sus experimentos en los hospitales, hubieran podido confirmar sus creencias. Pero Jefferson era una plantación de algodón allá lejos, en el desierto. Había pocos libros, escasos médicos cultos y ningún hospital.

El Dr. Crawford W. Long hallábase sólo ante sus dudas. La única persona que podía inspirarle confianza y proporcionarle una ayuda era Carolina Swain, que ya era la Sra. Long. Su amor le inspiraba. Ella estaba convencida de que su marido era el hombre capaz de dotar a la humanidad de esa gran merced. Las maledicencias de Jefferson ejercían una nefasta influencia, y la envidia y la difamación neutralizaban lo que el cariño de Carolina pudiera hacer. "Más pronto o más tarde el amigo Long matará a alguien con sus experimentos, si nosotros no ponemos fin a ellos." Tal era la opinión general que se había extendido por todo el distrito.

Su clientela fué disminuyendo, pues las gentes tenían miedo de consultarle. Volvían la espalda cuando le en-

contraban. Los plantadores honrados se negaron a continuar saludándole.

En cierta ocasión, uno de los ancianos del pueblo le visitó para aconsejarle, con la mayor cordialidad, que abandonase sus locuras, pues si tenía la desgracia de cometer un error y matar a alguien con éter, no cabía duda de que sería linchado.

Esta unanimidad de la oposición quebró su resistencia. Había sido un hombre querido y popular, y ahora lo consideraban como si fuese el duende de la comarca. ¡Todo por culpa del éter! Pues bien: se replegaría ante la tormenta deseneadenada.

En cuanto anunciase su decisión, el pueblo recobraría su confianza en él. En efecto: realizó las operaciones como habían sido practicadas antes, generación tras generación, sin intentar dormir a los enfermos y provocando los inenarrables tormentos habituales; entonces las gentes del lugar le perdonaron sus "endiablados experimentos". Los años se sucedían. Long recorrió todos los caminos de las plantaciones, practicando su profesión como cualquier otro médico rural.

No obstante, antes de darse por vencido había practicado ocho operaciones de cirugía menor bajo la acción del éter, pero todas sus observaciones fueron rápidamente olvidadas. Las noticias de su descubrimiento no se extendieron más allá de los límites de Jefferson, y una vez más se frustraron las posibilidades de poder lograr la anestesia quirúrgica.

Una mañana del mes de diciembre del año 1844, un joven dentista de 26 años llamado Horace Wells, que ejercía en Hartford, Connecticut, al llegar a su consultorio leyó en el diario el siguiente anuncio:

"El jueves 10 de diciembre de 1844, por la tarde, tendrá lugar en la Union Hall una gran exhibición de los efectos producidos por la inhalación del ÓXIDO NITROSO O GAS HILARANTE.

DOCE JÓVENES se han prestado voluntariamente para inhalar el gas al principio de la reunión.

OCHO HOMBRES VIGOROSOS estarán encargados de ocupar los primeros asientos para evitar que puedan sufrir daños las personas que se hallen bajo la influencia del gas.

N. B. El gas será administrado únicamente a los caballeros respetables, pues el objeto es lograr una agradable diversión en todos los aspectos".

La tarde del 10 de diciembre, Wells y su esposa asistieron a la sesión de la Union Hall, donde se habían reunido las personas más conocidas para presenciar la "agradable diversión". Gardner Colton, el charlatán conferenciante, hizo un entretenido relato de los notables efectos del gas hilarante; y cuando despertó la confianza en el público procedió a inhalar una considerable cantidad.

El primero de los espectadores que subió a la plataforma, con objeto de respirar el gas, fué un joven llamado Samuel A. Cooley, cajero de la mejor droguería de Hartford. En cuanto Colton le aplicó el balón lleno de gas e inició la inhalación, Cooley comenzó a comportarse como un loco. Dando grandes saltos se lanzó a bailar alrededor del escenario. Luego se trabó en lucha contra un enemigo imaginario agitando violentamente sus brazos.

En la segunda fila de la sala hallábase un jovencuelo, ayudante de una droguería rival, que, al observar el comportamiento de Cooley, rompió a reír.

Cooley había encontrado un enemigo real; saltó de la plataforma y evadiéndose de los "ocho hombres vigorosos" se arrojó sobre el burlón. El pobre auxiliar de farmacia huyó aterrizado, pero Cooley le persiguió saltando por encima de las sillas. Como puede comprenderse, la alarma y la exaltación del público fueron en aumento. Cooley tropezó violentamente con un banco, pero en seguida se puso en pie y continuó la persecución.

Había ya casi alcanzado a su víctima cuando, repentinamente, se detuvo desfallecido, pues los efectos del gas se habían disipado. Despertóse como de un sueño y dirigió a su alrededor una mirada extraviada. Sonaron estruendosos aplausos, y Cooley, el involuntario héroe de la noche, saludó bruscamente, sentándose en el primer asiento que halló vacío. Cerca se hallaba Horace Wells.

Mientras la atención de los espectadores se concentraba en el nuevo candidato, Cooley sintió un fuerte dolor en una de sus piernas. Alzóse el pantalón, y, con espanto que produjo su desmayo, observó una profunda herida situada debajo de la rodilla. Cuando Wells le recordó que al perseguir a su contrincante había tropezado contra un banco, Cooley pudo comprender el momento en que se había herido, pero hizo notar que no experimentó dolor. Las demostraciones continuaron. La hilaridad general se intensificaba cada vez que una nueva víctima era retirada después de inhalar el gas. Todos se retorcían de risa: tan sólo Wells era una excepción, pues estaba pensando cómo Cooley pudo sufrir tan considerable golpe sin experimentar dolor.

Cuando el público se dispersó, Wells se unió a Cooley (a quien no conocía con anterioridad) y le acompañó hasta su casa en los suburbios de la ciudad. Durante el camino le acosó con preguntas para saber si realmente no había sentido dolor al herirse. La señora de Wells estaba perpleja, sin comprender por qué su marido se había tomado tanto interés por este insignificante hortera. Temblaba de frío en aquella noche helada de diciembre, y, como estaba deseando acostarse, no ocultó su mal humor durante todo el tiempo que permaneció en la habitación de Cooley. De vuelta a su hogar dió rienda suelta a su indignación, pero él le contestó con no menor violencia: "Si tú pudieras comprender lo que significa para mí esta noche, no me estarías taladrando la cabeza de ese modo. Después de haber visto la pierna herida de Cooley y de haberle oído afirmar que no sintió molestia alguna, me he dado cuenta de que si los pacientes inhalaran ese gas,

podría extraerles los dientes sin que experimentaran dolor".

A la mañana siguiente, muy temprano, Wells visitó a Colton, que habitaba en un hotel, y le pidió que le surtiera de gas. Le comunicó que su intención era administrarlo para realizar extracciones dentarias, y si el método tenía buen resultado ofreció a Colton una participación en el negocio, que podía ser provechoso.

Wells era al mismo tiempo audaz y prudente, y quiso ensayar los efectos del gas sobre sí mismo antes de administrarlo a sus enfermos. Por tanto, se puso en relación con un colega, otro dentista de Hartford llamado John M. Riggs, pidiéndole le extrajese un diente bajo la acción del gas. La extracción tuvo lugar en la tarde del 11 de diciembre. Colton administró el óxido nitroso y Riggs extrajo el diente sin que Wells sintiese dolor alguno. En cuanto pasó el efecto del gas, Wells, lleno de entusiasmo, exclamó: "¡Una nueva era en la extracción de dientes!" Y continuó afirmando que no sólo no había experimentado dolor sino que, durante la administración, había tenido agradables sensaciones.

Se abrían maravillosas perspectivas para Wells. La "nueva era en la extracción de dientes" le ofrecía una ocasión magnífica para solucionar sus aflicciones pecuniaras.

Al obtener su título de dentista, en el año 1842, se asoció con otro compañero, algo más joven que él, llamado William Thomas Green Morton. Llenos de esperanzas los dos jóvenes habían abierto un consultorio en Boston.

La clientela no acudió, y un año más tarde, en noviembre de 1843, Wells escribió a Morton:

"Basta un rápido juicio para que llegemos al convencimiento de que es una locura seguir adelante en las presentes circunstancias, pues nuestros clientes apenas llegan a pagar el coste del material empleado. Estoy seguro de que nuestra empresa es un fracaso total...; quiero participarte que desearía

romper nuestro acuerdo tan pronto como fuese posible. Nos hemos esforzado hasta el máximo y creo que si no hemos triunfado no ha sido por falta de actividad”.

Al romper su acuerdo con Morton, Wells volvió a Hartford. Allí tampoco la suerte le fué más propicia. Para alcanzar una buena clientela había que poseer habilidad y conocimientos superiores a los de sus competidores. Wells no tenía esas cualidades y tropezaba con grandes dificultades para abrirse camino en Hartford.

El incidente de Cooley y el buen resultado de la extracción indolora de uno de sus dientes le pareció una verdadera revelación divina. “Extracciones indoloras.” Este le daría superioridad no sólo sobre sus colegas de Hartford, sino también sobre todos los dentistas de la importante ciudad de Boston. A todos ellos, incluyendo a su antiguo compañero Morton, les sucedía algo semejante. Necesitaban descubrir algo y él, Wells, lo había conseguido. Vió una probabilidad de realizar sus sueños y de transformarse en un dentista famoso. Podría ser capaz de volver a abrir el consultorio en Boston; después de haber fracasado en su primera tentativa, regresaría triunfalmente.

Dedicó todas sus energías a desarrollar el nuevo método, para de este modo poder tomar Boston por asalto. En sus experimentos siguientes con gas hilarante había obtenido buen resultado en el cincuenta por ciento de los casos, pero tenía que continuar sus ensayos, de modo asiduo y concienzudo, hasta que ese cincuenta por ciento se convirtiese en el ciento por ciento. Pero el señuelo de Boston era demasiado fuerte y el éxito parecía hallarse muy cerca; en una palabra, no tuvo paciencia para esperar.

Al comenzar enero volvió a Boston. Como es natural, su primera visita fué para su anterior asociado Morton, a quien narró su gran descubrimiento pidiéndole ayuda. Morton le aconsejó que antes de lanzarlo a la publicidad

debería hablar con un notable químico llamado Jackson. Los dos jóvenes fueron a visitarlo en su laboratorio.

Con la frialdad de un hombre que tiene gran experiencia, Jackson escuchó a los dos amigos, y, después de breves consideraciones, aconsejó a Wells no ir más allá. El método propuesto era demasiado peligroso. Todos los hombres de ciencia habían rechazado la idea de provocar insensibilidad por la inhalación de gas, y le anunció la posibilidad de desacreditarse como dentista. Pero el recuerdo de la extracción indolora de uno de sus dientes estaba demasiado vivo en la memoria de Wells para que su fe se commoviese. Lo que había dado buen resultado en Hartford también tendría que darlo en Boston. Los triunfos requieren amargo aprendizaje y quería asegurarse la aprobación de los círculos científicos.

Trató de obtener el permiso para hacer un experimento ante los estudiantes de Harvard y la Facultad de Medicina de la Universidad. Morton, muy interesado en las perspectivas del descubrimiento, estaba dispuesto a ayudar a su antiguo socio. Le proporcionó los instrumentos necesarios y asistió a la administración del gas.

Pero la fortuna estaba contra Wells y tuvo que pagar su impaciencia. Aunque conocía los efectos de la inhalación del gas hilarante, le faltaba adquirir la experiencia necesaria para regular las dosis.

Uno de los estudiantes de Harvard se prestó voluntariamente a inhalar el gas para la demostración pública del método. Wells administró el óxido nítrico, aplicó el fórceps y se dispuso a extraer el diente. El estudiante rugió de dolor. “¡Una farsa... Una estafa!”, gritaron indignados los espectadores. Algunos de ellos subieron a la plataforma y expulsaron ignominiosamente a Wells del salón-teatro.

El derrotado experimentador, muy abatido, abandonó Boston a la mañana siguiente y volvió a Hartford.

Pero no perdió la esperanza. Su fracaso en Boston había sido debido a que ante el público de Harvard suspendió demasiado rápidamente la inhalación. En Hart-

ford hizo una nueva demostración y administró una dosis mucho mayor. Esta vez logró una profunda insensibilidad, pero el paciente estuvo a punto de morir.

Entonces Wells se desanimó y no quiso continuar los experimentos. Abandonó su sueño de ser un especialista en extracciones sin dolor, y confundido y amargado dejó la profesión de dentista.

Para poder vivir buscó otras nuevas ocupaciones. El dentista de Hartford, que había soñado con hacer un gran descubrimiento, se dedicó a la cría de pájaros y atravesó Connecticut exhibiendo una colección de canarios cantores.

En una y otra ciudad hizo diversas exhibiciones tratando de vender sus pájaros. Sus ganancias fueron, sin embargo, tan escasas, que pronto tuvo que recurrir a otra ocupación.

En aquella época se prestaba en América gran atención a la higiene. Wells quiso aprovechar esa ocasión y se dedicó a vender duchas y aparatos de calefacción. No le faltaba más para caer en la profunda indigencia. Otra locura de aquellos días era que todo americano adinerado consideraba como un deber poseer grabados o pinturas de los mejores maestros europeos. Wells marchó a París con la esperanza de adquirir estas obras de arte a buen precio y revenderlas en los Estados Unidos.

Mientras de un modo o de otro se esforzaba en obtener la pitanza de cada día, Wells olvidó totalmente su primera ambición: el descubrimiento de un método para la extracción indolora de los dientes.

Aunque la administración de los gases a los seres humanos había sido despreciada y rechazada por los hombres de ciencia, quedando reducida a un simple entretenimiento y motivo de hilaridad, ahora y siempre, como ya había sido observado durante la primera mitad del siglo XIX, constituía un serio y promisorio campo de investigación. Dos americanos, uno de los Estados del Sur y otro de los del Este, habían llegado a conclusiones exactas. Tanto Long como Wells observaron que la inha-

lación del vapor de éter y del gas óxido nítrico evitaba el dolor durante las operaciones. El médico rural de Jefferson había sido derrotado por la agresividad de un pueblo colérico y suspicaz; mientras el pusilánime dentista de Hartford abandonaba todo aquello que no le proporcionaba un triunfo fácil — su consultorio en Boston, la cría de pájaros, las duchas, las obras de arte y, sobre todo, el gas hilarante —, Wells había retomado el gran proyecto que Davy trazó cincuenta años antes, y había utilizado el gas hilarante para evitar el dolor durante las intervenciones quirúrgicas, pero le faltaron la audacia y la tenacidad necesarias para poder llevar a la práctica el arriesgado plan.

CAPÍTULO IX

EL DENTISTA DE BOSTON

“La inercia mental” va transmitiéndose en nuestra raza de generación en generación, siendo tan antigua como la humanidad. Para triunfar sobre ella, la novedad puede más que la intuición del genio, que la ambición y que el celo. Aquel que quiera vencer deberá estar dotado de audacia no cohibida por el sentido de la responsabilidad, y de una resolución que nunca reconozca obstáculos. Sólo quien poseyese estas cualidades sería capaz de dotar a la humanidad de esa maravillosa gracia que constituye la anestesia.

El hombre que atesoraba esas condiciones, el mayor héroe en la lucha contra el dolor, fué el dentista de Boston William Thomas Green Morton, en algún tiempo socio de Wells. A la edad de veintisiete años libertó para siempre a la humanidad del sufrimiento en las operaciones quirúrgicas, y por ello se hizo acreedor a la gratitud del mundo.

Antes de realizar su milagroso descubrimiento su vida se deslizaba por los cauces ordinarios. Conoció las alegrías y los dolores, y en su vida monótona alternaron las esperanzas y las desilusiones, los momentos de penuria y los de bienestar económico, es decir, todo lo que constituía la vida de cualquier positivista americano de aquellos días.

Morton nació en Charlton, Massachusetts, en el año 1819. Siendo muchacho solía jugar, como tantos otros, al

“doctor”. En la escuela no se distinguió excesivamente por su aplicación; los peccadillos de la mocedad le obligaron a cambiar de colegio y sentir, algunas veces, el remordimiento de malgastar el tiempo. Su ambición era ser doctor en medicina, pero su padre no estaba en condiciones de costear una carrera tan larga; y el joven tuvo que contentarse con el diploma de dentista, que podía ser obtenido más fácilmente.

En aquella época la odontología, hasta entonces en manos de curanderos y charlatanes, comenzó a ser reconocida como una de las ciencias auxiliares de la medicina. En el año 1840 se fundó la Sociedad de cirugía dental, y el primer colegio independiente de esta disciplina, en Baltimore, marcó una era en la historia de la odontología americana. Morton fué uno de los primeros estudiantes que ingresó en ese colegio. Comenzó a practicar en Farmington y en Cheshire, dos pequeñas ciudades, no lejos de Hartford, donde trabajaba su amigo Wells, y los dos jóvenes aspiraron a abrir un consultorio dental en Boston.

No les faltaban ilusiones; pero andaban escasos de dinero, y por ello persuadieron a una anciana dama, que conocían, para que les prestase mil dólares. Dinero en mano se establecieron en el número 19 de la calle de Tremont Row, de Boston. Wells se desilusionó pronto y volvió a Hartford, pero Morton no se dió por vencido y continuó trabajando. Al fin consiguió triunfar, y la clientela aumentó de tal modo que antes del año pudo devolver a la dama la cantidad prestada.

En la primavera de 1844, y en ocasión de una visita que hizo a Farmington, encontró a Elizabeth Wihntman, la sobrina de su antigua acreedora. Desde el primer momento se prendó de ella. Su porte, su voz, su modo de vestir, despertaron su admiración, y al volver a su casa Morton la describe en su diario, con lujo de detalles.

En esas páginas encuentran un comentario entusiasta sus palabras, su elegancia, su esbeltez y su equilibrado talento.

En cuanto volvió a Boston, el joven dentista dejó crecer su bigote, pensando que ello sería un elemento esencial en sus aspiraciones al matrimonio. Cuando el bigote creció lo suficiente para darle un aspecto serio y respetable, volvió a Farmington y solicitó a Edward Whitmann la mano de su hija. "El Dr. Morton — escribiría la que luego fué su mujer — me cortejaba, aunque no era bien recibido por mi familia, quien le consideraba como un pobre joven con una profesión poco estimable. No obstante, a mí me parecía muy distinguido, y me amaba tanto que venía desde Boston a visitarme, con gran frecuencia.

El padre no podía mantener mucho tiempo su resistencia. Elizabeth insistió en que no se casaría con ningún otro, y Morton prometió que volvería a sus estudios médicos y que habría de llegar a ser doctor en medicina. Mientras Mr. Whitman dudaba, la tía de la muchacha defendió fervorosamente el deseo de los jóvenes. Por otra parte, el hermano de Elizabeth, que entonces trabajaba en una casa comercial de Boston, encontró un pequeño empleo suplementario en el consultorio de Morton. Finalmente, el padre dió su consentimiento y la boda tuvo lugar el día 29 de mayo de 1844.

En una carta escrita por la madre de Elizabeth a su hijo, que estaba en Boston, le da cuenta de la boda refiriéndole esos pequeños detalles reveladores de cómo era una fiesta de la clase media a mediados del siglo XIX.

"Han sido unos días muy agradables, y supongo que ya estarán contigo en Boston el novio y la novia.

"La boda fué una fiesta muy brillante y creo que agradó a todos los presentes. Allí se encontraron todas las damas y caballeros de nuestra amistad. Era realmente delicioso hallar reunidas tanta juventud y tanta belleza. W. y E. estuvieron muy dignos y serenos durante la ceremonia. Ambos estaban muy bien vestidos. Nunca estuvo E. tan encantadora. Llevaba un vestido de muselina blanca, ajustado, y un amplio velo flotante.

"Todas las damas estaban maravillosamente ataviadas y muchas de ellas lucían vestidos nuevos, confeccionados especialmente para la fiesta. Desde algunos días antes, las damitas no se habían preocupado de otra cosa. Charlie Norton y otras muchachas trajeron aquella mañana una gran cantidad de hermosas flores, y nuestros amigos nos regalaron bandejas de pasteles, platos de porcelana, y lámparas de colores.

"Había pasteles en abundancia y un gran recipiente de limonada. Sirvieron las mesas dos negros vestidos con trajes y delantales blancos, y tres mujeres se encargaron del resto del servicio.

"Al decir de todos, la feliz pareja resaltaba entre los concurrentes. Los jóvenes compusieron canciones adecuadas a la ocasión, y al amanecer obsequiaron al nuevo matrimonio con una agradable serenata."

Su unión con Elizabeth Whitman espoleó la ambición de Morton. Ahora tenía que ganar para dos, o mejor dicho para tres, porque ya en el año 1845 Elizabeth tuvo su primer hijo.

Morton estaba decidido a hacer todo lo necesario para conseguir una buena clientela. Lo más importante era encontrar una especialidad que atrajese al público. Con un instinto de verdadero hombre de negocios, se dió cuenta del gran porvenir de una nueva rama de la odontología. El Dr. Morton había leído que, un siglo antes, un dentista francés colocó una corona de oro para reemplazar la corona natural de un diente destruido de la amante del Rey. Hasta entonces, esa tarea de substituir la falta de un diente era profesión de artifices, y de personas que sabían trabajar en marfil; pero ahora, en los Estados Unidos, dentistas muy distinguidos comenzaron a prestar su atención a estos menesteres. Lo que en el siglo XVIII había sido un particular privilegio de la amante del Rey de Francia, los dentistas americanos

del siglo XIX lo hacían accesible a la mujer de cualquier ciudadano que pudiera pagar los honorarios correspondientes.

En todos los consultorios odontológicos de Boston se hablaba del modo mejor y más durable de colocar coronas de oro. El método empleado hasta entonces era muy primitivo. Los procedimientos galvánicos para adherir la corona de oro dejaban siempre un borde negro repugnante y por ello se habían propuesto otros métodos para obviar este inconveniente.

En aquellos días, y a pesar del espíritu de la ciencia moderna, todo dentista que hiciera un descubrimiento lo guardaba para sí y no lo confiaba a sus colegas. Ni la amistad ni el espíritu corporativo eran capaces de vencer la ambición comercial. La técnica conocida por Morton era defectuosa; y como sabía que los secretos no serían revelados ni por sus preguntas ni por la discusión científica, se decidió a pagar quinientos dólares al Dr. N. C. Keer, vicepresidente de la Sociedad dental, para que le abriera las puertas de su laboratorio. De este modo Morton pudo aprender la técnica de los mejores dentistas y descubrió un cemento mediante el cual las coronas podían adherirse a los restos del diente deteriorado. Se simplificaba así el problema de embellecer las bocas que habían sufrido los daños de las caries y de las mellas.

En esa época los ingresos de Morton podían calcularse en diez mil dólares al año y hubiera podido triplicarlos, llegando a ser el principal dentista de Boston, de haber logrado utilizar su nuevo descubrimiento en todos los casos. Pero existía un gran obstáculo. El método de aplicación de las coronas, que, aparte del uso del cemento llevaba anexo una serie de manipulaciones, era muy doloroso. Después de la primera sesión muchos pacientes aseguraban que preferían sus mellas a padecer tan terribles sufrimientos.

Antes que Morton, otros dentistas habían ensayado vanamente algunos medios para hacer indoloras las operaciones dentales, pero para el uso general del nuevo

método era indispensable conseguir esto. Por tanto, Morton intentó emplear el mesmerismo, pero cuando comenzó a trabajar en un paciente mesmerizado, los gritos de éste le convencieron del fracaso. Uno tras otro fueron utilizados diversos medios: el coñac, el champagne, el láudano y otras preparaciones de opio, pero sin resultado alguno.

No sabiendo qué hacer, Morton escribió a la Facultad de Medicina de Harvard, con el deseo de reanudar sus estudios médicos. Sería muy posible que, al familiarizarse con los métodos terapéuticos en general, llegase a encontrar el camino apropiado.

A mediados del siglo XIX vivía en Boston un verdadero hombre de ciencia, el Dr. Charles Thomas Jackson. Médico distinguido, poseía un laboratorio de química; era famoso por sus investigaciones geológicas y, al propio tiempo, dirigía la Casa de Moneda. Versado en muchos otros problemas, era un verdadero polígrafo. *Inter alia* pronunciaba conferencias en la Universidad de Harvard, y Morton asistía al curso especial organizado por dicho profesor. Nadie superaba en ansiedad e interés a nuestro dentista, que, desde aquel momento, encontró cama y mesa al lado del Dr. Jackson. De este modo el entusiasta estudiante gozó de las ventajas de poder conversar con Jackson en las horas de la comida y durante la noche, al reunirse en el círculo familiar. Ambos discutían gran número de problemas interesantes de medicina. Como era natural, durante estas charlas Jackson proporcionó a Morton datos acerca del éter sulfúrico, que justificaban el uso de este flúido, limitado hasta entonces al tratamiento del asma. De pasada, Jackson mencionó que las pulverizaciones de éter sobre la piel eran capaces de calmar el dolor.

—¿Cree usted que el éter podría usarse con provecho en la práctica dental? — preguntó Morton.

—¿Por qué no? — respondió Jackson —. Le daré un frasco gotero para que pueda ensayarlo.

Pocos días después, una señora de Gloucester, Massa-

chussets, vino al consultorio de Morton. Deseaba que se le empastase un diente, pero temía sufrir el inevitable dolor. ¿No podría Morton hacer algo para evitarlo? Claro que sí. Morton poseía para esto una botella. Miss Parott mantúvose tranquila mientras el dentista dejaba caer algunas gotas en la cavidad del diente. Realmente, después de un escozor inicial, el diente quedó insensible, y Morton volvió a emplear el método en las sesiones sucesivas. A medida que iba utilizando el procedimiento se dió cuenta de que la dentina perdía su sensibilidad. Sin embargo, no podía confiar demasiado, pues el éter era tan volátil que la insensibilidad lograda tenía breve duración.

Por aquella época Wells estaba haciendo sus fracasadas demostraciones con gas hilarante. Pero mientras el colega de Hartford se descorazonó por el fracaso, interrumpiendo sus investigaciones, sus ensayos reavivaron los pensamientos de Morton. ¿No habría otro gas o vapor que pudiera administrarse por inhalación? Aunque Morton pensaba que el gas hilarante era adecuado, supuso que podría ser descubierta alguna sustancia más eficaz.

Estas ideas cruzaban día y noche por su mente, hasta que al fin se hizo la luz en su cerebro. En el diente de Miss Parott el éter había actuado localmente. ¿Por qué no ensayar el efecto general? ¿Por qué no utilizar sobre el organismo entero la acción de este éter volátil? Se podría así conseguir lo que buscaba. Había aprendido, de las experiencias de Wells, que el gas hilarante, más volátil que el éter, podía, al ser inhalado, mitigar los dolores en todo el cuerpo humano. Éste sería el camino a seguir. ¿Por qué no hacer inhalar el éter a sus pacientes?

Los conocimientos de Morton acerca del éter y de la posibilidad de su inhalación eran muy escasos. Jackson era el hombre a quien podía consultar, pero desgraciadamente había tenido un altercado con él. Todos los domingos se producían discusiones, pues Morton, que también tenía otros quehaceres, llegaba tarde a la hora del almuerzo. Un día Jackson, que era un hombre puntual, le regañó severamente. Morton le respondió con acritud,

terció en la disputa su joven esposa y, en consecuencia, valijas y baúles salieron de la casa de Jackson. Aunque la amistad de los dos hombres no llegó a romperse totalmente, y Morton le envió un regalo de despedida, el recuerdo de la disputa permaneció siempre latente y Morton no se atrevió a consultar a Jackson.

Prefirió recurrir a la biblioteca y allí encontró algunos libros de química médica. Al fin, en la *Materia Médica* de Pereira, bajo el epígrafe "Éter" halló la siguiente observación: "El vapor del éter se inhala en el asma espasmódico, en el catarro crónico, en la tos convulsa, en la dispepsia, y combate los efectos causados por la inhalación accidental del gas cloro". Para Morton ésta era la primera indicación de que el éter podía administrarse por inhalación. Pero el artículo de Pereira fué decisivamente confirmado cuando Morton leyó la monografía de Faraday, del año 1818. En ella los efectos anestésicos del éter se comparaban con los del gas hilarante. Al fin, los pies de Morton pisaron la senda segura.

El mismo día dijo lleno de entusiasmo a su amigo el Dr. Gould: "Estoy en el camino de poder realizar mis operaciones sin producir dolor".

Gould sonrió, exclamando: "Si usted puede lograr lo que pretende, habría que decir que ha conseguido más de lo que hasta ahora ha hecho la sabiduría humana y más de lo que espero que haga".

Mr. Wightman, fabricante de instrumentos de cirugía, y luego Alcalde de Boston, a quien también habló Morton de sus planes, fué menos excéptico cuando dijo a su mujer: "Imagínate, Mary, que ese joven dentista afirma poder extraer un diente sin ocasionar dolor".

Pero el fracaso de Wells en Harvard había aleccionado a Morton, y pensó que los descubrimientos científicos no deben ser revelados demasiado pronto. Además, Morton había leído en la monografía de Faraday estas palabras: "Por la imprudente aspiración de éter un individuo cayó en sueño letárgico". Esto era una advertencia. Morton descubriría la manera de obviar los peligros del éter.

Preguntó a varios estudiantes y farmacéuticos amigos acerca de los datos que tenían sobre los efectos de los vapores de éter, y las respuestas fueron contradictorias. Un estudiante llamado Spear, que actuaba como ayudante de Morton, contó a su jefe que los estudiantes de Lexington se divertían aspirando éter y que, a pesar de las grandes cantidades inhaladas, ninguno había experimentado daños. Pero, por otra parte, uno de los farmacéuticos le comunicó el caso de un hombre que había permanecido insensible durante treinta horas, después de haber inhalado éter. Luego, Mr. Metcalf, una persona prudente y responsable, refirió otras circunstancias en las cuales el éter produjo diferentes males.

Después de esta conversación con Metcalf, el dentista pasó toda la noche contemplando la botella de éter, pensando en lo que podría hacer. ¿Cómo llevar a la práctica un problema del que se sabía tan poco? No se habían realizado experimentos que pudieran guiarle en este callejón sin salida. A la mañana siguiente visitó a un colega llamado Grenville G. Hayden, y le dijo:

—Grenville: le ruego se encargue de mi clientela durante cierto tiempo. Tengo que resolver varios asuntos y me ausentaré de la ciudad algunos días.

Cuando las ideas comenzaron a ordenarse en su mente, Morton compró un terreno en West Needham (ahora Wellesley), a quince millas al sudoeste de Boston, y edificó una casa de campo. Era ya el momento de actuar. Consiguió del farmacéutico Burnett, que tenía una droguería en Boston, una buena cantidad de éter y se trasladó a West Needham, acompañado por su mujer y sus hijos. Su retiro campestre, rodeado de yedra y con tres viejos tilos, constituía el mejor lugar para realizar sus experimentos con la seguridad de no ser interrumpido. Comenzó por el favorito de la casa, un perro de aguas llamado Nig, pero tropezaba con ciertas dificultades, pues su dueña no permitía que se le hiciera mal alguno. Empapó con éter un trozo de algodón, depositándolo en un plato de metal, que, a su vez, colocó en el suelo. Entonces

llamó a Nig y el animalito acudió saltando. Agarró la cabeza del perro y empujó su hocico hasta el plato; al respirar, el animal inhaló los vapores del éter. “Rápidamente — refiere Morton — el perro quedó completamente inerte entre mis manos, siendo ineficaces todos mis esfuerzos para despertarle”.

Alarmado Morton separó el plato con el pie, y entonces asistió a la resurrección de Nig, que pronto se reanimó. De todos modos, el animal temblaba asustado en cuanto su dueño se acercaba, y su marcha era insegura. El dentista juzgó preferible no decir nada a su mujer, manteniendo en secreto la experiencia.

A la mañana siguiente, la carpa colorada había desaparecido de la pecera y nadie sabía dónde estaba. Elizabeth penetró en el estudio de su marido para contarle lo que ocurría, y observó con horror que la carpa yacía sobre la mesa, al parecer, muerta. La señora se deshizo en lágrimas. Morton la miró sonriente e introdujo el pez dentro del agua. Elizabeth no podía dar crédito a sus ojos al observar que el pez, que creía muerto, nadaba como de ordinario dentro de la pecera. A las preguntas de su mujer, Morton respondió que estaba haciendo un experimento con un medicamento nuevo. Entonces su esposa le hizo prometer que no realizaría nuevos estudios con los favoritos de la casa, y menos con Nig. Sólo pensarlo le resultaba intolerable.

Cuando al otro día Elizabeth bajó al jardín, se sorprendió al ver a su marido con los pantalones levantados hasta la rodilla, tratondo de atrapar con las manos los peces del arroyo. Le observó durante cierto tiempo sin que él se diese cuenta, absorbido como estaba en su ocupación, y pudo ver cómo capturaba varios peces. Inmediatamente volvió al estudio con su presa y allí comenzó a hacer dormir a los animalitos uno tras otro. Al día siguiente pasó varias horas en el bosque, y volvió con un gran número de escarabajos y otros insectos, orugas y gusanos. Sobre todos ellos ensayó el éter.

Elizabeth, que era una muchacha de dieciocho años,

aunque acostumbrada a las excentricidades de Morton, estaba sorprendida de esta nueva manía. Durante su viaje de novios Morton había llevado en el equipaje un esqueleto. Cuando despertaba por la noche, Elizabeth observaba que su marido no estaba en la cama, sino dedicado al estudio de este terrorífico símbolo de la muerte. Cuando ella le preguntaba acerca de esta extraña afición, él respondía: "Constituye una parte de mi obra". Y cuando aterrizada por la presencia del esqueleto le recordó que ninguno de los maridos de sus amigas, cuando se casaron, había trasportado cosa semejante en su viaje de bodas, él se contentó con responderle que no podía olvidar, ni siquiera durante la luna de miel, lo que constituía el fin de su vida.

Realmente William era un extravagante compañero. Estaban solos en Needham y él no había tenido para ella una palabra de aliento. Por el contrario, pasaba los días, y gran parte de las noches, solo, en su estudio. Aquella casa cuya construcción había vigilado ella con tanto amor y que mantenía tan cuidadosamente limpia, llenábase ahora de seres, que, aunque aparentemente muertos bajo la acción del misterioso flúido de Morton, volaban, trepaban y corrían, más tarde, con mayor actividad que antes.

Era un hombre extraño. Levantábase a las cuatro de la mañana, antes de que amaneciera, y muchas veces pasaba en el estudio todo el día. Morton amaba a Elizabeth. Ella no podía dudarle ni por un momento. Siempre fué tierno y apasionado, pero ahora parecía no prestar interés a esta muchacha parlanchina. Aun a la hora de comer, su mente estaba ausente. La esposa era incapaz de comprender qué relación podrían tener estos ridículos experimentos con la práctica de la odontología. Ella vivía en Needham como pudiera vivir en un castillo encantado.

Un día, Morton comunicó a Elizabeth que había escrito al Dr. Hayden pidiéndole continuase encargado de su clientela en Boston durante un cierto tiempo, pues sus trabajos en West Needham no habían terminado.

Elizabeth se alarmó pensando que su marido perdería la excelente clientela que tenía en Boston; y cuando tímidamente le comunicó sus temores, él respondió: "Ten paciencia, querida; todas las cosas deben quedar aclaradas".

Por aquellos días sucedió algo que sumió en angustias a la joven esposa. William había prometido solemnemente dejar en paz a los favoritos de la casa, pero Nig había desaparecido. Seguramente el perro debía estar con Morton. Perdida la paciencia, Elizabeth golpeó en la puerta del estudio.

—Véte —respondió Morton desde adentro— estoy trabajando.

Como durante unos minutos reinase el silencio, Elizabeth abrió la puerta. Un terrible espectáculo apareció ante sus ojos: Nig estaba indemne; pero Morton yacía en el suelo, sin movimiento, con un pañuelo colocado sobre la nariz. Al principio, ella pensó que habría sufrido un accidente o que estaría enfermo, y comenzó a gritar pidiendo ayuda. En aquel momento Morton despertaba.

—¿Por qué haces estas cosas horribles? —preguntó ella angustiada—. Temo por ti, y no quiero que continúes de este modo.

Él la dirigió una mirada vaga y, tras una breve pausa, trató de tranquilizarla, diciéndola:

—Tengo que hacer algo grande, Lizzie. Llegará el tiempo, querida, que haré desaparecer el dolor de este mundo.

Realmente Morton había quebrantado su promesa de no hacer más experimentos sobre Nig. Pero en cuanto el perro reconoció el olor quiso escapar de las manos de su dueño, y en sus esfuerzos voló la botella de éter que estaba en el suelo. Su contenido escapó, y Morton, antes de que el charco se evaporase, tomó una rápida determinación: empapó su pañuelo en el líquido y lo colocó delante de su nariz. Al inhalar la sustancia volátil, sus sentidos se embotaron y pronto perdió completamente el conocimiento.

Cuando despertó y vió a su mujer ante él, su primer pensamiento fué: "Es seguro que la inhalación de éter puede provocar la pérdida del conocimiento, y esta pérdida dura el tiempo suficiente para poder extraer, sin dolor, un diente".

Ahora precisaba ensayar los efectos del éter en otras personas. Habían transcurrido varias semanas desde que Morton se trasladara de Boston a West Needham. Durante ese tiempo Elizabeth había estado extraordinariamente agitada, y las largas horas que Morton pasaba en su estudio eran para ella un tormento. Pero una mañana, al despertar y sin mediar explicación, él le anunció: "Prepara nuestras valijas, Elizabeth; hoy regresaremos a Boston, pues tengo que continuar mis experimentos sobre seres humanos".

Elizabeth no podía creer lo que oía. ¿Continuar sus experimentos sobre seres humanos! Recordaba los aullidos de Nig, pensaba en la carpa que había creído muerta, y, lo que era más terrible, recordaba el momento en que vió a su marido tumbado en el suelo, completamente insensible. La vida fué terrible en West Needham, pero el regreso a Boston ofrecía un porvenir más terrorífico. ¿Qué horribles cosas querría realizar William allí?

El Dr. Hayden estaba muy sorprendido de la prolongada ausencia de su colega. Sabía que Morton era muy trabajador, esclavo de su profesión, y completamente dedicado a su clientela. Pero ahora nuestro hombre había pasado muchos meses fuera de Boston entregado a incomprensibles investigaciones. La sorpresa del Dr. Hayden llegó al máximo cuando, al volver, Morton le pidió que continuara atendiendo a la clientela, pues él tenía que seguir haciendo experimentos en Boston y no deseaba ocuparse de otra cosa.

Morton tenía como auxiliares a dos estudiantes: Thomas Spear y William Leavitt, y pensó utilizarlos para sus experimentos. Spear había participado ya en las inhalaciones de éter que los estudiantes realizaban en

Lexington, y Spear persuadió a Leavitt para que se sometiese a la acción del flúido.

Cuando llegó el día fijado, Spear, atendiendo a las instrucciones de Morton, se procuró varios litros de éter en la droguería al por mayor de Brewer, Stevens y Cushing, en Washington Street. Los experimentos comenzaron cuando el Dr. Hayden volvió a su casa y en el hogar de Morton se restableció la tranquilidad. Morton se proponía observar las reacciones que se produjeran en los dos estudiantes, y cuando Spear se hallase bajo la influencia del éter, extraerle un diente. Pero con gran sorpresa del experimentador, desde el primer momento los muchachos fueron presa de una terrible excitación; gritaban, agitaban sus brazos y derribaban mesas y sillas, como si hubieran perdido la razón. Morton tuvo que acudir a la violencia para evitar que se lesionasen. Esta inesperada situación, que se había producido ahora, contrastaba en absoluto con sus anteriores experiencias.

Los imprevistos resultados de este experimento sumieron a Morton en la duda. Los dos jóvenes se negaron a inhalar nuevamente éter. ¿Qué hacer ahora? Era necesario repetir los ensayos a toda costa. La oferta de dinero hecha a Leavitt y a Spear fué ineficaz. El primero, la rechazó abiertamente; y en cuanto al último, contestó que tenía que meditarlo. Pidió consejo a sus padres, pero éstos, furiosos, amenazaron con perseguir a Morton y prohibieron terminantemente al joven Spear tomar parte en las investigaciones.

Morton no consiguió que modificasen su resolución, por lo cual decidióse a buscar los sujetos en el barrio marinero del sur de Boston. Visitó varias tabernas frecuentadas por trabajadores y marineros, y se esforzó en trabar amistad con ellos. Al fin creyó haber convenido a un robusto tripulante irlandés. El hombre estaba medio borracho cuando Morton le hizo la proposición definitiva: —Te daré cinco dólares si me permites que te extraiga

un diente; lo haré sin dolor, te lo aseguro. ¿Estás de acuerdo? He aquí los cinco dólares.

El irlandés miró a Morton, con la boca abierta. A pesar de los vapores del alcohol, sospechaba grandemente. Al fin, el robusto marinero se levantó, escupió al costado del siniestro dentista, y se marchó sin decir una palabra.

Morton no tuvo mejor suerte cuando hizo la proposición a un estibador. El hombre rió incrédulamente, alzó sus hombros y le volvió la espalda.

Como ni siquiera estos humildes trabajadores querían ganar fácilmente cinco dólares sometiéndose al experimento, Morton resolvió hacer otro ensayo sobre sí mismo. Volvió a su hogar, e hizo algunas profundas inspiraciones de éter. Inmediatamente experimentó la misma excitación que habían sufrido los dos ayudantes en ocasión del último experimento fracasado.

Morton se hallaba ante un enigma. Visitó a Wightman, el fabricante de instrumentos quirúrgicos, que era un hombre leal con quien podía hablar claramente. ¿Creería Wightman que el fracaso de estos experimentos era debido a alguna falla en el método de inhalación? ¿Sería preciso fabricar algún aparato para facilitar el método? ¿Deberíanse los resultados desfavorables a alguna deficiencia en la calidad del éter? Wightman no se creía competente para contestar a estas preguntas.

—Creo — dijo Wightman —, que debe usted consultar al Dr. Jackson, pues es la primera autoridad química en esta ciudad.

Morton vaciló durante algunos días. No había duda de que Jackson era un químico experto, y que nadie podría aconsejarle mejor sobre el delicado problema que intentaba resolver.

Pero a Morton se le hacía difícil seguir los consejos de Wightman. Aunque la amistad no había quedado completamente rota, los dos hombres se vieron pocas veces después del entredicho antes referido. Pero además

Morton desconfiaba de Jackson, viendo en él un posible rival.

Poco tiempo antes se había desarrollado una enconada polémica entre Jackson y Morse, el famoso inventor del telégrafo eléctrico y del código que lleva su nombre. Hacía algunos años que Samuel Finlein Breese Morse, que era entonces retratista, volvía a América desde Francia. En el mismo vapor viajaba Charles Thomas Jackson, joven doctor que, habiendo estudiado en Europa, volvía a radicarse en Boston.

El viaje duró varios días. Morse aprovechaba el tiempo trabajando en su aparato telegráfico, una de las primeras aplicaciones prácticas de la electricidad. Jackson, por mero capricho, había comprado en Francia un nuevo electromagneto y lo mostraba a sus compañeros de viaje, entre los que se encontraba Morse. En consecuencia conversó repetidas veces con éste acerca de las futuras posibilidades de la electricidad.

En América, Morse perfeccionó su invento. El Congreso lo adoptó, premiando por sus servicios a Morse, quien de este modo se hizo poderoso. Entonces, y con gran sorpresa de todos, aparecieron en un diario de Boston las siguientes líneas: "Sabemos que el descubrimiento del telégrafo electromagnético que se atribuye a S. F. B. Morse, de New York, se debe, realmente, a nuestro conciudadano Charles T. Jackson, quien fué el primero que concibió la idea de dicho aparato cuando, en octubre de 1832, regresaba de Europa a bordo del barco *Sully*".

Jackson insistió en que Morse jamás le había insinuado nada del telégrafo, y que cuando él (Jackson) había hablado a Morse del electromagnetismo, éste le había respondido: "¿Qué es eso de electromagnetismo? ¿En qué se diferencia del otro magnetismo?"

Morse protestó, agriamente, contra lo que consideraba una monstruosa falsedad, calificando a Jackson de "lunático" y de "impostor intolerable". No obstante, Jackson manejó sus armas tan obstinadamente que Morse

tuvo que emplear siete años hasta convencer al mundo de que la reclamación de Jackson era falsa y de que se trataba de un "monomaniaco peligroso".

Este suceso, bien conocido por Morton, le hacía ser cauto en comunicar a Jackson sus proyectos; y el dentista luchaba entre su deseo de no informarlo y la necesidad de pedirle consejo. Y fué así que, bien a pesar suyo, tuvo que visitar a Jackson, en su escritorio de Somerset Street, el día 30 de septiembre de 1846. Pero se juzgó con la habilidad suficiente para procurarse la información sin dar a Jackson la clave de sus verdaderos propósitos.

—Mi querido Doctor — dijo Morton, después de haber cambiado los saludos —: ¿podría usted proporcionarme un balón de gas herméticamente cerrado? Una enferma a quien tengo que extraer un diente, teme mucho al dolor y me ha pedido que emplee un gas calmante.

—El balón de gas está en mi habitación — respondió Jackson —; parece que ya tiene usted todo preparado menos el gas. Si quiere seguir mi consejo será mejor que no haga un ensayo de esta clase, para no ser tachado de charlatán, como le ha ocurrido al pobre Wells con su óxido nítrico. ¿Por qué no hace inhalar a su paciente vapores de éter? Si lo hace así, la enferma dormirá, y usted podrá actuar a su placer.

Al oír la palabra "éter" Morton se sobresaltó, temiendo que Jackson se hubiera puesto sobre la pista de su descubrimiento y quería sorprenderle con este trueno. Trató de mantenerse tranquilo y contestó con tono de indiferencia:

—Ah, sí; aquellas gotas de éter de que usted me habló alguna vez. Pero no tienen eficacia; he ensayado algunas veces el método.

—Yo no hablaba ahora de ese éter. El éter clorado (cloruro de etilo) tiene sólo acción local. Para la inhalación, debe usted usar éter sulfúrico rectificado, que sólo se encuentra en la farmacia de Burnett. El éter impuro no tiene acción eficaz.

—¡Éter sulfúrico! — exclamó Morton con bien disimulada sorpresa. Tenía gran temor de que Jackson hubiera descubierto su misterio, y continuó fingiendo.

—¿Qué es eso? ¿Es un gas?... Muéstrémelo.

Se daba cuenta de que estaba en camino de averiguar lo que pretendía. Dos asistentes de Jackson trabajaban en el cereano laboratorio, y como podían oír la conversación se decidió a continuar divagando.

—No he oído hablar del éter sulfúrico.

Entonces, para saber si Jackson había hecho experimentos con dicho flúido, le preguntó:

—¿Ha comprobado usted los efectos de esa clase de éter sobre los seres humanos?

—¿Que si los he comprobado? — dijo Jackson alegremente —. Hasta cierto punto, pues lo he inhalado yo mismo.

Jackson, que era por naturaleza hablador, estaba más locuaz que nunca, al agrandarse su vanidad ante su renegado discípulo; y comenzó a contar anécdotas y más anécdotas, acerca de sus numerosas experiencias con éter.

—Una noche — dijo Jackson —, mi amigo Burnett, el farmacéutico que antes le he recomendado, estaba tomando el té en mi compañía. Quise encender la lámpara de la tetera, pero me di cuenta de que no tenía petróleo; entonces Burnett fué a la droguería para procurárselo. Cuando volvió y comencé a llenar la lámpara, el olfato me reveló que Burnett se había confundido y traído éter en lugar de petróleo. Después de haber tomado el té, quisimos matar el tiempo jugando una partida de cartas. No habíamos hecho más que comenzar, cuando experimenté una sensación de gran cansancio, pesándome extraordinariamente los brazos y las piernas. Ignoro lo que ocurrió después. Me dormí, y sólo desperté cuando al siguiente día mi ayudante me agitó enérgicamente. Como de ordinario, había venido muy de mañana, y como no recibiera respuesta tuvo que forzar la puerta. Con gran sorpresa y admiración por su parte, nos encontró a Burnett y a mí sentados alrededor de la mesa durmiendo

profundamente con las cartas en la mano. Cuando me di cuenta de las cosas, observé el frasco que había semivaciado la noche anterior para llenar la lámpara de la tetera. Como todo su contenido se había evaporado, llegué a la conclusión de que el profundo sueño que nos había invadido, cuando jugábamos a las cartas, debía ser consecuencia de la inhalación de los vapores de éter.

Jackson hizo una pausa, y continuó:

—En otra ocasión, durante el invierno de 1841, estaba en mi laboratorio haciendo experiencias con cloro y rompí el recipiente. Al intentar recoger los trozos hice una profunda inspiración e inhalé el cloro. Completamente sofocado, busqué amoníaco; pero, por error, empleé éter, llegando así a conocer que esa sustancia es un antídoto para el envenenamiento por el cloro. Este caso lo demostró, pues rápidamente me sentí mejor.

Morton había obtenido la información que deseaba, y, balanceándose nerviosamente, esperaba que terminase la locuacidad de Jackson para poder escapar. Este continuó todavía charlando durante algunos minutos. Cuando Morton ya iba a partir, Jackson le advirtió que, para la administración del éter, era mejor no emplear el balón de gas. De un armarito colgado en la pared extrajo un frasco, cuyo corcho estaba atravesado por un tubo de vidrio, y entregándoselo a Morton le dijo:

—Mi querido amigo; ponga en este frasco éter sulfúrico puro, rectificado, que encontrará seguramente en la farmacia de Burnett—. Tales fueron sus últimas indicaciones.

“Éter sulfúrico puro, rectificado, que encontrará seguramente en la farmacia de Burnett.”. Las palabras repiqueteaban en los oídos de Morton, que se lanzó por las escaleras hacia la calle, dirigiéndose a la farmacia de Burnett en Tremont Street. “¡Burnett! ¡Qué casualidad!”, pensó. Burnett y él eran viejos amigos y la farmacia se encontraba a pocos pasos del consultorio de Morton. Burnett era el mejor farmacéutico de Boston y el dentista le compraba todo lo necesario para su clien-

tela. De la farmacia de Burnett procedía el éter que había usado en los experimentos de Needham; pero el éter de las experiencias posteriores había sido adquirido en otra parte.

El misterio había quedado resuelto. El éter de Burnett era puro, y por ello los experimentos hechos sobre los animales en Needham y la inhalación que él mismo realizó en aquella época, dieron buenos resultados. Pero el éter de Washington Street, que había producido efectos tan diferentes sobre sus ayudantes, era seguramente éter impuro; por ello Spear y Leavitt habían enloquecido por su acción.

No tenía tiempo que perder. Penetró en la farmacia de Burnett, y, aparentando gran tranquilidad, eligió varios medicamentos. Sin darle importancia, pidió a su amigo que incluyese entre ellos un frasco pequeño de éter rectificado. Volvió a su casa y dió orden de que nadie le molestase. Se encerró en su consultorio, se sentó en el sillón de los enfermos, y, manteniendo el reloj en la mano, colocó ante su boca y nariz un pañuelo empapado en éter. He aquí el informe acerca de su experimento, que más tarde envió a la Academia de Artes y Ciencias de París:

“Miré mi reloj y pronto perdí el conocimiento. Al despertar sentí gran pesadez en los miembros y una sensación semejante a la de una pesadilla. Durante un momento pensé que iba a morir, y que el mundo sólo tendría un gesto de compasión o de burla para mis extravagancias. Luego sentí en la extremidad del tercer dedo un hormigueo de la sangre, e hice un esfuerzo para aproximar a él el pulgar, pero no lo conseguí. Al intentarlo por segunda vez pude lograrlo, pero me pareció que no existía sensibilidad. Más tarde, moví los brazos y me pellizqué en el muslo, observando que la sensación era imperfecta. Al intentar levantarme de la silla volví a caer sobre ella. Poco a poco la fuerza de mis extre-

midades se restableció y recobré totalmente el conocimiento. Miré el reloj y pude darme cuenta de que había permanecido insensible durante siete u ocho minutos. Quedé firmemente convencido de que había suficiente tiempo para realizar sin dolor cualquier extracción dentaria”.

Morton había descubierto lo que iba a constituir una verdadera bendición para la humanidad doliente. Mientras su cuerpo permanecía inerte bajo la acción del éter, ya meditaba en las consecuencias que tendría su experimento.

Cuando al fin se sintió totalmente restablecido, abrió la puerta y penetró en el taller de los ayudantes gritando: “¡Eureka, Eureka!” Reía ruidosamente y saltaba a lo largo de la habitación golpeando en la espalda a los muchachos. El problema había sido resuelto y el descubrimiento logrado. Sus dudas habían desaparecido.

Cuando contó al Dr. Hayden sus ocupaciones de los últimos tiempos, quedó perfectamente explicado el por qué había abandonado la clientela. Hayden participó del entusiasmo de Morton cuando éste le explicó la significación del descubrimiento. Durante horas charlaron los dos amigos sobre el problema, discutiendo su enorme importancia. Entonces hojearon los libros donde estaban escritos los nombres de las personas citadas para el día siguiente, con objeto de decidir cuál de ellas serviría para ensayar el éter. Sin embargo, Morton indicó que prefería esperar algunos días antes de llevar a la práctica sus experimentos, pero, no pudiendo sufrir la impaciencia, acabó por resolver que era absolutamente necesario demostrar sin demora la eficacia del éter.

A continuación reproducimos el informe de Morton:

“Aquella noche vino al consultorio un hombre residente en Boston que sufría grandes dolores y deseaba que le extrajese un diente. Como temiese los sufrimientos de la operación, preguntó si podría

ser mesmerizado. Le contesté que disponía de algo mejor, y empapando mi pañuelo con éter se lo hice inhalar. Rápidamente perdió el conocimiento. Había muy poca luz, y el Dr. Hayden sostenía la lámpara mientras yo extraía una muela provista de una firme raíz. No se produjeron alteraciones del pulso y los músculos no se relajaron. El paciente se restableció al cabo de un minuto sin darse cuenta de lo que yo había hecho, y permaneció durante un cierto tiempo comentando la extracción. Tal experimento tuvo lugar el 30 de setiembre de 1846”.

He aquí el relato del mismo Eben Frost, refrendado por Hayden:

“Certifico que acudí al consultorio del Dr. Morton a las seis en punto de esta tarde (30 de setiembre de 1846), sufriendo un violentísimo dolor de muelas; que el Dr. Morton colocó su pañuelo empapado en un medicamento, haciéndome respirar durante medio minuto, con lo cual caí en profundo sueño. Poco tiempo después desperté, observando que mi muela estaba en el suelo. No experimenté el más leve dolor. Permanecí veinte minutos en el consultorio sin sufrir ningún efecto desagradable atribuible a la operación”.

Hacia diez años, un farmacéutico de New York, que creía haber descubierto una panacea, visitó a James Gordon Bennett, un periodista que entonces era casi desconocido. La oficina de Bennett estaba en un sótano oscuro, donde él mismo escribía, componía e imprimía el diario. El farmacéutico deseaba que anunciase su panacea en el periódico. Bennett redactó el anuncio tan hábilmente que fué una fuente de prosperidad, tanto para el diario como para el anunciante. El diario de James Gordon Bennet se transformó en el famoso *Herald*, y los

anuncios llegaron a ser un nuevo poder en el mundo.

Los diez años transcurridos demostraron que los anuncios constituían una buena parte de la base de los negocios. Morton decidió valerse de ellos para dar a conocer su descubrimiento. En la noche del 30 de septiembre, la misma fecha en que fué practicada la extracción, Morton acompañado de Frost y del Dr. Hayden, como testigo, visitó las oficinas del *Daily Journal*, de Boston, y allí el Dr. Hayden describió emocionado lo que acababa de presenciar. En la edición de la mañana del 1º de octubre aparecía la siguiente noticia:

“Según nos informa un caballero que fué testigo de la operación, ayer tarde fué extraída una muela con caries a un paciente, sin que experimentase el menor dolor. Previamente se le hizo dormir por la inhalación de un cierto producto, y los efectos duraron tres cuartos de minuto, justamente el tiempo preciso para poder extraer la muela”.

“Una nueva era en la extracción de dientes.” Así había dicho Wells cuando hizo sus experimentos con gas hilarante. Pero luego, cuando fracasó la demostración pública, abandonó el gas hilarante y las extracciones. Por esto la nueva era comenzó no con el dentista de Hartford, que había renunciado a sus trabajos, sino con William Thomas Morton, en otros días socio de él.

El fundador de esta “nueva era en la extracción de dientes” era un típico hijo de aquella época, tanto por su pensamiento como por su acción.

La nueva Inglaterra hallábase en pleno desenvolvimiento. Había comenzado la industrialización, y por tanto se había desarrollado una nueva vida para los comerciantes, industriales y obreros. La nación sufría un verdadero vértigo de progreso. El trabajo era considerado como un deber moral por ser la fuente de la riqueza. Por tanto, el lucro era la tónica de la época. Pero el espíritu puritano era tan dominante en el país, que la inmoderada

devoción por los intereses materiales, para encontrar una justificación, tuvo que ser considerada como una forma de fe, elevándose a la categoría de virtud. Teniendo este fin como objetivo, la conciencia de los puritanos alióse íntimamente con los progresos económicos, y la fe santificó las ganancias. El triunfo en los negocios y la riqueza fueron, por tanto, considerados como una muestra tangible de la aprobación de Dios y de la “justificación” del hombre ante su Creador. Finalmente, los descendientes de los puritanos inmigrantes se consideraron a sí mismos como los elegidos de Dios; y llegar al convencimiento de que sus acciones, y hasta sus negocios, eran testimonio de la gloria del Todopoderoso. Así, las ganancias fueron consideradas como una virtud.

Morton era devoto de esta virtud, y planteó la difusión de su descubrimiento, de acuerdo a las reglas del lucro que tanto placían al Sumo Hacedor.

Cuando en la mañana del día 1º de octubre, Richard H. Eddy vino a abrir la Oficina de Patentes de Boston, el Dr. Morton estaba esperando a la puerta. El dentista deseaba proveerse de una patente, sin pérdida de tiempo. De este modo podría ejercer el monopolio de su descubrimiento y estar seguro de que sería la única persona que se lucraría con él.

En aquellos días Boston era la cuarta ciudad de los Estados Unidos, y al poseer 78.000 habitantes había adquirido el rango de gran ciudad. Ciertamente ya existían pocas probabilidades de que continuase desarrollándose con tanta rapidez. El mismo día el jurista conoció al químico, al doctor y al comerciante: a Mr. Wightman, al Dr. Gould, al Dr. Dana, a Burnett el farmacéutico; Tremont Street, Washington Street, Somerville Street, y, como es natural, también al Dr. Jackson.

El Dr. Jackson no era persona que le gustase pasar desapercibida. En pocas palabras vino a decir que Morton jamás habría hecho el descubrimiento si no hubiese sido por sus consejos. Cuando su amigo le preguntó si pensaba permitir que toda la gloria recayera sobre Mor-

ton y le aconsejó que hiciera pública su contribución, Jackson se opuso y dijo: "No, no, yo no quiero tener ninguna relación con este asunto. El éter no es tan inocuo como usted supone, y hay que utilizarlo con grandes precauciones. Si se repite, su acción puede alterar el cerebro, y la inhalación prolongada da lugar a la asfixia, al coma, y aun a la muerte. Morton es un audaz, un insensato, y no le importa matar a alguien. Estoy seguro de que tendrá algún contratiempo... Debo cuidar de que mi nombre no aparezca mezclado con el suyo". Tal era la opinión de Jackson en la tarde del 11 de octubre.

Pasó toda la velada con Eddy. Como es natural, hablaron de Morton y de las perspectivas de su patente. Eddy dijo: "Me sorprende que usted no quiera intervenir. Por tratarse de un amigo tengo mucho más interés por usted que por el dentista. Si usted da su consentimiento, asentaré su nombre al lado del de Morton". Pero Jackson temía verse envuelto en el asunto.

No obstante, cuando Jackson oyó hablar al Dr. Gould y a Mr Burnett de las cuantiosas sumas que ganaría Morton, comenzó a pensar de otro modo y decidió aproximarse a éste.

—Me ha dicho Eddy que usted —díjole Jackson a Morton— ha solicitado una patente para el uso del éter. Seguramente va a hacer un buen negocio debido a mi consejo, y por tanto estimo que me debe una compensación. La he calculado en la cifra de 500 dólares. Recibida esta suma prometo renunciar a todos mis derechos para reclamar la prioridad en el descubrimiento.

Estas palabras sorprendieron grandemente a Morton, pero como no deseaba mantener querellas con Jackson, y menos ahora que necesitaba paz para hacer el mejor uso de su hallazgo, convino en que al día siguiente podía firmarse el documento en presencia del Doctor Eddy.

Jackson fué el primero en llegar a la cita; y al contar a Eddy el acuerdo a que había llegado, éste, lleno de admiración le dijo: "Es absolutamente absurdo que usted renuncie a reclamar la prioridad por el simple pago de

500 dólares. Mantengo que usted debe participar en la patente y creo que Morton debe pagarle al menos el diez por ciento".

Era una posición difícil. Ciertamente Jackson no deseaba renunciar a los derechos de la patente si producía tan elevada suma como pensaba Eddy. Pero la ética médica prohibía a Jackson mantener en secreto el descubrimiento de un remedio. Este asunto de la patente podría dar lugar a su expulsión de la Sociedad Médica de Massachusetts. Por tanto, pensaba que sería mejor contentarse con una moderada suma en efectivo, y ceder la patente, con todas sus responsabilidades, a Morton.

Pero consideraando también estos argumentos Jackson comenzó a dudar. Quizás Eddy tendría razón, y sería mejor pensarlo detenidamente antes de resolver.

Entonces llegó Morton, acompañado de los testigos Dana y Gould, para firmar el documento. Jackson opuso algunas objeciones y el asunto quedó demorado para el día siguiente. Camino de su casa, Jackson preguntó a Gould cuál era su opinión. Gould expuso que los temores de expulsión de la Sociedad Médica no tenían fundamento, y que los reglamentos de la Sociedad eran tan flexibles que, aunque Jackson participase en la patente, no había que temer que se confirmasen sus pesimistas ideas. En vista de ello Jackson volvió a la oficina de Eddy y solicitó al jurista que informase a Morton acerca de su petición del diez por ciento.

Al oír la nueva pretensión, Morton protestó airadamente de que Jackson pretendiese participar del hallazgo y quisiera adjudicarse el diez por ciento, o cualquier otro porcentaje de las ganancias. Morton adujo que, si bien había consultado al Dr. Jackson, tan sólo fué para obtener de él unos datos de química. Eddy le replicó que, aunque esto fuera cierto y Jackson no tuviera ningún derecho legal, debería concederle la participación para evitarse posibles disgustos. "Tengo gran experiencia sobre estos problemas de patentes —dijo Eddy—, y conozco más de un caso en que la concesión de una patente ha

sido negada por haber existido disputas respecto a la prioridad. Por ejemplo, si usted no llega a un acuerdo con Jackson, podrá ocurrir que la concesión se demore o aun que naufrague todo el asunto". Por otra parte, Morton no debía desconocer que la gran reputación de Jackson en el mundo científico daría lugar, si éste participase, a que el descubrimiento se difundiera con mayor rapidez. El Dr. Gould, a quien Morton consultó entonces, era de la misma opinión que el jurista. En consecuencia, Morton se decidió, al fin, a seguir los consejos de dos hombres dotados de tanta experiencia como Eddy y Gould.

Rápidamente se extendió por Boston la noticia de que el dentista Morton había descubierto un nuevo método de extracción sin dolor, y muy pronto los pacientes de la ciudad y de los contornos acudieron a su consultorio. En el libro de consultas se acumulaban los nombres. Día tras día, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde, trabajaba con sus dos asistentes sin lograr ver vacía la sala de espera. Pronto pensó en ampliar su consultorio.

El Dr. Keer, a quien Morton había pagado quinientos dólares para que le revelase los secretos de la práctica dentaria, vino a ser ahora su socio y colaborador, aprendiendo los métodos de la extracción indolora. Keer y Morton publicaron en el *Evenig Traveller* el siguiente anuncio:

"Los que suscriben, habiendo fusionado sus salas de cirugía dental, invitan respectivamente a sus amigos a concurrir a su consultorio, número 19, Tremont Row. No dudan de que, al aumentar su experiencia por esa unión, podrán realizar las operaciones de modo elegante y rápido, con la ventaja especial de que serán hechas sin dolor, gracias al empleo del flúido recientemente inventado por el doctor Morton, con lo que no sólo responderán a los deseos de sus antiguos pacientes, sino que pronto obtendrán una nueva clientela".

Los dentistas rivales de la ciudad se prepararon para hacer frente a esta competencia. Bajo la dirección del Dr. J. F. Flagg, de Winter Street, se organizó una comisión para combatir el "desastroso descubrimiento". Los adversarios de Morton fueron capaces de forjar testimonios — la mayor parte muchachas jóvenes — que declararon que, debido a la inhalación de éter suministrada por Morton y Keer, sufrieron vértigos, melancolía y otros males. Los padres de un muchachito a quien Morton había extraído un diente sin dolor, afirmaron que su hijo se había sentido tan enfermo que hubo necesidad de llamar al médico.

El Dr. Keer, alarmado por esta trama tan bien urdida, pensó que, aunque era muy lucrativo ser socio de Morton, lo mejor sería separarse de él; pero, no obstante, el público continuó afluyendo al consultorio. A despecho de sus enemigos, los ingresos de Morton continuaron aumentando y poco después se duplicaron.

Estos rápidos progresos económicos excitaron la ambición del Dr. Jackson, quien pensando que había sido una ventaja para él que Morton hubiera sido furiosamente atacado por la comisión antes mencionada, le hizo saber que su colaboración había sido estimada en muy poco, y le pidió un participación no menor del 25 por ciento.

A Morton no le perturbó la hostilidad de sus colegas y no hizo el menor caso de las amenazas de Jackson.

CAPÍTULO X

TRIUNFO SOBRE EL DOLOR

Hasta entonces Morton había logrado su objeto. Su ambición era encontrar un medio para evitar el dolor en las intervenciones dentarias, y poder así aumentar sus ingresos. Lo había conseguido en modo superior a lo que esperaba, pues, al suprimir el dolor, su clientela había crecido enormemente. Pero ahora parecía que todo aquello no le importaba nada.

Su consultorio estaba repleto de enfermos, desde la mañana hasta la noche. El Dr. Morton no los atendía por sí mismo, delegando toda la labor en su ayudante, el Dr. Hayden. Había triunfado, ganaba mucho y, sin embargo, no parecía interesarse por ello. Transcurrían días sin que acudiese al consultorio y sin preguntar si quiera qué pacientes habían concurrido, ni a cuánto ascendían los honorarios cobrados.

¿Qué ocurría? ¿En qué empleaba su tiempo? Algo raro tenía que sucederle. Al darse cuenta de que podía aliviar los dolores en las intervenciones odontológicas, aumentando así sus ingresos, había descubierto que estaba destinado a una obra de mayor importancia, a una gran labor que satisfacía las ambiciones del dentista de Boston. El descubrimiento por él realizado podría liberar a la humanidad de las torturas del bisturí del cirujano.

En la noche del 30 de septiembre vislumbró esta posibilidad. Después de haber hecho la primera extracción

El triunfo sobre el dolor

sin dolor a Eben Frost, pasó algunas horas sumido en la meditación. Su primera reacción fué la de un ambicioso y se apresuró a insertar un anuncio en un diario.

Pero al llegar la noche, en la excitación del insomnio, comenzó a reunir sus pensamientos, concibiendo la esperanza de que podría aplicar su descubrimiento a la cirugía en general, evitando así a la humanidad los dolores de las operaciones.

Era una idea de gran alcance, quizás demasiado para la mente de un dentista de Boston. A la mañana siguiente hizo las gestiones para obtener una patente que impidiese que cualquier colega se le adelantase y pudiera beneficiarse con las ganancias de su descubrimiento. Ahora trataría con sus pacientes, estipularía los honorarios y vería aumentar los ingresos producidos por su clientela. La ambición y la avaricia le sugerían mil cosas en qué pensar. Sin embargo, poco a poco las ideas que atravesaron su mente en la primera noche de insomnio, volvieron a acuciarle cada vez más imperiosas. ¿No podría ser usado su descubrimiento para subyugar el dolor en todas sus manifestaciones? Había logrado su primer objetivo, pero si sus aspiraciones eran más amplias todavía debería insistir. ¡Una gran clientela como dentista! ¡Abundantes ingresos! Pero, al fin, ¿qué era esto? Ser un dentista conocido constituía realmente una pobre ambición para quien podía ser el hombre que libraba a la humanidad de los dolores de la cirugía.

Mientras así pensaba seguía sus negociaciones con Eddy, para obtener la patente, y reaccionaba contra los colegas envidiosos; pero, en el fondo, su mundo era otro, un mundo nuevo y más bello, apetecible para la humanidad; un mundo en el que ya no habría dolor, un mundo que él tenía la misión de crear. En este trance Morton era un poseo, un loco, obediente a su misión.

Quienes le rodeaban — sus ayudantes, sus amigos y su mujer — estaban sorprendidos y sin saber cómo interpretar su considerable cambio. ¿Qué significaba todo esto? Desde hacía mucho no cuidaba de su clientela, pero con-

tinuaba sus estudios empleando todo su tiempo en nuevos experimentos. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué se proponía? ¿Qué cosas extrañas se urdían en la mente agitada del dentista? ¿Le habría trastornado la excesiva inhalación de éter? Esta explicación era la que mejor justificaba su extraño comportamiento.

El Dr. Morton, el dentista Morton, había sufrido una transformación que era superior a la comprensión de todos los que le conocían. ¡Era la transformación de la grandeza!

El destino, cuando elige de entre la masa a un hombre y se apodera de él, lo somete a sus leyes y le transforma totalmente. Morton, el dentista, era un pobre hombre de mente estrecha, quien por motivos mezquinos había llegado a hacer un descubrimiento. Pero la importancia de este descubrimiento era enorme y el milagro se había efectuado. El gran descubrimiento transformó a aquel pobre hombre. La grandeza del hallazgo había hecho grande a su descubridor, sacándole de la esfera de los hechos menudos y triviales. Y por el capricho de los hados, el mezquino dentista de Boston se vió convertido en uno de los supremos bienhechores de la humanidad.

Olvidando la clientela, los intereses, la salud y la apacible vida familiar, Morton sólo vivía para su idea. El remedio que eliminaba el dolor había sido hallado. El nuevo paso sería encontrar el procedimiento para poder regular el sueño artificial, logrando intensificarlo y prolongarlo a voluntad. Sólo en el caso de que el estado de sueño pudiera ser suficientemente duradero, sería posible realizar, bajo su influencia, operaciones de cirugía mayor.

Este era el objeto de sus experimentos. Día tras día aspiraba dosis mayores y más peligrosas de éter. "Sólo sabía que sus trajes estaban siempre impregnados de olor a éter...", escribía su mujer cuando se refería a estos tiempos.

Desde sus primeros experimentos comprendió que nunca podría alcanzar el fin propuesto inhalando el éter

de un pañuelo empapado, y que para producir el sueño que buscaba necesitaba algún aparato.

Pronto se puso sobre la pista. Dibujó el esquema de un inhalador: un pequeño globo de vidrio con dos cuellos. Dentro de uno de éstos se enchufaba un tubo de madera con llaves de paso, mientras que por el otro penetraba libremente el aire. Al introducir en la boca el tubo de madera, el paciente inhalaba aire que pasaba por la superficie del éter cargándose con vapores de esta sustancia.

Provisto de este esquema visitó a Chamberlain, un fabricante de instrumentos, solicitando de él que construyera el aparato imaginado. La entrevista con Chamberlain se prolongó horas, considerándose todos los detalles. Antes de ponerse en relación con los cirujanos de Boston, Morton deseaba poseer fundamentos seguros. Cualquier operación de cirugía mayor ponía en peligro la vida del paciente. Un pequeño error podía dar lugar a la muerte; y la muerte accidental de un enfermo, durante la inhalación de éter, haría naufragar todos los planes de Morton y hasta llevaría al inventor a la horca.

Habiendo procedido con cautela, y después de haberse sometido a las inhalaciones etéreas innumerables veces, visitó a los más notables doctores de Boston para mostrarles el nuevo procedimiento. Ninguno de ellos quiso aceptar la responsabilidad de utilizar el aparato de Morton durante la práctica de una intervención de cirugía mayor. Pero el infatigable propagandista iba de un médico a otro, dispuesto a demostrar sobre su propia persona los efectos del descubrimiento, aportando así la prueba de la exactitud e inocuidad del método. En todo momento le acompañaba el músico Eben Frost.

La situación iba siendo realmente cómica. El hallazgo de un método indoloro para la extracción de dientes había alterado completamente la vida, no sólo del hombre que hizo el descubrimiento, sino también del primer paciente que fué sometido a la acción del nuevo método.

Eben Frost era músico, y sólo músico, hasta la tarde del 30 de septiembre, día en que penetró en el consultorio de Morton; un hombre para quien la vida no significaba otra cosa que dar lecciones de música desde la mañana a la noche, hasta el momento en que uno de sus molares comenzó a dar señales de su perturbadora existencia.

Pero desde la hora en que aquel molar fué extraído bajo la acción del éter, su vida pertenecía al gran descubrimiento. Era el primer mortal que había sido ungido por el óleo de la narcosis etérea, y era el primero y principal testigo que Morton podía presentar como prueba de la eficacia y ausencia de riesgo de su descubrimiento.

Su nombre aparecía muchas veces en los diarios, y todos deseaban verle, oír su historia, saber cuáles eran sus pensamientos respecto a Morton. Así llegó a ser el hombre importante, casi indispensable, para el descubrimiento; una prueba viva, como él decía. No era fácil hablar de Morton sin mencionar a Frost, que brillaba con la luz de la gloria reflejada. En la tarde del 30 de septiembre halló esa gloria; firmó un informe; acompañó a Hayden y Morton a la redacción de los diarios, y al día siguiente aparecía en la oficina de patentes de Eddy, para apoyar la petición de Morton. En una palabra: seguía a Morton como si fuese su sombra. Cuando hablaba del descubrimiento anteponía siempre el posesivo "nuestro", y en su boca jamás faltaban las palabras "Morton y yo".

Hasta cuando en la mente de Morton la idea de la extracción dental indolora había sido sobrepasada y se estaba construyendo el nuevo aparato para la inhalación de éter durante las intervenciones de cirugía mayor, Eben Frost permaneció íntimamente asociado a la obra de Morton. "Estamos dedicados a una labor mucho más importante — solía decir —; nuestro descubrimiento salvará pronto a la humanidad de todo dolor."

Dedicado enteramente a Morton, deseaba la triunfal generalización del gran descubrimiento "suyo" y de

Morton, pero al mismo tiempo amargábase pensar que cuando el éter fuese usado en todas las intervenciones quirúrgicas, que provocaban dolores mucho más intensos que la simple extracción de un diente, habría otro que, al ocupar la mesa de operaciones, le arrebataría la suprema parte que él había desempeñado en el descubrimiento y participaría de la fama que hasta entonces le correspondía a él únicamente.

Mientras Morton conversaba con los médicos, intentando convencerles del valor de su aparato, Eben Frost era el testimonio indispensable de su veracidad. "Vamos, Frost", decía el dentista cuando tenía que realizar una nueva visita. Frost estaba siempre dispuesto y se sentaba en la sala de espera, deseando ser llamado. Desde hacía tiempo no daba lecciones de música, y era tan sólo "el acompañante" de Morton. Toda su vida estaba dedicada a la nueva tarea de ser la prueba de convicción necesaria, y a narrar perpetuamente la historia de la extracción indolora.

Había repetido su relato innumerables veces, pues Morton seguía diariamente el mismo programa y era infatigable en su asalto a los médicos, químicos, etc., haciendo la propaganda de su descubrimiento.

El entusiasmo con que Morton defendía sus ideas no estaba inspirado en el negocio que adivinase un dentista avaro: era el fuego sagrado de quien había hecho un gran descubrimiento científico y preconizaba su empleo para bien de la humanidad.

Pero a pesar de su idealismo, Morton era un americano práctico, que comprendía claramente que era necesario anunciar a los cuatro vientos las ventajas de un método antes de que alguien se decidiese a ensayarlo y finalmente a aceptarlo.

Gran número de obstáculos se oponían a que se utilizara el éter en las operaciones quirúrgicas, tal como proponía Morton. Durante siglos la experiencia médica había sido muy desfavorable al empleo de narcóticos; los experimentos de Wells con gas hilarante habían fra-

casado; los peligros que amenazaban a un paciente al ser sometido al sueño artificial durante una intervención de cirugía mayor, eran considerados tan graves que bajo ningún concepto se justificaba el uso de los narcóticos. ¿Quién iba a hacer frente a esa responsabilidad? Ninguno de los cirujanos a quienes Morton había visitado estaba dispuesto a ello. De todos modos esa ineredulidad estaba justificada, pues Morton no era médico sino simplemente un dentista; y, además, mal reputado por la cuantía de sus honorarios. ¿Quién supondría que ese individuo hubiera descubierto lo que fué negado a las más grandes lumbreras de la ciencia médica?

Con toda seguridad una recomendación del Dr. Jackson, que aparte de ser médico era un científico de gran renombre, hubiera sido muy útil para Morton, a fin de despertar la necesaria confianza en el mundo médico. Pero Jackson no decía ni una palabra a este respecto, manteniéndose apartado. Parecía que le interesaban poco estas cosas y no deseaba la publicidad. De todos modos, había cuidado de asegurarse el diez por ciento de la ganancia que pudiera producir la patente. Todo lo demás le importaba poco al Dr. Jackson. Morton quería difundir el descubrimiento, y si sus métodos eran realmente buenos, serían aceptados seguramente. Jackson juzgaba peligroso, para su reputación científica, preconizar un descubrimiento cuya eficacia no estaba confirmada.

Como es natural, Morton encontró dificultades durante largo tiempo para llegar a interesar a algún notable médico cirujano de Boston. ¿Quién podía tener confianza en este dentista y en su cómico acompañante Frost? Las operaciones de cirugía mayor eran mucho más importantes que la simple extracción de un molar, y la vida corría peligro siempre. La muerte que se produjera en una operación llevada a cabo con un nuevo y no probado remedio para calmar el dolor, no sólo podría arruinar al cirujano sino también costarle la libertad. Sin duda, los sufrimientos provocados por el bisturí eran

horrorosos; pero seguramente era preferible producirlos, que correr el riesgo de fracasar sometiendo al enfermo a un sueño atificial.

“Su descubrimiento es muy interesante. No dudo ni un momento de que su método carece de riesgo, según usted asegura; pero no me atrevo a ensayarlo. Quizás alguno de mis colegas sea más audaz.” Tal era la respuesta que Morton recibía en todas partes.

¿En todas partes? No había nadie que por cortesía, ni por convicción, ni siquiera por instinto, creyese que el joven dentista no estaba en un error; no había nadie que se diese cuenta de que los dolores durante la operación eran tan intolerables que bien merecía la pena ensayar el remedio propuesto por Morton.

El hombre que quiso afrontar ese formidable riesgo, el hombre que no prestó atención a si Morton era únicamente un dentista y no un afamado médico, fué el Dr. Johns Collens Warren, cirujano mayor del Massachusetts General Hospital. Había sido uno de los fundadores de este hospital y durante treinta años fué su director.

Cuando Morton, después de tantos rechazos, dijo a sus amigos que pensaba recurrir al Dr. Warren, todos le aconsejaron que no lo hiciera. Estaban seguros de que Warren jamás aceptaría.

Durante treinta años gran número de individuos habían acudido al Massachusetts General Hospital, afirmando haber descubierto los medios para conseguir dominar el dolor. Era raro que transcurriese un mes sin que algún mesmerista, enajenado o inventor, visitase el hospital, declarando que había hallado el método eficaz para que cesara el sufrimiento físico.

En Europa, durante las décadas segunda y tercera del siglo XVIII, hubo algunos escasos cirujanos de gran sensibilidad, como Hichman o Larrey, pero en su mayor parte eran hombres de vigorosos nervios, como Velpeau y Magendie. Sin embargo, más tarde ya fueron bastantes los cirujanos que se revolviéron contra el inhumano

precepto de Celso, quien opinaba que el cirujano debe "ignorar los gritos y los llantos, y seguir su obra sin tener en cuenta las quejas". Tales hombres abogaron por la "humanización" de los métodos operatorios.

John C. Warren era uno de ellos, y su temperamento sensible se había agudizado por el hecho de que en el Massachusetts General Hospital varios pacientes se habían suicidado por temor a los dolores que iban a padecer durante una amputación o durante otra operación semejante. En consecuencia, el viejo cirujano estaba siempre dispuesto a ensayar el método que se le propusiese para prevenir el dolor. Pero todos los procedimientos habían fracasado. Poco tiempo antes había asistido a la demostración hecha por Wells con gas hilarante, en Harvard, y pudo observar el lamentable fracaso. Desde entonces se había convertido en un escéptico, y ya no era tan fácil que se prestase a escuchar a los inventores.

—¿Puede usted dar alguna garantía al Profesor Warren de que el método que usted propone es eficaz e inocuo? —decían los amigos de Morton—. Ha sido tan desafortunado en sus experiencias, que ya no quiere embarcarse en nuevos ensayos e innovaciones."

Pero Morton no se dió por vencido y recurrió a John C. Warren.

No era fácil penetrar en el hospital. El portero le advirtió que únicamente podría ver al ayudante del Profesor Warren. El ayudante estaba ocupado y Morton tuvo que aguardar. Al fin llegó aquél, quien, apresuradamente, se dirigió a Morton diciéndole:

—Buenos días, señor; ¿qué deseaba usted?

—Lo siento, pero únicamente puedo decírselo personalmente al Profesor Warren.

—No puedo molestar al Dr. Warren en este momento, pues está haciendo una operación.

—Perfectamente —dijo Morton—. Puedo esperar.

Y esperó largo tiempo, hasta que Warren terminó la operación.

Al fin, el ayudante volvió a entrar.

—Lo siento; pero no va a ser posible que usted vea al Dr. Warren en el día de hoy. Quizá mañana. Pero sería preferible que usted me dijera para qué desea ver al Dr. Warren. Le ruego rapidez, pues el tiempo apremia.

Morton comenzó una larga explicación, que fué brevemente cortada con las siguientes palabras:

—Oh, muy bien; lo mejor es que usted escriba al Dr. Warren.

Entonces Morton se estacionó en la antesala del quirófano, decidido a esperar. El portero le indicó que se marchase, ya que estaba prohibido permanecer en aquel lugar sin un permiso especial. Morton penetró en el pasillo y continuó esperando. Las horas pasaban. Al fin, el profesor Warren apareció en el corredor envuelto en su sobretodo, dispuesto a salir.

—Dr. Warren, deseo hablar con usted acerca de un asunto extraordinariamente importante.

Y sin esperar a que le dijese que volviera al día siguiente, Morton, sin hacer una pausa para respirar, le contó que había descubierto un medio de realizar operaciones sin dolor, solicitándole le permitiera hacer una prueba con el aparato y el método indicados. Mediante el procedimiento que había descubierto, podía evitarse en todo momento el dolor de las operaciones.

El Profesor Warren era un hombre alto, encorvado, de ademanes más bien torpes, de rasgos afilados, entre los que destacaba una nariz formidable. Lanzó sobre el intruso una profunda mirada, erizando sus peludas cejas grises. Su boca tenía un gesto escéptico, y su voz era autoritaria. Como Morton continuase imperturbable su narración, la rigidez de Warren se acentuó y su expresión se hizo truculenta; la mueca escéptica de su boca adquirió un carácter de burla, y la voz, con la que al fin respondió a Morton indicándole penetrase en el estudio, tenía una despectiva frialdad. Cuando los dos hombres se encontraron en el consultorio, Warren se mantuvo abstraído y sus primeras palabras reflejaron desilusión e incredulidad.

Morton apenas se daba cuenta de aquella actitud tan reservada, y continuó narrando al profesor todos los detalles de su descubrimiento. Poco a poco, Warren comenzó a escuchar con interés; inclinándose hacia su visitante, a quien contemplaba con afecto, dejándole terminar su relato hasta el fin. Entonces el cirujano replicó:

—Muy bien; ensayaremos su método. Lo que usted dice parece convincente.

Cuando los dos hombres se despidieron diríase que el famoso profesor y el relativamente desconocido dentista habían sido siempre amigos y aliados.

“Desde que realicé mi primera operación — dijo Warren —, he deseado vehementemente disponer de un método como el que usted describe. Le avisaré en cuanto tenga un caso adecuado”.

“Si la operación se practica felizmente, sin que el paciente experimente dolor alguno, habré ganado la partida”, pensaba Morton al salir del Hospital.

“Si la operación se practica felizmente, sin que el paciente experimente dolor alguno, se habrá conseguido todo”, pensaba el profesor, camino de su casa. Aquella tarde, mientras Morton insistía en hablarle, esperando en el pasillo, Warren había amputado una pierna a un enfermo; y los terribles gritos retumbaban todavía en sus oídos.

La proposición del dentista era, indudablemente, audaz. El fracaso no sólo comprometería a Warren sino que —y esto era lo más importante— desacreditaría el hospital que él había creado, que era su orgullo y que representaba su vida.

En la mente de Warren se agitaban estos pensamientos cuando llegó a su hogar. No debía olvidar que el hombre que lanzó la proposición era únicamente un dentista; que ni siquiera traía una carta de presentación... No siendo más que un dentista, Morton no podía tener el sentido de responsabilidad propio de un médico; ese

sentido de la responsabilidad que impide realizar experiencias que pongan en peligro la vida humana.

Morton tenía únicamente fe, una fe tan grande que la transmitió a Warren. Antes que el dentista, numerosas personas habían acudido al consultorio de Warren, asegurando haber descubierto el medio para evitar el dolor durante las operaciones quirúrgicas, pero ninguno de ellos había podido conseguir lo que Morton logró: contagiarle el entusiasmo.

Jamás había visto Warren a un hombre que tuviera tanta fe en una causa, y por ello confió en el dentista y se dispuso a ensayar su método. Los lamentos del paciente que había operado aquel día intervinieron en su determinación. Ensayaría el procedimiento recomendado por Morton.

No quería fracasar. La fe de Morton había convencido a Warren haciéndole prometer con excesiva facilidad: “Ensayaré su método en mi próxima operación”.

Y no fracasaría. Aunque Morton, por no ser médico, no tuviera un elevado sentido de la responsabilidad profesional, seguramente no le faltaría el que todo inventor tiene por respeto a su propia invención.

En realidad, nadie podía actuar de modo más convincente en defensa de una causa cual lo hizo Morton en apoyo de su descubrimiento, pues por él había renunciado al sueño y a la vida familiar. Desde que recibió la promesa de Warren, Morton no podía pensar en nada que no fuese asegurar su triunfo evitando el dolor producido por el bisturí. El inhalador estaba preparado; pero había algún pequeño detalle que podía perfeccionarse, y a esta labor estaba entregado por entero. Una y otra vez volvía a administrarse, a sí mismo, éter. ¿Para que continuaba poniendo en peligro su salud, dando lugar, aparte de la insensibilidad transitoria producida por la droga, a estados rebeldes de insomnio? Era necesario que todas las posibilidades fueran previstas, y que nada faltase cuando el Dr. Warren le pidiera que admi-

nistrase éter en la primera operación. El triunfo era lo único que importaba.

El día 13 de octubre, un muchacho, cajista de imprenta, alto y delgado, de aproximadamente veinte años, llamado Gilbert Abbot, ingresaba en el Massachusetts General Hospital. Su padre padecía procesos tuberculosos, y la enfermedad había sido transmitida, probablemente, a Gilbert. Pero la alteración más llamativa era un tumor vascular del lado derecho del cuello, que había existido desde el nacimiento, y que recientemente había crecido de modo alarmante.

Warren vió el enfermo y dijo para sí mismo: "Un caso de operación. Éste es el hombre en quien ensayaré el método de Morton". Luego, dirigiéndose a Abbot, continuó: — Un joven dentista de esta ciudad ha descubierto un procedimiento para evitar el dolor durante la operación. Deseo ensayar este nuevo método al operarlo. ¿Da usted su consentimiento?

—Sí— respondió Abbot.

La intervención fué fijada para el viernes 16 de octubre (1846).

Por el primer correo del día 14 Morton recibió la carta de C. F. Heywood, el cirujano interno del Hospital:

"Estimado señor: Le escribo a pedido del Dr. J. C. Warren invitándole para que se presente el viernes, a las 10 en punto de la mañana, en el hospital, para administrar a un enfermo, que va a ser operado, la sustancia que usted ha descubierto para disminuir la sensibilidad al dolor. De usted respetuosamente. — C. F. Heywood".

Apenas habían transcurrido dos semanas desde que Morton había realizado la primera extracción dental bajo la acción del éter. Ahora, dieciséis días después, se le brindaba una ocasión para demostrar la eficacia de su método en una operación quirúrgica en el Hospital más importante de la ciudad de Boston. Únicamente habían pasado dieciséis días, y una nueva era comenzaba...

"La noche antes de la operación mi marido estuvo bajando hasta la una o dos de la mañana con su inha-

lador — refiere la señora Morton —. Yo misma estaba muy agitada, pues sabía que podían ocurrir dos cosas: que la prueba fallase y mi marido quedara en ridículo o que el paciente muriese y entonces sería considerado como un homicida. Me encontraba entre dos caminos, pues al par que tenía ilimitada confianza en mi marido, me parecía imposible que un hombre tan joven (tenía únicamente veintisiete años) supiera más que los profesores y hombres de ciencia ante quienes iba a hacer su demostración."

Después de descansar unas horas, el Dr. Morton salió muy de mañana para ver al fabricante de instrumentos, con objeto de que hiciese las modificaciones necesarias en el inhalador.

Chamberlain esperaba poder entregar el aparato a las ocho, pero habían dado las nueve y aún no estaba terminado.

"¡Apresúrese, por amor de Dios!" — gritaba Morton, recorriendo impaciente el taller —. Eran las diez cuando Morton arrebató el inhalador de las manos del fabricante y corrió hacia el hospital, seguido por su sombra, el infatigable Eben Frost.

El reloj de la sala de operaciones del Hospital dió ocho campanadas. Silencio en los rincones de la sala, ocupados por momias egipcias. A la derecha y a la izquierda esqueletos humanos y vitrinas con instrumentos quirúrgicos de pulido acero. Cuerdas y poleas pendientes del techo. La mesa de operaciones colocada sobre una baja tarima. Frente a ella, y separados por una barandilla de hierro, se sentaban los espectadores.

A las ocho y media llegó el mozo del quirófano, con baldes y esponjas para fregar el suelo, y luego extendió sobre la mesa sábanas limpias.

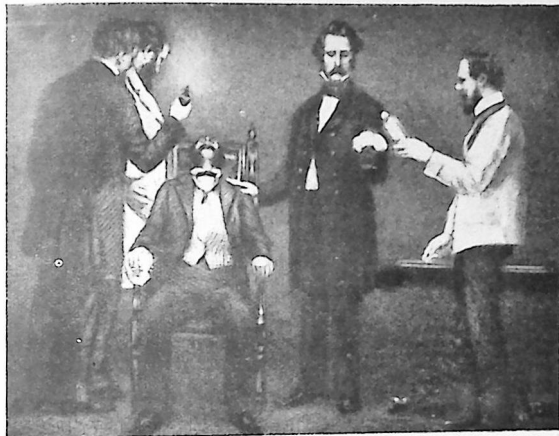
A las nueve, en la antesala, los ayudantes comenzaron los preparativos. El quirófano estaba repleto. Los más conocidos cirujanos de la ciudad, W. J. Bigelow, S. D. Townsend, Samuel Parkman y los Dres. J. G. Pearson, Gould y Wellington, iban llegando deseosos de presenciar

la operación. Ocuparon las primeras filas, sentándose en las posteriores los estudiantes.

Eran cerca de las diez. Gilbert Abbot, en camisa y calzoncillos, estaba echado sobre la cama, con el cuello desnudo preparado para la operación. George Hayward, ayudante principal de Warren, terminaba sus preparativos. El Profesor Warren, dirigiéndose hacia los espectadores, dijo con voz clara: "Señores, colegas y estudiantes: antes de comenzar esta operación, que parece llamada a tener gran importancia en el arte de la cirugía, deseo decir algunas palabras. Durante cuarenta años he sido cirujano en Boston. Siempre que el bisturí ha sido aplicado a los tejidos vivos, ha producido dolor. No dudo de que todos los colegas cirujanos que me escuchan tienen la misma triste experiencia. Ahora se ha presentado un caballero que nos asegura que posee un líquido cuya inhalación evita completamente el dolor durante la operación. El Dr. Morton, un dentista de esta ciudad, desea poder demostrarlo en una intervención quirúrgica. Le he pedido que acuda ahora a administrar esa sustancia a este enfermo y él ha accedido a hacerlo".

En medio de un imponente silencio el Dr. Warren le buscó con la mirada. Eran ya las diez y cuarto. Nerviosamente se ajustó los pantalones, se ciñó el talle de la levita, miró hacia la puerta, recorrió con la vista la sala, y empuñando el bisturí con resolución, dijo: "Parece que el Dr. Morton no viene" — y su tono era el de la indignación y el del sarcasmo —. "Supongo que tendrá otras ocupaciones." Un murmullo de risas se extendió entre los espectadores; uno dijo: "Era de esperar"; y otro añadió: "Un hechicero cuyos milagros no se realizan".

Warren iba a hacer la primera incisión cuando la puerta se abrió y Morton apareció jadeante, seguido del no menos agitado Frost. Durante un momento permaneció confuso, atusando sus mostachos y carraspeando. Luego, serenándose, expuso tranquilamente su disculpa. El fabricante de instrumentos había tardado en entregarle el aparato. Ahora estaba todo preparado.



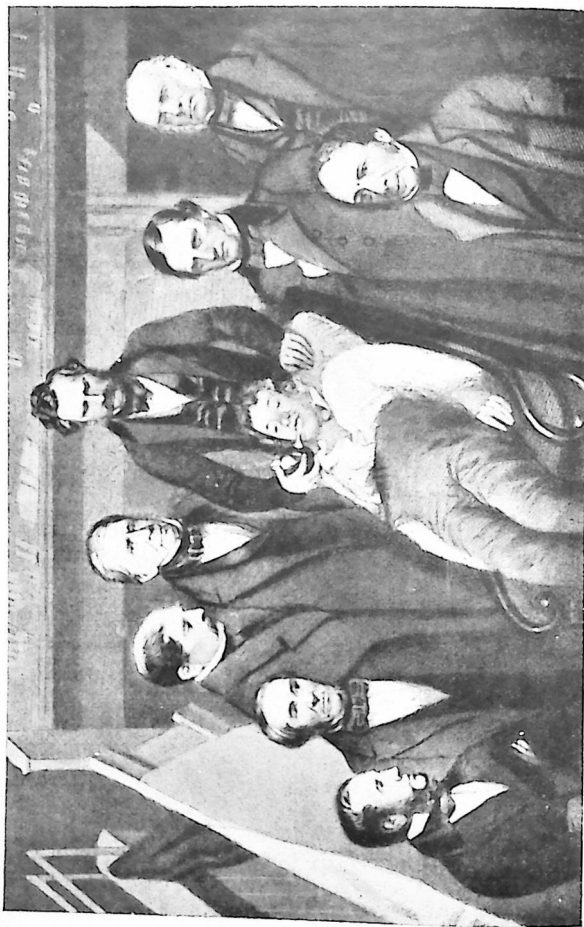
El día 30 de septiembre de 1846 Morton extirpa sin dolor una muela al músico Frost.



William Green Morton, descubridor de la anestesia éterea.



Elizabeth W. Morton.



El 16 de octubre de 1846 fué efectuada en Boston la primera operación, sin dolor, bajo la acción del éter.

El triunfo sobre el dolor

Cuando entraron los dos hombres, y mientras Morton presentaba sus excusas, las risas y las expresiones de duda no cesaron.

El profesor Warren no interrumpió a Morton, pero cuando el dentista terminó, le dijo:

—Vea, señor, su paciente está dispuesto.

Morton se dirigió a Abbot preguntándole:

—¿Tiene usted miedo? — y empujando a su acompañante, añadió —: Aquí tiene a otra persona que ha inhalado la sustancia y puede testificar su eficacia —. Frost movió la cabeza afirmativamente. Había llegado la gran oportunidad y estaba dispuesto a narrar su historia ante los mejores doctores de Boston.

Estaba a punto de comenzar su perorata, cuando su rival, acostado en la mesa de operaciones, le detuvo diciendo: — No; confío en usted doctor, y haré exactamente lo que me indique.

Morton se colocó detrás de la cabeza de Abbot y aplicó el inhalador. Dentro del globo de vidrio había un líquido incoloro, cuyo nombre no era conocido hasta el momento. Morton introdujo el tubo en la boca del enfermo y le ordenó que respirase regular y profundamente. A los pocos minutos los circunstantes percibieron un fuerte y aromático olor, y observaron atentamente lo que Morton hacía.

El enfermo, inexpresivo el rostro, se movía de un lado a otro presa de agitación, respirando rápida e irregularmente. Entonces comenzó a musitar palabras ininteligibles. Warren se dirigió hacia Morton y le preguntó:

—¿Está ya preparado?

Con una aguja punccionó el brazo del enfermo, vigilando atentamente la reacción. El rostro de Abbot no se contrajo ni mostró signo alguno de dolor.

—¿Le duele? — gritó Warren.

Abbot respondió:

—No; — pero la palabra apenas fué audible.

Pronto desaparecieron todos los signos de sensibilidad y de inteligencia. El enfermo dejó sin respuesta las res-

tantas preguntas; sus ojos perdieron la reacción a la luz, y las escasas palabras balbuceantes que salieron de su boca fueron los últimos tartamudeos de un sueño narcótico. La voz debilitóse cada vez más y, al fin, cesó. Ahora estaba sumergido en un profundo sueño. Los espectadores guardaban el más completo silencio.

Morton dió un paso atrás y mirando al profesor dijo:

—Dr. Warren, su enfermo está preparado.

Warren comenzó la operación. Los médicos y estudiantes congregados le examinaban viéndole incidir la piel, cortar los tejidos subyacentes y enucleare cuidadosamente el tumor. El paciente yacía inmóvil, respirando profundamente, sonriendo, como si gozase de un sueño placentero.

El Dr. Warren terminó la operación; los ayudantes suturaron y vendaron la herida. Poco a poco Abbot volvió en sí. Sus labios comenzaron a moverse pronunciando palabras incomprensibles que parecían gemidos. ¿Eran manifestaciones de dolor? Pocos segundos más tarde el enfermo se despertó completamente, mirando a su alrededor de un modo vago. Warren, que había quedado ligeramente desconcertado por los gemidos del paciente, le preguntó si sentía algún dolor.

—No, señor — dijo el operado; y tranquilamente contó a Warren que las sensaciones experimentadas eran semejantes a las de un sueño. Durante algún momento tuvo la impresión de que un objeto como se moviese alrededor de su cuello, pero esto era lo único que observó. Sueños, deliciosos sueños. Esto era todo lo que podía recordar.

En el silencio del anfiteatro sus palabras podían ser fácilmente oídas desde las últimas filas.

Diríase que también los espectadores despertaban lentamente de un sueño encantado. Los médicos se miraban unos a otros. Habían transeurrido tan sólo cinco minutos desde que Morton, colocándose al lado de la cabeza del enfermo, había aplicado el inhalador. La intervención

había sido practicada sin que se oyese un grito ni un lamento. Algo extraordinario había sucedido...

El Dr. Warren no pudo ocultar su entusiasmo, y volviéndose hacia los espectadores exclamó muy excitado:

—Señores, aquí no hay engaño.

Mientras tanto Bigelow, uno de los profesores más respetados y conocidos de Harvard, decía con voz campanuda:

—No, señores, no hemos sido burlados por un truco ingenioso. ¿Observaron ustedes que durante toda la operación los párpados del enfermo se mantuvieron cerrados y su boca relajada? Estos son signos de sueño profundo y completa insensibilidad. Hoy hemos presenciado algo que tiene la máxima importancia para la cirugía. Nuestro arte ya no despertará el terror que hasta ahora producía.

Los restantes espectadores participaron del mismo entusiasmo, y los que al principio eran escépticos y desconfiados se dejaron arrastrar por la corriente. Rodearon al joven dentista, felicitándole y acosándole con mil preguntas. Temblando de emoción Morton, en pie, respondía del mejor modo, relatando sus experimentos y dando amplios detalles acerca de su hallazgo. Este era el momento más feliz de su vida.

Mientras tanto Elizabeth Morton esperaba en su hogar. “No supe nada de él durante ocho horas. Sentada al lado de la ventana, creía que de un momento a otro llegaría un mensajero para comunicarme que el enfermo había muerto por la acción del éter y que el doctor era considerado como responsable. Ya eran cerca de las cuatro cuando apareció mi marido. Su rostro era afable; pero tan lúgubre, que tuve la seguridad del fracaso. Estando medio desmayada me estrechó entre sus brazos y me dijo tiernamente: “Bien, querida, he triunfado”.

Las dudas de los médicos se disiparon y la confianza se restableció. Una nueva era se abría para la cirugía con la introducción de este método. Todavía más: se trataba de una nueva era para toda la medicina.

Warren propuso que el día siguiente se hicieran dos

operaciones con el concurso de Morton. Hayward, uno de los ayudantes de Warren, tenía que extirpar un tumor del hombro derecho de una mujer. El sueño artificial se produjo perfectamente, sin que la enferma sintiese el bisturí. Luego, el Dr. Dix, segundo asistente del profesor Warren, iba a practicar una operación en el rostro de una anciana. Era necesario el uso del cauterio.

Por un momento pareció que el método de Morton fracasaría. La paciente dió muestras de dolor cuando le fué aplicado el hierro candente. Por indicación de Dix, Morton administró mayor cantidad de éter. La enferma cesó de respirar y su rostro palideció. El doctor Bigelow, que estaba presente en la operación, tomó el pulso de la enferma. Los latidos eran débiles e irregulares. Entonces hizo signos a Morton para que se separase el inhalador. Morton obedeció las instrucciones. Bigelow volvió a observar el pulso, que había vuelto a la normalidad.

El estado de la enferma pareció correr peligro durante un momento, pero pudo encontrarse, en esta ocasión, una prueba que habría de tener gran importancia para el futuro de la anestesia. El Dr. Bigelow había observado una señal de alarma. El pulso de un paciente sometido a la acción del éter debe ser continuamente vigilado y constituye una guía en la producción del sueño artificial.

Ahora las cosas se desarrollaban normalmente. La punción de la piel, con una aguja, mostró que la paciente estaba completamente insensible. Entonces el Dr. Dix aplicó el termocauterio. Mientras por la sala se extendía el desagradable olor de la carne quemada, la enferma dormía profundamente en la cama de operaciones. Ya no cabía la menor duda acerca de la eficacia del procedimiento de Morton.

El hallazgo de un método para practicar operaciones quirúrgicas indoloras pertenecía a Morton, y el procedimiento era de su propiedad, aunque su naturaleza fuera tal que correspondiera a la humanidad entera. Era inevitable un conflicto entre el interés individual y el interés general, y comenzó inmediatamente después del primer

triunfo. El Dr. Warren encontró justificada su fe, pues el desembrimiento de Morton constituía enorme ventaja para la humanidad. Warren intentó evitar a sus futuros pacientes el tormento del bisturí. Casi todos los días se realizaban operaciones, y el Massachusetts General Hospital debía procurarse inmediatamente un inhalador, para cuando fuese necesario.

Ordenó a uno de sus ayudantes que visitase a Chamberlain, el fabricante de instrumentos, para que construyese un inhalador destinado al hospital.

—Lo siento mucho, señor — dijo Chamberlain —; pero no puedo suministrarle ninguno. Este aparato ha sido inventado por el Dr. Morton, quien ha obtenido una patente. Si el Hospital desea usarlo debe procurarse una autorización del inventor.

El Dr. Warren pensó que no habría dificultad; pero cuando el ayudante le refirió su conversación con Chamberlain, el cirujano dijo:

—Muy bien; pagaremos a Morton para poder usar regularmente su aparato. Tiene un inmenso valor para los pobres pacientes y no encuentro razón que impida al inventor obtener un beneficio de su descubrimiento.

Envió un mensaje a Morton pidiéndole acudiese al día siguiente para discutir la cuestión.

Pero la Massachusetts Medical Society protestó. Algunos médicos que pertenecían al Hospital General no estaban conformes, y declararon que tal exigencia por parte de Morton era inmoral y no podía ser aprobada por la clase médica.

Mientras era un dentista, dedicado a su oficio, podía pasar; pero desde el momento en que el Dr. Morton deseaba introducirse entre la clase médica, ya no podía usar su descubrimiento como un medio de obtener provechos privados y estaba obligado a cumplir los requisitos éticos que la profesión médica imponía. Parecía increíble que fuera posible alegar que, dados los altos ideales de la medicina, un descubrimiento de la categoría del de Morton pudiese reservarse para obtener beneficios particu-

lares. Los descubrimientos de la ciencia debían ser accesibles a la humanidad entera.

“Es necesario hacer algo inmediatamente contra estos procedimientos, que constituyen un escándalo para nuestras tradiciones — decían los miembros de la Medical Society —. No podemos permitir que la credulidad y la bondad del profesor Warren sirvan como instrumento de este avaricioso saemuelas. No podemos seguir discutiendo este asunto en el día de hoy; le dedicaremos una sesión especial mañana.” Así fué decidido.

En la sesión especial de la Medical Society, celebrada al siguiente día, se acordó que mientras Morton insistiese en utilizar su invención como un medio para obtener un provecho particular, la clase médica de Boston no quería saber nada de ese asunto. La resolución fué tomada por unanimidad, siendo notificada oficialmente al cuerpo médico de Massachusetts General Hospital.

Éste fué un gran golpe para el Dr. Warren. En aquellos días tenía un caso en el que estaba muy indicada la operación sin dolor. Recientemente había ingresado en el Massachusetts General Hospital una joven de 21 años, llamada Alice Mohan, a la cual debía amputársele una pierna. Sería la operación más formidable y dolorosa practicada hasta entonces utilizando el método de Morton. Y se trataba de un caso en que el método de Morton estaba muy indicado. Ahora surgía este enfadoso asunto de la patente.

El profesor Warren, animado por los más puros ideales de de profesión, había alcanzado la cumbre entre la clase médica de los Estados Unidos, y era bien conocida su adhesión a los principios éticos de la práctica médica. Pero no podía comprender que, por una u otra objeción, pudiera abandonarse un descubrimiento que tenía que ser admitido universalmente. Morton había encontrado el procedimiento para evitar el dolor de las operaciones. Existían innumerables pacientes que podían beneficiarse con este método. Alice Mohan necesitaba que le fuese amputada una pierna, y la operación podía hacerse sin

dolor, gracias al Dr. Morton. ¿Podía permitirse en nombre de una moral médica dar de lado el descubrimiento?

A pesar de todo, Warren juzgó imposible desentenderse de la unánime decisión de la Medical Society. Por tanto, escribió a Morton cancelando la cita en la cual sería discutida la hora de la operación de Alice Mohan, e informó también a Morton de la decisión de Medical Society, añadiendo que el Hospital estaba de acuerdo con tal decisión.

Mientras Morton era simplemente un dentista y utilizaba su descubrimiento para orificar sin dolor los dientes defectuosos, era responsable tan sólo ante su propia conciencia de puritano. Cuando obtuvo una patente que le permitía conceder licencia para utilizar su descubrimiento, recibiendo por ello una retribución pecuniaria, sus instintos comerciales estaban en perfecta armonía con la ética puritana de la New England. Pero tales procedimientos eran incompatibles con la conducta de quien deseaba ser un bienhechor de la raza humana. Cuanto más pensaba sobre este asunto, Morton se daba cuenta de que el honor de los médicos pesaba más que la ética puritana, sostenedora de que todas las oportunidades para obtener una ganancia merecían la aprobación divina.

Por lo demás, hacía ya tiempo que, en la mente de Morton, la idea de vencer al dolor había desplazado la idea de obtener beneficios pecuniarios colocando coronas de oro en los dientes deteriorados.

Cuando tuvo en sus manos la carta del profesor Warren, su respuesta fué la siguiente:

“Estimado señor: Como puede ser de interés que las operaciones quirúrgicas practicadas en el Massachusetts General Hospital se realicen en la influencia de la sustancia empleada por mí para producir insensibilidad temporal al dolor, me permito ofrecer al Hospital el libre uso del método para todas las operaciones que en él se realicen”.

Pero Morton fué todavía más allá en su desinterés: después del cambio de cartas con Warren, solicitó de éste una nómina, tan completa como fuera posible, de los hospitales y de las instituciones de caridad de la región, con objeto de concederles la licencia gratuita para el empleo de su descubrimiento.

La dificultad había, pues, desaparecido; y el Dr. Warren fijó la fecha de la operación de Alice Mohan para el día siete de noviembre. Se hizo el anuncio en los diarios de Boston, y los médicos y cirujanos de la ciudad esperaron el acontecimiento con el mayor interés científico.

El Dr. G. M. Angell, de Atlanta, que por entonces visitaba Boston y tuvo ocasión de ser testigo de la operación a que nos referimos, escribió un informe, lleno de vida, en el que relata lo que ocurrió:

“En la mañana del día en que debía realizarse la operación, acudí, como de ordinario, al hospital; pero mucho más temprano, pues ya suponía que la gran reputación del Dr. Warren, y la importancia del acontecimiento, congregarían numerosas personas en la clínica. Cuando llegué, una gran multitud se había reunido frente al hospital, llenando la calle; pero la puerta se mantuvo cerrada hasta que llegó la hora en que habitualmente se abría. Penetré por una puerta privada, en unión de unos estudiantes, y nos dirigimos a la sala de operaciones para tomar asiento lo más cerca posible de la barandilla. Allí esperamos impacientes. Cuando llegó la hora y las puertas se abrieron, el gran salón fué invadido por la multitud, que llenó bancos y pasillos en todo lo que permitía su capacidad”.

El Dr. Angell esperó largo tiempo, pero la operación no comenzaba. Transcurrida una hora, la puerta de la antesala, desde la cual tenía que ser conducida la paciente, continuaba cerrada. La espera acrecentaba la im-

paciencia, y el público golpeaba el pavimento, manifestando su desagrado. Nadie se explicaba la demora.

Mientras tanto, en la antesala del anfiteatro tenían lugar incidentes verdaderamente dramáticos. Todos los preparativos habían sido hechos. Alice Mohan estaba preparada para ser introducida en la sala de operaciones. Pero en este momento apareció el vicepresidente de la Massachusetts Medical Society, y dirigiéndose al doctor Warren le dijo:

—¿Está usted informado de la composición del remedio con la ayuda del cual intenta usted realizar esta operación?

—No, señor — respondió Warren —; pero antes de tomar la responsabilidad de adoptar el método de Morton debo decirle que estoy convencido que no ofrece riesgos. Esto me parece suficiente. Reconozco que Morton ha mantenido en secreto su remedio, pero me parece que no tenemos derecho a pedirle que lo revele.

—Lo siento mucho, Dr. Warren — replicó el vicepresidente —, pero en estas circunstancias la Medical Society cree necesario protestar contra el hecho de que usted realice la operación con la ayuda del remedio de Morton. La mayor parte de nuestros socios alegan que la buena voluntad de Morton cediendo gratuitamente remedio y aparato el hospital no es suficiente para cumplir los requisitos que la clase médica exige. Los médicos tienen el derecho y el deber de conocer la composición de los remedios que emplean en su práctica. La prohibición de usar remedios secretos es una verdadera tradición profesional y estamos resueltos, Dr. Warren, a ser fieles a ella. El uso de remedios secretos es una estratagema de charlatanes, con la que nada tenemos que ver los médicos de alguna responsabilidad. Los doctores de Boston están convencidos de que usted y sus colaboradores participan de nuestra opinión.

Como el Dr. Warren y sus ayudantes eran también miembros de la Medical Society, no podían disentir de la protesta de sus colegas. No quedaba otro camino que

la de realizar la amputación en la dolorosa forma acostumburada. Alice Mohan no disfrutaría, pues, de las ventajas del remedio de Morton.

El Dr. Bigelow estaba presente durante este cambio de palabras. Había venido a presenciar la operación, y esperaba que el Dr. Warren se atreviese a desafiar a la Medical Society. Allí estaba una pobre muchacha que podía ser salvada de dolores intolerables, y que, sin embargo, sería privada de las ventajas del nuevo método por consideraciones de ética médica. Esto era realmente imposible. Bigelow, muy agitado, intervino agrientemente:

—No, no y mil veces no; esto no puede ser. ¿Están ustedes locos? ¿Es que no lo comprenden? No se trata de un asunto de ética profesional. Estamos ante un ser humano a quien hay que amputar una pierna. La pobre muchacha quedará mutilada para el resto de su vida. Pero al menos disponemos de medios para evitar los terribles dolores que la esperan en el acto de la mutilación. ¿Ha venido usted para amarrarla sobre la mesa de las torturas, y proceder del modo usual mientras ella conserva plenamente el conocimiento? El anfiteatro está lleno de espectadores que han venido a presenciar una operación indolora. ¿Desea usted que en vez de esto vean una pobre víctima debatirse bajo el bisturí, para que nadie dude de la naturaleza horrible de nuestra profesión?

—Hará bien en recordar, Dr. Bigelow, que nosotros no somos charlatanes, sino médicos respetados — contestó con voz tranquila el vicepresidente, en respuesta a la violenta explosión del cirujano —. Siendo así, no podemos permitir el uso de un remedio secreto. Nuestro sentido de la responsabilidad y la dignidad de nuestra profesión lo prohíbe.

—¿La dignidad de nuestra profesión — replicó Bigelow, sarcásticamente —. Mejor podría usted decir la arrogancia de nuestra profesión, orgullo de la más baja especie... Tan sólo arrogancia profesional es la que le mueve a intervenir y hablar como lo hace. ¿Hablar de responsabilidad médica? Nuestro sentido de la responsa-

bilidad nos prohíbe el uso de un remedio secreto, capaz de salvar del tormento a una pobre criatura; pero ¿ese mismo sentido de la responsabilidad nos permite someter a un innecesario tormento a esta desgraciada muchacha? Si corrección profesional significa falta de humanidad yo estoy avergonzado de pertenecer a esa profesión.

Bigelow se dirigió a Warren:

—Dr. Warren: a su valor debemos que, al fin este descubrimiento haya sido llevado a la práctica. ¿Será usted capaz de abandonar la senda emprendida? Le pido que no haga caso de palabras altisonantes. Alice Mohan está esperando para ser operada. ¿Podrá decidirse a exponerla a innecesarios dolores? Su experiencia le dice qué es lo que le aguarda en el anfiteatro, en el caso de no usar el remedio de Morton. ¿Está usted preparado para ver cómo se retuerce de dolor, para escuchar sus lamentos, sabiendo que tiene a mano el remedio con el cual puede evitar esa tortura?

Bigelow estaba agitadoísimo y había perdido el dominio sobre sí mismo.

El Dr. Warren se sintió arrastrado por esas palabras apasionadas. Silenciosamente, dió la espalda al vicepresidente. ¿Qué ocurriría?

Alice Mohan estaba preparada para la operación, y esperaba desde hacía largo tiempo. ¿Qué iba a pasar?

—¿No sería mejor que usted hablase unas palabras con el Dr. Morton? — dijo el vicepresidente al Dr. Bigelow —. Basta que le comunique la composición de su remedio, y entonces el Dr. Warren podrá proceder a la operación. Pero me parece que el tono con que usted criticaba la corrección profesional es injustificable, y que no tiene razón cuando habla en nombre del sufrimiento de los pacientes. Debe recordar que cuando el Dr. Morton, por avaricia, mantiene el secreto de su remedio, impide su uso general. Si alguien es responsable de que los pacientes sufran dolores innecesarios, seguramente es él.

—Siempre he pensado que ser humanitario es el primer deber de un médico. A mí no me importa tener una con-

versación con el Dr. Morton — respondió el Dr. Bigelow.

—Esta pobre mujer está ya preparada para la operación y hace una hora que espera — interrumpió impaciente el Dr. Hayward.

—Puede esperar todavía un poco — adujo Bigelow —, mientras yo hablo con el señor Morton.

El Dr. Warren accedió a esperar hasta que el Doctor Bigelow volviese con la respuesta de Morton. Había llegado el momento en que éste debería tomar una gran decisión. ¿Sería capaz de ello? ¿Estaría el descubridor a la altura del descubrimiento?

Sin duda, el hombre con quien el Dr. Bigelow iba a hablar era muy diferente de aquel Morton que, inmediatamente después de haber extraído sin dolor un diente a Eben Frost, se apresuró a solicitar a Eddy la concesión de una patente con el deseo de obtener pingües ganancias. Tan sólo habían pasado seis semanas. La extracción tuvo lugar el día primero de octubre, y ahora era el siete de noviembre. Treinta y siete días parecía ser poco tiempo para transformar a un dentista ambicioso en un desinteresado bienhechor de la raza humana. Morton no habría podido desechar completamente la mezquindad propia del espíritu humano.

—Estoy dispuesto a descubrir la composición del remedio, Dr. Bigelow — dijo Morton —, en cuanto me sea concedida definitivamente la patente. Pero el asunto está todavía en el aire. Si descubro mi secreto, la patente puede quedar invalidada. La cuestión estará resuelta en estos días; podemos esperar a que esto suceda.

—¿Esperar, amigo mío? La enferma está aguardando para ser operada. Si ahora, al volver a reunirme con mis colegas, no puedo decirles que usted está dispuesto a descubrir la composición de su remedio, Alice Mohan tendrá que ser operada con los viejos métodos. Conozco a mis colegas y sé que no cederán. La decisión, por tanto, depende de usted. Considere detenidamente si el mantenimiento del secreto y las ventajas que pueda obtener justifican y permiten que una pobre criatura sufra innecesaria-

El triunfo sobre el dolor
riamente. Su descubrimiento es demasiado importante para poder ser propiedad de un hombre, aunque este hombre sea el descubridor.

Morton se daba cuenta de que el guardar su secreto le aseguraría mayor provecho y más amplios ingresos. Ésta había sido siempre su esperanza. Ahora comprendía que quien tiene una misión en la vida, debe sacrificarse por ella. La suya era libertar a la humanidad del dolor de las operaciones quirúrgicas. Al sacrificar el secreto en beneficio de la humanidad, tenía que renunciar a la esperanza de obtener provechos económicos.

A Bigelow le fué más fácil vencer la aviricia de este, hasta entonces desconocido, dentista de Boston, que le había sido dominar el orgullo profesional de sus propios colegas.

Los dos hombres recorrieron el pasillo pensando que para el destino de Alice Mohan la resolución que se tomase sería decisiva.

William Thomas Green Morton, en su práctica, sólo conocía el dolor de las extracciones dentarias, que, aunque fuese grande, no podía compararse con la tortura infligida por el bisturí del cirujano. Pero podía fácilmente imaginarse ese tormento.

—Si la única solución posible es que yo sacrifique mi secreto, puede asegurar que Alice Mohan no experimentará dolores innecesarios. Accedo a divulgar lo que sus colegas desean conocer. Vamos.

Morton y Bigelow penetraron en la antesala y aquél dijo inmediatamente:

—Señores: para evitar cualquier objeción que se haga al empleo de mi remedio, tengo el honor de informarles que es, simplemente, éter sulfúrico puro, rectificado. — Todos quedaron atónitos y silenciosos.

Entonces el Dr. Warren dió la orden de que la enferma fuese conducida al anfiteatro.

La impaciencia y la excitación habían llegado al máximo cuando la puerta que comunicaba con la antesala se abrió y los sirvientes condujeron la mesa sobre la cual

yacia la enferma. Luego penetraron los médicos. Todos los ojos se dirigieron al Dr. Hayward, quien solemnemente declaró:

—El medicamento con el cual se va a hacer dormir a la enferma, es desde ahora propiedad de la ciencia. Con la aprobación del cuerpo médico de Boston, la enferma Alice Mohan respirará un vapor capaz de impedir el dolor durante la operación. El líquido cuyo vapor va a ser usado es el éter sulfúrico.

Estos párrafos corresponden al relato del Dr. Angell, antes mencionado.

“Después que el Dr. Hayward pronunció esas palabras, el Dr. Warren refirió brevemente la historia clínica de la enferma, explicando la necesidad de la operación y añadiendo que el empleo del método para evitar el dolor había merecido la aprobación de la enferma. Reinó un profundo silencio y ni el más leve murmullo se alzó en parte alguna del anfiteatro. Ni siquiera se oía el rasguero de una pluma que tomase notas.

“Señor Morton — dijo el Dr. Warren —, haga el favor de aproximarse y administrar su medicamento a esta enferma.

“Morton se acercó a la mesa e introdujo lo boquilla del inhalador en la boca de la paciente. Dió unas breves órdenes y extrajo el tapón de la parte superior del aparato. La enferma cerró los ojos como si durmiera, y pronto su pecho mostró los movimientos de un profundo sueño natural.

“El intenso silencio fué roto por Morton, quien, después de extraer la boquilla del aparato, se dirigió al doctor Warren diciéndole con voz pausada: «la enferma está preparada para la operación». El Dr. Warren sacó un alfiler de su solapa. —¿Cree usted que no sentirá dolor? — preguntó —. Entonces clavó el alfiler en la piel de la paciente, observando al mismo tiempo su rostro. Los músculos de la cara no indicaron que la enferma experimentase sensación alguna. El Dr. Warren se volvió rápi-

damente, eligió una legra y realizó con prontitud la amputación.

“Ni un músculo del rostro de la enferma se contrajo. Los ayudantes concluyeron la operación. Justamente en el momento de terminar, Alice Mohan movió la cabeza hacia un lado, exhalando un ligero quejido. El Dr. Warren la tomó de un brazo llamándola por su nombre. Ella miró de un lado a otro, de un modo impreciso, diciendo: —¿Señor? — Me parece que ha estado usted durmiendo, Alice. —Creo que sí, señor, — replicó ella —. Muy bien, la hemos traído aquí para realizar la amputación; ¿está usted dispuesta? —Sí, señor — respondió —; estoy dispuesta. Entonces el operador, levantando el miembro amputado, se lo mostró diciendo: —Ya todo ha terminado.

“La escena que siguió fué indiscrepible. Los espectadores no cabían en sí de gozo. Aplaudían y gritaban. Mientras tanto, la enferma era transportada a su lecho. El Dr. Warren paseaba nerviosamente de un lado a otro. Finalmente se volvió hacia el público y dijo, con voz llena de emoción: “Señores, esto no es un engaño”.

Con estas palabras termina la descripción del Dr. Angell acerca de la primera amputación indolora, realizada en un ser humano bajo la acción del éter.

Desde entonces la inhalación de éter durante las operaciones quirúrgicas fué empleada regularmente en el Massachusetts General Hospital, y el método fué reconocido oficialmente por la clase médica americana. John Collins Warren consagró científicamente el descubrimiento de Morton con las siguientes frases entusiastas:

“Una nueva era se ha abierto en la cirugía operatoria. Se ha intervenido en las partes más delicadas, sin escuchar los gritos de angustia que estábamos habituados a oír, en un estado de perfecta insensibilidad y mostrando, algunas veces, el rostro del enfermo una expresión de placer. Éste es el mayor milagro. ¿Quién podría imaginarse que el rasgar del cuchillo sobre la delicada piel de la cara pu-

diera producir una agradable sensación? ¿Quién podría pensar que la acción de los instrumentos, sobre las partes más sensibles, fuese acompañada de un sueño delicioso? Si Ambroise Paré y Louis, Desault y Cheselden, Cooper y Hunter pudieran ver lo que nuestros ojos presenciaron ahora, desearían volver a este mundo para realizar nuevamente sus hazañas. Éste es el descubrimiento más valioso que se ha hecho, pues ha libertado del dolor a la humanidad. Ilimitado y libre como la luz solar, obra de Dios, anima y alegra la tierra y despierta la gratitud de las generaciones presentes y venideras. El estudioso que desde distantes regiones y en diferentes épocas venga a esta ciudad, tendrá que recordar que aquí se hizo la primera demostración de uno de los más gloriosos hallazgos de la ciencia”.

Boston iba a ser el punto de partida del nuevo método. Un día y otro aparecían artículos en la prensa local, y los hombres de ciencia discurrían sobre la importancia del descubrimiento. Por esta fecha, el poeta, novelista y médico Oliver Wendell Holmes, de ordinario escéptico, exclamó entusiasmado en una de sus siempre concurridas conferencias:

“La naturaleza ha expiado la maldición original que condenaba a la más tierna y delicada de sus criaturas, pues el bárbaro rigor del sufrimiento se ha hundido en las aguas del olvido y se han allanado para siempre las más profundas huellas de las ásperas crestas del dolor”.

El flúido de Morton necesitaba un nombre adecuado. Las primeras expresiones empleadas para designarlo, como mixtura, preparación, nuevo descubrimiento, gas adormecedor, aunque revelaban el entusiasmo general, no eran satisfactorias. Los admiradores estaban dedicados a la busca de una denominación apropiada.

En esos días, la casa del Dr. Gould era el lugar de reunión de quienes mecían la cuna del nuevo descubrimiento. Todas las tardes, Morton y sus amigos discutían acerca del nombre. Era urgente decidirlo. Una noche, el Dr. Gould leía una larga lista con los nombres hasta entonces sugeridos. Había uno que Morton no había oído. Cuando Gould pronunció la palabra “Letheon”, el descubridor se levantó gritando: “He aquí el nombre; se encontró al fin; no puede hallarse otro más adecuado. Letheon, del río Leteo, de la mitología griega, cuyas aguas podían borrar todos los recuerdos dolorosos”.

Los hombres de ciencia allí presentes convinieron con Morton que este nombre poético era el mejor. Pero Oliver Wendell Holmes, que era poeta, no quedó satisfecho; el nombre debería encontrarse en el vocabulario de la ciencia. Prometió pensar sobre este asunto. Al día siguiente logró dar con un nombre. Con fecha 21 de noviembre de 1846 escribió a Morton esta carta:

“Todo el mundo necesita poner su mano en su gran descubrimiento. Por lo que a mí respecta, únicamente puedo hacerle una o dos sugerencias acerca de los nombres que pueden aplicarse al estado producido y al agente. Creo que el estado puede ser denominado “Anestesia”... El adjetivo puede ser “anestésico”. Así podremos hablar del estado de anestesia o del estado anestésico... Ya disponemos del nombre, pero será preciso consultar a algún erudito, como el Presidente Everett o el Dr. Bigelow (padre), antes de establecer definitivamente los términos que han de ser repetidos por las lenguas de todas las razas civilizadas de la humanidad.

“Respetuosamente,
Oliver Wendell Holmes”.

Siempre que se obtiene un triunfo tan extraordinario como el que estamos refiriendo, aun cuando su valor haya quedado definitivamente demostrado, se encuentran

revistas, sociedades y hombres de ciencia que dudan, censuran y critican. Notas discordantes y comentarios desfavorables se elevan entre en coro general de alabanzas. No es raro que mientras unos califican un hallazgo de magnífico y maligroso, otros lo motejan, considerándolo como un embuste o como una extravagancia.

En todos los tiempos se hallan “hombrecillos de mente estrecha”, los envidiosos y los escépticos incurables, cuyas voces disienten entre las aclamaciones.

Así, mientras en Boston tenía lugar el milagro de la anestesia, el *Medical Examiner*, de Filadelfia, dedicaba unas virulentas líneas contra el nuevo descubrimiento, calificando a la anestesia de “estafa” y “charlatanería”. Decían así: “No nos consideramos autorizados para comentar las últimas noticias que leemos en el *Medical and Surgical Journal* de Boston, demostrativas de que eminentes miembros de la clase médica han sido atrapados en una red”.

La mayor parte de los médicos de Filadelfia participaban de la misma opinión, y, en el año 1847, el cuerpo médico del Hospital de Pennsylvania se jactaba de no haber practicado ninguna operación con anestesia.

En Nueva York los diarios anunciaban con malicioso regocijo que “El último milagro ha llegado ya al natural término de su existencia”. Mientras tanto, en Baltimore, un dentista escribía violentamente contra la anestesia, diciendo: “Protesto contra ese enorme negocio, pues creo que el gran descubrimiento carece de eficacia. Si se trata de producir insensibilidad, prefiero un *grog* de whisky en vez del éter, pues sus efectos son más seguros y permanentes, es menos peligroso, y, además, es más fácil persuadir a los enfermos para que lo tomen”.

La hostilidad mayor procedía del Sur. “El mesmerismo, que ha sido repudiado por los SABIOS de Boston, ha producido muchos milagros, sin exponer a peligros”, decía el *Medical Journal* de New Orleans. El autor del artículo añadía: “Nos admira que los mejores cirujanos

de Boston hayan quedado cautivados por una invención como ésta”.

No hay ni qué decir que también los religiosos presentaron sus objeciones, aduciendo que el dolor era obra de la providencia y que constituía una impiedad intentar combatirlo.

Sin embargo, ninguno de los contradictores fué capaz de detener la marcha victoriosa del gran descubrimiento. Pocos días después de haber sido realizada la primera amputación sin dolor, un diario de New York escribía: “Dios bendice al inventor de esta última merced concedida a la humanidad. Es el descubrimiento más glorioso o, por mejor decir, más semejante a Dios realizado en todas las edades”.

La opinión de New York fué rápidamente seguida por Chicago, Buffalo y St. Louis. Los diarios y la clase médica de estas ciudades saludaban al nuevo descubrimiento con el mismo entusiasmo que Boston. Toda América, el mundo entero, se unió pronto al coro de las alabanzas.

“Hoy hemos visto algo que todo el mundo aceptará” — exclamó el Dr. Bigelow después de haber asistido a la primera amputación sin dolor; y su entusiasmo estaba justificado.

A mediados de diciembre del año 1846, el Dr. Bott, en Gower Street, Londres, recibió una carta de Bigelow en la que éste llamaba su atención acerca del nuevo descubrimiento. El 17 de diciembre, Bott leyó esta carta en una reunión de médicos. El asunto se difundió rápidamente. El 19 de diciembre, un dentista llamado Robinson extrajo un diente a una sobrina de Bott, Miss Lonsdale. La operación fué realizada sin dolor, en la casa de Bott, bajo la acción del éter.

En Londres, como en Boston, fué un cirujano notable quien realizó por primera vez una operación de cirugía mayor utilizando éter. Robert Liston, del University College Hospital, la practicó el día 21 de diciembre. Fueron invitados los médicos y cirujanos más conspicuos, y muchos estaban asombrados de que un hombre de la

reputación de Liston adoptase la innovación americana.

Uno de ellos expresaba sus dudas, antes de la operación, diciendo: "Lo que el nuevo descubrimiento promete es demasiado bueno para ser verdad". Pero el triunfo del nuevo método fué tan grande que convenció a todos los escépticos.

El paciente era un hombre de mediana edad, y Liston le hizo inhalar éter. Casi inmediatamente perdió el conocimiento y el cirujano le amputó la pierna derecha. El paciente volvió en sí rápidamente, sin darse cuenta de lo que había sucedido. Cuando levantaron las sábanas que cubrían sus extremidades inferiores y vió el muñón, se desplomó sollozando sobre las almohadas. Todos los presentes se emocionaron profundamente. Cuando ya el enfermo había sido transportado fuera del anfiteatro, Liston exclamó con entusiasmo: "¡Hurra! ¡Alegría! Un dentista americano ha empleado la inhalación de éter para combatir el dolor durante sus operaciones. Dentro de seis meses no se realizará ninguna operación sin la anestesia previa". Otro notable cirujano decía: "Sin discusión, éste es el descubrimiento más maravilloso que se ha hecho, pues es capaz de vencer el dolor". Dos siglos antes, uno de los filósofos ingleses más grandes, Francis Bacon, había escrito: "Mientras no se ha llegado a conseguir una cosa, la gente se sorprende si se le dice que es posible; pero en cuanto se ha obtenido, se admira de que nadie haya pensado antes en ella". Así ocurría ahora con el descubrimiento de la anestesia.

Después del triunfo de la operación de Liston, Londres hervía de entusiasmo. "Salve, hora feliz — decía el *People's London Journal* del 9 de enero de 1847 —, que nos trae las alegres nuevas de otra gloriosa victoria. ¡Qué enorme júbilo para todos saber que el nuevo año nos anuncia el noble descubrimiento de poder vencer la sensación del dolor, y que podrá borrarse de la memoria y de la retina los horrores de una operación! Ésta es, al fin, una gloriosa victoria, la victoria del saber sobre la ignorancia, del bien sobre el mal. El sentido humanitario ha

triunfado. Es una victoria no del día de hoy, ni de nuestros tiempos, sino de todas las edades y de todos los tiempos; no de una nación, sino de todas las naciones, que se transmitirá de generación en generación mientras el mundo exista". Por otra parte, en la revista *Lancet* se decía: "El descubrimiento del Dr. Morton, que impresiona tanto al científico como al profano, debe ser colocado entre los dones y mercedes más elevados del conocimiento. Es un honor para nosotros, hermanos de este lado del mar, que el descubrimiento haya sido hecho por un americano. Al lado de la de Franklin, es la segunda poderosa contribución que la ciencia recibe del Nuevo Mundo, siendo la primera en lo que se refiere al arte médico. El Dr. Morton merece, si su descubrimiento resiste al testimonio del tiempo, la gratitud y la recompensa de todos los pueblos civilizados y de todos los gobiernos de la superficie del globo".

En las revistas inglesas de medicina, el descubrimiento americano de la anestesia se comparaba repetidas veces con el descubrimiento de la vacunación. Si Jenner había derrotado la peste de la viruela, el descubrimiento de Morton significaba la derrota del dolor. Jenner y Morton habían libertado a la humanidad doliente de dos de los más grandes males.

La anestesia pronto iba a ocupar su puesto en París. Morton envió un inhalador, acompañado de unos comentarios de los Dres. Warren y Bigelow, a un americano amigo suyo, Will Fisher, que vivía en la capital de Francia. Como Fisher era de Boston, la carta de Morton le produjo una explosión de patriotismo local. ¡Su ciudad nativa había sido la cuna de este inmortal descubrimiento! Había sido hecho por un dentista de Boston a quien conocía personalmente; y uno de sus primeros profesores, el Dr. Warren, había realizado la primera operación indolora de cirugía mayor.

Al día siguiente de recibir el inhalador, Fisher hizo dos experiencias sobre sí mismo. Luego, dirigiéndose al hospital de San Luis, hizo una demostración ante dos famo-

tos cirujanos: Jobert de Lambelle y Malgaigne, persuadiéndoles de que ensayasen la anestesia en algunos de sus pacientes. Fisher no podía permitir que creciera el mohó sobre este espléndido descubrimiento que había sido hecho por otro bostoniano.

Por entonces vivían en París los dos más grandes adversarios del método — el Dr. Roux y Louis Velpeau —, quienes no hacía mucho tiempo habían declarado que “busear la cirugía no dolorosa era busear una quimera”. Mientras estos dos magnates mantuvieran la lucha, la conquista de París sería difícil de lograr.

Pero el bostoniano estaba dispuesto a combatir por la gloria de su ciudad nativa, con la energía propia de un americano que no se deja dominar por nombres sonoros y reputados. Fisher era de la misma fibra que Morton. No se atemorizaba porque un portero quisiera expulsarle, ni porque un mequetrefe pretendiera engañarle con un “vuelva usted mañana”, ni porque un profesor se dispusiera a partir envolviéndose en su sobretodo. Habló extensamente y con tanto entusiasmo con los profesores Velpeau y Roux, que al fin les convenció de que realizasen una operación con anestesia etérea. El triunfo fué extraordinario.

“Una gloriosa victoria para la humanidad” — dijo Roux —. Sólo pocos años antes Velpeau había declarado que el dolor y el bisturí del cirujano eran inseparables. Ahora reconocía que ya no era posible la duda. “Hasta los más inerédulos deben rendirse ante el poder de los hechos. Hemos sido testigos de ellos. Desde el Nuevo Mundo y desde la ciudad de Boston venía la demostración de que se había logrado lo que hasta entonces era considerado como imposible, imponiéndose como un hecho cumplido.”

Hacia mediados del mes de enero, sólo dos meses después de la operación en el Massachusetts General Hospital, todo París conocía el nuevo milagro venido de Boston.

En Alemania hubo al principio muchos escépticos. Un notable cirujano de Breslau declaró que, aunque era ateo,

cuando iba a realizar una operación tenía más confianza en una plegaria que en un narcótico.

Pero cuando el día 24 de enero de 1847 Heyfelder realizó en Erlangen la primera operación de cirugía mayor que tenía lugar en Alemania, el descubrimiento fué aclamado entusiastamente.

“El espléndido sueño de la conquista del dolor se ha transformado en realidad”, escribía Dieppenbach, el famoso cirujano alemán, en una monografía titulada *Der Aether gegen den Schmerz*. “El dolor, la sensibilidad más exagerada, el signo más claro de la imperfección del cuerpo humano, se bate en retirada ante el poder de la inteligencia del hombre y ante el descubrimiento de la acción de los vapores del éter. Este descubrimiento ha suprimido el terror a la muerte, porque tememos más a los dolores de la muerte que a la muerte misma. Ya no tenemos que pensar en el tormento de las operaciones de cirugía mayor, a las que temíamos más que a la muerte y por ello tratábamos de evitarlas a toda costa. Ahora podemos evitar ese tormento, y ello nos llena de gratitud y admiración.”

En Viena, Josef Weiger, habiendo visto a Schuh realizar la primera operación bajo la acción de la anestesia, declaró: “Este es el descubrimiento más importante y más grande del siglo. Digo el descubrimiento más grande, pues aunque la máquina de vapor o el telégrafo eléctrico no hubieran sido inventados, nuestros deseos, aunque más lentamente, podrían cumplirse; mientras que los beneficios de evitar el dolor durante las operaciones quirúrgicas, serán bien comprendidos por quienes hayan tenido ocasión de observar intervenciones ejecutadas sin anestesia.”

Desde la Europa occidental el descubrimiento se extendió a Rusia. En la lejana Crimea, el famoso cirujano Pirogoff vino a ser un defensor de la anestesia. Poco después, un diario ruso la consideraba como “la mayor bendición, un don del cielo, por el cual debemos la máxima gratitud al descubridor”.

La alegre nueva llegó hasta los más lejanos límites de la tierra civilizada, y aun más allá. Los misioneros y los comerciantes llevaron no sólo las noticias sino el método mismo, a través de tierras y mares, hasta los lugares más remotos.

Las palabras de Liston: "En seis meses ninguna operación será practicada sin la previa anestesia", fueron una realidad. La anestesia etérea era ya una adquisición del mundo médico y un arma de valor incalculable contra el dolor.

Los médicos, las sociedades científicas, los hospitales, los diarios y la enorme multitud de enfermos salvados del tormento, expresaban su gratitud. Todos unidos bendecían al hombre que había concedido esa merced a la humanidad.

CAPÍTULO XI

LA PRIMERA SOMBRA

"El aspecto melancólico del doctor Morton y su evidente decaimiento me hicieron creer en la imposibilidad de que hubiera triunfado", escribía Elizabeth¹ refiriéndose al momento en que su marido regresaba de la memorable operación. "Parecíame que, al haber hecho el más espléndido descubrimiento del siglo, debería hallarse gozoso; pero, por el contrario, allí estaba descorazonado, hundido, como si fuera presa de un gran desaliento. Esto era debido no sólo a la fatiga corporal originada después de tan grandes esfuerzos, sino también a la intuitiva percepción de los males que le aguardaban. Es una estricta verdad que, a partir de aquel día, toda su vida fué una constante amargura, aunque había conferido a la raza humana uno de los dones más preciosos."

El día 17 de octubre de 1846, inmediatamente después de practicada la operación a Gilbert Abbott, Morton escribió, contando su triunfo, a su antiguo compañero Horace Wells. Sí, había logrado descubrir un medio eficaz para evitar el dolor. Su intención era obtener una patente, y también se lo comunicó a su amigo. Quizás ambos podrían actuar simultáneamente. ¿No podría Wells promover el asunto de la patente en New York?

Cuando Wells recibió la carta de Morton habitaba en el City Hotel de Hartford, Connecticut. Estaba prepa-

¹ *MacClure's Magazine*, septiembre 1896.

rando una "Exhibición de panoramas científicos" y también planeaba un buen negocio con los grabados y pinturas franceses. La proposición de Morton era realmente interesante. Había que pensarlo. Quizá podría proponerle una abundante ganancia, y la situación de Wells no era como para perder la ocasión.

En respuesta, Wells escribió:

"He recibido tu carta y no debes descuidar tus derechos bajo ningún concepto. Antes de que tomes alguna medida quisiera verte. Pienso que me hallaré en Boston a principios de la próxima semana, probablemente en la noche del lunes. Si la aplicación del gas no produce grandes trastornos y es realmente eficaz, representará seguramente una fortuna para ti, si la administras sabiamente.

"Hasta pronto.

H. Wells".

El siguiente martes Wells acudió al consultorio de Morton y ambos hablaron de todas las posibilidades. Entonces visitaron a Eddy en la Oficina de patentes. Estando este asunto en un primer período y sometido a estudio, Wells juzgó que no era tan seductor como él esperaba. El negocio de los grabados y de las pinturas podría ser más provechoso. —"Buenos días, Morton, y buena suerte. Yo regreso a Hartford".

El "Panorama científico" en Hartford fué un fracaso. Wells decidió volver a París, donde podría comprar un lote de grabados y pinturas a bajo precio. Pero pocos días antes de partir tuvo noticias del éxito triunfal de la operación a Alice Mohan. En los diarios de Hartford, Morton era considerado como un gran descubridor. ¡Qué triunfo inesperado! Wells corrió a visitar a Samuel Cooley, el hombre que estaba sentado junto a él en la Union Hall. "Lea — le dijo Wells, entregándole los diarios —. Si yo hubiera continuado mis experimentos, prolongán-

dolos hasta obtener una conclusión decisiva, hubiera obtenido fortuna y fama."

El pensamiento se enconaba: "Yo pude haberlo hecho"; y poco a poco tomaba otro giro: "Yo soy el que lo ha hecho. El descubrimiento es realmente mío y Morton me ha imitado. Yo fuí quien realmente descubrió que el dolor podía ser evitado por la inhalación de gas. Morton no ha hecho otra cosa que utilizar éter en lugar de gas hilarante, y con ello ha ganado la fama. Cuando me propuso que le ayudase para obtener una patente, tan sólo intentaba engañarme, pensando que yo nunca adivinaría que era un estafador."

Wells pensó que el mejor plan era marchar inmediatamente a Boston e insistir sobre sus derechos. Pero tampoco podía posponer su viaje a París, pues esto podría enemistarle con ciertas personas que habían financiado el negocio. Sin embargo, no permitiría que su compañero Morton se apropiase de la gloria, sin que él intentase luchar.

El 7 de diciembre de 1846, el día antes de que el barco zarpara, Wells publicó una carta en el diario *Courant*, de Hartford.

"Como el Dr. Charles T. Jackson y W. T. G. Morton reclaman ser los autores de este notable descubrimiento, quiero hacer una breve historia del asunto para que el público pueda decidir a quién corresponde el honor... Cuando estaba utilizando el medicamento hilarante, se me ocurrió inmediatamente que podría ser preferible el gas óxido nitroso o el éter sulfúrico. Consulté con el Dr. Marey de esta ciudad, y por su consejos continué utilizando el primero. Cuando los doctores Jackson y Morton aducen que ellos emplean una sustancia diferente, yo replico que se trata del mismo principio... Después de esta exposición de los hechos, dejo a los lectores que decidan a quién pertenece el honor del descubrimiento."

Durante su viaje a través del Atlántico, Wells fué atormentado por la idea de que él había hecho el descubrimiento y que le habían robado los frutos. Cuando llegó a París su amargura se intensificó.

Al llegar a Francia, su amigo, el dentista Brewster, vino al barco a reunirse con él. Apenas cambiados los saludos, ya comenzaron a conversar acerca del gran descubrimiento. Todo París hablaba de esta verdadera bendición que desde Boston se impartía a la humanidad. Jobert de Lamballe había ensayado el método en el Hospital de San Luis; la Academia de Ciencias estaba discutiendo el asunto; Roux y Velpeau, dos autoridades médicas, lo aprobaban.

París era el mundo. Todos estaban pendientes del nuevo descubrimiento y no había nadie que no lo considerase como un gran bien que desde América llegaba a Europa.

Wells, ardiendo de indignación por todo lo que oía, contó a Brewster lo sucedido. Al fin, su rabia encontraba modo de desahogarse. "Ahora conoces quién es el que realmente ha descubierto la anestesia. Yo soy el verdadero descubridor." Su orgullo mortificado, que durante largas semanas de viaje le roía el cerebro, acababa de estallar. Brewster estaba aturdido y le parecía imposible que el descubridor de aquella gran merced estuviera charlando con él y no fuese otro que su antiguo amigo el dentista Wells de Hartford.

Con gran excitación Wells explicó cómo Morton y Jackson le hicieron abandonar el descubrimiento y le disuadieron de que siguiese adelante. De este modo le robaron su hallazgo, reclamando luego el derecho a la prioridad.

—Pero ¿tienes pruebas convincentes de lo que me cuentas? ¿Las traces?

Wells mencionó los nombres de varias personas de Hartford y Boston. El Dr. Marey, Riggs, el dentista, Colton el conferenciante, Samuel A. Cooley. Todos ellos podían atestiguar que Wells hizo los primeros experimentos para evitar el dolor, mediante la inhalación de gas. Como es natural, no había traído las pruebas. Había venido a Pa-

rís a comprar cuadros. Cuando salió de Estados Unidos no podía suponer que el descubrimiento hubiera pasado los límites de Hartford y Boston, y que hubiese llegado a Europa, siendo el tema preferido de discusión en todo el mundo.

Brewster supuso que tan sólo la inexperiencia, la ingenuidad y la simplicidad de Wells eran el motivo de que no pudiera aportar las pruebas indiscutibles. Su amigo había sido engañado, y Brewster estaba dispuesto a ayudarle. La verdad sería reconocida. Wells debía ser presentado a las personas notables de Francia. Realmente nada podía ser más injusto que mientras la metrópoli francesa celebraba el descubrimiento de la anestesia, el autor malgastase su tiempo revendiendo cuadros para poder vivir... El mundo haría justicia a Wells.

Wells se contagió del entusiasmo de Brewster. El convencimiento de su amigo, que creyó firmemente en la legitimidad de la reclamación, hizo desaparecer las dudas que pudiera abrigar. Ahora estaba honradamente convencido de su prioridad, y cuanto más veces contaba su historia más completa era su convicción. Brewster tenía razón. Era un escándalo que un hombre como él tuviera que ir de una parte a otra, revendiendo las pinturas. Este engorroso comercio no debía prolongarse más tiempo. Había otras cosas mucho más importantes que hacer. Era necesario presentar su reclamación para que le fuera reconocida la prioridad.

Desde que abandonó su profesión de dentista, Wells no había puesto la mano en un asunto que no fuera un fracaso. La cría de pájaros, el "Panorama científico", todo había quedado reducido a la nada. El negocio de los cuadros no sería mejor. Esto era debido a que se había desviado de la senda de la verdad. Ahora se abrían para él las perspectivas de encontrar fortuna, honor y gloria, y una gran reputación en todo el mundo. Se restablecieron completamente las esperanzas de aquellas semanas que siguieron al día en que asistió a la demostración de Colton.

En el mes de febrero de 1847 envió su reclamación a la Academia de Medicina de París.

Brewster le aconsejó que regresase inmediatamente a América para reunir las pruebas, y que luego volviese a París. Wells accedió; pero antes de partir, publicó en el *Galignani's Messenger* un artículo en el cual reclamaba públicamente la prioridad del gran descubrimiento.

Wells quedó frío cuando regresó a América. Los diarios y revistas eran acérrimos defensores de Morton. Muchos médicos notables de Boston habían sido testigos del indudable triunfo del éter cuando fué aplicado en la primera operación, y si alguno recordaba a Wells era tan sólo para decir que había fracasado al querer utilizar el gas hilarante en Harvard.

Cuando Wells acudió al Hospital general para visitar al Dr. Hayward, se halló ante un irreductible enemigo de sus pretensiones. La verdad desposeyó a Wells de la confianza que había tenido en París.

—¿Ha empleado usted, sobre sí mismo, la inhalación de éter sulfúrico? —preguntó el Dr. Hayward.

—No, el éter no; pero...

—¿Ha intentado usted realizar una operación bajo la acción del éter? ¿Ha probado usted insensibilizar a un paciente con el uso del éter?

Wells no sabía qué contestar a estas preguntas formuladas con el tono de un inquisidor.

Hayward esperaba la respuesta, y si Wells hubiera contestado no habría tenido más remedio que decir: —“No”. Por tanto, Wells se mantenía silencioso.

Hayward resumió:

—La esencia del gran descubrimiento estriba en el empleo del éter sulfúrico. Sólo cuando les administramos éter sulfúrico podemos anestesiarnos a los enfermos. Como esto es indiscutible, ¿puede ser usted considerado como el descubridor?

Con la cabeza baja, Wells abandonó el Hospital e intentó probar fortuna con Morton. Su conversación, que sólo se prolongó breves minutos, fué también un fracaso.

Wells recordó a Morton los experimentos con gas hilarante hechos en Boston, que sentaban el principio de la producción del sueño artificial para realizar operaciones. En lugar de intentar convencer a su visitante mediante palabras, Morton se dirigió a su mesa y extrajo de uno de sus cajones la carta que Wells le había escrito, desde Hartford, en respuesta de la suya. ¿Podría Wells haber escrito esa carta si realmente hubiera creído que él era el descubridor? De ser así, su respuesta tenía que haber sido una reclamación de la prioridad, para invalidar los derechos de Morton a obtener una patente. Pero la carta demostraba que Wells no esperaba ventajas pecuniarias de la obtención de la patente. Ahora, cuando los esfuerzos de Morton habían sido coronados por el éxito, Wells intentaba arrebatarle los laureles.

Su antiguo compañero fué desde entonces un enemigo declarado.

Para Wells, Boston era una ciudad de mal agüero. Nadie creía en él, cualquiera que fuese el lugar donde expusiera sus curas. Por entonces llegaron las noticias del artículo en el *Galignani's Messenger*. Una opinión mantenida en dicho artículo era la prueba más desfavorable contra la pretensión de Wells. “La menor cantidad de aire atmosférico que penetra en los pulmones con el gas o el vapor, es el resultado mejor y más satisfactorio que se obtiene con la inhalación.” Wells demostraba paladinamente su ignorancia. Los médicos de Boston aducían que, de haber seguido su consejo, se hubiera producido la asfixia y la muerte del enfermo. Boston mantuvo su opinión de que Wells no tenía relación alguna con el descubrimiento de Morton. Los errores contenidos en el artículo del *Galignani* bien lo demostraban.

Pronto Wells fué, en Boston, un hombre derrotado.

Las pruebas que Brewster le había aconsejado recoger, no podían ser conseguidas. Nada ganaría con un segundo viaje a París. Pero ya no se resignaba con el papel de simple comerciante de cuadros de Hartford. Durante su permanencia en París, los elogios prodigados por los miem-

bros del círculo de Brewster le habían hecho gustar las mieles de la fama; y las perspectivas de Hartford no eran muy halagüeñas.

Morton había utilizado el éter, y esta sustancia había desplazado totalmente al gas hilarante. Pero ahora aparecía otro anestésico: el cloroformo, cuya eficacia había sido demostrada por un ginecólogo escocés llamado Simpson, y que recientemente se estaba utilizando en los partos y en la cirugía. En Inglaterra, los médicos comenzaban a dar la preferencia al cloroformo sobre el éter. En América todavía era casi desconocido. Aquí había un camino: él, Horace Wells, podría introducir el cloroformo en América. Así se vengaría de Morton, el usurpador. Si el cloroformo reemplazaba al éter en la anestesia quirúrgica, el triunfo de Morton sería un mero episodio; y el nombre de Wells quedaría asociado a la difusión de la anestesia en América. Éste era el juego con el que podría vencer en definitiva.

Wells se procuró una abundante cantidad de cloroformo, y se trasladó a New York. Una vez allí, intentó persuadir a los dentistas y a los médicos diciéndoles que el nuevo anestésico, que llegaba de Europa, era mucho más eficaz que el éter. Pero la mayor parte de los profesionales con quienes conversó habían obtenido excelentes resultados con el éter, y sus enfermos estaban muy satisfechos. ¿Por qué utilizar otro anestésico poco conocido y quizá peligroso? En todas partes Wells encontró obstáculos.

Sólo había un camino para vencer la hostilidad que despertaba la innovación. Del mismo modo como había hecho con el gas hilarante, ensayaría sobre sí mismo el cloroformo. Sin embargo, ahora tenía que proceder con más cautela. No podía hacer sus experimentos hasta que conociese las particularidades del cloroformo, la intensidad de sus efectos, las dosis necesarias para producir la narcosis, y el límite de la dosis no peligrosa. Estaba resuelto a demostrar ante el mundo que no era el éter de William Thomas Green Morton, sino el cloroformo, que

él, Horace Wells, iba a introducir en América, la sustancia verdaderamente eficaz.

Wells quería estar seguro del triunfo. Cuando hizo en Hartford sus experimentos con gas hilarante, la impaciencia le derrotó porque había intentado publicar su descubrimiento antes de haberlo madurado en un perseverante estudio científico. Ahora, otro espíritu endiablado iba a arrancarle el triunfo de las manos.

Wells inhalaba diariamente el anestésico para poder fijar la dosis, pero al poco tiempo adquirió el vicio del cloroformo. La droga le hacía olvidar pasajeramente la amargura que le causara el triunfo de Morton. Mientras se hallaba bajo la influencia del cloroformo, se disipaban sus disgustos y se imaginaba un porvenir rosado que desplazaba las negruras del naufragio de su vida. Palabras de esperanza sonaban en sus oídos.

Durante cierto tiempo creyó, engañado, que sólo un fin científico le impulsaba a inhalar diariamente la sustancia. Pronto se convenció de que sus experimentos habían ya perdido el primitivo propósito, y que los realizaba tan sólo por el placer que le provocaba la intoxicación clorofórmica. En cuanto los efectos de la droga se disipaban y Wells se daba cuenta de su verdadera situación, veía remotas las probabilidades de triunfar y se renovaban su desaliento y su amargura. Solamente hallaba consuelo mediante una nueva inhalación.

Wells se había habituado al cloroformo, y sin él la vida le era intolerable. Su salud y su resistencia se quebrantaron por el incesante uso de la droga. Los intervalos lúcidos eran cada vez más breves y menos frecuentes. De continuo se hallaba intoxicado. Mientras tanto, su mujer y sus hijos esperaban vanamente en Hartford, aguardando su regreso y pensando en un futuro glorioso en New York.

De este modo se desprendió de todo cuanto pudiera sujetarle en la vida. Sin ocupación, sin medios de existencia, lejos de su familia, aislado, vagaba por las calles de New York, malgastando los inacabables días en

peregrinaciones sin fin. Su vida carecía de objeto, y las personas que le habían conocido en la ciudad ya no se interesaban por él. Sus únicos compañeros eran vagabundos de la misma calaña y prostitutas. Atormentado por lúgubres pensamientos, las calles eran su único refugio; y cuando estaba solo era perseguido por el intolerable tormento de sus ideas. Recorría Broadway, de un lado a otro, acosando a las meretrices que encontraba, charlando sin pausa para silenciar sus propios pensamientos.

Pero las mujeres que tenían que ganarse la vida en sus correrías por Broadway no querían malgastar su tiempo escuchando a aquel andrajoso y arruinado dentista, y se alejaban de él en cuanto se acercaba. Wells se daba cuenta de que hasta estas pérdidas huían, y se intensificaba su amargura. Su desesperación iba en aumento.

Era un hombre que vagaba sin objeto a lo largo de las calles, y que tan sólo necesitaba una palabra, un hecho banal, para caer en la locura.

Una noche trabó amistad con otro vagabundo como él. Al fin podía conversar con alguien y aliviar su intolerable soledad. El desconocido comenzó a contar que una de las prostitutas había corrompido, por maldad, sus decentes galanteos, y debido a ello ya no podía codearse con las personas respetables.

“Estas rameritas deberían ser exterminadas como si fueran alimañas.” Y continuó diciendo: “Mi padre era un trabajador honrado, un puritano de la antigua escuela. Muchas veces me previno contra estas perras. Hijas del demonio, solía decir mi padre. Si hubiera seguido sus consejos no me encontraría en esta situación. Cuando pueda salir de mi pobreza me vengaré”.

¡Venganza! El traje raído de este hombre extraño, su furia dirigida hacia otra persona desconocida, impulsaron a este vicioso del cloroformo a hacer algo que estableciese un lazo de unión entre todos ellos. ¡Venganza! Los amores mancillados, la fama robada, la fechoría de

la prostituta y el triunfo de Morton. Todas estas cosas se mezclaban en su estrecha mente buscando un medio de cobrar sus cuentas a sus enemigos. ¡Venganza!

—Conozco el modo de dar a usted una satisfacción — dijo a su ocasional compañero—. Muéstrame la muchacha y deje el resto por mi cuenta. Su padre era un hombre que sabía de estas cosas.

Ambos recorrieron Broadway de punta a punta, hasta que al fin el extraño personaje señaló a una muchacha que estaba en un portal. —Ahí está — dijo.

Wells la miró cuidadosamente para poder reconocerla con facilidad.

A la mañana siguiente compró un frasco de vitriolo, y esperó con impaciencia que llegara la noche para vengarse de los amores burlados de su nuevo amigo, para vengarse de las injurias recibidas, de los agravios que Morton le infiriera, de Boston, de la inhospitalaria ciudad de New York, de las pintarrajadas rameritas que le huían, del mundo ingrato, inhabitable y agrio.

Con la astucia de un demente hizo primero todos los preparativos. La suerte le favoreció. Al pasar por Astor House vió a la muchacha con otra prostituta. Sí, era ella; reconoció su cara, su andar, su sombrero, su vestido. Wells llevaba el frasco del vitriolo en el bolsillo. Lo extrajo, sacó el tapón y vertió el contenido sobre las dos muchachas.

Había tomado venganza. ¿Se vengaba porque el desconocido había sido chasqueado, o porque Morton le había hurtado su invención? No podría decirlo. Oyó gritar a las dos mujeres, y una muchedumbre furiosa le rodeó pretendiendo lincharlo. Broadway se había alzado contra él, y mal lo hubiera pasado de no haber intervenido la policía.

Los sucesos posteriores fueron una pesadilla. Salvado de la multitud fué conducido ante un juez. “¿Nombre? ¿Edad? ¿Domicilio? ¿Por qué realizó el delito?” Contó la historia de los amores del desconocido. Luego fué caído con una de las mujeres.

—¿La conoce usted? —preguntó el juez. Wells contestó que no la recordaba.

—¿Es falso! —gritó la prostituta—. Este hombre se ha acercado a mí repetidas veces para molestarme, pero yo no he querido nada con él.

Otra muchacha dijo que Wells le había importunado frecuentemente con sus proposiciones, incomodándola con la narración de sus cuitas. Una tercera confirmó la historia. Los transeúntes declararon que le habían visto sacar la botella del bolsillo, extraer el tapón y arrojar el líquido sobre las inadvertidas muchachas. Todos los testigos estaban de acuerdo. Volviéndose hacia el acusado, el juez dijo:

—Dígame: ¿por qué ha hecho usted esa atrocidad?

Wells había casi olvidado la historia de la aventura del desconocido. Entonces estalló en una larga serie de agravios contra Morton. Morton le había robado su descubrimiento. Era él, y no Morton, el descubridor de la anestesia. El juez objetó que todo esto nada tenía que ver con el actual caso. ¿Por qué el acusado había lanzado vitriolo contra las mujeres? Wells no podía decirlo. El caso era claro e indiscutible. El juez Osborn tenía que dictar sentencia y no podía estudiar las razones por las que el hecho había sido cometido.

Wells fué trasladado a la cárcel y aislado en una celda. Esto ocurría en la noche de un viernes. El domingo, los encarcelados esperaban los oficios religiosos. Si se exceptúan los guardianes, los demás eran presos. El capellán subió al púlpito y habló del Salvador que vino a librarnos del pecado. Durante el sermón, Wells pensaba en su mujer y en sus hijos que esperaban su regreso en Hartford. La horrible naturaleza de su delito inexplicable se le aparecía. El sermón terminó, y Wells volvió a su celda solo con sus remordimientos. ¿Qué había dicho el capellán cuando hablaba del Salvador? No podía recordarlo. Lleno de angustia, pensaba sólo en su crimen imperdonable. La prisión era poco castigo. El remordimiento era una pena más dura que la impuesta por Os-

born. Wells se dictó a sí mismo la sentencia de muerte: se mataría al mediar la noche.

Quería solamente concederse un paliativo. Usaría el cloroformo para mitigar las angustias de la muerte. Por otra parte, deseaba perjudicar, una vez más, al detestado Morton. Al usar el cloroformo podría convencer al mundo de que era el cloroformo y no el éter el mejor medio para impedir el tormento de la muerte.

Aunque Wells había sido registrado antes de ingresar en la cárcel, pudo conservar, en secreto, una botella del anestésico. Pidió al carcelero que le trajese útiles para escribir, manteniendo oculto el frasco de su veneno favorito.

En la ronda efectuada entre las seis y las siete de la tarde del domingo, el carcelero observó por la mirilla de la puerta de la celda de Wells y vió al detenido escribiendo.

La ronda siguiente tuvo lugar a las seis en punto de la mañana del día 24 de enero. A través de la mirilla, el guardián vió a Wells sentado sobre el borde de la cama en una extraña posición. El detenido tenía el sombrero puesto, y un pañuelo colocado sobre la boca y la nariz. La pierna derecha pendía, mientras que la izquierda estaba extendida sobre el banco situado frente a la cama. Sobre él se hallaba una botella vacía y una navaja de afeitar, abierta. En el suelo veíase un charco de sangre. El guardián abrió rápidamente la puerta y penetró en la celda. La pierna izquierda presentaba una gran incisión que interesaba la arteria femoral. El prisionero había muerto por la hemorragia. Sobre la mesa se veían dos cartas.

Fué llamado el director de la cárcel. Una de las cartas estaba dirigida al público en general, y en la otra se leía: "A mi mujer". La primera fué abierta inmediatamente por el director, y contenía el siguiente párrafo: "Durante toda la semana he estado inhalando continuamente cloroformo, y el viernes perdí el conocimiento antes de separar el inhalador de mi boca. Al recobrar el sentido

estaba más alegre que de ordinario, mucho más alegre que en otras ocasiones; vi el frasco del ácido sobre la repisa, y en mi delirio lo introduje en el bolsillo; me lancé a la calle y arrojé el líquido sobre las dos mujeres. He perdido mi carácter, del que en todos los momentos estaba orgulloso. Mi querida mujer y mi hijo sufrirán mucho. No puedo evitarlo. Mi cerebro arde”.

En la carta de su mujer escribía: “Antes de las 12 de esta noche pagaré la deuda con la naturaleza. Sí; aunque mañana estuviera libre, no podría vivir y sería considerado como un canalla. ¡Oh! mis queridos padres y hermana, ¿qué puedo decirlos? Espero que Dios, que conoce todas las pasiones, me perdonará el terrible delito. ¡Oh! querida mujer, mi querido hijo, a quienes dejo sin medios de vida. Quisiera vivir y trabajar para vosotros, pero no puedo; y si viviera me volvería loco. Siento que soy un poco mejor que algunos otros, y ahora, cuando apenas puedo sostener la pluma, debo despedirme de todos. ¡Perdóname, Dios mío!”

Después de haber examinado la botella vacía, el médico de la prisión anotó: “Suicidio bajo la acción de una perturbación mental”.

A la mañana siguiente, 25 de enero de 1848, el *Herald* de New York, refería:

“En la mañana de ayer se produjo un gran revuelo en la cárcel, a consecuencia del suicidio del Dr. Horace Wells, dentista, que estaba detenido por haber arrojado vitriolo sobre los vestidos de una joven, en Broadway. Su cuerpo ha sido trasladado en el vapor de Hartford, pues en esta ciudad la mujer y el hijo del fallecido esperaban la terrible nueva”.

Al lado de la tumba, la viuda dijo: “La gran obra, a la que mi marido se dedicó para bien de la humanidad, ha sido una maldición para él y para su familia”.

A los pocos días, una carta procedente de Francia y

dirigida a Horace Wells, llegó a Hartford. Su viuda la abrió. Decía así:

“Mi querido Wells:

“Acabo de asistir a una sesión de la Sociedad médica de París, en la cual se ha decidido, por votación, que corresponde a Horace Wells, de Hartford, Conecticut, Estados Unidos de América, el honor de haber descubierto que los vapores o gases pueden utilizarse para realizar operaciones quirúrgicas sin dolor. Todavía han hecho más, pues te han elegido miembro honorario de su Sociedad. Esta es la tercera sesión que la Sociedad ha dedicado a este tema. En las dos sesiones anteriores estuvo presente Mr. Warren, el agente del Dr. Morton, quien se esforzó en demostrar que es a su defendido a quien corresponde el honor del descubrimiento, pero fracasó totalmente. El diploma y la copia de la votación de la Sociedad médica de París te serán enviados más adelante. Entretanto puedes hacer de esta carta el uso que tengas por conveniente. — Tuvo afectísimo: *Brewster*”.

La carta llegó demasiado tarde para salvar al infortunado Wells de su vicio, de la locura y del suicidio. Sirvió de consuelo a la viuda, pero también fué el principio de una terrible acusación contra Morton. Pasó de mano en mano y fué considerada como una muestra de que William Thomas Green Morton había engañado a su antiguo compañero.

La opinión que reinaba en Hartford era que “Morton, el dentista de Boston, robó la idea de uno de nuestros más grandes ciudadanos, y así empujó a su víctima a la locura y al suicidio”. El mismo avieso rumor fué divulgado en Boston por los adversarios de Morton, que se aprovecharon hábilmente de la carta de París. En la metrópoli francesa, Brewster se dió cuenta de que los cargos que se hicieran contra Morton llegarían a Améri-

ca, y se ingenió para que un diario de Francia publicara la siguiente noticia: "Mientras un desventurado joven, que tanto hizo por libertar a la humanidad de la maldición del dolor, se suicida, perdida la razón, en un rincón de New York, otro indigno de la fama, se apodera y se adorna con el triunfo que realmente corresponde a Wells, prematuramente fallecido".

Morton podía fácilmente rechazar las reclamaciones y alegatos de Wells mientras éste vivía, presentando pruebas de lo contrario. Ahora se encontraba frente a la sombra de un hombre muerto, a quien el afecto de sus amigos rodeaba con la aureola del martirio. Este martirio no necesitaba pruebas, ya que la muerte lo atestiguaba. No hay ni qué decir que los defensores de Morton insistieron sobre los derechos de éste a la prioridad; y al final, la verdad se abrió paso. Pero las falsas imputaciones lograron penetrar profundamente, y, durante el resto de su vida, Morton fué considerado por algunos como responsable del suicidio de Wells. Una sombra se proyectaba sobre el descubrimiento.

CAPÍTULO XII

BARCOS HACIA EUROPA

Una maldición parecía haber caído sobre el descubrimiento de Morton. Su triunfo produjo infortunio tras infortunio.

"El éter no es tan inocuo como usted se imagina. No quiero saber nada acerca de este asunto." Tales habían sido las palabras de Jackson cuando por primera vez oyó hablar del hallazgo de Morton. Durante cierto tiempo dudó mucho antes de permitir que su nombre figurase en la patente, pues, por cautela, y teniendo en cuenta su reputación profesional, quiso mantenerse apartado de la publicidad que se estaba haciendo en torno del éter.

Pero cuando la operación practicada a Gilbert Abbott demostró la eficacia del descubrimiento, se produjo una transformación en la actitud de Jackson. Los médicos de Boston declararon que no había duda de que el nuevo método era una merced concedida a la humanidad, y que el descubridor merecía una imperecedera gratitud.

Tales afirmaciones trastornaron a Jackson. Después de todo, él era quien había aconsejado a Morton el empleo de éter sulfúrico, rectificado puro. No era justo que el discípulo recibiese toda la gloria y la mayor parte de los beneficios pecuniarios, mientras que él no era tenido en cuenta y debía de contentarse con el mezquino diez por ciento de la ganancia que produjese la patente. Igual había ocurrido antes en el asunto con Morse. El fué el primero en concebir la idea, mientras el otro,

un pintor desprovisto de conocimientos científicos, le había desplazado de tal modo, que el mundo entero aclamaba al astuto Morse como el inventor del telégrafo eléctrico. Este audaz e inescrupuloso dentista, un completo ignorante en materia científica, podría hacerle la misma jugarreta.

Excitado y roído de envidia, Jackson no podía conciliar el sueño pensando que otro recogiese lo que él había sembrado.

El 29 de octubre de 1846 se endosó su levita y acudió a visitar al profesor Warren en el Massachusetts General Hospital. Con rebuscada dignidad, hablando de científico a científico, de colega a colega, dijo: —Señor, tengo el honor de informarle que el empleo del éter en las operaciones quirúrgicas ha sido idea mía. William Thomas Green Morton no es más que un discípulo mío que ha actuado siguiendo mis instrucciones.

El profesor Warren recordó el momento en que Morton le había esperado en el corredor del hospital, las palabras con que el dentista explicó sus planes, el temblor de sus manos cuando aplicó el inhalador durante la primera operación. No era hombre que estuviese siguiendo unas instrucciones, sino el verdadero descubridor. La convicción de Warren no se alteró por la tranquila afirmación de Jackson, aunque éste fuera un científico. Como es natural, no se atrevió a oponer una negativa rotunda; pero presentó algunos reparos, y le hizo una proposición: —Dentro de pocos días debo realizar otra operación. ¿Quizás, Dr. Jackson, querrá usted administrar el éter, en lugar del Dr. Morton?

Era un ingenioso desafío, aunque no pareciese tal, y para la reclamación de Jackson era todavía más desagradable que una franca repulsa. Recordaba ahora que bajo la acción de los vapores del éter había caído en un profundo sueño durante una partida de naipes, y que en otra ocasión había utilizado el éter para calmar los efectos producidos por la inhalación del cloro. Como era lógico, por ser un hábil químico, conocía todas las pro-

piudades del éter. Pero jamás había usado el éter en la forma en que lo había hecho Morton ni tenido un inhalador en sus manos. Demasiado sagaz para negarse francamente, Jackson buscó una evasiva diciendo: —Lo lamento mucho, profesor Warren, pero me es imposible, pues ahora tengo entre manos una investigación geológica.

Sin embargo, este penoso incidente no indujo a Jackson a abandonar su reclamación acerca de la prioridad. Cierto es que desconocía la técnica de administrar el éter como anestésico; pero esto no tenía importancia. En poco tiempo cualquier novato podría aprender a dormir a los enfermos con los vapores de éter. La idea era suya; y, por tanto, el descubrimiento era también suyo.

Después de todo, poco importaba que el profesor Warren considerase a Morton como el descubridor. Boston no era el mundo, Boston no era competente para decidir quién tenía el derecho a reclamar el descubrimiento. Para Jackson, el mundo era París. Únicamente una institución como la Academia de Ciencias de París podría tener títulos suficientes para resolver una cuestión tan importante. Esa Academia era la que podría decir quién de los dos debía ser creído. Jackson permaneció un año en París haciendo sus estudios de perfeccionamiento. Su nombre y su posición científica eran conocidos. Tenía amigos influyentes, entre ellos algún geólogo, Elie de Beaumont, por ejemplo, que había sido nombrado profesor de geología en la Escuela de Minas, desde el año 1829, y que era una figura importante en la Academia de Ciencias, de la cual fué secretario perpetuo desde 1853.

El día 13 de noviembre Jackson escribió a Beaumont narrándole las últimas noticias acerca de su descubrimiento. Hasta aquel momento nunca había visto una operación con anestesia. Cierto era que las puertas del Massachusetts General Hospital no estaban abiertas para todos, pero el cuerpo médico de ese hospital estaba

en buenas relaciones con Jackson. Sin embargo, ¿para qué exponerse a acontecimientos desagradables? El Dr. Jackson era capaz de escribir un convincente informe sin necesidad de tener una experiencia personal. Lo mismo que otros hombres de ciencia, tenía marcada inclinación a adquirir sus conocimientos en los libros. Leyó los *Elementos de Materia Médica*, de Pereira; consultó los viejos informes del instituto neumático del Dr. Beddoes, y procuró recordar todo lo que había oído o leído sobre el tema. El informe enviado a Beaumont era un admirable documento científico. Todos los datos y argumentos estaban apoyados y documentados en la forma más adecuada para que fuesen tomados en consideración por la Academia de Ciencias. Citaremos algunos párrafos del informe:

“Me permito comunicar por su intermedio a la Academia de Ciencias un descubrimiento que yo he hecho. Recientemente he sugerido a un dentista de esta ciudad que administrase vapores de éter a los enfermos a quienes tuviera que extraer algún diente. Luego indiqué a este dentista que acudiese al Hospital General de Massachusetts e hiciera inhalar dichos vapores a los pacientes que fueran sometidos a alguna dolorosa operación quirúrgica”.

Añadía que en los años 1825-1828, cuando estaba realizando los estudios médicos, había prestado gran atención a los trabajos de Sir Humphry Davy. Esta cita de los trabajos de Davy demostraría la profundidad de sus conocimientos y seguramente produciría buen efecto. Luego hablaba de sus experimentos con el éter sulfúrico en el año 1837. Así, de pasada, establecía la anterioridad de sus trabajos respecto a los de Morton. Más adelante describía, con vivos colores que disipaban toda duda, las experiencias sobre sí mismo y las impresiones subjetivas producidas durante la inhalación de éter sulfúrico.

En conclusión, exponía que había hecho el importante descubrimiento de que la inhalación de éter sulfúrico podía evitar el dolor. Sin darle importancia, y para citar ejemplos concretos, indicaba que Wells y Morton, ambos dentistas, habían hablado de aliviar el dolor durante las extracciones dentarias. Para destacar sus conocimientos y demostrar que su caso era bien diferente de los otros, Jackson citaba las alteraciones faríngeas originadas por la inhalación de cloro. Esto causaría gran impresión, pues quedarían patentes sus conocimientos de medicina interna, vedados para el dentista.

Jackson recordaba que, en una ocasión, preparando grandes cantidades de cloro, había roto un recipiente que contenía el gas; e inadvertidamente había inhalado una gran dosis.

“Al día siguiente mi garganta estaba gravemente inflamada y muy dolorosa... Inhalé éter mezclado con aire y... rápidamente observé que el dolor de la garganta cesaba, al par que experimentaba sensaciones extraordinariamente agradables.”

El astuto escritor describía también los efectos del éter tomando los datos de los informes de los neumatólogos.

“Rápidamente me sumí en un estado de somnolencia, y luego acabé por darme cuenta de las cosas que me rodeaban... Supongo que permanecí en este estado no menos de un cuarto de hora... Cuando recobré el conocimiento observé que ya no sentía dolor en la garganta, que mis miembros estaban como entumecidos y mis nervios sensitivos completamente anulados.”

Y era entonces cuando Jackson decía haber realizado su descubrimiento.

“Meditando sobre estos fenómenos surgió en mi mente la idea de que había hecho el descubrimiento que desde hacía mucho tiempo se buscaba, es decir, el medio de insensibilizar temporalmente los nervios al dolor, con lo que podrían realizarse operaciones quirúrgicas sin que los enfermos experimentasen sufrimiento algu-

no. Quedaré profundamente reconocido si la Academia de Ciencias quiere nombrar una comisión para estudiar los notables efectos de la inhalación del éter sulfúrico.”

El informe de Jackson no fué escrito hasta después de haberse realizado la amputación de la pierna a Aliee Mohan. El asunto de la anestesia parecía marchar favorablemente, pero era menester no apresurarse exponiéndose a un fracaso. La anestesia era muy joven, apenas tenía seis semanas de vida, y los recién nacidos están siempre expuestos a algún accidente repentino. El Dr. Jackson era hombre cauto y tenía en cuenta todas las posibilidades. El Dr. Warren y el Hospital podrían tener, posiblemente, algún fracaso que se transformase en escándalo público. No quería exponer su reputación científica a este riesgo, y a un quebranto que se conociese en todo París y que llegase hasta la Academia de Ciencias. Deseaba reclamar la prioridad, pero con cierta cautela que era su característica; y más ahora, en que la alternativa era el renombre imperecedero o el descrédito irremediable.

Por tanto, el Dr. Jackson envió su informe a Beaumont bajo sello, incluyendo una carta en la cual le indicaba que no rompiese el sello hasta que recibiese nuevas instrucciones. Así Jackson se aseguraba la posibilidad de destruir el informe si ocurría algún contratiempo durante las siguientes administraciones de éter. De este modo nadie llegaría a conocer su aspiración de ser reconocido como el descubridor.

Poco después de que Jackson enviase su informe a Beaumont, el Dr. Bigelow, que era un ardiente defensor de los derechos de Morton, presentó comunicaciones, referentes a las recientes operaciones indoloras, ante la Boston Academy of the Arts and Science y ante la Boston Society of Medical Improvement. Morton, declaraba el Dr. Bigelow en estas comunicaciones, era el descubridor de un método valioso de anestesia etérea. El 18 de noviembre de 1846 estos trabajos se publicaron en una revista de medicina de Boston. Como Bi-

gelow era un hombre enérgico y activo, se cuidó de que este elogio a Morton llegase a Europa y al resto del mundo por el vapor de la Cunard, que salía el 19 de diciembre.

Jackson tuvo noticias de esto con la consiguiente inquietud, pues todas las precauciones que había tomado resultaron inútiles. Morton también había dado los pasos necesarios para hacer naufragar los planes de Jackson. Habiendo obtenido la patente, envió muestras de su aparato, con instrucciones para su uso, a las diversas cortes europeas: al Rey Luis Felipe de Francia, al Rey Leopoldo de Bélgica, al Zar Nicolás de Rusia, al Emperador Fernando de Austria, a Federico Augusto de Sajonia, a Guillermo de Holanda, a Luis de Baviera, a Ernesto de Hannover y a Carlos Alberto de Cerdeña. Algunos amigos del Dr. Jackson le revelaron esta larga serie de envíos. Bien pronto no quedó gobernante, ni hombre notable de Europa, que no hubiera recibido el aparato. También lo recibieron varios distinguidos cirujanos, como, por ejemplo, Velpeau, Jobert de Lamballe, Blandín, Ricord y Maisonneuve. Jackson supo también que el aparato había sido enviado al Dr. Willis Fisher, un bostoniano radicado en París, y que Edward Warren, sobrino del profesor Warren, marchaba a Europa en el vapor antes mencionado con el encargo de obtener la patente en Francia.

Jackson estaba horrorizado por estas nuevas actividades de Morton. Si esperaba más tiempo para presentar sus reclamaciones acerca de la prioridad, todo sería en vano. Tenía que actuar inmediatamente. Con gran premura escribió al Dr. Elie de Beaumont, pidiéndole que abriese el informe sellado y lo comunicase a la Academia de Ciencias.

Como era natural, París debería ser el primer punto de ataque, ya que esa ciudad era la metrópoli del mundo, y la Academia de Ciencias de las riberas del Sena el verdadero tribunal intelectual. Pero, de todos modos, Jackson no olvidaba el resto del mundo. Entre los ele-

mentos intelectuales tenía gran autoridad el prusiano Alexander von Humboldt, considerado como el científico más renombrado de la época. Recientemente se había publicado su *Cosmos*, que produjo profunda impresión. El autor era consejero del Rey Federico Guillermo V y amigo de Luis Felipe. Sus palabras tenían gran valor, tanto en la Academia como en las cortes de los reyes. Era indudable que Humboldt, por ser un geólogo, debía conocer los trabajos geológicos de Jackson. Por tanto, éste tenía buenos motivos para esperar que Humboldt se convirtiese en el abogado defensor de sus reclamaciones, tanto en Prusia como en Francia.

Tampoco olvidó Jackson al Imperio otomano, a los países escandinavos, y ni siquiera a la diminuta Cerdeña. En todos estos lugares había hombres de ciencia, notables químicos, que podrían defender la causa de su colega apoyando la reclamación de Charles Thomas Jackson.

Las urgentes misivas de Jackson, los ejemplares de las revistas de medicina que publicaban los elogios de Bigelow a Morton, y los numerosos envíos de Morton a los monarcas europeos, partieron para Europa en el mismo correo.

Morton esperaba inquieto las respuestas. Sus pensamientos seguían al vapor que transportaba a Europa, a través del Atlántico, sus aparatos y sus cartas; se figuraba el asombro de las diversas cancillerías, el interés de los más ilustres profesores y de todas las personas de renombre; se imaginaba la sorpresa y la emoción que causarían las primeras operaciones sin dolor que se realizasen en las diferentes capitales europeas. Seguramente su descubrimiento originaría sensación universal. No podía haber duda alguna.

—¡Recuerdas, Lizzie —decía a su mujer—, cuando, estando en West Needham, me acusabas de descuidar mi clientela para dedicarme a mis experimentos? Podrás comprender que tenía razones para hacerlo. Ahora

hay que esperar a que llegue el barco. Luego, ya verás cómo París y el mundo entero se ocupan de mí.

Durante algunas semanas sus pensamientos fueron los mismos. Contaba los días que tardaría el barco en volver. Edward Warren había prometido escribirle inmediatamente después de que llegase a París.

El vapor, a su regreso, trajo a Morton una carta de Edward Warren. Morton la abrió apresuradamente y pudo informarse de que, al principio, todas las cosas marchaban bien. Fisher había conseguido atraer la atención de un buen número de autoridades médicas. Fueron practicadas operaciones bajo la acción del éter, que despertaron general entusiasmo. Luego Wells había reaparecido, declarando que fué el primero en emplear la inhalación utilizando el gas hilarante. Estas objeciones de Wells apenas merecieron crédito, pues todo el mundo estaba convencido de las sólidas razones de Morton para reclamar la prioridad. Pero más tarde ocurrieron sucesos desafortunados. El lunes 18 de enero se había reunido la Academia de Ciencias. El descubrimiento de la anestesia, de que todo París hablaba, figuraba en el orden del día. Estaban presentes celebridades médicas, como Velpeau, Roux y Serres. Había gran expectación. Elie de Beaumont leyó un largo informe del Dr. Charles Thomas Jackson, fechado el 13 de noviembre de 1846 y que había sido entregado a la Academia el 28 de diciembre. Jackson reclamaba para sí el descubrimiento de la narcosis etérea. Morton era considerado en ese informe como el encargado de ensayar el descubrimiento, en primer lugar para la extracción de dientes y luego para las operaciones que se practicaban en el Hospital general. "En todas las intervenciones que se realizan en este Hospital —declaraba Jackson— se siguen mis instrucciones." Tal era lo que, en resumidas cuentas, venía a decir el informe enviado a Elie de Beaumont.

De no haber sido por la intervención de Velpeau, el nombre de Morton no se hubiera pronunciado en esta

sesión. Velveau adujo que todo cuanto se decía en el informe era una vieja historia, pues, en el mes de diciembre, Willis Fisher le había informado del descubrimiento de Morton, el dentista de Boston antes mencionado, y que él, en el Hospital de la Charité, había ensayado el procedimiento en diversos enfermos. "Me resisto a creer — dijo Velveau — que el Dr. Jackson, el químico de Boston, haya sido el verdadero descubridor, y que Morton, el dentista, no sea más que un instrumento que ha actuado simplemente siguiendo las instrucciones de Jackson." Roux, Serres y los restantes miembros estaban plenamente convencidos de la razón de Jackson, y así constaba en el acta de la sesión. La Academia de Ciencias decidió nombrar una comisión especial para estudiar el método y conceder los honores debidos al descubridor. Como es natural, tal decisión debía tener gran peso en el mundo científico, repercutiendo intensamente sobre las reclamaciones de Morton. Tales eran las noticias aportadas por la carta de Warren. Pero todavía ocurrió algo peor: el Dr. Beaumont había declarado que el Dr. Jackson era el descubridor y el único que tenía el derecho a la patente. Morton debería dar inmediatamente los pasos necesarios para evitar que París creyese que él había intentado aprovecharse de los frutos de un descubrimiento que no le pertenecía.

A no ser que Morton actuase con rapidez, Fisher no podría hacer nada para ayudarle.

Estos comentarios saltaban ante los ojos de Morton, y de sus manos temblorosas se desprendió la carta. Lo que había leído le parecía increíble. En lugar del coro de felicitaciones llegaba este aplastante relato. Realmente estaban justificados sus temores y sus dudas antes de consultar a Jackson para que le informase acerca del éter. Jackson repetía ahora la estratagema que años atrás había puesto en juego para apropiarse del descubrimiento de Morse. Tendría que apresurarse para neutralizar ese plan.

En aquellos días Jackson se dedicaba en su laboratorio a una nueva investigación geológica.

Estaba calentado un tubo de ensayo e inspeccionando los cambios de color que tenían lugar en el líquido contenido, cuando la puerta se abrió violentamente. Presa de gran excitación y lanzando un torrente de palabras, penetró Morton en el laboratorio, interrumpiendo los experimentos de Jackson.

Sin previo saludo, Morton comenzó a injuriar a Jackson. Entre los dos hombres se habían producido, antes de ahora, algunas diferencias; pero Morton había respetado siempre a Jackson, como un discípulo respeta a su profesor. Ahora, en cambio, atronaba el laboratorio con sus gritos que los ayudantes de Jackson tenían seguramente que oír.

Esta carta de Edward Warren — decía Morton — me demuestra que usted, a espaldas mías, ha intentado apoderarse de mi descubrimiento. Es escandaloso que usted haya dirigido esa comunicación a la Academia de Ciencias de París, constándole, como le consta, que todo cuanto dice es falso. Yo mismo escribiré a la Academia explicando al señor de Beaumont y a sus colegas todo lo que ha ocurrido. Es increíble que haya escrito usted a París reclamando lo que es mío y presentándose únicamente como un instrumento. Pero usted debe pensar que pondré en claro todo esto.

Las protestas parecían no terminar, pero al final Jackson pudo pronunciar algunas palabras:

—Deténgase usted Morton; sólo puedo atribuir las injustificables expresiones de usted al arrebató de sus pocos años.

—Usted ha procedido mal — gritó Morton —. Usted conoce perfectamente que únicamente me ha dicho una o dos palabras de consejo respecto al éter sulfúrico. ¿Cómo es posible que usted haya podido escribir ese cúmulo de falsedades?

El furor y la excitación de Morton no se calmaban.

—Usted habla sin saber lo que dice — respondió Jack-

son —. Yo no he tratado de engañarle. Debería usted meditar lo que está diciendo, joven amigo. ¿Ha olvidado los días en que fué mi discípulo. ¿Puede usted realmente creerme capaz de una estratagemas como la que me imputa? ¿Cree usted que un hombre de mi posición científica puede ganar algo con eso? Estoy sorprendido de las noticias que le han llegado de París, pero usted debe darme ocasión de que le explique lo ocurrido.

Y Jackson habló con la tranquilidad y el cuidado con que un hombre sano trata de traer a un loco a la razón.

—Debe haber un malentendido. Mi viejo amigo Beaumont parece que ha cometido un error. Pero un error puede ser aclarado fácilmente. No se angustie, querido Morton.

Morton había llegado furioso, pero la tranquilidad de Jackson empezó a desarmarle. En realidad, Jackson no presentaba los signos de ser culpable cuando intentaba disculparse. Sus maneras eran las de un caballero que desea vivamente se esclarezca una desagradable confusión.

—Lo que usted dice me parece increíble—. Y Jackson inclinaba su cabeza como si estuviera reflexionando—. Beaumont debe haberse excedido debido a sus sentimientos de amistad. Es un gran amigo y quizás haya apoyado una reclamación que yo jamás he hecho; pero, dada la bondad de su corazón, pronto comprenderá el importante papel que usted ha desempeñado en el desubrimiento de la anestesia. Por lo demás, estoy seguro de que Beaumont nunca procederá de modo incorrecto. En cuanto le comunique que ha habido una confusión, todas las cosas quedarán en su lugar. Le aseguro, mi querido Morton, que París le hará justicia. Eseribiré a Beaumont en el próximo correo contándole lo que ha ocurrido.

Morton cesó de pensar mal de Jackson. ¿Se habría equivocado al suponer que su amigo y profesor intentaba jugarle una mala pasada?

—Espere un minuto— prosiguió Jackson después de una pausa, durante la cual pareció que estaba considerando el mejor modo de rehabilitar a Morton—. Se me ocurre una idea mejor.— y al decir esto hablaba de modo afectuoso y paternal—. Me imagino que esta confusión originada en París puede llegar hasta América, y lo mejor es deshacer esa mala impresión desde este lado del Atlántico. Me parece que el plan preferible es que yo publique un artículo en el *Daily Advertiser*, haciendo una completa exposición de la importancia de su desubrimiento; estoy seguro que esto ha de satisfacerle. Aparecerá el lunes por la mañana, que es el día que sale el correo para Europa, para así mandar un ejemplar a Beaumont. Un artículo firmado por mí, que aparece en la prensa, seguramente producirá mejor efecto que si escribo privadamente a mi amigo. La palabra impresa tiene una acción más eficaz para todos. No necesito decirle el profundo disgusto que me ha producido el embrollo originado por Beaumont, si bien reconozco que seguramente le han guiado las mejores intenciones y que ha obrado movido por nuestra antigua amistad.

Morton no intentó interrumpirle, sintiéndose un poco avergonzado del modo como había procedido.

—Todo se arreglará, ya lo verá usted— dijo Jackson, y continuó preguntándole acerca de cómo había sido acogido en Francia el nuevo método. Luego habló de las recientes investigaciones químicas y geológicas que le había encargado el Estado de Massachusetts.

Morton volvió a su casa apaciguado y convencido de que podía creer en la palabra de Jackson.

Pero Elizabeth era más desconfiada, y el domingo por la mañana volvió a expresar sus dudas reavivando la intranquilidad de su marido.

—Eres demasiado crédulo, William— le dijo ella—. Me parece que, como ya hizo otras veces, ha jugado contigo como si fueras un niño. ¿Recuerdas lo que quiso

hacer con Morse? Nunca tendré confianza en el Dr. Jackson.

—Tú no oíste lo que dijo, Elizabeth. Si hubieras estado allí, estarías satisfecha. No iba a escribir a París mientras yo estaba allí, pero me anunció su propósito de publicar un artículo en el *Daily Advertiser*.

—Hubiera sido mejor haber visto el artículo en manuscrito — repetía Elizabeth —. ¡Quién sabe lo que va a escribir y a enviar a París!

A pesar de ello, no fueron las dudas inspiradas por su mujer sino la simple curiosidad la que arrastró a Morton el domingo hacia Somerset Street. Estaba deseoso de leer el artículo con un día de anticipación. Después de todo, se trataba de un asunto muy importante. El artículo iba a hacer conocer al mundo que era él, Morton, y no otro, el descubridor de la anestesia.

—Es un lástima que usted no me haya dicho el otro día que deseaba conocer mi artículo antes de publicarlo. Como es natural, le hubiera enviado una copia — respondió Jackson, excusándose, cuando Morton acudió a visitarle el domingo con la pretensión de leer el trabajo —. Sólo tengo un ejemplar de mi manuscrito que ya he enviado a la imprenta. Supongo que en este momento estará en prensa. No veo el modo de complacerle. Mi artículo es tal como le dije. No tendrá que aguardar mucho tiempo, pues mañana podrá leerlo. En el correo de mañana saldrá para Europa, y en pocas semanas el asunto quedará aclarado en París. Espere unas horas, Morton.

En realidad, le parecía increíble a Morton que Jackson hubiera escrito el artículo en sentido diferente al prometido. Esa era su impresión después de su segunda entrevista. Pero Elizabeth continuaba siendo suspicaz.

—¿Por qué no te lo ha mostrado? — preguntó ella.

—Me dijo que había enviado el original a la imprenta y que no podía pedir que se lo devolviesen. Me ha asegurado que refiere la verdad.

A pesar de todo, Morton no pudo dormir en toda la noche. El buque partía la mañana siguiente, y el diario debería alcanzar su salida antes de llegar a las manos de los lectores de Boston. Morton se levantó temprano y estuvo paseando a lo largo de Tremont Street, esperando que saliesen de la prensa los primeros ejemplares.

Elizabeth estaba todavía dormida.

—Despiértate, Elizabeth, despiértate. Ha sucedido algo terrible.

Medio dormida, abrió los ojos y vio a su marido, profundamente pálido, en pie al lado del lecho, teniendo entre sus manos el diario.

—¡Mira, mira! — Y agitó las páginas con manos trémulas —. No dice nada del asunto, ni una palabra. Estoy loco. No puedo comprender esto.

Ella le miró significativamente y entonces él comprendió.

—Tenías razón, Lizzie, tenías razón. Deseo seguir tu consejo. Pero no puedo creer que sea un estafador de tal calaña. No podrías creerlo si le hubieras oído. ¿Puedes comprender por qué me ha engañado de ese modo?

—Lo comprendo perfectamente. Lo ha hecho para impedir que escribas a París en este correo. Si hubieras escrito se habría aclarado el asunto y descubierto el juego. Jackson tenía que procurar que el barco que sale hoy no llevase una palabra tuya de protesta ni de explicación. Así ha sucedido. Antes de que pudieras redactar el informe y mandarlo al puerto, el barco habrá zarpado.

La estratagema de Jackson se realizó en todas sus partes. Willis Fisher y Edward Warren esperaban las noticias de Morton y suponían que enviaría nuevas pruebas. Pero su credulidad había permitido que el vapor saliese sin llevar y justificar sus pretensiones. Debía aguardar cuatro semanas hasta que se le ofreciera nueva oportunidad. Cuatro semanas con los brazos cruzados, durante las cuales la Academia de Ciencias, los doc-

tores y los monarcas a quienes había enviado su aparato continuarían creyendo que el descubridor era Jackson, y que él, Morton, no era otra cosa que un bribón que intentaba aprovecharse de ventajas que no le correspondían, robando el descubrimiento a su autor.

Su primer pensamiento fué acudir a la casa de Jackson, mientras se decía a sí mismo: "Le mostraré que no puede engañarme con malas artes. Ahora permaneceré en el laboratorio hasta que declare por escrito que soy yo quien ha hecho el descubrimiento". Tales eran las exclamaciones enfurecidas de Morton.

—No, William, no debes visitar a Jackson, ni hoy, ni más tarde. En todos los momentos te engañará. Como te ha dicho repetidas veces, jamás te perdonará que hayas hecho el descubrimiento. Mi intuición me dice que algo se trama contra ti y que te amenaza un peligro. Escribe un informe detallado, demostrando que el descubrimiento es tuyo y sólo tuyo, y envíalo a París en el próximo correo.

Jekson tenía la certeza de que Morton le visitaría nuevamente para pedirle una explicación. Esperó todo el día, meditando cuidadosamente lo que tenía que decirle. Cada vez que la puerta del laboratorio se abría, pensaba que iba a penetrar Morton lleno de furia.

Pero Morton no vino el lunes, ni el martes ni ningún día. A medida que el tiempo pasaba crecía la intranquilidad de Jackson. Este inesperado silencio le parecía sospechoso. Morton debía tener un plan oculto. ¿Había enviado un agente a París para desenvolver una acción rápida? ¿Había escrito directamente a la Academia de Ciencias? ¿Estaría preparando un artículo para los diarios? Era imposible prever lo que se estaba cocinando en su cerebro. Un hombre tan impetuoso y tan enérgico tenía que hacer alguna cosa.

Jackson meditaba. No podía saber cuál era el plan de su adversario, pero debía estar armado y preparado para poder rechazar al enemigo en toda la línea. Un

nuevo informe enviado a París quizá no fuera suficiente.

Tenía confianza en su suerte o en lo que él llamaba "su suerte", que muchas veces proporciona a un hombre mejores oportunidades que sus merecimientos.

A mediados de febrero, Jackson recibió la citación usual para la sesión que la Massachusetts Medical Society celebraba en los salones de la Society of the Arts and Science. Con la habilidad y la rapidez de un Uli- ses, pensaba en el mejor modo de dominar a su enemigo.

La sesión estaba fijada para el día 2 de marzo. El correo hacia Europa salía el 1º de marzo. Para cualquier ciudadano pacífico de Boston, esta relación de fechas no tenía importancia alguna; pero en cambio tenía mucha para el astuto Jackson, cuyo único propósito era derrotar a Morton, tejiendo sus combinaciones como una araña teje su tela. Sí; para Jackson esa relación de fechas tenía importancia extraordinaria y favorecía su plan. La sesión era el día 2, y el correo para Europa salía el día 1º. Sus pensamientos podían concretarse del siguiente modo. "Como miembro de la Massachusetts Medical Society propondré en la próxima sesión leer un documento, y en él haré público mi derecho a la prioridad en el descubrimiento de la anestesia. Invitaré a todas las personas notables de la ciudad, incluso al Presidente Everett y al profesor Warren. Ninguno rechazará mi invitación. Conozco al Dr. Warren y sé que, aunque no es partidario mío, no faltará ante el temor de ser acusado de parcialidad."

"El día 1º de marzo el *Daily Advertiser* publicará la noticia de la sesión y la lista de los asistentes. Cualquiera que sea el informe que Morton haya enviado a París, su carta no podrá salir antes del 1º de marzo. ¿Qué peso puede tener en París la carta de un dentista desconocido, en comparación con la noticia publicada en los diarios, refiriendo que en una sesión de la Boston Academy of the Arts and Science, el célebre Dr. Jackson expuso su descubrimiento de la anestesia en presencia de gran número de distinguidos ciudadanos?"

Ejemplares de este número del diario serían enviados a Humboldt en Berlín, así como a Londres, Constantinopla, Estocolmo y Cerdeña. Centenares de ejemplares llegarían a las principales Academias y Sociedades de Medicina de Europa, para que todas pudieran informarse de que el descubridor de la anestesia era el Dr. Jackson. Liston y Pirogoff, los notables cirujanos, y los crédulos monarcas que habían llegado a suponer que el autor de este descubrimiento imperecedero era un desconocido dentista, quedarían convencidos de su equivocación y reconocerían que Morton era un impostor. ¡Ocasión espléndida para derrotar a su inquieto adversario! Como era lógico, sólo había que vencer una pequeña dificultad: el barco salía el día 1º y la sesión estaba fijada para el día 2. ¿Cómo podían publicar los diarios el relato de una sesión que aún no había tenido lugar?

Pero este nuevo Ulises, habilidoso en todas las artes de la intriga, encontraría un medio de salvar los inconvenientes del calendario.

Jackson había informado al Comité de la Sociedad de sus propósitos de leer el documento, y había recibido respuesta afirmativa de todos los prohombres invitados. Entonces acudió él mismo a la redacción del *Daily Advertiser*.

—¿Tiene usted interés — preguntó al director — en tener un relato anticipado de nuestra sesión del día 2 de marzo? Sería una primicia, pues le ofrezco no enviarlo a los restantes diarios. Será la sesión más importante del año, porque voy a disertar sobre el descubrimiento de la anestesia; un tema que todo el mundo discute en este momento, y que es el orgullo de Boston. Estarán presentes los hombres de ciencia más notables de la ciudad, incluso, según creo, el profesor Warren.

—Es una extraordinaria gentileza de usted Dr. Jackson, y considero como un gran favor el ofrecimiento que usted hace al *Daily Advertiser*. ¿Cuándo cree que podemos obtener los detalles.

—Me parece que lo mejor sería que yo mismo escribiera un resumen. Ya puede figurarse que mi disertación versará sobre asuntos técnicos y científicos, y lo que le propongo evitará errores en la terminología. Espero que usted enviará buen número de ejemplares del *Daily Advertiser* a Europa. Es conveniente aprovechar esta ocasión para informar a todos los que al otro lado del mar esperan auténticas noticias de Boston acerca del descubrimiento. Así me lo han hecho saber algunos amigos de París, que son miembros de la Academia de Ciencias. También el famoso Alexander von Humboldt, que es amigo mío, me ha pedido una información. Puedo redactar el informe de tal modo que aparezca en el número del 1 de marzo como una noticia anticipada. De esta manera, los ejemplares que se envíen a Europa alcanzarán el correo. Si usted así lo desea puedo proporcionarle las direcciones de las personas más notables. Creo que de este modo el *Advertiser* adquirirá en Europa aún mayor prestigio que el que ahora goza. Nuestro conciudadano, el Dr. Oliver Wendell Holmes, ha dicho recientemente: "Todos los que, aunque sea remotamente, lleguen a relacionarse con este descubrimiento, recibirán un título de nobleza y serán inmortales".

—Me apresuro a expresarle mi gratitud por su amabilidad, mi querido Dr. Jackson — dijo el director, que estaba realmente emocionado por tantas pruebas de consideración —. Espero que nos envíe el trabajo en momento oportuno para el número del 1º de marzo. ¿Qué espacio debemos reservarle?

Los diarios de aquel tiempo daban gran valor a las primicias. Todo iba saliendo a pedir de boca, y ningún obstáculo se oponía al habilidoso plan de Jackson. El informe apareció el día 1º de marzo, y Jackson no se quedó corto por lo que se refiere a la petición de espacio. Hizo un detallado resumen de la disertación y se refirió a la presencia de las personalidades notables de Boston, como si realmente hubiera tenido ya lugar la sesión. Claro es que no dejó en el tintero los homena-

jes que tales notabilidades rindieron al propio Jackson. La impresión dada por la lectura era la de que todos consideraban a Jackson como el descubridor. Realmente se trataba de una obra maestra.

Cuando el buque zarpó en la mañana del día 1º de marzo, transportaba centenares de ejemplares del *Daily Advertiser* de Boston. Pocos eran los nombres de europeos famosos que habían sido omitidos en la relación que Jackson proporecionó al director del diario.

Como Morton no era un reputado médico, sino simplemente un dentista, no podía ser elegido miembro de la Massachusetts Medical Society, ni había recibido invitación especial para la sesión del 2 de marzo. Sin embargo, algunos miembros de la Sociedad eran amigos y habían prometido informarle.

Pero no fué preciso esperar hasta que se realizara la sesión, ni a que sus amigos le contaran lo sucedido. El día 1º de marzo se disponía a hojear sin mayor interés el *Advertiser*, para conocer las noticias generales y locales, cuando le fué imposible dar crédito a sus ojos. Allí aparecía un relato de la sesión de la Medical Society, del descubrimiento de Jackson, de su reconocimiento por el Presidente Everett, por el profesor Warren y por otros distinguidos miembros de la Academy of Arts and Science. ¿Un relato de la sesión? ¿Pero es que había estado dormido un par de días? No: allí constaba la fecha del diario, 1º de marzo. ¿Qué significaba esto? ¿Se habría anticipado la sesión a la fecha anunciada?

Corrió a visitar al Dr. Gould.

—Oh, no —dijo Gould, contestando a las preguntas ansiosas de Morton—. La sesión es mañana.

—Pero entonces, ¿qué significa este relato? —y Morton enseñó el diario a su amigo.

—Supongo que Jackson ha enviado por anticipado una copia de su discurso a la redacción.

—Pero el relato describe la sesión como si se hubiera realizado, menciona los nombres de los presentes y afir-

ma que aplaudieron a Jackson considerándole como el descubridor.

Gould leyó con mayor atención el diario.

—Sí, amigo mío; Jackson es un enemigo no vulgar, que usted no ha tenido en cuenta.

—¿Que no es un amigo vulgar? ¿Que yo no lo he sabido? —exclamó Morton—. No; tan sólo el demonio ha podido concebir ese plan.

El barco había partido ya. Jackson había tomado cuidadosamente sus medidas para que el "relato" diera a entender que el público había aprobado su reclamación. El barco conducía también las cartas de Morton a Fisher y Warren. Pero, ¿qué podrían pesar esas cartas frente a la estratagema urdida por Jackson, gracias a la cual aparecía la noticia de un diario de Boston como si fuese un hecho cumplido?

Morton se apresuró a visitar al profesor Warren, a quien el ardid de Jackson había encolerizado profundamente. Lo mismo le sucedía al Presidente Everett, así como a todos los miembros del cuerpo médico del Massachusetts General Hospital. Ellos sabían que Morton, y sólo Morton había sido el hombre que tuvo el valor de administrar éter a un enfermo que debía ser sometido a una operación. Algunos de dichos médicos le aconsejaron reunir los documentos que demostraban sus derechos a la prioridad y enviarlos a la Academia de Ciencias de París acompañados de una enérgica protesta contra el comportamiento de Jackson. Pero otros, especialmente el Dr. Gould, desaprobaron ese consejo.

Gould adujo que siendo Morton un dentista completamente desconocido en Europa, sus palabras no serían creídas frente a las de Jackson, un hombre de reputación mundial con poderosos amigos en todas las asociaciones científicas. En la Academia de Ciencias de París, Beaumont defendería a Jackson y otro tanto ocurriría en Prusia con el famoso Alexander von Humboldt. Las protestas e inyectivas de Morton poco valdrían en Europa frente a un enemigo tan poderoso. Lo más pru-

dente sería llegar a un acuerdo inmediato con el Dr. Jackson.

Por otra parte, en Boston era conocida la verdad y Jackson no podía ser capaz de convencer a nadie con historias falsas. Si continuaba reclamando la prioridad habría numerosas personas que descubrirían el juego, especialmente el cuerpo médico del Hospital general, para el cual eran familiares todos los sucesos. En los primeros días Jackson había hablado con toda franqueza con unos y otros, acerca del origen del descubrimiento, y ahora no le sería posible retractarse de sus primitivas manifestaciones.

—Me parece —concluyó el Dr. Gould— que actuando desde Boston tiene usted más probabilidades de que le sea reconocido su derecho, al obligar a Jackson a decir la verdad. Si sigue este consejo producirá usted más efecto en París que si pretende promover allí una campaña contra Jackson.

Al principio Morton opuso dificultades para aceptar la idea de llegar a un acuerdo. Estaba tan furioso, que juzgaba irrealizable el plan de un compromiso amistoso. Pero, al fin, la elocuencia del Dr. Gould le convenció de la ineficacia de sus proyectos. Un acuerdo con el enemigo sería tan sólo posible si se reconocían sus derechos.

Gould prometió officiar como mediador y visitó a Jackson, quien por su parte no tuvo inconveniente en llegar al acuerdo.

Jackson dijo:

—Siempre he esperado que se estableciera un arreglo entre Morton y yo, pues no tengo la menor intención de disputar a Morton sus derechos. Tan sólo deseo que se discuta y se juzgue imparcialmente nuestras respectivas participaciones en este descubrimiento.

Este plan de negociación evitaría que Morton enviase una inmediata protesta a Europa. La cuestión era ganar tiempo. Por tanto, Jackson añadió:

—Le ruego diga al Sr. Morton que yo deseo también un amistoso entendimiento.

Morton había enviado a Elizabeth y a los niños a West Needman. Prefería evitar a su mujer las intranquilidades inherentes a las negociaciones, que tenían que ser forzosamente difíciles. Como Elizabeth no podía comprender la necesidad de llegar a un acuerdo con el hombre importante que tenía tantos defensores al otro lado del Atlántico, y que poseía amigos como Elie de Beaumont y Alexander von Humboldt, seguramente echaría leña al fuego.

El Dr. Gould propuso que Morton escribiera a Jackson exponiendo su opinión sobre el asunto. Jackson replicó. La correspondencia adquirió un matiz amistoso, y pareció que sería posible llegar a la reconciliación.

Hacia fines de marzo, los adversarios comenzaron a discutir el nombramiento del árbitro. Jackson proponía a un distinguido profesor. Morton accedió, pero entonces Jackson hizo objeciones aduciendo que después había sabido que el profesor propuesto tenía amistad con Morton y no podía ser considerado imparcial. Esto ocurría el día 29 de marzo. Habiendo intervenido el Dr. Gould, Jackson contestó:

—Dígale al señor Morton que yo acataré la decisión de cualquier árbitro cuya imparcialidad no ofrezca dudas. —Sabía que tres días más tarde zarpaba el vapor correo para Europa, y por tanto deseaba que el asunto no fuese sometido al estudio del árbitro hasta después de la salida del barco.

Morton mencionó el nombre de un amigo de ambos. Jackson respondió que necesitaba un día o dos para reflexionar. Mientras “reflexionaba” el vapor de abril partió.

Un día y otro Jackson iba presentando pequeños obstáculos, y de esta manera las negociaciones se prolongaron hasta el mes de mayo.

—Ahora lamento haber seguido su consejo —dijo Morton al Dr. Gould.

Mientras tanto había recibido cartas de Edward Warren, que visitaba Londres, Berlín y Viena. Sus noticias eran desalentadoras.

“Por toda Europa ha circulado ese diario (el *Daily Advertiser* del día 1º de marzo), y sus efectos se han dejado sentir. Los hombres de ciencia más famosos están convencidos de que el Dr. Jackson ha sido el verdadero descubridor, especialmente por el acatamiento de Warren, del profesor Everett y de la American Academy. Si la Academia no se apresura a poner las cosas en claro ante el mundo, dichos científicos seguirán pensando como ahora piensan, y continuarán propagando y apoyando las reclamaciones del Dr. Jackson. Es asunto urgente, y hay que actuar pronto si se desea que la justicia prevalezca y que exista la probabilidad de que todos reciban el trato que merecen... Desde que se conoció el relato de la sesión de la Massachusetts Medical Society, Humboldt y la Sociedad médica de Viena están firmemente convencidos de que Jackson es el descubridor. En Viena, el público llama “jacksonización” a la anestesia etérea.”

¡Hasta dónde se había llegado! El método había sido bautizado con el nombre de su enemigo. Era esencial llegar a un acuerdo con Jackson y hacerle confesar la verdad; pues de no ser así, no había posibilidad de deshacer la falsa creencia en los países extranjeros.

Las negociaciones continuaban y Jackson iba oponiendo sistemáticamente triviales objeciones, que iban siendo eliminadas. Mientras tanto, llegó mayo, y París continuaba creyendo que Jackson era el descubridor de la anestesia. La intranquilidad de Morton crecía por momentos. Todos los días Jackson reiteraba sus deseos de obtener un acuerdo amistoso.

¿Por qué continuaba, entonces, retardándolo? Porque su único fin era ganar tiempo, y dar lugar a que un barco tras otro zarparan hacia Francia sin llevar la menor objeción. De este modo, en Europa se creía cada vez más justificada la reclamación de Jackson.

Poco antes que partiera el vapor correo de mayo, Jackson se mostró tan conciliador que Morton quedó sorprendido de que las negociaciones avanzasen tan rápidamente. Apenas había salido el vapor de aquel mes, cuando Jackson dió este paso. Pero un nuevo suceso facilitó la salida del atolladero, salvando las apariencias. Edward Warren publicó un folleto proclamando que Morton era el descubridor de la anestesia. Jackson se aprovechó de esto y acusó a Morton de haber sugerido el folleto. —Morton — exclamó con real o fingida indignación — es un bribón astuto que se ha aprovechado de mi bondad cuando accedí a tratar con él. Muy bien: ahora podrá ver que yo no me dejo engañar. Europa dirá a quién hay que creer: si a mí, al Dr. Jackson, un distinguido hombre de ciencia, o a este insignificante dentista.

“Deliberadamente ha retrasado durante meses la decisión. Es un intrigante, un estafador, que se disfraza de hombre de ciencia” — rugía Morton, lleno de furia.

Así, de la noche a la mañana, quedaron rotas las negociaciones y los adversarios fueron ya para siempre enconados enemigos.

Jackson gozaba de una considerable reputación en Europa; era conocido personalmente y tenía amigos y defensores; pero Morton poseía pruebas. ¿Podría estar ciega Europa? ¿Triunfarían las vinculaciones personales sobre la verdad?

¿Tenía Jackson armas para el combate? Poco importaba; él tenía una: la verdad. Morton creía en el poder de la verdad, y confiaba en que ella prevalecería.

Sin esperar más, y aprovechando el vapor de junio, envió a la Academia de Ciencias de París un informe provisional, prometiendo remitir por el siguiente correo las pruebas detalladas.

Durante el mes de junio visitó en Boston a todas las personas que habían tenido alguna relación con el descubrimiento y su aplicación. Algunos estaban remisos para salir a la palestra, pues no querían tener cuentas

con Jackson. Pero Morten, como antes se ha dicho, era un hombre decidido. Venció los obstáculos, convenció a los testigos y no descansó hasta obtener los testimonios escritos.

Laboriosamente fué recogiendo la documentación. Su cartera estaba llena de declaraciones, relatos de testigos oculares, etc. Todas las noches ordenaba su material, determinado a no dejar un vacío que permitiera abrigar dudas.

Cuando todo estuvo preparado, los documentos destinados a la Academia de Ciencias francesa llenaban doce cajones. El material enviado a Humboldt, de Prusia, era casi tan voluminoso. Con todas estas pruebas estaba seguro de que podría neutralizar las vinculaciones de Jackson y atraer a Europa a su lado.

Pero la vida es como una mujer caprichosa que muchas veces prefiere la mentira, la confusión, y no la verdad, y que presta su apoyo a los embustes. Con frecuencia la vida deshereda al primogénito, y así Esaú fué desprovisto de los derechos de la primogenitura.

Morton esperaba ahora las noticias de París, para saber si habían sido aceptadas sus reclamaciones. Arribaron algunos barcos, pero esas noticias no llegaban. Hacía ya tiempo que Edward Warren no estaba en París, y Willis Fisher se había trasladado a Londres. Morton no conocía en París a nadie que pudiese ayudarlo. Escribió directamente a la Academia de Ciencias, pero no recibió respuesta. Un barco y otro barco llevaban a París sus ansiosas misivas, pero los correos volvían sin traer respuesta alguna. Comenzó a desesperar. ¿Qué significaba todo esto? ¿Era posible que las pruebas que había enviado no hubiesen llegado a convencer?

Después de ocho meses de espera infructuosa recibió una carta de Harnden, el mensajero. Advertía que se habían recibido los cajones, pero que habían sido detenidos por la Aduana francesa durante siete meses. Al fin, el agente consiguió encontrar el procedimiento para ven-

eer todos los obstáculos y tenía los cajones en depósito. En vista de ello le pedía nuevas instrucciones.

Morton jamás pudo esperar que sucediese esto. Un triste sino parecía pesar sobre él. Deseaba utilizar su descubrimiento en provecho de la humanidad. ¿Cómo le retribuía la vida? Todas las pruebas que reuniera con tanta diligencia, y desde hacía largo tiempo, con objeto de confirmar que él y sólo él era el descubridor, habían estado detenidas en un depósito. Mientras tanto, Jackson quedaba libre para escribir en todos los correos, haciendo progresar sus absurdas reclamaciones.

Aquello significaba que era preciso reintegrar al agente las cantidades pagadas en la Aduana, añadiendo la suma que le correspondía por su actuación, antes de que volviera a ocuparse del asunto.

Todo esto no era fácil para Morton. Tenía que pasar un cierto tiempo hasta que pudiera procurarse los fondos y enviarlos a París, en unión de las nuevas instrucciones. Pero todavía existían otras dificultades. ¿Quién podría encargarse en París de hacer llegar a su destino los documentos? ¿Quién podría interesarse por sus asuntos, si sus amigos hacía tiempo habían abandonado París y no conocía ni un alma en esta ciudad?

—Conozco una persona que podría ayudarle a salir de este conflicto — le dijo un amigo cuando Morton le contaba sus cuitas—. Un joven dentista americano llamado Brewster, que reside en París desde hace tiempo y conoce a todo el mundo. Escríbale. Aquí tiene su dirección.

Morton escribió inmediatamente a Brewster, acompañando un giro para pagar los gastos y pidiendo a su colega que entregase lo antes posible las cajas a la Academia de Ciencias. La urgencia era absolutamente necesaria.

Ahora estaba seguro de recibir una pronta respuesta, esperaba que sus instrucciones fueran cumplidas y que el asunto se aclarase. La Academia tomaría en seguida una justa decisión.

Morton hallábase impaciente pensando en las noticias que Brewster debería enviarle. Pero los correos llegaban y la carta no venía. Escribió una y otra vez. Perdida la paciencia, comenzó a reprochar a Brewster preguntándole qué había ocurrido con los fondos girados y con las cajas enviadas. Al final su tono se volvía amenazador. Si continuaba el silencio, apelaría a la justicia. Ninguna respuesta. Las cartas y las amenazas parecían caer en el vacío. Así transcurrieron dos años. Al fin, llegaron noticias de Brewster; pero estas noticias, tan ansiosamente esperadas, eran todavía peores que el silencio que las había precedido.

“Me comunicó usted que recibiría unos paquetes, pero en su lugar me han entregado cinco enormes cajones. No los he abierto. Ha pasado la ocasión para hacer circular esos panfletos. En mi casa no tengo espacio para ellos. No tengo tiempo para distribuirlos y aunque lo hiciera, nadie obtendría provecho. El costo de almacenaje es muy elevado y por tanto le pregunto qué debo hacer. Contésteme a vuelta de correo. Mi consejo es vender los documentos como papel usado.”

¡Vender los documentos como papel usado! ¡Las pruebas de que el descubridor era él y no Jackson! Brewster no había hecho nada durante los dos años transcurridos, descuidando escandalosamente la entrega de los documentos.

¿Quién diablos era este Brewster? Morton no conocía nada respecto de él, pero estaba seguro de que se trataba de un mal sujeto. Desgraciadamente la persona que le había proporcionado el nombre y la dirección había muerto. Fué una recomendación desastrosa, pero ahora no tenía remedio. Morton hizo numerosas indagaciones, pero al fin logró ponerse sobre la pista merced a un abogado de Hartford, que se hallaba casualmente en Boston. “¿Brewster? — preguntó —. Ah, sí; conozco bastante a Brewster. ¿Cómo pudieron ponerle en contacto

con él? Me aflige mucho. Brewster era un agente de Wells en París. Ahora está en relación con la viuda, intentando que sea aceptada la reclamación de Wells.”

¿Por qué aquel amigo, ahora muerto, le había recomendado a Brewster? La vida continuaba maltratando a Morton.

Restaba saber qué había ocurrido con el envío a Prusia. ¿Qué habría sucedido? ¿Se extravió la carta dirigida a Humboldt? Morton recurrió al Foreign Office, de Washington, solicitando que, por vía diplomática, se averiguase si su reclamación había sido entregada a Humboldt. Después de poco tiempo recibió la respuesta oficial. Humboldt había estado muy ocupado en los asuntos de su Real Señor. Desgraciadamente los documentos de Morton se habían traspapelado, y nunca llegaron a las manos del famoso hombre de ciencia. Sin embargo, ahora habían sido encontrados y entregados a Humboldt con una nueva carta de Morton. Humboldt prometió al Encargado de Negocios americano en Berlín estudiar cuidadosamente el asunto e informar del resultado a Su Majestad el Rey de Prusia y a la Academia prusiana de Berlín. Al fin sabía que Alexander von Humboldt iba a ocuparse del problema; pero Morton desconfiaba, pensando que la vida prefiere la confusión a la verdad y destruye todo lo que puede favorecer el esclarecimiento del error.

No obstante, Morton no deponía las armas aunque su adversario fuera la vida misma. Continuaría combatiendo contra la injusticia, contra la falsedad, contra su poderoso rival, contra la lenta maquinaria burocrática prusiana, contra el increíble suceso de que después de haber estado detenidos sus documentos durante siete meses, hubieran caído en las manos del enemigo. Combatiría contra los Beaumonts, los Brewsters y sus maquinaciones, en París o en cualquier otra parte. Ni siquiera se atemorizaba por el tiempo perdido irremisiblemente.

Quien cree en sí mismo puede luchar contra el destino. Combatiría con la energía de un poseso. Quizás al fin lograse obtener la victoria.

CAPÍTULO XIII

“BIENHECHOR DE LA HUMANIDAD”

Warren, Bigelow, Liston, Jobert, los grandes médicos y cirujanos que vieron con sus ojos y palparon con sus manos los milagros de las operaciones sin dolor, reconocieron rápidamente el valor del nuevo método, que aceptaron con entusiasmo.

El cuerpo médico de los hospitales, en general, que pudo observar los excelentes resultados de las intervenciones bajo la acción de la anestesia, se unió al coro de las alabanzas.

Pero era más difícil convencer a las sociedades científicas. En el medio ambiente refinado de estas sociedades, los fenómenos de la vida diaria sólo llegan a ser reconocidos cuando cientos de comités y subcomités han dado su beneplácito; cuando las resistencias de los incrédulos se han quebrantado; cuando se han realizado múltiples informaciones; cuando los hechos han sido discutidos y discutidos en innumerables sesiones, durante las cuales se ha suspendido muchas veces la votación definitiva. Por ello, descubrimientos tan originales como la anestesia necesitan meses y años para ser aceptados.

Los distinguidos miembros de la Academia de Ciencias tuvieron noticias del nuevo descubrimiento cuando en la sesión del 18 de enero de 1847 Elie de Beaumont abrió la comunicación firmada por Jackson y dió lectura a su contenido; pero transcurrieron varios meses hasta que la anestesia encontró reconocimiento oficial en el

templo de la ciencia de las orillas del Sena. Entre tanto, eran innumerables los informes referentes al éxito logrado por el nuevo método; médicos y pacientes se unían en elogios al descubrimiento; la anestesia contaba con una “buena prensa”, y el público en general la aceptó rápida y ampliamente. Varios de los más escépticos, entre las lumbreras de la ciencia, como Velpeau y Roux, se hicieron partidarios del nuevo método; y en varias de las sesiones que el Instituto de Francia celebraba los lunes rompieron lanzas en favor de la anestesia, aun cuando entre los enemigos de la innovación estaba un coloso: François Magendie, el conocido fisiólogo.

La oposición que la vieja ciencia levantó contra la anestesia halló la expresión más violenta en sus palabras condecoratorias de la “detestable novedad”.

A esta posición se sumaron los ignorantes, los defensores de prejuicios reaccionarios, los arrogantes despectivos y suspicaces, es decir, los mismos elementos que medio siglo antes habían combatido a Davy, que más tarde calificaron de loco a Sertürner y que hacia dos décadas llenaron de tristeza los últimos días de Hickman. La tempestad estalló en las orillas del Sena. Con una estupidez violenta y cruel pretendieron oponerse a los progresos de la ciencia y quebrantar la humana compasión, glorificando el dolor con un extraño deleite.

Magendie no quiso entregarse ante el hecho cumplido. Muchas veces murmuró contra la anestesia, desconfiando de las razones aducidas por sus colegas.

“No quiero mostraros la parte ética de lo que vosotros, caballeros, defendéis — exclamó despectivamente —. No puedo comprender vuestra posición. Teméis infligir el dolor esencial en una operación. Pero el dolor es una necesidad natural. Parece inmoral este deseo de embriagar a los pacientes antes de que sean operados. ¿Qué es esta insensibilidad de la que habláis? Significa que reducís a vuestros pacientes a la condición de un cadáver. Y, en efecto, os jactáis de que la operación se realiza como si se tratase de un muerto. ¿No se opone esta idea a las más

elementales leyes de la moral. Considero que el nuevo método está en conflicto con la razón sana y con la sensibilidad moral. Todo el asunto se reduce a que ciertos médicos europeos han sido embaucados por un anunciante americano, y que se trata de hacer intervenir a la Academia de Ciencias en la propaganda.”

Pero cuando millones de pacientes habían gozado de las ventajas de la anestesia y cuando millares de médicos se contaban entre los admiradores del método, los tenaces prejuicios tenían que desvanecerse ante la fuerza de los hechos. El nuevo descubrimiento fué objeto de innumerables discusiones en el Instituto de Francia, y después de ser examinado y reexaminado se aprobó, al fin, la moción que, hasta con el voto de Magendie, establecía la Comisión del éter. Esta comisión debía estudiar quién era realmente el descubridor de la anestesia, “el más maravilloso acontecimiento de nuestra edad”.

Un distinguido filántropo francés, el Barón Antoine Jean Baptiste Robert Auget de Montyon (1733-1820), tres cuartos de siglo antes que Nobel, legó a la Academia de Ciencias una cantidad para que fuese concedida a quien la Academia considerase como digno del título de “bienhechor de la humanidad”. ¿Y quién más indicado para recibir el premio Montyon, y el esclarecido título, que aquel que había descubierto el modo de aliviar los sufrimientos de la humanidad evitando a los hombres los tormentos inherentes a las operaciones quirúrgicas? No hay duda de que el premio Montyon del año 1847-1848 debía ser otorgado al descubridor de la anestesia. ¿Pero quién era el descubridor?

“Sin duda el químico Jackson, de Boston” — decía Elie de Beaumont.

“Sin duda el dentista Morton — aducían otros —. Él ha construído el aparato con que nosotros, cirujanos, podemos administrar el éter para producir la anestesia. Morton nos ha dado instrucciones para el empleo del método. Las relaciones enviadas desde Boston, los informes del Dr. Bott de Londres y del Dr. Simpson de Edim-

El triunfo sobre el dolor
burfo, están de acuerdo para considerarle como el descubridor.”

Beaumont, que durante esta sesión había hecho gala de ingenio y agudeza, dijo a sus colegas, al intervenir en defensa de Jackson:

—Dejadme describir las respectivas participaciones que tuvieron Jackson y Morton en el descubrimiento. Jackson es Colón y Morton el vigía que exclamó: “¡Tierra!”.

Los asistentes rieron la chanza. Pero aclarar quién de los dos había prestado tan gran servicio a la humanidad, era un trabajo que exponía a la Academia a cometer un error. Por ello, se nombró una Comisión para que, después de un detenido estudio, redactase el informe que decidiera si Jackson o Morton merecía el premio. La Comisión estaba constituida por Duperrey, presidente; Velpeau, Rayer, Serres, Magendie, Dumeril, Beaumont, Andral, Florens, Lallemand y Roux.

Cuando la Comisión discutía los términos del informe, uno de los miembros de la Academia adujo que era necesario considerar otro nombre al lado de los de Jackson y Morton, el del dentista de Hartford, Horace Wells. “Tengo en mis manos una carta, fechada el 8 de marzo de 1847, en la que Wells reclamaba la prioridad.”

La Comisión se encontraba ante otra nueva dificultad. Eran tres los que reclamaban ahora el título de “Bienhechor de la humanidad”, por haber hecho el descubrimiento más importante de los conocidos hasta entonces.

Elie de Beaumont encontró fácilmente fundamentos para desechar la petición de Wells. Este dentista había usado gas hilarante en sus experimentos, y su demostración en Boston había fracasado. La sustancia que ahora se utilizaba para suprimir el dolor durante las operaciones era el éter y no el gas hilarante.

Desde ese momento, la Comisión tuvo tan sólo que decidir entre Morton y Jackson. Pero no era asunto fácil. Por todos los correos Jackson enviaba nuevas pruebas a Beaumont. Los testigos de Morton eran mudos y con-

sistían en los aparatos que había enviado a Europa. Pero a pesar de su mudez daban un testimonio elocuente.

Tres años habían transcurrido desde que la Comisión inició sus trabajos; tres años de laboriosas investigaciones y disputas sobre quien debía recibir el título de "Bienhechor de la humanidad" y el premio Montyon.

Comenzó el año 1850. ¿No era ya el momento de acordar el premio de 1848-1849? Pero fué imposible lograr la unanimidad sobre cuál de los dos reclamantes rivales tenía razón. Decididos a ser imparciales, la Comisión Montyon dictó el 25 de febrero de 1850 la siguiente resolución:

"Mr. Jackson y Mr. Morton fueron, los dos, indispensables. Si no hubiera sido por la tenacidad, por la visión exacta de los hechos, por el atrevimiento y la audacia de Mr. Morton, probablemente hubieran pasado desaperebidas y no aplicadas las observaciones de Mr. Jackson; pero sin estas observaciones las ideas de Mr. Morton no hubieran sido coronadas por el éxito. Por tanto, la Comisión recomienda que el premio Montyon de 5.000 francos sea dividido, adjudicándose 2.500 francos a Mr. Jackson por sus observaciones y experimentos referentes a los efectos anestésicos de las inhalaciones de éter, y 2.500 francos a Mr. Morton por la aplicación del método a la cirugía práctica".

No hay duda que los miembros de la Comisión habían procedido con imparcialidad y pronunciaron justo veredicto. La Comisión entregó el informe, la mayor parte de los miembros de la Academia de Ciencias estuvieron de acuerdo, como era de esperar, y el resto de la labor fué fácil.

Pero la enemistad entre Morton y Jackson excedió entonces de todos los límites. Ninguno de ellos estaba dispuesto a aceptar la sentencia como un honor. Cada uno protestaba de que el premio Montyon se hubiese concedido

también a su rival. Jackson, que no quería tener disgustos con la Academia, aceptó el dinero, aunque a regañadientes; pero Morton rechazó despectivamente los 2.500 francos.

Durante meses la suma ofrecida aguardó a Morton en la Caja del Instituto de Francia; y cuando el Secretario escribió a Morton indicándole que disponía de un plazo para poder retirar el premio, Morton le replicó que no le importaba nada ese asunto. Un premio que él juzgaba insultante, si tenía que ser repartido con Jackson, el reclamante ilegal.

Terminaba el año 1850 y se estaba redactando el informe anual del Instituto de Francia, del cual la Academia de Ciencias era una de las cinco secciones. "Los 2.500 francos de Mr. Morton continúan en la tesorería", comunicaba el tesorero. Los miembros de la Comisión Montyon estaban confusos y no sabían qué partido tomar, pues el premio Montyon, o la mitad de él, no podía aparecer en los libros del Instituto como "rechazado".

Algo más que el orgullo y el prestigio del Instituto estaba en litigio. Resultaba contrario al espíritu de la Fundación Montyon que Morton, considerado como uno de los "bienhechores de la humanidad", apareciera como no premiado.

Desde que fué tomada la decisión de dividir los 5.000 francos entre Jackson y Morton, la Academia de Ciencias recibió nuevas pruebas convincentes de que Morton era el "único verdadero descubridor". Y este hecho colocó en posición difícil a algunos miembros de aquélla.

Algo debía hacerse con la cantidad que correspondía a Morton. El Instituto de Francia tenía que discurrir algún medio para demostrar su aprecio a ese benefactor. Después de largas deliberaciones, la Comisión decidió que los 2.500 francos rechazados se empleasen en acuñar una medalla de oro que se entregaría a Morton.

La medalla fué proyectada. En una de sus caras aparecía la cabeza de Minerva rodeada de las palabras: "Instituto Nacional de Francia". En la otra se leía la

siguiente inscripción: "Academia de Ciencias. Premio Montyon de Medicina y Cirugía. Año 1847-1848. — William T. G. Morton. 1850".

Al parecer, todo estaba ya arreglado; pero cuando fué presentado el proyecto de la medalla surgió una nueva dificultad. El costo era mucho menor de 2.000 francos. ¿Qué se hacía con el excedente? La participación de Morton no podía ser menor que la que se entregó a Jackson. El Instituto no podía beneficiarse a expensas de uno de los premiados.

No obstante, pudo encontrarse la solución. Se comisionó al artífice para que añadiera una guirnalda de laureles de oro, en relieve, hasta llegar a la cantidad de 2.500 francos.

La Academia de Ciencias creyó haber hecho justicia, pero no fué de la misma opinión el Dr. Jackson. Esta decisión del Comité Montyon le enfureció. ¿Qué había recibido él? Una suma de 2.500 francos, y había gastado mucho más en su tentativa de aniquilar a Morton. ¿Cuál era el balance de las ganancias? Un documento, un trozo de papel en el que aparecía el nombre de Morton al lado del suyo. Pero, en cambio, Morton poseía una medalla de oro con un nombre rodeado de laureles; y este nombre no era el de Jackson.

Tal cosa era intolerable. Jackson no podía, no quería creer que se hubiera cometido tal injusticia, y por su parte decidió que la historia de la medalla era invención de Morton. Cuando alguien le hablaba de ella, él sonreía significativamente y decía: "Seguramente no será usted uno de los tantos que crea esa jactancia".

Consiguió que M. Jules Marcou, geólogo del gobierno francés, le escribiera una carta autógrafa declarando que la Academia de Ciencias no tenía taller de estampado donde hubiera podido ser hecha la medalla.

"No, no — aseguraba Jackson —. Morton ha mandado hacer por su cuenta la medalla a un artífice de París, y yo conozco el nombre de ese artífice. Si la Academia de Ciencias hubiera decidido transformar el premio otorgado a Morton en esta obra, seguramente habría enviado un

documento que confirmase la verdad de esa historia. ¿Qué me dice usted? ¿Tiene ese documento? ¿Lo ha visto usted? Una falsedad, amigo mío. Morton es capaz de todo. No, no, Francia sabe bien quién es el verdadero descubridor y a quién se debe reconocer el mérito. El gobierno francés me ha concedido la más alta distinción, la Legión de Honor."

"¡La Legión de Honor!" — exclamó Morton cuando supo esto —. Ya sabe usted que para las autoridades francesas esa distinción es un saco en el que mete la mano el primero que llega; y es tan trivial, que en Francia se concede a un cualquiera."

Mientras los "bienhechores de la humanidad" discutían sobre el valor de sus respectivas distinciones, Londres tropezaba con la misma dificultad que París para decidir quién era el verdadero descubridor. El milagro de la cirugía sin dolor había originado universal entusiasmo, y se deseaba saber a quién debía atribuirse. Todas las sociedades científicas de Europa, todos los potentados, toda la clase media, se hallaban animados por el deseo de rendir honores y conceder premios en metálico al descubridor de la anestesia.

Pero el fervor se apagaba, y la elocuencia de los oradores panegiristas no encontraba palabras al tener noticias de que todavía no se sabía, a ciencia cierta, quién era el descubridor.

El entusiasmo carecía de espontaneidad y los tonos de adulación se confundían, ya que parecía imposible decidir cuál de los rivales debía ser distinguido y premiado.

En Londres, que fué el primer lugar de Europa donde se realizaron las primeras operaciones sin dolor, el descubrimiento de la anestesia originó tal entusiasmo que un Comité especialmente formado recaudó en pocos días 10.000 libras esterlinas. Esta cantidad iba a ser remitida a Morton; mas, en ese momento, los agentes de Jackson entraron en acción, y la disputa entre los partidarios de ambos rivales fué tan enconada que la Comisión devolvió los donativos a los dadores y tuvo que disolverse.

Los monarcas que deseaban hacer objeto de distinciones y premios al descubridor tropezaron con iguales dificultades, y tuvieron que dejarse guiar por sus Consejeros. En el Bósforo, Cerdeña, Prusia y Francia tenían mayor influencia los amigos de Jackson, y los gobernantes le enviaron condecoraciones y premios. En cambio en Rusia y Suecia dominaron los partidarios de Morton, y, en consecuencia, fué éste quien recibió las distinciones.

Las opiniones de los Estados de Europa diferían en ésta como en otras muchas cuestiones. Jackson era aclamado en un lado de los Alpes y Morton en el otro; Jackson en el Bósforo; Morton en las riberas del Neva. Todas estas distinciones, igual que la Medalla Montyon y la Legión de Honor, la orden Vasa, la Cruz de Vladimiro, el Aguila Roja, la Media Luna turca, fueron armas en mano de los furiosos adversarios.

Así, en Boston, dentro de los límites de la misma ciudad, estos dos hombres tenían que encontrarse en cada momento en calles y plazas; uno de ellos el profesor, el otro dentista, que en pasados días habían sido compañeros y amigos íntimos; habían trabajado simultáneamente, vivido en la misma casa y comido, pacíficamente, uno al lado del otro. Pero ahora, debido a que uno había teorizado y el otro llevado a la práctica un gran descubrimiento, la amistad se trocó en enemistad y la estima degeneró en odio. Este odio crecía diariamente, pasaba los límites de la ciudad de Boston a medida que los grandes triunfos del método se iban extendiendo, y atravesando mares y continentes llegaba a toda Europa. La disputa entre la teoría y la realidad fué causa de disgustos en la Academia de Ciencias de París, en el Comité de ciudadanos de Londres y en todas las Cortes del Viejo Mundo.

A los Estados Unidos de América, donde por primera vez se habían forjado las armas para la lucha, correspondían los honores de la Academia de Ciencias y de las Cortes de Europa, por haber sido la sede del descubrimiento de la Anestesia.

Para conquistar Europa se enviaron cartas, informes,

pruebas y contrapruebas. A una reclamación se oponía otra, y a un argumento otro en su contra. Pero en América vivían los reclamantes; hombre contra hombre.

Jackson, que merced a las cartas enviadas había sido capaz de tejer desde Boston todas las tramas para enmarañar a las sociedades científicas y a las casas reinantes de Europa, se había demostrado como un hombre de lucha. En cada esquina colocaba una trampa para Morton, en cada calle un lazo para enredar a sus amigos y no dejar a su rival un momento de respiro. Se dió cuenta de que en Boston había que emplear tácticas diferentes a las usadas para atraer al Viejo Mundo. En Boston, lo mejor era minar la moral del adversario, tratando de reducir sus recursos financieros. Una vez conseguido esto, podría emprender la lucha sin temor.

En todas partes sembró la semilla para aniquilar a su enemigo. Los experimentos de Morton y la preparación de su inhalador le habían robado mucho tiempo de su labor como dentista; y, además, Morton pensó que era denigrante para quien había hecho tan gran descubrimiento dedicarse día tras día a extraer muelas, empastarlas y preparar puentes y coronas.

El resultado fué que mermaron profundamente sus ingresos: pero él pensaba que cuando tuviese la patente que le concediera los derechos para aplicar la anestesia, hallaríase bien provisto de fondos. El 12 de noviembre de 1846 recibió este documento de Mr. Buchanaw, Secretario de Estado. Su número era 4848. Ahora podía comenzar a expedir licencias para el uso de su inhalador, y Morton esperaba que las ganancias logradas le permitirían dedicarse por entero a su descubrimiento. Atendiendo el consejo de Bigelow dió a conocer al mundo científico la composición de su medicamento, suponiendo que no se haría uso indebido y que se respetarían sus derechos.

Morton preparó cuidadosamente un plan para el uso de las licencias. En las ciudades que tuvieran más de 150.000 habitantes, cada médico pagaría, por una licencia de siete años y por las instrucciones necesarias para mane-

jar el aparato, 200 dólares; en las ciudades de 5.000 a 15.000 habitantes, 150 dólares; y en las ciudades de menos de 5.000 habitantes, 37 dólares.

Aunque tendría la generosidad de expedir licencias gratuitas para los hospitales, instituciones de beneficencia y para los médicos que no pudieran pagar los mencionados derechos, calculaba que el ingreso, durante los cuarenta años que durase la patente, se elevaría a 365.000 dólares.

Pero estos cálculos tan cuidadosamente hechos fueron invalidados por el mismo gobierno que le había concedido la patente.

En mayo de 1846 estalló la guerra con México, y, como es natural, los soldados deberían gozar de los beneficios de la narcosis.

Inmediatamente después de la primera operación realizada con buen éxito bajo la acción de la anestesia, Morton ofreció a las autoridades del ejército proveer a éste de aparatos a precio reducido, e instruir gratuitamente a los cirujanos acerca de su uso. Sería la primera guerra en la historia en que se practicase la cirugía sin dolor. Como era lógico, los Estados Unidos se aprovecharían de la gloriosa prioridad para otorgar a sus soldados heridos la maravillosa gracia de la anestesia. Las autoridades militares aceptaron entusiasmadas las proposiciones de Morton, ordenando que la narcosis se usara, siempre que fuese posible, tanto en el ejército como en la armada. Pero cuando Morton preguntó cuáles serían los derechos que se le pagarían por las licencias expedidas, el gobierno negó el pago.

El *New York Herald* publicó el informe que daba cuenta de la decisión de las autoridades militares. Mientras Morton se consolaba con el patriótico pensamiento de que su descubrimiento ayudaría mucho a su país, Jackson comprendió rápidamente lo que significaba la mencionada decisión.

Si el gobierno permitía el uso de los inhaladores, sin retribuir al inventor, cualquiera podría hacer lo mismo. En la práctica, aun cuando no en la teoría, esto significaba

la anulación de la patente. Jackson acudió en seguida a las oficinas de Eddy para confirmar esa suposición.

—Dígame, Edy, ¿usted cree que me corresponde alguna participación económica en la patente? —y puso ante los ojos de Eddy el diario. Eddy leyó, dudó, volvió a leer y al final movió su cabeza, diciendo —: No.

—En ese caso —respondió Jackson—, haga el favor de borrar mi nombre de la patente. No quiero saber nada de este asunto. —Al salir se volvió exclamando—: Oiga, señor; notifique hoy mismo mi decisión a Morton.

Jackson comprendió instantáneamente que el colapso económico de Morton redundaría en su provecho. La suerte, que siempre favorece a los audaces, sirvió de mucho a Jackson.

Aquella noche la Sociedad médica de Massachussets daba un banquete a sus colegas. Jackson solicitó de los organizadores que le permitiesen hablar al final de la comida, pues tenía que hacer algunas revelaciones importantes.

Cuando llegó el momento, Jackson se levantó y pronunció las siguientes palabras:

“Honorables colegas: como descubridor de la anestesia por el éter deseo hacer unas declaraciones de fundamental importancia. De mala fe se me ha inducido a que mi nombre apareciera en una patente, ocultándome el verdadero propósito. He dado mi firma porque creía que era necesaria para reclamar el derecho de ser reconocido como el descubridor, pero ignoraba que el fin inmoral de esa patente era aprovecharse de los sufrimientos de la humanidad. En cuanto lo he sabido, me he apresurado a borrar mi nombre del documento. Ahora aprovecho esta oportunidad para donar formal y públicamente a mis colegas el libre derecho de aplicar la anestesia. La felicidad de los enfermos y el orgullo de saber que el dolor ha desaparecido son para mí el mejor premio. El reconocimiento de la Facultad de Medicina

de Boston, de los doctores de América y del mundo entero constituye el mejor galardón de mi descubrimiento. Además, quiero añadir que no tengo la menor relación con algunas tentativas de especular con el dolor humano, como son los manejos desvergonzados de un cierto dentista de esta ciudad”.

Si durante las palabras de Jackson alguno de los presentes hubiera pensado en el artículo del *New York Herald*, hubiera tenido la explicación del por qué Jackson no había renunciado antes a sus derechos y había elegido el momento en que las autoridades militares privaban a la patente de todo su valor práctico. ¿Realmente era Jackson el descubridor? ¿Por qué había regalado tan generosamente al mundo lo que parecía ser de su propiedad?

Pocos fueron los que no sintieron los efectos que el orador calculó astutamente al pronunciar aquellas palabras altisonantes que, al parecer, no ocultaba nada tras de sí. En efecto, mientras la acción del Estado había disminuído el valor de la patente, la renuncia de Jackson destruyó, en todas partes, su eficacia. La utilización del éter era ya libre para todos, y nadie tendría que molestarse en solicitar una licencia para hacer inhalar el medicamento a sus enfermos. Los médicos presentes no adivinaron las segundas intenciones y aplaudieron ruidosamente al orador.

No obstante, uno de los asistentes, el zoólogo Louis Agassiz, asombrado de la audacia de aquella lengua se volvió hacia Jackson y le dijo: “Excúseme la pregunta, estimado colega: ¿si el Dr. Morton, al administrar éter a su primer paciente le hubiera matado, usted, que ahora ha sido tan generoso al renunciar a todos los provechos del descubrimiento, hubiera aceptado participar de las culpas”

El pequeño incidente pronto fué olvidado. La “generosidad” de Jackson le atrajo simpatías entre los médicos, mientras causó gran daño a Morton. Aquella aparente generosidad había hecho de Jackson el héroe del día,

mientras su rival era considerado como un bribón ambicioso.

Renovando sus ataques contra la moralidad de Morton, Jackson, rezumando veneno, pudo utilizar la anulación del valor de la patente para perjudicar de todos los modos posibles a su adversario.

—¿Qué hará usted ahora con su licencia? —preguntó Jackson a un especulador que había adquirido los derechos de usar el aparato en otro Estado de la Unión con la esperanza de obtener una gran ganancia.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó a su vez el interrogado.

—Quiero decir que el uso del objeto por el que usted ha pagado buenas monedas, es ahora completamente gratuito.

—Si es así ¿me ha engañado Mr. Morton?

—Me parece que el privilegio adquirido por usted es una burla. Pero, ¿cómo no podía usted figurárselo?

Fué bastante. El especulador montó en cólera, corrió a ver a Morton y le dijo: “Si usted no me devuelve inmediatamente mi dinero, le perseguiré judicialmente”.

Varios médicos y agentes iracundos y amenazadores acudieron a la casa de Morton en Tremont Street. Todo Boston conocía el asunto y, día tras día, los que se consideraban perjudicados concurrían a visitar a Morton para solicitar la devolución de sus pagos. Morton tenía algunos ahorros, pero no fueron suficientes. Se vió en la necesidad de pedir prestado y, cuando ya no encontró quien le ayudase, los acreedores se prepararon para acusarlo.

Sí, todo Boston lo sabía. En esta ocasión Jackson visitó al fabricante de los inhaladores, y maliciosamente fué dejando caer estas palabras:

—Querido amigo, temo mucho que usted salga también perjudicado — y pasó su mano por el enorme número de inhaladores colocados en los estantes —. Ahora que se ha modificado la expedición de las licencias, no habrá médico ni agente que quiera adquirir esto. ¿Qué piensa usted hacer de ellos?

El comerciante estaba furioso. Se le había concedido

un monopolio de producción y asegurado, por Morton, una gran ganancia con tal de que pudiera satisfacer la enorme demanda. Ahora cualquiera podía fabricar su propio inhalador, mientras aquí se acumularían en montones inútiles.

El fabricante de los inhaladores vino a ser un furioso acreedor, y si alguno de los otros estaba inclinado a la clemencia él le espoleaba con sus reclamaciones.

Morton ya no podía seguir solicitando préstamos y se encontraba rodeado de acreedores insaciables. Cuando uno era pagado, otro tomaba su puesto. Acudían los agentes que habían trabajado en los diferentes Estados y los que Morton había enviado a Europa. La noticia de que la patente carecía de valor y que el fabricante de inhaladores había sido gravemente perjudicado se extendía cada vez más. La persecución de Morton no tenía un momento de reposo, y su vida constituyó una vejación interminable.

Tras este tinglado, Jackson excitaba a los descontentos. Morton arruinado, acusado día y noche, no podía ser un rival peligroso; y Jackson se hallaba tranquilo y descuidado. Estas ventajas le conferían invencible superioridad.

Vencido por sus dificultades financieras, Morton podía recurrir a su profesión de dentista. Pero también para esto le perjudicaba la anulación de la patente, ya que ahora cualquier compañero podría efectuar extracciones sin dolor. De todos modos, Morton gozaba de una gran reputación como dentista, y antes de su descubrimiento tenía excelente clientela.

Al tomar esta decisión tuvo la esperanza de que podría rehacer su vida y librarse de las persecuciones.

Pero Jackson estaba determinado a impedirlo. Supo quién era el que había hecho más cuantiosos préstamos a Morton y tuvo la perfidia de insinuarle que su deudor iba a declararse en quiebra.

Jackson cuchicheaba al oído de éste y de los restantes acreedores: "Podrá comprender que se lo digo confiden-

cialmente; pero usted debe asegurar su préstamo de la manera que pueda".

Media hora más tarde, el principal acreedor se presentó en el consultorio de Morton; y no salió de allí hasta conseguir que éste le otorgase el recibo de venta de sus instrumentos y libros.

Jackson, inspirado por el odio, era capaz de excitar, mediante estos viles infundios, a todos los acreedores para que exigieran la pronta devolución de lo prestado.

Morton volvió a su profesión; usaba los instrumentos que ya no eran suyos, pues pertenecían, en garantía, al principal acreedor, mientras en la antesala un representante de todos los acreedores cobraba los honorarios para asegurarse el pago.

¿Hasta cuándo duraría esta época increíble y dolorosa, y cuándo podría escapar de las garras de los acreedores para dedicarse a perfeccionar su descubrimiento? Tenía cientos de nuevas ideas con respecto al proceso de la anestesia y para hacer más fácil la administración del éter. ¡Ya vería Jackson entonces! ¡Siquiera pudiese disponer de un breve tiempo libre para reunir sus experiencias! Pero tenía que dedicar todos los momentos a extraer dientes y empastar muelas, mientras sus acreedores se embolsaban las ganancias, excepto una pequeña cantidad reservada para subvenir a sus necesidades y a las de su familia. Pero llegaría el día, estaba seguro, y no perdía la fe.

Un sábado por la tarde, cuando Morton se encaminaba a su hogar, se acereó un recadero que, sin pronunciar una palabra, le entregó una carta y desapareció. Morton abrió la misiva y leyó las siguientes líneas:

"Estimado señor:

"Acabo de saber en este momento muchas cosas respecto a una conspiración que se trama para terminar con su consultorio y expulsarle del Estado. No sólo se quiere perjudicar a usted sino también a su inocente mujer y a sus hijos. A pesar de que

su humanitario descubrimiento me ha salvado la vida, no puedo pasar de los límites de la confianza y ser más claro: Únicamente puedo aconsejarle que evite los impulsos de su orgullo y que confíe en la Providencia que a todo pondrá fin, como yo sinceramente creo y deseo.

“Uno a quien usted ha olvidado, pero que jamás dejará de recordar a usted”.

Morton quedó intrigado, deseando descifrar esta misteriosa epístola. No obstante, al llegar la mañana del lunes acudió como de ordinario a su consultorio. En la escalera encontró a una de sus enfermas que se hallaba presa de gran excitación.

—¿Qué ha hecho usted conmigo? — preguntó la enferma—. ¿Cómo ha podido tratarme tan vilmente? No puedo comprenderlo.

Morton intentó aplacarla y le preguntó de qué le acusaba.

—Esto es demasiado — exclamó ella —. Ahora pretende negar lo que ha hecho. — Y diciendo tales palabras volvió la espalda y se marchó.

En la puerta de la sala de espera estaba otro enfermo que había sido citado. Morton se acercó a él y comenzó a decir algunas excusas en su defensa.

—Nada me importa de ese asunto — respondió secamente el enfermo —. Ya no tengo necesidad de sus servicios y sólo vengo a decirle lo que pienso de usted. Pienso que es usted un miserable. Buenos días.

Morton temblaba de indignación y angustia. ¿Qué había sucedido?

La sala de espera estaba llena de enfermos. En el momento en que él apareció todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—Suplico a ustedes que se comporten correctamente. ¿Qué pueden ustedes pensar de un hombre serio como soy? ¿Por qué tratan de este modo a una familia respetable? Es una ofensa que nunca olvidaré.

Reproches, súplicas, invectivas y amenazas, todo en un mismo instante.

El alboroto era tal que Morton no podía hacerse oír. —Les ruego que me digan de qué se trata. No puedo comprenderles.

—¿De modo que no sabe de lo que se trata? — respondió uno de los enfermos mostrándole un recibo —; usted es un estafador que ha pretendido cobrarnos dos veces.

Poco a poco Morton iba comprendiendo lo que ocurría. Alguien había examinado su libro de caja, y sin distinción había requerido judicialmente el pago a todos los clientes hubieran o no saldado su deuda. Tanto unos como otros estaban furiosos, pues aun los que no habían satisfecho sus cuentas encontraban injusto el procedimiento.

Intentó una explicación, aseguró que era inocente, declaró que pediría en los tribunales la cancelación de los apremios, que habían sido hechos sin su conocimiento. Los enfermos no le creían y todo Boston juzgó imperdonable que un profesional hubiera acudido a los tribunales para hacerse pagar.

Los enfermos no querían atender a razones y no daban crédito a sus palabras. No; los pacientes no volverían a un dentista capaz de comportarse tan indignamente. Salieron llenos de indignación, determinados a no atravesar más aquella puerta.

Morton quedó anonadado. Una mañana, al llegar a su consultorio, no halló a sus ayudantes. Sobre una mesa estaba una carta que decía: “Lamentamos que nuestra reputación nos impida continuar trabajando con un dentista que tiene su instrumental empeñado y que ha intentado cobrar recibos pagados”.

Uno o dos días después, Morton encontró en el portal una nueva placa: “Extracciones, colocación de coronas y puentes sin dolor, en las condiciones más ventajosas. Segundo piso. Desde las 9 de la mañana a las 6 de la tarde”. Su ayudante favorito se había instalado en el piso superior al suyo.

Morton estaba arruinado. Ya no podía tener esperan-

za de salvar sus dificultades pecuniarias ejerciendo su profesión. Tampoco esperaba nada de los amigos. ¿Qué iba a hacer? Los pocos que le permanecían fieles le aconsejaron presentase una solicitud al Congreso. Su descubrimiento había tenido gran aplicación entre los soldados en la Campaña de México, y el éter fué administrado en todos los hospitales americanos. ¿Podría el Congreso acordarle una remuneración? El Hospital General avaló la petición de Morton mediante una cordial declaración de que era el verdadero descubridor de la anestesia.

Jackson, que estaba informado de todos los pasos de su víctima, se preparó a actuar.

A la mañana siguiente Morton recibió una carta del abogado de Jackson, citando al dentista para discutir sobre un asunto importante.

—Mr. Morton — dijo el abogado, con tono doctoral y al mismo tiempo compasivo —: me parece superfluo hacer un resumen de lo ocurrido. Básteme decir que desde varias ciudades he recibido informes respecto a ciertos detalles que podrían ser aclarados completamente. La publicación de todas estas cosas sería muy perjudicial para usted. No creo sea necesario mostrarle la correspondencia, porque seguramente usted sabe de lo que se trata; por mi parte le disculpo, pues lo atribuyo a errores de la inexperiencia de la juventud. No obstante, yo debo proceder como desean mis clientes.

—Discúlpeme, señor — replicó Morton —, pero no comprendo lo que quiere usted decirme.

Una tercera persona estaba presente en la entrevista, sin, hasta entonces, haber pronunciado una palabra. El abogado se dirigió a él:

—Por favor, explique usted el asunto al Sr. Morton. Morton reconoció en él a un estudiante que había visto en el laboratorio de Jackson. Este joven explicó que conocía a una persona que había reunido pruebas altamente dañosas para Morton, y que sabía que en aquellos días serían publicadas. La naturaleza de las pruebas y el

asunto sobre el que versaban quedó expuesto vagamente.

—Ahora bien — resumió el abogado, en un tono conciliador —: podemos impedir esa publicación que tan perjudicial sería para usted. En confianza, le diré que Mr. Jackson puede intervenir en su favor. Sería un gran error que usted aprovechara este momento para continuar la lucha. Si usted se reconcilia, le aseguro que el Dr. Jackson persuadirá al caballero, cuyo nombre no puedo mencionar, para que renuncie a la publicación de dichas pruebas. No habrá dificultades para la reconciliación. Bastará que usted reconozca que el Dr. Jackson le suministró datos importantes respecto del éter. En este caso reinará la paz entre ustedes. En su interés y en el de su familia le recomiendo llegar a un acuerdo con Mr. Jackson.

¡Otra proposición para un acuerdo con Jackson! Morton no quería tentativas de esta clase.

Se refrenó para no interrumpir al abogado. Morton suponía cuál era el principal objetivo de Jackson: que no presentase la petición al Congreso. A pesar de las bellas palabras, tan sólo se trataba de un verdadero chantaje, y Morton no era hombre que se dejase intimidar por tales métodos.

—Ahora voy comprendiendo — dijo Morton —; usted me ha llamado a su oficina para que me someta ante el riesgo de una amenaza. — Y añadió altaneramente —: No soy de los que se intimidan ante una extorsión de esa clase. Puede decir a quien le envía que no admitiré nunca que Jackson sea el descubridor; y también le doy un buen consejo: que su cliente se mire mucho antes de hacer lo que se propone, aunque yo pienso que el Dr. Jackson no se atreverá.

Sin otras palabras Morton salió del escritorio.

El Dr. Jackson no se atrevió. Prefirió substituir la amenaza anunciada por una acción difamatoria. Habiendo fracasado el intento de intimidación quedaban otras posibilidades, quizá preferibles y seguramente menos peligrosas. La campaña de difamación podría hacerse de un modo casi anónimo. Ni por un momento la piedad

le hizo dudar. Palabra tras palabra, ciertas alusiones, vagas insinuaciones, frases de doble sentido: "yo podría si yo quisiera..."

Este proyecto se desarrolló sistemáticamente, y comenzaron a actuar las agencias de patentes, los ayudantes desertores de Morton, los enfermos ofendidos por el premio judicial; todos y cada uno eran elementos en el gran escándalo tramado alrededor de Morton. Así se creó una atmósfera en su contra que, aunque indeterminada, envenenaba a quien la respirase.

Morton intentó enfrentarse contra esos rumores, responder a las vagas acusaciones; pero las murmuraciones se deshacían en el aire, para volver a reaparecer en cuanto volvía las espaldas. Era imposible luchar contra el poder de la calumnia.

Este incesante batallar contra lo intangible, la disputa por la prioridad, los continuos pleitos, le relegaron al ostracismo.

Al fin, el pobre Morton cayó en un completo derrumbe nervioso. Su médico le ordenó reposo absoluto y que se abstuviese de todo lo que pudiera excitarle o irritarle. El consejo era bueno, pero no pudo ser seguido. Era imposible para Morton permanecer en la inacción. Jackson había redactado una escandalosa memoria contra él, compuesta de varios centenares de páginas, y una de las copias sería enviada seguramente a Washington. Morton tuvo que redactar una respuesta, para no ser completamente sepultado por las calumnias de Jackson.

En verdad existía un lugar donde, lejos del tumulto, podría recobrar la tranquilidad de su mente: su casa de campo de West Needham. Entre apacibles montañas, praderas y jardines, dispondría de un último refugio. Allí se ocultaría, con su mujer y sus hijos, para encontrar consuelo y gozar de reposo.

Cuando después del fatigoso viaje llegó a su hogar, su mujer y sus hijos corrieron a su encuentro saludándole alborozadamente.

Una tarde vió que el portal estaba vacío. Abrumado

por alarmantes presagios apresuró sus pasos. Un hombre desconocido vigilaba frente a su casa.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó Morton.

A esta pregunta el desconocido respondió presentándole un documento firmado por el juez. La casa había sido embargada por sus acreedores. Yano tenía un techo donde cobijarse.

CAPÍTULO XIV

LA CONCIENCIA DE LA NACIÓN

No obstante, en este momento el destino de Morton experimentó una mejoría inesperada, precisamente debido al estado de pobreza en que le habían sumido las intrigas de Jackson.

El odio tan sólo piensa en la destrucción, y la hostilidad no tiene valor positivo en el mundo; la crueldad de los acreedores, la rudeza de los colegas, la sed de venganza de los litigantes, los bajos placeres de los murmuradores, la traición de los ayudantes, el regocijo de quienes se divierten en derribar de su pedestal a los grandes hombres... El odio se cree capaz de arrojar al enemigo en las llamas de la destrucción, sin pensar que en el juego puede ganar el adversario que se supuso derrotado.

Pero el odio desmedido da lugar a la compasión. Al principio fué una palabra lanzada al azar, apenas audible, entre el coro de las acerbas críticas, de las envidias y de las murmuraciones; luego, poco a poco, las voces se hicieron más numerosas, más graves, hasta que embotaron el filo de las armas del odio.

—Pobre compañero —dijo alguien al oír que Morton estaba arruinado.

—Sí, pobre compañero, ha sido muy maltratado —exclamó otro.

Eso era todo. Una observación banal, una exclamación lanzada al paso y una respuesta de asentimiento. Dos amigos que han cambiado unas palabras; nada más.

Pero las palabras "pobre compañero" habían sido pronunciadas. Las palabras, como todo lo que vive, crecieron, se extendieron, se hicieron vigorosas. La compasión se difundía.

—Me satisface que el Dr. Morton haya perdido, directa o indirectamente, varios millares de dólares con sus asuntos —dijo Burnett, el farmacéutico.

—Es bien sabido que el Dr. Morton, en lugar de haber obtenido un provecho con su descubrimiento, se ha sacrificado física y espiritualmente dedicándole toda su actividad —exclamó indignado Oliver Wendell Holmes.

En una reunión del cuerpo médico del Massachusetts General Hospital, el Dr. Bowdith dijo:

—Ciertamente debería estar reservada a Morton una suerte mejor que la de verse asaltado por los acreedores. Nosotros no debemos permanecer indiferentes ante lo sucedido.

—Bowdith tiene razón —replicó otro—. Nosotros, mejor que nadie, podemos juzgar el valor del descubrimiento de Morton, ya que diariamente podemos aliviar el dolor de nuestros enfermos. Es necesario que el Congreso se ocupe de este asunto, pues urge un reconocimiento sustancial.

El Congreso estaba dedicado a los problemas concernientes a la guerra con México, y el asunto de la petición de Morton había sido encarpetado. Pero, no obstante, el profesor Warren y el Dr. Oliver Wendell Holmes unieron sus esfuerzos para ayudar a Morton.

Ellos y otros solicitantes declararon que William Thomas Green Morton, ciudadano de Boston, era un bienhechor de la humanidad. La posteridad le rendiría su gratitud por el descubrimiento. Pero el agradecimiento de las generaciones futuras no debía ser el único testimonio que recibiese Morton; era necesario que también sus contemporáneos se lo demostrasen. No había ni qué decir que todo el oro del mundo sería insuficiente para pagar el bien que recibió la humanidad; y lo menos que podía

hacerse era librar a Morton de las miserias de la pobreza. Esto debería ser un honor para su ciudad.

Washington estaba muy atareado con los problemas de la guerra y con la campaña de la elección de Zachary Taylor, quien, como brigadier, había sido el principal elemento en la derrota de los mexicanos, y cuya elección, para doceavo presidente de los Estados Unidos, estaba asegurada por el voto de los *whigs* del Sur. Estos problemas llenaban el horizonte político y, mientras tanto, el bienhechor de la humanidad corría el peligro de morir de hambre.

—De no llegar pronto la ayuda, será demasiado tarde; Morton no tiene ni un pedazo de pan que comer. Su situación es lastimosa —refería un médico del Hospital General—. No podemos esperar hasta que el Congreso intervenga. La pobreza no admite demoras. Debemos actuar inmediata, instantáneamente, si queremos salvarle.

Morton estaba totalmente arruinado en West Needham. Sus muebles habían sido vendidos. Algunos de los escasos bienes que le quedaban le iban a ser arrebatados. ¿Hasta cuándo iba a durar esta persecución? Morton no lo sabía, y ya le era imposible vivir en la casa que le embargaron sus acreedores. Elizabeth gemía, los niños sollozaban; el mismo Morton, enfermo, desnutrido, desalentado, miraba a través de la ventana apáticamente. Contemplaba el paisaje, los bosques y montañas tan familiares, el jardín que había sido suyo...

Un carruaje se detuvo a la puerta y seis hombres descendieron. Venían ceremoniosamente vestidos de levita y sombrero de copa. Morton los reconoció. Eran médicos del Massachusetts General Hospital.

—Mr. Morton, venimos... —comenzó a decir uno de ellos, entre dudas y tropiezos. Estaba tan conmovido al ver la pobreza y la desesperación de Morton, que no encontraba palabras. Entonces le entregó silenciosamente un area de plata en cuya tapa estaban grabadas las siguientes palabras: "Para William Thomas Green Morton, que se empobreció por una causa de la que el

mundo le es deudor". Temblándole las manos, Morton abrió el cofrecillo que contenía diez billetes de cien dólares.

—Esto es un tributo de nuestro Hospital, Mr. Morton —dijo uno de ellos con voz grave—, como gratitud a su valioso descubrimiento. Morton les estrechó las manos, incapaz de hablar; pero su gratitud valía más que todas las palabras.

Era un sueño, un milagro, aquella inesperada llegada de mil dólares, en un momento de extraordinaria pobreza. Pero ahora no sólo podría remediar las necesidades más apremiantes de su mujer y de sus hijos, no sólo podría pagar los apremios y rescatar alguna de sus escasas propiedades, no sólo podría vivir durante algún tiempo en su casa, sino que ahora —y esto es lo que tenía más valor para Morton— la crisis se había producido, las tenebrosas horas habían pasado y un nuevo amanecer alumbraba. La simpatía puede mover el mundo con no menos vigor que el odio.

"... se empobreció por una causa de la que el mundo le es deudor". La simpatía personal de los médicos del Hospital había vertido sus dones en estas palabras. Pero la frase, al hacerse pública, encontró eco en todo el mundo.

Un día alguien dijo en Washington:

—Recientemente el Congreso ha votado elevadas sumas para armas y municiones. Nosotros, que pagamos sin discutir los medios para destruir la vida, ¿podríamos escatimar el premio a quien mitiga los dolores humanos?

Otro añadía:

—Mirad a Europa, a Gran Bretaña, a Francia y a todos los países cultos. Todos han premiado largamente los grandes beneficios para la humanidad. El Parlamento inglés ha concedido a Jenner las sumas de diez mil y de veinte mil libras por el descubrimiento de la vacunación. El mundo ha obtenido un gran beneficio con el hallazgo de Jenner. Sería indigno de nuestra

grandeza despreciar a un bienhechor de la humanidad, que es una gloria de la ciencia, de nuestro tiempo y de nuestro país.

Observaciones semejantes hacíanse en todas partes. “¿No sería un orgullo para América demostrar la gratitud a un eminente hijo que había aportado a la nación una gloria imperecedera? No se podía permitir que muriese de hambre.” “El gobierno, no sólo no había manifestado su oficial reconocimiento, sino que se había aprovechado de los estudios de Morton, violando la patente que le había concedido. Más que una ingratitud, era un crimen.”

Cientos de personas repetían lo mismo: “El gobierno ha abusado del descubrimiento. Más que una ingratitud esto es un crimen.”

—¿Lo sabe usted? Movidos por la compasión, los médicos del Hospital General han intervenido para auxiliar a Morton, ya que el gobierno no hace nada para ayudarle. Para ayudarle, no; para recompensarle, para devolverle y reembolsarle lo que el gobierno le ha hurtado.

En todo Washington se hablaba de la forma escandalosa en que había sido tratado Morton. “Todas las naciones civilizadas se apresuran a recompensar a sus grandes ciudadanos, excepto los Estados Unidos de América. Sólo América es capaz de robar a un descubridor los frutos de sus experimentos, y luego dejarle perecer de hambre. Esto es un escándalo que envuelve a toda la Nación.”

El clamor crecía y crecía. La conciencia de la nación se había despertado.

Cuando Zackary Taylor ascendió a la presidencia el día cuatro de marzo de 1849, y los *wighs* subieron al poder, dicho partido asumió la defensa de Morton. Daniel Webster, su mejor y más acabado orador, dedicó su elocuencia a este asunto. El Congreso era apremiado por las voces unánimes de la nación. Morton debía ser compensado por los desastres sufridos y premiado por su descubrimiento.

El gobierno había violado la patente de Morton y, en consecuencia, debía concederle una cantidad en compensación de las injusticias sufridas.

Durante dos años la petición de Morton había pasado desapercibida; pero ahora la conciencia de la nación vigilaba y su orgullo era un estimulante para que el deseo general se hiciera realidad en poco tiempo.

Morton fué recibido como un héroe en Washington. El pueblo se estrujaba para estrechar su mano. Era aclamado en todas partes. Los diputados le atendieron y se interesaron por el descubrimiento. Daniel Webster celebró un banquete en honor de Lajos Kossuth, paladín de la insurrección húngara. Morton asistió a este banquete como invitado de honor; y su descubrimiento, el orgullo de América, fué el tema favorito de la conversación.

En el Congreso se discutía la adjudicación de un premio adecuado a Morton. Los ojos del mundo se dirigían hacia Washington. La conciencia de la nación se hacía oír solemnemente en la asamblea popular, para mostrar al mundo cómo América sabía premiar a los descubridores. En el Congreso, los oradores ofrecían uno tras otro su tributo al descubrimiento de Morton.

Jackson no había contado con esto. Había incitado a los acreedores de Morton a la persecución, y creía que estos manejos sumirían a Morton en el desaliento dejándole libre el campo. Pero ahora, este miserable dentista, que él había creído pulverizar, estaba siendo honrado como el héroe de la nación.

Todos los días Jackson recibía noticias de los triunfos de Morton en Washington; leyó los entusiásticos discursos de los diputados y senadores; oyó que Morton había sido invitado por el famoso Daniel Webster al banquete de Kossuth, donde fué colmado de atenciones; leyó el informe del subcomité que estaba resuelto a concederle un premio de 100.000 dólares. Jackson no pudo permanecer tranquilo en Boston y marchó a Washing-

ton, con la intención de estudiar lo que podía hacer para obstaculizar las resoluciones.

¿Cuál era el camino? ¿Aceptaría la derrota? ¿Iba a permanecer impasible, mientras Morton recibía 100.000 dólares y era considerado como el verdadero descubridor?

No, no podía permitir que Morton le robara la fama, el honor y el dinero que según Jackson le pertenecían a él. Se negó a aceptar el hecho que el destino había mareado, y continuó sus maniobras para oponerse a los designios de los hados. Aparentemente estaba inactivo; pero mientras Morton era obsequiado en Washington y la Comisión consideraba la cuestión del premio y preparaba su adjudicación, Jackson no descansaba un minuto.

Se procuró la firma de 143 dentistas y médicos en apoyo de su reclamación. El Dr. J. N. C. Kees y Daniel F. Black, uno de los agentes descontentos, declararon, bajo juramento, haber oído a Morton reconocer que Jackson era el verdadero descubridor y que él no había hecho otra cosa que llevar a la práctica el descubrimiento realizado por Jackson.

Éste se sentía seguro de que su cartera encerraba pruebas suficientes para hacer naufragar la petición de Morton. ¿Por qué no puso inmediatamente sus cañones en acción? ¿Por qué permaneció silencioso mientras el asunto de Morton iba viento en popa? Guardaba silencio porque había fraguado un insidioso plan que no debía ser descubierto prematuramente.

Los rumores y murmuraciones de uno a otro habían sido suficientes en Boston para derribar la reputación de un hombre y conseguir que Morton, el dentista, fuese radiado de su puesto en la sociedad. Pero ahora Jackson tenía que vérselas con un hombre que ya era respetado por toda la nación. No sería, pues, suficiente una campaña en pequeña escala. La vergonzosa derrota de Morton debería ser tan ruidosa y tan pública, como pública había sido su ascensión a la gloria. La ex-

posición debería tener lugar ante el mismo distinguido público que ahora le aclamaba. Cuando los oradores, uno tras otro, estuvieran ensalzando la derrota del dolor como la obra más beneficiosa para la humanidad, cuando se hiciera el anuncio de que el gobierno había decidido conceder al descubridor la suma de 100.000 dólares, en el momento solemne en que todos esperaban oír el nombre de Morton, se oiría, en su lugar, el nombre de Jackson. Y cuando los diputados y senadores estuvieran ensalzando al dentista, y el gobierno resolviera votar tan elevado premio, sabrían que Morton era tan sólo el nombre de un impostor ruin, de un miserable que había engañado desvergonzadamente al Congreso, y que el hombre a quien debía concederse justamente el honor y el premio no era otro que el doctor Charles Thomas Jackson, el verdadero y único descubridor de la anestesia.

Era el momento en que el trigésimotercer Congreso iba a votar el premio a Morton, y precisamente entonces, ni antes ni después, anuncióse la reclamación de Jackson; y las supuestas pruebas y documentos fueron presentados.

La decisión tuvo que ser pospuesta; y el premio diferido hasta que una comisión especial considerase la reclamación de Jackson y decidiera quién había sido realmente el descubridor.

Por una extraña habilidad, la trama urdida por Jackson contra Morton diríase que iba a obtener el triunfo, pero al fin la victoria parecía de Morton.

Las maquinaciones que sirvieron a Jackson para sumir en la pobreza a su rival, fueron el comienzo del inesperado ascenso y triunfo de éste. Las cosas iban ahora a repetirse.

Hasta el momento Jackson era el vencedor. Su protesta impidió que fuera concedido el premio, y el Congreso tuvo que dedicarse a una larga y aburrida investigación. Pero, para desesperación de Jackson, fué solicitada una información al Massachusetts General Hos-

pital, y se interrogó al profesor Warren y a los doctores Hayden y Bigelow. Éstos, que habían visto las primeras operaciones sin dolor, expusieron sus informes sobre el asunto. Especialistas, químicos y cirujanos fueron citados con el objeto de decidir, después de un profundo estudio, quién era el verdadero descubridor. Los resultados de la investigación, llevada a cabo por propia iniciativa de Jackson, resultaron fatales para las reclamaciones de éste.

Los médicos del Massachusetts General Hospital refirieron que ellos nunca habían oído hablar de la inhalación de éter como medio de prevenir el dolor en las operaciones quirúrgicas, hasta que en el mes de octubre de 1846 la había propuesto Morton. Lo más que concedieron al Dr. Jackson fué el haber dado algunos consejos al Dr. Morton, que éste utilizó algún tiempo después de haber realizado los primeros experimentos que ya habían sido coronados por el éxito.

Los consejos de Jackson fueron puramente teóricos y los testigos los compararon a un billete de lotería, en el que Morton, merced a su decisión y audacia, había obtenido el primer premio. El mérito era exclusivamente de Morton, porque sólo debe considerarse como descubridor al hombre que claramente demuestre el empleo y aplicación de alguna cosa. Antes que Jenner, muchos lecheros del condado de Gloucester sabían que la viruela de las vacas podía preservarse de la viruela humana; pero nadie ha pensado que corresponda a los lecheros, y no a Edward Jenner, el honor de haber descubierto la vacunación. Jackson no hizo reclamación alguna hasta que se empezó a hablar del descubrimiento de Morton. Es más: Jackson dijo que Morton era un individuo irreflexivo, al que no le importaba tener sobre su conciencia la vida de un enfermo. El cuerpo médico del Massachusetts General Hospital tenía, además, la opinión de que cuando el Dr. Jackson ofreció vender su participación en los beneficios pecuniarios del descubrimiento, por la suma de 500 dólares, renunció pa-

ra siempre a su título de ser considerado como el descubridor, pues era inconcebible que el verdadero autor pudiese cambiar su primogenitura por un plato de lentejas.

Hasta entonces fué tan sólo la palabra de un hombre contra la de otro. Morton tenía sus pruebas y testigos, y Jackson los suyos. En este conflicto, Jackson llevaba algunas posibilidades de triunfar aunque fueran falsas sus reclamaciones.

Pero ahora, Jackson, al traer sus pruebas al Congreso, había suscitado una información que resolvería el asunto de una vez para todas. El resultado iba a ser una terrible acusación contra Jackson.

El Dr. Bigelow presentó a la subcomisión de la Cámara un memorial puntualizando que, de ser cierto lo declarado por Jackson, o sea, el haber descubierto la anestesia en el año 1842, cuatro años antes que Morton, no podía comprenderse por qué lo había mantenido tanto tiempo en secreto. ¿Por qué no comunicó ese extraordinario descubrimiento? ¿Por qué no lo hizo conocer al mundo? El mundo sólo podía excusarle admitiendo que el Dr. Jackson no se había dado cuenta de la importancia del éter en la cirugía y que su silencio era atribuible a ignorancia y no a indiferencia. De no haber sido así, más que premio merecía castigo, pues pudo evitar a la humanidad cuatro años de dolores innecesarios.

El senador A. Douglas, de Illinois, pronunció en el Senado las siguientes palabras:

“Mi colega en la otra Cámara [Mr. Bissell], que es un culto médico, como Presidente de la Comisión elegida ha examinado el problema. El informe de dicha Comisión me convence totalmente de que el Dr. Morton debe ser considerado como el autor de este descubrimiento”.

Una instancia, con numerosas firmas del Cuerpo médico del Massachusetts General Hospital y de los miembros de la Massachusetts Medical Society, fué presentado al Senado y al Congreso. Decía lo siguiente:

“Los abajo firmantes se dirigen a ese honorable Cuerpo para declarar que, en su opinión, es el Dr. William T. G. Morton el primero que demostró ante el mundo que el éter produce insensibilidad al dolor en las operaciones quirúrgicas, y que puede ser utilizado sin temor. Por tanto, estos compañeros creen que a él se debe el descubrimiento, y, en consecuencia, con todo el respeto debido, solicitan que el Congreso premie estos servicios al país y a la humanidad”.

Un proyecto de ley había sido presentado al Congreso: “Otorgar un premio nacional al descubridor de los medios de producir insensibilidad al dolor durante las operaciones quirúrgicas y en otras clases de sufrimientos”. Especificábase la suma de 100.000 dólares. Había que hacer una indagación judicial acerca de las reclamaciones hechas por Wells, Jackson y Morton. En el caso en que Morton obtuviese el premio, debería cancelar su patente.

Una vez aceptado este plan, el juego de Jackson estaba descubierto. Pero éste protestó con los términos más enérgicos, diciendo que el cuerpo médico del Massachusetts General Hospital, sobre cuyo dictamen se basaba el informe, no era imparcial, pues tenía simpatías por Morton. Por otra parte, dichos caballeros no estaban calificados para decidir acerca de un descubrimiento de alcance tan enorme.

Jackson solicitó que se pidiera la opinión de nuevos especialistas imparciales, añadiendo que debían ser consultados sabios extranjeros, como Monsieur Elie de Beaumont de París y el famoso Alexander von Humboldt de Prusia. La opinión de estos hombres debería

oírse antes de que el Congreso decidiera. Además, no habría por qué preocuparse de entregar un premio en metálico a uno u otro, ya que el honor pertenecía a la nación entera.

“Pensad, caballeros, que los ojos de todo el mundo están dirigidos hacia el Congreso. El descubrimiento, sobre el cual estáis decidiendo, es el orgullo de América; pero el problema que se discute concierne al bienestar de todas las razas humanas. Estáis ocupándoos de un asunto de ésta y de todas las futuras generaciones. Obrad con justicia.”

Jackson aparentaba que únicamente tenía interés por el restablecimiento de la verdad y por el honor de la nación. Estaba dispuesto a hacer un gesto delicado, estaba pronto para que se descubriese la verdad, renunciando a todo premio pecuniario. Seguramente el Congreso se daría cuenta de la clase de persona que él era; y compararía su desprendimiento y desinterés con la avaricia de aquel dentista de mala reputación, que sólo pensaba en los 100.000 dólares.

Así creía Jackson que se juzgaría su actitud. Pero su delicado gesto de ostensible desinterés no fué tomado en consideración, y su propuesta de renunciar cayó en el vacío. El gobierno sentíase incómodo después de haber violado la patente, y el premio era realmente la voz de la conciencia. Además, se trataba del prestigio de América, que en la cuestión de premiar a los grandes descubridores no podía quedar a la zaga de los otros países.

Ésta era la ocasión de probar cómo New York honraba a sus grandes hijos. El Congreso no pensaba en dar por fracasada la demostración nacional. Era necesario premiar al descubridor, demostrando la generosidad del país, y entregarle el premio de 100.000 dólares. ¿Para qué habían estado discutiendo tanto tiempo? Ahora venía el Dr. Jackson con “su delicado gesto de renuncia”, pretendiendo que el Congreso se comiese sus palabras.

Quería renunciar a la suma de 100.000 dólares que el gobierno deseaba gustoso conceder al descubridor. Era inevitable que esa extravagante generosidad despertase la sospecha en aquellos americanos de inteligencia sana y corazón puritano. ¿Cómo suponer que pareciera desdoloroso aceptar un premio adecuado por un descubrimiento, y se quisiese rechazar una remuneración tan delicadamente concedida?

Los puritanos, tan íntimamente unidos al Todopoderoso y tan obedientes a sus órdenes y deseos, consideraban siempre los premios en metálico como un asunto sagrado. Jackson era un hereje al declarar que no tenía el menor interés por los 100.000 dólares. El Congreso sabría cómo interpretar el gesto delicado. Cuando un hombre está dispuesto a rechazar 100.000 dólares que la nación le ha concedido y reclama la prioridad de un descubrimiento, es indudable que esta reclamación es infundada.

No. El Congreso estaba inclinado a creer que el hombre que aceptaba el premio mostraba ser el verdadero descubridor.

Por inmensa mayoría la Comisión decidió que William Thomas Green Morton era el descubridor de la anestesia, y que a él debía ser entregado el premio.

A los pocos días apareció el siguiente artículo en el *Daily Mail* de Boston:

“El descubrimiento del éter. — Al *Transcript* y al *Journal* les ha sido telegrafiado lo siguiente en la tarde del lunes:

“Washington, 15 de marzo. El Comité de la Cámara ha decidido acordar 100.000 dólares al doctor Morton por su descubrimiento del éter. El Dr. Morton ha solicitado la detención de su competidor, el Dr. Jackson, por difamación.

“La noticia es falsa en algunas de sus partes. El Dr. Jackson no ha sido detenido por difamación, pero es verdad que una mayoría de la Comisión ha

decidido recomendar la adjudicación de un premio de 100.000 dólares al descubridor de las propiedades anestésicas del éter sulfúrico. Se murmura que la Comisión estaba *mortonizada*. Morton tiene el mismo derecho a este descubrimiento que el que tienen las sirenas de las Islas Fidji. Su mérito en este asunto es precisamente el que podría alegar un asaltante que se introdujera en una casa, y al encontrar algunas cosas de valor se apropiase de ellas diciendo que eran suyas porque las había *deseubierto*. La tentativa de colocar una venda sobre los ojos de los miembros del Congreso está en consonancia con la impudicia del individuo”.

Morton no podía hacer nada contra los relatos anónimos que Jackson ponía en circulación en Boston. Pero ahora la calumnia aparecía en las columnas del *Daily Mail* de Boston, y el diario podía ser sometido a proceso.

Cuando se presentó la denuncia por difamación, el *Mail* declaró que el artículo en cuestión había sido enviado por el Dr. Jackson.

Todo lo que hasta entonces hiciera el Dr. Jackson en descrédito de Morton, había dado lugar a la demora de la decisión del Congreso. Ahora, con su artículo, caía absolutamente dentro del delito de difamación y calumnia, castigado con prisión. Al día siguiente los diarios de Washington y Boston publicaron esta desagradable noticia:

“Sabemos que antes de que terminen las sesiones del Congreso recaerá la resolución de que sean entregados 100.000 dólares al Dr. Morton como premio de su descubrimiento de la narcosis etérea. Sabemos, también, que Morton denunciará al Dr. Jackson por difamación y calumnia”.

CAPÍTULO XV

FANTASMAS

Morton volvía desde Washington a West Needham feliz y satisfecho. La Universidad de Maryland le otorgó el grado de doctor "honoris causa", y Morton se apresuró a llevar estas noticias a Elizabeth. El asunto debería quedar resuelto en una sesión, o quizá exigiese algunas pocas semanas. La protesta de Jackson no fué tomada en cuenta, y su reclamación se había considerado como totalmente infundada. Sin obstáculos para la futura felicidad, la vida comenzaba a sonreír a Morton, su mujer y sus hijos. Desde aquel momento podría dedicar todas sus energías a perfeccionar su descubrimiento.

Pero en aquellos momentos Jackson viajaba hacia Hartford eligiendo otro plan, un magnífico plan que seguramente daría resultado. Jackson abrigaba muchas esperanzas.

La viuda de Wells y sus hijitos vivían en Hartford. Jackson pensaba entrevistarla y decirle: "Lleva usted una vida pobre y dolorosa. Su marido ha sido olvidado; ha muerto y está enterrado sin que nadie piense en él. Y, sin embargo, él fué quien hizo los primeros ensayos que han conducido al gran descubrimiento con el que se ha libertado a la humanidad de los dolores en las intervenciones quirúrgicas. ¿Quiere saber nuevas noticias? A Mr. Morton se le ha concedido el honor que en realidad corresponde a su difunto marido;

Mr. Morton va a embolsarse una crecida cantidad, votada por el Congreso, mientras usted, la viuda del verdadero descubridor, pasa hambre en Hartford.

"Yo no soy pobre y por otra parte no es el mismo caso. He tenido gran parte en el descubrimiento. He sido el primero que ha pensado en emplear la inhalación para evitar el dolor en las operaciones quirúrgicas. Fuí el primero que ha propuesto éter. Pero mi participación ha sido simplemente teórica. Su marido es el que ha introducido en la práctica la anestesia por inhalación. He sido testigo de ello. ¿Quién mejor? Su marido me visitó antes de hacer sus primeros ensayos en Boston y antes de hacer su primera demostración pública. Estoy en situación de decir al mundo que ha sido Horace Wells, y no Morton, quien ha practicado el original y audaz experimento.

"Yo sé que Morton era un ignorante en estos asuntos; que fué de su marido de quien aprendió la posibilidad de hacer esos experimentos, y que, finalmente, me visitó para que le informase e instruyese acerca del éter y de su administración. Es un ignorante, un miserable, un usurpador, que se ha apoderado de las ideas de Horace Wells y de las mías.

"A dos personas, y Morton no está entre ellas, debe la humanidad este gran descubrimiento: a su difunto marido, víctima infortunada de las circunstancias, y a mí. ¿Quién ha sido premiado? Un infame recibirá 100.000 dólares que en derecho nos pertenecen, y se los meterá en los bolsillos mientras los papanatas le admirarán con la boca abierta.

"Por lo que se refiere al premio, no movería un dedo si fuese yo el único despojado. Pero no puedo consentir que la viuda de mi amigo Horace Wells, una viuda con hijos pequeños, pase penurias en Hartford mientras un usurpador se carga de fama y de dinero. El miserable Morton cree que la boca de su marido está para siempre callada, y que con sus calumnias puede apartarme de su camino. Pero no es fácil que yo

guarde silencio, pues tengo conciencia de mi deber. Creo que es necesario reparar el agravio inferido a Horace Wells y honrar el nombre del fallecido inventor. En una palabra, señora Wells: vengo espontáneamente a ofrecer a usted mi ayuda en este difícil asunto”.

Ciertamente no era una labor fácil la que Jackson se proponía, pero él era ya un monomaniaco. Las luces de la razón deberían haberle mostrado que él no fué realmente el descubridor de la anestesia; pero la ambición y el odio se sobreponen a la razón, y en la esfera emocional estaba convencido de que él era el único descubridor. Ahora se veía obligado a abandonar esta pretensión y admitir que otra persona había tomado parte, en una forma no menos importante que la suya.

Sólo aparentando este convencimiento podía esperar vencer en esta apremiante situación. Si los lazos de la amistad, sus documentos y sus testigos, su “noble renuncia” al premio en efectivo, su incansable actividad, no habían sido capaces de vencer, ahora esperaba lograr la victoria sacando de la tumba a un espectro.

En la imaginación fraguaba el cuadro de su triunfo sobre Morton, valiéndose del espíritu de Wells. Al conjuro de Jackson, Wells se presentaría ante el Congreso y suponía que hasta los diputados que defendían a Morton serían incapaces de resistir el poder de un fantasma. Claro es que Jackson tenía que pagar un gran precio, ya que debería participar sus derechos con otro; pero este otro era un muerto, y los muertos no son exigentes. El difunto Wells no iba a disputar a Jackson el haber sido el verdadero padre del descubrimiento, en el sentido estricto; el difunto Wells no iba a ser más exigente que la viuda y los hijos que se encontraban con el inesperado legado de 100.000 dólares.

En Hartford ocurrió lo que Jackson esperaba. La señora Wells quedó profundamente emocionada de que, espontáneamente, una persona tan distinguida se ofreciese a reclamar para ella el premio del Congreso, contentándose tan sólo con el reconocimiento de la prio-

ridad intelectual. La vida y obra de su marido no habían sido vanas. Aunque el pobre Horace hubiera muerto en la miseria, su nombre sería recordado con veneración. Había amado tanto a su mujer y a sus hijos, que ahora estaría contento si pudiese saber que sus deudos vivirían cómodamente, libres de aflicciones pecuniarias. Ésta sería la obra del generoso Jackson, quien prometió dedicarse, sin descanso, a asegurar los derechos de la viuda y de los hijos de su difunto amigo.

A la pobre mujer debió parecerle Jackson un ángel del cielo. Ella no tendría que hacer nada. Jackson se ocuparía de todo, para reclamar los derechos de Horace Wells. Infatigablemente reunió documentos, reconstruyó la historia de los experimentos de Wells, entrevistó a los médicos y pacientes de Hartford que habían tenido conocimiento del asunto, redactó así un informe completísimo y, finalmente, y esto es lo más importante, se aseguró la intervención de un abogado llamado Truman Smith, que era senador por Connecticut.

Jackson, como viejo maestro en el arte de tentar las vanidades y la avaricia de los demás, se aprovechó de esta habilidad en beneficio propio.

No podía haber encontrado instrumento mejor para sus planes. A Truman Smith, el abogado, le dijo:

—Señor, vengo a encomendarle un asunto por el que usted podrá percibir suculentos honorarios. Trátase de una reclamación de 100.000 dólares.

A Truman Smith, el senador, le habló así:

—Senador, si obtiene en el Congreso un triunfo en este asunto, adquirirá usted gran renombre. Se ha cometido una gran injusticia con un hombre ya fallecido. La víctima era un ciudadano de Connecticut, un hombre que ejercía su profesión en Hartford, que ha hecho un descubrimiento sensacional y que ha sido desposeído del honor. El Congreso, como usted no debe ignorar, se propone conceder un premio especial al descubridor de la anestesia y piensa otorgarlo a un ciudadano de otro Estado. Un hombre de Massachusetts es quien va a re-

cibir la fama y el dinero que en justicia corresponden al difunto Horace Wells de Connecticut. Supongo que podría interesarle a usted un asunto de tan vital importancia, que, por otra parte, no es indiferente para sus propios intereses.

Ni como abogado ni como senador, Truman Smith era hombre que dejara escapar un asunto de esta importancia.

He ahí una oportunidad para distinguirse y para obtener pingües honorarios. La llamada al patriotismo local ejercería también su efecto. Connecticut estaba celoso de Massachusetts, Hatford de Boston. Estos bostonianos eran siempre unos engreídos. Ahora se atribuía el descubrimiento de la anestesia a un bostoniano, cuando realmente era obra de un ciudadano de Hartford. Decíase que todas las cosas buenas procedían de Boston, que Boston era el centro intelectual de América y el ombligo del Universo, y Boston iba a ser la cuna de este estupendo descubrimiento. Boston ésto y aquéllo, Boston ahí y allá; siempre Boston, Boston, Boston; pero ahora, Massachusetts y Boston iban a aprender que Connecticut y Hartford contaban para algo, no sólo en los Estados Unidos sino también en el mundo. Truman Smith era un político de los pies a la cabeza, y tenía un fino olfato para saber dónde debía acudir: "Estoy luchando por el honor de Connecticut, por la fama inmortal de Connecticut".

Jackson era la mejor ayuda del senador para preparar la campaña. Su diligencia, su actividad incesante, hacían de él un auxiliar incomparable. Por sus conocimientos enciclopédicos extraordinarios, por su facilidad para descubrir testigos en contra de Morton y a favor de Wells, Truman Smith le consideraba como un colaborador irremplazable.

Las sesiones del Congreso hallábanse en vísperas de su clausura. Todas las formalidades preliminares habían sido cumplidas. Se avecinaba el día en que el Senado se expediría definitivamente sobre el premio de Morton. El senador Shields se levantó para pronunciar un elocuente

discurso referente a la importancia del descubrimiento. Los senadores Mallory y Badger le secundaron.

Truman Smith escuchaba con gran atención. Cuando Shields insistió acerca de la magnitud del descubrimiento y sobre el honor que esto aportaba a los Estados Unidos de América, Truman Smith hizo gesto de aprobación. Nadie en la Cámara estaba más convencido que Truman Smith de que esas afirmaciones eran indiscutibles. Habló luego el senador Douglas, y en su discurso dijo: "El premio debe concederse a William Thomas Green Morton".

Cuando llegó el turno al Senador Truman Smith, su voz resonó en la sala:

—Denunció que se intenta robar al tesoro, con daño de los derechos de otros, y esto es una abominable imposición de este gobierno. Estoy de acuerdo con el honorable caballero de Arkansas en que el descubrimiento es un gran bien para la humanidad y es el orgullo de los Estados Unidos de América. Pero Morton no es el descubridor. Creo que Morton es un impostor y que no es justa su pretensión. Pido, en nombre de la justicia y del derecho, narrar la historia de los agravios inferidos a la pobre esposa y a los indefensos hijos del Dr. Horace Wells; agravios inferidos por ese hombre, por Morton, que descendiendo a la sepultura del marido y del padre, se ha apropiado de uno de los más extraordinarios descubrimientos de los tiempos modernos.

La voz de Truman Smith vibraba de indignación, y todo su cuerpo se estremecía. Cada palabra, cada gesto, cada ademán, revelaba su indignación, pues este agravio contra el difunto clamaba al cielo. Un silencio abrumador se extendía por la sala.

El senador Badger, de Carolina del Norte, fué el primero que pudo sobreponerse a esta emoción. Se levantó para contestar a Truman Smith:

—Ignoro, Sr. Presidente, qué interés privado ha movido al honorable senador de Connecticut; parece, en realidad, que alguien ha estimulado su excitación. El hono-

nable senador exige una oportunidad para reparar un agravio. ¿De quién? ¿Cuáles son sus clientes?

La insinuación de Badger disminuyó notablemente el triunfo logrado por Smith. Luego habló el senador Brown, de Florida, quien advirtió al Senado que no se demorase una resolución que ya había sido tan morosa. El Congreso iba a servir de burla. Habían pasado cinco años desde que la petición de Morton fué presentada. ¿Qué podría decirse de la generosidad de la nación? Cinco años se habían empleado para examinar la petición, y esto tenía que avergonzar a los Estados Unidos ante los ojos del mundo. La Academia de Ciencias de París había concedido a Morton una medalla de oro; el Zar de todas las Rusias le había otorgado la Cruz de la Orden de San Vladimiro; el rey de Suecia, la Cruz de la Orden de Vasa. Morton era ciudadano de los Estados Unidos. ¿Y qué habían hecho por él los Estados Unidos? Habían transcurrido cinco años hasta que la nación se determinó a premiar a uno de sus hijos más distinguidos. Se había llevado a cabo una detenida información referente a la posibilidad de que Morton fuese o no descubridor de la anestesia, y no concebía injusticia mayor que la de hacer esperar tanto a un hombre que se había arruinado con su descubrimiento.

Truman Smith se encontró ante una fuerte oposición, pero no se desilusionó. Sin hacer caso de las observaciones inerédulas de los senadores Badger y Brown, continuó habilidosamente el debate, exponiendo sus argumentos.

Hablo en defensa de un muerto, de un muerto a quien ayudo porque fué una víctima.

Sus palabras solemnes y reverentes se extendían por la sala; y a medida que el tiempo transcurría, las protestas cesaban. Después de una pausa el orador continuó:

—El honorable compañero ha hablado justamente del ejemplo del extranjero, de París sobre todo. Permitidme que os lea un párrafo de un diario de París en defensa de un hombre que no es Morton, y decidme si es acaso

vergonzoso que yo aparezca ante vosotros como el abogado de una persona tan inicuaamente tratada.

Su voz vibraba de emoción. Truman Smith leyó lo siguiente: “Mientras un joven, un infeliz joven que tanto hizo para librar a la humanidad de la maldición del dolor se da muerte a sí mismo, turbada la razón, en un rincón de Nueva York, otro se aprovecha de su fama y se apodera del premio, que justamente corresponde al Dr. Wells, prematuramente fallecido”.

Truman Smith continuó en tono repiqueteante: “Oíd, caballeros. Represento a un muerto que reclama justicia de vosotros. Respetad a la muerte”.

El espectro se presentaba. Nadie osaba decir palabra. El diario de París, la carta de triunfo, había ganado la partida. Mientras el espíritu del muerto estaba presente ¿qué senador sería capaz de replicar? Smith añadió: “El último orador decía que nadie podría negar que el Dr. Morton, de Massachusetts, era descubridor de la anestesia. Yo me atrevo a pedir al Congreso que me conceda el tiempo necesario para presentar testigos y pruebas. Puedo traer dentistas y cirujanos de Hartford y puedo aducir opiniones de sociedades médicas extranjeras que confirmen mi opinión de que el difunto Horace Wells, del estado de Connecticut, fué el verdadero descubridor de la anestesia”.

El orador hizo una pausa y luego resumió: “Quiero decir al Congreso que me permito defender los intereses de un hombre ya muerto, y que no se debe decidir este problema sin que antes hayan expuesto sus derechos la viuda y los huérfanos del desventurado Wells”.

—Sí, los herederos de Wells deben ser oídos en este caso — dijo uno.

—La reclamación del muerto debe ser tenida en cuenta por el Congreso antes de resolver — añadió otro.

Mallory intervino:

—Hemos discutido este asunto durante cinco años. ¿Todavía vamos a emplear más tiempo antes de conceder el premio?

—No debemos ignorar los intereses de un hombre que ha muerto. Nadie puede asumir tal responsabilidad — refutó alguien.

—Oigamos, oigamos. Nadie puede asumir esa responsabilidad — se dijo en diferentes partes del salón.

En resumen: la concesión del premio fué demorada, y se formó una subcomisión para estudiar los derechos del difunto Wells. Truman Smith recibió instrucciones para presentar sus pruebas.

La carta escrita por Brewster, que llegó después del suicidio de Wells, y que había sido abierta por la viuda, no podía ser encontrada. Había pasado de mano en mano, como una prueba de que Wells era el descubridor, y luego se había extraviado.

—Necesito esa carta — insistía Jackson —. Es de importancia vital.

En otra ocasión decía: “He escrito a mi amigo de París, solicitando una copia de los párrafos redactados por Wells y publicados en el *Galignani's Messenger*, referentes a las notas de una sesión de la Sociedad Médica de París. Espero que me será enviada en el próximo correo. Es indispensable para nuestro asunto”.

Fueron necesarias algunas semanas para reunir el material requerido. Cada demora fortalecía la posición de Jackson y debilitaba la de Morton.

Transcurrido un mes, el día 21 de enero de 1852, Truman Smith pudo leer su informe ante la subcomisión. Estaba compuesto de unas mil páginas, y una quincena más tarde se clausurarían las sesiones del Congreso.

¿Podrían los miembros de la subcomisión examinar todo ese material en una quincena, y luego informar al Congreso?

Era demasiada labor la que había de realizar para poder decidir, antes de que el Congreso se cerrase, si era Wells o Morton el descubridor.

Los *mortonistas* protestaban, pero en vano. El problema tenía que ser demorado para las reuniones posteriores.

Los *mortonistas* aprovecharon el intervalo para actuar en defensa de su protegido. Aunque la oratoria de Truman Smith había triunfado en la sala, los miembros de la subcomisión pudieron darse cuenta de que las pruebas en favor de Wells eran muy endebles. Wells había realizado un trabajo a medias, y el joven dentista, aunque prometía mucho, no tenía el talento necesario para llevar adelante tan gran descubrimiento. En sus últimos tiempos había sido partidario del cloroformo y se había suicidado. Este desventurado acontecimiento, dramáticamente aducido por Truman Smith como una de sus pruebas, era más bien un aserto contrario, es decir: que no era al difunto Wells, sino a Morton, a quien se debía el descubrimiento. Entre las pruebas alegadas, la muerte no era una demostración favorable a Wells; pues éste había repetido los experimentos con gas nitroso que mucho tiempo antes había hecho Davy y más recientemente Hickman. Sin duda, tuvo el valor de ensayar el gas sobre sí mismo, y se había hecho extraer un diente sometándose a su acción; pero su demostración pública había sido un fracaso y luego no se volvió a ocupar del asunto.

Allí estaba la carta que Wells había enviado a Morton, así como los escritos del Dr. Hayward referentes a una conversación con Wells, en la que éste admitía que no era el descubridor; allí se encontraban las opiniones del cuerpo médico del Hospital General, completamente adversas a las reclamaciones de Wells. No; era imposible considerar a Wells como el descubridor, aunque se hubiera hecho comparecer su espíritu ante el Congreso. No había duda de que quien tuviera buen corazón tendría que sentir simpatía por la viuda y sus huérfanos; pero la simpatía no podría inducir al Congreso a premiar a la viuda de Wells, despreciando la obra de Morton.

Las pruebas de Truman Smith ascendieron a 270.000 palabras: No obstante, al final de esas palabras había que decir: “Morton es el verdadero descubridor”.

“No nos ha guiado otro interés ni más deseo que el de que respandezca la verdad y triunfen el derecho y la

justicia. Cumpliendo el deber que el Senado nos ha impuesto, resulta que hay que afirmar que el Dr. W. T. G. Morton fué el descubridor verdadero de la anestesia y que merece recibir los honores y el premio concedido al descubridor." Tal fué el informe unánime de la subcomisión del Senado. No podía haber duda de que en la siguiente sesión se otorgaría el premio a Morton. Pero Truman Smith no perdió la esperanza: "Sea optimista, Dr. Jackson, venceremos a pesar de todo".

Truman Smith era un hábil orador, mas Jackson no podía participar de su confianza. Recientemente Morton había estado en Hartford, mostrando a los partidarios de Wells la carta que éste le había escrito, y añadiendo que el mismo Jackson, algún tiempo antes, había hablado en Boston muy despectivamente de los experimentos de Wells. Morton poseía la prueba escrita de esta última aseveración. Es más: Morton había mostrado la carta, de puño y letra de Wells, acusando a Jackson de pretender desacreditar su descubrimiento. ¡Morton había mostrado esos documentos a la señora de Wells! De este modo quedaba descubierta la maniobra de Jackson, de querer aparecer como consejero y protector desinteresado.

Jackson sentía estremecerse la tierra bajo sus pies y se daba cuenta de que podía producirse la catástrofe si continuaba apareciendo como defensor de los derechos de Wells. No le era posible desamparar a Truman Smith. Su propia causa no debía quedar supeditada al triunfo o al fracaso de Wells. Había que buscar otros caminos para entibiar los entusiasmos de los *mortonistas* del Congreso.

Jackson era suscriptor de gran número de revistas científicas de Europa y América. Las leía asiduamente y tomaba notas de algunas de las innovaciones científicas, especialmente de las referentes a la medicina, química y geología. Desde hacía años acostumbraba a recortar y clasificar en legajos los artículos que más le interesaban. El valor de su extensa colección se acrecentaba

por la maravillosa memoria de Jackson, que era capaz de recordar exactamente, después de muchos años, los artículos clasificados.

—James —dijo Jackson a su ayudante—, si no recuerdo mal, hace pocos años he coleccionado un recorte respecto a un médico que aseguraba ser el primero que había administrado éter a un paciente. ¿Quién era? Creo que procedía del Sur. Un informe de una sesión... ¡Ya recuerdo! Era un relato de una sesión de la Sociedad de Medicina de Georgia. Espere un minuto y recordaré el año. Sí, debe haber sido en el año 1849. Justamente, hágame el favor de buscar el recorte.

Jackson tenía ojos de lince. Tratábase realmente de un informe de Georgia del año 1849. Después de una breve busca, el asistente encontró lo que se le pedía.

Un médico de Athens, en Georgia, había referido a la Sociedad Médica de aquel Estado que, en 1842, cuatro años antes de que Morton y Jackson hicieran sus estudios, siendo médico rural en Jefferson, había ejecutado operaciones bajo la acción del éter, si bien no había publicado los resultados.

"Reconozco que he demorado demasiado tiempo la publicación para merecer el honor de la prioridad del descubrimiento, pero incitándome mis amigos a que presente la reclamación ante los facultativos he preferido que el caso sea investigado por la Sociedad Médica. La Sociedad podrá decir que la reclamación, aunque bien fundada, no puede prosperar por no haberla presentado antes. Yo respondo alegremente: Amén."

Cuando algunos años antes Jackson leyó esta noticia, no le dió gran importancia. En el Norte siempre se había considerado al Sur como un vestigio del siglo XVIII, enclavado en la moderna civilización, y en el concepto de Jackson un médico rural del Sur era un ser antediluviano de quien no merecía la pena de acordarse como el

primero que hubiese usado éter. Era él, decía Jackson, quien primero lo utilizó, comenzando sus experimentos hacia el año 1838; y en aquella época, ni Morton ni el médico rural habían hecho nada.

Por aquel entonces el artículo le había parecido sin interés, y se limitó a archivarlo; pero ahora, al releerlo, consideró que merecía gran atención.

—¡Así que el Dr. Crawford Long, de Athens, Georgia, operaba con éter en el año 1842! Esto posee extraordinario interés —dijo Jackson a su ayudante—. Sólo porque se trata de un hombre que vive en una ciudad de poca importancia, allá en el Sur, tiene que ser expulsado del mundo científico y no debe ser objeto de atención. ¡De modo que Morton no era el primero que había administrado éter en las intervenciones quirúrgicas! Nosotros los de la New England estamos demasiado dispuestos a ignorar lo que ocurre en el Sur. Yo lo he dicho muchas veces. Grandes cosas y experimentos científicos de valor pasan casi desapercibidos; cosas de que toda la Unión debería enorgullecerse, y que ni siquiera se habla de ellas. Nosotros desdeñamos al Sur con sus magníficos Estados, y permitimos que hombres tan notorios como Crawford Long sean ignorados. Pero toda América sabrá quien es Long. Ha sido el primero en aplicar mi descubrimiento a la práctica y es, por tanto, la única persona que merece figurar a mi lado en el descubrimiento de la anestesia. Un médico rural de Athens, Georgia, llamado Crawford Williamson. ¡Muy interesante, James!

Pocos días después, el Dr. Jackson emprendió viaje hacia las minas de oro de Dahlonega.

—Ya saben —dijo a sus amigos, antes de la partida— que desde que se descubrió el oro en California y llegó el primer precioso cargamento a Washington, el sueño de algunos es transformar en campos de oro todo el Sur y el Oeste. Ahora comienza a decirse que existen otros nuevos yacimientos, y el gobierno ha perdido la cabeza con el oro. Como geólogo del Estado he sido comisionado para

visitar Dahlonega y estudiar las muestras de mineral. Es un asunto muy importante.

Interrumpió el viaje en Athens adonde, desde Jefferson, se había trasladado el Dr. Crawford Long hacia algún tiempo. Había tenido que abandonar las operaciones con anestesia, pues todo el vecindario de Jefferson, presa de gran excitación, intentó lincharle. Ahora tenía una clientela adinerada. Al dejar Jefferson pudo establecerse en Athens, donde, aparte de continuar ejerciendo su profesión de médico, había conseguido un ingreso suplementario abriendo una droguería en la que invirtió sus ahorros. Por otra parte, y como todas las personas acomodadas del Sur en aquellos días, poseía una plantación y algunos esclavos negros.

Vivía con cierto desahogo, merced a su triple ocupación de comerciante, médico y colono. Cuando volvía a su hogar, después de sus visitas, los niños rodeaban al padre, acariciando el caballo. Long jugaba con ellos y contaba a Carolina los acontecimientos del día. Ya no era el *dandy* de antes de su matrimonio, pero siempre iba correctamente vestido y sus trajes estaban cortados por los mejores sastres de la localidad.

Trancurrían las semanas, unas igual que otras, y llenaba sus horas de ocio jugando al croquet. Gustaba de las diversiones propias de la clase media del Sur, y no podía pasar una noche sin su habitual partida de whist.

Durante estos años su tranquilidad sólo fué turbada por un acontecimiento que le inquietó pocos días. Una noche de diciembre del año 1846 hojeaba las páginas del *Medical Examiner*, con cuya lectura mantenía contacto con el mundo médico. Repentinamente unas líneas atrajeron su atención: *La primera operación sin dolor.*

—¡La primera! —exclamó tan ruidosamente, que Carolina suspendió su labor.

—¿Qué dices? —preguntó ella.

—Escucha esto. El *Examiner* dice que en octubre ha sido realizada una operación en el Massachusetts General

Hospital, y afirma que fué la primera sin dolor. ¿Y mis operaciones en Jefferson, en el año 1842? ¿El tumor que yo he extirpado a Venable y el dedo amputado al negrito?

—Deberías haber publicado tus resultados, Crawford. Siempre te lo dije —afirmó Carolina.

—Sí, sí, tú bien sabes lo que sucedía. Aquellos idiotas de Jefferson me hubieran considerado como un hechicero. Hubiera perdido mi clientela, y me hubiesen linchado en caso de haber ocurrido algún accidente. Lo mejor era actuar en secreto y no decir nada. Pero ahora, alguien se me ha adelantado.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Carolina—. Escribe esta noche al *Medical Examiner* y comunícale que tú has realizado operaciones sin dolor hace ya cuatro años.

“Realmente, pensó Long, no sería muy difícil demostrar la prioridad.” Constaba en los libros que había extirpado un tumor a Venable, bajo la acción del éter. Allí estaba y podía ser comprobado por todos. El detalle más importante en la referencia del *Medical Examiner* era que el descubridor, un dentista de Boston, mantenía en secreto la naturaleza de la sustancia administrada. Si ahora Long anunciaba en las columnas del *Examiner* que varios años antes había administrado éter para evitar los dolores en las intervenciones quirúrgicas, quedaría plenamente demostrado que él era quien había practicado por primera vez operaciones indoloras.

¡Las circunstancias modifican profundamente las cosas! Lo que en Jefferson podía haber sido un desastre, ahora presentaba un futuro promisorio.

Long saltó de su butaca, reunió sus datos y se sentó ante la mesa dispuesto a redactar un trabajo para el *Medical Examiner*. Tan sólo había escrito la fecha, cuando golpearon a la puerta. Un colono entró muy agitado:

—Por favor, doctor, venga en seguida. Mi mujer está de parto.

Como era natural, Long salió rápidamente. El parto fué difícil y prolongado, y le retuvo toda la noche. Cuando volvió a su casa, la sala de espera estaba llena de enfer-

mos. Al día siguiente sus asuntos le exigieron atención. Y así perdió la oportunidad de enviar el artículo para el número de enero. ¡Qué se iba a hacer! Sería en febrero.

Pero el número de enero terminó con las esperanzas de Long. Supo que Morton, el dentista de Boston, antes de comenzar otra operación había anunciado que el gas que administraba era éter sulfúrico puro. Long había perdido la ocasión de haber declarado que era éter la sustancia empleada.

El número de febrero del *Medical Examiner* vino a desanimar todavía más a Long. Un dentista de Hartford, llamado Wells, había precedido a Morton al dejarse extraer un diente sin dolor bajo la acción del gas hilarante. ¿Qué podría hacer entre tantos reclamantes? Long no era un *new englander*, y no tenía el empuje propio de los yanquis. Era un caballero del Sur, y no sabía abrirse camino a codazos.

Además, este modesto médico rural (modesto en el sentido literal de la palabra), comenzó a pensar que era imposible que un hombre tan sencillo como él hubiera sido el primero en realizar un descubrimiento tan importante. Muchos otros debían haber hecho lo que él hizo en Jefferson cinco años antes. Reclamar la prioridad, luchar a brazo partido, era para él una tarea demasiado pesada. Tenía asegurados sus ingresos, gozaba de una vida comfortable, saboreaba todas las noches su partida de whist. ¿Qué más podía desear?

Más tarde, algunos amigos bien intencionados sugirieron a la Sociedad Médica de Georgia que preguntase a Long acerca de sus experimentos con anestésicos. Long contestó a la pregunta que le había sido formulada, pero, como ya se ha dicho antes, indicó, con un candor sugestivo, que no se atrevía a reclamar la prioridad ya que quizá no tuviera derecho a ella por no haber publicado a tiempo sus resultados. Sometía el asunto a la culta clase médica y quedaría contento con lo que resolviera ésta, fuese lo que fuese.

Así, de todos los que de algún modo se habían inte-

resado en el descubrimiento de la anestesia, fué Long el único que permaneció imperturbable y alejado de las recias disputas acerca de la prioridad.

Imperturbable e imperturbado durante algún tiempo, pero el día 8 de marzo de 1854 un forastero, de cabello negro y ojos brillantes, vino a visitar al Dr. Long.

—El Dr. Long está haciendo sus visitas — dijo el ayudante —, pero quizá pueda yo serle útil, señor.

—No, no soy un enfermo — dijo el forastero —; deseo hablar personalmente con el Dr. Long acerca de un asunto muy importante. — Y paseando por la sala esperó muy agitado el regreso de Long.

Al fin se oyó en la calle el retumbar de los cascos de un caballo.

—Ahí está — dijo el asistente al forastero, quien acercándose a Long le presentó su tarjeta.

Long leyó en ella: "Dr. Charles Thomas Jackson, Legión de Honor, geólogo del Estado, químico y director de la Casa de la Moneda".

—¿Puede dedicarme algunos minutos, Dr. Long? — preguntó el visitante.

—Usted me dirá lo que desea de mí — replicó Long.

—He venido — dijo Jackson — a hablar con el hombre que por primera vez realizó una operación quirúrgica bajo la acción del éter.

—Acompáñeme — dijo Long en tono cordial.

—Deseo apoyarle en la reclamación de sus derechos — dijo Jackson, una vez que hubo examinado cuidadosamente los documentos que le fueron mostrados —. Me parecen muy convincentes, pero lo que no me explico es por qué usted no los ha hecho públicos.

Long explicó las razones, y Jackson pudo reconocer que Long era un tipo completamente diferente a él y que necesitaba ser empujado.

—Hace tiempo que debía usted haber escrito — dijo Jackson —. Mis relaciones en Europa me hubieran capacitado para reclamar sus derechos a la prioridad ante la

Academia de Ciencias de París, y uniendo nuestras fuerzas hubiéramos asegurado su reconocimiento en el mundo. Quiero comunicarle que yo tengo una gran participación en el descubrimiento, pero el caso de usted es diferente. Voy a explicarle.

Y Jackson le informó acerca de sus estudios teóricos y prácticos sobre el éter, indicándole que los había iniciado mucho tiempo antes que él.

Habilidosamente llevó la conversación hacia el modo como podría ayudar en sus planes a Long.

—Como es natural, yo no he hecho, como usted, operaciones quirúrgicas. Respecto a esto debo concederle la prioridad; pero piense usted que la idea de llevar el descubrimiento a la práctica se me ocurrió a mí hacia el año 1838. Experimenté sobre mí mismo en aquella fecha. Tanto usted como yo hemos sido tardos en comunicar nuestros hallazgos. Pero ahora, dígame, querido señor: ¿no es injusto que la fama, que nos corresponde a usted y a mí, sea hurtada por un intruso, por un oscuro y despreciable dentista de Boston? ¿No hay una sola palabra para nosotros, mientras el impostor marcha viento en popa!

Ahora, un científico famoso y respetado, un hombre que había estado en París, un hombre enterado de lo que ocurría en el mundo y que conocía todos los experimentos realizados con el éter, venía a asegurar a Long que él era el primero que había realizado operaciones sin dolor. Brillaba un futuro nuevo.

Como ya hemos dicho, el médico rural era un hombre extraordinariamente reposado, lleno de dudas, y prefería estar tranquilo y no luchar. Pero además, tenía un claro juicio y una gran honradez. El descubridor de la anestesia era él, Crawford Long, y nada tenían que hacer Morton, Wells y ni siquiera este Dr. Jackson.

Él era, en efecto, el primero que realizó una operación bajo la acción del éter; y, por tanto, no necesitaba ayuda ni abogado para reclamar la prioridad, ni tenía por qué compartir su descubrimiento con nadie. El Dr. Jackson era, sin duda, un distinguido científico, un gran hombre;

pero el hecho de que tuviera gran reputación no era bastante para que participase de la prioridad. Si él era el descubridor, la primicia no podía serle disputada por nadie, pensaba Long con gran testarudez. Por tanto, Long comunicó a Jackson, con todos los respetos, pero de un modo que no dejaba lugar a dudas, que no estaba dispuesto a compartir con nadie la prioridad del descubrimiento.

Ya fué una píldora amarga la que tuvo que tragar Jackson en Hartford, pues al aliarse con la señora de Wells se vió obligado a renunciar a ser considerado como el único descubridor de la anestesia. Se resignó a ello, porque para él tenía más valor aniquilar a Morton que la prioridad. Ahora, para llevar a cabo la destrucción de Morton, tendría que renunciar incluso a toda participación en el hallazgo. Esto era un trago más amargo todavía.

No; él no podía negar que hizo experiencias con el éter; que había sido el primero en llamar la atención sobre sus propiedades anestésicas y que había aconsejado a Morton que hiciese ensayos sobre sus pacientes. Pero Morton había dicho que no, y nada más que no. ¿Tendría ahora que renunciar para siempre a su participación en el descubrimiento? ¿Tendría que admitir que este médico rural del Sur había sido el descubridor? Esto era demasiado. Sin embargo, el odio a Morton dominaba todos sus sentimientos. Si ésta era la única forma de conseguir la decisión de que Morton no tenía derecho al premio, si éste era el único procedimiento para impedir que el Congreso le otorgase la recompensa, Jackson sabría sacrificarse, pues el aniquilamiento de Morton constituía ahora al único fin de su vida.

—Sólo deseo que se haga justicia — dijo Jackson roncamente —. Estoy por encima de todo esto, y no tengo el menor interés personal en el asunto. Esta conversación, y las pruebas que usted me ha mostrado, me han convencido de sus derechos. Sólo amo la verdad. Puede usted disponer de mi ayuda desinteresada. Presente su reclamación, y puede contar con que el Dr. Charles Thomas Jack-

son, geólogo del Estado, Premio Motyon, Caballero de la Legión de Honor, declarará ante el mundo entero que sólo usted es el descubridor de la anestesia.

Esta entrevista cambió completamente la vida de Long. Su tranquilo consultorio comenzó a agitarse. Long, sus ayudantes, Carolina, sus compañeros de whist, todos sus pacientes estaban igualmente interesados en el asunto y escribían cartas a sus amigos de Washington para apoyar la reclamación. Jackson, el optimista Jackson, guiaba la campaña; y todo pasaba por sus manos. Habíase desvanecido la paz hogareña. Todos los amigos del doctor, la ciudad de Athens, sus alrededores, tan sólo pensaban y hablaban de Long, de “nuestro Dr. Long”, que había hecho uno de los más grandes descubrimientos de todos los tiempos, aunque hasta entonces no había querido hacerlo público. Ahora, un forastero, un científico distinguidísimo, cargado de premios y condecoraciones, había venido desde Boston a Athens para persuadir a Long que se diera a conocer.

—¿Sabe usted quién es el Dr. Jackson? ¿Había usted oído hablar de él? — preguntábase unos a otros los habitantes de Athens.

—Hállase en relación con los monarcas europeos; es uno de los más grandes hombres de ciencia de nuestros días.

El Dr. Jackson y, como es natural, también el Dr. Long, eran la comidilla del pueblo.

—Yo dije siempre que nuestro doctor era algo excepcional, y los hechos me han dado la razón. Pero me admira que no haya hablado antes. ¿Por qué su lengua ha estado silenciosa tantos años?

—¡Oh! es un hombre especial. Todos los grandes descubridores son iguales a él, modestos y retraídos. El Dr. Jackson nos ha contado que el más grande descubridor de Inglaterra, el famoso Dr. Jenner, que descubrió la vacunación, no habló nada del asunto en veinte años. De igual modo, nuestro Dr. Long ha esperado veinte años

hasta que desde Boston ha venido un personaje importante para animarle.

—He sabido que este famoso Dr. Jackson ha hablado con nuestro senador para llevar el problema ante el Congreso. El doctor Long es demasiado modesto para pensar en tales cosas. Pero esto tiene gran importancia para el Estado de Georgia, y atraerá hacia él la atención de la Unión. El Dr. Jackson dijo que era necesario apoyar la reclamación del Dr. Long, para que el pueblo de Washington conozca a este gran hombre que tenemos en el Sur. Este Dr. Jackson es un yanqui, un bostoniano, pero no se parece a los otros yanquis. Es un hombre célebre, enteramente dedicado a la ciencia y miembro de honor de varias academias del extranjero. Ha recibido numerosas distinciones de los monarcas europeos.

La opinión general en Athens era que el reconocimiento público del Dr. Crawford Long, como descubridor de la anestesia, tendría gran interés para el Estado de Georgia.

Iban a abrirse las nuevas sesiones del Senado. Truman Smith daría nuevamente muestras de su talento oratorio. Se aproximaban los días en que el Congreso iba seguramente a conceder al dentista de Boston, William Thomas Green Morton, el premio votado para el descubridor de la anestesia; y esto sucedería a no ser que interviniese Smith.

Pero en esta ocasión, cuando todos dedicaban sus mejores energías a otorgar el premio al descubridor, el senador Dawson, de Georgia, se levantó para protestar de que se concediese el premio a un hombre del Norte, pues ni Massachusetts ni Connecticut tenían la gloria de haber sido la cuna del descubridor de la anestesia. El honor correspondía al Sur. El descubridor había nacido en el Estado que él tenía el honor de representar: en el Estado de Georgia.

El Senador Dawson movía sus manos sobre una pila de papeles que se hallaban sobre su mesa, pero no tenía la intención de darlos a conocer con todo detalle. Así como el senador de Connecticut había presentado a la Comisión un manuscrito de mil páginas, el orador de ahora se limitó

a elegir dos pruebas de su bien provista cartera. Hizo el preámbulo y seleccionó los documentos sin ampulosidad, en el tono sencillo con que solía hablar ante el Senado.

Uno de esos documentos era un recibo del año 1842, demostrativo de que un estudiante llamado Venable, de Jefferson, había pagado dos dólares al Dr. Long por la extirpación indolora de un tumor. El magnífico testimonio de este recibo, enterrado desde hacía algunos años, originó una impresión semejante a la producida por la oración apasionada de Smith acerca de Horace Wells. Dawson, como Truman Smith, conocía el valor de las pausas en el discurso. Esperó hasta ver colmada la impresión producida por la lectura del recibo, y procedió a exhibir otra prueba. En contraste con el estilo exuberante de Truman Smith, Dawson era un hombre conciso, que gustaba emplear pocas palabras. "Puedo además añadir la carta que voy a leer, firmada por Charles Thomas Jackson, y que este famoso químico, investigador y geólogo me ha escrito."

El Senado tenía que recordar que el Dr. Jackson había reclamado la prioridad del descubrimiento de la anestesia, en contra de Morton, creyendo, en aquel tiempo, que él había sido el descubridor. Esta pretensión estaba justificada hasta el día en que el Dr. Jackson fué informado de que, años antes que él, y antes también de que Wells realizase sus demostraciones públicas sobre el valor de los anestésicos, el Dr. Crawford Williamson Long, que entonces ejercía su profesión en Jefferson, Georgia, había realizado operaciones en pacientes insensibilizados por la inhalación de éter. En la carta que iba a leer al Senado, el Dr. Jackson reconocía, francamente, que había estado en un error; y declaraba que, por amor a la verdad, abandonaba sus reclamaciones acerca de la prioridad del descubrimiento. Este honor correspondía al Dr. Crawford Long, de Georgia.

Entonces el senador Dawson leyó la carta del Dr. Jackson. Era clara y precisa, y su efecto no fué menos notable que el producido por la oratoria de Truman Smith

cuando hizo salir de la tumba el espectro de Horace Wells. Dawson finalizó asegurando que todos los caballeros del Sur deberían estar reconocidos al Dr. Jackson, el *new englander*, por su correcto proceder.

Truman Smith estaba más sorprendido que si hubiese estallado una bomba bajo sus pies y quiso hablar privadamente con el Dr. Jackson. Éste replicó: "Mi querido senador, yo desconocía completamente que un médico rural de Georgia se nos hubiera adelantado. Como es natural, esto me ha ocasionado un gran disgusto; pero mi respeto por la justicia me obliga a inclinarme ante la verdad. Por otra parte ya no veo la posibilidad de seguir sosteniendo las reclamaciones de los herederos de Horace Wells".

El descolorido recibo del año 1842 produjo en el Congreso un efecto tan grande, por lo menos, como el que originó el fantasma surgido de la sepultura de Hartford. No hay ni qué decir que, antes de resolver sobre la cuestión del premio, la subcomisión debía examinar detenidamente la petición de Long.

En aquel momento quedó demorada la decisión. El nuevo plan de Jackson era actuar más hábilmente que antes. El Congreso estaba perplejo por aquellos espectros que se levantaban de las tumbas, por aquellos fantasmas que se interponían en el camino. Confusión tras confusión. ¿Aparecerían aún otros reclamantes?

En realidad, el examen de la cuenta de Venable no era para la subcomisión un trabajo tan arduo como había sido estudiar las mil páginas del manuscrito que componían el legajo de Wells. Pero antes de que los miembros pudieran expedirse sobre este asunto, llegaron, desde el Sur, nuevos documentos.

Procedían de Georgia y eran una apasionada protesta contra el reconocimiento del Dr. Long como descubridor. Frente a esta nueva reclamación poco podía hacer el senador Dawson, ya que el nuevo descubridor era otro ciudadano de Georgia. El Dr. Wilhite, cuando todavía era estudiante y tres años antes que el Dr. Long, había anes-

tesiado con éter a un negro. El premio debía concederse al Dr. Wilhite y no a otro.

Los defensores de Long denunciaron a Wilhite por impostor, y los partidarios de éste apalearon a aquéllos, encendiéndose una verdadera batalla en Georgia.

En este momento apareció un nuevo reclamante en Connecticut. Los partidarios de él aseguraban que la cuna del descubridor de la anestesia era Connecticut, pero no se trataría del Dr. Horace Wells, sino del Dr. E. E. Marey, vecino de Hartford. Marey había aconsejado a Wells. Pero, y esto era más importante, mientras Wells había utilizado el óxido nitroso, Marey había hecho uso del éter. Es decir, era Marey quien había sustituido el gas hilarante por el éter. Allí estaba un individuo dispuesto a declarar que, en el año 1835, el Dr. E. E. Marey había extirpado un tumor con anestesia etérea. Por tanto, el Dr. E. E. Marey reclamaba el premio.

El senador Hale invocó un sexto reclamante, otro espectro. Como en el caso de Wells, este nuevo aspirante despertaba simpatías por tratarse de un muerto que había dejado en el mundo personas desvalidas. "No sé si mi reclamación tendrá fuerza suficiente para atraer los votos de los senadores esta noche — dijo Hale —, pero en la sala se encuentra un caballero que me ha informado que ni el Dr. Morton, ni el Dr. Jackson, ni el Dr. Wells tienen derecho a ser considerados como descubridores del principio de la anestesia. Este principio ha sido descubierto y llevado a la práctica en la ciudad de New York, por un médico joven que ahora yace en la tumba y que ha dejado una hermana sin recursos económicos. Si se demora hasta diciembre la resolución de esta cuestión podré presentar pruebas irrefutables de lo que he afirmado."

El Congreso ya no sabía qué hacer. Cuando un asunto parecía resuelto, el viento traía el clamor de otros aspirantes al premio.

Nuevas voces llegaron del extranjero. Con el debido respeto tenía que considerarse la generosa determinación de los Estados Unidos, referente a premiar al descubridor

de la anestesia, pero sería un error reclamar para América, movidos por excesivo patriotismo, un mérito que no correspondía al Nuevo Mundo. No cabía duda de que las inhalaciones de éter habían sido utilizadas por primera vez en los Estados Unidos de América; pero, realmente, el éter era tan sólo un perfeccionamiento transplantado. Si el subcomité ampliase sus investigaciones podría convencerse de que fué Robert H. Collyer, de Jersey, quien empleó primeramente las inhalaciones, y éstas habían sido de vapores de alcohol, que se utilizaron para reforzar la insensibilidad provocada por el mesmerismo.

El Dr. Robert H. Collyer envió un mensaje a América. Los primeros experimentos habían sido hechos en Londres, en presencia de un químico llamado Turner. Cuatro años después, en ocasión de haber ido a visitar a su padre (que vivía en New Orleans), fué llamado para atender a un negro que padecía de dislocación de la cadera y que fué reducida sin ocasionar dolor haciendo inhalar al paciente vapores de ron. Luego, en el año 1842, estando en Filadelfia, había utilizado el mismo método para amputar, sin dolor, un dedo a una señora llamada Allem. Posteriormente había hecho demostraciones de su método en Boston, y por tanto Morton, Jackson y Wells eran simples imitadores.

Es verdad, escribía Collyer en su petición al Congreso, "que yo no he administrado gas hilarante, ni éter, sino vapores de alcohol. Pero no puede hacerse una cuestión, de esto cuando se trata de la prioridad. Emplear para la anestesia vapores de alcohol, gas hilarante o éter es tan indiferente como quemar carbón o leña para producir vapor. Lo esencial será la anestesia o la producción de vapor respectivamente".

Había sido en Inglaterra, y no en los Estados Unidos, donde se descubrió la anestesia por inhalación; y el descubrimiento se debía al Dr. Robert H. Collyer, nacido en Jersey. Luego surgieron otras reclamaciones por parte de los amigos de otro difunto. El verdadero descubridor del efecto anestésico de la inhalación de vapores o gases sería

un hombre que hizo demostraciones de su método ante autoridades científicas de Londres y París, un hombre cuya memoria debía reverenciar el mundo, llamado Henry Hill Hickman.

El Dr. Thomas Dedley, amigo de la familia Hickman, defendía esta reclamación, apelando a los sentimientos de justicia de la humanidad. Hacía notar que Hickman, muerto en el año 1830, había concebido, diez años antes, la brillante idea de la anestesia, que fué despreciada y rechazada por la ignorancia del mundo, por lo cual su figura había pasado desaperebida. Era, pues, un deber de la posteridad reconocer su obra. Si el Congreso de los Estados Unidos quería honrar al descubridor de la anestesia, ese honor sólo podría recaer en el médico inglés Henry Hill Hickman, prematuramente fallecido.

De América y Europa surgían reclamaciones, tanto por parte de los que vivían, como por la de los amigos de fallecidos, aspirando al reconocimiento de la prioridad en la derrota del dolor. Pero ¿no eran los mesmeristas los primeros que habían realizado operaciones sin dolor? Muchas personas que vivían en Escocia o en la India podían testificarlo. Es más: el primero que había hecho operaciones usando la anestesia del mesmerismo vivía aún. Llamábase Esdaile, y dedicó toda una vida a esa labor. Ahora, en su retiro de Sydenham, había sabido la intención del Congreso de los Estados Unidos, de honrar y premiar al descubridor del método de operar sin dolor.

Inmediatamente, Esdaile dirigió una indignada petición al Congreso. Nada decía acerca del premio, pero pedía que aquél proclamase que la anestesia por el mesmerismo había sido el primer método eficaz para calmar el dolor durante las operaciones quirúrgicas y que se había aplicado, con buen éxito, mucho antes que las inhalaciones anestésicas de gases o vapores.

Por todas partes aparecían reclamantes. Diríase que vivos y muertos habían tramado una conspiración para desposeer a Morton de su premio.

Quizás esta danza de espectros hubiera aterrorizado

a otro hombre, que ante esta satánica confusión se sentiría obligado a deponer sus armas. Pero Morton era hombre porfiado y estaba seguro de que se haría justicia. Lucharía contra muertos y aparecidos, y continuaría la batalla hasta que los hubiera derrotado.

Cuando el Congreso se dedicó a estudiar las numerosas reclamaciones, pudo ver que sus títulos no eran mejores que los de Jackson, con sus "consejos" a Morton, o los de Horace Wells, con su voluminoso cartapacio. En rápida sucesión los asuntos fueron pasando ante el Comité.

"Mr. Wilhite: para divertirse usted colocó una botella con éter en las narices de un negro. Respiró y quedó dormido ¿esto es todo?; Dr. Marcy: ¿cómo se llamaba el enfermo a quien practicó la primera operación sin dolor? ¿Lo ha olvidado usted? Esto es imperdonable; Dr. Robert Collyer: ¿quiere decir qué pruebas posee de haber realizado operaciones sin dolor? ¿Es que al cruzar México ha sido usted atacado por bandidos que le han robado tales pruebas? Ya es bastante Dr. Collyer, muchas gracias. Dr. Esdaile, debe usted saber que la Comisión de estudios, después de un detenido examen, ha resuelto que el mesmerismo no debe ser admitido actualmente y, por tanto, su reclamación por la prioridad no puede ser considerada.

"¿Quiere usted informar acerca de las operaciones de Dudley-Hickman? Después de examinar los documentos presentados se puede decir que Henry Hill Hickman, guiado por las anteriores experiencias de Sir Humphry Davy, recomendó la inhalación de gas hilarante para evitar el dolor de las operaciones quirúrgicas, y dedicó una buena parte de su tiempo y de sus energías a defender esta idea. Desgraciadamente no pasó del período de la experimentación en animales y no llegó a ensayar el gas hilarante sobre sí mismo.

"¿Y en cuanto a Long? ¿No fué el primero que operó bajo la acción del éter? Seguramente, sí. Sus operaciones en Jefferson, Georgia, fueron hechas en el año 1842. Pero no las realizó públicamente. ¿Se benefició el mundo

con sus experimentos? De haber muerto se hubiera llevado su secreto a la sepultura y nadie lo conocería."

Después del detenido estudio de las reclamaciones, la subcomisión concluyó que el Dr. Morton era el único que merecía ser considerado como el descubridor de la anestesia. Antes que él algunos otros habían administrado gas hilarante o éter para evitar el dolor, pero ninguno había sido capaz de decirlo claramente, proclamarlo hasta hacerse oír. ¿Quién otro sino Morton ha practicado públicamente la anestesia y demostrado su eficacia?

Otros concibieron la idea de la narcosis, otros fueron capaces de hacer experimentos, pero sólo Morton se aventuró a llevar el descubrimiento a la práctica, y esto justificaba sus derechos a la prioridad. Él fué quien demostró aquello que para sus predecesores era mera hipótesis. Él fué quien tuvo el valor de exponerse a los riesgos de un posible fracaso. Si los experimentos hubieran fallado el 16 de octubre de 1846, ni uno solo de aquellos candidatos al honor y a la gloria, o a la retribución pecuniaria, ni uno solo de aquellos que apoyaban los supuestos derechos de un muerto hubiera sido capaz de decir: "Yo soy el culpable del desastre, del cual me hago responsable".

Antes de ese día memorable todos ignoraban que la cirugía sin dolor podía ser una realidad y que, con ciertos perfeccionamientos, la inhalación de éter carecería de peligro. A partir de la sala de operaciones del Massachusetts General Hospital, la anestesia comenzó su marcha triunfal por el mundo. Confirmábase así el relato hecho al Congreso ocho años antes: "Morton es el único y exclusivo descubridor".

—Pero si es así — dijo el senador Mallory en la siguiente sesión de la subcomisión — el premio de 100.000 dólares debe ser justamente otorgado a Morton. Solicito, por tanto, que la Comisión resuelva unánimemente, y con la mayor rapidez, pagar dicha suma al Dr. Morton.

—¿Para qué apresurarse? — preguntaron varios miembros de la subcomisión —. El delicado gesto del reconocimiento ha sido ya demorado por el examen de muchas

reclamaciones. Poco importa ahora emplear algún tiempo más. Lo principal es asegurarse de que no se cometerá un error.

Más deliberaciones. Nuevas sesiones. Demora tras demora. Más discusiones. Cuando llegaba el momento de la decisión definitiva no se lograba suficiente mayoría en favor de Morton. Había algunos dudosos; otros tenían el temor de que, al votar por Morton, pudiera decirse que la nación había honrado a un hombre indigno; que se había entregado el premio a un impostor; que la viuda de Wells pasaba hambre en Hartford; que el verdadero descubridor vivía en Athens, en New York, en Inglaterra; que era cualquiera, pero no Morton. ¿Para qué exponerse a los riesgos de tales acusaciones? La Subcomisión no podía llegar a una conclusión justa y honrosa, y la última resolución fué: "La Comisión no tiene dudas al decir que el descubridor merece los más altos honores y premios, pero la opinión no es unánime en lo que respecta a quién es el descubridor que debe ser premiado".

Morton estaba hastiado de esperar y dirigió una llamada al Congreso: "Las más variadas ideas que han cruzado la mente de los hombres desde las épocas más remotas, tienden al mismo fin; pero debe admitirse que el mundo poco se ha beneficiado hasta que mi destino me llevó a dedicar mis energías y sacrificios y todos mis medios para conseguir ese fin. En la actualidad se ha logrado plenamente. El sueño de los filántropos, la conjetura semiformal de los especuladores científicos, es ya un hecho. Yo soy el único, en el mundo, para quien este resultado sólo ha sido fuente de sufrimientos en lugar de felicidad. No quiero hablar de sacrificios pecuniarios, pero sí deseo afirmar que este descubrimiento me ha hecho el blanco de todas las maldades y de todos los ataques venenosos. Esas heridas son más dolorosas que las inferidas por el bisturí del cirujano. Ni las adormideras, ni la mandrágora, ni todos los jarabes soporíferos del mundo son capaces de insensibilizarlas. Éste ha sido el premio que he re-

cibido. Confío que la reparación no tardará. Pido a ustedes justicia; nada más y nada menos".

La respuesta fué la habitual: palabras, bellas palabras, las mismas palabras que había oído cuando el Congreso comenzó a tratar el asunto. Entonces esas palabras eran una promesa; ahora constituían la única compensación. Habían transeurrido ocho años de esperanzas y de disgustos, de expectativa y de agitación. Siempre palabras, palabras, palabras; la misma cantilena de que su descubrimiento había sido el más grande de la época, el orgullo de América y de la nación y que merecía la eterna gratitud de los conciudadanos.

Morton estaba ya harto de todo. Sacudió de sus pies el polvo de Washington y volvió a su hogar, a la soledad y a la paz de West Needham. Quizá pasaría el resto de su vida en su retiro campestre, tratando de olvidar los tormentos de aquellos ocho años de espera infructuosa.

Acariciaba el modo de poder subvenir a sus necesidades y a las de los suyos, y volviendo la espalda a la ciudad encontró solaz en las ocupaciones agrícolas. Crió gallinas y cerdos y se dedicó a las industrias de la leche; fabricó manteca y queso, labró la tierra, plantó hortalizas, cultivó flores.

La granja prosperaba. Sus flores, sus hortalizas, sus frutos, sus cereales, sus cerdos, sus gallinas eran excepcionalmente buenos y le ayudaban a olvidar. Diríase que la naturaleza trataba de devolverle la paz con sus flores y frutos, sus mieses y ganados.

Al clausurarse una exposición agrícola local, la Sociedad de Agricultura del distrito de Norfolk ofreció un banquete a los granjeros y a los vecinos. Morton fué invitado. Con gran sorpresa observó que había sido colocado en la cabecera de la mesa. En torno a ella los granjeros hablaban de tierras y de precios, del tiempo y de las mieses, de los alimentos y de las bebidas. Al final de la comida se levantó un orador, quien, en nombre de la Sociedad de Agricultura, anunció ceremoniosamente que la

exposición del distrito de Norfolk había resuelto demostrar su aprecio al granjero que se hubiera mostrado más trabajador y premiarle por su capacidad.

Todos dirigieron sus miradas a Morton cuando su nombre fué pronunciado, y el homenajeado se levantó para escuchar la relación de los premios que se le concedían.

“Mr. William Thomas Green Morton — dijo el orador —. La Exposición del distrito de Norfolk le concede un premio de 75 dólares por ser sus productos de lechería los mejores; otro premio de 20 dólares por sus perfeccionamientos en materia económica; otro premio de 10 dólares por presentar el tronco de caballos de granja más hermoso; otro premio de 5 dólares por su marrana de cría; otro de 5 dólares por su vaca “Beauty”, y otro de 3 dólares por sus magníficos gansos.” Estallaron grandes aplausos. Morton fué felicitado y se brindó a su salud.

Hasta rayar el alba continuaron los asistentes alabando la capacidad y el trabajo del granjero del distrito de Norfolk.

El reconocimiento y el premio que Morton había esperado como bienhechor de la humanidad y por haber realizado el descubrimiento más grande de la época, fué substituído por el que le concedían sus vecinos por ser el mejor granjero, haber preparado los más finos productos de lechería y tener la mejor marrana y la vaca más hermosa de todo el distrito. *¡Sic vita!*

CAPÍTULO XVI

I N F I E R N O

Un hombre había concedido a sus semejantes el dón inapreciable de librarlos de los tormentos de las operaciones quirúrgicas. Esto marcaba una era en la historia humana. El destino no podía contentarse con que ese hombre vegetase en un retirado rincón del mundo. La existencia del bienhechor de la humanidad no debía transcurrir viendo madurar los frutos, crecer las mieses y engordar los cerdos. Debía estar reservado para él un destino particular: el triunfo le sería negado, pero estaba llamado a ser el héroe de una tragedia.

El destino, que iba a guiar su vida, le substrajo de su retiro campestre y le lanzó nuevamente al mundo para emprender nuevas batallas y recibir nuevos sinsabores.

Morton se levantaba al amanecer. Examinaba su ganado, contemplaba una por una cada res, y se felicitaba de su prosperidad. Desde los establos pasaba a la huerta, que era para él una nueva fuente de deleites. A la primera luz del día observaba sus árboles frutales, sus hortalizas y sus macizos de flores. Pero un día, mientras injertaba sus frutos, llegó el cartero, que, por encima del seto, gritó: “Una carta para usted, doctor; una carta de Washington”.

Morton abrió la carta y su contenido le produjo gran sorpresa.

Shields, el senador por Illinois, que siempre había defendido con entusiasmo su causa, le escribía para de-

circle que, en vista de que había fracasado el intento de concederle un premio nacional, debido a las peticiones de otros reclamantes, una parte de los miembros del Congreso estaba convencida de que el gobierno de los Estados Unidos tenía que buscar el modo de conceder una retribución al Dr. Morton por su descubrimiento. Con ese objeto se había presentado una moción para comprar a Morton los derechos de su patente. De esta manera quedaría reparada la violación de esa patente hecha por el gobierno. Una vez que Jackson había renunciado a su participación, nadie podría negar el derecho exclusivo de Morton. Treinta y tres senadores y ciento ocho diputados se habían ofrecido a apoyar la moción. Morton debería volver a Washington sin tardar.

El injerto que en aquella ocasión estaba practicando Morton sería el último que realizase. Ya no volvería a gozar de una mañana tan llena de luz.

¿Debería abandonar West Needham, donde había encontrado la felicidad? ¿Debería volver al tumulto de Washington para que sus sueños se realizasen y aspirar a una felicidad mayor? Washington le había engañado con promesas de reconocimiento y de premios, y la lucha se había prolongado durante diez años. ¿Podría conseguir ahora la reparación de los pasados tormentos? Sí; Morton debía ir a Washington ya que su descubrimiento estaba otra vez sobre el tapete.

“Usted ha hecho un gran descubrimiento y usted se debe a él.” Así decía el Dr. Bigelow en los primeros días. Bigelow tenía razón. El idilio de West Needham había terminado.

Se abrió el debate en el Senado acerca de la moción que proponía fuera comprada la patente por el gobierno de los Estados Unidos, como un tributo que pocos ciudadanos, antes que Morton, habían recibido.

La moción fué presentada por el senador Shields de Illinois. “Ha sido bien establecido que es uno de los más grandes descubrimientos de los tiempos modernos. Yo lo creo así. En el Massachusetts General Hospital he

podido contemplar todas las enfermedades y sufrimientos. Al penetrar en la sala de operaciones confieso que he sentido paralizarse mi sangre al ver los instrumentos de tortura, pero los médicos de ese hospital me han asegurado que, por la aplicación de la anestesia, los enfermos son insensibles al dolor.” Así dijo el senador Hall.

—Sí — añadió el senador Walker —. Yo he visto a un miembro de mi familia, que tuvo que ser operado, caer en un sueño pacífico y tranquilo, pudiendo ser sometido así a una intervención muy complicada. Aquel día me prometí, a mí mismo, que si Dios me ofrecía la oportunidad de manifestar mi gratitud a quien había hecho ese gran descubrimiento, lo haría sin dudar. Esta oportunidad se me ofrece ahora. No sé si el Senado será o no de mi opinión, pero yo debo hablar.

Entre muestras de aprobación el senador Mallory de Florida se levantó y dijo: “Si la cuestión es preguntar ¿qué servicio ha prestado el descubrimiento? ¿cuál es su utilidad?, responderán millares de ciudadanos con la elocuencia que les presta su gratitud. Esas voces llegarán desde el camastro del menesteroso y desde la mansión aristocrática del millonario, serán lanzadas por las débiles mujeres a quienes la maldición original condenó a sufrir, y por los hombres vigorosos que se debaten víctimas de dolores. Llegarán desde los campos de batalla, desde los hospitales militares y navales, pronunciadas por nuestros aguerridos soldados y nuestros bravos marinos, torturados por heridas y amputaciones. Por centenares de hombres que hubieran preferido el suicidio al sufrimiento del bisturí. Pero todo eso ya pasó. Ya no se teme al bisturí; la aparición del cirujano es bien recibida, porque no sólo sabe evitar el dolor, sino que substituye los sufrimientos angustiosos por un sueño agradable y feliz”.

—Sí — añadió el senador Brown —, durante más de dos mil años el mundo ha estado buscando lo que ahora se ha encontrado. Yo sostengo que es la merced más grande que se ha otorgado a la humanidad en muchas centurias.

Otros senadores apoyaron con entusiasmo la proposición.

—No debemos olvidar —dijo alguno de ellos—, que el Estado adoptó el descubrimiento de Morton, usando la anestesia en beneficio de nuestro ejército y de nuestra armada. El Estado concedió a Morton una patente, y luego violó sus derechos. ¿No es justo solicitar que el Estado repare el daño que infligió?

Si en ese punto había algunos disidentes, seguramente el senador Borland los hizo dudar cuando dijo: “Resumiré brevemente: este descubrimiento tiene un valor incalculable para la humanidad. Su empleo no sólo prolonga la vida humana y protege a nuestros soldados, a nuestros marinos y a todos los seres humanos contra el sufrimiento inmenso, sino que por ese modo de tratar las enfermedades se ahorra millares de dólares cada año. . . Nos hemos aprovechado de un beneficio y el descubridor no ha recibido compensación alguna. Todos los documentos que tengo ante mis ojos demuestran quién es la persona que debe recibir esa compensación. . . Señores, yo pregunto: ¿no es ésta la ocasión de subsanar dicha falta?

—El senador Borland tiene razón —dijeron varios colegas dispuestos a apoyarle—. Es indigno de nuestra gran nación permitir que permanezca sin recibir compensación el hombre que ha realizado el gran descubrimiento del siglo, un descubrimiento que es una gloria de la ciencia.

Estos fueron los exordios con que comenzó el último acto del drama.

Pero si Morton era, en cierto modo, compensado así de sus diez años de martirio, esa compensación sería temporal, y la tragedia de sus desilusiones iba a ser mayor. Cuanto más alto fuera el pedestal, tanto mayor sería la caída.

En ese momento los opositores entraron en acción. “Yo denuncio este atentado al Tesoro en perjuicio de los derechos de otros, y ésta es la más abominable imposición a nuestro gobierno. . . . Señores; ahí está una familia en la miseria, y yo aseguro que el verdadero descubridor está ahora en la tumba. ¿Pretendéis juzgar en contra de la viuda y de los huérfanos sin haberles oído? Solicito se

les dé la oportunidad de defenderse. Por otra parte, la persona a quien se quiere comprar la patente ni ha vendido sus derechos ni ha pretendido venderlos. Si la patente le concedía derechos ¿por qué no ha reclamado cuando fueron violados? ¿Por qué no entabló un pleito? En ningún momento ha pretendido defender su patente. Los médicos, cirujanos y dentistas de todo este Continente y de Europa han utilizado el éter sulfúrico como agente anestésico, y nunca exigió un centavo por ello. Sé que nada es posible decir en contra de mis afirmaciones. En mi propio Estado, en todos los Estados de la Unión, ha sido administrado el éter. Yo lo he visto usar en los enfermos de esta ciudad. ¿Por qué no ha pleiteado contra alguno de los infractores?”

Tales eran los argumentos de la oposición, que obtenía la victoria por una considerable mayoría de votos, basándose en que Morton jamás había protestado contra la violación de su patente.

“El más grande de todos los descubrimientos. Una bendición para la humanidad y la gloria de una nación. El descubridor debe ser honrado y premiado.”

Tales eran las palabras de felicitación pronunciadas en el Congreso ocho años antes, cuando la propuesta de premiar a Morton había sido sometida a discusión. Pero el propósito no se cumplió. ¿Quién tenía la culpa de ello? ¿Sería el gobierno? El gobierno jamás negó su reconocimiento al descubridor. El Congreso le consideró como “el hijo más extraordinario de la nación”, y una y otra vez estuvo dispuesto a concederle el premio de 100.000 dólares. El Congreso nunca negó su aprobación a Morton. Durante muchos años le prestó gran atención invirtiendo mucho tiempo en la discusión del asunto. El gobierno no era el culpable de que después de tanto tiempo continuaran vacías las manos de Morton. Falsos reclamantes, vivos y muertos, habían aparecido sembrando la confusión. ¿De qué podía reprocharse al gobierno?

El descubrimiento había salido de la órbita del premio, pero el gobierno estaba dispuesto a recompensar al descu-

bridor por la infracción de su patente. Al proponer la compra de la patente, el gobierno había obrado con la mayor cordialidad, declarando, una y otra vez que el descubrimiento había sido una bendición para la humanidad, que era la gloria de la nación y que el descubridor merecía todos los honores.

No era del Congreso la culpa de que Morton no hubiese sido premiado, pues aquél estuvo siempre dispuesto a la generosidad. La única causa de que la compensación no se hiciese efectiva era que la patente había quedado sin valor. Esto no fué culpa del gobierno, sino del mismo Morton, que no había querido defender su patente haciendo conocer a los tribunales la violación de que había sido objeto. Como es natural, esto era tanto como decir que el culpable no es quien comete una injusticia, sino el que la sufre.

¿Por qué no salió a la palestra Mr. Morton? ¿Por qué no hizo lo necesario para impedir el uso del éter a los cirujanos del ejército y la armada? ¿Por qué no penetró en los quirófanos de los hospitales para arrancar el frasco del éter de las manos de los anestésistas? ¿Por qué permaneció indiferente cuando supo que su descubrimiento estaba siendo utilizado en beneficio de los soldados, de los marinos y de los hombres civiles? ¿Por qué no protestó enérgicamente contra los infractores de su patente? ¿Era acaso lógico que el gobierno comprase una patente sin valor?

Morton no podía comprender este absurdo y no sabía lo que el destino le reservaba. Había descubierto un medio que aseguraba la derrota del dolor. El gobierno le concedió una patente en debida forma. Esto le permitía expedir licencias que le aseguraban ingresos suficientes para atender a su mujer y a sus hijos, que ya podrían vivir tranquilamente. Entonces el gobierno violó su patente y le privó de los ingresos. ¿Por qué? La infracción había sido en provecho de los soldados heridos y en beneficio del país. Los hospitales y los médicos, en su práctica privada, siguieron el ejemplo dado por el gobierno, y el

descubridor perdió toda probabilidad de beneficiarse económicamente. ¿Por qué? Porque la infracción se cometía para evitar el dolor a los enfermos pobres. ¿Quién hubiera podido oponer el veto

Morton se dió cuenta de que su hallazgo era algo más que un instrumento de fabricar moneda para utilidad de un dentista de Boston. Comprendía que tenía mayores alcances. Reconoció, por sí mismo, que el descubrimiento debía ser usado en beneficio de la humanidad. En consecuencia, permitió su libre empleo para todos los que sufrieran. Comprendió también que, con ello, renunciaba a su prosperidad y a su riqueza privada. Así se colocaba a la altura de su descubrimiento, pues un bienhechor de la humanidad no podía ser mezquino, sino desinteresado. Esto tenía que proporcionarle días tristes de miseria, pero la pobreza, la persecución y el sufrimiento son el destino de los grandes hombres, que tienen que soportarlos con resignación, todo por culpa de su descubrimiento.

Cuando los Estados Unidos, después de honrarle con las más exaltadas alabanzas, proyectaron concederle un premio de 100.000 dólares y luego no le entregaron un centésimo, comprendió que quien había conferido tan grandes beneficios a la humanidad debía saber resignarse.

Pero ahora el país le había sacado con engaños de su retiro, hablando de recompensarle por la infracción de su patente, y, sin embargo, el ofrecimiento no había sido cumplido porque Morton no pudo impedir la aplicación de su descubrimiento a los dolientes, porque había renunciado al provecho personal, porque había sido pasivo y se condujo con magnanimidad adecuada a la grandeza del descubrimiento... porque había demostrado ser un digno bienhechor de la humanidad. Pero que ahora se le hicieran reproches por su comportamiento y basaran en él las razones para rechazar toda reparación, ya no podía comprenderlo Morton.

En West Needham existía un tranquilo jardín y un huerto cuyos árboles mostraban frutos maduros. Las reses engordaban con los jugosos pastos, y la vaca "Beauty"

pronto tendría un ternero. Gallinas y hortalizas ofrecían magnífica provisión a la mujer y a los hijos de Morton. Cuando hubiera otra exposición en el distrito probablemente recibiría nuevos premios por ser el granjero más capaz. En West Needham gozaría de la calma de la mañana y de la paz del crepúsculo. Allí podría encontrar tranquilidad. Huir, huir de Washington para acogerse a los pequeños goces de la vida del granjero.

“Dr. Morton, sería un error imperdonable si no supiera aprovechar esta ocasión abandonándonos en la lucha. Su causa no está perdida. La concesión de un premio nacional tendría que deberse a la magnanimidad del gobierno, pero la compensación por la infracción de una patente concedida era una obligación del gobierno que la violó. Si éste no lo hacía espontáneamente, habría que forzarle a hacerlo; usted tiene un indiscutible derecho a la compensación, Dr. Morton; usted no debe callar, debe pedir.

“Treinta y dos senadores y ciento diez y seis diputados están dispuestos a apoyar su reclamación y a luchar vigorosamente en favor suyo. También podría apelarse directamente al Presidente de los Estados Unidos. Él desea que usted defienda sus derechos.

“Y usted tiene que hacerlo, pensando en su mujer y en sus hijos.”

El senador Shields, el senador Mallory y el senador Borland eran de la misma opinión: “Usted no puede permanecer en su hogar en estos momentos... Hay que luchar. Insistir sobre sus derechos”.

La tragedia de su vida tenía que cumplirse; no eran sólo la pobreza y la burla, no eran sólo todas las fuerzas hostiles; era la ciega locura del héroe que no podía resistir la tentación de los amigos. Si era posible llegar a mayor refinamiento en las amarguras y desilusiones, allí estaban los consejos, bien intencionados, pero erróneos, de sus partidarios. Y las heridas más dolorosas son las infligidas por los amigos.

“No es posible olvidar, Dr. Morton, que usted tiene la razón.” Tales eran las excusas de los tentadores, quienes continuaban asegurándole que debía hacer valer “sus derechos”. Las incitaciones partían siempre de los amigos: “Treinta y dos senadores y ciento diez y seis diputados estaban dispuestos a luchar en su ayuda”. “La causa no está perdida.” Los tentadores despertaban su esperanza y le recordaban su deber respecto a su mujer y a sus hijos. De todo el círculo de sus amistades brotaban las mismas voces, pero no serían diferentes si su intención hubiera sido arrojarle al abismo.

El destino no quería que Morton sacudiese de sus pies el polvo de Washington y volviese a su granja.

No; sus amigos del Senado y del Congreso le urgían a continuar luchando valerosamente. Deseaban ayudarle y le aseguraban que el Estado quería ser compelido a reconocerle sus derechos. No era sólo abandonar su propia causa, sino también dejar a sus amigos en situación embarazosa.

Morton escribió al Presidente de los Estados Unidos, usando las fórmulas que le fueron indicadas por quienes conocían estos asuntos.

“El abajo firmante — escribía en su petición — posee una patente. Por motivos que se desprenden de la naturaleza del asunto y confiando en la justicia y en la magnanimidad del gobierno, no ha ejercido hasta ahora sus derechos legales, iniciando un pleito por daños y perjuicios por el uso de su descubrimiento, cuya importancia para la humanidad está suficientemente demostrada. No ha querido dar un solo paso en ese sentido; pero espera de su clemencia sean tenidos en cuenta sus perjuicios, y le sea concedida una compensación por acuerdo del Congreso, fundándose en haber sido violados sus derechos por las autoridades militares, navales, marítimas y civiles. Por tanto, y con todo respeto, solicita que el gobierno compre la patente, o, en otro caso, no siga haciendo uso del éter.”

Las autoridades del ejército y de la armada estuvieron

dispuestas a declarar, apoyando sus reclamaciones, y le autorizaron para añadir sus nombres a su petición.

“En respuesta de su petición verbal — escribía el cirujano general del Ejército Dr. Lawson —, expongo que en la actualidad no se practican operaciones quirúrgicas de importancia por los médicos del Ejército sin someter a los enfermos a la acción de los agentes anestésicos. Aunque el descubrimiento de los efectos terapéuticos del éter sulfúrico ha inducido a la introducción y empleo de otros agentes anestésicos, esto no disminuye el mérito del descubrimiento original, que considero como uno de los más importantes y de mayor valor para la ciencia médica y para el alivio de la humanidad doliente.”

Thomas Harris, cirujano mayor de la Armada, en su respuesta a Morton calificó el descubrimiento de éste como la más importante contribución filantrópica para el bienestar de América, y concluía con estas palabras: “Debe esperarse que nuestro gobierno, apreciando igualmente esta gran adquisición de la ciencia médica, quiera confirmar su importancia y remunerar a usted de algún modo para compensarle de los disgustos y vejaciones que le han proporcionado sus trabajos”.

El destino había decidido aniquilar a Morton, y continuó nutriendo sus esperanzas. La acogida favorable que el Presidente dispensó a la petición convenció a Morton de que sus amigos le aconsejaban bien.

Desde el año 1853, Franklin Pierce, un demócrata de New Hampshire, era Presidente de los Estados Unidos. Había recibido con la mejor disposición la solicitud de Morton, diciendo que haría cuanto pudiese para reparar la injusticia cometida con el “más eminente hijo de la nación”. Por ello, había prometido intervenir personalmente en ayuda de Morton.

En el año 1829, un científico inglés llamado James Smithson había dejado un legado análogo al hecho nueve años antes en Francia por Montyon. Legó la suma de 105.000 libras al gobierno de los Estados Unidos para “fundar en Washington, con el nombre de Instituto

Smithson, un establecimiento para fomentar y difundir la ciencia entre los hombres”. El legado fué concedido en 1835, y tres años más tarde el gobierno de los Estados Unidos recibió de la cancillería de la Gran Bretaña la cantidad de 515,165 dólares, con la cual, unida a otros recursos, fué fundada la Institución. El famoso John Quincy Adams intervino intensamente en este asunto, y en 1846 — el año del descubrimiento de Morton — el notable físico Joseph Henry fué nombrado secretario de la Institución Smithson.

Para cubrirse de todas las objeciones que pudieran ser hechas al gobierno por la compensación que se acordase a Morton, el Presidente Pierce pidió a la Institución Smithson que emitiera su opinión imparcial respecto al valor científico del descubrimiento y a su importancia para la humanidad y para el país. También fueron consultadas las autoridades militares y navales. El Presidente Pierce estaba decidido a dejar bien fundada la resolución.

Dió cuenta a los senadores y diputados interesados en el asunto de Morton, comunicándoles lo siguiente: “Caballeros, díganle al Dr. Morton, de mi parte, que su situación es extraordinariamente favorable. La opinión de los técnicos apoya su reclamación. Necesita tener paciencia, pues es preciso llenar algunas formalidades”.

Los beneficios de la pequeña granja de West Needham habían permitido a Morton proporcionar ciertas comodidades a su mujer y a sus hijos, y pagar, gradualmente, sus deudas. Pero los gastos de su larga permanencia en la sede del Gobierno Federal, durante las lentas tramitaciones de su asunto, fueron considerables. Como era natural, los usureros no estuvieron dispuestos, al principio, a ayudar a Morton; pero cuando se supo que el Presidente de los Estados Unidos le apoyaba personalmente, fueron los mismos prestamistas los que se ofrecieron, espontáneamente, a auxiliarle.

Morton dudó algún tiempo, pero los amigos, hombres de negocios, le aseguraron que las perspectivas no podían

ser más favorables y que debía aceptar la ayuda. Al principio firmó un pagaré por valor de cuatro mil dólares y más tarde otro por dos mil. Estas sumas nada representaban, ya que sólo era cuestión de cumplir algunas formalidades y pronto estaría todo en orden. El reconocimiento de los derechos de su patente aseguraba más de diez veces esa suma, y todavía habría que añadir otras reparaciones.

Por entonces estalló en Rusia la guerra de Crimea, y el ejército ruso empleaba su método de anestesia. Nadie le había pagado un centésimo por sus derechos. Inglaterra había introducido la anestesia en sus colonias. Los amigos de Morton le aseguraban que una vez que los Estados Unidos le hubieran compensado por la violación de sus derechos, esto sentaría un precedente que obligaría a Inglaterra, Rusia y otros países a pagar análogas compensaciones.

Morton estaba dispuesto a trasladarse a Europa para presentar sus reclamaciones en cuanto se hubiese resuelto el asunto de Washington. Nunca habían alcanzado sus esperanzas el grado a que ahora llegaron.

Volvió a firmar otro pagaré por 4.000 dólares.

Entre tanto había pasado un año. La opinión de los técnicos era favorable a Morton. Las formalidades habían terminado, prácticamente.

Cuando Mr. Witte, que era uno de los amigos del Presidente, visitó a Franklin Pierce el día 22 de marzo de 1855 para urgirle la firma de la orden a la Tesorería para pagar la indemnización a Morton, el Presidente dijo: —Venga mañana, mi querido Witte. Tendré todos los documentos a la mano y firmaré la orden.

Cuado Witte volvió el 23 de marzo, alrededor de las diez de la mañana, los documentos se hallaban sobre la mesa del Presidente.

—Buenos días, Witte. Ahora es el momento de que nos preocupemos del asunto de su protegido y se le reconozcan sus derechos. Ese hombre que ha prestado un gran servicio a nuestro Ejército y a nuestra Armada, ha debido tener una gran paciencia. Siéntese, mi querido Witte, mientras examino todos los documentos. Sí; aquí está el informe

de la Smithsonian Institution y también el del Massachusetts General Hospital. Ambos están en orden. Aquí está la opinión del cirujano mayor de la Armada. Morton no podía lograr mejores testimonios.

Mientras hojeaba estos papeles, el Presidente tomó la pluma preparándose para firmar su aprobación.

—Sí; aquí hay otro testimonio, el de la autoridad militar. Magnífico. Imposible mejor. —Levantó la pluma y pidiéndole a Witte que le escuchase, leyó en alta voz: —“Aunque el deseurbrimiento de los efectos terapéuticos del éter sulfúrico ha inducido a la introducción y empleo de otros agentes anestésicos, esto no disminuye el mérito del descubrimiento original”. Sí; todo está en orden.

Desplegó la autorización y se dispuso a firmar. La punta de la pluma estaba en contacto con el papel, pronta a escribir el nombre que, al reconocer los derechos de Morton, le llenaría, al fin, de felicidad. Podía oírse el rasguear de la pluma de Pierce. Una, dos, tres letras habían sido trazadas. La pluma cesó de moverse. El Presidente volvió a hojear el testimonio del cirujano general Lawson. Por segunda vez leyó en voz alta: “...otros agentes anestésicos, esto no disminuye el mérito del descubrimiento original”. Volvió a leer: “...no disminuye el mérito del descubrimiento original”. Calló un minuto: “Otros agentes anestésicos”. Después de un momento de reflexión se volvió hacia Witte y dijo: —He aquí un punto que, en mi opinión, no está muy claro; el de si la patente incluye todas las sustancias anestésicas, por ejemplo el cloroformo; para evitar toda duda creo que es mejor dirigirse al fiscal general.

Observó que su amigo quedaba contrariado por este detalle superfluo y que su rostro se ensombrecía.

—No se inquiete, querido Witte; la cosa no tiene importancia. Pienso que es mejor tener una información más precisa acerca del cloroformo. En pocos días dispondremos de la opinión de nuestra máxima autoridad legal. La reclamación de Morton no se perjudica por un pequeño retraso. Puede usted decirle que el asunto

quedará resuelto pronto. Usted ha visto por sus propios ojos que está todo preparado para la firma.

El fiscal general estudiaba si la patente número 4848 implicaba también el uso del cloroformo; pasó la primavera, el verano, tras el verano el otoño y tras el otoño el invierno... Los jardines de Washington anunciaban ya la nueva primavera, las flores se abrían, los árboles se cubrían de verdor y entre ellos cantaban los pájaros.

—Ha pasado todo un año, señor Presidente — dijo Witte — y el asunto sigue sin resolver.

—Hoy mismo escribiré al fiscal general para que se apure — prometió Pierce —. Vuelva la próxima semana; estoy seguro de que habrá respuesta.

En West Needham la primavera despertaba. Las mañanas eran pacíficas y los rayos del sol comenzaban a calentar; pero el dueño de West Needham continuaba en Washington.

—Dr. Morton, sus pagarés han vencido. Su recom-pensa ha sido traída y llevada por el viento durante un año. Usted sigue diciéndonos que el asunto es cosa resuelta. ¿Por qué no visita al Presidente para pedirle la firma del documento? ¿Cuándo quedará definitivamente solucionado el asunto?

—¿Qué ha sucedido, Mr. Witte? ¿Va a firmar el presidente? — preguntó Morton con impaciencia, cuando Witte vino a verle después de la entrevista celebrada.

—Tenga paciencia, querido amigo; un poco de paciencia. El Presidente ha escrito al fiscal general pidiéndole pronto despacho. El fiscal general ha contestado que tiene que aclarar algunos puntos antes de dar una opinión formal.

—No puedo comprender —decía Morton — qué diablos tiene que ver el cloroformo con mi descubrimiento.

—Es posible que puedan surgir otras dificultades, mas espero que no serán insuperables. La última vez que hablé con Mr. Pierce me dijo que pronto quedaría todo arreglado en su favor. Tenga paciencia, mi querido amigo, un poco de paciencia.

—Dr. Morton, nuestra paciencia se agota — dijeron los prestamistas —. Hemos anticipado sumas considerables en la creencia de que el asunto de su indemnización sería rápidamente resuelto por el Presidente. Una y otra vez usted nos ha engañado con sus seguridades, pero nosotros precisamos nuestro dinero. Le hemos concedido un largo plazo, y ahora debe decirnos cuándo habrá resolución. No más excusas, ni esperas. ¿Por qué no visita al Presidente y le pregunta cuándo se llega al acuerdo? Si, como usted asegura, apoya su pretensión, fácilmente le concederá la audiencia. De no ser así, Dr. Morton, si el asunto no se resuelve antes, del final de este mes y no levanta sus pagarés, nos veremos obligados a embargarle sus propiedades de West Needham.

Witte concertó la entrevista de Morton con el Presidente Pierce. Éste se hallaba bien animado. Había estado a punto de aprobar la compensación a Morton, cuando surgió un trivial obstáculo de fórmula. Si, era una lástima. La cuestión del cloroformo carecía de importancia; pero aparecían otras dificultades.

—¿Puede usted explicarme, Dr. Morton, por qué no ejerció usted alguna acción legal cuando todo el mundo violó la patente? Si no fuera por esto no habría la menor dificultad para satisfacer su petición.

—Señor Presidente, yo no podía impedir que las ventajas de mi descubrimiento fuesen negadas a un paciente que iba a ser operado.

—Esto dice mucho en su favor, Dr. Morton; pero usted podrá comprender que eso constituye el mayor obstáculo para acceder a su solicitud. El fiscal general, como muchos diputados del Congreso, consideran que dicho proceder ha debilitado sus reclamaciones. Realmente usted debería haber iniciado un pleito contra alguien, por infracción de la patente. He dedicado largo tiempo y pensado mucho en su asunto. Estoy convencido de que usted merece algún premio o compensación por su descubrimiento; reconozco que tenemos un deber para con usted, y sólo se trata de buscar una fórmula al abrigo de

objecciones legales. Ahí está la dificultad. ¿Por qué no hace usted ahora lo que antes debió haber emprendido? De este modo todo quedaría en orden. Piense en ello.

El Presidente le expuso su idea detalladamente. Morton iniciaría, *pro forma*, un pleito por infracción de la patente. Como no podía dirigirse directamente contra la Unión, lo haría contra cualquier médico o cirujano al servicio del gobierno. No había ni qué decir que el pleito sería fallado a favor de Morton, y entonces el valor de la patente quedaría restablecido. No obstante, los consejeros legales del gobierno creían que podría pagársele una suma en concepto de reparación, antes de que hubiera una decisión legal en favor de Morton.

—Como podrá ver, mi querido doctor, he prestado gran atención a sus reclamaciones. Siga el consejo de nuestras eminencias legales y todo se arreglará satisfactoriamente.

Morton quedó completamente convencido de que el Presidente, la primera figura de los Estados Unidos, le aconsejaba bien, deseaba sinceramente atender a su petición, y quería sacarle del atolladero. ¿Le habían tranquilizado los consejos y las palabras amables de Franklin Pierce? Experimentaba una profunda ansiedad, y al salir de la Casa Blanca dos ideas encontradas cruzaban por su cerebro.

El hecho era que había sido semioído cuando, por consejo de sus amigos del Congreso y del Senado, acudió a exponer su reclamación al Presidente. Realmente continuaba siendo esclavo de las tentaciones, y los tentadores continuaban cuchicheándole en los oídos. El Presidente mismo se había convertido en uno de ellos al decirle: “¿Por qué duda? Usted debe entablar un pleito”. Los senadores, los diputados, sus amigos y partidarios repetían constantemente: “Siga los consejos del Presidente. Él le quiere a usted bien. Indudablemente es el mejor modo o, por mejor decir, el único modo de llegar al fin.”

“No hay que pensar más. Haga lo que el Presidente

le aconseja. Todos los que le defienden le dan el mismo consejo — decían los tentadores —. Usted no puede perder esta coyuntura”.

A pesar de esto no llegaba a decidirse a emprender el pleito. Su deseo era dedicar su descubrimiento a la humanidad entera. ¿Cómo iba a llevar el problema del éter ante los tribunales? ¿Cómo iba a desplazar su descubrimiento del lugar que le correspondía? Le parecía indigno descender a ese terreno y entablar un pleito para obtener un beneficio lucrándose con el dolor ajeno.

Pero el Presidente y otras personas le daban el mismo consejo, asegurándole que no era una inmoralidad. El pleito permitiría vencer las dificultades técnicas, los obstáculos legales que se oponían. El pleito era una “simple formalidad”. Los tentadores hallaban siempre nuevos argumentos para vencer su resistencia.

Una batalla se libraba en el cerebro de Morton. Antes de decidirse resolvió volver a West Needham. Necesitaba descansar, después de esta serie de agitaciones e intranquilidades. La larga alternativa de esperanzas y de desilusiones había alterado sus nervios. En el hogar, alejado de los tormentos y angustias de Washington, podría pensar con mayor tranquilidad en el asunto. Quería conversar con Elizabeth. Ella le aconsejaría sobre el particular. En las sossegadas mañanas de la granja hallaría la paz mental necesaria para luego seguir luchando.

“Me voy a mi casa unos días para descansar” — dijo a sus amigos cuando le rogaban que no dudase por más tiempo.

Pero en West Needham encontró una situación que la amarga experiencia le había hecho familiar: Elizabeth sollozaba. Sus muebles habían sido embargados. Los representantes de los prestamistas, sentados en el comedor, impartían órdenes. El sheriff les respaldaba.

Durante dos días los alguaciles habían estado en actividad. Los usureros oyeron decir que las cosas de Morton no iban bien. Sabían que otros buitres rondaban la

carroña, y fueron los primeros en lanzarse al campo trabando el embargo. Allí estaban los acreedores, los alguaciles y el sheriff. Los acreedores dijeron:

—Dr. Morton, parece que se ha sorprendido al verlos. ¿No cree usted que ya hemos esperado demasiado?— Continuaron diciendo: “Hace ya muchos meses que sus pagarés han vencido. Repetidas veces hemos creído en sus palabras cuando nos decía que todo iba bien. Hace pocas semanas nos aseguró que el asunto quedaría arreglado. Hasta hace tres días hemos esperado que nos contase el resultado de su audiencia. ¿Nos ha dicho usted algo? Asolutamente nada. Y no nos ha dicho nada porque el Presidente tampoco le ha dicho nada a usted. Necesitamos que nos devuelva nuestro dinero y no podemos esperar más, aunque nos afirme que tiene grandes esperanzas.”

Recalcaban sus palabras mostrándole la lista de las cosas embargadas.

Morton salió a la huerta y se encaminó al granero. Nada le pertenecía ya. La vaca “Beauty” estaba puesta en venta e igualmente los restantes animales; los árboles, las hortalizas, habían quedado retenidos como prenda. Hasta la calma de la mañana había desaparecido; y diríase que los usureros también se habían apoderado de ella.

Los prestamistas le persiguieron a lo largo de la huerta llenándole de reproches y preguntas.

—¿Éstas son sus posesiones? ¿Ésta es su famosa granja modelo? ¿Cree usted que bastan para redimir sus pagarés? Aunque vendamos hasta el último de los muebles y rematemos toda la granja, apenas si podrán satisfacer dos pagarés. ¿Cómo piensa pagar el tercero y los intereses vencidos? Suponemos que con otros pagarés.

Cuando transcurriese una semana, los muebles, los utensilios, la granja serían vendidos en pública subasta. Y después de la venta quedaría endeudado hasta el cuello, sin poder librarse de los acreedores.

¿Qué será de Elizabeth y de los hijos? Sin su casa de

West Needham, sin la granja, sin la más remota posibilidad de lograr lo necesario para la vida. ¿Qué podría ocurrirle a él y a su familia? Ya no era el momento de sentir escrúpulos de conciencia, como los que había sentido antes de su partida de Washington. Las circunstancias eran otras, y lo primero era el pan de cada día.

El acreedor principal, una persona a quien Morton conocía desde hacía largo tiempo, era más accesible que los otros. El deudor tuvo una entrevista secreta con él. Desde que Morton se había decidido a seguir los consejos del Presidente se sentía capaz de persuadir a Mr. Stone para que le permitiera jugar la última carta.

—¡Óigame, señor! —dijo—, y tenga confianza en mí. Si usted quiere ayudarme en las presentes circunstancias podría, al final, recuperar todo el préstamo hecho. El Presidente me ha aconsejado personalmente emprender una acción judicial contra algún funcionario oficial, y me ha asegurado que de este modo el gobierno me comprará la patente. No me determiné a hacerlo mientras estuve en Washington. No podía pasar por mi mente realizar eso. Quise pensarlo y pedirle consejo a mi mujer. Pero ahora estoy decidido a entablar el pleito, que espero ganar; y siendo así saldaré todas mis deudas. Mañana vuelva usted a Washington, donde podrá convenirse de que es verdad lo que digo. Hable con mi abogado acerca de las posibilidades de ganar el pleito, que el mismo Presidente me ha aconsejado. Mientras tanto hágame un nuevo préstamo, el último, para que pueda dejar algunos fondos a mi mujer y a mis hijos y tenga medios para iniciar el pleito. No ganará usted nada con recurrir a los procedimientos extremos y sumirme en la miseria. Le aconsejo que si desea recibir, al final, todo su préstamo, me abra un nuevo y pequeño crédito para que pueda desentenderme. Todo lo que poseo en West Needham quedaría en prenda, pero mientras tanto le pido que mi mujer y mis hijos puedan vivir aquí, pues de este modo, libre de angustias, podré dedicar todas mis energías al pleito.

Mr. Stone era escéptico.

—Hemos esperado demasiado — objetó —; pero, sin embargo, accedo a mantener una conversación con los restantes acreedores.

—¿Pero usted le cree Mr. Stone? Es falso lo del pleito. Lo mejor es que salvemos del naufragio lo que podamos.

—El Presidente le ha prometido que si emprende el pleito y lo gana, el gobierno le comprará la patente. Ya que hemos esperado tanto tiempo dejémosle todavía una probabilidad de vencer, ya que ello nos beneficiará. Poco ganaremos aunque vendamos todo; y el pequeño préstamo que solicita no agravará mucho las pérdidas.

Los otros acreedores eran tozudos e insistían en que se realizara la subasta.

—Muy bien; cargo sobre mis hombros todas las responsabilidades — dijo Mr. Stone—. Quiero ayudarle, pues pienso que ese hombre puede recuperar sus derechos.

Mr. Stone compró los pagarés, recibiendo el mobiliario y la granja con los animales, los renovó y adelantó a Morton otra suma para que pudiera comenzar su tentativa.

Una vez más Morton había seguido el peor camino. Logró salvarse de la venta inmediata y pudo volver a Washington para encargar el pleito al mejor abogado.

Mr. Witte y los restantes amigos le aseguraban el triunfo. Juristas experimentados participaban de esa opinión.

Como Morton emprendía el pleito por pura fórmula, el gobierno saldría en defensa del médico acusado y le compensaría de los perjuicios. Se decidió que fuese demandado el Dr. Charles A. Davis, del Hospital Naval.

Jackson venteaba el rastro, y visitó al Dr. Davis.

—Estimado doctor: ¿Por qué ha sido usted elegido como blanco? ¿Por qué ha de ser usted quien salga a la publicidad, cuando tiene perfecto derecho a usar el éter? Morton no ha sido el primero en emplearlo en las operaciones. Pregunte al Dr. Crawford Long si él no utilizó la anestesia etérea cuatro años antes de haber obtenido Morton la patente. Puedo asegurarle que el Dr. Long jamás pensó prohibir el uso a sus colegas. Nunca soñó con hacer

eso, porque es un médico consciente de sus deberes profesionales y sabe que un descubrimiento médico debe estar al alcance de todos. No es como ese aprendiz de carpintero, que se ha introducido entre los médicos para obtener un provecho de la anestesia. Es una desgracia que puedan encontrarse en los Estados Unidos personas tan faltas de eserúpulo. Pero usted y yo somos profesionales de conciencia, y no podemos permitir que un pajarraeo haga su nido transformando un descubrimiento médico en un negocio para su beneficio personal. Estoy seguro de que en cuanto reflexione un momento se negará a convertirse en el juguete de Morton.

El Dr. Davis quedó profundamente impresionado por las palabras de Jackson. Su colega tenía razón y no podía permitir ser usado como una ganzúa de la caja de caudales. Si Morton ganaba el pleito, esto significaría que ningún médico podría utilizar el éter, quedando todos supeeditados a él.

—Sus argumentos, Dr. Jackson, son muy convincentes. Pero el pleito ha sido entablado y no sé qué puedo hacer.

—Se puede hacer mucho, Dr. Davis. Sé que el doctor Long está de nuestra parte y parece dispuesto a demostrar que él fué el primero que usó el éter como anestésico. Además, por ser el verdadero descubridor, desea aclarar que no tiene inconveniente alguno en permitir que sus compañeros administren éter en las intervenciones quirúrgicas. Un médico decente no puede hacer otra cosa.

—¿Está usted seguro de contar con el Dr. Long?

—Absolutamente seguro. El Dr. Long es un antiguo amigo. Conozco lo que piensa acerca de este sórdido negocio, y voy a conversar con él inmediatamente. Por otra parte, existen otros muchos colegas que participan de nuestra opinión. Estoy convencido de que los médicos americanos, en cuanto abran los ojos, resolverán, excepto la pandilla del Massachusetts General Hospital, protestar enérgicamente contra quien pretende especular con el dolor humano. En defensa del honor profesional todos se levantarán contra esos indignos métodos del Dr. Mor-

ton. Es deber nuestro salvaguardar uno de los más sagrados tesoros de la humanidad, el arte de curar, que consiste en ayudar al que sufre. Los médicos debemos euidarnos mucho de no ser arrastrados por los políticos. La política es una cosa y la medicina otra.

—¿Cree usted realmente, Dr. Jackson, que lograremos triunfar en nuestra empresa? No debe olvidar que Morton tiene a sus espaldas a varios senadores y diputados. Esos políticos tienen gran influencia.

—Estimado señor, la justicia siempre prevalece, hasta contra los políticos, aun cuando éstos pongan en juego todo su poder. Lucharemos a pecho descubierto contra los hombres avaros que tratan de hacer suyos los provechos que corresponden a la humanidad. Venceremos, y los Estados Unidos, o mejor dicho, la humanidad entera, nos deberá el haber sabido rescatar la anestesia etérea de las uñas de los buitres voraces, entregándola a todos los hombres del mundo. Creo en mi misión y le respondo que su protesta será eficaz en el pleito con que pretenden envolverle. Quedaré tranquilo si usted me dice que confía en mi palabra.

—Creo, Dr. Jackson, que usted hará honor a su palabra.

—Lamento tener que comunicarle — dijo a Morton su abogado — que la demanda contra el Dr. Davis no progresa. El demandado afirma que recibirá “importantes documentos” del Dr. Crawford Long que invalidarán la reclamación de usted. El Tribunal entiende que los documentos de Long deben ser examinados antes de aceptar nuestra demanda. Mucho me temo que nos encontremos ante una larga y difícil campaña.

El Dr. Jackson visitó a Burnett, el farmacéutico.

—¿Qué había dicho yo siempre respecto a Morton? Fué el primero en conocerle. Ahora ha arrojado el antifaz y ha aparecido como un hombre de negocios, duro, avaro e insensible. ¡Y es a este adorador de Mammón a quien la Universidad de Maryland le ha concedido títulos honoríficos! ¡Y el Presidente había prometido ayudarle! ¡Y el Congreso le considera como el bienhechor

de la humanidad! Y es tan sólo un malvado. El asunto es un escándalo público. El chasco habrá abierto los ojos al gobierno. Esto no debía haber sucedido. Y no habría ocurrido si las gentes me hubiesen escuchado.

Jackson visitó a otras personas: a los secretarios de las sociedades médicas, a los dentistas, a todos sus conocidos, pronunciando las mismas palabras, las mismas frases que había vertido en su entrevista con Burnett.

Luego marchó a Washington por unos días, para ocuparse, según él decía, de un asunto geológico. Pero fué a cabildear, a repetir por todas partes la misma canción: “¿No lo dije yo siempre?”, etc., etc. Al volver a Boston se detuvo en Baltimore y aprovechó las horas murmurando en los pasillos de la Universidad. Más tarde sus “asuntos geológicos” le llamaron a Nueva York y pudo informar a los médicos de los timos y trapacerías con que se había intentado estafar al gobierno.

En los cabildeos de Washington, en las charlas con los secretarios de las sociedades médicas, con profesores universitarios, con farmacéuticos, médicos y dentistas en Boston, Washington, Baltimore y Nueva York, su voz acusadora se oía incensantemente: “¿Qué dije yo siempre de Morton? Un avaro. Un hombre de negocios que no merece compasión. Y nuestros senadores todavía apoyan a ese miserable”.

Para sembrar el mal no conocía reposo y, desgraciadamente, sus palabras no cayeron en el vacío. Siempre hay alguien que goza al saber que un hombre, que hasta entonces ha sido considerado como honrado, da un mal paso y demuestra que, en realidad, es un canalla.

—¿Ha sabido usted lo que ha hecho Morton? Es algo increíble; ha entablado demanda contra el Dr. Davis, del Hospital Naval. Nadie medianamente decente sería capaz de hacer eso. Aunque el gobierno le haya concedido la patente, es inmoral, por parte suya, prohibir a sus colegas usar su descubrimiento en beneficio de los dolientes. Sólo un hombre desprovisto de sentimientos humanos pue-

de intentar aprovecharse de un descubrimiento para su propio beneficio.

Tal era la opinión que se oía por todas partes y el pleito de Morton contra Davis era el tema preferido en Washington, Boston, Baltimore, New York, y, casi pudiera decirse, en todo el mundo. Los médicos, especialmente, se sentían ofendidos por lo que Morton había hecho. Hasta los más moderados pensaban que era "incompatible con el sentimiento humano de un profesional de la medicina el poner restricciones en el uso de un descubrimiento que alivia los sufrimientos de los enfermos". Muchos médicos llegaban más lejos y pedían que Morton no fuera ya considerado como miembro de la clase médica y se le desposeyera de su título. "No queramos un canalla de su pelaje en nuestras filas; un hombre que se ha procurado una patente y que, con la mayor sangre fría, prohíbe calmar el dolor si no se le paga por dar su autorización".

Sólo el cuerpo médico del Massachusetts General Hospital no participaba de esas maliciosas opiniones, pues tenía fe, no sólo en Morton como descubridor, sino en Morton como ser humano. Esos médicos le conocían y comprendían perfectamente las circunstancias que le habían arrastrado al pleito contra el Dr. Davis. Era un hombre amargado por la ingratitud, que no encontró otro medio para lograr que su petición progresase. Cuando los representantes de la Medical Society intentaron incluir en la protesta contra Morton a sus compañeros de dicho Hospital, éstos respondieron en términos muy claros:

—Nosotros no hemos modificado ni un ápice, ni una tilde, nuestra opinión respecto al Dr. Morton — replicó el Dr. Bigelow —. En la actualidad seguimos repitiendo lo que hace diez años hicimos grabar en la tapa del cofre que le fué regalado por el Hospital: "se empobreció por una causa de la que el mundo le es deudor". No ignoramos sus dotes, le conocemos personalmente y permaneceremos leales a él. Ha cometido un error al plantear

una demanda contra el Dr. Davis. Pero ¿por qué no se pregunta quién le ha empujado al pleito? ¿Por qué no se culpa al Congreso el haber rechazado la compensación a Morton por la infracción de la patente, alegando, como razón, que no tenía derecho a ella por haber dejado correr los años permitiendo a todos el uso del descubrimiento? ¿No era el Congreso el que le había llevado a la desesperación, y no era el Presidente de los Estados Unidos quien le había aconsejado entablar este pleito?

—No puede usted olvidar, Dr. Bigelow — dijo el representante de la Medical Society —, que un médico sólo debe oír la voz de su propia conciencia. El pleito de Morton está manifiestamente en contra de la ética profesional. Lo que el Congreso haya decidido acerca del asunto de la patente, y lo que piense el Presidente, nada tiene que ver con nosotros, los médicos. Como médicos no nos concierne juzgar lo que el Congreso o el Presidente de los Estados Unidos hayan decidido, pero sí podemos juzgar el comportamiento de un colega que ha sido aceptado en nuestra corporación por haber hecho un descubrimiento, y que él mismo se titula Doctor en Medicina. Su demanda, aunque se atribuya a que se halle acosado por los acreedores, es tan inhumana que debemos protestar, en los términos más enérgicos, de que siga siendo miembro de nuestra honorable Sociedad. Usted, doctor Bigelow, y todos los componentes del Cuerpo del Hospital General, deben pensar del mismo modo.

Bigelow replicó:

—Hace diez años que se realizó la primera operación con anestesia, y nosotros no podemos compartir la opinión de ustedes respecto a la conducta del Dr. Morton. Ustedes podrán formar los juicios que quieran, alegando la infracción de las normas profesionales, pero nosotros, que hemos realizado las primeras operaciones sin dolor con ayuda de su descubrimiento, somos incompetentes para juzgarle porque estamos muy obligados a él; y nuestra posición, respecto a Morton, tiene que ser la de una profunda gratitud.

Dada la actitud asumida por el Cuerpo Médico del Massachusetts General Hospital era imposible conseguir, en Boston, una censura a Morton por mayoría.

Pero en New York era otra cosa, pues sin tener en cuenta los grandes servicios prestados por Morton a la profesión y a la humanidad entera, pasando por alto las particulares circunstancias que le habían arrastrado al pleito contra el Dr. Davis, y pensando únicamente en las estrictas obligaciones de la "ética profesional", se había formado un juicio sobre Morton que equivalía a una sentencia de muerte profesional.

En su sede principal de New York, la American Medical Association declaró que el Dr. Morton, por sus demandas contra sus compañeros y contra las instituciones de beneficencia, basándose en que habían violado su patente, se había salido, por sí mismo, de los límites de una profesión honorable. Desde el momento en que el comportamiento del Dr. Morton era indigno, y desde que había obtenido una patente para la anestesia, la Asociación protestaba enérgicamente contra el premio propuesto.

En la tragedia de la vida de Morton se acumulaban las acusaciones de los enemigos, las ingratitudes del pueblo, la pobreza y el desdén; y a todas estas calamidades se unió la opinión pública, guiada perversamente contra él.

Debido a la decisión de la American Medical Association y a la indignación que despertó en los médicos de los Estados Unidos el pleito mal aconsejado contra el Dr. Davis, se produjo un estado tal de opinión entre el público que, cualquier rumor acerca de la pobre víctima, por estúpido e indigno que fuese, era creído como artículo de fe.

En el programa de Jackson había llegado la hora de recoger el abundante fruto de la siembra de calumnias prolongada durante muchos años.

—¿No ha oído usted ciertas historias de sus años juveniles?

—Yo digo que todo el mundo asegura que ha estafado a sus acreedores.

—Sí, con aquellos célebres pagarés...

—Me han informado que pudo penetrar en el Hospital gracias a unos documentos falsos.

—La medalla es una mentira.

—No tiene verdadero derecho a denominarse doctor.

—He sabido que en un hospital ha arrancado el frasco de éter de las manos de un médico, cuando estaban realizando una operación.

—Es un avaro.

Así iba de boca en boca; y todo cuanto se dijere era creído.

Estas crueles murmuraciones llegaron a los oídos de Morton en su retiro de West Needham. La granja ya no era suya, pero vivía allí como un importuno huésped de sus acreedores. En el seno de su familia esperaba poder pasar desapercibido.

—Papá, papá, asómate a la ventana; algunos muchachos de otras granjas nos traen un enorme muñeco — dijo la más pequeña de las hijas, tirándole del brazo para aproximarle a la ventana.

Algunos ganapanes, gritando y riendo, se aproximaban a la casa. Traían una especie de monigote vestido con una levita.

—Papá, este muñeco eres tú — exclamó la pequeña, comprendiéndolo todo rápidamente.

Morton se tambaleó, apoyándose para no caer al suelo. Sí; ¡ese muñeco era él! Todos los vecinos venían a quemarle en efigie ante sus propios ojos y los de sus hijos. — Lizzie — dijo a su hijita — cierra la ventana.

—¡No, no! — gritaba la niña —. ¡Qué quieren hacer contigo, papá? Golpeaba la ventana con sus manitas apretadas, dando gritos de terror. — No, no, que no hagan eso.

Ante la ventana, los vecinos habían colgado de un árbol al muñeco y se aprestaban a prenderle fuego.

Sus gritos de desprecio, sus inyecciones, sus groseras injurias, llegaban a todos los rincones de la casa.

Se había congregado todo el vecindario para presenciar el espectáculo.

La calumnia y la desgracia le perseguían hasta su último refugio. Los vecinos de West Needham se habían vuelto contra él y le deshonraban ante su familia.

En aquellos días se recibió una carta de los padres de Elizabeth. Alguien había escrito a Mr. Whitman contándole atrocidades acerca de su yerno. "Tu padre no se atreve a salir de casa, todos los diarios se ocupan del escándalo. ¿Cómo ha podido hacer esto William?"

Carta tras carta referían otras malas noticias, contando acusaciones recientes y nuevas calumnias. Elizabeth temía mostrar el correo a su marido.

"En todas partes brotaban las críticas por haber obtenido la patente", escribía la viuda de Morton, mucho tiempo después de la muerte de éste. "Injurias y calumnias se publicaban en la prensa diaria, se pronunciaban en la tribuna y aparecían en las revistas médicas más importantes... En aquellos días no me atrevía a hojear ninguna publicación, porque, como mujer, sentía más vivamente que mi marido las injusticias que con él se cometían. Entonces, el mundo, con sus celos, maldades y envidias, me era desconocido"¹.

¿Por qué rechazó el Congreso la solicitud de Morton para obtener una indemnización? ¿Por qué no informó el fiscal general dicha petición, a pesar de la aprobación del Presidente? ¿Por qué, finalmente, el gobierno no llegó a pagarle ni un centésimo? Tan sólo porque no había hecho valer los derechos de su patente y permitió al Ejército, a la Armada, a los Hospitales y a los médicos en general, el libre uso del éter, en lugar de dar los pasos necesarios para impedirlo, en defensa de sus derechos. Éste era el reproche que se le había hecho, ésta era la causa por la cual había sido rechazada su reclamación. Y ahora, ¿qué había sucedido? Ahora el público se levantaba contra él porque intentaba defender los

¹ Elizabeth Morton, en *McClure's Magazine*, septiembre 1896.

derechos de su patente y había entablado una demanda contra un médico al servicio del gobierno. Se le calificaba de avaro, de bribón redomado, por la simple razón de haber seguido el consejo de distinguidos senadores y del Presidente de los Estados Unidos. ¡Qué vida estúpida! Morton no podía comprenderla y se sentía desfallecer.

Al fin, estalló un ataque nervioso. Después de gritar y agitarse desesperadamente, cayó, totalmente agotado, en la cama. Estos paroxismos se repitieron con breves intervalos. Su salud, ya quebrantada por tantos años de disgustos y desilusiones, estaba gravemente amenazada.

"Tengo una exagerada sensibilidad — escribía el Dr. Morton a un médico amigo —. Los más ligeros cambios de temperatura me escalofrían, y el más pequeño exceso me produce violentos espasmos... Mi sistema nervioso se halla tan destrozado, que la causa más trivial, un ruido repentino, me conmociona terriblemente. Estoy tan intranquilo que ni de día ni de noche, sentado o acostado, puedo permanecer mucho tiempo en la misma posición. Repentinamente, sin signos premonitorios, sin causa aparente, me atacan dolores convulsivos, mis miembros son presa de intensos espasmos y no puedo reprimirme de gritar, hasta que caigo agotado... Mis ojos están pesados y dolorosos, y en todas las regiones de mi cabeza sufro dolores neurálgicos como si me pinchasen con alfileres; también tengo crisis semejantes de dolores en la parte inferior de la espalda... Después de pasado el ataque, mis miembros tiemblan y me siento quebrantado, débil y enfermo. Estos trastornos no sólo no han disminuído sino que parece que aumentan en frecuencia y gravedad."

Tal era la última carta escrita por William Thomas Green Morton, el héroe de la lucha contra el dolor.

¿Qué había ocurrido con todas las alabanzas, con todas las bellas palabras acerca del "orgullo de la nación"

y del "hijo más eminente de la patria"? Tales frases, que habían sido pronunciadas años antes en el Congreso y en las tribunas de los Estados Unidos, donde Morton había sido calificado como "el bienhechor de la humanidad", ¿habían sido completamente olvidadas?

¿Le habrían servido solamente para producirle sonrojo y desgracia?

¡Oh, no! Las palabras de alabanza y reconocimiento fueron pronunciadas otra vez pública y ceremoniosamente, para que el escarnio llegase al colmo.

Cuando la demanda contra el Dr. Davis se detuvo indefinidamente, debido a las maquinaciones antes descritas, cuando ya no parecía que existiese ni la más leve esperanza de que Morton fuese recompensado por el gobierno, el prestamista, Mr. Stone, se impacientó.

El abogado de Morton le aconsejó entablar un nuevo pleito contra la compañía privada "New York Eye Infirmary" que había fabricado inhaladores para la exportación, infringiendo la patente. Quizá podría conseguirse algo.

El nuevo caso fué presentado ante un tribunal presidido por el juez Shipman. El juez estudió el problema de si la patente de Morton tenía validez, y después de haber escuchado los argumentos se decidió por la negativa. El abogado de Morton hizo un nuevo ensayo. El día 1° de diciembre de 1862, el juez Shipman denegó la moción y expidió el siguiente dictamen: "Un descubrimiento no es patentable... Sólo cuando la investigación ha sobrepasado los límites de mero descubrimiento, y el nuevo principio, fuerza o ley se relaciona con algún medio particular o aparato mecánico con el cual, o a través del cual, actúa sobre el mundo material, puede asegurarse la exclusiva posesión mediante la ley de patentes. Hay que distinguir la fuerza o principio descubierta, de los medios o mecanismos debido a los cuales el descubrimiento entra en el dominio de la invención y, en consecuencia, cae dentro de este dominio..."

Este último y definitivo golpe infligido a Morton por

el dictamen del juez Shipman, que declaraba sin validez la patente concedida por el gobierno, era acompañado de las más cálidas frases de elogio para el descubridor.

Esas palabras no habían faltado antes en la boca de los oradores del Congreso, cuando estaba en discusión la reclamación de Morton, ni podían faltar ahora, cuando, al ser declarada la invalidez de la patente, el desventurado descubridor quedaba definitivamente arruinado.

"Antes de resolver el caso — decía el juez Shipman en su dictamen — no es ocioso hacer referencia al carácter del descubrimiento en cuestión. Los ensayos practicados por los más distinguidos cirujanos de New York han demostrado su eficacia para procurar la insensibilidad durante las operaciones quirúrgicas, evitando así al paciente los tormentos de la intervención y mitigando la conmoción que sufre, que de otro modo sería mucho mayor. Dichos cirujanos están de acuerdo en que este descubrimiento debe contarse entre los más importantes de los tiempos actuales, y algunos de ellos estiman que su valor es tan grande que no puede calcularse en dólares y centésimos. Su empleo universal confirma su importancia. Su descubridor bien merece ser considerado entre los grandes bienhechores de la humanidad. Pero la importancia y valor del descubrimiento no pueden cambiar los principios legales en que se basa la ley de las patentes..."

En una palabra, por la decisión del día 1° de diciembre de 1862, quedaba formalmente anulada la patente que en el año 1846 concedió el gobierno al Dr. W. T. G. Morton.

En el barrio de marineros de Boston tenía su negocio un prestamista llamado Frederik T. Johnson. Abría su tienda a las nueve en punto de la mañana, y había siempre una larga fila de personas esperando turno. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos mostraban, a través de una pequeña ventana, sus objetos, vestidos o joyas a Mr. John-

son, para que apreciase su valor y decidiera la cantidad que podía ser prestada.

—Haga el favor de apresurarse, que otros esperan — dijo M. Frederik T. Johnson, impaciente, cuando unas manos temblorosas aparecieron en la ventanilla desenvolviendo lentamente un pequeño objeto cubierto con papel de plata. Al fin apareció, ante la vista del usurero, una medalla, al parecer de oro. El prestamista la probó con agua fuerte. Era de oro. La pesó e indicó la suma que podía prestar por ella.

—¿No puede dar más, señor — preguntó una trémula voz masculina —. Sé que la medalla costó mucho más.

—Yo sólo puedo darle el valor estricto del oro — contestó agriamente Johnson —. Acepte o llévese la medalla.

—Acepto — dijo la voz, deseconsolada.

Mientras tanto, el prestamista había leído la inscripción, y dijo con sequedad:

—¿Qué derecho tiene usted a empeñar esta medalle? Antes debe demostrar que es suya.

—Me pertenece, me fué concedida por la Academia de Ciencias de París. Aquí está el documento original que me enviaron cuando la recibí — contestó la voz con un cuchicheo, como si temiera ser oída.

Las temblorosas manos extrajeron un documento y lo presentaron al prestamista.

Mr. Johnson lo examinó, lo leyó, y dijo, con gran asombro:

—¿Es usted realmente la persona calificada aquí como bienhechor de la humanidad? ¿Está verdaderamente obligado a empeñar esta medalla?

—Sí; es la última cosa de valor que poseo, y no tengo con qué comprar un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos. Nada tenemos en casa y no cabe elegir.

Describiendo esta escena, Mr. Frederik T. Johnson solía decir que, aunque había sido prestamista durante muchos años y habían pasado por sus manos muchos “últimos bienes”, nunca se había conmovido tanto como cuando el

Dr. Morton empeñó la medalla que le había sido concedida como bienhechor de la humanidad.

Un joven llamado Edward Warren, viajante de Boston que trabajaba en aparatos agrícolas, y que por cuestión de negocios tuvo que ir a West Needham en el invierno de 1863, cuenta haber visto a un hombre de grave aspecto y muy decaído, que vestía traje muy usado y llevaba zapatos rotos, al lado de una carretilla de mano cargada con leña. Discutía con la mujer del panadero, intentando obtener pan a cambio de la leña que había recogido en el bosque. Sus hijos no tenían qué comer aquel día.

Cuando llegaron a un acuerdo y el hombre se alejó empujando su carretilla, el curioso, que había estado oyendo la conversación, preguntó a la mujer del panadero quién era aquel sujeto.

—Oh, es el Dr. Morton; ya por mal camino, por muy mal camino. Todo lo que poseía ha caído bajo el martillo del rematador, y muchas veces no hay ni una miga de pan en su casa. Por fortuna, cuando la casa fué vendida la compraron algunos de sus amigos; y le permiten vivir en ella sin pagar alquiler. De no ser así su familia no tendría ni un techo bajo el cual dormir.

CAPÍTULO XVII

TRES HOMBRES

La obra *La cabaña del tío Tom*, de la señora Harriet Beecher Stowe, fué publicada en el año 1852, al mismo tiempo que el Congreso se ocupaba del descubrimiento de la anestesia. El libro, como el hallazgo de Morton, estaba destinado a producir un gran avance en la humanización del mundo. La autora, escribiendo cruda, sentimental, melodramáticamente, hace una espeluznante relato de los horrores de la esclavitud en los Estados Unidos, relato que en realidad no está libre de exageraciones. Aunque escrita en mediocre estilo literario, la descripción de la "institución peculiar" de los Estados del Sur estaba destinada a ser uno de los tres o cuatro libros, aparte de la Biblia, que más profundamente han influido sobre los destinos de la humanidad. Al penetrar en los abismos del sentimiento humano, el arte y la imaginación de la señora Stowe le permitieron agitar la pasión de los lectores hasta convertirla en oleadas de furiosa indignación. El mundo moderno, deseoso de progresos democráticos, criticó siempre la persistencia de la inhumana e intolerable esclavitud en el Sur. Y el cuadro pintado era tan llamativo, que encendió los cerebros, hizo palpitar los corazones y no dió paz a las conciencias.

Sin embargo, los tres presidentes anteriores a Lincoln, sus partidarios, muchos diputados y tantos otros profesionales de la política permanecieron largo tiempo indiferentes. Era el período en que la política americana

El triunfo sobre el dolor

estaba sumergida en el nadir. Walt Whitman, el gran cantor de la libertad, en su libro *Origins of Attempted Secession*, describe en términos mordaces la corrompida administración que había prevalecido durante los mandatos de Millard Fillmore, del débil compromisario Franklin Pierce y de su sucesor James Buchanan, trece, catorce y quinceavo presidentes de los Estados Unidos. Sería difícil encontrar en los anales de la política, frases más hirientes que éstas: "En la historia, el recuerdo de estos tres presidentes, y especialmente el de la administración de Fillmore y de Buchanan, constituirá la más grave advertencia y el mayor escarnio. Nunca fué vista una exhibición de hombres tan mediocres, deformados, indignos, pediguños".

Comentando las asambleas que se celebraban entre los años 1840 y 1860, Whitman escribe:

"¿Quiénes eran los delegados? ¿Qué eran las asambleas de Buchanan y Fillmore? ¿De qué clase de personajes se trataba? Empleados públicos, aspirantes, ladrones, indultados, bribones, conspiradores, asesinos, caprichosos, contratistas, perros falderos, correveidiles, agiotistas, desleales, antiunionistas, asaltantes de correos, negreros, chismosos, caciques, saqueadores, terroristas, alborotadores, corruptores, cabilderos, sablistas".

Bajo el mandato de Zachary Taylor, duodécimo presidente (1849-1850), la cuestión de la esclavitud se había fortalecido al ser incluida, en el Proyecto de Leyes de 1850, la ley de los esclavos fugitivos que aseguraba a los poseedores de éstos los medios para recuperar los tráfugas. Esta ley escrita fué letra muerta ante la ley no escrita del humanitarismo. Cuando el conflicto armado era inevitable, el presidente y algunos hombres de Estado influyentes intentaron demorarlo cuanto fuese posible, mediante componendas de toda especie. La industria y el comercio americano habían alcanzado alto

grado; los ferrocarriles estaban ya construídos; en California se había descubierto el oro. Había ya "buenos asuntos", y el hombre de negocios del Norte veía interponerse, como una calamidad, el pavoroso panorama de una guerra fratricida con los Estados esclavistas del Sur.

Pero en la siguiente década vió la luz *La cabaña del tío Tom*. Los hombres jóvenes del Norte, con el cerebro y el corazón saturados por el relato de los horrores de la esclavitud, se llenaron de valor y fueron capaces de levantarse en armas, no pudiendo sufrir por más tiempo lo que ellos llamaban "la ignominia de la esclavitud". Rufus Choate dice, con perfecta razón, que *La cabaña del tío Tom* creó, de la noche a la mañana, dos millones de abolicionistas, dos millones de hombres decididos a que la esclavitud cesase. El centro del movimiento fué Massachusetts.

El ánimo estaba preparado para la guerra civil, y sólo era necesario, para encender el fuego, una causa política suficiente. La chispa fué originada por la separación primero de seis Estados, y finalmente de once para formar los Estados confederados de América. La guerra civil comenzó en abril del año 1861.

Gracias a la personalidad de Abraham Lincoln, esta guerra adquirió una significación moral y un ímpetu irresistible, y Lincoln vino a ser, con rapidez, la figura más sobresaliente de la historia de América. Antes de su ascenso a la presidencia pronunció estas viriles palabras acerca de la esclavitud:

"La detesto, porque la esclavitud en sí es una injusticia monstruosa. La detesto, porque permite fácilmente a los enemigos de las instituciones libres calificarnos de hipócritas, dando lugar a que los verdaderos amigos de la libertad duden de nuestra sinceridad".

El 22 de septiembre del año 1862, ya Presidente, lanzó la famosa proclama declarando que desde el 1º de enero de 1863 todos los esclavos de los Estados secesionistas serían hombres libres. Los azares de la guerra eran fluctuantes, hasta que, en marzo del año 1864, fué nombrado

comandante en jefe del Ejército de la Unión el teniente general Ulyses Simpson Grant.

La guerra era un asunto largo y sangriento. Whitman, que se incorporó voluntariamente durante dos años, como enfermero, al ejército del frente, hace una terrible descripción de las condiciones de los heridos.

"Al aire libre, al pie de un árbol, distantes diez yardas del frente o del poblado, se amontonaban pies, piernas, brazos, manos, amputados, en cantidad suficiente para llenar una carreta de un caballo. Cerca yacían muchos cadáveres cubiertos con sus pardas mantas de lana. Las casas eran abandonadas en tropel; todo se improvisaba; no había un sistema; las heridas se pudrían pronto y los hombres, con sus viejos trajes sucios y sangrientos, presentaban un aspecto terrible. Los resultados de la última batalla se exhibían por doquier, en centenares y aun millares de casos, hacinados en los hospitales de campaña, de brigada y de división. Éstos eran simples tiendas de lona; y muchas veces los desgraciados heridos yacían en el suelo, felices si sus mantas estaban extendidas sobre camas de hojas y de ramas de pino y abeto. No había catres, y rara vez colchones. Hacía frío... Los campamentos de heridos... ¡Oh, cielos, qué escenas se contemplaban! ¿Había algo de humanitario en aquellos campamentos? Existían varios, instalados en lugares abiertos de los bosques, donde se acumulaban hasta dos o tres centenares de infelices compañeros. Los quejidos y los gritos, el olor de sangre mezclado con el perfume fresco de la noche, de los árboles, de la yerba, ¡qué horribles mataderos!"

Como en el año 1864 avanzasen los confederados, atacando desde sus posiciones de occidente, la campaña entró en una fase dramática. El general Grant comenzó su movimiento contra Richmond. La batalla de Wilderness,

la batalla de Spottsylvania Court House y el cruce del río James tuvieron lugar en rápida sucesión. Grant "combatió a lo largo de su línea todo el verano". La bárbara y formidable lucha exigía terribles sacrificios. Los muertos y los heridos se acumulaban formando montones. Los heridos no podían ser conducidos bajo techado. Faltaban ambulancias, practicantes, médicos. Allí escaseaba todo.

John H. Brinton, de Filadelfia, refiere que en la mañana del 2 de julio de 1864, estando en el cuartel general del ejército de Potomac, un ayudante entró en la tienda del general Grant para decirle que un forastero, un médico civil, deseaba verle y pedirle una ambulancia para su uso personal en sus visitas a los hospitales de campaña.

"La respuesta del general fué rápida y decisiva. Las ambulancias estaban destinadas únicamente para los enfermos y los heridos, y por ningún concepto podían destinarse a uso privado.

"Cuando llevaba la respuesta al peticionario, vi que éste era un hombre vestido de gris, cubierto del polvo del camino y a quien creí reconocer a la distancia [dice Brinton]. Me acerqué, comprobando que se trataba del Dr. W. T. G. Morton. Le interrogué un minuto, y me volví hacia el general para repetir la demanda, recibiendo la misma respuesta.

—"Pero general — me aventuré a decir —, si usted conociese a ese hombre, estoy seguro de que le daría lo que pide.

—"No, no quiero — replicó —. No puedo dedicar una ambulancia a cualquiera. Todas se necesitan en otras partes.

—"General — contesté a mi vez —: estoy seguro de que usted le dará la ambulancia. Ese hombre ha hecho mucho por la humanidad, mucho por los soldados, mucho más que cualquier otro soldado o civil, y usted dirá lo mismo cuando sepa su nombre.

"El general se llevó el cigarro a la boca, miró curiosamente al peticionario, y preguntó:

—"¿Quién es?

—"Es el Dr. Morton, el descubridor del éter — respondí.

"El general calló un momento; luego dijo:

—"Tenía usted razón, doctor; ha hecho mucho más por los soldados que cualquier otro soldado o civil, pues ha enseñado a todos cómo puede suprimirse el dolor. Le concedo la ambulancia y cualquier otra cosa que desee.

"Luego, durante su permanencia, y por orden de la Comandancia general, fué autorizado por el servicio hospitalario del cuartel general para proporcionarse las ambulancias, tiendas, rancho y sirvientes" ¹.

Los siguientes párrafos corresponden a una carta de Morton, escrita a un amigo, en mayo de 1864:

"Cuando comenzaba alguna batalla las ambulancias se estacionaban cerca, y los camilleros evacuaban los heridos. Los rebeldes no solían hacer fuego sobre las ambulancias provistas de la insignia correspondiente.

"Una vez que las ambulancias llegaban al hospital de campaña, los heridos eran examinados rápidamente; y aquellos que podían soportar la jornada eran enviados con la mayor premura a Fredericksburg. La naturaleza de las operaciones que había que realizar en los restantes era decidida inmediatamente e indicada sobre un trozo de papel sujeto con alfileres a la almohada o en la manta arrollada bajo la cabeza del paciente. Hecha la indicación, preparaba al enfermo produciendo una anestesia

¹ Citado por Elizabeth Morton en *McClure's Magazine*, septiembre 1896.

perfecta en un término medio de tres minutos. Una vez lograda, los operadores realizaban diestramente las intervenciones, y en su turno los ayudantes vendaban los muñones”¹.

Uno de los corresponsales de la Associated Press, testigo de tales escenas en el ejército del Potomac, escribía que el descubrimiento del Dr. Morton no podía haber dado prueba más dramática y convincente de su valor que la que estaba proporcionando detrás de la línea de fuego. La importancia de la anestesia para el ejército fué muy grande. En cuanto el hombre supo que las operaciones necesarias a los heridos podían hacerse sin dolor, es indudable que su coraje ante el enemigo se hizo mayor que antes.

Tales cosas facilitaron y explicaron los continuos avances del ejército del Potomac.

Morton estaba en su elemento. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, y muchas veces a la luz de las antorchas, durante la noche, trabajaba incesantemente dando éter a los pacientes y hallándose cerca de los operados. De esta manera pudo salvar del tormento del bisturí a más de dos mil soldados heridos.

Al recibir el permiso de utilizar durante la guerra el gran descubrimiento civilizador, quedó terminada la conquista del dolor. Sus afanes le hicieron olvidar sus propios sufrimientos. Sufrió ingratitudes, y sus oídos fueron halagados por promesas vanas. Sufrió amarguras y desilusiones, pero día tras día pudo convencerse que su descubrimiento había sido para el mundo un beneficio incalculable. De todos modos, su fuerza se basaba en el pasado; y el presente reconoció a Morton el inmenso mérito de haber dedicado su vida entera a la causa de la anestesia.

He aquí sus propias palabras sobre este asunto :

¹ Citado por Elizabeth Morton en *McClure's Magazine*, septiembre 1896.

“Yo mismo he podido calmarme de las penas y disgustos que he padecido desde que descubrí y empleé las cualidades anestésicas del éter sulfúrico, pensando en que ha sido el instrumento para aliviar el dolor de miles y miles de mutilados y heridos, que en el estado de anestesia han sido sometidos a intervenciones quirúrgicas que en otro tiempo eran causa de intensas torturas. Esos hombres merecen la gratitud de la nación; feliz yo que he aliviado sus sufrimientos”.

El Sur estaba empeñado en una lucha a vida o muerte. Las fuerzas federales avanzaban constantemente. Los generales del Sur no pudieron resistir mucho tiempo al ejército del Norte. Las defensas de Lee en Richmond fueron rotas; los federales se establecieron firmemente en la orilla derecha del río James. Las tropas del general Sherman invadieron Georgia desde el Oeste, ocuparon Atlanta y marcharon sobre Savannah. Pronto el área secesionista llegó a ser completamente cereada, y pudo escribirse “finis” bajo los Estados Confederados de América. La “peculiar institución” terminó completamente.

Pero el Sur continuó defendiendo sus antiguas costumbres con heroico vigor. Sus viejos usos y su distinción frente a los yanquis, habían sido el orgullo de los aristócratas del Sur, que insumieron una gran parte de sus riquezas en esclavos, y que sentían su existencia amenazada por la invasión del nuevo espíritu que partía del Norte.

Los ideales tradicionales no estaban menos amenazados que la tradicional riqueza. Al mismo tiempo que la esclavitud, derrumbóse el modo patriarcal de vivir y el espíritu romántico que desde Inglaterra acompañó a sus antepasados, y con ellos el patricio sentido del honor. ¿Qué influencia podría tener el nuevo espíritu del Norte sobre aquellos aristócratas del Sur? Abolida la esclavitud, por considerársela inhumana e inmoral, los yanquis la sustituyeron por el espíritu del Norte.

yeron por la no mucho menos inhumana explotación capitalista del proletariado. Para los norteños, el método económico y los modos de vivir de los colonos del Sur eran anacrónicos; y pretendieron que éstos reemplazaran su sistema por el azaroso, rápido y ávido de provecho, característico de los hombres de negocios. El Sur detestaba el espíritu yanqui, y quiso esperar hasta el último momento con la esperanza de mantener su amado patriarcado.

Georgia, uno de los primeros estados secesionistas, fué en todo momento el campeón de la resistencia del Sur, e igualmente lo fué en la heroica determinación de sus hijos. Entre los oficiales del Sur, Crawford W. Long dedicó su actividad al servicio médico. Actuando en el ejército del general Lee, operaba y cuidaba los heridos del frente en los hospitales de campaña, y muchas veces, dado que tales hospitales eran escasos y se hallaban hacinados, sobre la tierra y bajo el cielo descubierto. Las batallas eran igualmente sangrientas, cualquiera que fuese el lugar y la causa de la pelea. Los sufrimientos de los heridos eran también terribles, tanto cuando se trataba de federales, que combatían por lo que ellos consideraban la causa de la humanidad, como de los soldados del Sur, que se calificaban a sí mismos como los herederos del espíritu caballeresco. Ese hombre, que trabajaba en el ejército del general Lee, tenía la misma misión que Walt Whitman, que prestaba su concurso al ejército del Norte. El Dr. Long, de Athens, Georgia, se había dedicado íntegramente a la tarea de aliviar el dolor, haciendo en su bando lo que el Dr. Morton hacía en el Norte.

El continuo avance de los federales llevó la amenaza a Athens, la ciudad de Long, a sus plantaciones, a sus propiedades y a su familia. Del mismo modo que otros blancos del Sur, consideraba a los esclavos negros como una propiedad legal, creyendo, con el resto de los colonos, que la esclavitud era un procedimiento dado por Dios para civilizar a los negros, y que su condición de poseedor de esclavos le había sido impuesta por el Todopoderoso.

En aquel tiempo eran usuales las historias atroces que se atribuían ambos bandos, y los colonos contaban, unos a otros, los terribles excesos de los yanquis al invadir el Sur. Cuando Athens cayó en poder del enemigo, él fué probablemente quien prendió fuego a la ciudad.

Decidido a visitar su hogar antes de que fuese demasiado tarde, Long pidió permiso para dejar el frente, galopó toda la noche y despertó a su hija mayor que se hallaba dormida. Detúvose tan sólo cinco minutos, y volvió a su puesto con la mayor rapidez.

—Debes partir en seguida, Frances, antes de que lleguen los yanquis. Te he recomendado a la hermana de mi ayudante, quien te espera y cuidará de ti.

El cirujano se apresuró y abriendo un cajón secreto de su mesa extrajo un frasco de cristal, cuya boca estaba tapada con un papel encerado. Desde que el Congreso se había negado a considerarle como el descubridor de la anestesia, había conservado los documentos importantes en ese receptáculo, cuidadosamente protegidos de la humedad. ¿Tenía la esperanza de llegar a establecer sus derechos?

—Esto es lo más importante que te encargo — dijo entregándole el frasco —. No lo pierdas, suceda lo que suceda. Ya sabes lo que contiene. Cuando llegues a destino, debes ocultarlo de modo que sólo tú puedas encontrarlo. Meditó un momento y luego dijo: —Pero si el enemigo llega a capturarte en el camino, tú sabrás si debes entregar estos papeles.

—¡Haré lo primero! — exclamó la muchacha rodeando con sus brazos el cuello de su padre.

Tranquilizado montó a caballo y volvió al frente. Frances conocía la gran importancia de los documentos. Era valiente y amaba a su padre. Cuando llegó el momento de huir, escondió el frasco debajo de sus enaguas confiando el secreto a su íntima amiga.

Al caer la noche, cuando todos dormían, las dos muchachas salieron a hurtadillas, provistas de un azadón, y marcharon al bosque. La hija de Long llevaba el frasco

que contenía los papeles, y lo enterró al pie de un árbol cuya posición fué anotada cuidadosamente.

Lee se rindió en Appomatox el día 9 de abril de 1865, cerrando así el capítulo heroico y sangriento de la historia. Al volver los soldados del frente, la vida readquirió su curso normal. Los labradores junto a sus arados, los hombres de negocios en sus oficinas, los trabajadores con las herramientas de su oficio. Las actividades políticas tomaron su habitual ritmo; se fundaron nuevas sectas religiosas, y el bullicio de Wall Street fué mayor que nunca. La caza del todopoderoso dólar comenzó en el país destinado a ser el más rico y el más poderoso del mundo.

El Dr. William Thomas Green Morton volvió a West Needham y retomó los hilos de aquella vida, no exenta de melancolía y sin un fin determinado, que había arrastrado muchos años, una vida desprovista de futuro y de esperanzas. En el breve tiempo de la guerra civil pudieron mostrarse sus excepcionales condiciones que habían de sacarle del mundo de los desilusionados. Al poder aplicar el gran hallazgo, su vida fué iluminada durante algún tiempo por la luz que irradiaba de las grandes hazañas. Ahora, ese breve intermedio había terminado.

¿Qué hizo el héroe de otros tiempos cuando volvió a sus pacíficas ocupaciones, después de que su entusiasmo irrefrenable le hizo salir de la oscuridad y aparecer en el frente provisto de su milagroso éter, que aspirado por los heridos había de salvarles de los tormentos del bistorí?

Tres años después Morton vivía casi ignorado en West Needham, excepto para sus acreedores, que le apremiaban y perseguían continuamente con invencible odio.

En la mañana del día 5 de julio de 1868, Morton recibió una carta certificada con el sello de Nueva York. El sobre contenía el número de una revista mensual con un artículo defendiendo las reivindicaciones del Dr. Jackson. Muchas calumnias; muchas injurias. Después de veinte años de intrigas y de difamaciones, sus adver-

sarios emprendían una campaña de maliciosas acusaciones, llenas de desvergüenzas que cubrieron de enfurecido rubor las mejillas de Morton.

El artículo "le produjo una excitación tal, como jamás le había visto", refiere Elizabeth.

Su salud se quebrantó durante algún tiempo, pues este disgusto fué demasiado grande. Al hablar del panfleto comenzó a gritar ruidosamente, como si experimentase un gran dolor. Perdió el conocimiento y fué llevado al lecho bajo la vigilancia de Elizabeth y del médico.

Al volver en sí comenzó a decir con voz balbuciente y al principio incomprensible:

—Prépara mis cosas, Lizzie, pronto, pronto... Debo ir a Nueva York, pronto pronto... ¿Me comprendes?

Elizabeth y el doctor quisieron disuadirle diciéndole que el reposo en cama le devolvería las fuerzas para emprender el viaje.

—Será necesario, al menos, una quinceana para poder vencer este ataque —dijo el médico.

—No, doctor: debo partir inmediatamente; el asunto no admite espera.

Eran las diez cuando insistió en marchar. Apenas podía mantenerse en pie y sus manos temblaban incapaces de asir objeto alguno. No obstante, acereóse tambaleante a su mesa, empleando muchas horas en arreglar sus papeles y encontrar los materiales que deseaba llevar a Nueva York para poder levantar los cargos que le hiciera Jackson.

Elizabeth le rogaba desistiese diciendo:

—Me quedaré tan inquieta, que prefiero morir. Debes pensar en ti William. Espera a mañana, que estarás mejor.

—No, no; tengo que marchar en seguida.

—Perfectamente, si es que puedes; pero yo iré contigo a Nueva York y así podré cuidarte.

—No, no; tú debes estar al lado de los niños y cuidar la casa. Prefiero ir solo, pues tengo muchas cosas que hacer y muchas cosas que preparar.

Toda insistencia fué vana. La inflexible determinación hizo milagros, confiriéndole un vigor insospechado. Su mujer y el doctor se convencieron de que realmente estaba mejor, y le dejaron marchar.

En Nueva York tuvo un nuevo y grave ataque, y Elizabeth recibió un telegrama el día 11 de julio. Gracias a sus asiduos cuidados pronto se consiguió la mejoría y pudo volver a sus papeles. Comenzó a componer la respuesta al panfleto de Jackson, consultando a un abogado para plantear un pleito contra él. Mientras tanto, Elizabeth trataba de que volviese a West Needham para que pudiera reponerse.

—No, Lizzie, no es posible demorar un solo momento. Mi réplica debe publicarse inmediatamente. Debe saberse quién tiene razón; si Jackson o yo.

Nueva York se hallaba en pleno verano, y aquel año era de un calor excepcional. El día 15 de julio parecía un verdadero horno, y durante la hora del mediodía las habitaciones tenían que permanecer con las ventanas y persianas cerradas.

Un pariente de Elizabeth había dejado su carruaje a la disposición de Morton. Al caer la tarde, cuando refrescó un poco, Morton quiso pasear por Washington Heights. A las ocho salió, pues, como decía el doctor, el paseo calmaba sus nervios. Atravesó el Central Park, y al caer la noche Morton frenó los caballos. Se hallaba agitado; gruesas gotas de sudor, que limpiaba con sus manos, corrían por su rostro.

—Volvamos a nuestro hogar, querido — dijo Elizabeth —. Mejor estaremos allí.

—No, Lizzie. Ahora me siento bien. Tan sólo es el calor — respondió —. No tengo nada. Sigamos nuestro paseo.

Tomó las riendas y fustigó los caballos que partieron a un trote corto. Transcurrido un rato, quejóse de que sentía sus manos pesadas y sin fuerzas. Y cuando justamente llegaba el carruaje a las puertas del parque, tiró de las bridas y las dejó caer. Bajó del pesante, perma-

neciendo en pie al lado del coche con la mirada perdida en el vacío.

—William, William ¿que te ocurre? — dijo Elizabeth —. William, ¿por qué no me contestas?

Pero él no parecía oír, ni respondía. Breves momentos después se desplomaba bajo un árbol.

Elizabeth bajó precipitadamente, se arrodilló a su lado, sacudiéndole cariñosamente y pretendiendo alzarle. Pero su cuerpo estaba inerte, sus labios cerrados convulsivamente, y sus ojos abiertos continuaban mirando al infinito.

Acercó el oído a su pecho, y Elizabeth pudo escuchar la respiración tranquila y los latidos del corazón. Gritó y sollozó aterrorizada, en demanda de ayuda.

Los paseantes se detenían, cada vez en mayor número, formando grupos. Entre ellos se encontraba un farmacéutico llamado Swann, que hallábase dando su paseo habitual cuando oyó las voces pidiendo socorro. Como entre los presentes no hubiera ningún médico, se hizo cargo del paciente. Prestada la primera posible ayuda, y comprendiendo que el caso era grave, hizo venir una ambulancia a las puertas del parque.

Entre tanto el corro continuaba aumentando sin cesar. Figuras siniestras se mezclaban entre los espectadores; y algunos de ellos, movidos del deseo de investigación, registraban, ante el asombro de Elizabeth, los bolsillos del enfermo. De uno de esos bolsillos Elizabeth misma pudo extraer, poniéndolas a buen recaudo, la Orden de Vladimiro de Rusia y la Orden Vasa de Suecia, que Morton había traído a Nueva York como prueba de su descubrimiento. Habían dado las nueve, las diez; se aproximaban las once.

El horror de la situación me aturdí — refiere Elizabeth —. Me encontraba sola, mi marido moribundo, socorrido por extraños, en un parque, ya de noche cerrada. Llegó la ambulancia. Al dar las once entramos en el St. Luke's Hospital, y mi marido fué conducido en la camilla ante el cirujano director y los médicos interesados. Rápidamente el director le reconoció preguntándome:

—¿Es el doctor Morton?

—Sí — contesté simplemente.

Después de un momento de silencio se volvió hacia el grupo de los internos y dijo:

—Jóvenes: Tenéis ante vuestros ojos al hombre que ha hecho más que ningún otro por la humanidad y para aliviar el dolor.

En la amargura del momento introduje mi mano en el bolsillo, y sacando las órdenes honoríficas las coloqué al lado de mi marido, diciendo:

—Sí, y he aquí toda la recompensa que ha recibido. El día 15 de julio de 1868 murió William Thomas Green Morton, a los 49 años de edad. Murió despreciado y rechazado, y aunque pudo encontrar paz, las aflicciones le persiguieron hasta su último suspiro. Su viuda y sus cinco niños quedaron sin amparo.

S. Weir Mitchell novelista, poeta y médico afamado, escribió los siguientes apasionados versos en memoria del gran descubridor ¹:

*¿Cuánto le debemos? Ah, las campanas no
tañeron con regocijo*

*ni le saludaron, y ningún poeta le cantó.
Los cañones no atronaron desde sus atalayas
anunciando esta magnífica victoria al pue-
blo agradecido.*

*Recibimos la merced tan quietamente, como
si fuese un simplen dón.*

*Con frío egoísmo hemos dejado la deuda al
Cielo.*

*¿Cuánto le debemos? Silencio. Una hora más
alegre*

*ha sonado para él; un poder más sabio y
más justo*

sabrà premiar adecuadamente

¹ "Nacimiento y muerte del dolor." *The Complete Poems of S. Weir Mitchell*, The Century Company, Nueva York, 1914, pág. 416.

*al alma generosa a quien el mundo trató tan
duramente.*

Entre los oficiales de la Confederación, que después de la guerra volvieron arruinados a sus hogares desiertos, contábase el Dr. Crawford W. Long, quien encontró muy difícil adaptarse a las nuevas circunstancias. Los antiguos días de bienestar, las veladas con sus juegos se habían desvanecido. Tenía que dedicarse nuevamente a la farmacia y a la práctica médica. Pero los años habían pasado, y ya no podía resistir las fatigas de los largos recorridos a caballo por las aldeas. Oscuros eran los planes para el futuro. Desalentado, decía muchas veces a sus tristes compañeros. —¿Qué será de nosotros?

En cuanto se firmó la paz, su hija, ahora alejada de su amiga, la hermana del subteniente, acompañaba a su padre y recorría el bosque con un azadón en busca del anhelado frasco.

—Ahí, padre — dijo orgullosamente —. Ahí oculté los preciosos documentos.

Pero el pobre Crawford Long estaba inconsolable. Nervioso, hastiado, tomó el frasco de las manos de su hija, y sin pronunciar una palabra de alabanza para la muchacha condujo su tesoro a otro escondite.

En una ocasión, hallándose el Dr. Long completamente acobardado por su visión del porvenir, Carolina trató de consolarle diciendo:

—Valor, padre, llegará el día en que seas reconocido como el descubridor de la anestesia.

—¿Quién hace caso de esas cosas? — respondió irritado—. No quiero oír la palabra anestesia; me repugna.

No obstante, cuando todo estaba en silencio, el viejo médico se dirigía a hurtadillas al desván, empleando horas y horas en revolver el contenido de un estropeado cofre. En él hallábanse guardadas las fórmulas de sus antiguos ensayos y experiencias sobre el éter. Su mujer y los hijos decían muchas veces: "Papá está atacado por la fiebre de lo viejo". Pero cuando regresaba de sus visitas al

dcsván, nadie pretendía saber qué había hecho ni nadie osaba formular una pregunta.

“Mi padre — escribía Frances — era un hombre que había nacido triste e incomprendido; guardaba sus secretos en su alma sin haer partícipe a nadie.”

Una noche del invierno de 1878 llamaron a la puerta y entró un colono.

—Doctor, le ruego venga inmediatamente; mi mujer está de parto y no puede sufrir tantos dolores.

Mientras Long examinaba su arsenal obstétrico, para ver si todo estaba en orden, el marido exclamaba:

—¡Mi pobre mujer, mi pobre mujer!... ¡Se queja de un modo terrible! Dudo que pueda resistir mucho tiempo, doctor. He oído decir que en las ciudades, en las grandes ciudades del Norte, se da a las mujeres, en casos parecidos, alguna cosa para calmar el dolor. ¿Podría usted hacer otro tanto?

Long le miró, pero no dió respuesta en aquel momento; meditaba. Nuevamente oyó la voz implorante del colono:

—Le ruego doctor; déle algo para aliviarla. Cuando nació nuestra pequeña Ellen, pensé que los dolores la matarían.

Long no pudo resistir más tiempo aquel plañidero ruego.

—Bueno, espere un momento — dijo —; voy a llevar una sustancia que la calmará.

Entró en la despensa y tomó una pequeña botella de uno de los anaqueles. El colono subió al coche y fustigó los caballos.

Los gritos terribles de la mujer del colono se oían mucho antes de llegar a la puerta. El doctor se acercó a la parturienta, diciendo para animarla: “Voy a darle una cosa que en uno o dos minutos le quitará completamente el dolor”. Ella le miró confiadamente. Abrió él su valija y extrajo la botella y una esponja. Destapó el frasco e impregnó la esponja con el líquido que contenía. El fuerte aroma del éter se extendió por la habitación. El Dr. Long llevó la esponja impregnada bajo la nariz de la paciente, pero sus manos comenzaron a temblar, y esponja y bote-

lla rodaron por el suelo. Un momento después él caía también atravesado en el lecho. La muerte le fulminó en el instante en que estaba administrando el éter.

Tras una larga noche comenzaba a amanecer. Desde hacía varias horas el Dr. Charles Thomas Jackson, sentado ante su mesa, hojeaba informes, miles de páginas, leía y tomaba notas; subrayaba párrafos; redactaba artículos para las revistas y escribía largas cartas. Toda su obra era una interminable controversia.

Aunque ya era un hombre entrado en años y la luz artificial le dañaba, aunque sus dedos rígidos dificultaban su escritura, pasaba la noche estudiando sus documentos antes de buscar el reposo en el lecho.

Su odio inextinguible, transformado en manía, no le permitía un momento de paz. Día y noche se esforzaba en coronar su vida y su obra, aniquilando la de Morton, pues reclamaba para sí el descubrimiento de las propiedades anestésicas del éter.

Ciertamente hizo lo que pudo, más de lo que pudo, para conseguir su objeto. De todos los rincones de Europa y América llegaban a la casa de Jackson revistas y memorias científicas. Ninguna de ellas esatimaba referencias sobre el descubrimiento, y Jackson señalaba los errores y aducía argumentos que enviaba a los autores respectivos.

Cinco veranos habían pasado, cuando, en el año 1868, Jackson publicó un nuevo artículo sobre el problema del éter. Esperó todo este tiempo para demostrar, de una vez para siempre, cuál era “la verdad de la acceido” y que Morton sólo había tenido una pequeña parte, prácticamente nula, en el descubrimiento de la anestesia. Su artículo rezumaba concentrado veneno. Directamente envió una copia al Dr. Morton para demostrarle lo poco que valían sus esfuerzos frente al Dr. Jackson. Esperaba que su artículo produjese un hondo efecto, pero, realmente, éste fué mucho mayor de lo que había esperado. Fué tan aniquilante, que la lengua y la pluma de su adversario

quedaron silenciadas para siempre. La excitación que produjo en Morton la lectura del panfleto y la preparación de la respuesta fué tan intensa, que dió lugar a la apoplejía fatal.

Su odiado rival había muerto sin poder contestar a Jackson. Pero la tan esperada victoria, después de su larga y despiadada campaña, sólo le proporcionó un éxito temporal y sus armas se volvieron prontamente contra él. Después de la muerte y el entierro de Morton, acrecentóse su poder; y como si una hierba maldita brotara de la tumba, invadió Boston y se extendió a lo largo de la tierra y de los mares hasta cubrir el mundo entero. Los diarios de todos los países encontraron frases de elogio para Morton, envenenando la vida de Jackson. Morton era el descubridor, Morton era el bienhechor de la humanidad. Poco tiempo antes, en una reunión de la Sociedad Médica (que desde el principio se había opuesto a Morton) uno de los oradores declaró: "Cuando el Dr. Morton vivía no se llegó a reconocer su grandeza. Ahora, cuando ha muerto, debe reconocerse que él fué el verdadero y único descubridor de la anestesia". Médicos, hombres de ciencia, oradores de banquetes, en Londres, París, Berlín y otras capitales, se reunieron al coro de alabanzas.

La lucha de Jackson contra la memoria del desaparecido era más ardua que la que había emprendido, durante la vida de Morton, contra sus ambiciones, sus réplicas, sus documentos, sus premios honoríficos y sus amigos del Senado y del Congreso.

Era necesario un poder sobrehumano para borrar el nombre de Morton de la memoria del mundo, para sacarle de su supuesto error. En todos los diarios, de lejos y de cerca, en todos los discursos mencionaban su obra. Se dedicó a una impropia labor robando al descanso noche tras noche. Pensaba en las ventajas de haber sobrevivido a Morton, pero esta aparente ventaja trajo a Jackson muchas penas y muchos tormentos.

Mas el rencor intensificado de un lunático nada podía para esta obra de Sísifo. ¿Quién podía oponerse al mun-

do? ¿Quién sería capaz de borrar el odiado nombre del recuerdo de la humanidad?

Cuando comenzó a dudar y a desesperar Jackson se entregó a la bebida, que le proporcionaba nuevas esperanzas y renovaba sus energías. Entre las montañas de diarios, cartas y otros documentos, tenía siempre a mano la botella de whisky a la que recurría con frecuencia.

El Dr. Charles Thomas Jackson fué un esclavo de la bebida. Había sido encargado de una importante investigación geológica, pero fué destituido por su alcoholismo crónico. ¿Pero qué importaba? No podía perder tiempo en investigaciones científicas. Sus energías estaban exclusivamente dedicadas a minar la reputación de su rival desaparecido.

A mediados del mes de julio de 1873 terminó un nuevo panfleto. Unas pocas páginas más, y el manuscrito pudo ser enviado a la imprenta. Pretendía ser una liquidación final de sus cuentas con el enemigo; se aclaraban todas las falsedades cometidas desde la muerte de Morton, cinco años antes, y se rectificaba la errónea proclamación de Morton como descubridor de la anestesia, así como las inexactitudes de los periódicos y de los oradores.

Como de ordinario, el Dr. Charles Thomas Jackson había trabajado hasta el amanecer entre frecuentes libaciones, cayendo, al fin, en el sueño de la embriaguez. Despertóse al atardecer. Sus miembros se hallaban todavía bajo los efectos del alcohol. Se levantó y salió de su casa dirigiendo sus pasos hacia el Cementerio de Mount Auburn.

Era un día de labor, tranquilo y hermoso. El sol desapareció entre los árboles y sólo escasos visitantes rendían homenaje a los restos de sus deudos. Jackson paseaba indiferente entre las tumbas. Súbitamente se detuvo al enfrentarse con un monumento. ¡El de Morton! ¿Quién había guiado sus pasos hasta allí? No podía decirlo. Su cerebro estaba oscurecido por largas noches de insomnio y por los efectos del whisky, al cual se había entregado en los años transcurridos desde la muerte de Morton.

En pie, ante el monumento, leía la inscripción esculpida:

WILLIAM T. G. MORTON

Inventor y revelador de la inhalación anestésica.

Gracias a él, el dolor en Cirugía fué prevenido y anulado.

Antes de él, la Cirugía era un tormento.

Después de él, la Ciencia ha dominado el Dolor.

Erigido por los ciudadanos de Boston.

El sol se acercaba al horizonte, pero, no obstante, a Jackson le pareció ver que ascendía rápidamente hasta el cenit iluminando la tierra con resplandecientes rayos. Pero no era un único sol, sino cientos de soles los que desde el cenit hacían brillar el monumento, donde resaltaban las palabras esculpidas. Diríase que el sol resplandecía sin otro propósito que el de iluminar la inscripción. No era el sol de un día, sino millares de soles, de soles de todos los días y de todas las edades, el eterno sol que brilla a través de los años. El sol lucía ahora, y en su limpidez inoportuna el Dr. Jackson leía la inscripción. Entonces se dió cuenta de quién era el hombre contra el cual había luchado toda su vida. Éste era su rival muerto, esculpido en piedra. Desde entonces, día tras día, el sol se eleva sobre Boston, y sus rayos iluminarán la inscripción mientras Boston exista. Vendrán nuevos tiempos, generaciones substituirán generaciones, y todos leerán las palabras que la luz del día hará resaltar: "W. T. G. Morton, inventor y revelador de la inhalación anestésica".

¿Y de qué habían servido sus rectificaciones en las revistas, sus documentos, su nuevo panfleto? ¿Quién podía luchar contra el sol?

Cuando Jackson se convenció de esto, fué como si el sol, que todos los crepúsculos se ponía tras los árboles

de Mount Auburn, se sumergiese repentinamente en las tinieblas. Con él cayeron todos los soles, los soles de todos los tiempos, en las negruras de la noche, de la noche eterna de la que pocos soles pueden resurgir.

Jackson comenzó a gritar, a mover los brazos luchando en la sombra, como si pidiera ayuda para libertarse de la abrumadora obscuridad. Pero ni sus gritos, ni sus gestos podían ayudarle. Cuanto más se aperceibía de su impotencia, más fuertes eran sus gritos y más bríosos los movimientos de sus brazos, al par que golpeaba el suelo con sus pies pretendiendo escapar de la horrible oscuridad.

Algunos visitantes que oraban sobre la tumba de sus muertos quedaron asombrados ante aquellos feroces gritos. Frente al monumento de Morton, Jackson había sido presa de un ataque furioso de locura; su rostro y los gritos que lanzaba no eran ya humanos, y apenas podía reconocerse en su cuerpo convulso una apariencia de hombre.

Aquella criatura que gritaba agitándose en el cementerio de Mount Auburn era un loco desencadenado. Era la locura, que año tras año había ido minando el cuerpo y el espíritu del físico y químico Charles Thomas Jackson; era la locura, que había hecho germinar sus intrigas, rectificaciones y panfletos, la que al fin se manifestaba claramente. Ahora la locura había roto su freno, había lanzado lejos su máscara y aparecía con gesto poderoso ante el monumento de Morton, en toda su crudeza y desnudez.

Con la ayuda de algunos hombres vigorosos, los guardianes del cementerio pudieron atar al maniático y mantenerlo sujeto hasta la llegada de la policía.

Estos ataques de furor se repitieron de cuando en cuando, y muchas veces durante varios días sin remitir. El Dr. Charles Thomas Jackson fué recluso en el asilo McLean, en Somerville. Sobrevivió algunos años, hasta que al fin la muerte se acordó de él; era el día 28 de agosto de 1880, cuando tenía 75 años.

Wells, en su desesperación, tronchó su propia vida en una cárcel. Long era un anciano amargado cuando la muerte le sorprendió administrando éter. Morton pereció a consecuencia de la excitación producida al leer el artículo de Jackson. La tozudez de Jackson le recluyó en un asilo de enfermos mentales. Nos vemos casi forzados a admitir que, como en las tragedias griegas, pesaba una misteriosa sentencia sobre todos los que dedicaron su vida a vencer el dolor. Todos ellos, sin excepción, pagaron sus investigaciones con la salud, la felicidad, el reposo o la razón.

Cuando murieron, tres ciudades se disputaron el honor de haber sido la cuna del descubridor de la anestesia. Connecticut erigió un monumento a Wells, emplazado en Bushell Park, Hartford, y el 11 de diciembre de 1937 se rindió un nuevo tributo a Horace Wells al inaugurar una inscripción en la capilla del Colegio de la Trinidad. Georgia levantó una estatua a Long en el Capitolio nacional. Massachusetts incluyó, en segundo término, el nombre de Morton en la lista de sus cincuenta y dos grandes hijos. El Asilo McLean, de Somerville, en el distrito de Middlesex, es el mausoleo de Charles Thomas Jackson.

CAPÍTULO XVIII

PARIRÁS SIN DOLOR

Aunque todo lo que al principio tuvo una relación con el descubrimiento de la anestesia parecía estar ligado a una trágica sentencia, el descubrimiento, en sí mismo, no fué incluído por el hado adverso de los descubridores y continuó perfeccionándose cada vez más.

Operación tras operación, la técnica iba modificándose; y los métodos para producir la insensibilidad eran objeto de perfeccionamientos, que alejaban del camino los obstáculos y desmenuaban los peligros. También con el descubrimiento y la adopción de la anestesia aumentó la habilidad del hombre — que antes no podía atreverse a emplear el bisturí curativo — pues, al fin, se pudo librar a los pacientes de los tormentos de la operación.

Apenas había transcurrido un año desde que se realizara en el Hospital general de Massachusetts la primera intervención quirúrgica bajo la acción del éter, cuando planteóse un segundo problema. Al demostrarse que estaba en la voluntad del cirujano abolir el dolor, se pensó en otro milagro igualmente grande: la supresión del tormento del parto.

Este tormento fué considerado como la consecuencia del anatema pronunciado contra Eva después del pecado: "A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos". En el Antiguo Testamento se encuentran frecuentes referencias sobre la herencia del dolor. Así, en Isaías XXVI,

17, se lee: "Como la preñada cuando se acerca el parto gime y da gritos en sus dolores". También en el capítulo XXXV del Génesis está escrito: "... y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando parió Raquel, y hubo trabajo en su parto. Y acaeció que al salirsele el alma (pues murió) llamó su nombre Benomi, mas su padre lo llamó Benjamín".

Los griegos consideraban igualmente los dolores del parto como el castigo por un pecado. Aducían el mito de la diosa Selene, quien aterrorizada al oír narrar a la madre Theia los dolores sufridos al darle a luz, pidió a Zeus el dón de la virginidad perpetua. Cuando en uno de sus paseos nocturnos sorprendió al siempre bello Endymion, olvidó el voto de castidad y le amó. Entonces fué castigada a tener cincuenta hijos y a sufrir cincuenta veces los dolores que había sufrido la madre. Este castigo fué tanto mayor cuando que los cincuenta hijos fueren niñas, y como tal llevaban inherente y transmitían la maldición de los dolores del alumbramiento.

Así, desde que Eva experimentó los tormentos del parto al dar a luz su primer hijo, todas las mujeres han sufrido dolores análogos y algunas han muerto en ese momento.

En el siglo XVI fué inventado el fórceps, con objeto de ayudar a la fuerza expulsiva de la matriz, cuando es deficiente, o cuando existe una desproporción entre el tamaño de la cabeza del niño y el de las partes que éste tiene que recorrer. De tal modo, puede abreviarse la duración del parto y, por tanto, disminuir sus tormentos.

Pero como si el dolor infligido a las mujeres por un dios vengativo no fuese suficiente, se intensificó después de ese gran descubrimiento, debido a la crueldad y a la dureza de corazón de los hombres.

En el año 1569 Guillermo Chamberlen, hugonote refugiado, llegó a Inglaterra. Tuvo cuatro hijos: Pedro I, Pedro II, Simón y Juan. Los cuatro fueron los fundadores de una dinastía de avaros sin conciencia, que apenas reconoce par. Fué realmente una ironía del destino

hacer surgir la idea del fórceps en la cabeza de unos hombres tan despreciables como eran los Chamberlen.

Pedro I y Pedro II, siendo parteros profesionales, tuvieron la ocasión de ver a muchas mujeres retorcerse por el dolor y hasta tener el mismo fin que Raquel, apreciando, en su larga experiencia, cuán terribles eran las horas que algunas veces exigía el parto. Pero con el fórceps, los casos de parto prolongado se reducían apenas a media o a un cuarto de hora.

Pero el primer pensamiento de estos hombres ingeniosos no fué aliviar el dolor, ni salvar la vida de las mujeres, sino atesorar riquezas, explotando el sufrimiento. Una mujer que se retorcería en el dolor, una mujer que, como Raquel al dar a luz a Benjamín, se encontraba en trance de muerte, era para Pedro I y para Pedro II la ocasión de un magnífico negocio. De aquí que mantuvieran en secreto la construcción de su fórceps, con la esperanza de obtener grandes sumas de dinero.

Los Chamberlen eran torpes y embaucadores. Una vez que Simón y Juan fueron iniciados en el uso del fórceps, el misterio quedó reservado a la familia. Los cuatro hermanos avaros se confabularon, estableciendo una tarifa para esta *via dolorosa*. El dolor era grande, y en consecuencia el pago tenía que ser elevado; tan elevado, que no era accesible a todas las fortunas. Los maridos que carecían de dinero efectivo entregaban vales o dejaban en prenda sus propiedades, para que sus mujeres pudieran obtener los beneficios del uso del fórceps. Pero las mujeres de quienes no tenían dinero, ni crédito; las mujeres de aquéllos que no tenían prendas que entregar, debían sufrir y hasta morir sin ayuda. Los Chamberlen eran sordos a los ruegos de los pobres, y los que imploraban auxilio eran arrojados de la casa.

Este proceder resultaba provechoso, extraordinariamente provechoso, y el dinero y los vales se amontonaban en las arcas de los Chamberlen.

A Pedro II sucedió Pedro III. A Pedro III, Hugo I. Hugo I tuvo tres hijos: Hugo II, Pablo y Juan. Pedro

II, Hugo I, Hugo II, Pablo y Juan y los hijos de éstos, continuaron guardando el secreto del fórceps que pasó de generación en generación como una herencia de familia. En las sucesivas generaciones, ni uno solo de los Chamberlen tuvo la idea de disminuir los honorarios; y los tesoros continuaron apilándose.

Pero hacia el fin del siglo XVII, en los días de los Hugos, los Chamberlen fueron tentados para que se desviaran de la tradición familiar. El conocimiento de la existencia de este secreto, tan cariñosamente guardado, despertó en otros hombres la avaricia de reunir tesoros a costa del sufrimiento de las mujeres. Así, un día, un holandés llamado Rogier van Roonhuysen ofreció a Hugo II la suma suficiente para que se resolviera a comunicarle su secreto.

Roonhuysen era un buen comerciante, y en lugar de utilizar el método lo vendió en un precio más elevado a Jean van Bruin. Éste murió al poco tiempo, y sus hijas vendieron el tesoro a dos cirujanos llamados Vischer y Poll. Así, al fin, después de tantos cambios de manos, el fórceps pasó a ser propiedad de la Facultad de Medicina de Amsterdam.

Tan sólo un espíritu malicioso llegaría a suponer que ni siquiera entonces el uso del fórceps se generalizaría en favor de todas las mujeres que sufrieran de parto prolongado. Pero así fué, porque la Facultad de Amsterdam, necesitando recursos, se hacía pagar buenos precios por los parteros que necesitaban el instrumento para atender a su clientela.

Averiguóse entonces que aquel instrumento que había pasado de mano en mano a costa de buenas monedas — de Hugo II a Roonhuysen, de Roonhuysen a Bruin, de los hijos de Bruin a Vischer y Poll, de Vischer y Poll a la Facultad de Medicina de Amsterdam — era un modelo inservible, un fórceps de una sola hoja, con el que el astuto Hugo había engañado a Roonhuysen, éste a Bruin y así sucesivamente.

El fórceps realmente eficaz continuó siendo propie-

dad de la familia de los Chamberlen. Mucho más tarde, en el año 1813, fué descubierto, en una casa que habían ocupado los Chamberlen en el distrito de Essex, el fórceps original, cuyo valor había sido únicamente explotado durante dos centurias por una dinastía avariciosa.

Y fué a cierto cirujano-barbero de Gante, llamado Juan Palfyn, a quien se debe la aplicación general del fórceps en obstetricia. Como en todas las ciudades, existían en Gante, en aquellos días, muchas mujeres que, en ausencia del fórceps, tenían que sufrir partos prolongados con riesgo de la vida. Juan Palfyn comenzó a torturarse el cerebro pensando cómo podía ser el misterioso instrumento con el que los Chamberlen, cuando eran suficientemente pagados, disminuían la duración del parto.

Los hados fueron propicios a Juan Palfyn, el pobre cirujano-barbero de Gante, quien fué capaz de dar con la clave del descubrimiento y construir un par de fórceps eficaces.

Palfyn pensó que París era el lugar mejor para hacer conocer la invención a todo el mundo; y entonces marchó a pie hasta la capital de Francia, para entregar el instrumento a la Academia de París. Cumplido el propósito regresó, también a pie, a Gante y allí vivió pobre y olvidado. Al fin, la posteridad agradecida erigió, sobre su tumba, en el Cementerio St. Jacques, la estatua de una mujer llorando.

La técnica obstétrica iba paulatinamente mejorando, lo mismo que el resto de la medicina científica. Nuevos instrumentos y métodos fueron descubiertos para mitigar el dolor del parto; pero la final liberación de la mujer del anatema original estaba reservada al siglo XIX y al médico escocés James Young Simpson.

Cuando todavía era un muchachuelo, Simpson, el hijo de un panadero, oyó contar que su madre, al traerle al mundo, había estado en trance de perecer, y que sus gritos fueron tan terribles que los vecinos acudieron para saber lo que ocurría. Aunque nunca había oído

los gritos ni había visto a su madre retorcerse por el dolor, su imaginación pudo representarse la escena, y el recuerdo le acompañó toda su vida, sin poder liberarse nunca de él.

Su madre había gritado de dolor al darle a luz. Ninguna madre debería sufrir en tales momentos. ¿Podría él hacer algo por evitarlo? Este pensamiento, concebido cuando era todavía un niño, fué tomando forma con el tiempo y determinando así todas las acciones de su vida.

Con indomable ambición y voluntad férrea, el hijo del panadero, autodidacto al principio, siguió su camino, y rompiendo el estrecho círculo en el que había nacido dedicóse al estudio. Terminada su carrera de médico, pronto fué nombrado primer asistente de la sala de maternidad en la Enfermería de Edimburgo.

Ahora podía apreciar con sus propios sentidos los dolores que hasta entonces sólo se había imaginado. Día y noche las caras torturadas de las mujeres se dirigían hacia él, y en cada cama parecía que se presentaba el rostro de su madre. Desde cerca y desde lejos, desde cientos de gargantas, partían los gritos de dolor análogos a los que su madre había proferido al traerle al mundo. ¿Es que el dolor es el precio inevitable de cada nueva vida humana?

Ninguna madre tendría que sufrir; ninguna madre debería sufrir tales dolores. James Young Simpson, primer asistente tocólogo de la Enfermería de Edimburgo, no tendría la misma fe que aquel muchachuelo mientras no pudiera cumplir su promesa.

Realizó diferentes experiencias con diversas sustancias, y sufrió fracasos y vejaciones de la ciencia impotente, hasta lograr su objeto. Pasó largos años en busca de lo que necesitaba. Los narcóticos conocidos hasta entonces eran inútiles o peligrosos y el mesmerismo ineficaz. Pero Simpson no se desilusionó y continuó sus investigaciones. En el mes de diciembre de 1846 llegaron noticias desde Londres, refiriendo que Liston había

realizado una operación sin dolor en un paciente sometido a la acción del éter.

Como todos los médicos que estaban dedicados a dominar el dolor, Simpson quedó maravillado ante esta noticia del descubrimiento de la narcosis etérea. Es una idea gloriosa. No puede decirse de otro modo —exclamó—, y rápidamente se trasladó a Londres. Allí pudo convenirse, por sus propios ojos, de que los pacientes de Liston dormían tranquilos durante las operaciones, sin denotar el menor signo de dolor. Pues bien: bastaría someter las parturientas a la acción del éter para que todo sufrimiento fuese evitado.

Muy excitado y lleno de satisfacción, Simpson volvió a Edimburgo; pero sus ensayos para tratar los dolores del parto con éter fracasaron. Ciertamente, la inhalación del vapor producía un estado de inconsciencia, pero las mujeres en esas condiciones eran extraordinariamente sensibles, y el olor penetrante de la sustancia, al ser inhalada, producía vértigos, náuseas y vómitos. No: el éter no era la sustancia que él buscaba, pero indudablemente el método de la inhalación era el correcto. Era necesario encontrar otra que suprimiese el dolor y que no tuviera los inconvenientes del éter. Simpson se entregó a su busca con la tenacidad de un hombre que sabe que logrará su objeto.

Había transcurrido medio siglo desde que Priestley, Lavoisier, Cavendish y Davy habían descubierto el mundo invisible de los gases y, poco tiempo antes, Sertürner, al extraer la morfina del opio crudo, habían hecho progresar la química médica. Desde entonces la química sintética avanzó a pasos de gigante. El mundo artificial creado por la inteligencia humana constituyó un reino maravilloso de sustancias antes desconocidas, cristales, gases, vapores, polvos, líquidos y múltiples combinaciones químicas. Simpson, hombre entusiasta, en la flor de la edad, que desde hacía cinco años era profesor de medicina de la Universidad de Edimburgo, tenía acceso a los mejores laboratorios de química, y todos los investi-

gadores se prestaban gustosos a ayudarle en la busca de un agente anestésico que tuviera las ventajas, pero no los defectos, del éter. Varias nuevas sustancias le fueron recomendadas como útiles para este fin.

Su trabajo en la sala de maternidad le dejaba poco tiempo libre, pero este tiempo lo dedicaba devotamente a su obra, y sus ayudantes, James Mathews Duncan y George Keith, no eran menos celosos que él de sus deberes. Noche tras noche los tres hombres reunidos en la casa del profesor Simpson utilizaban un compuesto tras otro, ensayando la inhalación en sí mismos. El profesor Miller, amigo y vecino del Dr. Simpson, que conocía todos sus estudios y que estaba muy interesado e inquieto, tenía la costumbre de visitarle todas las mañanas antes del almuerzo, para poder seguir la obra de estos valerosos investigadores.

Y realmente tenía razón para estar inquieto, pues Simpson, arrastrado por su entusiasmo, era capaz de las mayores audacias. En una ocasión, el químico Lyon Playfair habló a Simpson de un flúido volátil, del bromuro de etilo. Inmediatamente Simpson propuso que se ensayase sobre él, y Playfair tardó mucho tiempo en disuadirle.

—No, no, querido Simpson, mucho mejor es hacer los primeros ensayos sobre unos conejos, antes de arriesgar su preciosa vida. Así, esta tarde voy a hacer el experimento sobre un par de animales—. Cuando al día siguiente Simpson preguntó a Playfair qué les había sucedido a los conejos, éste envió un sirviente a buscarlos. Al cabo de uno o dos minutos volvió trayendo las víctimas por las orejas. Ambos habían muerto.

No fué éste el único fracaso, y muchas otras sustancias se demostraron inadecuadas; pero, a pesar de ello, Simpson estaba convencido de la exactitud del camino emprendido. Al fin su tenacidad fué premiada, y encontró una sustancia que respondía a sus esperanzas: el cloroformo. Éste había sido descubierto dieciséis años antes de que Simpson pensara en la inhalación.

Pero en este caso, como en tantos otros descubrimientos científicos, la prioridad fué discutida. Parece que en el año 1831 Samuel Guthrie de Brinfield, Massachusetts, cirujano del ejército americano, produjo CHCl_3 , tri-clorometano por la destilación del alcohol tratado con cloruro de calcio. Era un líquido espeso, de olor dulzaino. Por la misma fecha, Soubeiran, un químico francés, logró la misma sustancia preparándola con iguales ingredientes y pretendió la prioridad del hallazgo. Pero Liebig, el famoso químico alemán, declaró que era él quien había producido por primera vez la indicada sustancia, tratando cloral con potasa cáustica. Pero lo que sí puede asegurarse es que fué el químico francés Dumas, quien, en el año 1834, estableció la fórmula química exacta, y dió a la sustancia el definitivo nombre de cloroformo.

Cuando Waldie, un químico farmacéutico de Liverpool, llamó la atención de Simpson sobre el cloroformo, ya hacía algún tiempo que se utilizaban sus vapores, por varios facultativos, como un remedio contra las enfermedades respiratorias. Waldie indicó a Simpson que los médicos de Liverpool utilizaban el cloroformo porque estaba exento de peligros, y por tener sabor y olor agradables, condiciones que le hacían preferible a cualquier otra de las sustancias hasta entonces usadas como inhalación. Jacob Bell y Flourens, los fundadores de la Sociedad farmacéutica, habían ya observado anteriormente que la intoxicación experimental producida por el cloroformo en los animales era muy semejante a la originada por el éter. Pero poca atención se había prestado a estas observaciones y ningún cirujano pensó, hasta entonces, en usar el cloroformo como anestésico.

El Dr. Simpson resolvió inmediatamente ensayar dicha sustancia, y en la noche del 4 de noviembre de 1847 invitó a cenar a Duncan y a Keith. En aquella ocasión estaban, además, presentes la señora Simpson, su sobrina, la señorita Petrie y un oficial de marina amigo de la familia. Durante la comida se habló de los experimentos proyectados con el cloroformo, y los tres asistentes

no profesionales, es decir, las dos damas y el oficial, se declararon dispuestos a inhalar el vapor.

—Tengo necesidad de asociarme a alguno de tus experimentos —dijo la señora Simpson a su marido. La señorita Petrie y el oficial confirmaron su decisión, y el profesor aceptó el ofrecimiento. Así, después de la comida, la amable velada se transformó en una experiencia.

Cada uno de los participantes fué provisto de un vaso en cuyo fondo se había vertido una pequeña cantidad de cloroformo. —¿Están ustedes preparados? —preguntó Simpson—. Una, dos, tres. —Golpeó las manos, y en el mismo momento todos comenzaron a aspirar los vapores del cloroformo con profundas inspiraciones.

El efecto se manifestó primeramente en la señorita Petrie. Esta joven, de ordinario muy recatada, exclamó, excitadísima, en pleno éxtasis: —Comienzo a volar—, añadiendo: —Soy un ángel, soy un ángel—. Inmediatamente después de dichas palabras cayó hacia adelante presa de un profundo sueño.

En ese momento, el Dr. Keith se lanzó a reír. ¿Le habían regocijado las palabras arrobadas de la señorita Petrie? No podría decirse; pero su risa fué contagiosa. El Dr. Duncan, la señora Simpson y hasta el profesor mismo comenzaron a reír. Se sentían felices, locuaces, gritaban y reían. Sólo el oficial de marina se mantenía pensativo y enigmático contemplando las actitudes extrañas de sus compañeros.

—¿Por qué se encuentran tan excitados? —iba a decir el marino; pero su voz de bajo profundo se quebró en un falsete. Entonces comenzó a cantar como un gallo y la hilaridad aumentó todavía más.

En el momento máximo del regocijo, el Dr. Simpson saltó de su silla y lanzándose de cabeza al centro de la habitación, empezó a agitar sus pies en el aire. La señora Simpson pretendió reconvenirle por su indigna postura, pero antes de que pudiera decir nada cayó pesadamente al suelo roncando ruidosamente. También la señora Simpson dormía con profundo sueño.

Al despertar, el primer pensamiento de Simpson fué decirse a sí mismo: —Esta sustancia tiene una acción más intensa que el éter—. Su segundo pensamiento fué el darse cuenta de que se hallaba tumbado en el suelo. Al oír ruidos dirigió la vista a su alrededor, y vió al Dr. Duncan hundido en su silla, con la mandíbula caída, los ojos fijos y la cabeza inclinada hacia abajo; inconsciente y muy tranquilo roncaba de un modo particular. El Dr. Keith, con las piernas colgando, estaba en la actitud de quien quisiera volar la mesa. El oficial de marina, la señorita Petrie y la señora Simpson yacían en el suelo, en la más extraordinaria actitud, y el coro de sus ronquidos llenaba el ambiente.

Unos tras otros volvieron a la normalidad, se sentaron juiciosamente en torno de la mesa y comenzaron a relatar los sueños y visiones que habían tenido durante la intoxicación cloroformica. Cuando le tocó el turno al Dr. Simpson, alzó los ojos y dijo con profunda emoción: —Esto es mis queridos amigos lo que haré inhalar a las pobres mujeres del hospital, para alivio de sus dolores.

Realmente, esta escena tan jocosa constituyó el preludio de la nueva época. Los párrafos siguientes se refieren a los más intensos momentos de la historia de la humanidad doliente. Trátase de la primera madre que se vió libre del anatema original, la primera madre que trajo a su hijo al mundo sin sufrir dolor.

He aquí el relato del profesor Dr. Simpson:

“La mujer a quien primero se aplicó el cloroformo durante el parto había tenido en su pueblo un primer embarazo que exigió la extracción del feto por perforación de la cabeza, después de un parto de tres horas de duración. En este segundo embarazo, los dolores habían sobrevenido quince días antes de llegar a término. Hacía tres horas y media que se habían intensificado, y el primer período había llegado a su fin cuando se sometió a la parturienta a la acción del cloroformo. El niño fué expulsado

transecurridos veinticinco minutos de haberse iniciado la inhalación. El recién nacido no gritó y, como de ordinario, comenzó a agitarse. Pocos minutos después el niño fué transportado por la enfermera a la próxima habitación, sin que todavía se hubiese despertado la paciente. Cuando recobró el conocimiento y se dió cuenta de que había estado sumida en un profundo sueño, se juzgó repuesta para poder seguir sufriendo, si bien abrigó el temor de que el sueño hubiera disipado los dolores. Cuando la enfermera trajo el niño, desde la habitación cercana, se tropezó con dificultades para llegar a convencer a la atónita madre de que el parto se había realizado y que el niño que veía era su propio hijo”.

De este modo feliz tuvo lugar el primer parto sin dolor. Simpson necesitaba ensayar el cloroformo en un segundo, tercero, décimo caso; y en todos ellos repitióse el milagro. Mañana, tarde y noche esperaba que se produjeran partos. Infatigable, administraba los dulzainos vapores, y las pacientes, sumidas en profundo sueño, traían al mundo a sus hijos sin experimentar dolor. Realizaba milagros al conjuro de su propio milagro. Era como si el profundo sufrimiento de su propia madre hubiera tenido desde aquel momento la compensación de evitar los dolores del parto a las otras mujeres. El día 4 de noviembre de 1847 se usó por primera vez el cloroformo contra tales dolores, y seis días después Simpson presentó a la Sociedad Médico-quirúrgica de Edimburgo una comunicación que refería treinta casos. El descubrimiento fué dado a conocer con la mayor rapidez, y desde ese día las mujeres no están obligadas a sufrir los dolores del alumbramiento.

Entre el público hallábase un extranjero que había venido a Edimburgo, Jean Baptiste Dumas, el químico francés a quien el mundo debe la fórmula y el nombre del cloroformo. Estaba entusiasmado al saber que había sido concedida esa bendición a la humanidad doliente, y

todos los circunstancias tuvieron la convicción de que el descubrimiento de Simpson marcaba una era en la historia del dolor. El anatema original “parirás con dolor” había sido anulado.

De Edimburgo vino el hombre que libertó a las mujeres de los horribles dolores del parto impuesto por la naturaleza maligna. Unos dolores son accidentales, otros debidos a las propias acciones del hombre, pero el dolor del parto está unido, cruelmente unido, al problema esencial de la reproducción de la especie. El más injusto de todos los dolores quedaba suprimido desde aquel momento.

Una victoria de la ciencia, un triunfo de la inteligencia humana y una gloria para Edimburgo.

“¡Qué invención de Satanás! ¡Qué desastre! ¡Un brujo de Edimburgo!” — exclamaban los calvinistas escoceses, que eran devotos de un Dios que deliberadamente enviaba el sufrimiento a sus criaturas.

¿No había pronunciado el Todopoderoso su anatema original? El dolor durante el parto era voluntad del Creador. Ahora una de las criaturas de Dios se rebelaba impía contra la orden divina, frustrando así la voluntad del Hacedor.

“¿Quién es el hereje desvergonzado? ¿A que horrible ciudad pertenece? Pero nada de eso, trátase de un hijo de la piadosa ciudad de Edimburgo. ¡Qué escándalo, qué desastre!”

Mucho antes, allá en el año 1591, en la venerable ciudad de Edimburgo se había ya atentado contra el anatema original. Una dama, llamada Euphanie Macllyane, seducida por Satanás, había entregado a una partera, llamada Agnes Samson, un remedio secreto para evitar los dolores del parto. Por aquel tiempo Jacobo VI (más tarde Jacobo I de Inglaterra), hijo de María Estuardo, hallábase en Escocia. Prudente en sus juicios, estimó que debía apoyar la divina orden y, al saber la impiedad de la dama Euphanie Macllyane, dispuso las más severas medidas; levantóse una pira y la mujer fué quemada,

como una advertencia a todas las mujeres que pretendieran escapar del anatema contra Eva.

Fué así como en aquellos días la piadosa ciudad de Edimburgo acató las disposiciones de Dios; pero ahora un hijo de Edimburgo había tenido la desvergüenza de anunciar un descubrimiento que, contra la orden del Creador, liberaba a las mujeres de los dolores del alumbramiento. El arte humano venecía a la voluntad de Dios.

La capital de Escocia mantenía siempre muy intensos los sentimientos religiosos, y veía con recelo todos los avances de la ciencia que siempre sonaban a herejía. Nada podía ser más ultrajante que oponerse a los designios de la Providencia.

Ciertamente, en el secularizado siglo XIX, la muerte en la hoguera había sido abolida, pero la Iglesia tenía siempre caminos y medios para atraer a la razón a los impíos.

“El doctor que os ha prometido evitar los dolores del parto es un blasfemo, un hereje que pronuncia palabras que Satanás ha puesto en su boca” —anunciaban los sacerdotes a las mujeres embarazadas, previniéndolas de que si el Dr. Simpson llegaba a administrarles el cloroformo negarían el sacramento del bautismo a sus hijos.

“Algunas de mis pacientes — declaraba por entonces Simpson a un amigo — tenían graves escrúpulos religiosos frente a la anestesia. Muchas de ellas consultaban a sus sacerdotes.”

Entre los fieles de Edimburgo manteníase el temor al Rey Jacobo quien, cuando llegase el día del juicio, pediría la condenación eterna para las madres que dieran a luz sin dolor y para los hijos de tales madres.

Entre tanto, los doctores de Edimburgo también se hallaban afectados de escrúpulos religiosos. El clero pasó una circular a los médicos de la ciudad con las siguientes palabras: “Satanás, con el deseo aparente de ayudar a las mujeres que sufren, lo que quiere es acabar con la sociedad y destruir el temor a Dios, que es a quien deben suplicar los afligidos”.

Los médicos, en general, no querían caer en la culpa y creían que los dictados de la fe podrían absolverles de no atender los dictados de la humanidad. Por tanto, la mayor parte aceptó las consideraciones aducidas por el clero.

“Desde que Dios Todopoderoso en su sabiduría ha impuesto el sufrimiento a las mujeres, es impiedad oponerse a sus decretos.” Así decían, y, para confirmar la exactitud de sus opiniones, añadían la teoría científica de que “el dolor es una necesidad biológica”.

“Durante miles de años las mujeres han parido sin que se hayan empleado medios para mitigar sus sufrimientos.

“¿No ha revelado la naturaleza la sabiduría de Dios, al seguir esta conducta? Más que presuntuoso es el hombre que recurre a tales innovaciones para oponerse a la obra del Creador.”

Al coro de la condenación del “Doctor del cloroformo” se añadieron los ciudadanos alarmados al ver amenazada la moralidad pública. “Los dolores del parto — decían — serían la garantía moral del cariño materno, que es uno de los fundamentos sagrados de la sociedad. Una madre siempre querrá sacrificarse, pues sólo ama al hijo cuando le ha parido con dolor. Además, la santidad del acto del parto y la pureza de la habitación donde tiene lugar, es incompatible con el estado de embriaguez que produce el cloroformo; y los niños que nacen en una atmósfera tan inmoral no podrán ser más tarde hombres y mujeres piadosos.”

Todo Edimburgo se revolvió contra el innovador. “¡Hereje, impío!” — exclamaban los sacerdotes —. “Charlatan irresponsable” — decían los doctores —. “Hombre culpable” — declaraban los profanos.

El doctor que pretendía aliviar los dolores del parto era rechazado. Había sido un devoto cristiano, y ahora sus hermanos de fe se volvían contra él. Fué hasta entonces considerado como depositario de las más altas tradiciones profesionales, y ahora sus colegas le repudiaban.

Había sido elogiado como buen ciudadano y ahora sus conciudadanos le acusaban de inmoral...

Pero Simpson, que había sabido elevarse desde la situación de hijo de panadero a tocólogo jefe de la Enfermería de Edimburgo, que ya adulto había dado realidad a sus ideales de niño, no era el hombre que se dejase intimidar por estos clamores.

Estaba animado por una convicción que le daba fuerza para resistir los ataques, y la seguridad de que tenía el derecho — que se conformaba con la voluntad divina — de anunciar a las mujeres: parirás sin dolor.

Era imposible que un Dios bondadoso quisiera el sufrimiento para sus criaturas; no podía haber sido voluntad de Él que la piadosa madre de Simpson hubiese sufrido de tal modo al darle a luz, y que millones de mujeres inocentes pagaran con dolor el acto de traer al mundo nuevas vidas. Aunque los ministros de la religión se opusieran, Simpson estaba seguro de que Dios no podía ser vengativo y que la eterna maldición no era la voluntad del Creador, que ha conferido al hombre los dones de la ciencia para completar la obra del redentor; y los progresos que tiendan a humanizar la vida son la fiel expresión de la divina voluntad.

Simpson consideraba como cierto que Dios había experimentado el mismo horror al pensar en los tormentos que su madre había sufrido, que Dios todavía sentía resonar en sus oídos los terribles gritos que ella lanzara. Dios le había elegido para que evitase a cientos y cientos de mujeres el recuerdo de esos dolorosos momentos; Dios lo había querido así y él, Simpson, no había tenido que realizar esfuerzo alguno para lograrlo. Su descubrimiento era la voluntad de Dios.

Así creía que debían pensar sus hermanos en la fe, sus colegas y sus conciudadanos. Simpson mantenía impertérrito sus fundamentos, y a su seguridad invencible debía su poder.

Creía, como buen religioso, que las palabras de la Sagrada Escritura eran inapelables tanto en materia de fe

como de ciencia, pero le parecía inconcebible que las convicciones íntimas de su corazón estuvieran en conflicto con lo manifestado en la Escritura. El sincero corazón humano no puede inspirar una herejía. Su compasión para los sufrimientos de las madres tenía que estar de acuerdo con las cristianas intenciones de la Biblia. Las dos verdades no podían hallarse en conflicto, pues ambas tienen su origen en la mente del Todopoderoso.

Simpson estaba seguro de que los ministros de la religión en la capital escocesa no debían haber interpretado bien las palabras de la Sagrada Escritura.

Tenía muy poco tiempo libre. Antes, estas horas de ocio las dedicaba a buscar un medio que aliviase los dolores del parto, pero desde ahora estaba decidido a emplearlas en encontrar la armonía entre sus descubrimientos y las palabras de Dios.

Noche tras noche estudiaba el Génesis, las doctrinas de los profetas, el Evangelio, analizando detenidamente el sagrado texto, palabra por palabra, comparando el hebreo del Antiguo Testamento y el griego del Nuevo, con la versión inglesa autorizada: volvía a leer lo que los maestros de la exégesis han dicho respecto a este tema, y lo confrontaba nuevamente con los originales hasta confirmar la seguridad de que el mensaje de su propio corazón estaba de acuerdo con la Palabra de Dios. Sí, estaba seguro de estar en lo cierto. La medicina científica, el arte de curar, que aporta un solaz a los mortales dolientes, es la manifestación de la doctrina de Jesucristo en el siglo XIX. Estaba completamente seguro de que el Creador no quería el sufrimiento de las madres y que Dios ha enviado a los médicos para aliviar el dolor. A tal conclusión llegó Simpson después de sus estudios nocturnos de la Biblia. Entonces, el repudiado doctor salió del ostracismo y atacó a sus correligionarios en la fe, a sus colegas en la profesión y a sus conciudadanos, demostrando un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Volviéndose hacia sus acusadores, que desde el púlpito leían en el Génesis III, 16: "Parirás con dolor, los hijos",

Simpson les respondió también con el Génesis II-21: "Jehová Dios hizo caer sueño sobre Adán y se quedó dormido; entonces tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar". — Lo que Dios hace — dijo Simpson triunfalmente — no puede ser pecado.

Los predicadores tenían una respuesta pronta, y objetaban: "Si la creación de Eva tuvo lugar estando Adán dormido, esto ocurrió antes del pecado. El anatema contra Eva y sus hijas fué pronunciado después de que nuestros padres fueron arrojados del paraíso".

Pero Simpson, el exégeta, también sabía responder: "El Creador, cuando pronunció aquellas palabras, no tuvo la intención que ahora queréis suponer. La palabra usada en hebreo y traducida por "dolor" en el versículo 16, es la misma palabra, también traducida por "dolor" en los versículos 17 y siguientes, al decretar el castigo de Adán: "En el sudor de tu rostro comerás el pan; con dolor comerás de ello todos los días de tu vida". En ninguno de los dos casos la palabra significa, 'dolor físico', sino trabajo, labor, desazón. En el texto sagrado se usan otras palabras cuando se quiere denotar 'dolor corporal'. Cuando al pronunciar la sentencia contra Adán y Eva el Todopoderoso habla de trabajo y desazón, tanto la aplica al parto de Eva como al cultivo de la tierra por Adán."

Estos razonamientos no eran tan fáciles de responder, y mientras los ministros del Señor permanecían confusos, Simpson rompía su silencio citando la primera epístola de Pablo a Timoteo, IV, 4: "Porque todo lo que Dios crió es bueno y nada hay que desechar tomándose con afinamiento de gracias", y luego: "El pecado, pues, está en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace" (Santiago IV-17). "¿Podéis realmente creer — decía Simpson — que si el dolor en el acto del parto fuera voluntad de Dios, podría la voluntad humana oponerse a ella? ¿No recordáis que también dice: «Polvo eres y al polvo serás tornado?» Y si está permitido a los médicos pretender prolongar la vida, poniendo su obra en aparente conflicto con ese texto, también debe permitirse al partero mitigar

los dolores del parto, que vosotros consideraréis como impuesto por decreto divino."

Los predicadores no sabían qué decir. A unos textos se oponían otros; no obstante, tratábase siempre de palabras de Dios.

Entonces Simpson se dirigió a las madres que permanecían en la duda y dijo: "No temáis porque sean evitados vuestros sufrimientos y desazones cuando traigáis al mundo vuestros hijos sin dolor".

Y a sus colegas dijo: "Me parece que una doble misión nos compete a nosotros, los médicos: evitar el sufrimiento y prolongar la vida humana."

Entonces citó estadísticas de su maternidad; y al dar cuenta de casos de muerte causada por el dolor del parto, dedujo que la narcosis clorofórmica puede evitar esos desenlaces fatales.

La tarea frente a los prejuicios de los ministros de la religión, conciudadanos y colegas, era ardua; pero este desapasionado campeón fué capaz de disipar tales prejuicios en los sacerdotes que aceptaron su interpretación de las Sagradas Escrituras, en los buenos ciudadanos y en los médicos que poseían un agudo sentido de la responsabilidad.

"¿No recordáis que la Iglesia también reprochó a Edward Jenner que los fundamentos de la vacunación eran contrarios a la religión? — preguntaba Simpson —. ¿No fué escarneado Jenner por sus colegas? ¿No desconfiaron de él los profanos? Pero ahora, transcurrido medio siglo, se ha sabido que en Inglaterra y Gales el descubrimiento de Jenner ha salvado más vidas que habitantes tiene el país de Gales; y que en Europa el número de vidas salvadas es superior a la cantidad de habitantes de la Gran Bretaña."

Poco a poco esta tenacidad de Simpson encontró el pago. Los más fanáticos predicadores estaban horrorizados al observar que cada día mayor número de fieles eran atrapados "en las redes de Satanás"; bastantes padres de familias distinguidas habían aceptado ver convertirse las

habitaciones donde sus mujeres daban a luz en antros de intoxicación; y los colegas de Simpson hallábanse consternados porque muchas de sus clientas habían desertado para ser asistidas por el "doctor del cloroformo".

No obstante, el conflicto permaneció enconado durante seis años, discutiéndose si podía ser aceptado por el Todopoderoso el parto sin dolor o si esto constituía necesariamente un pecado. La lealtad al trono fué invocada por los partidarios del cloroformo, y, a su peso, se decidió la sentencia en contra de la maldición original y a favor del parto sin sufrimiento.

Cuando tres siglos antes la dama Euphanie pensó aliviar sus dolores, fué condenada por el rey con el gran tormento de la hoguera. Ahora una mujer sentábase en el trono, y en uno de sus últimos embarazos, en abril de 1853, sufría en su parto los terribles dolores que tanto temía la dama Euphanie. El tocólogo James Clark recomendó el uso del descubrimiento de Simpson. La Reina Victoria aceptó la proposición y trajo al mundo, sin dolor, a su séptimo hijo, el Príncipe Leopoldo. Simpson había sido ya nombrado médico de Su Majestad en Escocia; luego, en 1866, fué nombrado baronet, siendo el primer médico escocés que recibió esta distinción. Por la época del siguiente embarazo de la Reina Victoria había quedado roto el poder de la oposición, y numerosas mujeres siguieron sin titubear el ejemplo de su reina.

En aquella leal y devota Inglaterra de los días de la Reina Victoria, lo que Su Majestad hiciera no podía estar en conflicto con las palabras de Dios; así que, lo único que cabía hacer a los religiosos era aceptar la exégesis del tocólogo escocés, dando a la palabra "dolor" del famoso texto del Génesis una nueva interpretación, prestando más cuidado a las citas de Simpson referentes a las Epístolas a Timoteo y a Santiago. Las observaciones de los moralistas se extinguieron, y los doctores que hasta entonces habían declarado que el dolor era una necesidad biológica incluyeron cuidadosamente en el botiquín obstétrico un frasco de cloroformo, para, en cualquier momento, poder

asegurar a sus enfermas los mismos beneficios que su rival.

Sir James Young Simpson no tuvo, realmente, que sufrir un largo camino de martirios. Puso diligencia en su obra y tenacidad en su esfuerzo, y así pudo elevarse, desde la modesta posición en que había nacido, hasta los más altos rangos de su profesión, siendo, al fin, generosamente premiado. A los veinticuatro años, muy pronto para tal honor, fué elegido presidente de la Real Sociedad médica de Edimburgo; cuatro años más tarde, en el año 1839, fué designado profesor de Obstetricia de la Universidad de Edimburgo. En el año 1847 la reina le nombró médico de Escocia, en ejercicio. Así, en la época en que Simpson hizo su maravilloso descubrimiento, no era un vulgar médico rural como Long, ni un simple dentista como Wells o Morton, sino que su reputación había traspasado ya los límites de Edimburgo.

Era hombre de marcada personalidad y singulares atractivos, de aspecto imponente y con ciertos aires de altivez. Todos los que le conocían quedaban fascinados por la firmeza de su boca, sus cabellos largos y espesos, sus ojos penetrantes y su mirada resuelta, pero benévola. "Sus conferencias, adornadas de ironías e ingenio — comentaba el *Lancet* —, iluminan los oscuros días del invierno de Edimburgo." Realmente, todo cuanto decía y escribía en sus frecuentes polémicas, tenía un estilo tan enérgico y expresivo que sus adversarios quedaban anulados.

En cuanto se conoció el descubrimiento de la anestesia clorofórmica, y Simpson convenció al público para que la aceptase, todos los honores y distinciones científicas más elevadas le fueron concedidos. Las universidades de Oxford y Dublin le otorgaron grados especiales, y el King's and Queens College of Physician de Irlanda le nombró miembro honorario. También en el extranjero rindieron pleitesía al "libertador de la maternidad". En el año 1856, el Instituto de Francia le otorgó el premio Montyon, de 2.000 francos; y cuando la Academia de medicina fran-

cesa le nombró, por aplastante mayoría, miembro extranjero de ella, todos los presentes aclamaron a Simpson con el entusiasmo típicamente latino. El rey de Suecia le condecoró con la Orden de San Olaf; y tan grande era el respeto que merecía en todas las cortes de Europa, que cuando en cierta ocasión un escocés pidió audiencia al rey de Dinamarca y Su Majestad supo que el solicitante venía de Edimburgo, fué inmediatamente atendido y el rey dijo: "Tendré gran placer en verle, pues un compatriota de Sir James Simpson será siempre bien recibido por mí."

La fama de Simpson atrajo a Edimburgo enfermos de todas las partes del mundo, pues aunque su método de anestesia se había difundido por todo el continente europeo, las mujeres encinta venían a Edimburgo para que el gran profesor Simpson fuese su tocólogo y para que el cloroformo les fuera administrado por sus manos.

Así, el descubridor escocés consiguió el reconocimiento, la fama y la riqueza que Long, Wells, Jackson y Morton habían perseguido en vano. Cuando la ciudad de Edimburgo le rindió un homenaje, Simpson, al dar las gracias, dijo orgullosamente: "Acabo de reñir entre vosotros la más dura y cruel de las batallas, y el nombre y la fama y el hecho de que me halle ante vuestra presencia en este día, atestiguan que yo he vencido en la ardua contienda."

Mientras la desgraciada disputa sobre la prioridad del descubrimiento de la anestesia se desarrollaba funestamente, al otro lado del Atlántico, entre dos dentistas, un médico rural y un profesor, la vida de Sir Simpson era halagada por la riqueza, el reconocimiento y los honores.

Cuando poco después del descubrimiento de la anestesia etérea estalló la disputa entre Morton y Jackson, Simpson escribió a Morton reconociéndole la prioridad. Pero cuando el uso del cloroformo pasó desde las salas de partos a las salas de operaciones, disminuyendo, por un tiempo, particularmente en Europa, la importancia del éter, Simpson, envanecido por su éxito, tan sólo pensó en la anestesia por él propuesta. Declaró que el uso del éter como anestesia no había sido más que un período

preliminar a la introducción de la anestesia clorofórmica; y cuando fué requerido para escribir el artículo "Anestesia" para la octava edición de la *Enciclopedia Británica*, no dudó en reclamar para sí el mérito de ser el único descubridor de aquélla.

Al otro lado del Atlántico, cuando el cirujano de Boston Henry Jacob Bigelow leyó las alegaciones de Simpson, protestó. Bigelow había asistido a las primeras operaciones sin dolor en el Massachusetts General Hospital; era íntimo amigo de Morton, y sintió hondamente que alguien quisiera discutir a éste la prioridad. Entoncez escribió un fundamentado ataque contra el "usurpador escocés", describiendo a Simpson como un hombre que pretendía pasar por héroe a costa de Morton.

A través de océanos y continentes se encendió una querrela entre estos dos inflexibles contendientes, alegato que continuó en forma desusada hasta que Simpson cayó en el lecho de muerte.

James Young Simpson, a quien Inglaterra había acusado de hereje y desobediente a los designios de Dios, terminaba sus días en forma piadosa como sus antepasados. Cuando los opiáceos, el éter y el cloroformo ya no pudieron aliviar el tormento de la angina de pecho que padecía, se dió cuenta de que había llegado su hora. Siendo un buen cristiano, al ver aproximarse la muerte se arrepintió con sinceridad de las injusticias que hubiera podido cometer. Aquellas palabras que en el ardor de la querrela le parecieron justificadas, las consideraba ahora, en la tranquilidad del lecho, como poco cristianas y llenas de pecado. Afligido por estos dolores de conciencia, no quería presentarse ante el Creador hasta no haber dado amplias explicaciones a sus enemigos. Pidió pluma, tinta y papel, y en su lecho de muerte escribió cartas a sus adversarios pidiéndoles perdón por los males que les infligiera.

Una de estas cartas fué dirigida al Dr. Bigelow, y en ella Simpson sentía la necesidad de hacer una doble aclaración. En este momento en que se enfrentaba con la

muerte, quería declarar con solemnidad que continuaba prefiriendo el cloroformo por ser mejor anestésico que el éter; pero también admitía francamente que Morton, por su descubrimiento y su aplicación, había iniciado "una nueva era en la anestesia de la cirugía". Su carta fué publicada como un folleto en Edimburgo, con fecha de abril de 1870.

El 6 de mayo de 1870, dos años después del fin desdichado de Morton, murió Simpson, favorito de la fortuna, cuya vida tan sólo se vió transitoriamente turbada por la pasajera nube de la controversia referente a la prioridad.

Considerada la muerte de Simpson como una gran pérdida para la nación, fué aspiración general que se realizaran funerales públicos y que el cadáver recibiera sepultura en la Abadía de Westminster; pero de acuerdo con el deseo de su familia, fué enterrado en el Cementerio Warriston de Edimburgo, en un lugar adquirido por el mismo Simpson largo tiempo antes. En la Capilla de San Andrés de Westminster, cerca del monumento a Davy, existe una estatua de Simpson, en mármol, con la siguiente inscripción:

*A quien por su genio y caridad
el mundo debe los beneficios derivados
del uso del cloroformo para
el alivio de los sufrimientos.*

LAUS DEO

CAPÍTULO XIX

MALDICIÓN Y BENDICIÓN

Mientras años y años el éter y el cloroformo eran considerados en todo el mundo como elementos indispensables de la cirugía y obstetricia modernas, charlatanes errantes iban de plaza en plaza, montando sus tiendas en la vía pública, alquilando salas en posadas y sociedades, para divertir a los espectadores con los efectos del gas hilarante. Había transcurrido mucho tiempo, y desde el fracaso de Wells ningún otro dentista se aventuró a administrar gas hilarante para extracciones dentarias sin dolor, y nadie quería ensayar esta sustancia, que, en las pequeñas dosis probadas, había demostrado ser ineficaz para las operaciones de cirugía mayor. No obstante, en los pueblos y aldeas de los Estados Unidos, la intoxicación con gas hilarante continuaba siendo lucrativa fuente de ingresos gracias al divertido espectáculo.

Entre los sujetos dedicados a estas exhibiciones descollaba Gardner Q. Colton, a quien las demostraciones públicas hechas por el dentista Horace Wells indujeron a realizar sus primeros ensayos con gas hilarante. Colton estaba presente cuando el doctor Riggs extrajo un diente a Wells, en forma indolora, y cuando el mismo Wells repitió, con pleno éxito, la operación en otro paciente. Colton estaba convencido de que el gas hilarante evitaba el dolor. Su convicción persistió aún después del fracaso que tuvo Wells en su demostración pública y de que el Congreso rechazase la solicitud de los herederos

de Wells. Esta fe de Colton sufrió un golpe cuando vió perderse la esperanza de que el gas hilarante pudiera competir con el éter y el cloroformo. De todos modos, estaba seguro de que si los médicos, cirujanos y dentistas prestasen atención a la importancia del gas hilarante, éste dejaría de ser un medio de diversión para convertirse en un procedimiento de gran utilidad en el arte de curar. Colton afirmaba que la humanidad cometía un error al no aceptar este remedio, que sería muy útil.

Pero las cosas eran así; y Colton renunció a hacerse escuchar por el mundo científico, dedicándose a afirmar su fe ante los públicos ignorantes que reían al asistir a sus demostraciones. No dudaba de que, con el tiempo, médicos y dentistas acabarían por convencerse de los resultados; pero mientras el éter y el cloroformo absorbieran por entero su atención, pocas posibilidades ofrecíanse de que el gas hilarante fuera usado como anestésico. Sin preocuparse del desdén, Colton recordaba siempre la demostración hecha, en el año 1844, por un dentista de Hartford, al extraer dientes sin dolor a los individuos que habían inhalado el mencionado gas; y desde hacía 17 años venía repitiendo sus demostraciones sin que se le tomara en cuenta.

En el año 1863, sus andanzas le llevaron a Connecticut; esta vez no a Hartford, sino a New Haven. Como de ordinario, terminó sus demostraciones con estas palabras: "En el año 1844 un dentista de Connecticut... —y relataba la historia de Horace Wells, concluyendo su arenga con las siguientes frases: "Desde ese momento, el hombre que realizó esta hazaña, un dentista de Connecticut, creo que ciudadano de este Estado, debería ser considerado, con justicia, como la primera persona que en el mundo consiguió la anestesia por inhalación".

La perseverancia de esa labor, a través de diecisiete años, logró al fin su recompensa. El Dr. J. H. Smith, dentista de New Haven, hallábase entre los espectadores y recogió las palabras de Colton. New Haven está, aproximadamente, a cuarenta millas de Hartford. El patrio-

tismo local se despertó, y Smith decidióse a repetir los experimentos de su colega de Hartford, ya fallecido, con la esperanza de que ello redundase en beneficio del crédito de Connecticut.

Uno de los pacientes de Smith, señora de edad avanzada, necesitaba la extracción de siete dientes.

—¿Prefiere usted experimentar la tortura de la extracción como de ordinario — preguntóle Smith — o quiere que haga la operación sin que sufra dolor alguno y provocándole, incluso, risa?

—Me parece preferible reír — contestó la paciente —.

Durante los muchos años de práctica, Colton había adquirido gran habilidad para administrar el gas, y, mientras tanto, Smith vigilaba cuidadosamente el pulso y tomaba las precauciones adecuadas. Las extracciones fueron realizadas sin dolor. La anciana de New Haven se convirtió en la mejor propagandista, como lo había sido mucho tiempo antes el maestro de música de Boston, Eben Frost. Ella elogiaba en todas partes lo sucedido y acudía a las demostraciones de Colton, relatando cómo le habían extraído, maravillosamente, siete dientes, sin experimentar dolor alguno. Repetía su narración todas las sesiones; y cuando Colton se trasladó a otra ciudad, le acompañó y constituyó la exhibición indispensable para las demostraciones del efecto del gas hilarante. Desde entonces vino a ser en la Clínica de Colton y Smith la prueba indiscutible de las extracciones sin dolor. Después de la prueba de estos siete dientes de la entusiasta anciana, el público no esperó más; y aquello fué un espléndido negocio...

Smith y Cotton quedaron sorprendidos ante la magia de los números. Habían comenzado por extraer siete dientes, pero al cabo de veintitrés días, y contando con la cooperación del tercer asociado J. Allen, pudieron vanagloriarse de haber realizado tres mil novecientas veintinueve extracciones sin dolor.

Transcurrido un año publicóse en Nueva York el informe de la Asociación dental Colton-Smith, refiriendo

que en el año 1867 se habían realizado diecisiete mil seiscientos y una extracciones sin dolor, las que seis meses más tarde ascendieron hasta un total de veinte mil.

En toda América se hacían ya extracciones dentarias bajo la acción del gas hilarante. Mientras Smith y Allen continuaron el fructífero negocio en Nueva York, Colton cruzó el Atlántico para instruir a los dentistas europeos acerca de los beneficios de dicho gas, que ya había dejado de ser un medio de diversión y avanzaba firmemente en los consultorios dentales, presentándose como rival del éter y del cloroformo, invadiendo también los territorios de la obstetricia y de la cirugía.

La única desventaja del gas mencionado, por lo que se refiere a la cirugía mayor, era lo pasajero de sus efectos. Pero esta desventaja pudo ser remediada. Un cirujano de Chicago denominado Edward Willys Andrew propuso una mezcla, al diez por ciento, de oxígeno con gas hilarante, método que se conoce con el nombre de "narcosis con intervalo", con el cual se puede prolongar el sueño sin temer a la asfixia.

Por extraña casualidad, esta propuesta coincidió con la fecha de la muerte de Simpson, el descubridor de la anestesia clorofórmica, y el gas hilarante vino a constituir un rival formidable del cloroformo en las intervenciones obstétricas. James Fox comunicó haber obtenido excelentes resultados con el gas hilarante administrado durante el parto. En 1880, el método de Fox fué adoptado con pleno éxito por Klikovich, un famoso tocólogo de San Petersburgo. Desde entonces, así administrado, substituyó en gran parte al éter y al cloroformo en las intervenciones de obstetricia y ginecología.

Y así ocurrió que, gracias a la perseverancia de un charlatán errante y a la decisión de un dentista de New Haven, los trabajos de Davy, Hickman y Wells fueron coronados por el éxito, habiéndose introducido el amplio uso del gas hilarante en la mesa de operaciones.

En la historia de la anestesia, el azar ha desempeñado

siempre un gran papel en los varios descubrimientos. La casualidad reveló a Davy y a Wells la propiedad que tenía el gas hilarante de suprimir el dolor, y otro tanto podemos decir del hallazgo de Long, por lo que al éter se refiere. La casualidad ha intervenido igualmente en el descubrimiento de uno de los anestésicos más recientes: el etileno.

A principios del siglo xx existía en Chicago un jardinero que cultivaba claveles finos en un invernadero, para venderlos luego a los detallistas. Un día sus claveles fueron atacados de extraño mal. Cuando entró en la estufa para cortar las flores, observó que se hallaban marchitas y muertas. Repitióse varias veces la inexplicable enfermedad, sin que se supiera en qué consistía.

Nadie descubría por qué las flores morían al abrirse el capullo. Al fin, un día el jardinero notó un olor particular en el invernadero. Buscando la causa encontró un escape de gas de una cañería. Esto le puso sobre la pista: allí debía estar la raíz del daño. Para comprobar la hipótesis tomó un clavel fresco y lozano, y lo colocó frente al punto por donde el gas se escapaba. Inmediatamente se marchitó la lozanía, y la flor pareció "caer en el sueño". El jardinero condujo al clavel "dormido" al aire libre; y rápidamente la flor se "despertó". Repitió el experimento con otro clavel, que mantuvo largo tiempo bajo la acción del gas, pero entonces la flor no llegó a despertarse. Una vez arreglado el escape de gas, los claveles continuaron desarrollándose como antes.

Pero éste al parecer pequeño incidente en un invernadero de Chicago, estaba llamado a tener consecuencias más profundas que las que pudieran constituir los éxitos o los fracasos de un jardinero, pues habrían de tener aplicación en los estudios para dominar el dolor. La casual observación de que el gas del alumbrado, escapado de una cañería rota, hacía "dormir a los claveles" realizóse en el año 1924. Desde entonces, el azar ha sido tentado en sus múltiples posibilidades, y en manos de los investigadores tales ensayos han adquirido la ca-

tegoría de estudios científicos. Gran número de observadores han estado siempre al acecho de tales posibilidades para luego desentrañar el misterio.

Los doctores Knight y Crocker, dos botánicos de la Universidad de Chicago, oyeron hablar de aquellos claveles que habían quedado dormidos en el invernadero; y lo que fuera entonces un experimento casual, se repitió y examinó con todo detenimiento. Las plantas fueron concienzudamente estudiadas siguiendo los caminos estrechos de la ciencia, y la influencia somnifera del gas del alumbrado sobre la vida vegetal fué objeto de rigurosa investigación. Intervinieron luego los zoólogos, y muy pronto Arno B. Luckardt y Carter encontraron que los animales sometidos a la acción de ese gas morían del mismo modo que los claveles.

Durantes meses se renovaron los ensayos, siendo objeto de numerosas comunicaciones. Luckardt y Carter mezclaron, en diferentes proporciones, gas del alumbrado y oxígeno, ampliando sus ensayos para determinar el efecto soporífero de las más variadas mezclas de gases. Así llegaron, al fin, a producir sintéticamente el "etileno", cuerpo que causa sueño y anestesia semejantes a los originados por el éter, pero sin acompañarse de los efectos desagradables de dicho flúido. De este modo, Luckardt y Carter consiguieron una nueva anestesia de gran importancia para la cirugía. Su uso ha sido tan grande, que en pocos años se realizaron no menos de cincuenta mil operaciones con anestesia por etileno.

Las investigaciones han realizado progresos enormes desde que Morton administró el éter, en el año 1846. Más de treinta mil drogas sintéticas han sido ensayadas en lo que se refiere a su acción para vencer el dolor.

Se ha desarrollado así una de las industrias más importantes de los tiempos modernos, y un ejército de investigadores, médicos, fisiólogos y químicos trabaja incesantemente, para descubrir nuevos remedios analgésicos y anestésicos. Las investigaciones sistemáticas han

dado lugar al continuo hallazgo de nuevos gases, vapores y mezclas de gases dominadores del dolor.

Entre estos gases y vapores, el gas hilarante, el éter, el cloroformo y el etileno hállanse en el primer plano; pero también pueden citarse otros muchos: tales son el acetileno químicamente puro, descubierto por los químicos alemanes Gaus y Wieland, y el llamado narcileno, es decir propileno y ciclopropano. Para la iniciación de la anestesia úsanse esencialmente el cloretilo, el brometilo y la solaestina.

En el año 1866, Ellis recomendó un nuevo método basado en la combinación de varios anestésicos. En los últimos años del pasado siglo, Billroth introdujo un precursor de la mezcla ACE (consistente en una parte de alcohol, dos partes de cloroformo y tres partes de éter); luego se propuso el método de Schering y Pict, perfeccionado por el procedimiento de Leon Labbé, de gota a gota, que encontró general aplicación en la práctica quirúrgica.

Mientras tanto se modificaron extraordinariamente los modos de administrar las antiguas y las nuevas sustancias. El globo de vidrio con dos orificios fabricado por el constructor de Boston, Chamberlain, de acuerdo a las instrucciones de Morton, sufrió numerosas transformaciones hasta llegar a los complicados inhaladores usados ahora por los anestésicos. En nuestros días, una máscara de caucho perfectamente ajustada a la boca y nariz está conectada con un recipiente que contiene oxígeno, éter, etc., que mezclados en cantidades variadas son inhalados por el paciente. En los aparatos recientemente fabricados, el anestésico puede vigilar continuamente el estado y la marcha de la presión sanguínea.

El Dr. John Snow, a quien la medicina debe el primer inhalador moderno de éter, construyó uno muy perfeccionado para usar el cloroformo. También al Dr. Rorh Draeger se deben mejoras muy interesantes de la técnica de la administración de los anestésicos. Un progreso importante consiguióse aplicando el principio de la doble

respiración de Gal; McKesson preparó un inhalador de doble respiración, con una cámara mezcladora, regida automáticamente. J. T. Gwathmey inventó un recipiente para determinar las dosis; von Foregger propuso la botella métrica; en fin, otros autores han introducido manómetros especiales para la regulación del abastecimiento del gas.

En las primeras décadas del siglo xx, se ha propuesto, especialmente en América, un gran número de aparatos muy complicados con objeto de dosificar del modo más preciso las diferentes sustancias anestésicas.

En los primeros días de la anestesia era el descubridor mismo quien hacía inhalar los gases o vapores; pero desde el año 1898, la administración y dosaje de la anestesia ha constituido en varios países una especialidad. En 1893 se formó en Inglaterra la Sociedad de Anestésistas Ingleses, y uno de los artículos del reglamento disponía que la "aplicación de la anestesia sólo podría hacerse por anestésistas especializados". Otros países han seguido este ejemplo.

Antes de que la anestesia por inhalación viniese a constituir el solo camino abierto a la medicina para producir el sueño artificial, empleábanse otras vías para la administración de medicamentos, tales como la boca, el esófago y el estómago. La demostración de que las sustancias volátiles podían ser administradas por inhalación a través de los pulmones, abrió un camino enteramente nuevo a la terapéutica. Mediante la inspiración de esas sustancias puede producirse el sueño anestésico con mucho menos riesgo y más fácilmente regulado que cuando se empleaban otras vías.

Simultáneamente a los progresos de la neumatología obteníanse también avances decisivos en la química sintética y en la técnica de la narcosis. Pitha y Gwathmey fueron los primeros en resucitar el método de la administración de narcóticos por el recto, que ya se conocía en la Edad Media en la Escuela de Salerno. Teniendo en cuenta que la absorción prodúcese rápidamente a tra-

vés del intestino, dichos autores propusieron utilizar esa vía para obtener la narcosis. Pitha empleó las enemas de belladona; y Gwathmey produjo el sueño artificial introduciendo en el recto una mezcla de aceite y éter. El sueño así logrado era, incluso, más profundo que el que se consigue por la inhalación de éter o cloroformo.

Estos métodos combinados no habían tenido gran aceptación, pero en el año 1917, Eichholtz descubrió la avertina, sustancia semejante al alcohol, que produce el sueño anestésico sin ir precedido de período de excitación e intoxicación. Adminístrase fácilmente en forma de enemas, constituyendo un "narcótico basal", estando el enfermo en la cama, en su habitación. Producido el sueño, trasládase al paciente a la sala de operaciones donde es sometido a la acción del éter o del cloroformo para ser operado. Consigüese así evitar la alarma y excitación del enfermo, que tiene lugar cuando éste penetra en estado consciente en la sala de operaciones.

El camino que tienen que recorrer las sustancias anestésicas hasta llegar a los centros del sueño, acortábase considerablemente con el empleo del método neumático o con la administración rectal, en relación con la vía tradicionalmente usada, es decir, el estómago. Pero, de todos modos, el estómago y el intestino grueso son receptáculos de transformaciones que modifican o pueden modificar los anestésicos antes de que éstos penetren en la circulación.

Es tan sólo la sangre la que acarrea tales sustancias hasta los centros donde, al desarrollar su acción fisiológico-química, producen la hipnosis.

En el año 1853, Alexander Wood, médico de Edimburgo, inventó la aguja para las inyecciones subcutáneas (en realidad, las serpientes venenosas, los insectos, los escorpiones, etc., ya habían inventado dicha aguja) con lo cual disponíase del instrumentación técnico para introducir sustancias químicas narcotizantes o analgésicas directamente en la circulación, sin que tuvieran que atravesar el estómago, los intestinos o los pulmones.

Descubrióse así el sendero más breve para alcanzar los centros del sueño.

Al principio, la aguja para inyecciones subcutáneas o hipodérmicas era usada únicamente para la administración de medicamentos destinados a aliviar los dolores neurálgicos; pero más tarde se aplicó para un nuevo y muy importante procedimiento de anestesia: la anestesia por inyección.

Wood hizo público su descubrimiento en 1855; un año más tarde era dado a conocer en los Estados Unidos, por Fordy Barker; y en seguida surgió la inevitable disputa acerca de la prioridad, pues dos médicos de Filadelfia y Washington, respectivamente, declararon que ya habían usado esas agujas en el año 1839.

Pero la inmensa popularidad obtenida luego por el método hipodérmico de administración es debida a que la aguja se aplica a jeringas especialmente fabricadas, que en el continente europeo suelen llamarse jeringas de Pravaz, aunque en los Estados Unidos y en Inglaterra denomináanse simplemente jeringas hipodérmicas.

Su descubridor, un francés llamado Charles Gabriel Pravaz, nació en 1791 en una pequeña aldea de Savoya. En su juventud había servido en el ejército como oficial de ingenieros, pero una vez que los aliados entraron en París, en la primavera de 1814, y Napoleón abdicó en Fontainebleau, rompió su conexión con el ejército. Habiendo sido nombrado jefe de un hogar de ancianos, tuvo muchas ocasiones de observar los sufrimientos producidos por las enfermedades de la vejez. ¿Qué podría hacerse para aliviar estos sufrimientos, para hacer olvidar estas miserias? La morfina era el remedio más eficaz; pero este alcaloide, descubierto por el farmacéutico alemán Sertürner, de Einbeck, no era tolerado por el débil estómago de las personas ancianas. Por ello, era creencia general que la morfina, administrada por vía bucal, no era el remedio de elección, y por tanto, durante ese período, su uso fué relativamente limitado.

El médico francés Pravaz hizo aprovechable el des-

cubrimiento del gran químico alemán. Habiendo abandonado el hogar de ancianos, se estableció en Lyon, especializándose en ortopedia. Al mismo tiempo no dejaba de pensar en el problema que comenzó a inquietarle cuando desempeñaba su cargo en el Asilo, en cuya oportunidad se dió cuenta de la intolerancia gástrica de los asilados para la morfina, descubierta por Sertürner. Además, esta sustancia era un producto muy activo y había que dosificarle muy cuidadosamente. Era, pues, necesario introducir *directamente* la morfina en la corriente circulatoria evitando la vía digestiva.

En el año 1853, poco antes de su muerte, resolvió el problema, dando lugar a un progreso no menor al producido por el descubrimiento del alcaloide principal del opio. Pravaz inventó la jeringa hipodérmica. Sólo entonces llegó a revelarse, en todo su poder, la acción narcótica de la morfina.

“No quisiera ser médico sin tener morfina a mi disposición” — declaraba un famoso médico alemán en los primeros años del siglo XIX. Pero las principales ventajas del medicamento no pudieron ser conseguidas hasta la invención de la aguja y de las jeringuillas de Pravaz.

Los médicos tenían amplias razones para estar entusiasmados con la jeringa hipodérmica, ya que al inyectar la morfina bajo la piel se aliviaban en pocos momentos los más intensos cólicos, sumiéndose el enfermo en un sueño reparador. Los poetas cantaron sus glorias. En un principio, la morfina era únicamente usada para aliviar “los miles de tormentos naturales que la carne hereda”, así como para calmar los dolores producidos por toda clase de enfermedades o accidentes. Pero en el año 1869, o sea dieciséis años después del descubrimiento de Pravaz, otro médico francés, llamado Claude Bernard, propuso que la jeringa hipodérmica encontrase un lugar en el arte de la anestesia. El fué el primero en utilizar la inyección hipodérmica de morfina como narcótico basal, antes de la inhalación de éter o cloroformo. Pitha, Nusbaum y Crombil desarrollaron el método en el sen-

tido de ampliar la influencia soporífera del anestésico, manteniendo el alivio del dolor hasta doce horas después de la operación.

Así, la invención de la jeringa hipodérmica facilitó la combinación de los dos grandes descubrimientos en la anestesia: la terapéutica química por alcaloides y la terapéutica neumática, unificándose las armas destinadas a luchar contra el dolor.

El siglo XIX fué el de los triunfos de la ciencia sobre la naturaleza. Apenas transcurría un año sin que el espíritu investigador del hombre dejase de hacer algún nuevo descubrimiento que le permitía disponer de fuerzas desconocidas, o le libertaba de los lazos que hasta entonces la naturaleza le imponía. Uno de los más grandes progresos de aquel tiempo fué el descubrimiento de la electricidad. Los médicos, en su afán de encontrar remedios contra el dolor, se dirigieron hacia esa nueva y maravillosa fuerza.

En el año 1902 el médico francés Stephane Ledue intentó producir el sueño artificial valiéndose de la corriente eléctrica. Colocó un electrodo en la parte superior de la cabeza del paciente, y el otro en la parte inferior de la espalda, e hizo pasar una corriente interrumpida cien veces por segundo. Entonces observó que los sujetos así tratados quedaban en un estado de inconsciencia, sin poder hablar ni moverse y sin sentir dolor alguno. Cuando la corriente se suspendía, volvían con rapidez a la normalidad.

Ningún investigador podía asomarse a la oscura sima del profundo sueño narcótico para saber cómo cesaba el dolor. Pero quizá, descender a esos abismos, siguiendo la vía de los sueños, que son iluminados por resplandores que parten del mundo de la vida consciente, podría darnos un indicio de los misterios del sueño artificial.

Esos sueños se presentan casi siempre durante la narcosis. Desde la iniciación del sueño artificial, el paciente empieza a soñar; y en cuanto esto ocurre todo cambia.

El enfermo comienza a decir palabras extrañas, y a partir de ese momento el mundo del dolor se transforma en el mundo insensible de la narcosis. Los médicos, los enfermos, y los anestésistas, que han prestado atención a estos fenómenos, han quedado fascinados ante el enigma del sueño narcótico.

Las investigaciones de algunos autores que, como Elmer Jones, Monsle Wold, Stout, Jastrow y Klages, han hecho estudios especiales sobre el sueño y los sueños, han revelado muchos de los misterios de la desaparición del dolor durante la hipnosis. Ahora sabemos que en esos estados existe siempre insensibilidad al dolor, y que nunca se experimentan sufrimientos corporales al soñar.

Desde el sueño se vuelve al estado consciente por un camino: por el camino de la memoria. La memoria nos cuenta que el sueño es un mundo en el que no existe el dolor. Podemos soñar con pistolas y puñales, sin experimentar el menor indicio de dolor. En el sueño, afirma Klages, nosotros percibimos sin intervención de los órganos de los sentidos; por tanto, no sufrimos sensaciones dolorosas.

Esto nos capacita para comprender cómo durante la narcosis por inhalación se enlazan los sueños y la insensibilidad. Soñando cubrimos con un velo nuestro conocimiento: el sueño es una capa invisible que hace al paciente insensible al dolor, y por lo mismo inmune a sus ataques.

La obra de los investigadores que se han ocupado de los sueños ha demostrado que todas las formas de intoxicación serían "variantes de los sueños conscientes", variantes de esa fase del conocimiento en la cual no experimentamos sensaciones dolorosas.

El descubrimiento de este parentesco psíquico entre las intoxicaciones y los sueños, explica, finalmente, el efecto anestésico de aquellos narcóticos que, de igual modo que el gas hilarante, pueden suprimir el dolor al dar lugar a estados de intoxicación.

Al lado de los milagros de la anestesia resultantes del sueño artificial de la intoxicación, hay que colocar un nuevo milagro obrado por los narcóticos: el hecho de que el paciente "olvide el dolor".

La "planta del sueño artificial", lo mismo que la "planta del olvido del dolor", ejercen esa obra milagrosa en el gran laboratorio de la naturaleza. Allí, escondido en el organismo vegetal de la dulcamara y del beleño, brota de la madre tierra un somnífero; pero la química científica lo había logrado antes que el "jugo del olvido" fuese accesible a la práctica del arte de curar.

Los químicos fueron capaces de extraer de la dulcamara y del beleño sus alcaloides, pero fueron también capaces de preparar una escopolamina sintética idéntica al alcaloide natural. Como todo esto ocurrió después del descubrimiento de la aguja de inyecciones y de la jeringa hipodérmica, no hay ni qué decir que inmediatamente se recurrió a la inyección subcutánea (y más tarde a la intravenosa) para introducir en la circulación las sustancias capaces de expulsar el dolor de la memoria. Así, mediante un extraño fraude de la conciencia, pudo perfeccionarse el "olvido del dolor", que tiene lugar tanto durante los estados de intoxicación como durante los sueños y el sueño. Mediante la acción química de las sustancias inyectadas modifícase el estado de la conciencia y se desvanece el recuerdo del dolor. El dolor es algo así como una fantasía que ha sido soñada y luego olvidada. Aquello que sucede sin dejar huella en nuestra memoria podrá haberse vivido, pero en realidad no ha llegado a ser conocido por nosotros. Para que un hecho forme parte de la continuidad de nuestros conocimientos, para que se recuerde, es necesario que haya sido "sentido" y "sufrido". No estamos autorizados a llamar a alguna cosa "dolor" si no logra penetrar en nuestra conciencia. La escopolamina, al bloquear el camino que conduce a la conciencia, excluye, mientras su acción persiste, la acción normal de

un ego cuya memoria está intoxicada y por tanto incapaz de sentir dolor.

Así, el paciente que ha recibido una inyección hipodérmica de escopolamina antes de ser objeto de una operación, muestra durante ella signos de experimentar dolor; pero en cuanto la intervención termina, el enfermo cae en un profundo sueño, y cuando despierta no se acuerda haber sufrido dolor alguno. Este estado es análogo al del sonambulismo. Las manifestaciones objetivas del dolor persisten, pero el individuo capaz de experimentar y darse cuenta del dolor deja temporalmente de existir.

Los primeros experimentos realizados sobre estos estados de seminareosis conocidos por los anestelistas como "estados crepusculares" tuvieron lugar en el año 1899. Se administraron inyecciones de escopolamina y morfina, o de escopolamina y narcotina. El Dr. Korff usó estas inyecciones como un sustituto de la narcosis etérea o clorofórmica.

Pero su verdadera introducción en la práctica sólo ha tenido lugar más tarde, cuando unos médicos de Friburgo, los doctores Steinbüchel, Bernhard Krönig y Karl Gauss, usaron el sueño crepuscular en obstetricia, en lugar de administrar cloroformo. En pocos años, el Dr. Gauss asistió, en estas condiciones, a más de tres mil mujeres; y hace notar que, tanto en su práctica como en la de los otros tocólogos, se ha observado, con muy pocas excepciones, el curioso fenómeno del completo olvido del dolor.

Al Dr. H. Fuchs, de Danzig, se debe una precisa descripción del estado crepuscular (técnica perfeccionada últimamente y bautizada con el nombre de "analgesia obstétrica"): "En cuanto comienza el parto, la mujer en el estado crepuscular, grita y se agita constantemente, igual que las mujeres no sometidas a la acción medicamentosa. Cuando se les pregunta si sienten dolor, contestan afirmativamente; pero en los intervalos entre los dolores quedan adormiladas. Después del parto, cuan-

do han pasado los efectos de la inyección, pierden por completo el recuerdo de haber sufrido dolores; y ni siquiera se acuerdan del proceso del parto”.

La química sintética no ha alcanzado todavía el cenit. No podemos ni vislumbrar el número de las posibles combinaciones químicas, pues el celo y la inteligencia de los investigadores no descansa, y el desarrollo de la industria químico-terapéutica no reconoce límites. Lo ya conseguido y lo que puede esperarse en el futuro justifican la esperanza de que nuevos fármacos ampliarán los horizontes, y el dominio de la “medicina química” seguirá ensanchándose en progresión creciente.

En los siglos pasados, la terapéutica mental, “la curación por los poderes de la inteligencia”, predominaron sobre la terapéutica química; pero en los últimos tiempos aquélla se vió forzada a dejar paso al enorme e indiscutible progreso de los tratamientos medicamentosos. Mas los apóstoles de la psicoterapia no aceptaron la derrota, y muchos de ellos continuaron reclamando para sus métodos la preferencia sobre los otros. A despecho de los químicos, de los laboratoristas, de todos los defensores de los remedios farmacológicos, los partidarios de la psicoterapia siguieron cultivando su inapreciable herencia de la “curación por la mente y por la magia”.

Durante el siglo XIX, el siglo de la química, en los tiempos en que se celebraban triunfalmente los progresos de la anestesia, se iniciaba en los Estados Unidos la doctrina de la Ciencia Cristiana, cuyos adherentes, que se contaban por millones, insistían en que la curación espiritual es el único y verdadero método terapéutico.

Mientras los médicos usaban la jeringuilla hipodérmica para aliviar los dolores de toda clase, mientras los cirujanos administraban a sus pacientes éter o cloroformo para evitar los tormentos producidos en otras épocas por el bisturí, los científicos cristianos proclamaban incesantemente que en el mundo de Dios no existen el dolor ni el sufrimiento.

Según la doctrina de la Ciencia Cristiana, el dolor es una mera ilusión que hace sufrir a los hombres únicamente cuando creen en su existencia. En cuanto se rechaza la imagen mental del dolor, éste se desvanece. La meditación correcta, basada en las Sagradas Escrituras, dicen los científicos cristianos, es más eficaz para aliviar los dolores que el uso de cualquier narcótico. Con la ayuda de la anestesia espiritual, un científico cristiano puede traer sin dolor sus hijos al mundo y someterse a cualquier intervención quirúrgica sin experimentar sufrimientos.

Mary Baker Eddy, la fundadora de la Ciencia Cristiana, proclamó su doctrina en el año 1866; pero fué en los últimos años del siglo cuando Emile Coué comenzó la exposición de su doctrina de la autosugestión e insistió en que podía “expulsar el dolor”. El auge del gran Coué no comienza hasta después de la guerra, pero antes y después de ella se encuentran por todas partes “santos” y “curadores” con innumerables discípulos, que creen y afirman que el tratamiento por fármacos es un engaño, e insisten en que el dolor puede ser abolido por métodos puramente espirituales.

Todos estos curadores basados en la fe, estos modernos magos, aparecen en una época científica; pero actúan fuera del terreno de lo que usualmente se considera como ciencia, y tienen un auténtico parentesco con los milagreros de los viejos tiempos. Ahora el mesmerismo asume un nuevo aspecto y un nuevo nombre, hipnotismo, y reclama insistentemente el título de ciencia.

Esta transformación del mesmerismo en ciencia fué efectuada por James Braid (1795-1860), un distinguido médico escocés que ejercía en Manchester.

En una maternidad de Manchester, Lafontaine ensayaba aliviar los dolores del parto mediante el uso del “magnetismo animal”, de acuerdo con los principios de Mesmer, el hechicero del siglo XVIII. James Braid era uno de esos médicos que se consideraban jefes en la cruzada emprendida contra el dolor, y todo aquello

que juzgase podía contribuir a su tarea parecíale digno de atención. Aunque era un racionalista convencido, no despreciaba el mesmerismo, pues afirmaba que la observación libre de prejuicios era el primer deber de un hombre de ciencia. ¿Por qué no vigilar a Lafontaine durante la ejecución de sus tretas mesmerianas? Durante varias semanas estudió las maniobras de Lafontaine para evitar el dolor del parto mediante el "magnetismo animal". El racionalista no podía admitirlo hasta que se descubriera la naturaleza del proceso fisiológico mediante el cual los "pases mesmerianos" llegan a producir insensibilidad, y pronto se dió cuenta de que los enfermos de Lafontaine presentaban un espasmo de los párpados que les impedía abrir los ojos.

Ocurrió en este caso, como en tantos otros, que una observación, al parecer insignificante, fué el preludeo de un importante descubrimiento. Braid observó un fenómeno que, aunque muy frecuente, había pasado ignorado hasta entonces. Dedujo consecuencias del mencionado fenómeno que confirmó mediante nuevas experiencias, y así llegó a su descubrimiento. El médico James Braid dedujo de la observación referente a la oclusión espasmódica de los ojos, que el sueño mesmeriano debe originarse por un acto de concentración, ser el resultado de una limitación de la conciencia, que engloba todo el sistema nervioso y el nervio óptico. Entonces, siguiendo los caminos enigmáticos del talento de los descubridores, Braid llegó a la conclusión de que esta limitación de la conciencia puede ser conseguida por una concentración de la visión. Pero al conseguirse esta concentración por la acción de la voluntad, eliminanse de los estrechos límites de la conciencia las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos. De este modo Braid, mediante la orden de concentrarse dada al enfermo, pudo ser capaz de producir un estado que denominó "neurohipnotismo" (para abreviar se llamó más tarde "hipnotismo") durante el cual el dolor podía ser anulado voluntariamente. Braid realizó sus primeros experimentos sobre su pro-

pia mujer. Tomó un objeto de metal brillante y lo colocó ante sus ojos pidiéndole que mirara fijamente. Ella lo contempló con firmeza y en seguida quedó dormida. Entonces Braid le ordenó que realizase las más diversas acciones, algunas completamente absurdas. Ella obedeció las órdenes sin protestar y como conducida por un irresistible impulso interno. Clavó en su brazo un alfiler al mismo tiempo que decía: "Tú no experimentas dolor". "No experimento dolor" — contestó la mujer en un profundo éxtasis. Su conciencia limitada admitía como real todo lo que se le decía. "Ahora despertarás inmediatamente" — dijo el doctor para concluir; e inmediatamente su mujer despertó.

Aquella tarde un amigo vino a ver a Braid. Este le pidió que se sentara, y le dijo autoritariamente: "Míreme firmemente a los ojos". Su amigo obedeció y, después de pocos segundos, ya no era capaz de desviar la mirada. Quedó dormido y ejecutó todas las órdenes de Braid, hasta el momento en que fué despertado.

Estos experimentos hechos sobre su mujer y sobre su amigo fueron repetidos por Braid sobre numerosos pacientes, y el hipnotismo fué descubierto. Un año más tarde (1843), Braid publicó su libro *Neurohipnología o exposición razonada del sueño nervioso*. En su obra despoja de sus misterios a los fenómenos del mesmerismo, descubre el substrato fisiológico y refiere, de un modo preciso, los detalles de la técnica del hipnotismo. Añade que el hipnotizador no está investido de poderes sobrenaturales, y que el método puede ser aplicado por cualquier médico inteligente.

El descubrimiento del hipnotismo, como método para aliviar o prevenir el dolor, tuvo lugar en la misma década del siglo XIX en que fueron revelados los métodos fundamentales de la anestesia moderna. James Braid descubrió el hipnotismo en el año 1842, el año en que Long, en Athens, Georgia, realizó las operaciones sin dolor sometiendo al paciente a la inhalación etérea.

Pero James Braid tuvo menos fortuna con su aneste-

sia mental o espiritual que tuvieron los descubridores de la anestesia química. El neurohipnotismo no fué tomado en serio por sus colegas, y la Facultad de Medicina lamentó que un profesional distinguido se hubiese unido a los calificados como charlatanes. Además, los religiosos de Inglaterra, que sostuvieron que nadie debería liberar a las mujeres de la maldición original, arremetieron contra la idea de la anestesia espiritual, como pocos años después hacían los escoceses contra el "doctor del clorofórm" en Edimburgo.

Apoyábanse en que el método ultrajaba tanto al operador como al paciente, pues éste sometía, durante un cierto tiempo, su voluntad a aquél, al quedar pendiente de sus órdenes. Era deplorable que esto pudiera ocurrir en un país cristiano. El desagrado de Dios se haría notar, indudablemente, sobre quienes le ofendían. Las leyes y la Iglesia debían tomar cartas en el asunto.

Al fin Braid, que en su fondo era un hombre religioso, creyó que se hallaba en alianza con el demonio y que realmente sería mejor que el hipnotismo y su descubridor fuesen olvidados, para poder escapar así de las injurias. Y ocurrió que tan sólo después de haber pasado cerca de cuarenta años, el método fué sacado del olvido por un médico francés de Nancy, el doctor A. A. Liébeault.

A este médico rural se debe que el hipnotismo viniera a ocupar un lugar en la medicina científica. Al principio se valió del espíritu económico de los campesinos franceses, que discutían hasta el último céntimo en el pago de los honorarios médicos.

Les decía Liébeault: "Yo puedo tratar a ustedes con los métodos ordinarios, con polvos, píldoras o parches, pero todo esto cuesta muchas monedas. Si prefieren les hipnotizaré y curaré sin que tengan que realizar desembolso alguno."

Naturalmente, este argumento tenía mucha fuerza. Los campesinos acudían al consultorio de Liébeault. Le miraban fijamente a los ojos, según él les pedía, y entonces hacían y pensaban lo que Liébeault les ordenaba.

"Tiene usted los ojos fatigados, los miembros pesados. Usted se duerme" — decía Liébeault con una voz monótona a aquellos enfermos, que sólo le pagaban un sueldo por cabeza. Tan grande era el aflujo de pacientes, que "Père Liébeault" encontró dificultades para poder atenderlos. Después de más de treinta años de práctica pudo decir orgullosamente: "Continúo defendiendo el método del hipnotismo basado en la experiencia de treinta y cuatro años, durante los cuales he tratado más de doce mil pacientes."

Pero Liébeault tuvo que esperar treinta y cuatro años antes que su sistema fuese generalmente aceptado. Al principio, fué considerado como un lunático del que todos se burlaban, y sólo a una afortunada casualidad debió Liébeault que su método fuese, por fin, aceptado.

Bernheim, profesor de París y distinguido médico, no podía curar a uno de sus enfermos. El paciente vino a Nancy y allí Liébeault le curó por el hipnotismo. Era en el año 1882 cuando éste recibió el honor insospechado de que le visitara el ilustre colega parisiense. Bernheim vino desde París a felicitar a Liébeault por haber curado una enfermedad que se había resistido a los recursos ordinarios del arte médico. En esta oportunidad, Liébeault llegó a convencer a Bernheim, de tal modo, del valor de su método que, en el año 1884, Bernheim arregló, para su publicación, la primera parte del libro de Liébeault, *De la suggestion*, y en el año 1886 la segunda parte, bajo el título *La thérapie suggestive*. El apoyo de Bernheim quebró la resistencia de la Facultad de Medicina. Las cabezas directoras de la medicina psicológica en Francia, que por aquellos días eran Charcot y Babinsky, hombres de espíritu abierto, se aprestaron a ensayar el nuevo método en la Salpêtrière. Asegurada así la aceptación en Francia, la teoría y el método del hipnotismo se extendieron por el mundo; y operaciones de cirugía menor y mayor, incluso amputaciones, fueron realizadas bajo la anestesia hipnótica.

Los defensores entusiastas de esta anestesia mental o

espiritual declararon que su método era preferible a los anestésicos químicos, pues sin provocar trastornos del sistema nervioso general, como lo hacen las drogas, los métodos psicológicos puros son capaces de eliminar el dolor de la conciencia, conservándose intactas las restantes actividades.

Pero pronto surgieron inconvenientes. Aunque las estadísticas señalaban que el noventa y cuatro por ciento de las personas eran hipnotizables, se observó que la perfecta anestesia hipnótica, exigida por la cirugía, sólo se conseguía en el diez por ciento de los casos. En el año 1890, Ochorowicz construyó un hipnoscopio, destinado a determinar el grado de sugestibilidad para la hipnosis. No obstante las investigaciones hechas con este instrumento, se demostró que la hipnosis no puede ser comparada en su eficacia a los métodos químicos de anestesia.

Finalmente, algunos médicos se dedicaron al estudio de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu del ser humano, y extendieron sus investigaciones al reino de la narcosis. Combinaron los métodos psíquicos con los químicos, y después de hipnotizar a los pacientes reforzaron la acción con el uso de narcóticos, como el opio, la morfina, el cáñamo indiano y el éter. De este modo se podía prolongar la insensibilidad en el estado post-hipnótico, y prevenir el dolor subsiguiente a la operación.

Sin embargo, una cosa quedó asegurada: y es que la hipnosis no constituía un medio seguro de obtener la anestesia, por lo cual eran preferibles los modernos anestésicos químicos.

Carecían de razón quienes aceptaban el punto de vista mitológico de que el dolor físico, cualquiera que fuese su clase, era un castigo, en el sentido divino.

Esta interpretación fué considerada como una superstición por los hombres cultos del siglo XIX. El descubridor de la morfina, los fundadores de la anestesia por inhalación, los famosos investigadores que, poco a poco, fueron perfeccionando los medios de aliviar el sufrimiento, tenían que estar orgullosos de haber sabido disipar

muchos dolores de la carne, y de haber demostrado las ventajas incalculables de la aplicación de sus métodos. Gracias a ellos la humanidad vió mitigarse la maldición del sufrimiento.

La química de los alcaloides y la anestesia por inhalación cuenta con perfeccionamientos importantes, y tienen en su haber millones y millones de casos en los que el sufrimiento quedó abolido. En efecto, la "maldición impuesta por un Dios vengativo" ha sido completamente anulada. Hemos dominado el dolor, pero ha sido a costa de gran precio. El dominio del dolor es peligroso.

La historia victoriosa de la anestesia es también la historia de miles de riesgos, de los cuales algunos han sido vencidos, pero otros continúan siendo inevitables. Bendición y maldición, la conquista del dolor y la difusión de los sufrimientos marchan a la par. Las páginas de la historia de la anestesia victoriosa llevan unidas muchas páginas de desastres imborrables.

La muerte marcha pisando los talones al progreso conseguido por la anestesia, y el médico que va buscando el alivio del dolor encuentra algunas veces la muerte como término. Para obtener la narcosis hay que producir en el enfermo un sueño artificial, que es el hermano de la muerte; y sólo con grandes cuidados puede el médico arrancar de sus garras al paciente anestesiado. En estos trances, los médicos deben esgrimir su talento y habilidad en su lucha contra la muerte.

Esos riesgos son la herencia recibida de aquellas sustancias que se emplearon para aliviar el dolor antes de llegar los días de la medicina científica moderna. En el gran laboratorio de la naturaleza, el sueño artificial se fragua en las raíces, en las hojas, en las flores y los jugos, que contienen los gérmenes de la muerte al lado de los que producen el sueño. La imaginación popular tejió en torno de la mandrágora, aliviadora del dolor, una extraña leyenda en la que se alude a esa siniestra asociación. Se decía que cuando la mandrágora es arran-

cada de raíz lanza terribles gritos que matan irremisiblemente a quien los oye.

La creencia de que la muerte se ocultaba en todos los narcóticos naturales justificó que esos medios cayeran en el descrédito; y durante el siglo XVIII, el más horrible de los tormentos era preferible al riesgo de usar las drogas narcóticas.

El peligro de tales sustancias radicaba no sólo en sus impurezas, sino también en los métodos de administración. Como eran ingeridas por vía bucal resultaba imposible regular sus efectos tóxicos.

Con los progresos de la química moderna se ha dado un importante paso para reducir los riesgos inherentes a la anestesia. La química de los alcaloides ha hecho posible el aislamiento de los principios activos contenidos en las plantas, que han sido así despojadas de las sustancias asociadas peligrosas, y al mismo tiempo ha podido dosificarlos exactamente.

Mediante la anestesia neumática, en la cual el medicamento es administrado a través de los pulmones, el médico puede regular cuidadosamente la cantidad de vapor suministrada en cada movimiento respiratorio.

Pero la victoria ha sido sólo parcial, y los casos de muerte continúan produciéndose, trátase de alcaloides, gases o vapores de flúidos volátiles. Para suprimir completamente el dolor es necesario producir un estado de absoluta insensibilidad, y esta condición está estrechamente emparentada con la muerte.

El anestesista debe pensar que si se descuida un momento, el dolor o la muerte se apoderan del enfermo.

El gas hilarante y el éter fueron usados al principio para el tratamiento del asma. Pero ya antes que Davy realizase sus experimentos con el gas, Lantham Mitchell hizo públicos sus temores respecto al "peligroso gas que podría producir contagio y aun la muerte".

Advertencias semejantes fueron manifestadas cuando comenzó la anestesia por el éter. Muchas de esas advertencias se encuentran en la prensa médica de aquellos

días, especialmente en el *Journal of Science*, en el *Midland Medical and Surgical Journal* y en el *London Dispensatory*. En todos los artículos se advierte a los médicos el peligro que ofrece la inhalación de una nueva sustancia tan peligrosa como es el éter sulfúrico.

Davy y Wells comenzaron a experimentar el gas hilarante sobre ellos mismos, sabedores del grave riesgo a que exponían sus vidas. Cuando Wells, después del fracaso de su demostración pública en Boston, perdida la paciencia y la cautela, administró al siguiente enfermo una dosis excesiva de gas, estuvo a punto de producir la muerte al sujeto a quien había prometido privarle del dolor.

El estudiante Wilhite y sus alegres amigos de Athens, Georgia, estando un día divirtiéndose haciendo pruebas con éter, corrieron el riesgo de ser enviados a la cárcel, pues habiendo administrado éter a un muchacho negro, éste hubiera muerto de no haber recibido inmediata ayuda médica. Morton comprendía los peligros a que se expuso cuando continuó haciendo experimentos sobre sí mismo; y, en fin, si Bigelow, cuando se estaba practicando la tercera operación con anestesia en el Massachusetts General Hospital, no hubiera hecho sagaces advertencias al Dr. Dix, se hubiese producido un caso de muerte, tan precoz, que habría impedido la ulterior aplicación del maravilloso descubrimiento de Morton.

Pero a los riesgos que para la vida ofrecía la anestesia etérea, uniéronse otros inconvenientes. Los vapores de éter son irritantes y producen una viva excitación durante el primer período de la anestesia, que es, muchas veces, causa de una violenta lucha entre el médico y el enfermo. Frecuentemente, pasada la narcosis, se producen vómitos y un prolongado flujo de saliva impregnada de éter, con lo que el alivio de los dolores, durante la intervención, ha sido conseguido a costa de un prolongado período de náuseas y de vómitos.

Cuando Simpson ensayó el éter en las parturientas, observó que éstas sufrían intensamente los efectos noci-

vos del éter. Esto fué lo que le hizo pensar en descubrir un sustituto, creyendo haber hallado en el cloroformo el anestésico ideal. Desde las salas de la maternidad el remedio pasó a las salas de operaciones y, en pocos meses, consiguió en los hospitales de Europa una victoria que parecía decisiva. En América extendióse también su uso, y durante los tiempos de la guerra civil los informes oficiales muestran que el cloroformo fué usado en el setenta por ciento de los casos, el éter en el treinta por ciento y la anestesia mixta en el diez por ciento restante. Realmente, en Europa, durante los primeros años después del descubrimiento de Simpson, "dar anestesia" era prácticamente sinónimo de "dar cloroformo".

Poco después de la muerte de Simpson, el gran Hospital maternidad de Dublin publicó los resultados de los partos bajo la acción del cloroformo, en casos difíciles y prolongados. La estadística, en forma de cuadros, constituía un verdadero tributo a la obra del gran médico y tocólogo de Edimburgo. Mientras en los días anteriores a la anestesia el promedio de la duración de los partos en las primíparas era de 8 horas, y los casos de muerte se calculaban de uno en once, después del uso del cloroformo la duración descendió a dos horas, y la mortalidad se redujo a uno en trescientos veinte.

Estadísticas análogas fueron publicadas por otros autores. Doce meses después de la muerte de Simpson, la ciencia médica pudo reunir datos concernientes a la guerra francoprusiana. En ambos ejércitos se consumieron no menos de 1.800 libras de cloroformo para aliviar el dolor de los soldados heridos.

¿Pero es que la introducción del cloroformo en la práctica de la anestesia había borrado los casos fatales? ¿Habiase logrado desalojar de la botella del narcótico la mano huesuda de la muerte? De ningún modo. Lo que ocurría es que, durante un cierto tiempo, el peligro pasó desapercibido. Las interesantes cifras de las estadísticas de Dublin, así como las del resto de Europa y América, poca atención prestaban a este problema. Refiriéndose

tales estadísticas a cantidades casi astronómicas, poco se cuidaban de las cifras pequeñas, aunque éstas correspondieran a los casos de muerte. Y éstos eran pocos, si se comparaban con los positivos beneficios obtenidos por los soldados americanos durante la guerra civil.

No obstante, en el año 1847, un médico de Edimburgo, denominado Snow, refirió un caso de muerte por el cloroformo, y dos años más tarde, Disray dió cuenta de otro. Gradualmente, las cifras fueron aumentando; y hacia el año 1853, cuando la Reina Victoria puso de moda el cloroformo durante el parto, Behrend recogió una lista de cincuenta y tres casos fatales, y el Dr. Hayward, del Massachusetts General Hospital, refirió sesenta muertes por cloroformo; en fin, en años posteriores, la estadística de Sabart dió cuenta de ciento diez casos.

En el año 1864 se constituyó en Inglaterra una comisión para que estudiase los datos de Snow e hiciese una investigación sobre la toxicidad del cloroformo. Luego se formó una segunda comisión para que informase sobre los 26.000 casos de administración de dicho anestésico, y esa comisión encontró que se había producido una considerable proporción de casos de muerte.

En la década del 80 al 90, el número de muertes fué tan grande que superó la cifra de libras de cloroformo que se usaron en la guerra francoprusiana. Entonces se comenzó a considerar seriamente si los desastres ocasionados llegaban a neutralizar los beneficios conseguidos.

Por el tiempo en que el mundo recibía alarmado las noticias de las muertes por cloroformo, el anestésico se valía directamente de la botella para la administración de las gotas del flúido, con lo que, a no ser que el actuante fuera un verdadero maestro en su arte, los riesgos de morir eran casi tan grandes como las probabilidades de vencer.

En el año 1888, el Nizam de Hyderabad, considerado como el hombre más rico del mundo, formó una comisión, presidida por el Dr. Lawrie, para que hiciese experimentos acerca de la influencia letal del cloroformo. Con este

objeto fueron cloroformizados ciento sesenta y siete perros.

El problema más importante de la comisión era averiguar si las muertes producidas por el cloroformo debían su causa a la detención de las latidas del corazón o a la supresión de la respiración. La comisión Hyderabad, el Dr. Syme y la escuela de Edimburgo consideraban que el mayor peligro radicaba en la suspensión respiratoria, mientras que el *Lancet*, el Dr. Erichsen y la escuela de Londres estimaban que la parada del corazón era la responsable de la muerte por cloroformo; la comisión de Glasgow y la Sociedad Médico-quirúrgica Británica se adhirieron a esta última opinión.

En general, durante los últimos años del período en que se usó como anestésico el cloroformo puro, la atención de los anestésistas estaba principalmente dirigida hacia los peligros respiratorios; pero cuando yo escribía este capítulo, el Dr. Eden Paul, basándose en su experiencia personal, llamó mi atención sobre los importantes y relativamente recientes datos que se tienen de este asunto. En una carta privada escribe:

“Los peligros del desfallecimiento del corazón no durante, sino después de una prolongada administración, fueron largo tiempo desestimados. Ésta es una forma de la intoxicación tardía clorofórmica, muy vecina a la muerte tardía por alcohol después de la administración de grandes dosis. Antes que este peligro fuese conocido, las operaciones con anestesia clorofórmica se prolongaban excesivamente, y el paciente moría de modo inesperado, después de haber recibido una elevada cantidad de anestésico. Lo mismo ocurría al usar el cloroformo en las parturientas durante un tiempo demasiado largo”.

En una palabra, los múltiples peligros del cloroformo se han hecho cada vez más evidentes y Sir Benjamin Ward Richardson, en su monografía *The Mastery of Pain*, indica que por fortuna el éter fué conocido antes que el cloro-

formo, pues si hubiera sido esta sustancia el primer anestésico, la frecuencia de los casos de muerte hubiera ahogado, fácilmente, en germen, la anestesia.

Uno de los primeros recursos para disminuir los peligros del cloroformo fué la simultánea administración de oxígeno recomendada, en el año 1886, por el médico vienés Neudorfer.

Como ya he dicho, también desde Viena fué propuesta la mezcla ACE, que fué recomendada por el inglés George Harley. Varias comisiones formadas para el estudio del cloroformo criticaron el uso de toda clase de mascarillas para la administración del hipnótico, y recomendaron el método “abierto”, que permite un abundante abastecimiento de aire. En el año 1901, después de haber sido publicado el informe de la tercera comisión del cloroformo, y al conocerse los resultados del estudio sobre los efectos de las diversas dosis de esta sustancia, Harcourt construyó un aparato especial para graduar la administración. En la actualidad, y a pesar de haber transcurrido pocos años, se ha aclarado mucho el problema, gracias a los estudios de Rein sobre la circulación de las arterias coronarias (circulación de la sangre en el músculo cardíaco).

Laboratorios dedicados a experimentar con el cloroformo han proporcionado datos importantes referentes a la posibilidad de muerte durante su administración. En ciertas circunstancias, cuando el cloroformo queda expuesto a la acción de la luz y del aire, parte de él se transforma en fosgeno, uno de los gases más mortíferos que conoce la química.

El resultado final de esta prueba de cargos ha dado lugar a que la declinación en el uso del cloroformo haya sido tan rápida como lo fué su auge. Los informes de los últimos años del siglo XIX muestran que el empleo del cloroformo disminuyó en un cincuenta por ciento, habiendo sido sustituido por el éter. En Massachusetts, este retorno al uso del éter fué especialmente marcado. El Dr. Walter Channing, profesor en Harvard, expuso de-

tenidamente las ventajas prácticas del éter en comparación con el cloroformo. En fin, en el año 1887, cuando comenzaba a concentrarse la atención sobre la frecuencia de los casos de muerte por el cloroformo, Jeffries, oftalmólogo de Boston, defendió vigorosamente el uso del éter con preferencia al de aquél.

Massachusetts había permanecido fiel al éter, aun en los días en que el cloroformo obtenía los mayores triunfos; y luego llegó a prohibir el uso de este anestésico en sus hospitales. Mientras en Europa se estudiaba el asunto, la ciudad de Lyon, por razones inexplicables, se declaró partidaria del éter con tanta firmeza como lo había hecho Boston. En fin, entre otros cirujanos partidarios del uso del éter y en contra del cloroformo, puede recordarse a Juillard, cirujano ginebrino, y a Dumont y Roux, de Lausana. Roux refiere 3.240 operaciones bajo la acción del éter, sin haber sufrido inconveniente alguno en la anestesia. Así, gradualmente, el éter fué recobrando su puesto.

El Congreso Alemán de Anestesia, en el año 1893, se mostró decidido en favor de la rehabilitación del éter. La Sociedad Quirúrgica Alemana organizó una investigación colectiva sobre la narcosis. El Dr. Gurlt, relator del Congreso, anunció que, mientras el cloroformo había sido indudablemente responsable de numerosos casos de muerte, las respuestas al cuestionario habían dado por resultado averiguar que en 14.615 administraciones de éter no se había observado un solo caso fatal.

La posición del éter fué todavía reforzada cuando treinta años más tarde, o sea en 1923, James Taylor Guathmey propuso el método de administración por vía rectal, que otros autores han encontrado más útil para ser empleado en obstetricia.

Pero las preces al "éter redivivo", como decían muchos médicos, se han visto neutralizadas por algunas aserciones referentes a que su empleo podía también dar lugar a casos de muerte. Kapeller fué el campeón de los "pesimistas del éter"; y sus claras afirmaciones fueron con-

firmadas por los informes de los hospitales de campaña durante la guerra mundial. Una comparación de los resultados de las operaciones realizadas bajo la acción del éter y del gas hilarante, indica que la mortalidad entre las primeras fué tres veces mayor que entre las segundas.

El gas hilarante hizo su aparición después de un largo eclipse, pero aunque las estadísticas demostraron que las muertes por la acción de este gas serían escasísimas — probablemente no más de uno por millón — varios médicos se opusieron a este anestésico diciendo: "No hay duda de que el gas hilarante es uno de los hipnóticos menos peligrosos, pero no siempre es eficaz". Nussbaum refiere varios casos en los cuales, habiendo fracasado la anestesia con gas hilarante, hubo que recurrir al peligroso cloroformo.

Pero durante esta época, la medicina ha podido disponer de algunos otros agentes narcotizantes. ¿Se podrá citar otro mejor que el etileno? Aparentemente, la muerte extendía su mano desde la botella del etileno, pues esta sustancia es el elemento más tóxico del gas del alumbrado que tantas muertes ha originado. Además, posee una enorme fuerza explosiva que siembra la muerte y destrucción en los tiempos de guerra, habiendo sido empleado por los alemanes el 20 de julio de 1917 en la batalla de Ipres. Esta fuerza explosiva también puede desarrollarse en momentos de paz, es decir, en la mesa de operaciones. Hace pocos años una explosión de etileno, debida al imprudente uso del termocauterío, mató a un enfermo en Baltimore.

Pero todas las recientes sustancias usadas en la terapéutica neumática, todos los novísimos gases y vapores para aliviar el dolor, pagan su tributo a la muerte.

"El sueño de los pacientes narcotizados está mucho más cerca de la muerte que el sueño natural." "El enfermo yace como un muerto sobre la mesa de operaciones, inmóvil e insensible como un cadáver." Tales eran las observaciones hechas durante los primeros días de la anestesia. No hay ni qué decir que esto ha sido confirmado por las

modernas investigaciones bio-electro-químicas, que han descubierto que, bajo la narcosis, se encuentra oculto un estado análogo a la muerte y que ha sido denominado "muerte menor". La sola diferencia entre la verdadera muerte y la "muerte menor" es que, en esta última, el anestesista puede regular casi a voluntad el grado de inconsciencia. Casi, pero no completamente, y no con absoluta seguridad. La desaparición del dolor durante el sueño narcótico es la consecuencia de la intoxicación. Los gases y vapores que penetran en la circulación, a través de los pulmones, reemplazan en gran parte al oxígeno de la sangre, disminuyen la vitalidad de los tejidos, reducen la tensión eléctrica y la longitud de las ondas esenciales vitales. Es decir, trastornan los procesos químicos y eléctricos esenciales para la actividad vital normal.

Aunque en un principio se creyó que en el envenenamiento narcótico no se alteraba la potencia eléctrica del cerebro, hoy se sabe que la anestesia influye sobre los tejidos del cuerpo. Esta influencia se extiende a todo el protoplasma vivo, disminuyendo, como ocurre en el momento de la muerte, la tensión eléctrica y las radiaciones de todos los órganos y de todos los tejidos. Cuando uno de los órganos del cuerpo está alterado, o es débil, no puede oponer la adecuada resistencia a la acción perjudicial del tóxico inhalado. Si el paciente padece una enfermedad del hígado, este órgano sucumbe por la influencia del anestésico venenoso; y al morir el órgano, muere también el enfermo. Lo mismo puede decirse del corazón, del riñón o de otros órganos importantes.

Cuando los investigadores estudiaban la muerte por cloroformo, los expertos de las diferentes comisiones discutían ampliamente si se trataba de una muerte cardíaca o de una muerte cerebral. En la actualidad sabemos que el mecanismo de la muerte que pueden producir los anestésicos afecta todos los órganos, todos los tejidos, ataca los puntos más débiles del organismo, para luego extender su dominio a todo el cuerpo.

Los estudios bio-electro-químicos nos proporcionan los mejores elementos para advertirnos de los peligros de la anestesia por inhalación. Tales estudios nos informan acerca de la naturaleza de la muerte, de las vías por las cuales el veneno ataca, de los anestésicos que ofrecen menor riesgo y de los remedios que pueden ser eficaces. Conocemos ahora cuál es la resistencia que oponen las diferentes células frente al efecto deletéreo del cloroformo, del éter, del gas hilarante, del etileno. Sabemos que el gas hilarante no disminuye la actividad vital de los tejidos en el grado que lo hacen el éter y el cloroformo; en fin, que en los individuos ancianos y débiles, la anestesia por etileno es preferible a cualquier otra.

El "sueño crepuscular" es igualmente peligroso, pues lo son todos los narcóticos y todos los métodos de anestesia. También el procedimiento eléctrico de originar el sueño artificial ha sido abandonado por el momento, pues tiene el defecto de que los poderosos aparatos empleados pueden fulminar al paciente. Tales métodos sólo podrán aplicarse en cirugía cuando se haya conseguido una técnica perfecta en el empleo de la electricidad.

En una palabra: es necesaria la mayor prudencia por parte de quienes dedican sus trabajos a dominar el dolor, con objeto de que no sobrevenga la muerte como final de sus esfuerzos. Uno de los hombres más activos en la campaña contra los riesgos de la inhalación es el conocido anestesista americano Palvel J. Flagg, quien ha fundado la Sociedad para la prevención de la asfixia. Su obra *The Art of Anesthesia* es una valiosa introducción al estudio de los anestésicos y de sus peligros.

Si el médico vence casi siempre a la muerte al usar un narcótico, la victoria puede escapársele de la mano cuando se interpone el demonio del acostumbramiento. Entonces se produce un círculo vicioso en el que cada enemigo se halla en las manos del otro, la muerte en las manos del acostumbramiento y el acostumbramiento en las manos de la locura. El médico que sólo se propone

aliviar el dolor del paciente, puede llegar a producir la muerte del cuerpo o el aniquilamiento del espíritu. Grande es el precio pagado por dominar el dolor.

Las raíces, los jugos, los gases, los vapores, a los que el médico acude para mitigar los sufrimientos, son también las raíces, los jugos, los gases, los vapores por los que suplican y se esclavizan quienes se habitúan a su uso. En la intoxicación producida para calmar los dolores se presentan visiones placenteras que atenazan y atraen al paciente, hasta obligarle al empleo habitual de la droga. Pero este hábito aniquila el cuerpo y el alma. La consecuencia es peor que los propios dolores, peor que la muerte, porque al fin ésta es el alivio definitivo del doliente.

Dice un viejo proverbio persa que en las sustancias que calman el dolor están ocultos dos tipos de fuerzas misteriosas: las que producen solaz y las que dan lugar al crimen y a la locura. Homero ya nos previene contra estos remedios que hacen olvidar el hogar y la familia, y transforman al hombre en un cerdo. Van Swieten, el famoso holandés que fué médico de la Emperatriz María Teresa, escribió respecto a los narcóticos: "Muy útiles en el arte de curar son los remedios que durante un tiempo hacen insensible el alma a los dolores; pero su uso ofrece peligros, pues producen una extraña confusión mental".

Naciones, generaciones, civilizaciones han sido esclavizadas de un modo u otro por el hábito de las drogas. Heródoto cuenta que los escitas nómadas usaron el cáñamo indiano como intoxicante. En el siglo XI, Hassan ben Sabad fundó una secta de fanáticos, cuyo asiento principal era el Monte Líbano, y cuyo jefe era conocido por los adieitos con el nombre del Viejo de la Montaña. Los miembros de esta secta acostumbraban a embriagarse con cáñamo indiano o haschich. Bajo la influencia de esta droga experimentaban agradables visiones y creían encontrarse en el Paraíso.- El Viejo de la Montaña persuadía a sus secueces de que si obedecían ciegamente sus órdenes residirían para siempre en el Paraíso. Creyendo en sus palabras, los hombres intoxicados con haschich robaban o mataban

según les indicaba su jefe. Tal es el origen de la palabra "asesino", que deriva del arábigo *hassassi* o bebedor de haschich.

La droga llamada "bhang", preparada para ser fumada, ha sido largo tiempo un tóxico peligroso en varias partes de Asia y África, habiendo adquirido en estas últimas épocas una notoriedad indeseable en los Estados Unidos, donde, con el nombre de "marijuana", se venden entre los jóvenes de los institutos y colegios americanos cigarrillos que contienen la indicada droga. Se ha calculado que aproximadamente una mitad de los casos pertenecientes a la criminalidad juvenil tendría lugar entre los fumadores de marijuana.

Pero, sobre todo, el opio, como calmante del dolor, ha sido y es peligroso por la facilidad con que los individuos se habitúan a él. En las tablas asirias y en los papiros egipcios, podemos leer que en los años 1500 y 2000 antes de Jesucristo, mujeres, muchachos y muchachas acudían por la noche a los campos de adormideras para incindir las cápsulas verdes y recoger el jugo exudado con el que preparaban brebajes intoxicantes.

A lo largo de los caminos de Babilonia y Nínive, caravana tras caravana conducían este tóxico que manaba de las adormideras, hasta Irán, Mesopotamia, Ecbatana, Teherán, y luego, a través de Egipto, al norte de África.

Según los sacerdotes paganos y los hechiceros, el sueño producido por el opio era el medio de que el alma pudiera ascender a la morada de los dioses; y para los mahometanos, a quienes el profeta había prohibido el uso del alcohol, el opio vendría a constituir un eficaz sustituto para poder obtener un goce anticipado del Paraíso.

Siguiendo su conquista entre los mahometanos, el opio, denominado "Mash-Allah" (que significa "gloria de Dios"), continuó su camino desde la Arabia a la India, Persia y Turquía, imprimiendo sus huellas sobre toda la civilización mahometana.

En la Edad Media, el producto de las adormideras vino a constituir el principal elemento del comercio de Oriente,

y el Gran Mogol declaró monopolio del Estado la exportación del opio.

China, más que otros países, ha sentido la influencia del opio sobre sus destinos, y las guerras emprendidas tuvieron a esta droga como causa. En un principio, el fumar opio era un privilegio de los mandarines; pero pronto su uso se extendió por todo el pueblo, constituyendo un problema político importante. En el año 1729, el Hijo de Dios, el Emperador Yung Chen, trató de disminuir el inmoderado uso del opio, restringiendo su cultivo.

Los astutos comerciantes holandeses y británicos quisieron aprovecharse de estas prohibiciones hechas en beneficio del pueblo chino. Poco tiempo después, la East India Company embarcaba cada año alrededor de 20.000 cajas de opio con destino a China. Las autoridades de este país sintieron la necesidad de hacer algo para evitar la destrucción de su propio pueblo ocasionada por un vicio que había sido fomentado por extranjeros sin conciencia. El gobierno chino se incautó de los depósitos ingleses de opio en Canton, y destruyó el veneno introducido por contrabando. Entonces el gobierno inglés envió una expedición punitiva y comenzó la infamante guerra del opio que Gladstone calificó de inicua y de vergonzosa para Inglaterra. No obstante, la guerra continuó hasta que, en el año 1860, el Emperador Kia-King firmó el tratado de paz de Tientsin, por el cual un cierto número de puertos chinos quedaba abierto a la importación libre del opio. Al terminar el siglo XIX, el valor del opio importado en China ascendía a varios millones de libras, francos, guldens y ducados; y según las estadísticas publicadas en el año 1906, el veintisiete por ciento de los varones adultos en China serían fumadores de opio.

La influencia del hábito del opio tuvo efectos especialmente desastrosos en Java y en Argel. Bajo la acción de la droga, los javaneses y malayos de la isla, atacados de una locura rabiosa ("amok"), recorrían las calles matando a quien encontraban a su paso. Por lo que se refiere a Argel, diremos que, a mediados del siglo XIX, los moros

de aquella ciudad se habían dedicado de tal modo al opio que una mitad de ellos terminó sus días en asilos.

En el año 1898 un químico alemán descubrió la heroína, el más peligroso de todos los alcaloides (y tiene más de treinta) contenidos en el opio crudo. En el año 1927 una firma holandesa embarcó con destino a China 4.600 libras de heroína, es decir, más del doble de la cantidad que necesita el mundo para legítimos usos de la medicina.

Pero si Europa se lucró de un vicio asiático, recibió su retribución. El Oriente no sólo trajo a Occidente los ochenta y ocho sabios proverbios de Lao-tsé, la sabiduría política de Confucio, los *Cuentos de Las Mil y Una Noches* y la filosofía hindú, sino también la pipa de opio y la larga experiencia asiática de su uso.

Aparte del vicio de fumar opio, el láudano (solución alcohólica de opio) ha sido familiar en Europa desde los días de Paracelso. El mismo Paracelso consideró al opio como la "piedra filosofal", debido a la capacidad de la droga para producir visiones placenteras. Más tarde el opio ha estimulado la imaginación de los artistas, y muchos famosos escritores se contaron entre los partidarios del opio. Recordemos a Thomas de Quincey, autor de las *Confessions of an English Opium Eater*, de quien se dice que tomaba ocho mil gotas de láudano por día; a Coleridge y Southey, famosos poetas, y, en Francia, al inmortal Baudelaire. Estos maestros de la literatura desplegaron incomparable habilidad (y quizás una desenfadada fantasía) al describir las visiones fascinantes que producía el láudano; y muchos fueron los que, sugestionados por las inspiradas frases, no tardaron en seguir a los maestros de la pluma en su senda engañosa del uso habitual de la droga.

Los gases y vapores anestésicos utilizados en la terapéutica neumática pueden producir una alegría y una excitación que tentó a los buscadores de placeres a emplear el gas hilarante y el éter. Estas drogas llevaron por caminos peligrosos a quienes se sintieron seducidos por ellas. Quiero recordar, como el primer caso de sensación

agradable por el cloroformo, el de la sobrina de Simpson, Miss Petrie, cuando en pleno éxtasis exclamaba: "¡Comienzo a volar, soy un ángel, soy un ángel!" Algunas personas que por casualidad, o debido a una intervención quirúrgica, han inhalado cloroformo, experimentaron sensación de euforia, de bienestar, e igual que el ebrio de la Sagrada Escritura han dicho: "Quiero insistir nuevamente". El pobre Wells, el hombre fracasado, encontraba su único goce en la intoxicación con cloroformo, y terminó suicidándose.

De todos modos, el médico tiene que recurrir a estos remedios peligrosos, al cloroformo, al éter, al gas hilarante, al opio, a la heroína, al cáñamo indiano, cuando tiene que mitigar los dolores que produce el bisturí del cirujano o los que origina el parto. Ahora bien, en cuanto esto sucede, se corre el peligro de que la persona que ha sentido aliviarse sus sufrimientos contraiga el hábito. Y este riesgo de habituarse a la droga es mucho más peligroso, para la salud, que las enfermedades y el dolor.

En la actualidad los enfermos ya no experimentan dolor alguno durante las operaciones quirúrgicas. Un gas o un vapor atraviesa sus pulmones, penetra en su circulación y le conduce hacia el mundo extraño de los sueños. Pero muchas veces, quien ha gozado de las ventajas de la insensibilidad durante la operación, recuerda luego la deliciosa sensación experimentada cuando la intoxicación le transportaba al sueño, llenando su mente de fantásticas visiones. Debido a esto, algunos de los que han sido operados bajo la acción de la anestesia sienten el deseo de ser anestesiados otra vez, trátase de gas hilarante, éter, cloroformo, narcileno, etileno, o de otro anestésico o analgésico, pudiendo sobrevenir un hábito.

Con la jeringa hipodérmica, el médico posee un medio de eficacia incomparable para calmar el dolor. Un enfermo solicita su asistencia a causa de un cólico hepático o renal, o por padecer una cardialgia o una neuralgia; una mujer pide ser aliviada de los dolores producidos por el parto; rápidamente se recurre a la jeringa y se inyecta

morfina, que en muchos casos representa el mejor tratamiento. El resultado es maravilloso. Un momento antes el paciente era presa de un dolor intolerable y la vida nada significaba ante este tormento. Pocos minutos después el dolor se desvanece y hasta es olvidado, una sensación de bienestar invade el cuerpo torturado, y la muerte agitada se tranquiliza. El dolor ha desaparecido y la vida es ahora amable bajo los efectos de la maravillosa intoxicación.

Quien ha pasado tan rápidamente del tormento a la felicidad, no puede olvidarlo. El recuerdo persiste; y aun después de largo tiempo de desaparecer el dolor, el individuo desea renovar aquel agradable estado. No se trataba únicamente de un alivio del dolor sino de un positivo placer, y la monotonía de la vida diaria no es el mejor sustitutivo del placer sentido. La mente exige su repetición, trata de ir en su busca, y tras pocas o muchas repeticiones el deseo esclaviza a quien así lo busca, terminando por constituir un hábito.

La rapidez con que el dolor desaparece después de la inyección hipodérmica, la sensación de bienestar, que es un refugio de la áspera realidad, han creado esas legiones de adeptos de las drogas.

Los efectos del hábito actúan desastrosamente, alterando también las generaciones sucesivas. Charcot refiere haber observado, en la Salpêtrière, que los fetos se agitaban furiosamente dentro del vientre de las madres toxicómanas, si se suprimía repentinamente el uso del opio o de la morfina. Los niños nacidos eran casi siempre enfermizos, y sólo encontraban alivio con la administración de morfina.

Quando en el siglo XIX se observó un marcado desarrollo del individualismo, el autorretrato, la exposición de la propia personalidad, vino a constituir entre los intelectuales uno de los métodos favoritos de expresión. En estas obras de la inteligencia sumida en los abismos del éxtasis tóxico la psicología moderna ha encontrado amplios campos de estudio, y, en consecuencia, la actual medicina psi-

cológica ha podido contar con las descripciones más detalladas de este infierno dantesco en que se movía el espíritu de esas criaturas víctimas de las drogas.

Una de las más grandes maldiciones de la morfinomanía es que los adeptos, en su irresistible inclinación morbosa, necesitan aumentar constantemente las dosis. Al principio es suficiente la inyección de un centígramo o centígramo y medio para producir el efecto deseado; pero gradualmente hay que aumentar las dosis, requiriéndose hasta diez, y aún hasta cien veces la cantidad inicial.

En las personas habituadas a la droga, ésta no produce sueño; da lugar, a lo sumo, a estados de pesadilla.

Para el morfinómano, su tóxico es más esencial que el respirar; y tan necesario para su vida, como pueda ser el aire. Sus pensamientos, sus sentimientos, se concentran en la necesidad de procurarse la cantidad suficiente del veneno. Lo que al principio alivió el dolor o produjo un placer, se ha transformado en un inexorable tirano. La droga tiene a su víctima bajo su garra. El morfinómano sólo se comporta como un ser seminormal cuando se ha procurado la cantidad suficiente del tóxico. Su cuerpo y su alma están entregados a la droga.

Desde entonces todo se supedita a satisfacer el deseo; el morfinómano sacrifica sus negocios, su familia, su ambición, su felicidad y el respeto a sí mismo. Esto nada significa en comparación con su invencible necesidad. Al fin se presentan los síntomas de decaimiento físico y moral. La inteligencia se embota, la memoria falla, el sentido ético se desvanece, la voluntad se debilita. El morfinómano es extraordinariamente irritable; su respiración es lenta e irregular, padece graves alteraciones digestivas e impotencia sexual; tales son las consecuencias del immoderado empleo del opio o de la morfina.

Pero si la morfinomanía es una maldición, la desmorfinitización, la supresión de la droga es peligrosa y da lugar a grandes sufrimientos. La morfina, como todas las drogas que producen acostumbamiento, provoca en el organismo la creación de una antitoxina. A ella se debe

que sea necesario elevar constantemente la dosis para producir el efecto deseado. Cuando esta dosis se suprime repentinamente, la antitoxina, que sigue siendo elaborada por el organismo, no es neutralizada por la morfina, y entonces actúa a su vez como tóxico; a la exaltación del deseo se unen los síntomas alarmantes de la carencia; tales son los efectos de la supresión súbita.

El cuadro del morfinómano aparece todavía con colores más tétricos cuando se trata de la heroína. Nuevas drogas, y la reaparición, bajo otras formas, de algunas viejas, han creado nuevos hábitos. Ya he mencionado el vicio de la marihuana, que ejerce su nefasta acción en los Estados Unidos y ha invadido la Gran Bretaña. La ley contra las drogas peligrosas en este último país, las leyes semejantes de otros pueblos y la acción internacional no han conseguido poner fin al comercio de estos tóxicos y al uso abusivo de tales narcóticos.

En el año 1888 un notable joven fisiólogo de Viena, que tenía ante sí un gran porvenir científico, cayó en las garras del opio. Sigmund Freud, que era el médico que le asistía, ensayó varios métodos de curación.

Treinta años antes, el Dr. Scherzer, al volver de un viaje por Chile, Bolivia y Perú, trajo las hojas de una planta llamada *Erythroxylon coca*, que los indígenas de esos países masticaban para combatir los síntomas de hambre y fatiga. En el laboratorio de Friedrich Wöhler, el famoso químico Dr. Albert Niemann aisló el principio activo contenido en esas hojas, su alcaloide, al que dió el nombre de cocaína. Al poco tiempo algunos médicos americanos declararon que esta nueva droga, la cocaína, era un remedio eficaz contra la morfinomanía.

Habiendo ensayado sin resultado varios remedios, el Dr. Freud administró cocaína a su enfermo con la esperanza de curarle. La esperanza fué vana, pues al usar esta droga, para conseguir la desmorfinitización, pudo observar que el remedio, en lugar de curar, agravaba la enfermedad superponiendo al primero un nuevo y no

menos peligroso hábito. Los ensayos para suprimir la morfínomanía con la cocaína eran algo así como llamar a Belebú, monarca de los infiernos, para expulsar a los diablos.

La introducción de la cocaína en los usos médicos fué el origen de un nuevo y desastroso hábito. Sin embargo, este alcaloide tuvo gran importancia en la historia de la anestesia. Antes de su descubrimiento habían sido realizados varios ensayos para lograr la anestesia local, como, por ejemplo, pulverizar con éter la parte que iba a ser operada. Pero el empleo de la cocaína para obtener esa forma de anestesia abrió nuevos y seguros caminos.

El descubrimiento comenzó, caso extraordinario, durante los experimentos que hizo el Dr. Sigmund Freud en un vano intento de curar la morfínomanía con el uso de la cocaína.

Refiriéndose a ese episodio Freud dice: "En el año 1884 una importante cuestión atrajo poderosamente mi interés, dirigiéndome a Merk para conseguir un alcaloide poco conocido, la cocaína, con objeto de estudiar sus efectos fisiológicos." Freud solicitó la ayuda de su amigo Carl Köller, cirujano del Hospital general de Viena, y ambos estudiaron el nuevo producto. Entonces pudieron confirmar lo que ya antes había observado Friedrich Wöhler, o sea que "la cocaína es una sustancia de sabor algo amargo, que produce un embotamiento de los nervios gustativos, dando lugar a una casi completa insensibilidad".

Partiendo de estos datos, Freud continuó experimentando sobre sí mismo, y halló que la cocaína aplicada localmente paralizaría los nervios sensitivos, sin ejercer efectos marcados sobre el sistema nervioso central. En vista de ello le pareció posible que, mediante el uso local de la cocaína, podría eliminarse temporalmente la sensibilidad de ciertas áreas. Así, en el verano de 1884, comenzó a estudiar una nueva forma de anestesia local llena de promesas. Pero asuntos privados separaron a Freud de sus investigaciones. "Mientras estaba entregado a esta

obra — escribe él —, tuve ocasión de hacer un viaje, durante el cual vislumburé mi futuro, al cual pude dedicarme después de una ausencia que duró dos años."

El joven médico no pudo aprovechar esta oportunidad. Partió, y la continuación de los experimentos fué llevada a cabo por su amigo Carl Koller. Éste hallábase especializado en las operaciones de ojos y, como es natural, se le ocurrió, en primer término, ensayar el efecto de la cocaína sobre los nervios de la conjuntiva y de la córnea.

"Los experimentos que he realizado en colaboración con Freud — escribe Köller —, me demostraron que la cocaína es un anestésico local. En el laboratorio de Stricker he continuado el estudio de la fisiología y patología. Preparé una solución de cocaína, de la que instilé algunas gotas en los ojos de una rana. Luego hice lo mismo con un conejillo de Indias, y finalmente realicé el ensayo sobre mí mismo y sobre algunos de mis compañeros. El día 15 de septiembre de 1884 hice una comunicación sobre este tema, en Heidelberg, y el 17 de octubre de 1884 expuse más detalles en la Sociedad médica de Viena. Poco después, recomendé a mi colega Jellinek, ayudante de la clínica laringológica de Shroetter, que utilizase en su práctica la cocaína como anestésico local, cosa que hizo con completo éxito."

"Mas tarde — dice nuevamente Freud —, cuando volví a Viena, encontré que mi amigo Köller, que había trabajado conmigo sobre la cocaína, consiguió decisivos progresos en su uso. En consecuencia, debe ser considerado justamente como el descubridor de la anestesia con cocaína, que ha tenido gran importancia en la cirugía menor. Pero no estoy dispuesto a sentir reñores contra mi mujer, por haberme impedido tal honor."

Un notable descubrimiento, en un campo completamente diferente, le estaba reservado a Sigmund Freud: el del psicoanálisis.

Difícilmente podrá decirse que un descubrimiento ha carecido de antecedentes. En el caso de la anestesia local,

pueden hallarse pruebas de que fué intentada en los más remotos tiempos. Cuando Loret estaba haciendo excavaciones en la necrópolis de Saqqarah, encontró pinturas que probablemente datan de unos 2.500 años antes de Jesucristo. Tales pinturas demuestran claramente que los antiguos egipcios usaban la compresión de los nervios periféricos como un medio de producir anestesia local.

Los estudios recientes sobre la historia de la medicina nos muestran que, en los finales del siglo XVIII, James Moore realizó amputaciones bajo la acción de la anestesia local producida por la compresión de los nervios ciático y crural anterior. También es conocido que los miembros en tales condiciones "quedan dormidos".

Ya hemos indicado que el frío fué usado como anestésico local. Mucho tiempo antes de que se descubriera la cocaína, se embotaban e insensibilizaban las terminaciones nerviosas aplicando hielo o nieve. El famoso Hunter utilizó el método; y en los tiempos de las campañas de Napoleón, Larrey operaba de este modo a los soldados durante la estación fría para que no experimentaran dolor. En el año 1852 James Arnott aplicó una "mezcla refrigerante" de hielo y sal para insensibilizar la región donde se iba a operar.

Más tarde, cuando comenzó a desarrollarse la química de los gases y vapores, se propuso el empleo del frío ocasionado por la volatilización para producir anestesia. Los primeros ensayos fueron hechos por Ozanam, en el año 1858, con ácido carbónico licuado; pero el verdadero iniciador del uso de la evaporación de los flúidos volátiles sobre la piel fué Sir Benjamin Ward Richardson, quien en el año 1867 introdujo la pulverización de éter. El éter aplicado sobre la piel mediante un pulverizador se evapora rápidamente, y reduce tanto la sensibilidad que es posible llegar a abrir abscesos sin provocar dolor. Últimamente se han utilizado otras sustancias para la pulverización, entre ellas el éter nelfico y el bicloruro de metileno.

También la insensibilidad provocada por el principio

activo contenido en las hojas de la coca era conocido desde las épocas remotas por los indígenas de los países donde crecía esa planta. Los brujos del antiguo Perú masticaban coca y aplicaban la saliva impregnada con ella sobre las heridas de los pacientes que iban a ser operados. El mismo Dr. Scherzer, que, como hemos dicho, fué el primero que introdujo la coca en Europa, pudo observar que dicha práctica era corriente entre los nativos del Perú.

Pero necesitábase del genio intuitivo de un hombre excepcional que, aislando y combinando los hechos conocidos, fuera capaz de producir tan gran progreso. Tal hizo el médico vienés Carl Köller, quien teniendo en cuenta los principios conocidos de la anestesia local y apoyándose en las observaciones anteriores de Wöhler y Freud sobre la cocaína, empleó la inyección hipodérmica, con lo que obtuvo un método nuevo y eficaz para lograr la insensibilidad local. En efecto, Köller fué el primero que inyectó una sustancia química bajo la piel, con el propósito de producir anestesia local.

Esto constituyó un decisivo progreso en la lucha contra el dolor.

Hasta entonces, los narcóticos y anestésicos en general actuaban causando un sueño artificial. Era necesario anular la conciencia y la personalidad antes de que se llegase a suprimir el dolor. Los pensamientos, los sentimientos, la acción, la vida entera pasan a un estado de inconsciencia, de insensibilidad, de inmortalidad, igual al de la muerte, antes de que el dolor desaparezca. Quien desee verse libre de sufrimientos debe pagar, como tributo, la entrada en el Valle de la Muerte. Pero ahora, tras el descubrimiento y perfección de la anestesia local, este tético disfraz se ha hecho superfluo.

La anestesia pareció un milagro a quien primero contempló un enfermo sumido en el sueño artificial, por la inhalación de un vapor, y sin dar muestra alguna de temor ante el bisturí. Ahora se producía un segundo milagro ante los ojos de quien observase la técnica de la anestesia local. El paciente conservaba el conocimiento sin

estar obligado a pasar al mundo de los sueños; veía, oía, hablaba, contestaba las preguntas del cirujano, percibía los afilados instrumentos que herían su piel, pero no experimentaba dolor. Asistía a la intervención que sobre él se practicaba, con la misma indiferencia que si se tratase de otra persona.

¿Qué había sucedido? En lugar de la narcosis completa, que se apodera totalmente de cuerpo y alma antes de producir la insensibilidad, disponíase de un método de adormecimiento de la región, gracias al cual la parte que va a ser objeto de la intervención queda insensible mientras el conocimiento del operado, su cuerpo y su personalidad se conservan en estado normal. Ya no era necesario suprimir enteramente la conciencia del sujeto, "luchar con él" para poder vencer al dolor. Es suficiente interrumpir la conducción de los impulsos en su camino al sensorio. En cuanto tales sensaciones, originadas en el lugar de la operación, no pueden llegar al sensorio, el dolor no se produce; pues aun cuando éste es primariamente, en muchos casos, un fenómeno local producido localmente, la percepción tiene lugar en el sistema nervioso central.

En un principio la anestesia local con la cocaína usábase únicamente en oftalmología y laringología. Vasili Konstantinovich von Anrep fué el primero que aplicó la anestesia local a la cirugía general. Pero aun cuando la anestesia local fué descubierta en Europa, su desarrollo, nacido del perfeccionamiento de su técnica, se siguió en América. Uno de los principales cirujanos del Johns Hopkins Hospital, el Dr. William S. Halsted, fué el primero que inyectó la cocaína en los troncos nerviosos, produciendo la anestesia del área periférica por la que se distribuyen las ramas del nervio inyectado. De este modo Halsted pudo practicar operaciones importantes, que hasta entonces sólo habían podido ser realizadas bajo anestesia general.

En el año 1885, tan sólo un año después del descubrimiento de Köller, el doctor americano Leonard Corning

propuso la anestesia espinal. Introducía la aguja de una jeringa cargada con solución de cocaína en la porción lumbar de la médula espinal, y, al inyectar el contenido, producía una insensibilidad, que duraba tres horas, en toda la parte inferior del cuerpo y en las extremidades inferiores. De este modo era posible ejecutar operaciones indoloras sobre los intestinos y los ovarios, mientras el paciente conservaba completamente el conocimiento.

Un tercer médico americano, el doctor Robinson, perfeccionó este método. Extrae una pequeña cantidad de líquido céfalorraquídeo antes de inyectar una cantidad análoga de solución de cocaína, y así consigue la completa anestesia de la mitad inferior del cuerpo.

De igual modo como disputan después de una batalla los vencedores y vencidos, los habitantes de cada país discuten los problemas concernientes a la prioridad de un descubrimiento científico. Massachusetts, Connecticut y Georgia reclamaban el honor de haber sido la cuna del descubridor de la anestesia por inhalación; la disputa fué más tarde entre América, Francia y Alemania acerca de quién fué el descubridor del cloroformo; ahora la controversia se renovó con motivo de dilucidar a quién correspondía el mérito de haber propuesto la anestesia espinal, la punción lumbar y otras importantes innovaciones en la cuestión de la anestesia local. Quien considere la discusión de modo desapasionado podrá convenirse que los méritos corresponden por igual a América, Alemania y Francia.

Mientras Halsted, Corning y Robinson en América hacían importantes descubrimientos y fueron los primeros en realizar con anestesia local intervenciones de cirugía mayor, en los países de habla alemana Anton Wölfler, ayudante de Billroth, realizó también operaciones con anestesia local por cocaína, en la misma época en que lo hicieron los americanos y con independencia de ellos.

Francia ocupa también en estas cuestiones el primer rango, no sólo porque ha sido el país a quien se debe la

eringa hipodérmica, sino también porque el médico francés Paul Reclus dedicóse intensamente al estudio de la anestesia local, desde el año 1885 hasta el momento de su muerte, ocurrido en la época en que estalló la primera gran guerra. Sus investigaciones han enriquecido la medicina científica con el conocimiento de la anestesia regional por infiltración, producida por la inyección de una solución salina normal en el interior de los troncos nerviosos (*anestesia troncular*), debiéndose a él la *anestesia esplácnica*, que tiene gran utilidad en las operaciones abdominales importantes.

Volviendo otra vez a las investigaciones practicadas en Alemania, recordaremos que, en el año 1899, August Bier, un cirujano de Griefswald, propuso el método de inyectar una solución débil de cocaína entre las envolturas medulares, introduciendo la aguja entre la tercera y cuarta vértebra lumbar. La anestesia de la mitad inferior del cuerpo así producida dura varias horas. Bier ensayó primeramente su método en animales, y luego sobre sí mismo y sobre su ayudante Hildebrandt. Con el método de la punción lumbar, así establecido, Bier pudo realizar operaciones muy importantes, conservando el enfermo su pleno conocimiento.

Al mismo tiempo que Bier, pero con independencia de él, un gran cirujano parisiense, Théodore Tuffier, empleó la anestesia espinal. Por lo tanto, este método puede atribuirse con igual razón a Tuffier, a Bier o a los americanos.

A pesar de la obra de los americanos, la introducción de la anestesia por infiltración con parálisis de los nervios sensitivos es de ordinario y justamente atribuida al médico y filósofo alemán Carl Ludwig Schleich, y muchas veces denominase a dicha anestesia "método de Schleich". Con este método se consigue la insensibilidad completa de la piel, de los músculos, y de todas las cavidades del cuerpo, de modo que la anestesia por infiltración puede considerarse como muy eficaz, especialmente para operaciones superficiales no muy prolongadas.

No hay ni qué decir que también se han propuesto combinaciones de la anestesia general por inhalación con la anestesia local. En varios países se han realizado experimentos en ese sentido, particularmente con gas hilarante. Los pacientes son anestesiados previamente con óxido nitroso y luego la operación se realiza con anestesia local o espinal. La eficacia e inocuidad de estos métodos son muy conocidas.

Mediante uno u otro de los métodos de anestesia local antes citados se han podido evitar, aunque no completamente, algunos de los peligros y desventajas de la anestesia general. Los partidarios de la anestesia espinal y de la punción lumbar han hecho numerosos experimentos en animales; y detenidas observaciones microscópicas han establecido que la acción de la cocaína no es nociva para la medula espinal. Pero también algunos médicos, basándose en su experiencia, insisten sobre los peligros del método diciendo que su eficacia ha sido exagerada.

Mientras Carl Ludwig Schleich, en una obra de conjunto, señala las desventajas y peligros de la anestesia general por inhalación, sus adversarios mantienen que el método de Schleich ha aumentado actualmente la mortalidad entre los anestesiados a consecuencia de la cocainomanía.

No puede negarse que la introducción de la cocaína en la práctica médica ha dado lugar al riesgo de fomentar la cocainomanía, pues la cocaína, como la morfina, es uno de esos venenos que pueden considerarse, a la vez, como una bendición y como una maldición. Hacía ya largo tiempo que los nativos de Sudamérica, aunque no conocían el alcaloide, sospechaban sus peligros. Acostumbrados a masticar las hojas de coca como estimulante e intoxicante, hablaban del "árbol del infierno", pues habían observado los efectos debilitantes y desmoralizadores de la droga sobre el cuerpo y el espíritu de quienes la consumían. La introducción de la cocaína en Europa fué seguida muy pronto de la cocainomanía. El alca-

loide, administrado por inyección o como polvo aplicado a las fosas nasales, da lugar a alucinaciones que terminan por la locura, el suicidio, el crimen y, muchas veces, por la muerte. Constituyen legión los entregados a las inyecciones de cocaína o al "rapé blanco"; y los hombres de ciencia tienen ante ellos una gran labor para restringir, prevenir o anular las terribles consecuencias del veneno procedente del "árbol del infierno". Con este objeto los químicos modernos se han dedicado a obtener preparaciones sintéticas substitutivas.

La química farmacéutica moderna ha seguido paralelamente los grandes progresos de la ciencia general. Uno de sus más notables avances ha sido el referente a la eliminación de los efectos secundarios perjudiciales de los anestésicos, reemplazando los radicales tóxicos por otros, con lo que se ha conservado la acción eficaz, desechando las primitivas desventajas. En el año 1892 se descubrió la tropocaína; en 1897 la eucaína; en 1904 la estovaína; en 1905 la alipina, y en el mismo año la novocaína, el mejor de los sustitutos de la cocaína. Este último remedio, actualmente indispensable en la anestesia local moderna, fué preparado por dos científicos de Munich: Alfred Einhorn, el químico, y H. Braun, el clínico. Poco tiempo después, dos médicos prepararon la isocaína, que tiene las ventajas de la novocaína para la anestesia por infiltración, y las de la cocaína para la oftalmología.

Los perfeccionamientos que la ciencia iba consiguiendo en el dominio del dolor trajeron también los peligros de la muerte y el grave riesgo de habituarse a los tóxicos. Era necesario que los químicos completaran esta obra evitando los accidentes trágicos que siempre acechan para oponerse al triunfo.

Aunque la humanidad todavía no ha dado el último paso a lo largo de las rutas emprendidas, no puede negarse que los descubrimientos realizados en una sola centuria, referentes a la anestesia general y local y a los agentes químicos empleados para estos usos, han marca-

do un enorme progreso, quizás el más maravilloso de todos los adelantos obtenidos.

¿En qué consistía la cirugía de los tiempos anteriores al descubrimiento de la anestesia? ¿Cómo se practicaba cuando desde las manos de los barberos y charlatanes pasó a las de renombrados cirujanos profesionales? El famoso William Cheselden no podía conciliar el sueño cuando había decidido practicar una operación de importancia, pensando en los dolores que iba a producir y en los riesgos que iba a hacer correr al enfermo. El cirujano de aquellos días no podía operar con lentitud. Quien era capaz de actuar con mayor rapidez era considerado como el mejor cirujano, pues, al menos, no prolongaba las torturas del desdichado paciente. Las operaciones eran cronometradas. Cheselden extirpaba un cálculo biliar en cincuenta y cuatro segundos. Langenbeck, cirujano jefe del ejército hannoveriano en los días de Napoleón, "realizaba una amputación, a la altura del hombro, en el tiempo que se emplea para tomar un polvo de rapé". Liston, que vivió por la época en que Morton descubrió el éter y Simpson el cloroformo, era famoso por la rapidez con que operaba, diciéndose que podía realizar completamente una amputación en treinta y dos segundos.

Siendo el principal objeto ganar tiempo, era imposible que, durante ese verdadero trabajo de carnicero, se respetasen los tejidos en la forma como lo hacen los cirujanos modernos; ni hubiese sido factible obedecer las normas de la cirugía antiséptica y aséptica, de haber sido conocidas. La infección de las heridas continuó pagando su trágico tributo hasta después de veinte años de haber sido empleada la anestesia. Fueron Semmelweis, Pasteur y Lister, con sus descubrimientos, los que protegieron las heridas de la infección microbiana; pero este gran progreso de la cirugía sólo fué posible gracias al anterior descubrimiento de la anestesia.

En la actualidad, cuando los cirujanos disponen de los mencionados anestésicos generales y locales y se ha per-

feccionado la técnica de su administración, cuando la antiseptia y la asepsia han relegado casi al pasado la infección de las heridas, el operador se siente dueño de la naturaleza. En estas condiciones, el cirujano puede dedicarse sin apresuramientos a la aplicación de las normas de un arte que se ha transformado completamente gracias a la anestesia y a la asepsia.

Billroth, Kocher, Halsted, Tuffier, los hermanos Mayo, Harvey Cushing, Sauerbruch y tantos otros cirujanos de los modernos tiempos, han sido capaces de realizar operaciones que parecían imposibles a mediados del pasado siglo. El bisturí ha podido hacer así grandes milagros, actuando sobre el estómago, los intestinos, el útero, la laringe, el corazón y hasta sobre el cerebro.

CAPITULO XX

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Los estudios médicos y psicológicos del dolor han proporcionado importantes armas que se han usado para poder vencerlo. Tales estudios, de índole científica, son muy modernos, mientras que el dolor es eterno y ha afligido al hombre desde los tiempos más remotos. En una época en que los métodos de anestesia general y local eran capaces de permitir operar sin dolor, cuando ya los médicos usaban la jeringa hipodérmica y disponían de un verdadero arsenal de sustancias que calmaban todo género de sufrimientos, la teoría médica poco podía decir acerca del dolor. Apenas si era capaz de descubrir vagamente sus manifestaciones usando términos desprovistos de precisión científica, y calificar a los dolores de penetrantes, lancinantes, taladrantes, furiosos, crispantes, pulsátiles, mordientes, cortantes, desgarradores, lacerantes, amortiguados, agudos, ardientes, radiantes, etc.

Cierto es que los médicos instruidos sustituyeron estos calificativos vulgares por otros, no menos vagos, tomados del griego y del latín, constituyéndose así ese vocabulario médico característico de nuestros días. Los calificativos usados por los médicos, con respecto al dolor, referíanse tan sólo a su duración e intensidad, pues sólo tenían en cuenta el carácter cuantitativo y no el cualitativo. Pero en cuanto se refiere a la naturaleza esencial y fisiológica del dolor, a la cadena anatómica a través de la cual se transmiten al sensorio las impresio-

nes nerviosas que a él da lugar, en fin, a su mecanismo psíquico y significación clínica y biológica, los conocimientos que se tenían durante el siglo XIX eran tan escasos como los que se poseían durante las épocas remotas.

Y aun cuando los descubrimientos de la anestesia y de la antiseptia habían producido en la segunda mitad del siglo XIX el florecimiento de la cirugía, los estudios para profundizar en el problema dolor continuaron durante mucho tiempo desatendidos. Billroth, por ejemplo, que era uno de los tres o cuatro más distinguidos cirujanos de este período, tan sólo dedicó a este tema un par de páginas, poco meditadas, en su gran tratado de cirugía.

Durante millares de años, millares y millares de personas han sufrido torturas de toda clase sin que fuesen conocidos la naturaleza esencial del dolor, las vías sensitivas que intervienen, su mecanismo íntimo, etc. Durante toda esta larga historia del dolor —una historia que parece no tener comienzo ni fin— diríase que los hombres de las tres últimas centurias, que se dedicaron a estudiar los más profundos misterios de las funciones del cuerpo, hubieran vuelto la espalda al problema que nos ocupa.

¿Por qué hasta hace muy poco tiempo nadie quería asomarse a este abismo, cuando en realidad el pensamiento y la fantasía del hombre deberían sentirse atraídos hacia él?

La razón es sencilla: los más sublimes poderes de la inteligencia humana, la religión, la fantasía, la compasión, son los culpables de esta demora en comprender la naturaleza del dolor, pues se interponían en el camino de toda interpretación científica.

El sentimiento religioso borraba los límites entre el dolor corporal y mental. De acuerdo con lo escrito en el Antiguo Testamento, el justo sería afligido por el dolor, debido a que el Todopoderoso desea probarle y disciplinarle. He aquí por qué Job aceptaba el dolor como un envío divino, y al advenimiento de la revelación cristia-

na el sufrimiento fué definitivamente considerado como un medio de purificación que los mártires aceptaban complacidos. Los santos querían participar de los sufrimientos del hijo de Dios, y muchas veces aparecían en sus cuerpos heridas semejantes a las de Cristo, por el milagro de la estigmatización.

Esta aceptación e interpretación del dolor corporal pertenecen a todas las religiones, y a este respecto la oriental no difiere de la occidental. Por lo que al Oriente se refiere, la aceptación resignada del dolor es el requisito necesario para la reencarnación.

Pero mientras el dolor físico fué considerado simplemente como un castigo de Dios o como una prueba, una gracia y un sacramento, no podía ser objeto de investigaciones científicas.

La filosofía, considerada como una herencia religiosa, hizo suyo este concepto del dolor; y los filósofos, no menos que los santos, consideraron al sufrimiento como un medio moralizador. La aserción de los estoicos de que “el dolor no es una desgracia”, ha influido sobre toda la filosofía occidental. En su Antropología, Kant escribe: “El dolor es la espuela de la actividad, y sólo a través del dolor nosotros nos sentimos enteramente activos. Sin dolor no viviríamos”. Nietzsche, el filósofo cuya divisa era: “Alabado sea lo que nos fortifique”, mantiene que el dolor favorece la conservación de la especie.

Mientras la humanidad estuvo bajo el dominio de tales concepciones religiosas y filosóficas, era imposible la distinción entre el dolor mental y el corporal.

La idea puramente metafísica del dolor continuaba prevaleciendo en los primeros días de las investigaciones psicofisiológicas. Beaunis, Mantegazza y Ribot identificaban dolor físico y psíquico, mientras Dumont declaraba que el dolor no tenía existencia real, siendo puramente metafísico.

Con la religión y la filosofía, los dos “guardianes de la entrada” que frustraban toda investigación en el mundo del dolor, se asociaba un tercer guardián: la compa-

sión. ¿Quién podía producir experimentalmente dolor con el objeto de conocer la reacción fisiológica? ¿Quién se aventuraría a estudiar con el microscopio las alteraciones ocurridas en los tejidos afectados por el dolor? En aquellos días en que se realizaba una vigilante campaña contra la vivisección, era muy difícil, para un investigador, dedicarse a la experimentación en animales.

No obstante, hacia la mitad del siglo XIX inició su existencia una nueva escuela de investigaciones fisiológicas, una escuela que rompió las cadenas de la metafísica. Claro es que esta nueva disciplina no podía estar exenta de los males de la juventud, e inmediatamente se despertó una enconada controversia entre los dos bandos rivales. Uno de ellos mantenía que la sensibilidad es una función de los nervios periféricos sensitivos y comunes, mientras que el otro bando insistía en que, aparte de este aparato sensitivo ordinario, había otro especialmente dedicado a la recepción del dolor.

Pero esta furiosa disputa terminó por uno de los más notables descubrimientos del siglo XIX, y que fué el resultado de un estudio hecho sobre la piel. La región cutánea, el estrato más superficial de los organismos sensitivos, pudo dar la solución al enigmático misterio del dolor. Antes de las investigaciones de Alfred Goldscheider considerábase que la piel sólo estaba dotada de una única clase de sensación. Dicho autor demostró que contiene un buen número de diferentes órganos perceptivos, siendo un mosaico de complicadas piezas de las que cada una representa un tipo particular de sensibilidad. Goldscheider observó que existen tres tipos de áreas sensitivas en la piel: para la presión, para el frío y para el calor; y pudo demostrar que cada punto localizado reacciona únicamente al estímulo apropiado; los puntos receptores del frío, sólo al frío; los puntos receptores del calor, sólo al calor; y los puntos receptores de la presión, sólo a la presión. La función de cada punto es específica.

Las investigaciones de Goldscheider fueron ampliadas

por Max von Frey, quien demostró que en la piel existen también otros tipos de receptores, particularmente el de la apreciación del dolor, completamente diferente de los otros, pues no reacciona ni a la temperatura ni a la presión, y únicamente transmite al sensorio los estímulos que provocan la sensación de dolor.

Estos diferentes receptores se encuentran estratificados. En la parte inferior del estrato profundo se hallan los receptores para el calor; por encima se encuentran los del frío; sobre éstos, se disponen los de la presión y, en fin, en la parte más superficial, aparecen los de la apreciación del dolor, encontrándose aproximadamente cien "puntos del dolor" por cada centímetro cuadrado de piel.

Además, existen diferencias de la duración de la reacción entre las distintas clases de receptores. Mientras los destinados a recibir las sensaciones de presión y temperatura reaccionan únicamente durante la presencia del estímulo, los que reciben el dolor continúan reaccionando aún después de haber desaparecido el estímulo.

Al poco tiempo de haberse descubierto en la piel los receptores para los estímulos dolorosos, se encontró un aparato nervioso específico para conducir tales estímulos desde los órganos receptores a la médula espinal y desde aquí al cerebro. Adrian creyó que las sensaciones dolorosas se perciben gracias a modificaciones del potencial eléctrico que da lugar al movimiento hacia los centros a lo largo de los nervios, y pudo descubrir, en las fibras aisladas, un movimiento centripeto de ondas negativas que, al llegar al cerebro, despiertan la sensación de dolor. Fibras especiales del sistema nervioso vegetativo o sensitivo sirven para conducir los estímulos del dolor. La sustancia gris de la médula espinal, aunque por sí misma sea insensible, actúa como un acumulador del dolor. Cuando el poder conductor de la sustancia gris se encuentra alterado por la formación de cavidades en la médula espinal, como ocurre en la enfermedad llamada siringomielia, las impresiones que se refieren a la "sen-

sibilidad común" siguen siendo conducidas, mientras que las sensaciones de dolor quedan anuladas. Pero todavía no conocemos cuál es la parte de la sustancia del cerebro, o de la corteza cerebral, que contiene muchos millones de células nerviosas, donde está "localizada" la sensación del dolor.

La importancia del estudio de la piel para la dilucidación de los fenómenos del dolor ha sido revelada por las interesantes investigaciones del neurólogo inglés Henry Head. Dicho autor ha descubierto que los receptores del dolor de la piel suministran indicaciones importantes, no sólo respecto a las alteraciones de la piel misma, sino también de lugares más profundos del cuerpo. En una palabra: la piel es dañada no sólo a consecuencia de ataques que proceden del exterior, sino también por los originados en los órganos internos. Por sí mismos, el intestino, el útero, los huesos y los tendones serían casi inensibles, de tal modo que pueden ser cortados sin provocar dolor. Únicamente cuando están inflamados se produce en ellos una congestión y tumefacción que al presionar sobre los nervios circundantes da lugar a que éstos se hagan muy dolorosos. Pero aparte de esto, las afecciones de los órganos internos, por ejemplo, de los de la pelvis, originan estados de hipersensibilidad y dolor en particulares regiones de la superficie del cuerpo, faltando, mientras tanto, el dolor local. Head ha podido así encontrar, en varios casos, zonas hiperalgésicas perfectamente limitadas. En fin, dicho autor mantiene que las afecciones internas actúan por "simpatía" sobre determinadas regiones de la superficie, y, en tales casos, basta un suave contacto en el área correspondiente para provocar dolor. Head considera que a cada órgano interno corresponde una zona cutánea que reacciona, y éstas áreas se conocen con el nombre de "zonas de Head".

El estudio de los receptores, de los transmisores y de los centros del dolor ha acrecentado, naturalmente, nuestros conocimientos respecto a las causas capaces de provocarlo. Los datos referentes a este problema eran muy

limitados en las primeras épocas. Durante los tiempos del emperador Trajano, un notable médico citaba trece causas del dolor; Avicena, a principios del siglo XI, mencionaba quince; Hahnemann, el fundador de la homeopatía, reconocía setenta y cinco; George, ochenta y ocho; y Mantegazza, catoree.

En la actualidad sabemos que aunque sean múltiples las causas del dolor (presión, incisión, tensión, falta de oxígeno, venenos químicos, calor, corriente eléctrica, etc.), éste es casi siempre debido a la acción de varios estímulos. Borelli únicamente admite los estímulos de naturaleza grosera, como los mecánicos. Richet y Wundt creen que el dolor es función de la intensidad del estímulo. Joteyko lo considera como la consecuencia de una acción enérgica, vecina al envenenamiento químico. Tschirch habla de los efectos de estímulos químicos desorganizadores que "transforman los tejidos vivos en tejidos muertos".

A la luz de las investigaciones modernas, el dolor aparece dependiendo de la intervención de una parte especial del sensorio, una especie de sexto órgano sensorial que complementa los cinco sentidos conocidos vulgarmente. Del mismo modo que la contemplación interna corresponde a la visión y las alucinaciones auditivas corresponden a la audición común, el sufrimiento mental es la contrapartida psicológica del dolor corporal.

Estos nuevos conceptos amplifican la serie de causas de dolor, mecánicas, químicas, etc., antes conocidas. Hemos indicado que la ciencia ha reconocido un estímulo que hasta ahora era considerado como misterioso. El mismo aparato receptor que ordinariamente transmite el estímulo del dolor desde la periferia del cuerpo hasta el sensorio, puede conducir, inversamente, una idea de dolor, inducida en el sensorio, desde éste a las terminaciones nerviosas periféricas, a los receptores de la piel, despertando allí la sensación del dolor. Las observaciones clínicas nos proporcionan numerosos ejemplos de personas nerviosas que pueden experimentar intenso do-

lor por la autosugestión producida simplemente pensando en él. Este poder de autosugestión, a través de la memoria, reproduce el dolor previamente experimentado; y se refieren muchos casos en los que el dolor sufrido por un enfermo puede reproducir la sensación dolorosa, aun después de desaparecida la causa; por ejemplo, en un miembro amputado.

Ahora que conocemos la parte importante que desempeña la imagen psicológica del dolor en los sufrimientos corporales podemos analizar, con mayor exactitud, los grados de la sensibilidad dolorosa. La intensidad del dolor depende tanto de las reacciones del sujeto que lo percibe, como del número de los receptores periféricos que son impresionados, y de la duración del estímulo. Estas condiciones subjetivas del sensorio dependen de características personales, de la herencia, del medio en que el sujeto vive, de circunstancias raciales y sociales, variando también con el sexo, la profesión, la edad, el clima y el temperamento individual.

Las mujeres, a las que la naturaleza ha impuesto el dolor y la ardua tarea del parto, soportan de ordinario el dolor mejor que los hombres. Los experimentos eléctricos han demostrado que las mujeres pueden tolerar corrientes eléctricas superiores a 250 voltios, mientras que los hombres rara vez pueden sobrepasar 30 voltios. Las condiciones sociales tienen también gran influencia sobre la sensibilidad. Así, el hombre del campo suele ser menos sensible que el hombre de la ciudad; y del mismo modo, los intelectuales son mucho menos resistentes al dolor que los trabajadores manuales. Investigadores franceses e ingleses han demostrado que la sensibilidad al dolor disminuye en el curso de los años. El medio ambiente, tanto el accidental como el duradero, desempeñan un importante papel en la sensibilidad al dolor. Tanto durante la guerra de los Treinta Años, como cuando dominó la Inquisición, la sensibilidad al dolor estaba embotada por la crueldad de aquellas épocas. La sensibilidad de las diferentes razas y pueblos varía mucho, y la de

los europeos es aproximadamente el doble que la de los salvajes. De Segur, en su historia de la Campaña de Napoleón de 1812, refiere que los rusos soportan el dolor mejor que los franceses. Claro es que estas generalizaciones pueden ser muchas veces invalidadas citando casos particulares.

Las cualidades del conocimiento difieren de unas a otras personas, y para medir por procedimientos objetivos las variantes subjetivas de la sensibilidad al dolor se ha propuesto un instrumento denominado algiómetro, mediante el cual puede determinarse la sensibilidad cutánea por métodos mecánicos.

Como es natural, una parte del estudio del dolor está constituida por el problema de si el dolor es o no es útil. Ya he indicado que la religión y la filosofía conceden al dolor un valor positivo, pero los médicos no están muy lejos de esta opinión cuando hablan de su "finalidad biológica". Los médicos griegos calificaban al dolor como "el ladrido de un perro guardián de la salud" y desde entonces hasta muchísimo tiempo después, ha prevalecido entre los médicos la opinión de que el dolor cumple una importante función. Los médicos no están remisos en declarar que el dolor es esencial para la conservación de la vida y la salud, pues es una "señal de peligro" cuando nos amenaza algún daño.

Por otra parte, no hay duda de que el dolor ha sido considerado como de la mayor importancia para el diagnóstico, pues se ha dicho que guía al médico para fijar el asiento de la enfermedad y le informa acerca de la naturaleza del mal. Indiscutiblemente, el dolor, a este respecto, nos proporciona auténticos puntos de apoyo; pero, de todos modos, los modernos conceptos sobre el dolor afirman que no es una señal de peligro en la que pueda confiarse, ni una guía infalible para el diagnóstico.

El estudio de las vías que conducen el dolor, y la determinación de las zonas de Head antes mencionadas, han conmovido la teoría de la "necesidad biológica" del dolor. Se ha observado que los dolores intensos y dura-

deros rara vez permanecen localizados, teniendo una marcada tendencia a irradiarse. Cuando esto sucede, el paciente no experimenta el dolor en la parte afectada, sino que es "referido" a otro lugar. Así, en los casos de inflamación del hígado, el dolor se siente muchas veces en el hombro derecho; los niños con coxalgia incipiente se quejan de dolor en las rodillas; un aneurisma de la aorta puede ser tratado como reumatismo del hombre; en fin, muchas enfermedades internas de la mujer se manifiestan con la apariencia de lumbagos. Debido a estos fenómenos de "irradiación" y "proyección excéntrica" el diagnóstico basado en el dolor local puede ser en ocasiones erróneo. No obstante, en ciertos casos, un exacto conocimiento de las zonas de Head puede impedir las equivocaciones.

El "valor diagnóstico del dolor" y su necesidad biológica resultan todavía mayor burla en los casos de "intensidad engañosa". Fenómenos vitales normales y necesarios, como el parto y el crecimiento, se asocian en ocasiones a dolores tan intensos que difícilmente pueden ser considerados como un aviso. El acto del parto y el crecimiento son fenómenos esenciales para la conservación del individuo y de la especie; y considerar a los dolores que acompañan a estos procesos como advertencias o avisos, sería otro tanto como suponer que la naturaleza ha elegido esos dolores para prevenir a las criaturas humanas contra la reproducción y el crecimiento.

Algunas veces el dolor nada significa ni advierte. Por ejemplo: algunas especies de neuralgias no se acompañan de modificaciones demostrables en los tejidos, y, por tanto, el dolor no señala un proceso orgánico. En tal caso, esos sufrimientos no pueden tener una finalidad. Aparte de estos dolores en los que la "señal" carece de causa, existen otros casos en los que la advertencia parece una burla; tales son los sufrimientos de la agonía, cuando el fatal desenlace es ya inevitable.

Aparte del enigma de las falsas e innecesarias señales de peligro, el dolor es un demonio malicioso que brilla por

su ausencia en los casos en que podía ser útil. Como en el cuento de "que viene el lobo" y el lobo no llega, el dolor atormenta al paciente sin que exista una causa orgánica para ello, pero, en cambio, muchas veces no se presenta cuando respondería a una necesidad positiva, pues conociendo el proceso morboso, éste podría ser detenido. Tal ocurre con la parálisis general, con la arterioesclerosis que conduce al reblandecimiento cerebral, con la nefritis aguda y crónica, y cuando el pulmón comienza a ser corroído por la tuberculosis. Si apenas nos damos cuenta de la más terrible de las enfermedades, el cáncer, es debido a la inseguridad del dolor como signo diagnóstico. Como durante los primeros períodos del cáncer el dolor está ausente, no se llega a diagnosticar la enfermedad en un momento en que sería eficaz el bisturí del cirujano; en cambio, cuando el proceso es inoperable, cuando ya tampoco nada valen los rayos X y el radio, la víctima de un cáncer es martirizada por el ya innecesario "dolor señal".

De acuerdo con los modernos conceptos médicos, la noción de la utilidad del dolor es anulada por los desastrosos efectos que puede causar sobre los órganos del cuerpo del paciente y sobre su estado mental. Alfred Goldscheider ha demostrado que cuando el dolor es muy intenso puede ejercer una acción destructora sobre los tejidos. El dolor provoca irregularidades de los latidos del corazón, cambia el ritmo de la respiración y retarda o detiene la secreción de algunas glándulas.

Aunque estemos obligados a revisar el tradicional concepto del dolor como necesidad biológica, esto no significa que sea posible todavía emitir una opinión definitiva acerca de la función biológica del dolor. En el futuro, cuando se hayan podido derribar totalmente los prejuicios del valor del dolor, seremos capaces de estudiar y desenmarañar las leyes particulares de este fenómeno.

La medicina moderna, reconociendo que en muchos casos el dolor es un engaño, ha aceptado la sublime tarea de aliviarlo en cuanto le ha sido posible.

Estas tenaces investigaciones han dado como resultado la derrota del dolor, gracias al perfeccionamiento de los métodos de anestesia en cirugía y obstetricia, y a la gran variedad de remedios sintéticos que la farmacología ha producido para calmar o prevenir al dolor. El dolor es perseguido dondequiera que se halle, cuando acompaña a una enfermedad interna, cuando procede de una herida, cuando se debe a un accidente o cuando es causado por el bisturí del cirujano. En todos los casos lo mejor que el médico puede hacer es combatir el dolor.

En esta determinación de perseguir al dolor en todos los momentos, la medicina moderna ha prestado mucha atención a un problema tan audaz que en los primeros siglos su mera enunciación justificaba el castigo. Nos referimos a la eutanasia. Nuestra inteligencia comprende que los dolores más crueles, por su absoluta falta de finalidad, son aquellos para los que no hay esperanzas de redención.

Entre los griegos la eutanasia, la "muerte buena" o "muerte complaciente", era un recurso admirable. Pero Hipócrates, el más famoso de los médicos griegos, denominado el Padre de la Medicina, era opuesto a ella y hacía prometer a sus discípulos: "Nunca, aunque se me pida, administraré una dosis letal o aconsejaré su administración".

Para los cristianos de la Edad Media la idea de matar por compasión era repugnante, pues admitían que el dolor venía de Dios y debía ser aceptado como expresión de la voluntad del Todopoderoso. El "No matarás" era considerado como el más importante de los diez mandamientos; y hombre alguno podría infringirlo, aunque se tratase de los sufrimientos más crueles. La Iglesia católica mantiene en nuestros días esta convicción. Cuando Nobel propuso fundar en Roma y Milán institutos de eutanasia para adelantar y dulcificar la muerte de las personas atacadas de crueles sufrimientos incurables, mediante gases asfixiantes, el *Osservatore Romano* protestó con los términos más enérgicos contra este ensayo de le-

galizar la eutanasia, método "pseudofilantrópico" y "pseudocientífico".

Los filósofos y los literatos fueron los primeros en recomendar la eutanasia en el mundo occidental. Thomas More era un devoto católico, pero en su *Utopía*, publicada en el año 1516, ha escrito: "Quienes sufren de enfermedades curables deben ser tratados y asistidos; pero cuando la enfermedad no sólo sea incurable, sino también terriblemente dolorosa, los jueces y sacerdotes deben concederles la merced de la muerte".

Francis Bacon, en el *Novum Organum*, aboga por la eutanasia cuando escribe: "Parece que la función de los médicos es dar la salud y mitigar las torturas del dolor. Y esto debe hacerse no sólo cuando el alivio del dolor produzca la curación, sino también cuando pueda conducir a una tranquila y sosegada muerte". Este gran pensador reprocha a los médicos de su tiempo el no prestar atención al estudio de la eutanasia. Así, Bacon dice que el deber del médico no es sólo curar las enfermedades y restablecer la salud, sino que todavía es mayor su obligación de facilitar la muerte y dulcificar el fin de la vida.

Montaigne y Buffon mantienen también la opinión de que en los casos de enfermedad incurable y muy dolorosa está justificado mitigar los tormentos de la muerte. Theophile Gautier, al observar la lenta y atormentada muerte de Heinrich Heine, escribía: "Sólo una madre o una esposa pueden continuar contemplando estas prolongadas torturas sin horrorizarse ante el terrible espectáculo". Berlioz, que tenía una hermana con un cáncer del pecho, exclamaba furiosamente: "¿Pero es que no hay un doctor en el mundo que pueda poner fin a este martirio?"

Entre los defensores más entusiastas de la eutanasia se cuenta Maurice Maeterlinck, que en su obra *La Mort* recomienda que, cuando se trate de enfermedades incurables, intervenga el médico con una "compasión activa". H. G. Wells contempla en alguno de sus libros la futura

sociedad, en la cual la eutanasia se practicará para bien de todos; en fin, Robert Hugh Benson, en su novela *The Lord of the World*, describe a "los ejecutores de la eutanasia, que llevan consigo los aparatos con los que pueden poner fin a los tormentos de la muerte y abrir un dulce camino hacia la paz eterna del reino de los cielos, a los que sufren enfermedades incurables".

Hasta ahora, los médicos se han mantenido divididos respecto a la eutanasia. Muchos son de la opinión de Desgenettes, quien, cuando le preguntó Napoleón por qué no mataba a los apestados de Jaffa, respondió: "Mi deber es mantenerlos vivos". Cuando la cuestión de la eutanasia estaba siendo discutida en Italia, el famoso médico italiano Luigi Ferranini insistía en que nada puede justificar el uso de los recursos de la ciencia para destruir la vida, que es un don inalienable.

Los médicos actuales que se oponen a la eutanasia se basan en la posibilidad de errores en los diagnósticos, y en los progresos de la ciencia médica. Uno de los opositores más decididos es el profesor Forgue, quien dice que los médicos deben tener en cuenta, más que la posibilidad de equivocaciones en el diagnóstico, los continuos progresos de la medicina y especialmente de la cirugía, que pueden llegar a curar las enfermedades que hoy son incurables.

Recordaremos que en las revistas francesas se refería, muchas veces, el caso de un doctor que, desesperado al ver a su hijo cerca de la asfixia a causa de una difteria, terminó con el tormento del niño administrándole una dosis letal de cloroformo. Al día siguiente Roux anunció su descubrimiento del suero antidiftérico.

Este caso parece demostrar la exactitud del antiguo aforismo: "Mientras hay vida hay esperanza". El profesor Forgue escribe: "Nosotros los médicos debemos aliviar el sufrimiento del hombre, pero no ser sus verdugos; y nuestro deber es mantener la esperanza hasta lo último". No es necesario decir que muchos doctores se han manifestado como vivos defensores de la eutanasia. En

cuanto a los juristas, que son, al fin y al cabo, los que han de decidir, han mantenido opiniones opuestas, y jueces y magistrados han fallado de modo diferente en los casos llegados ante los tribunales. El permiso para la eutanasia ha sido concedido en algunos países y denegado en otros.

En el año 1906, Miss Anna S. Hall, de Cincinnati, solicitó de la legislatura de Ohio el permiso para terminar con los sufrimientos de su madre, que padecía una enfermedad incurable, mediante la administración del cloroformo. El permiso fué concedido. Seis años más tarde, el Congreso de los Estados Unidos rechazó una propuesta de ley autorizando la eutanasia. Por esa misma época J. Regnault, en Francia, sostenía que la eutanasia debía ser reglamentada por el Estado. En Alemania fué presentado al Reichstag un proyecto de ley autorizando a los Tribunales de Justicia para permitir la eutanasia en todos los casos de enfermedad incurable. En Italia, Crispi, que a la sazón era presidente del Consejo, se opuso tenazmente a una propuesta análoga.

Desde 1918, el Código penal suizo acuerda el carácter de circunstancia atenuante al delito de matar por razones de compasión; y Noruega ha seguido el ejemplo. El Código penal de la Unión Soviética del año 1922, dispone que esté libre de pena el que mata por compasión.

En Inglaterra el problema ha sido objeto de vivas discusiones, habiéndose hecho varias tentativas para modificar la ley en el sentido de permitir la eutanasia. A instancia de Lord Ponsonby se ha fundado *The Voluntary Euthanasia Legislative Society* de la que Lord Moynihan, un eminente cirujano inglés, es presidente.

El estudio científico del dolor ha revelado el enigma de la antigua teoría de su finalidad biológica, rejuveneciendo el viejo tema de la legitimidad de la eutanasia e iluminando la cuestión con nuevas luces. Pero, sin duda, hay que vencer muchas dificultades, pues se trata de un problema muy complicado en el que se mezclan religión,

humanitarismo y legislación, así como también principios puramente médicos.

Vesalio, uno de los primeros entusiastas del estudio de la anatomía, podía proporcionarse material substrayendo el cuerpo de los ahogados. Aunque antes de la expansión del cristianismo los médicos egipcios del tiempo de los Ptolemeos examinaban los cuerpos de los criminales ejecutados, la disección fué considerada durante la Edad Media como opuesta a la religión, así como ilegal e inmoral. También distinguidos médicos contemporáneos de Vesalio fueron tenaces opositores a esas prácticas. Muchas de las recientes innovaciones, como la vivisección, la vacunación y el uso del cloroformo, encontraron marcada oposición en la clase médica; y el descubrimiento de Semmelweis, de que la fiebre puerperal era una infección, fué ásperamente repudiado por los médicos y las comadronas. Pero, de todos modos, la ciencia médica termina por vencer y ser reconocida por los fanáticos religiosos, los moralistas tradicionales y los médicos y juristas que en un principio se opongan. El problema planteado es decidir si el médico, que en general se considera como el guardián de la vida, tiene el derecho de emplear sus conocimientos (y entre ellos está la certeza de que los dolores de la agonía carecen de finalidad) para dictar una sentencia de muerte y evitar sufrimientos innecesarios. Dejemos al futuro resolver si la eutanasia debe o no ser aceptada, igual que ha dictado su veredicto sobre otros muchos progresos de la ciencia al invalidar los argumentos que se les oponían.

Pero lo que permanece como un indiscutible progreso en la historia de la conquista del dolor es la anestesia. He mencionado, en el curso de mi exposición, que la anestesia, perfeccionada por los últimos adelantos de la técnica, ha encontrado fundamentos firmemente establecidos en los modernos conocimientos del proceso del dolor. Estos profundos estudios científicos sobre dicho proble-

ma son los que han asegurado a la anestesia una base inencomiable.

No puede dudarse de que en el descubrimiento de la anestesia dominaron el empirismo y la casualidad. Sus descubridores no conocieron la naturaleza fisiológica de la narcosis, ni las vías por las cuales el gas hilarante, el éter o el cloroformo producen la insensibilidad. Pero aunque el empirismo y la casualidad hayan sido la base del hallazgo, el arte médico se ha beneficiado de modo indiscutible. Ahora bien, la plena eficiencia del nuevo método en la lucha contra el sufrimiento sólo se ha conseguido a través de estudios científicos y sistemáticos del proceso del dolor. Desde entonces pudo ser pronunciado un sincero "Amén", confirmatorio del valor de ese extraordinario descubrimiento médico.

Las investigaciones fisiológicas, al demostrar los cambios químicos y eléctricos que se producen en el interior de los tejidos durante los procesos dolorosos, han sido capaces de dilucidar los mecanismos mediante los cuales se produce la percepción del dolor. A pesar de ello, una operación sin dolor tiene el aspecto de un milagro; y la primera intervención que se contempla bajo la influencia de la anestesia es considerada como algo maravilloso por el espectador ignorante de los procesos fisiológicos que se desarrollan ante sus ojos.

Los médicos han seguido, paso a paso, todos los fenómenos de la narcosis. Cuando se provoca una anestesia eficaz, la desaparición de las sensaciones es seriada, y a la supresión del dolor sigue la de la sensación táctil, la de la visión y, finalmente, la del oído. Sábese también que, cuando pasan los efectos del anestésico, reaparecen, en orden inverso, los elementos del conocimiento, o sea, primero el oído, luego la visión, más tarde la sensibilidad a la presión y finalmente la sensibilidad al dolor. También es conocida la reacción del cuerpo ante los gases y vapores anestésicos, ante la morfina, ante los anestésicos locales; en fin, se conocen las leyes de su acción cuando provocan la supresión del dolor. De este modo los médi-

cos están capacitados para elegir el método de anestesia adecuado a cada caso, y los riesgos de la muerte se atenúan o se excluyen totalmente.

Los conocimientos teóricos nunca son estériles y menos en medicina. Las detenidas investigaciones de quienes se han dedicado al estudio de la fisiología del dolor y de los efectos de los remedios anestésicos y analgésicos sobre el organismo, han sido de incalculable valor para apoyar la lucha emprendida por la medicina moderna contra la crueldad de la naturaleza, que tan abundantemente ha repartido los tormentos del dolor.

Los estudios científicos aportaron a la anestesia sus plenos poderes; y, en pago, los conocimientos cada vez mayores de este problema han enriquecido otras ramas de la ciencia. Muchas de nuestras recientes y más perfectas adquisiciones de la Ineógnita del Hombre (como dice Alexis Carrel) han sido conseguidas merced al descubrimiento de la anestesia.

La anatomía, en efecto, dió los primeros atisbos concernientes al interior del cuerpo humano; pero el cuerpo revelado por el escalpelo del anatómico era un cuerpo muerto. El conocimiento de la vida interior, del mecanismo funcional de los órganos vivos, únicamente se consigue por el estudio de los cuerpos vivos, que sólo podían ser observados provocando los tormentos del dolor.

El sufrimiento intolerable causado por el bisturí del cirujano forzaba a éste a trabajar con rapidez, y debido a ello era imposible aprovechar esa oportunidad para estudiar la actividad funcional del organismo viviente. Tan sólo cuando el descubrimiento de la anestesia produjo la supresión del dolor, fué posible a los investigadores la contemplación tranquila de lo que sucedía en el cuerpo vivo. De este modo, la importante obra de Vesalio, el archidiseccionista, pudo ser ampliada después del descubrimiento de la anestesia. De no haber sido por ésta, no hubieran progresado la fisiología y la biología, ya que la observación de los órganos vivos (en actividad y

no alterados por el dolor) es condición indispensable para conocerlos.

Muchas de las más importantes y esenciales adquisiciones de la patología celular, de la bacteriología, de la bioquímica y de la farmacología son el resultado de la experimentación en animales. Los venenos químicos eran ensayados en el organismo de los animales antes de ser utilizados como medicamentos en los seres humanos. Millones de víctimas infelices — conejos, ratones, aves, conejillos de Indias — eran inoculados con terribles enfermedades para que el hombre aprendiera a protegerse contra ellas. Por la introducción de diferentes productos en la sangre se obtenían sueros antitóxicos. Pero los experimentos no pudieron rendir todo su valor hasta que fué posible anestesiarse a los animales. Cierto es que al principio, y a mediados del siglo XIX, investigadores atrevidos y duros de corazón, que hicieron experiencias sobre los animales, realizaron importantes hallazgos en el campo de la fisiología y de la patología; pero esto se lograba a expensas de un gran precio: el precio del intolerable sufrimiento infligido a los animales.

La compasión privaba a algunos investigadores de la serenidad necesaria para hacer las observaciones, y además, como ya hemos dicho, los tormentos sufridos por el animal tenían que influir sobre el experimento. La anestesia terminó con esta crueldad y abrió un camino para poder realizar toda clase de experiencias.

De este modo, el descubrimiento de la narcosis ha tenido gran participación, no sólo en los progresos de la cirugía y de la obstetricia, suprimiendo los dolores de las madres, sino en los adelantos de la ciencia médica en general. Los fisiólogos, biólogos y bacteriólogos modernos deben muchos de sus recientes descubrimientos a la anestesia, que así ha contribuído poderosamente al bienestar de la humanidad.

¿Es a Morton, a Long, a Wells o a Simpson, a quien la humanidad debe el dón de la anestesia? Poco interesa que fuera uno u otro el gran bienhechor de los dolientes.

Lo importante es que se consiguió vencer el dolor. En definitiva, se ha tratado de una victoria no de un día, no de nuestro tiempo, sino de todas las edades y de todos los tiempos; no de una nación, sino de todas las naciones, que pasará de generación en generación mientras el mundo exista.



RESUMEN CRONOLÓGICO

- Siglo XIII Raimundo Lulio descubre el "vitriolo dulce".
- Siglo XVI Teophrastus Bombastus Paracelsus von Hohenheim, experimentando en las aves, encuentra que el "vitriolo dulce" tiene efectos soporíferos y recomienda el uso del "agua blanca" en las enfermedades dolorosas. Prepara también láudano, partiendo del opio crudo.
- 1542 El boticario viajero Valerius Cordus describe el método de preparar "vitriolo dulce" en una farmacopea publicada en Nüremberg.
- Siglo XVII Sir Isaac Newton y los químicos Godfrey y Boyle, aluden a los efectos medicinales del "vitriolo dulce" que habían sido olvidados desde la época de Cordus.
- Siglo XVIII James Moore recomienda la compresión de ciertos troncos nerviosos para producir anestesia local temporal.
- 1772 Joseph Priestley, un pastor disidente inglés, en las propiedades de Lord Shelburn, en Calne, descubre el óxido nitroso.
- 1792 Frobenius, un químico alemán, da al "vitriolo dulce" su nombre actual de "éter".
- 1798 Humphry Davy, ayudante del cirujano Borlase, de Penzance, experimentando con el gas descubierto por Priestley lo inhala, se da cuenta de sus efectos analgésicos e hilarantes, y debido a éstos le da el nombre de "gas hilarante".
- 1799 En el Pneumatic Institut del Dr. Beddoes, en Clifton, cerca de Bristol, Davy emplea el gas hilarante en la práctica médica.
- 1800 Davy publica un informe de sus trabajos y disertaciones sobre el gas hilarante, en la Royal Institution.
- 1806 Friedrich A. W. Sertürner, de Paderborn, partiendo del opio crudo extrae la morfina, el primer alcaloide conocido.

- 1818 Michael Faraday, en aquel tiempo ayudante y sirviente del laboratorio de Davy, publica en el *Journal of Science and Art*, una memoria sobre los efectos analgésicos del éter, que compara a los que posee el gas hilarante.
- 1824 Henry Hill Hickman, un joven médico inglés, hace experimentos en los animales sobre los efectos analgésicos del ácido carbónico y del gas hilarante.
- 1828 Hickman solicita de Carlos X, rey de Francia, la autorización y los medios para extender al hombre sus anteriores experimentos.
- 1831-1832 S. Guthrie, en América, Souberain, en Francia, y J. Liebig, en Alemania, descubren, independientemente uno de otro, el cloroformo.
- 1834 Dumas, un químico francés, trabaja sobre la fórmula química del cloroformo y da a dicha sustancia su nombre actual.
- 1840 En esta fecha el inglés John Elliotson sugiere que, en las operaciones quirúrgicas, puede provocarse la analgesia mediante el magnetismo animal. En la misma época James Esdaile, en la India, logró extirpar sin dolor grandes tumores en los nativos, gracias al sueño producido con "pases magnéticos".
- 1842 Un médico rural americano, el Dr. Crawford W. Long, de Jefferson, Georgia, realiza la primera operación bajo la acción del éter.
- 1842 El médico James Braid, de Manchester, descubre la hipnosis; y el mismo año publica su obra *Neurypnology*, en la cual se establecen los fundamentos del hipnotismo práctico.
- 1844 A. A. Liébeault, médico rural francés, practica el tratamiento hipnótico en Nancy.
- 1844 Horace Wells, dentista americano de Hartford, Connecticut, realiza en sí mismo los primeros experimentos de anestesia mediante la inhalación de gas hilarante, experimentos que, mal acogidos en Boston, fueron realizados ante la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard.
- 1846 El Dr. Charles Thomas Jackson, de Boston, químico, fisiólogo y geólogo recomienda a su entonces discípulo, el dentista W. T. G. Morton, el ensayo del éter sulfúrico rectificado, para aliviar el dolor.

- 1846 El día 16 de octubre se realiza en el Hospital General de Massachusetts, en Boston, la primera operación pública bajo la acción del éter. Morton administra la sustancia y el Dr. John C. Warren, cirujano jefe, opera.
- 1846 El 17 de octubre, Bigelow, en el curso de una operación con narcosis por éter, se da cuenta de la importancia de vigilar el pulso durante la administración.
- 1846 El 1º de noviembre tiene lugar la primera amputación sin dolor, en el Hospital General de Massachusetts. Morton administra el éter. El 3 de noviembre Bigelow participa oficialmente a la Academia de Artes y Ciencias, el descubrimiento de Morton. El 21 de noviembre, Oliver Wendell Holmes, poeta, novelista y médico, propone el nombre de "anestesia".
- 1846 El 21 de diciembre Robert Liston realiza en el University College Hospital, de Londres, la primera operación con anestesia etérea practicada en Inglaterra.
- 1847 En el mes de enero se ejecutaron, tanto en Francia como en Alemania, operaciones sin dolor bajo anestesia etérea. En el curso de pocos meses esta práctica se extiende por todo el mundo.
- 1847 Jacob Bell y M. J. P. Flourens, haciendo experimentos en los animales, anuncian que el cloroformo tiene efectos anestésicos.
- 1847 James Young Simpson, tocólogo de Edimburgo, propone la inhalación de cloroformo para aliviar los dolores del parto. Su empleo como anestésico para las operaciones quirúrgicas tiene lugar rápidamente, y en Inglaterra reemplaza, en gran parte, al éter.
- 1852 James Arnott propone la anestesia local por el frío, entumeciendo el lugar de la operación mediante la aplicación de una mezcla de hielo y sal. El Barón Larrey, uno de los cirujanos de Napoleón, empleó el frío como anestesia local, tratando los heridos en la batalla de Eylau.
- 1853 Alexander Wood inventa la aguja para inyecciones.
- 1854 Al volver a Europa, desde Sudamérica, el Dr. Scherser trae hojas de coca al saber que los indígenas las emplean como estimulante, masticándolas. En la época de los Incas, los hechiceros habían empleado la masticación de esas hojas para aliviar el dolor.

- 1855 Gaedicke, químico alemán, extrae un alcaloide de las hojas de coca.
- 1858 John Snow, médico de Edimburgo, construye inhaladores para cloroformo y éter.
- 1860 Albert Nieman, en el laboratorio de Wöhler, aísla la cocaína.
- 1864 El errante conferencista americano Gardner Quincey Colton, en unión de los Doctores J. A. Smith y Allen, funda la New York Dental Association para la extracción de dientes sin dolor, valiéndose del gas hilarante.
- 1864 Primera Comisión para el estudio de las muertes por cloroformo.
- 1866 Allis recomienda el empleo de la mezcla de vapores anestésicos.
- 1867 Sir Benjamin Ward Richardson señala los efectos locales anestésicos de la rápida evaporación de sustancias volátiles, y propone el *spray* de éter.
- 1868 Practicase la primera operación de cirugía mayor con gas hilarante.
- 1880 Klikovich, profesor ruso, propone el empleo del gas hilarante en la práctica obstétrica. Ya antes había sido recomendado por Fox.
- 1880 El Comité del Cloroformo, de la Asociación Médica Británica, se declara opuesto al uso del cloroformo como anestésico.
- 1880 Billroth ensaya el "método combinado" mediante una mezcla anestésica (Anestesia de Billroth) consistente en alcohol 3 partes, éter 3 partes y cloroformo 10 partes. Posteriormente Schering, Piet y Léon Labbé recomiendan el método de las gotas, para la administración.
- 1881 Alexander Crombil, en Calcuta, adopta el procedimiento de administrar una inyección hipodérmica de morfina, como preliminar de la anestesia por inhalación. En el año 1869 ya lo había recomendado Claude Bernard, y después de Crombil el método fué perfeccionado por Pitha y Nussbaum.
- 1884 En Viena, durante la primavera, Sigmund Freud, en colaboración con su amigo el Dr. Carl Köller, estudia los efectos anestésicos locales de la cocaína.
- 1884 Durante el verano, el Dr. Carl Köller, en la Clínica Oftalmológica del Hospital General de Viena, hace experimentos con la cocaína, primero en los animales y luego en sí mismo. El 15 de

- septiembre comunica al Congreso Oftalmológico de Heidelberg el descubrimiento de un método de anestesia local.
- 1884 A. A. Liébeault publica su libro: *De la suggestion*.
- 1885 William Halstead, cirujano, trabaja en el Johns Hopkins Hospital sobre anestesia local.
- 1885 James Leonard Corning, neurólogo americano, descubre la anestesia espinal, ensayada más tarde por el Dr. Robinson.
- 1885 En este año y en los siguientes, Paul Reclus, médico francés, descubre la *anestesia troncular* y la *anestesia esplácnica*.
- 1883-1887 Alfred Goldscheider, usando tubos de ensayo fríos y calientes, descubre los puntos de la piel sensibles al frío y al calor, con lo que amplió nuestros conocimientos sobre la piel como órgano de los sentidos.
- 1886 A. A. Liébeault publica su obra *La thérapie suggestive*.
- 1893 La anestesia se considera en Inglaterra como una especialidad bien definida.
- 1893 El Congreso Germano de Anestestistas recomienda el éter como preferible al cloroformo.
- 1893-1898 Henry Head descubre las zonas cutáneas conocidas desde entonces con el nombre de "zonas de Head".
- 1894 El médico y filósofo alemán Carl Ludwig Schleich descubre el método de anestesia por infiltración, que lleva su nombre.
- 1894-1897 Max von Frey descubre los "puntos dolorosos" en la piel.
- 1899 August Bier, cirujano de Greifswald, propone la "anestesia lumbar de Bier". Por esta misma época Théodore Tuffier, cirujano francés, siguiendo en sus estudios análogos directivas, propone la anestesia raquídea.
- 1899 El Dr. Korff recomienda la narcosis combinada por escopolamina y morfina, o por escopolamina y narcófina, método que, perfeccionado posteriormente por Steinbüchell, Bernhard, Kronig y Carl Gauss, constituye el procedimiento conocido con el nombre de "sueño crepuscular" usado preferentemente en obstetricia.
- 1902 El francés Stephan Leduc ensaya la producción de la narcosis por medio de la electricidad.

- 1905 Los químicos alemanes Einhorn y Braun, descubren la novocaina, el principal sustituto de la cocaína, que carece de toxicidad. Posteriormente Löwenhart y A. Schmidt encuentran otro sustituto: la isocaina.
- 1910 Por esta época, James Taylor Gwathmey propone la narcosis por vía rectal mediante enemas de una mezcla de éter y aceite. Independientemente, Pitha ensaya la anestesia con enemas de belladona.
- 1917 Eichholz descubre la avertina, fundamento de la narcosis basal.
- 1923 Dos bioquímicos americanos, A. B. Luckhardt y Carter, aíslan el etileno, una de las muchas sustancias recientemente usadas para producir anestesia por inhalación.

B I B L I O G R A F I A

- Académie des sciences. Compte rendu.* Tomo 24. 1847.
- Académie des sciences. Compte rendu des séances de l'Académie des sciences.* Ier. semestre, 1850.
- Académie Royale de Médecine, Bulletin* XII., année II., 1846 - 1847 (Paris), págs. 418 - 419.
- ADAMS, JAMES TRUSLOW: *Der Aufstieg Amerikas.* (Seidel, Wien, 1933.)
- *The March of Democracy.* (Charles Scribner's Sons, New York, 1932.)
- Æsculap: Opium*, 1914, N° 4. S. 8 y 25; *Mandragora*, 1923, S. 222.
- ALBERT: *Geschichte der Narkose.* (Wien, 1876.)
- ALLCOTT, A. and BOLTON, H. S.: *Chemistry To-day.* (Oxford University Press, 1936.)
- ALLEN, TOMAS, H.: *Medicine, Mythological Pain, Science History of the Universe*, VII.
- ALRUTZ, S. G.: *Ueber Schmerz und Schmerznerven.*
- AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION: *The morphine habit. Journal of the American Medical Association*, Jan. 15, 1916.
- ANAESTASY, E.: *L'Origin biologique du sommeil et de l'hypnose. Archiv. de Psych.*, VIII., págs. 63 - 76, Paris, 1908.
- ANAESTHETIC AND ANALGESIA: *A visit to the birthplace of William Morton.* (1932, N° 3, p. 45).
- Annals of Medical History*, 1925, VII., págs. 267 - 296.
- Annals of Medical History*, Nov. 3, 1931.
- Archives Générales de Médecine*, XVIII, 1^{re} Serie, pag. 453 (Paris).
- ARMITAGE, F. P.: *A History of Chemistry.* (Longmans, Green & Company, New York, 1921.)
- AVELING, J.: *The Chamberlens and the midwifery forceps.* (London, 1882.)
- BACON: *De dignitate et augmentis scientiarum*, libro IX.
- BAEUMLER, CHRISTIAN: *Der Sogenannte Animalische Magnetismus oder Hypnotismus.* (Vogel, Leipzig, 1881.)

- BALL, BENJAMIN: *La Morphinomane*. (Asselin & Honzeau, Paris, 1885.)
- BARKERS, S. W.: An interview with William Morton. *Harper's Magazine*, 1865, No 31, pág. 453.
- BASKERVILLE, CHARLES, and HAMOR, W. A.: *The Chemistry of Anaesthetics*. (Easton, Pennsylvania, 1911.)
- BEARD, G. M.: *Stimulants and Narcotics*. (G. P. Putnam & Sons, New York, 1871.)
- BEHAN, RICHARD, J.: *Pain*. (D. Appleton Company, New York, 1922.)
- BEKHTEREV, VLADIMIR MIKHAYLOVICH: *Die Leitungsbahnen*. (E. Besold, Leipzig, 1894.)
- BENNET, J. H.: *The Mesmeric Mania of 1851*. (Edinburgh, 1851.)
- BERGSON, HENRI: *Dreams*. (B. W. Huebsch, New York, 1914.)
- BERNARD, CLAUDE: *Leçons sur les anaesthetiques et sur l'Asphyxie*. (J. B. Baillière et fils, Paris, 1875.)
- BERNHEIM: *Hypnotic Anaesthesia. Practitioner*, 1896.
- BIGELOW, DR. HENRY JACOB: *Surgical Anaesthesia*. (Little, Brown & Company, Boston, 1900.)
- BIGELOW, JOHN: *The Mystery of Sleep*. (Harper & Brothers, New York, 1877.)
- BINZ: *Der Aether gegen den Schmerz*. (Bonn.)
- BIRNBAUM, K.: *Psychopathologische Dokumente*. (J. Springer, Berlin, 1920.)
- BIRT, E.: *Schmerz, Narkose, Anaesthesia*. (1931.)
- BISOHP, E. S.: *The Narcotic Drug Problem*. (The Macmillan Company, New York, 1928.)
- BLOUN, J. G.: *Anaesthesia. North Carolina Medical Journal*. July 20, 1896.
- BOLTON, S. K.: *Sir Humphry Davy*. *Boston Daily Advertiser*, March, 19, 1870.
- Boston Medical and Surgical Journal*: Articles about the introduction of ether anaesthesia. November 18 and December 9, 1846.
- Boston Medical Library*: Full Exposure of the conduct of Charles Thomas Jackson, leading his discharge from the Government service.
- BOWDITCH, N. I.: *A History of the Massachusetts General Hospital*. (John Wilson & Son, Boston, 1851.)
- *The Ether Controversy*. (J. Wilson, Boston, 1848.)
- BOWLBY, A.: *Pain, Its Importance in Diagnosis and Its Tendency to Mislead*.

- BRAMWELL, J. MILNE: *Hypnotism*. (J. B. Lippincott, Philadelphia, 1903.)
- BRANCH, DOUGLAS: *The Sentimental Years* (1836 - 1860). (D. Appleton - Century, New York, 1934.)
- BRAUCHLE, E.: *Hypnose*. (Reclam, Leipzig.)
- BRAUN, ADOLF: *Krankheit und Tod in Schicksal bedeutender Menschen*. (Enke, Stuttgart, 1934.)
- *Medizinisches aus der Weltliteratur*. (Enke, Stuttgart, 1937.)
- BRAUN, HEINRICH: *Die Lokalanästhesie, ihre wissenschaftlichen Grundlagen und praktische Anwendung*. (J. A. Barth, Leipzig, 1905.)
- British Medical Journal*, Hickman, I., pág. 843, 1912; Hypnotism as an Anaesthetic, April 5, 1890.
- BROOKS, VAN WICK: *The Flowering of New England*. (Dutton, New York, 1936.)
- BROPHY, T. W.: *The Position that Dental and Oral Surgery Is Destined to Occupy in America*. (Tucker, Newell & Company, Chicago, 1891.)
- BROWER: *Insanity from Cocaine, Journal of the American Medical Association*, January 1886.
- BRUNN: *Geschichtliche Einführung in die Chirurgie*. (Berlin-Wien, 1924.)
- BUDIN, P.: *Les Chamberlens. Bulletin general de therap.* Paris, 1885.
- BUEHLER, CHARLOTTE: *Der menschliche Lebenslauf*. (S. Hirtel, Leipzig, 1933.)
- BUGGE, DR. GUENTHER: *Das Buch der grossen Chemiker*, 2 Bd. (Chemie GMBH, Berlin, 1929.)
- BULLARD, C. A.: *History of Anaesthesia*.
- CATESTX, G.: *La douleur physique*. (Thèse, Paris, 1905.)
- CHAMPEAU, DANIEL: *Un Novateur, Charles - Gabriel Pravaz*. (Thèse, Paris, 1931.)
- CLAPARÉDE, E.: *La fonction du sommeil*. Riv. d. sci. Bologna, 8, 1907, II., pág. 143.
- CLENDENING, LOGAN: *Behind the Doctor*. (A. A. Knopf, Inc., New York, 1933.)
- *The Human Body*. (Garden City Publishing House, New York, 1930.)
- CLEVINGER: *Pain and Its Therapeutic*. (American Medical Association Press, Chicago, 1897.)

- COHN, ALFRED E.: *Medicine, Science and Art*. (Chicago University Press, 1931.)
- COLLAS, GEORGE F.: *Der Flagellantismus in Altertum*. (G. Vignand, Leipzig, 1919.)
- COLLYER, R. H.: *History of the Anaesthetic Discovery*. *Lancet*, 1817.
- COLTON, G. Q.: *A True History of the Discovery of Anaesthesia*. (A. G. Sherwood & Company, New York, 1886.)
— *Anaesthesia, Who Made and Developed This Great Discovery*. (A. G. Sherwood & Company, New York, 1886.)
- COMBA, ERNESTE: *Il problema della sofferenza*.
- CONKLIN, E. G.: *Heredity and Environment*. (Princeton University Press, 1922.)
- COLEMAN, W. M.: The Cause of Sleep *Journal of Abnormal Psychology*, Boston, 1912. 8, VI, 329-367.
- COTTLER, J.: *Heroes of Science*.
- CRAWFORD, M. C.: *Old Boston Days and Ways*. (Little, Brown & Company, Boston, 1924.)
— *Romantic Days in the Early Republic*. (Little, Brown & Company, Boston, 1912.)
- CROMMENICK: *Thèse sur la douleur*. (1846.)
- CROTHERS, T. D.: *Morphinism and Narcomanias from other Drugs*. (W. B. Saunders & Company, Philadelphia, 1902.)
- CROWTHER, J. G.: *British Science, (See Science To-day, edited by above. Eyre & Spottiswoode, London, 1934.)*
— *Men of Science, 1936*. (W. W. Norton & Company, New York, 1936.)
- CYRIL, V.: *La coca*.
- DARIGUES: *La Douleur en chirurgie*. (Paris, 1927.)
- DARROW, FLOYD LAVERN: *Makers of Science and Invention*. (Harcourt, Brace & Company, New York, 1923.)
- DARWIN, CHARLES R.: *Expression of Emotions in Man and Animals*. (J. Murray, London, 1872.)
- DAVY, HUMPHRY: *Researches, Chiefly Concerning Nitrous Oxide*. (J. Johnson, London, 1800.)
- DEFFARGE, A.: *Histoire critique des anesthésiques anciens*. (J. Bière, Bordeaux, 1928.)
- DEFRIED, A.: *Pioneers of Science*. (George Routledge, London, 1928.)
- DELBOEUF et FRAIPONT: *Accouchement dans l'hypnotisme. Der Schlaftrunk eine Kulturhist. Studie*. (Unsere Zeit, 1872.)
- DEUTSCH: *Morphinismus*. (Enke, Stuttgart, 1901.)

- DE WITT, TH. F.: *Fifty Years of Surgery under Anaesthesia*. *North-Western Lancet*, 1896.
- DIAZ, A. M.: *Quelques faits d'anaesthesie chirurgicale sous l'influence de la suggestion*. *Revue de l'Hypnotisme*. VI.
- Dictionnaire des sciences médicales*. (Paris, 1812-22.)
Discovery by the Late Horace Wells. (Hartford case, 1850.)
Dr. Wells, the Discoverer of Anaesthesia. (J. A. Gray, New York, 1860.)
- DIFFENBACH, F.: *Der Aether gegen den Schmerz*. (1847.)
- DUDLEY, O. T.: *The Shadow of the Earth*.
- DUPUY, A.: *Essay sur la douleur*. (Paris, 1901.)
- DURAND: *Charles Gabriele Pravaz*. (Paris medicale, 25 octobre, 1924.)
- DWINELLE, W. H.: *The Cascet and the Ribbon. The Honor of Ether*. (J. W. Woods, Baltimore, 1849.)
- EASTNAB, W. E.: *The Chemistry of Sleep*. *Atlantic Monthly*. Boston, 1911, 8. v. 108. págs. 52-62.
- EBSTEIN, ERICH: *Tuberkulose als Schicksal*. (Enke, Stuttgart, 1932.)
- EDGARD, J. G.: *Davy*.
- EDINGER: *Zur Lehre vom Schmerz*.
- ELLIOTSON: *Surgical Operations Without Pain*. (H. Bailliére, London, 1843.)
- ELLIS, HAVELOK: *The World of Dreams*. (Constable & Company, London, 1926.)
- ELLSWORTH, P. M.: *An Inquiry into the Origin of Modern Anaesthesia*.
- EMERSON, EDWARD WALDO: *A History of the Gift of Painless Surgery*. (Houghton, Mifflin & Company, Boston, 1896.)
- ENGEL, EDUARD: *Geschichte der englischen Literatur*. (F. Brandstetter, Leipzig, 1929.)
- ENGELMAN, G.: *Die Geburt bei den Urvoelkern*. (Wien, 1884.)
- ERVIN, HENRY WOOD: *The Discoverer of Anaesthesia*. (New Haven, 1933: *Rer. Yale Journal of Biology and Medicine*, V. Nº 5, May, 1933.)
- ESDAILE, DR. JAMES: *Mesmerism in India, and Its Practical Application in Surgery and Medicine*. (London, 1846.)
- FASBENDER, HEINRICH: *Geschichte der Geburtshülfe*. (G. Fischer, Jena, 1906.)
- Federal Cases*, Book 17, Morton's patent trial, Diciembre, 1862.
- FEKLIN, R. W.: *Hypnotism or Psycho-Therapeutics*.

- FINKLET, WALTER: Das Geheimnis des Schlafes. *Umschau*, 1933, 57, págs. 353-356.
- FINNEY, J. M.: *The Significance and Effect of Pain*. (Boston, Ether Day Address, 1914.)
- FISH, CARE RUSSELL: *The Rise of The Common Man, 1830-1850*. (The Macmillan Company, New York, 1937.)
- FISHBEIN, MORRIS: *The Medical Follies*. (Boni and Liveright, New York, 1925.)
- FLAGG, J. F. B.: *Ether and Chloroform, Their Employment in Surgery, Dentistry and Midwifery*, 1851. (Lindsay & Blakiston, Philadelphia, 1851.)
- FLAGG, P. J.: *The Art of Anaesthesia*. (J. B. Lippincott Company, Philadelphia, 1922.)
- FLAXNER, JAMES THOMAS: *Doctors on Horseback*. (Viking Press, New York, 1937.)
- FOERSTER, OTFRIED: *Die Leitungsbahnen des Schmerzgefuehls*. (Urban & Schwarzenberg, Berlin und Wien, 1927.)
— *Die Schmerzbahnen*.
— *Der Schmerz und seine operative Behandlung*.
- FOGARAZZO: *Il dolore nel Arte*.
- FOSTER, WILLIAM: *Romance of Chemistry*. (The Century Company, New York, 1927.)
- FOX, F. W.: Chemistry and Medicine, *Journal of South African Chemical Institute*, Johannesburg, mayo, 1933.
- FOY, G.: *Anaesthetics, Ancient and Modern*. (Bailliére, Tindall & Cox, London, 1889.)
- FRANQUEVILLE, COMTE DE: *Le premier siècle de l'Institut de France (1795-1895)*. (Rothschild, Paris, 1895.)
- FREY, M. VON: *Beitraege zur Physiologie des Schmerzsinnes*. — *Ueber den Schmerz in physiologischer und klinischer Hinsicht*.
- FULLER, HENRY C.: *The Story of Drugs*. (The Century Company, New York, 1922.)
- GARRET, T. L.: Origins of Hypnotism. *Psychology Digest*, July, 1937.
- GAY, M.: *Statement of the Claims of Dr. Charles T. Jackson*. D. Clapp, Boston, 1847.)
- GEORGIA UNIVERSITY: special series addresses, 1927, I, N^o 14, págs. 1-12.
- GIBSON, CH. R.: *Heroes of Science*. (Seely Service & Company, London, 1913.)

- El triunfo sobre el dolor*
- GOLDSCHIEDER, A.: *Gesammelte Abhandlungen Band I. Physiologie der Hautsinnesnerven*. (J. A. Barth, Leipzig, 1898.)
- GOLDSCHIEDER, ALFRED: *Das Schmerzproblem*. (1920.)
— *Neue Beobachtungen ueber Hautsinnesnerven*.
— *Ueber den Schmerz in physiologischer und klinischer Hinsicht*.
- GOLDSMITH, MARGARET: *Franz Anton Mesmer*. (Arthur Barker, Ltd., London, 1934.)
- GOODRICH, S. G.: *Lives of Benefactors*. (J. E. Hickman, Boston.)
- GORDON, H. L.: Sir James Young Simpson and Chloroform. In *Masters of Medicine*. (Longmans, Green & Company, New York, 1898.)
- GRAHAM - MULHALL, S.: *Opium, the Demon Flower*. (Montrose Publishing Company, New York, 1928.)
- GRANGEE: *Pravaz und die Nadel*.
- GRANDY, LUTHER B.: *A Contribution to the History of the Discovery of Modern Surgical Anaesthesia*. (Richmond, 1893.)
— The Discovery of Anaesthesia. *New York Medical Journal*, julio 20, 1896.
- GREEN, P.: *Pain*.
- GREGORY, JOSHUA C.: *The Scientific Achievements of Sir Humphry Davy*. (Oxford University Press, 1930.)
- GREVE, CHRISTIAN: *Aphorismen zur Kulturgeschichte der Zahnheilkunde*. (Georg Thieme, Leipzig, 1930.)
- GROEBER, ARTHUR: *Ueber totale allgemeine Anaesthesia*. (These, Leipzig, 1901-3.)
- GCZYWA: *Narkosenhandgriffe und Bemerkungen zur Avertin- und Evipan-Natriummarkose in dem Tropen*. *Zentralblatt f. Chirurgie*, N^o 29, 1934.
- GUMPFT, MARTIN: *Das Leben fuer die Idee*. (S. Fischer, Berlin.)
- GWATHMEY, JAMES T.: *Anaesthesia*. (D. Appleton & Co., New York, 1914.)
- HAGGARD, HOWARD W.: *Devils, Drugs, and Doctors*. (Blue Ribbon Books, New York, 1929.)
— *Mystery, Magic and Medicine*. (Doubleday, Doran & Company, Garden City, New York, 1933.)
— *The Lame, the Halt, and the Blind*. (Blue Ribbon Books, New York, 1932.)
- HALE, W. J.: *Chemistry Triumphant*.

- HARDING, THOMAS SWANN: *Fads, Frauds, and Physicians.* (L. Mac Veagh, New York, 1930.)
- HARDY, THOMAS J.: *The Gospel of Pain.*
- HART, IVOR B.: *Makers of Science.* (Oxford University Press, London, 1923.)
- HARTE, RICHARD: *Hypnotism and the Doctors.* 2 vols. (O. N. Fowler, London, 1903.)
- HARTZOG, H. S.: *Triumphs of Medicine.* (Doubleday, Page & Company, New York, 1927.)
- HAYDEN, W. R.: *History of Anaesthesia, or Painless Surgery, International Journal of Surgery,* New York, 1896).
- HAYWARD, G.: *Some Account of the First Use of Sulphuric Ether by Inhalation in Surgical Practice.* (Boston, 1847.)
- HECKER, DR. EWALD: *Hypnose and Suggestion im Dienste der Heilkunde.* (Wiesbaden, 1893.)
- HELLPACH, WILLY: *Heilkraft und Schoepfung.* (Carl Reissner Dresden, 1934.)
- HERRICK, CLARENCE L.: *The Somatic Equilibrium and the Nerve Endings in the Skin.*
- HERZOG, R.: *Die Wanderheillungen von Epidaurus.* (Dietrich'sche Verlbh, Leipzig, 1931.)
- HESSE, LENDLE, SCHOEN: *Allgemeinmarkose und oertliche Betaeubung.* (J. A. Barth, Leipzig, 1934.)
- HILTON, JAMES: *The Mystery of Pain.* (Boston, 1886.)
- HIRSCHBERG, J.: *Ueber die geschichtlichen Anfaenge der wundaerztlichen Betaeubung.* *Deutsch. med. Wochenschrift,* 1892, N° 1.
- HOEHE, A.: *Schlaf und Traum.* (Ullstein, Berlin, 1928.)
— *Vom sinn des Schmerzes.* (Lehmann, Muenchen, 1936.)
- HODGES, RICHARD MANNING: *A Narrative of Event Connected with the Introduction of Sulphuric Ether into Surgical Use.* (Little, Brown & Company, Boston, 1891.)
- HOLLAENDER, EUGEN: *Anekdoten aus der medizinischen Weltgeschichte.* (Ferdinand Enke, Stuttgart, 1925.)
- HOLMES, HARRY N.: *Out of the Test Tube.* (Emerson Books, Inc. New York, 1935.)
- HOLMES, OLIVER W.: *Anaesthesia.* *Centry Magazine,* 1893.
- HOLMYARD, E. J.: *The Great Chemists.* (Methuen & Company, Ltd., London, 1928.)
- HONIGMANN, GEORG: *Das Wesen der Heilkunde.* (F. Meiner, Leipzig, 1924.)
- HOSIE, A.: *On the Trail of the Opium Poppy.*

- HOVORKA, O. V.: *Geist der Medizin.* (Braumueller, Wien, 1915.)
- HOVORKA und KRONFEDL: *Vergleichende Volsmedizin.* (Strec-ker & Schröder, 1908.)
- HRDLICKA, A.: *The Most Ancient Skeletal Remains of Man.* Government Printing Office, Washington, 1916.)
- HUMBERT, E.: *La douleur.* (Lausanne Bridel.)
- HUMPHREY, JOHN: *Drugs in Commerce.* (Pitman, London.)
- HUSEMANN, THEODORE: *Die Schlafschwemme und andere Methoden der allgem. und oertl. Anaesthesia in Mittelalter.* *Deutsche Zitschrift fuer Chirurgie,* XLII.
- HUXLEY, THOMAS H.: *Science and Education.* (D. Appleton & Co., New York, 1899.)
- INGERSLEV: *Die Geburtzange.* (Stuttgart, 1891.)
Institut de France. Académie des sciences. Rapport de prix. Programme des concours. 1841-1855.
- ISENSEE, EMIL: *Geschichte der Medizin,* 3 Bd. (Liebmann, Berlin, 1842.)
- JACOBS, J.: *Dr. Crawford W. Long.* (Atlanta, 1919.)
- JAPP, A. H.: *Famous Men.*
- JAQUET, A.: *Ein Halbes Jahrhundert Medizin.* (Benno Schwabe, Basel, 1929.)
- JOHNSON, CHARLES B.: *Lest we forget or Dr. Crawford Long, the first anaesthetist.* *Illinois Medical Journal,* agosto, 1917.
- JOIRE: *De l'emploi de l'analgesie hypnotique dans les accouchements.* *Revue de l'Hypnotisme,* XIII.
- JONES, BENCE: *Life and Letters of Faraday.* (Logmans, Green & Company, London, 1870.)
- JONES ELMER: *The Waning of Consciousness under Chloroform.* *Psychological Review,* Enero, 1909.
— *Journal of Art and Science,* IV, N° 7, p. 158, 1818.
- JOTEYKO and STEFANOWKA: *Psycho-Physiologie de la douleur.*
- JOTTKOWITZ, BENNO: *Die Narkose in der Chirurgie.* (Thèse, Berlin, 1890.)
- JUENGER, ERNST: *Blatter und Steine.* (Hamburg, 1934.)
- KANE, H. H.: *Drugs That Enslave.* (P. Blakiston, Philadelphia, 1881.)
- KEEN, W. W.: *Selected Papers and Addresses.* (T. W. Jacobs & Company, Philadelphia, 1923.)
- KEITH, A.: *Ancient Types of Man.* (New York, 1911.)

- KEMBLE, JAMES: *Idols and Invalids*. (Fountain Library, London, 1935.)
- KERN, J. H.: *Miracles of Morpheus*.
- KILLIAN, DR. H.: *Narkose*. (Julius Springer, Berlin, 1934.)
- KLES: *Ueber Naturliche Krankheitsfamilien*. *Zeitschrift fuer Heilkunde*, 1880, I.
- KLEINWÄCHTER, L.: *Die Gynaekologie des Altertums*. — *Geburtshilfe in Centralafrika*. (Rohlf's Archiv).
- KNOPF, A. S.: William T. G. Morton. *Medical Record*, enero, 1921.
- KOCH: *Rede bei der Einweihung der Sertuerner Gedenktafel*.
- KOLIER, CARL: Historical Notes on the Beginning of Local Anaesthesia. *Journal of the American Medical Association*, mayo 26, 1928.
- KRAUS, FR.: *Allgemeine und spezielle Pathologie der Person*. (Leipzig, 1926.)
- KROEMKE, FRANZ: *Friedrich Wilhelm Sertuerner, der Entdecker des Morphiums*.
- LABOULBÈNE: *Histoire de l'anæsthesie*. (Paris, 1885.)
- LAEWEN, A.: *Der Schmerz und neuere Wege seiner chirurgischen Bekämpfung*.
- LAIGNET-LAVASTINE: *Histoire de la médecine*. (Albin Michel, Paris, 1936.)
- LAMMERT, H.: *Zur Geschichte der Narkose*. (Muenchen, 1868.)
- LA MOTTE, ELLEN N.: *The Opium Monopoly*. (The Macmillan Company, New York, 1920.)
- Lancet*, abril 5, 1930, pág. 758; Hickman, a forgotten pioneer.
- LEAKE, CHAUNCEY D.: Historical Development of Surgical Anaesthesia. *Scientific Monthly*, Lancaster, 1925.
- Valerius Cordus and the Discovery of Ether. *Isis*, N° 21, VII, I. 1925, Bruxelles.
- LEONARD, J. N.: *Crusaders of Chemistry*.
- LEUBE, O. W.: *Ueber die Bedeutung der Chemie in der Medizin*. (Berlin, 1884.)
- LEVINSTEIN, EDWARD: *Die Morphiumsucht*. (A. Hirschwald, Berlin, 1877.)
- LEWIN, LOUIS: *Phantastica; narcotics, and stimulant drugs*. K. Paul, Trench, Trübner & Company, London, 1931.
- *Die Gifte in der Weltgeschichte*. (J. Springer, Berlin, 1920.)
- LIBBY, WALTER: *History of Medicine in Its Salient Features*. (Houghton Mifflin Company, Boston, 1922.)
- *Introduction to the History of Science*.

- LIÉBEAULT, A. A.: *Le sommeil provoqué et les états analogues*. (Paris, 1889.)
- LIEBIG: *Annalen der Chemie*. (Leipzig-Heidelberg, 1872.)
- LILLY, W. S.: The mystery of sleep. *Nineteenth Century and After*. London, 1913, 8 v. 74, págs. 1266 - 83.
- LINSAY, MRS. LILIAN: *A Short History of Dentistry*. (J. Bale, Sons & Danielson, Ltda., London, 1933.)
- LOCKEMANN, GEORG: *Sertuerner*.
- JOHN PRIESTLEY (In Bugge: *Das Buch der grossen Chemiker*, Chemie, Berlin, 1929).
- LOEBEL, JOSEF: *Medizin*. (Rowolt, Berlin, 1933).
- London People Journal*: Article about the introduction of ether in the surgical practice. (Enero 9, 1847).
- LORD, JOSEPH L.: A defence of Jackson's claims to the discovery of etherization. *Littell's Living Age*. (Boston, 1848.)
- *Memorial address to the trustees of the Massachusetts General Hospital, in behalf of Charles T. Jackson, M. D.* (Thurston, Torry & Company, Boston, 1849.)
- LUCAS-CHAMPIONNIERE: *Le douleur au point de vue chirurgical*.
- LUCKHARDT, Prof. A. B.: *Historical Highlights and Shadows in the Discovery of General Anaesthesia*. (Reprint, N° 1930.)
- LYMAN, H. M.: *The Discovery of Anaesthesia*. (1886.)
- MACE, PAUE: *Morphine, morphimanie, morphimanes*. (Thiese, Paris, 1903-1904.)
- MACFIE, F. C.: *Romance of Medicine*. (Cassell & Company, London, 1907.)
- MACKENZIE, J.: Pain, *Brain*, XXV, 1902, 368.
- MCCARTHY, K. G.: *Gaseous Anaesthetics*. (Rad-mar Press, Inc., 1933.)
- MCCORMICK, C. O.: Rectal Ether Analgesia in Labor. *Journal of American Medicine*, abril, 1933.
- MCLAURIN, C.: *Post Mortem*. (George H. Doran, New York, 1922.)
- *Mere Mortals*. (George H. Doran, New York, 1925.)
- MACMANUS, JAMES: *Notes on the History of Anaesthesia*. (Clark & Smith, Hartford, 1894.)
- *The Wells Memorial Celebrations, Notes on the History of Anaesthesia*. (Clark & Smith, Hartford, 1901.)
- MAINDRON, ERNEST: *Les fondations de prix à l'Académie des sciences*. (Gauthier Villars, Paris, 1881.)

- MAJOR, RALPH H.: *The Doctor Explains*. (A. A. Knopf, Inc., New York, 1931.)
- MANACEINE, M. DE: *Sleep*.
- MANTEGAZZA, PAOLO: *Fisiologia del Dolore*.
- MAROT, DR.: *Morphinomanie et suggestion*. *Revue de l'Hypnotisme*, Vol. VII.
- MARSHALL, H. R.: *Pain, pleasure and anaesthetics*. — *Physical Pain* (1855.)
- Massachusetts General Hospital, Boston. *Bylaws, Annual Report*, 1846 - 1847.
- MAUPASSANT: *L'endormeuse*.
- MAY, PERCY: *The Chemistry of Synthetic Drugs*. (Longmans, Green & Company, New York.)
- MAYHEW, H.: *The Wonders of Science*.
- MEDICAL RECORD: XVI, 179: *Ueber die Entdeckung der Anaesthetics*.
- MEINE, H.: *L'Hysterie dans l'art antique*.
- MERK, LUDWIG: *Experimentelles zur Biologie der Haut*.
- MERWIN, S.: *Opium trade*.
- MESNET: *Un accouchement dans le somnambulisme provoqué*. *Revue de l'Hypnotisme*. Vol. VII.
- MEYER, H., GOTTLIER, R.: *Die experimentelle Pharmakologie*. (Urban und Schwarzenberg, Berlin, Wien, 1936.)
- MILLER, ALBERT H.: *Thomas Beddoes, Pioneer in Inhalation Therapy*. (Reprint, New York, octobre, 1932.)
- Two notable controversies: over the invention of the electric telegraph and the discovery of surgical anaesthesia. *Annals of Medical History*, New York, marzo, 1934.
- MITCHELL, S. W.: "The Birth and Death of Pain", in *Collected Poems of S. Weir Mitchell*, The Century Company, New York.
- MOLL, DR. ALBERT: *Hypnotism*. (London, 1897.)
- MOORE, HARRY H.: *American Medicine*. (D. Appleton & Co., New York, 1927.)
- MORGERE, FRANCESCO: *I doveri del medico di fronti ai dolori*.
- MORRIS, CHARLES: *Heroes of Progress in America*.
- MORTON, ELIZABETH: The Discovery of Anaesthesia. *McClure's Magazine*, setiembre, 1896.
- MORTON, WILLIAM JAMES: *Memorandum Relating to the Discovery of Surgical Anaesthesia*. (New York, 1855.)
- MORTON, W. T. G.: *Appeal to the Patrons of Science*. — *Pain and Anaesthesia*. (Washington, 1863.)

- El triunfo sobre el dolor*
— *Proceedings in Behalf of the Morton Testimonial*. (Rand & Avery, Boston, 1861.)
- MORTON, W. T. G.: *Statements*. (Washington, 1853.)
— *The Use of Ether as an Anaesthetic at the Battles of the Civil War*. (Press of American Medical Association, Chicago, 1904.)
- MOTT, VALENTINE: *Pain and Anaesthesia*. (Washington, McGill, 1863.)
- MOYER, W.: *The Witchery of Sleep*.
- MOYON, B.: *Sulla Utilità di dolore*.
- MUELLER, BENNO: *Narkologie*. (Leipzig, 1903.)
- MUELLER, FRANZ CARL: *Geschichte der organischen Naturwissenschaften im neunzehnten Jahrhundert*. (Georg Bonndi, Berlin, 1902.)
- MUELLER, DR. VILMOS: *Csodatevock*. (Singer und Wolfuer, Budapest.)
- MUMFORD, JAMES GREGORY: *A Narrative of Medicine in America*. (J. B. Lippincott, New York, 1903.)
- MUNAREST, LE DR.: *Eloge Historique de Charles Pravaz*. (Thèse, Lyon, 1854.)
- MURRAY, ROBERT HENRY: *Science and Scientists in the Nineteenth Century*. (Sheldon Press, London, 1925.)
- NEVIUS, L. W.: *The Discovery of Modern Anaesthesia*. (Cooper Institute, New York, 1894.)
- NEWMANN, SIR GEORGE: *Interpreters of Nature*. (Oxford University Press, New York, 1927.)
- New York Evening Post, Articles about Morton*. May 26, May 29, June 30, 1873.
- NICHOLS, H.: *Des experiences sur la douleur*.
- NICOLETTI, L.: *Il problema del dolore*.
- NOSWORTHY, M. D.: *The Theory and Practice of Anaesthesia*. *Hutchinson Scientific*, London, 1935.
- NUTTING & DOCK: *History of Nursing*. (G. P. Putnam's Sons, New York, 1922.)
- OTTINGER, W. F. V.: The earliest suggestion of the use of cocaine for local anaesthesia. *Annals of Medical History*, 1933, N. s. v. 5, págs. 275 - 278.
- OPPENHEIMER, Z.: Zur Physiologie des Schlafes (Archiv fuer Anatomie und Psychologie, 1902, págs. 68 - 102.)
- OSBORN, H. F.: *Men of the Old Stone Age*. (Charles Scribner's Sons, New York, 1925.)

- OSLER, SIR WILLIAM: *History of Medicine.*
- OSLER, SIR WILLIAM: *Evolution of Modern Medicine.* (Yale University Press, New Haven, 1922.)
- OSTEN, GERTL: *Schmerzmann.*
- OSTWALD, WILHELM: Sir Humphry Davy (in Bugge: *Das Buch der grossen Chemiker*, Berlin, 1929.)
- *Grosse Maenner.* (Akademische Verlagsanstalt, Leipzig, 1919.)
- MICHAEL FARADAY (in BUGGE: *Das Buch der grossen Chemiker*, Berlin, 1929.)
- *Psychographische Studien.*
- OTIS, SIDNEY: Letter from Mrs. Edward Whitman about the marriage of her daughter with Dr. Morton.
- PACKARD, F. R.: *The Story of Medicine in the United States.* (J. B. Lippincott & Company, Philadelphia, London, 1901.)
- PANOFSKY, ERNST: *Beitrag zur Typengeschichte des Schmerzmannes.*
- PARIS, JOHN AYRTON: *The Life of Sir Humphry Davy.* (H. Colburn & R. Bentley, London, 1831.)
- PARKER, GEORGES: The discovery of the anaesthetic powers of nitrous oxyde. *Lancet*, enero, 7, 1928.
- PARRINGTON, VERNON LOUIS: *The Romantic Revolution in America, 1800 - 1860.* (Harcourt, Brace & Co., New York, 1927.)
- PATTAN, J. M.: *Anaesthesia and Anaesthetics.* (New York.)
- PAYNE, ENOCH, GÉORGE: *The Menace of Narcotic Drugs.* (Prepared by the Department of Education. Prentice-Hall, únc., New York, 1931.)
- PLOSS, H. H.: *Ueber die Lage und Stellung der Frau wachrend der Geburt bei verschiedenen Völkern.* (Leipzig.)
- POOL, E. H.: *Medicine and Mankind.* (D. Appleton - Century Co., New York, 1936.)
- POULIN, JEAN: *L'Anaesthesie avant l'emploi du chloroforme et de l'ether.* (Thèse. Librairie le Francois, Paris, 1931.)
- PREYER, DR. W.: *Die Entdeckung des Hypnotismus.* (Berlin, 1881.)
- RAEDER, O. M.: *America in the Forties.* (University of Minnesota Press, 1929.)
- RECLUS, P.: *La cocaine en chirurgie.*
- RICE, NATHAN P.: *Trials of a Public Benefactor.* (Pudney & Russell, New York, 1859.)

- RICHARDS, LYSANDER S.: *Analysis and Cause of Unconsciousness and Sleep.* (Rapide Service Press, 1920, New York.)
- RICHET CHARLES: *Etude biologique sur la douleur.*
- Douleur, in *Dictionnaire de Physiologie.*
- ROBERTS, E.: *Famous Chemists.* (G. Allen & Company, London, 1911.)
- ROOD, F. S.: *Anaesthesia and Anaesthetics.* (W. Wood & Co., New York, 1930.)
- ROTHER und BINZ: *Der Aether gegen den Schmerz.* (Stuttgart, 1896.)
- ROWBOTHAM, F. J.: *Story-lives of Great Scientists.* (Wells Gardner, Darton & Company, London, 1918.)
- SALMONSKY, A.: *Zur Geschichte der Sauerstofftherapie.* (Leipzig, 1902.)
- SALOMON DR. FÉLIX: *Englische Geschichte.* (Koehler, Leipzig, 1923.)
- SAUERBRUCH, F. and WENKE, H.: *Wesen und Bedeutung des Schmerzes.* (Junker & Duennhaupt, Berlin, 1936.)
- SCHELENZ: *Sertuerner.* (Berich der pharmaceutischen Gesellschaft, 1913.)
- SCHELER, MAX: *Vom Sinn des Leides.*
- SCHUEBER: Ueber die Geburtshilfe der Japaner. *Centralblatt fuer Gynaekologie*, 1883.
- SCHLECH, LUDWIG: *Schmerlose Operationen.* (J. Springer, Berlin, 1906.)
- SCHMELTZ: *Opération chirurgicale faites pendant le sommeil hypnotique.* *Revue de l'Hypnotisme*, IX.
- SCHRENCK-NOTZING: *Ueber Hypnotismus und Suggestion.* (Muenchen, 1889.)
- *Die Bedeutung narkotischer Mittel fuer den Hypnotismus.* (Leipzig, 1891.)
- SCHULTZ, KURT: *Der heutige Stand der Narkose, Charlottenburg, 1930.* (Thesis, Berlin.)
- SEELIG, M. G.: *Medicine: an Historical Outline.* (William and Wilkins, Baltimore, 1931.)
- SHAW, S. P.: *Who Discovered Anaesthesia?* (Palmer & Howe, Manchester, 1868.)
- SIEBOLD, E. J. VON: *Ueber die Anwendung des Schwefelaethers in der Geburtshilfe.*
- SIGERIST, HENRY E.: *Amerika und die Medizin.* (G. Thieme, Leipzig, 1933.)

- SIMPSON, SIR JAMES: *History of Modern Anaesthetics*. Boston Medical and Surgical Journal, 1879.
- *Landmarks in the Struggle between Science and Religion*.
- Letter to Bigelow. *Boston Gynaecological Journal*, Mayo, 1870.
- SIMS, J. MARION: *History of the Discovery of Anæsthesia*. *Virginia Monthly*, Mayo, 1877.
- Smith, A. J.: *Documentary Evidence for Long*. (Philadelphia, 1915.)
- SMITH, TRUMAN: *An examination of the Question of Anaesthesia*. (J. A. Gray, New York, 1858.)
- *An Inquiry into the Origin of Modern Anaesthesia*. (Brown & Gross, Hartford, 1867.)
- *Wells*.
- STANLEY, E.: *Report on the Ether Discovery*. (U. S. Congress, House of Representatives, 1852.)
- STEARNS, F. P.: *Cambridge Sketches*.
- STEFAN ZWEIG: *Die Heilung durch den Geist*. (Insel, Leipzig, 1931.)
- STICKER, G.: *Historische Studien und Skizzen zu Natur und Heilwissenschaft*. (J. Springer, Berlin, 1930.)
- *Zur Vorgeschichte der Schmerzbehandlung*. *Zeitschrift. Schmerz Narkose, Anaesthesia*, VIII. 2.
- STIEGLITZ, JULIUS: *Chemistry in Medicine*. (The Chemical Foundation, Inc., New York, 1928.)
- *Chemistry and her Effect upon the Progress in Medicine*. (Johns Hopkins University, 1926.)
- STOCK, JOHN E.: *Memoirs of the Life of Thomas Beddoes, M. D.* (John Murray, London, 1811.)
- STRAUS, E.: *Vom Sinn der Sinne*. (Berlin, 1935.)
- STROEMGREN, HEDVIG L.: *Die Zahnheilkunde in 18 Jahrh.* (Levin & Munksgaard, Kopenhagen, 1935.)
- STRONG, C. A.: *Physical Pain and Pain Nerves*. *Psychological Review*, 1896, III, 64.
- *The Psychology of Pain*.
- STRUEPPELL, A.: *Ueber die Schmerzempfindung*.
- SUEPFLE: *Schlaftrunk in franz. Quellen des 16. Jahrh.* (Alemania, XIII, 1886.)
- TALMEYR, MAURICE: *Les possédés de la morphine*.
- TAYLOR: *Amputations*. *American Journal of Surgery*, 1833, págs. 364-370.
- TAYLOR, FRANCES LONG: *Crawford W. Long*. (Paul B. Hoeber, New York, 1927.)

- El triunfo sobre el dolor*
- The Federal Cases: Annulment of Morton's patent*. (West Publishing Co., St. Paul, 1895.)
- The Semi-Centennial of Anaesthesia, Boston, 1897*. (Massachusetts General Hospital.)
- THORPE, LEE BURTON: *History of Dental Surgery*. (Nat. Art. Publishing, Ft. Wayne, Ind., 1910.)
- THORPE, T. E.: *Humphry Davy*, 1896.
- TILDEN, SIR WILLIAM A.: *Famous Chemists*. (G. Routledge, Ltd., London, 1921.)
- TILLMANN: *Hundert Jahre Chirurgie*. (Leipzig, 1898.)
- TODD, C. L.: *Easier Motherhood*. (John Day Company, New York, 1931.)
- TSCHIRSCH, A.: *Ausführliche Geschichte des Opiums and Morphiums*.
- *Allgemeine Pharmakologie*. (Tauchnitz, Leipzig, 1933.)
- *Des Schmerz. Zeitschrift fuer Psychologie*. 1901, XXVI, pág. 14.
- TUCKER, W. B.: *Michael Faraday*. *Albany Medical Annals*, July-August, 1910.
- TURNER, W. A.: *Extractions Under Hypnotism*. *Journal of the British Dental Association*, March 15, 1890.
- TYNDALL, JOHN: *Faraday as a Discoverer*. (Longmans, Green & Company, London, 1868.)
- UNITED STATES CONGRESS: *Report on the Ether Discovery, 1852; Minority Reports on Dr. Morton; Statement Supported by Evidence of W. T. G. Morton*. (Washington, 1853.)
- UNITED STATES HOUSE OF REPRESENTATIVES: two reports in 1852.
- UNITED STATES SENATE: reports in 1853 and 1863. *Petition for Dr. Morton*, 1863.
- URBANTSCHITSCH, R. V.: *Praktische Lebenskunde*. (Amalthea, Wien, 1931.)
- URDANG, G.: *Sertuerner. Pharmaceutische Zeitung*, 1928, número 14.
- VIERORDT, DR. HERMANN: *Medizinisches aus der Geschichte*. (Tuebingen der Laupp'schen Buchhandlung, 1910.)
- VIRCHOW: *Krankheitswesen und Krankheitsursachen*. (Virchows Archiv, 1880 Bd. 79.)
- VOISIN, AUGUSTE: *Morphinomanie guerie par suggestion hypnotique*. *Revue de l'Hypnotisme*, I.

VOIVENEL, PAUL: *Il Medico davanti al Dolore e davanti alla Morte.* (Corvaccio, Milano, 1938.)

WALDIE: Chloroform. *Lancet*, julio 26, 1870.

WALL, CHARLES H. LA: *Four Thousand Years of Pharmacy* (Lippincott, Philadelphia, 1927.)

WALSH, JAMES JOSEPH: *Modern Progress and History of Dentistry.* (Fordham University Press, New York, 1912.)

— *The History of Nursing.* (P. J. Kenedy & Sons, 1929.)

WARREN, EDWARD: *Some Account of the Lethæon.* (Dutton and Wentworth, Boston, 1847.)

WARREN, J. COLLINS: *The Influence of Anaesthesia on the Surgery of the Nineteenth Century.* (American Surgical Association, Boston, 1897.)

WARREN, J. M.: *The History of Anaesthesia from an American Point of View.*

WATSON, IRVING: *Physicians and Surgeons in America.* (Republic Press Association, 1896.)

WELCH, WILLIAM H.: *A Consideration of the Introduction of Surgical Anaesthesia.* (Lecture. October 16, 1908, Massachusetts General Hospital.)

WELLCOME, HENRY S.: *Henry Hill Hickman.* (Wellcome Foundation, London, 1930.)

WETTERSTRAND, DR. OTTO: *Ueber den kuenstlich verlaengerten Schlaf, besonders bei der Behandlung von Hysterie.* (Muenchen, 1896.)

WILLIAMS, HENRY SMITH: *Drugs against Men.* (Robert M. McBride & Company, New York, 1935.)

— *Twilight Sleep.* (Harper & Brothers, New York, 1914.)

WINKEL, FRANZ VON: *Zur Geschichte der Betaeubungsmittel, fuer schmerzlose Operation.* (Rektoratsrede, Muenchen, 1902.)

WINSLOW, CHARLES EDWARD AMORY: *Evolution and Significance of the Modern Public Health Campaign.* (Yale University Press, New Haven, 1923.)

WITKOWSK: *Accoucheurs et sages femmes célèbres.* (Paris, 1893.)

— *Anecdotes et curiosites historiques sur les accouchements.*

— *Histoire des accouchements chez tous les peuples.* (Paris.)

WITTING: *Nekrologie auf Sertuerner.*

WOLZENDORFF: *Der Aber—und Wunderglaube in der Chirurgie.* (*Klinische Wochenschrift*, Berlin, 1877.)

El triunfo sobre el dolor

WONG, K. C., WU LIEN TEH: *History of Chinese Medicine.* (Shanghai, 1936.)

WOOD, E.: *Operation chirurgicale pratiquée dans l'état d'hypnotisme.* *Revue de l'Hypnotisme*, IV.

WUNDT, W.: *Hypnose und Suggestion.*

YOUNG, HUGH H.: *Long, the Discoverer of Anaesthesia.*

ZUMBUSCH, LEO V.: *Ueber den Schmerz.* (Universitaetsrede, Muenchen, 1933.)

Í N D I C E

CAP.	PÁG.
I. La espina en la carne	7
II. Hechiceros, santos y alquimistas	16
III. El último de los magos	31
IV. Dios habla desde el mosto	46
V. Riendo se va el dolor	58
VI. Morfina	82
VII. El médico de los pobres y de los desvalidos	92
VIII. Las "soirées del éter en los Estados Unidos	108
IX. El dentista de Boston	128
X. Triunfo sobre el dolor	156
XI. La primera sombra	195
XII. Barcos hacia Europa	211
XIII. "Bienhechor de la humanidad"	240
XIV. La conciencia de la nación	262
XV. Fantasmas	276
XVI. Infierno	307
XVII. Tres hombres	340
XVIII. Parirás sin dolor	363
XIX. Maldición y bendición	387
XX. ¿Qué es el dolor	439
RESUMEN CRONOLÓGICO	459
BIBLIOGRAFÍA	465

Universidad de Valparaíso
Chile



00152250